

Los exploradores del siglo XIX



Julio Verne



En los albores del siglo XIX, el rápido progreso científico y técnico permite a los viajeros franquear las fronteras alcanzadas por las expediciones de sus antepasados: los desiertos más intransitables, los mares más insondables, las montañas más inaccesibles. Ahora nada impide que Humboldt o Dumont d'Urville viajen a lugares desconocidos del mundo. En la estela del *Astrolabe*, la conquista de nuevos horizontes polares está en marcha. Redescubrir Julio Verne y embarcarse con los grandes exploradores gracias a esta increíble épica, al mismo tiempo historia de aventuras y documento histórico, que representa el descubrimiento de la Tierra.



Jules Verne

Los exploradores del siglo XIX

Historia de los grandes viajes y de los grandes viajeros - 3

ePub r1.1

Titivillus 08.12.2017

Título original: *Les voyageurs du XIX siècle*
Jules Verne, 1880

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

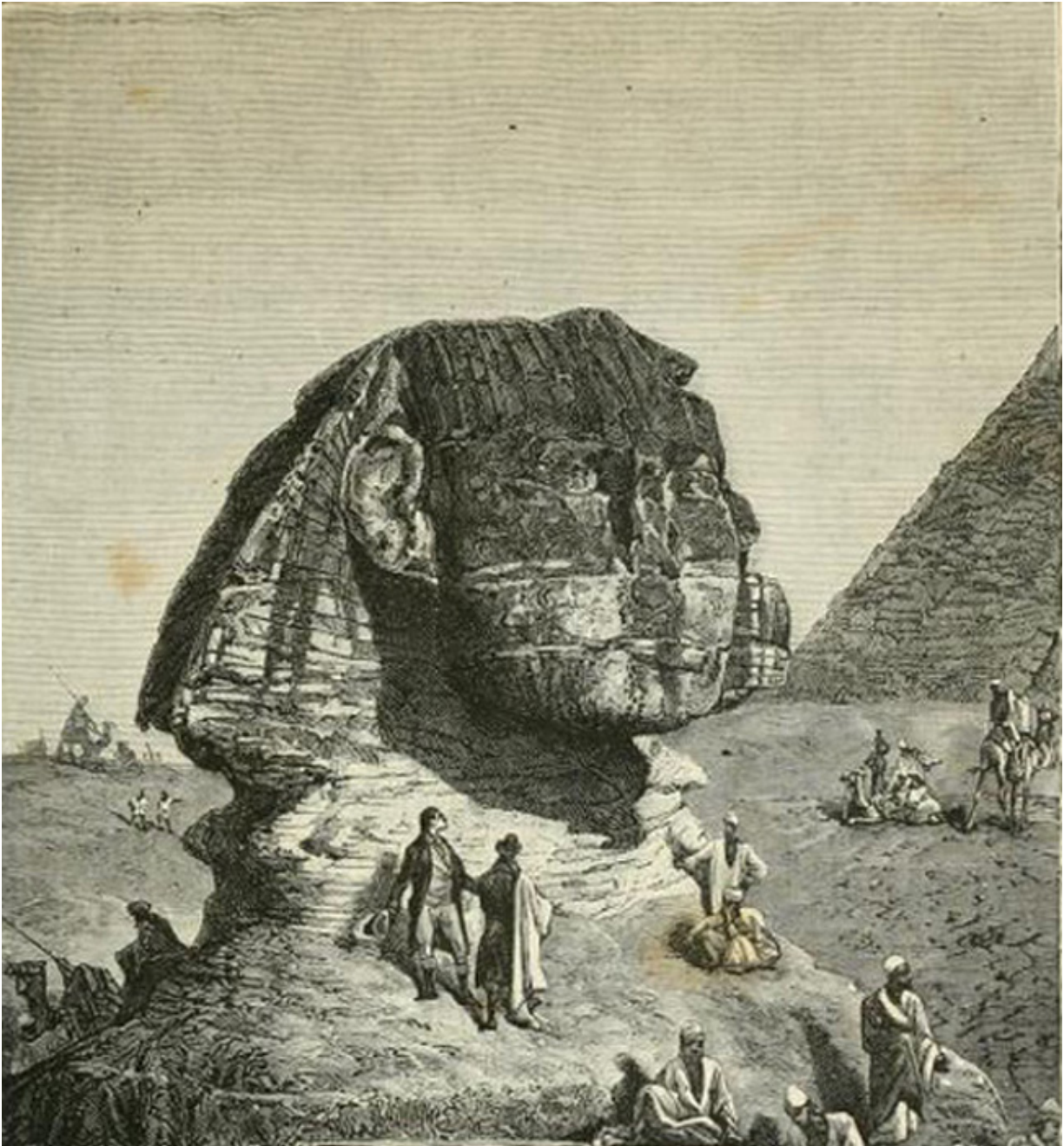


JULES VERNE

LES VOYAGEURS DU XIX^e S.







PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

La aurora de un siglo de descubrimientos. — Lentitud de los descubrimientos durante las luchas de la república del imperio. — Viajes de Seetzen por Siria y por Palestina. — El Huran y el periplo del Mar Muerto. — La Decápolis. — Viaje por Arabia. — Burckhardt en Siria. — Correrías por Nubia en las dos orillas del Nilo. — Peregrinación a la Meca y Medina. — Los ingleses en la India. — Weeb en las fuentes del Ganges. — Relación de un viaje por el Pendyab. — Christie y Pottinger en el Sindia. — Estos mismos exploradores atravesando el Beluchistán hasta Persia. — Elphinstone en el Afganistán. — La Persia según Gardane, Dupré, Morier, McDonald, Kinneir, Price y Ouseley. — Guldenstaedt y Klaproth en el Cáucaso. — Lewis y Clarke en las montañas Roquizas. — Raffles en el Sumatra y en Java.

El fin del siglo XVIII y el principio del XIX, experimentaron una sensible disminución en el curso de los grandes descubrimientos geográficos. Hemos visto que la república francesa organizó la expedición en busca de *La Perouse* y el importante crucero del capitán Boudin por las costas de la Australia.

Éstos son los únicos testimonios del interés que las pasiones desencadenadas y las luchas fratricidas permitieron dar al gobierno francés en favor de la ciencia geográfica. Posteriormente Napoleón en Egipto, rodeándose de un brillante estado mayor de hombres científicos y de artistas distinguidos, hizo reunir los materiales de la grande y hermosa obra que fue la primera que dio una idea exacta,

aunque incompleta, de la antigua civilización de la tierra de los Faraones. Pero cuando al general Bonaparte sucedió el emperador Napoleón, el egoísta soberano, sacrificándolo todo a su detestable pasión de la guerra, no quiso que le volviesen a hablar más de exploraciones, ni de viajes, ni de descubrimientos. Consideraba que esto hubiera sido robarle los hombres y el dinero que necesitaba. El consumo que de ellos hacia era demasiado grande para que no creyera que era desperdiciarlos en cosas fútiles emplearlos en los adelantos de la ciencia, y así se vio que por algunos millones cedió a los Estados Unidos los últimos restos del imperio colonial francés en América, Por fortuna los demás pueblos no estaban oprimidos por aquella mano de hierro; y aunque ocupados en la guerra contra la Francia, encontraron todavía hombres de buena voluntad que extendieron el campo de los conocimientos geográficos, constituyeron la geología sobre bases verdaderamente científicas y procedieron a las primeras investigaciones lingüísticas y etnográficas. El sabio geógrafo Maltebrun en un artículo que publicó en 1817 a la cabeza de los Nuevos Anales de Viajes, marca minuciosamente y con gran precisión el estado de nuestros conocimientos geográficos a principios del siglo XIX y los muchos desiderata de la ciencia. En este artículo enumera los progresos ya hechos por la navegación, la astronomía y la lingüística; y lejos de ocultar los descubrimientos como lo habían hecho por celos la Compañía de la bahía de Hudson y la Compañía de las Indias, funda academias, publica Memorias y estimula los viajes. La guerra misma es utilizada y el ejército francés recoge en Egipto los materiales de una inmensa obra.

Hay, sin embargo, un país que desde el principio del siglo prelude los descubrimientos que sus viajeros debían hacer: este país es la Alemania. Estos primeros exploradores proceden con tanto cuidado y están dotados de una voluntad tan firme y de un instinto tan seguro, que no dejan a sus sucesores sino la tarea de confirmar y completar sus descubrimientos.

El primero en el orden de fechas es Ulrico Jasper Seetzen, que nació en 1767 en la Frisia oriental. Seetzen, después de haber acabado sus estudios en Gotinga, comenzó por publicar algunos ensayos sobre la estadística y sobre las ciencias naturales, hacia las cuales sentía una inclinación especial. Estas publicaciones atrajeron la atención del gobierno, el cual le nombró consejero áulico en la provincia de Téver.

El sueño de Seetzen, como fue después el de Rurckhardt, era un viaje al África central, pero quería prepararse con una exploración de la Palestina y de la Siria, países hacia los cuales la Asociación de Palestina, fundada en Londres en 1805, iba a llamar la atención. Seetzen no esperó esta época, y provisto de muchas recomendaciones, se dirigió en 1802 a Constantinopla. No obstante que se habían sucedido en el viaje a la tierra santa y a la Siria un gran número de peregrinos y de viajeros, todavía no se poseían más que nociones muy vagas sobre estos países. Su geografía física no estaba aún suficientemente establecida; faltaban las observaciones, y ciertas regiones, como el Líbano y el Mar Muerto, no habían sido exploradas nunca. En cuanto a la geografía comparada, no existía verdaderamente todavía.

Fueron necesarios los estudios asiduos de la Asociación inglesa y la ciencia de los viajeros para constituirlos.

Seetzen, que había estudiado diversos ramos de la ciencia, estaba admirablemente preparado para explorar aquel país que, aunque tantas veces visitado, era realmente nuevo. Después de haber atravesado toda la Anatolia, llegó a Alepo en el mes de mayo de 1804, y allí residió cerca de un año dedicándose al estudio práctico de la lengua árabe; haciendo extractos de las obras de los historiadores y geógrafos del Oriente; comprobando la posición astronómica de Alepo; haciendo investigaciones de historia natural; reuniendo manuscritos; traduciendo una multitud de esos cantos populares y de esas leyendas que son tan preciosas para el conocimiento íntimo de una nación, de Alepo se dirigió a Damasco en el mes de abril de 1805. Esta primera expedición le condujo al

través de los cantones de Hauran y de Yolan situados al Sudeste de aquella ciudad. Hasta entonces ningún viajero había visitado estas dos provincias que desempeñaron durante la dominación romana un papel importante en la historia de los judíos bajo el nombre de Auranitis y Gaulonitis. Seetzen fue el primero que nos dio una idea de su geografía.

El atrevido viajero recorrió después el Líbano y Balbek y llegó hasta el Sur de la Damascena, bajó a la Judea, exploró la parte oriental del Hermon, del Jordán y del Mar Muerto donde vivían los pueblos muy conocidos en la historia judía llamados de los Amonitas, Moabitas, Galaditas, Batáneos, etc. La parte meridional de esta comarca llevaba en tiempo de la conquista romana el nombre de Perea y allí se encontraba la célebre Decápolis, o liga de diez ciudades. Ningún viajero moderno había visitado hasta entonces estas regiones y éste fue para Seetzen motivo para principiar sus investigaciones por ellas. Sus amigos de Damasco trataron de disuadirle de este viaje pintándole las dificultades y los peligros de un camino frecuentado por los beduinos. Pero nada pudo detenerle. Sin embargo, antes de visitar la Decápolis y de averiguar el estado de sus ruinas; recorrió un pequeño país llamado Ladcha, de muy mala fama en Damasco a causa de los beduinos que le ocupaban; pero que pasaba por contener antigüedades muy notables.

Saliendo de Damasco el 12 de diciembre de 1805 con un guía armenio que le extravió desde el primer día, y provisto de un pasaporte del bajá, se hizo acompañar de pueblo en pueblo por un soldado de caballería armado.

«La parte de Ladcha que he visto, —dice el viajero en su relación, reproducida en los *Antiguos Anales de Viajes*—, no ofrece, como el Hauran, más que basaltos con frecuencia muy porosos que forman en muchos sitios vastos desiertos de piedra. Las aldeas, en su mayor parte destruidas, están situadas en la vertiente de las rocas; el color negro de los basaltos, las casas, las iglesias y las torres arruinadas, la falta total de árboles y de verdor, dan a este

país un aspecto sombrío y melancólico que llena el alma de una especie de terror. Casi todas las aldeas tienen o inscripciones griegas o columnas o algunos otros restos de antigüedad. (He copiado, entre otras, una inscripción del emperador Marco Aurelio). Los quicios de las puertas son aquí, como en el Hauran, de basalto».

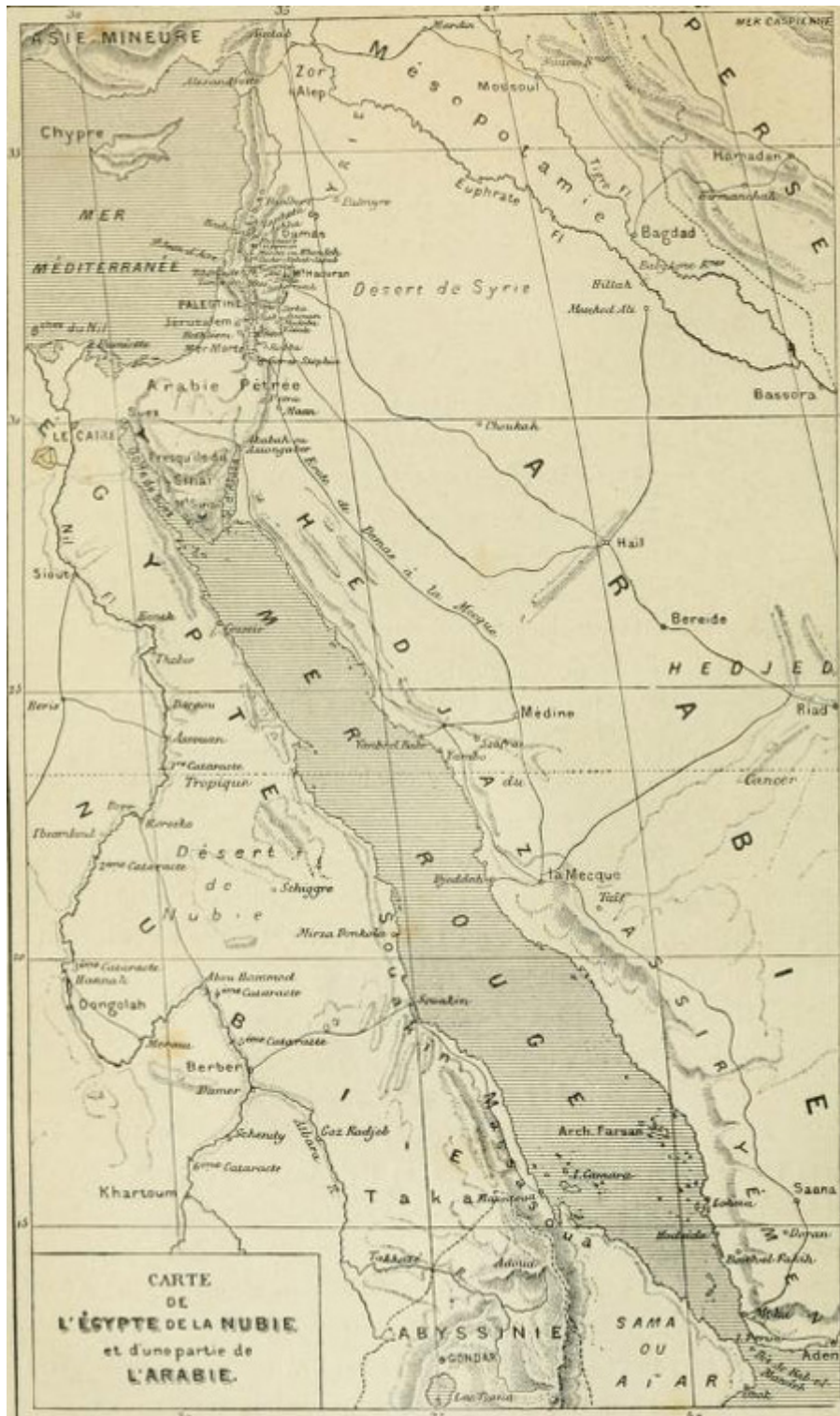
Apenas Seetzen había llegado a la aldea de Gerata y había descansado unos instantes, unos diez hombres a caballo le anunciaron que iban a nombre del vicegobernador del Hauran para prenderle. Su amo Omar Agá, habiendo sabido que había sido visto ya el viajero el año anterior en el país y suponiendo que su pasaporte era falso, les había mandado llevarle a su presencia.

La resistencia era imposible. Sin conmoverse por este incidente, Seetzen, que consideraba esto como un pequeño contratiempo, se adelantó jornada y media por el Hauran y encontró a Omar Agá en el camino que llevan las caravanas de la Meca.

Omar Agá le hizo un buen recibimiento y el viajero volvió a marchar a la mañana siguiente; pero el encuentro que tuvo de varias tropas de árabes, le dio la convicción de que la intención de Omar Agá había sido de que le robasen en el camino.

De regreso a Damasco costóle gran trabajo encontrar un guía que consintiera en acompañarle en su viaje por la orilla oriental del Jordán y en torno del Mar Muerto. Sin embargo un tal Yusum - Al Milky de religión griega, que durante treinta años había hecho el comercio con las tribus árabes y recorrido los cantones que Seetzen quería visitar, convino al fin en acompañarle.

El 19 de enero de 1806 los dos viajeros salieron de Damasco.



Seetzen no llevaba por todo equipaje más que alguna ropa deteriorada, los libros indispensables, papel para secar las plantas y el surtido de drogas necesario a su supuesta profesión de médico.

Llevaba el traje de un jeque de segunda clase.

Los dos distritos de Rascheia y de Hasbeia situados al pie del monte Hermon cuya cima desaparecía entonces bajo una capa de nieve, fueron los dos primeros que exploró Seetzen, porque eran los menos conocidos de la Siria.

Al otro lado del monte el viajero visitó sucesivamente a Achha aldea habitada por Drusos; Rascheia, residencia del Emir; Hasbeia, en donde se detuvo en casa del sabio obispo griego de Szur o Zei a para quien llevaba una carta de recomendación. El objeto que atrajo más particularmente la atención del viajero en aquel país montañoso fue una mina de asfalto, materia que se emplea allí para proteger las vides contra los insectos.

De Hasbeia pasó nuestro viajero a Banias, la antigua Cesárea Philipi, hoy miserable reunión de unas veinte cabañas. Si aún podían todavía verse los vestigios de las murallas que la ceñían, no sucedía lo mismo respecto de los restos del templo magnífico que levantó allí Herodes en honor de Augusto.

El río de Banias pasaba en la opinión de los antiguos por ser la fuente del Jordán; pero es el río Haseny el que formando el brazo más largo del Jordán debe merecer este nombre. Seetzen lo reconoció lo mismo que el lago Merú o Samaconitis de la antigüedad.

En aquel paraje fue abandonado a la vez por sus mozos de mulas que por nada en el mundo quisieron acompañarlo hasta el puente de Chia Beham Yakub, y por su guía Yusuf, a quien tuvo que enviar a que le esperase por el camino de Tiberíades, mientras él, seguido de un solo árabe, se adelantaba a pie hacia el terrible puente.

Pero en Chia Beham Yakub no podía encontrar a nadie que quisiera acompañarle por la orilla oriental del Jordán, cuando un indígena, sabiendo que era médico, le rogó que fuese a visitar a su jeque, atacado de una oftalmía y que vivía en la orilla oriental del lago de Tiberíades.

Seetzen se apresuró a aprovechar aquella ocasión y le estuvo muy bien, porque observó a su placer la mar de Tiberíades y el río Guadishemmak, no sin correr el riesgo de ser robado y asesinado por su guía.

Por fin pudo llegar a Tiberíades, la Tabaria de los árabes, donde Yusúf hacia algunos días que le estaba esperando.

«La población de Tiberíades, —dice Seetzen—, está situada inmediatamente a la orilla del lago de este nombre, y por la parte de tierra está rodeada de un muro de piedra de basalto. A pesar de que esto apenas merece el nombre de aldea, pues en ella no se encuentra ningún vestigio de su antiguo esplendor, se conocen las ruinas de la antigua ciudad que se extienden hasta las termas situadas a una legua al Este. El famoso Yezar bajá, hizo construir una sala de baños sobre la fuente principal. Si estos baños fueran conocidos en Europa, tendrían probablemente la referencia sobre todos los conocidos. El valle donde se encuentra el lago favorece, por la concentración del calor, la vegetación de palmeras de dátiles, de limoneros, de naranjos y de índigo, mientras el terreno más elevado podría dar las producciones de los climas templados».

Al Oeste de la punta meridional del lago están los restos de la antigua ciudad de Tariquea. Allí principia la hermosa llanura de El Gor entre dos cadenas de montañas, llanura poco cultivada que recorren los árabes nómadas.

Seetzen continuó su viaje sin incidentes notables al través de la Decápolis, sólo que tuvo que disfrazarse de mendigo para librarse de la rapacidad de los indígenas.

«Me puse sobre la camisa, dice, un viejo kambas o bala y encima una camisa azul rota de mujer, y me cubrí la cabeza con algunos trapos y los pies con unos zuecos deteriorados. Un viejo abbayc, lleno de jirones echado sobre los hombros, me garantizaba contra el frío y la lluvia y una rama de árbol me servía de báculo. Mi guía, cristiano griego, tomó un traje semejante, y en este estado recorrimos el país durante diez días, deteniéndonos muchas veces por lluvias frías que nos mojaban hasta los huesos. Una vez me vi

obligado a caminar todo el día con los pies desnudos por el fango porque me era imposible servirme de los zuecos en aquella tierra grasa y toda empapada en agua».

La ciudad de Draa, que se halla un poco más lejos, no es más que un montón de ruinas desiertas y en ella no se encuentra ningún resto de los monumentos que la hicieron célebre en otro tiempo. El distrito del Bothin que se encuentra enseguida, contiene muchos miles de cavernas abiertas en la roca que ocupaban los antiguos habitantes y que estaban también habitadas por los modernos cuando pasó Seetzen por allí.

Mikes era en otro tiempo una ciudad rica y grande como lo prueban sus restos abundantes de columnas y de sarcófagos. Seetzen dice que debió ser Gadara una de las ciudades secundarias de la provincia Decapolitana.

A pocas leguas de allí están situadas las ruinas de Abil, la Abila de los antiguos. Pero Seetzen no pudo conseguir que le acompañase su guía Aoser hasta allí porque tenía miedo de los rumores que se habían hecho correr acerca de los árabes y de la tribu de Beoi Shajal. Tuvo, pues, que ir solo.

«Está totalmente arruinada y abandonada,—dice el viajero—, sin que haya un solo edificio en pie; y las ruinas esparcidas por todas partes, demuestran su pasado esplendor. Se encuentran hermosos restos de las antiguas murallas y una gran cantidad de bóvedas y de columnas de mármol, de basalto y de granito gris. Más allá de su recinto he encontrado un gran número de columnas, de las cuales dos tenían un tamaño extraordinario; de donde deduje que allí había habido un templo de gran consideración».

Saliendo del distrito del Bothin, Seetzen entró en el de Edschun y no tardó en descubrir las ruinas importantes de Cherrasch que pueden compararse con las de Palmira y Balbek.

«No podría explicarse,—dice el viajero—, cómo esta ciudad, antiguamente tan célebre ha podido sustraerse hasta ahora a la atención de los anticuarios.

Está situada en una llanura abierta bastante fértil y atravesada por un río.

Antes de entrar en ella encontré muchos sarcófagos con muy hermosos bajo relieves entre los cuales observé uno a orillas del camino con una inscripción griega. Los muros de la ciudad están completamente arruinados, pero se conoce todavía toda su extensión que debía ser de tres cuartos de legua y hasta de una legua. Estaban contruidos de mármol labrado. El espacio interior es desigual y desciende en declive hasta el río. No se ha conservado ninguna casa particular; en cambio observó varios edificios públicos que se distinguían por su hermosa arquitectura y dos soberbios anfiteatros contruidos sólidamente de mármol con columnas, nichos, etc., todo bien conservado; algunos palacios y tres templos de los cuales uno tenía un peristilo de doce grandes columnas de orden corintio y de las cuales once están todavía en pie. En otro de estos templos vi una columna caída del más hermoso granito de Egipto pulimentado y encontré además una hermosa puerta de la ciudad bien conservada formada de tres arcos y adornada de pilastras.

El más bello monumento que encontré fue una calle larga cruzada por otra, guarnecida por los dos lados de una hilera de columnas de mármol de orden corintio y cuyo extremo terminaba en una plaza semicircular rodeada de sesenta columnas de orden jónico... En el punto donde se cruzan las dos calles se ve en cada uno de los cuatro ángulos un gran pedestal de piedra de sillería que sin duda en otro tiempo tenía una estatua... Allí se ven todavía los restos del empedrado hechos de grandes piedras labradas.

En general conté cerca de doscientas columnas que tienen en parte todavía sus arquivadas, pero el número de las que están caídas es infinitamente mayor, porque no vi sino la mitad de la ciudad y quizá en la otra mitad se encontraran al otro lado del río una cantidad de curiosidades notables».

Según Seetzen, Cherrasch es indudablemente la antigua Gerasa, ciudad que hasta entonces tenía en todos los mapas una

situación muy defectuosa.

El viajero no tardó en atravesar el Serka, el Yabok de los historiadores hebreos, que formaba el límite septentrional del país de los Amonitas, penetró en el distrito de El Belks país en otro tiempo floreciente, pero entonces absolutamente inculto y desierto, donde no se encuentra una sola aldea fuera de Szalt, la antigua Amatura; y visitó en seguida a Ammán, célebre bajo el nombre de Filadelfia, entre las ciudades decapolitanas, donde se encuentran todavía hermosas antigüedades. Por último después de muchas fatigas y de haber visitado a Cleale, antigua ciudad de los Amonitas, Hadaba que tenía el nombre de Hadba en tiempo de Moisés, el monte Hebo, Diban, el país de Karrak patria de los Moabitas, las ruinas de Robba (Rabat) residencia de los antiguos reyes del país, llegó atravesando una región montuosa a la comarca situada al extremo meridional del Mar Muerto y llamada Goael Sofía.

El calor era muy fuerte y el viajero tuvo que atravesar grandes llanuras de sal, sin encontrar agua.

El 6 de abril llegó a Betleem y poco después a Jerusalén, no sin haber padecido terriblemente a causa de la sed, pero después de haber atravesado países curiosísimo, no recorridos hasta entonces por ningún viajero moderno.



Al mismo tiempo había recogido preciosos informes sobre la naturaleza de las aguas del Mar Muerto, refutado muchas fábulas groseras, rectificado muchos errores de los mapas que se tenían por más exactos, contribuido a la identificación de muchas ciudades antiguas de la Perea, y confirmado la existencia de innumerables

ruinas, que demuestran el grado de prosperidad a que había llegado esta región en tiempo de la dominación romana. El 25 de junio de 1806 salió de Jerusalén y entró por mar en San Juan de Acre.

«Esta travesía fue un verdadero viaje de descubrimientos,» — dice M. Vivien de Saint Martín en un artículo de la *Revista Germánica* de 1858.

Pero Seetzen no quiso dejar incompletos estos descubrimientos. Diez meses después dio por segunda vez la vuelta al lago Asphaltites y en este nuevo viaje aumentó mucho sus primeras observaciones.

En seguida pasó al Cairo, donde se detuvo dos años enteros. Allí compró la mayor parte de los manuscritos orientales que constituyen la riqueza de la biblioteca de Gotha, recogió todos los datos posibles sobre los países del interior, guiándose por un instinto segurísimo y no acogiendo sino los que tenían a su juicio todos los caracteres de una certeza casi absoluta.

Este descanso relativo, aunque tan lejano de la ociosidad, no podía convenir mucho tiempo a un hombre como Seetzen, devorado por la sed insaciable de los descubrimientos. En el mes de abril de 1800, abandonó definitivamente la capital del Egipto, dirigiéndose hacia Suez y la península del Sinaí, con intención de visitarla antes de penetrar en Arabia. Este país muy poco conocido entonces, no había sido visitado sino por negociantes de Saint Maló que acudían a comprar él café de Moku. Hasta la de Niebulir, ninguna desperdicio científica se había organizado para estudiar la geografía del país y las costumbres de los habitantes.

Debióse la formación de esta desperdicio científica costeada por la munificencia del rey de Dinamarca Federico V, a la iniciativa del profesor Michalis a quien faltaban ciertos datos para aclarar algunos pasajes de la Biblia.

Componíase del matemático Von Haven, del naturalista Forskaal, del médico Cramer, del pintor Braurenfeind y del oficial de ingenieros Niebuhr y esta reunión de hombres graves y científicos correspondió admirablemente a lo que de ella se había esperado.

Desde 1762 a 1764 visitaron el Egipto, el monte Sinaí y Dyedda, desembarcaron en Loheia y penetraron en el interior de la Arabia Feliz, explorando el país cada uno según sus especiales conocimientos.

Las fatigas y las enfermedades acabaron, sin embargo, con los viajes de aquellos hombres intrépidos y pronto se quedó solo Niebuhr para utilizar las observaciones de sus compañeros y las suyas propias.

Su obra es una mina inagotable, que todavía hoy puede consultarse con fruto.

Por lo visto se comprenderá que Seetzen tenía que trabajar mucho para hacer olvidar el viaje de su antecesor; más para este objeto no retrocedió ante ningún medio. El 31 de julio, después de haber hecho profesión pública de mahometismo, se embarcó en Suez para la Meca donde pensaba penetrar en hábito de peregrino. Tor y Dyedda fueron las dos escalas que precedieron a su entrada en la ciudad santa, llamándole singularmente la atención la afluencia de fieles y el carácter extraño y particular de aquella ciudad que vive del culto y por el culto.

«Todo este conjunto,—dice el viajero—, produjo en mí una emoción viva, que no he experimentado en ninguna otra parte.

No insistiremos en esta parte del viaje de Seetzen, ni tampoco en su excursión a Medina porque hemos de tomar la descripción de estos lugares santos, en la narración circunstanciada y verídica que hace Burckhardt. Por lo demás no hemos tenido por espacio de mucho tiempo respecto de las obras de Seetzen, más que los extractos publicados en los Anales de Viajes y en la Correspondencia del barón de Zach; pues hasta el año 1858 no se publicaron en alemán y eso de un modo incompleto los diarios de este viajero.

De Medina volvió a la Meca, donde se dedicó al estudio secreto de la ciudad, de las ceremonias del culto, y a varias observaciones astronómicas, que sirvieron para determinar la posición de esta capital del islamismo.

El 23 de marzo de 1810 estaba de regreso en Dyieda. Después, con el árabe que le había servido de instructor en la Meca se embarcó para Hodeida, uno de los principales puertos del Yemen. Después de haber pasado por Beim El Fakih, que es el cantón montañoso donde se cultiva el café, y después de haber estado detenido por la fiebre cerca de un mes en Dorán, entró el 2 de junio en Sahara, capital del Yemen a la cual califica de la ciudad más hermosa de Oriente. El 22 de julio bajó hasta Aden y en noviembre se hallaba en Moka, donde están fechadas las últimas cartas que de él se recibieron. De regreso al Yemen, fue despojado como Niebuhr de sus colecciones y de su equipaje bajo el pretexto de que coleccionaba insectos para componer un filtro destinado a envenenar las fuentes.

Pero Seetzen no quiso dejarse despojar sin protesta, e inmediatamente salió para Sahara con objeto de exponer ante el imán sus reclamaciones. Esto pasaba en el mes de diciembre de 1811; y pocos días después de su partida, llegó a oídos de los europeos que frecuentaban los puertos árabes, la noticia de su muerte repentina acaecida en Taes.

¿A quién atribuir la responsabilidad de esta muerte? ¿Al imán o a los que habían robado al explorador?

Poco nos importa saberlo hoy; pero es sensible que un viajero tan bien dispuesto y ya al corriente de los usos y costumbres árabes, no pudiera llevar más lejos sus exploraciones, y que la mayor parte de sus diarios y notas se hayan perdido para siempre.

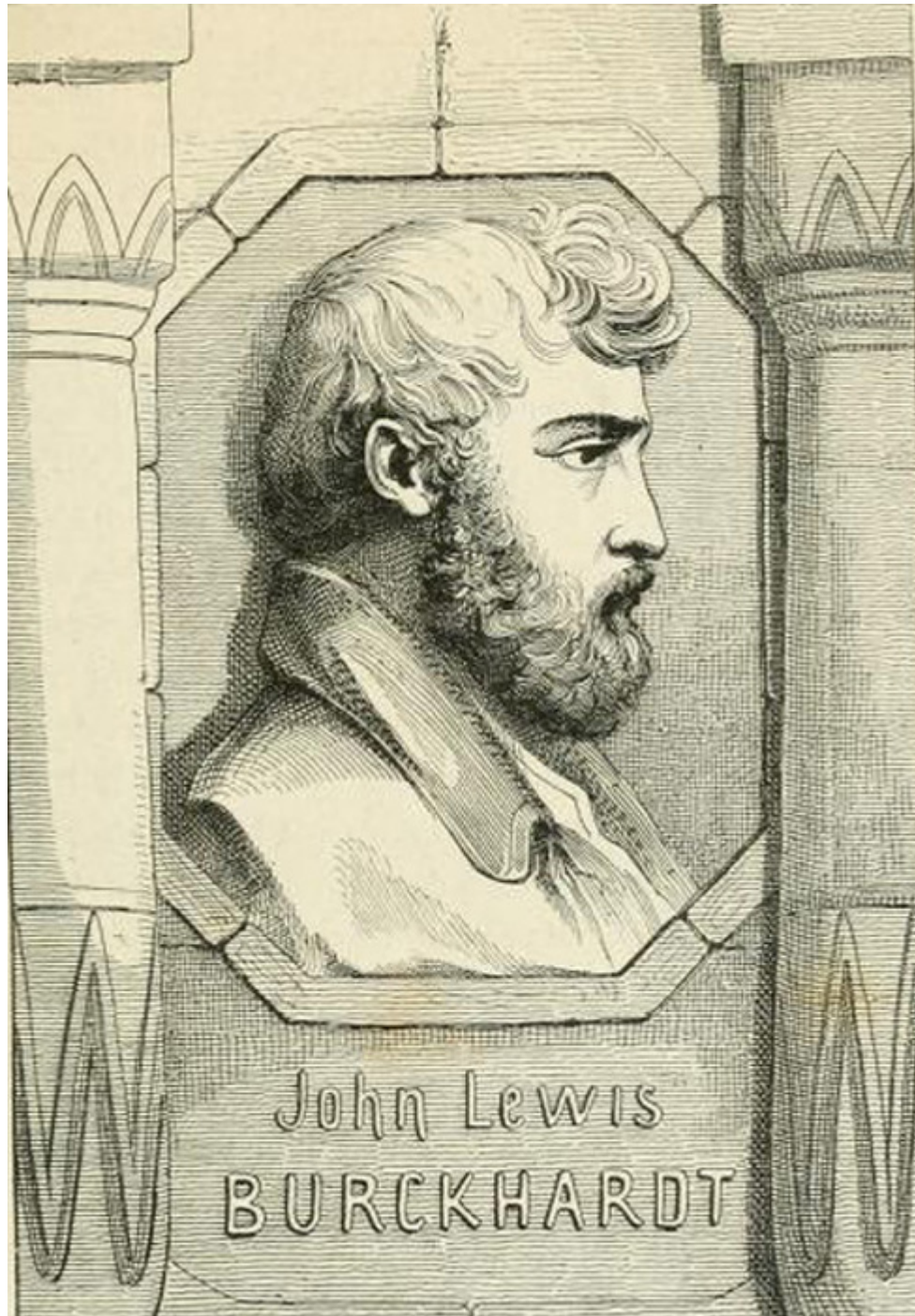
Seetzen, —dice M. Vivien de Saint Martín—, fue el primer viajero que después de Ludovico Barthelemy (1503) estuvo en la Meca, y ningún europeo antes que él había visto la ciudad santa de Medina consagrada por el sepulcro del profeta».

Por estas palabras se comprenderá todo el valor que hubiera tenido la relación de este viajero desinteresado, bien informado y verídico.

En el momento en que una muerte inesperada ponía término a la misión que se había impuesto Seetzen, se lanzaba Burckhardt

siguiendo sus huellas y preludiaba también con excursiones a Siria su larga y minuciosa exploración de Arabia.

«Es una cosa poco común en la historia de la ciencia, —dice M. Vivien de Saint Martín—, que dos hombres tan eminentes se sucedan, o mejor dicho se continúen en la misma carrera. Burckhardt en efecto iba a seguir en muchos puntos la senda que Seetzen había abierto, y secundado durante largo tiempo por circunstancias favorables que le permitieron multiplicar sus excursiones exploradoras, pudo añadir muchos descubrimientos a los ya conocidos de su predecesor».



Aunque Juan Luis Burckhardt no era inglés pues que había nacido en Lausana, debe ser clasificado entre los viajeros de la Gran Bretaña porque sus relaciones con *sir* José Banks, el naturalista compañero de Cook, y con Hamilton, secretario de la

Asociación Africana y el auxilio poderoso que le prestaron ambos, fueron los que le permitieron viajar útilmente.

Burckhardt se embarcó en 1809 para el Oriente. Era hombre de vasta instrucción, cuyos, primeros elementos había tomado en las universidades de Leipzig, de Gotinga, donde oyó las explicaciones de Blumenbach y por último de Cambridge donde aprendió el árabe; y a fin de prepararse para las fatigas de la vida de viajero, se sujetó voluntariamente a largos ayunos, se condenó a sufrir por mucho tiempo la sed y eligió por almohada las aceras de Londres y por colchón el polvo de los caminos.

¿Pero qué valían estas pueriles tentativas del entusiasmo, comparadas con las miserias del apostolado científico?

Salió de Londres para la Siria, donde debía perfeccionarse en la lengua árabe. En seguida, tenía el proyecto de pasar al Cairo y llegar al Fezan por el camino abierto en otro tiempo por Hornemann. Llegado que hubiera al Fezan, las circunstancias le indicarían el camino que debía seguir.

Después de haber tomado el nombre de Ibrahim Ibn Abdallah, se fingió indio musulmán; y a fin de hacerlo creer, tuvo que recurrir a más de una superchería. Una necrología que apareció en los Anales de Viajes, cuenta que, cuando le decían que hablase indio, hablaba en alemán. Un dragomán italiano, que sospechaba que fuese cristiano, quiso hacer la prueba, tirándole de la barba; insulto el más grave que puede hacerse a un musulmán. Burckhardt se había identificado tanto con el personaje que representaba, que respondió instantáneamente con un puñetazo magistral, que echó a rodar a diez pasos al pobre dragomán, dando que reír mucho a los circunstantes, y convenciéndoles de la sinceridad del fingido indio.

Desde setiembre de 1809 a febrero de 1812, Burckhardt residió en Alepo, no interrumpiendo sus estudios sobre la lengua y las costumbres siriacas sino para hacer una excursión de seis meses a Damasco, a Palmira y al Hauran, países que sólo Seetzen había visitado antes que él.

Se cuenta que, durante una excursión que hizo por el Zor, cantón situado al Nordeste de Alepo a orillas del Eufrates, fue despojado de su equipaje y de sus vestidos por una banda de merodeadores. No le habían dejado más que los calzones, cuando llegó la mujer de un jefe, a quien no había tocado nada del botín, y quiso quitarle aquella prenda de ropa indispensable.

«Estas excursiones, —dice la *Revista Germánica*—, nos han valido una masa considerable de datos sobre países de los cuales hasta entonces no se tenían más que algunas nociones por las comunicaciones incompletas de Seetzen. Aun en los cantones ya frecuentemente visitados, el espíritu observador de Burckhardt sabía recoger gran número de datos interesantes, que la generalidad de los viajeros habían descuidado... Estos preciosos materiales tuvieron por editor el coronel Martín Guillermo Leake, viajero también distinguido, entendido geógrafo y profundo erudito...».

Burckhardt había visto a Palmira y a Balbek, las pendientes del monte Líbano, el valle del Orontes, el lago Huleh y las fuentes del Jordán, y había señalado por primera vez un gran número de sitios antiguos.

Sus indicaciones, especialmente, nos conducen con certidumbre a determinar la situación de la célebre Apamea, aunque el mismo y su antedicho editor, se engañaron en la aplicación de sus datos. En fin, sus excursiones al Hauran son igualmente ricas, aun después de las de Seetzen, en noticias geográficas y arqueológicas, que dan a conocer el país en su estado actual, y arrojan viva luz sobre la geografía comparada de todas las épocas.

En 1812, Burckhardt salió de Damasco, visitó el Mar Muerto, el valle de Acaba y el antiguo puerto de Aziongaber, regiones hoy frecuentadas por bandadas de ingleses, con las guías de Murray, de Kook o de Boedecker en la mano; pero que entonces no se podían recorrer sino con riesgo de la vida. En uno de los valles laterales fue donde el viajero encontró las minas imponentes de Petra, la antigua capital de la Arabia Pétreá. A fines del año estaba de regreso en el Cairo, y no juzgando conveniente unirse a la caravana que salía

para el Fezan, se inclinó especialmente a recorrer la Nubia, país mucho más curioso para el historiador, el geógrafo y el arqueólogo. La Nubia, cuna de la civilización egipcia, no había sido visitada desde la época del portugués Álvarez, sino por los franceses Poncet y Lenoir Duroule a fines del siglo XVII y principios del XVIII por Bruce, cuya relación tantas veces se había puesto en duda, y por Norden, que no había pasado de Derr.

En 1813 Burckhardt exploró el Nuba, propiamente dicho, el país de Kennur y el Mohass. Esta excursión no le costó más que 42 francos; cantidad muy módica, comparada con lo que cuestan hoy las menores tentativas de viaje por África. Es verdad que Burckhardt sabía contentarse por todo alimento con un puñado de durra (mijo), y que toda su comitiva se componía de dos dromedarios.

Al mismo tiempo que él, los ingleses Legh y Smelt recorrían el país, sembrando el oro y los regalos por donde pasaban, y haciendo así mucho más costosa la tarea de sus sucesores.

Burckhardt atravesó las cataratas del Nilo.

«Un poco más lejos, —dice la relación—, y a corta distancia de un sitio llamado Guebel Lamule, los guías tienen por costumbre exigir una propina extraordinaria de la persona a quien conducen. Con este objeto hacen alto, echan pie a tierra y forman un montón de arena y guijarros, parecidos al que los nubios ponen sobre sus sepulcros. A esto lo llaman abrir la tumba del viajero, y esta demostración es seguida de una petición imperiosa de propina».

Burckhardt, que vio a su guía comenzar esta operación, se puso tranquilo a imitarle, y después le dijo:

—Aquí tienes tu sepulcro; somos hermanos, y por lo tanto es justo que seamos enterrados juntos.



El árabe no pudo menos de reírse; uno y otro destruyeron la obra siniestra, y volvieron a montar en los camellos, tan amigos como antes. El árabe citó enseguida el versículo del Koran que dice:

Ningún mortal conoce el rincón de tierra donde se abrirá su tumba.

Burckhardt hubiera querido penetrar en el Dongola; pero tuvo que contentarse con recoger datos, y los obtuvo interesantes sobre el país y sobre los mamelucos que en él se habían refugiado después del exterminio de esta poderosa milicia, ordenado por el bajá de Egipto, y ejecutado por sus amautas.

Las ruinas de templos y de ciudades antiguas, detuvieron a cada instante al viajero. Las más curiosas de todas eran las de Ibsambul.

«El templo, —dice la relación—, situado a la orilla misma del río (el Nilo) está precedido de seis figuras colosales en pie, que tienen desde el suelo hasta las rodillas seis pies y medio de distancia y representan a Isis y Osiris en diversas actitudes. Todas las paredes y los chapiteles de las columnas están cubiertos de pinturas y de relieves en los cuales Burckhardt creyó ver el estilo de una alta antigüedad. Todo esto está labrado en la roca viva. Las caras parecen haber estado pintadas de amarillo y los cabellos de negro. A doscientas varas de este templo se ven restos de un monumento todavía más colosal que son cuatro figuras inmensas casi sepultadas entre la arena, de modo que no se puede determinar si están de pie o sentadas».

¿Pero a qué detenernos en la descripción de monumentos hoy conocidos, medidos, dibujados y hasta fotografiados?

La relación de los viajeros de esta época no tiene más interés que el de indicarnos el estado de las ruinas en aquel tiempo y demostrarnos los cambios que las depredaciones de los árabes han producido.

El espacio recorrido por Burckhardt en esta primera excursión comprende solamente las orillas del Nilo, zona muy estrecha, serie de vallecitos que terminan en el río. Calcula la población de este país en 100 000 individuos, diseminados en una zona de tierra cultivable de 405 millas de largo y un cuarto de milla de ancho.

Los hombres, dice, son generalmente bien formados, fuertes y musculosos, de estatura algo menor que los egipcios, sin ningún bigote, y solamente con un hilo de barba. Están dotados de una fisonomía agradable y sobrepujan a los egipcios tanto en valor como

en inteligencia. Son curiosos y preguntones, pero no tienen la costumbre del robo.

«A veces pasan a Egipto para reunir a fuerza de trabajo un pequeño caudal, pero no tienen el instinto del comercio. Las mujeres poseen las mismas ventajas físicas, las hay bonitas y todas son bien formadas, pintándose la amabilidad en su fisonomía, a la cual unen un gran sentimiento de pudor. *Monsieur* Denon ha despreciado demasiado a los nubios; pero la verdad es que su físico varía de cantón a cantón: allí donde el terreno cultivable es muy extenso, son bien formados; pero en los parajes en que el terreno fértil es una banda estrecha, los habitantes menos fuertes y algunas veces hasta esqueletos ambulantes».

El país gemía entonces bajo el yugo despótico de los descendientes del jefe de los bosniacos que pagaban un tributo muy pequeño anual al Egipto. Este tributo, sin embargo, era un pretexto que tomaban para oprimir a los desdichados fellahs. Burckhardt presenta un ejemplo muy curioso de la manera insolente con que estos kachefs proceden a verificar sus razias.

»Hasam Kachefs, dice, necesitaba cebada para sus caballos y paseándose por el campo seguido de un gran número de esclavos, se encontró con una hermosa parva de cebada propia de un labrador.

»Cultivas mal esa tierra, exclamó, porque siembras cebada cuando podrías coger una excelente cosecha de sandías que te valdría el doble.

»Vamos, aquí tienes simiente de sandía (y dio un puñado al paisano), siébrala; y vosotros, esclavos, quitad de aquí esa asquerosa cebada y llevádmela a mi casa».

En el mes de marzo de 1814, después de haber tomado un corto descanso, Burckhardt emprendió una nueva exploración, no ya esta vez por las orillas del Nilo, sino por el desierto de la Nubia. Juzgando que la garantía más eficaz es la pobreza, el prudente viajero despidió a su criado, vendió su camello y contentándose

nada más que con un asno, se unió a una caravana de pobres mercaderes.

La caravana partió de Darau, aldea habitada la mitad por fellahs y la otra mitad por ababdes. El viajero tuvo mucho que quejarse de los primeros, no porque le creyesen europeo, sino al contrario, porque le tomaban por un turco sirio que había ido al país con intención de apoderarse de una parte del comercio de esclavos, cuyo monopolio tenían ellos.

Es inútil recordar aquí los nombres de los pozos, colinas o valles de este desierto: preferimos dar un resumen, según el viajero, del aspecto físico del país.

Bruce que le había recorrido, le pinta con colores demasiado oscuros y exagera las dificultades del camino para darse el mérito de haberlas vencido. Si hemos de creer a Burckhardt, el camino es menos árido que el de Alepo a Bagdad, o el de Damasco a Medina.

El desierto de Nubia no es una llanura sin límites cuya monotonía no se interrumpe por nada, sino que está sembrado de rocas, algunas de las cuales tienen de doscientos a trescientos pies de altura, y cubierto de sitio en sitio por bosquecillos de acacias. La vegetación enfermiza de estos árboles es sin embargo un abrigo engañoso contra los rayos verticales del sol. Por eso el proverbio árabe dice:

»El contar con la protección de un grande es lo mismo que contar con la sombra de la acacia».

En Ankheyre o Guadiberber encontró la caravana la corriente del Nilo después de haber pasado por Shigre, donde se ve una de las mejores fuentes en medio de las montañas. En resumen el único peligro que presenta la travesía de este desierto es el de encontrar seco el pozo, de Nedyeim, y a no ser extraviándose, lo que es difícil con buenos guías, no hay obstáculos graves que superar.

Así, pues, la descripción de los padecimientos de Bruce en aquel paraje debe aceptarse con mucha reserva, aunque la relación del viajero escocés respeta con frecuencia la verdad.

Los habitantes del país de Berber parecen ser los barbarinos de Bruce, los barabras de Anville y los barauras de Poncet. Sus formas son hermosas y los rasgos de su fisonomía diferentes enteramente de la de los negros. Mantienen esta pureza de sangre no tomando por mujeres legítimas más que jóvenes de su tribu o de algún otro pueblo árabe.

La pintura que Burckhardt hace del carácter y de las costumbres de esta tribu, aunque es muy curiosa, no tiene nada de edificante. Sería difícil dar una idea de la corrupción y envilecimiento de los habitantes de Berber. Esta pequeña ciudad, depósito del comercio de esclavos y punto de reunión de las caravanas, tiene al mismo tiempo todo lo que necesita para ser una verdadera cueva de bandidos.

Los comerciantes de Darau con cuya protección había contado Burckhardt hasta entonces sin razón ninguna porque buscaban todos los medios de explotarle, le arrojaron de su compañía al salir de Berber, y el viajero tuvo que buscar la protección de los guías y de los conductores de asnos que le acogieron de buena gana.

El 10 de abril la caravana tuvo que pagar contribución al Mek de Damer, población situada un poco al sur del confluente del Mogren (el Mareb de Bruce). Es una aldea de faquires limpia y bien acondicionada que contrasta agradablemente con la suciedad y las ruinas de Berber. Estos faquires se entregan a todas las prácticas de la hechicería, de la magia y del charlatanismo más descarados. Cuéntase que uno de ellos había hecho balar un cordero en el estómago de un hombre que le había robado y se le había comido. La población ignorante cree a pie juntillas estos prodigios, y tenemos que confesar, aunque con sentimiento, que contribuyen singularmente al buen orden, a la tranquilidad de la población y a la prosperidad del país.

De Damer pasó Burckhardt a Shendy, donde estuvo un mes entero sin que nadie sospechase que era infiel. Shendy, poco importante cuando el viaje de Bruce, poseía entonces un millar de casas y hacia un comercio grande en el cual el durra, los esclavos y

los camellos, reemplazaban a la moneda. Los artículos más abundantes eran la goma, el marfil, el oro en barras y las plumas de avestruz. El número de esclavos vendidos anualmente en Shendy asciende, según Burckhardt, a cinco mil, de los cuales dos mil quinientos son enviados a la Arabia, cuatrocientos a Egipto y mil a Dongola y al litoral del Mar Rojo.

El viajero se aprovechó de su residencia en la frontera del Sennaar, para reunir algunos informes sobre este reino. Contáronle, entre otras particularidades curiosas, que habiendo el rey convidado un día al embajador de Mehem El-Alí para una revista de su caballería que tenía por formidable, el embajador le invitó a su vez para asistir al ejercicio de la artillería turca, y a la primera descarga de las dos piezas de campaña montadas en camellos, la caballería, la infantería, los curiosos, la corte y el rey mismo, echaron a correr espantados.

Burckhardt vendió su pacotilla, y después, cansado de las persecuciones de los mercaderes egipcios sus compañeros, se unió a la caravana de Suakim con el objeto de recorrer el país, absolutamente desconocido, que separa esta última ciudad de Shendy.

En Suakim pensaba embarcarse para la Meca con la esperanza de que el título de Hadyi le sería de la mayor utilidad para la realización de sus proyectos ulteriores.

«Los hadyis, —dice Burckhardt—, forman una corporación, y nadie se atreve a atacar a ninguno de sus miembros por temor de incurrir en la indignación de todos».

La caravana a que se unió Burckhardt, se componía de ciento cincuenta mercaderes y trescientos esclavos. Doscientos camellos llevaban los fardos de tabaco y de damur, tela que se elabora en el Sennaar.

El primer objeto interesante que le llamó la atención, fue el Atbara, río cuyas orillas orladas de grandes árboles daban descanso a la vista, fatigada de los desiertos áridos que el viajero había atravesado hasta entonces.

La caravana siguió el curso del río hasta la fértil comarca de Taka. La piel blanca del jeque Ibrahim (el lector recordará que éste era el nombre que había tomado Burckhardt) excitó en más de una aldea los gritos de horror de las mujeres, poco acostumbradas a ver árabes.

«Un día, —cuenta el viajero—, una muchacha del campo a la cual había comprado algunas cebollas, me dijo que me daría más si quería quitarme el turbante y enseñarle la cabeza. Pedí ocho cebollas por aquel favor y me las dio inmediatamente. Cuando me quité el turbante y vio una cabeza blanca y enteramente afeitada, retrocedió con espanto, y preguntándole yo por chanza si querría un marido que tuviera una cabeza semejante, manifestó el mayor disgusto y juró que preferiría al más feo de los esclavos traídos del Dárfur».

Un poco antes de llegar a Goa Radyeb, Burckhardt vio un monumento que le dijeron era una iglesia o un templo, porque la palabra de que se sirvieron tiene las dos acepciones. Precipitábase ya para verle, cuando sus compañeros le detuvieron gritándole:

«Todas esas tierras están llenas de salteadores y no podrías andar cien pasos sin ser atacado».

¿Era aquél un templo egipcio, o era un monumento del imperio de Axum? El viajero no pudo decidirlo.

La caravana llegó al fin al país de Taka o El-Gash, gran llanura inundada de junio a julio por la crecida de los riachuelos, y cuyo suelo es de una fecundidad maravillosa. Por eso el durra que crece en aquellos terrenos es muy buscado y se vende en Dyedda en un 20 por 100 más que el mejor mijo de Egipto.

Los habitantes, llamados Hadendoas, son traidores, ladrones, sanguinarios, y sus mujeres casi tan corrompidas como las de Shendy y de Berber.

Cuando se sale de Taka para Suakim y las orillas del Mar Rojo, hay que atravesar una cadena de montañas calcáreas donde no se encuentra el granito hasta llegar a Shínterab. Esta cadena no presenta ninguna dificultad, y el viajero llegó a Suakim el 26 de

mayo. Pero no habían concluido allí sus fatigas. El emir y el agá de Suakim se habían entendido para despojarlo, y fue tratado como el último de los esclavos, hasta que la vista de los tirmanes que llevaba de Melíem El-Alí y de Ibrahim Bajá cambió completamente la escena. Entonces, lejos de encerrarle en una cárcel como iban a hacerlo, le llevaron a casa del agá que quiso ser su huésped y regalarle una joven esclava.

«Este viaje de veinte a veinticinco días, —dice M. Vivien de Saint Martin—, entre el Nilo y el Mar Rojo, era el primero efectuado por un europeo, y valió para Europa los primeros informes precisos que se tenían sobre las tribus, en parte nómadas y en parte sedentarias, de estos cantones. El interés se sostiene en todas las observaciones que sobre ellos hizo Burckhardt, y hay pocas lecturas más instructivas y al mismo tiempo de más atractivo que ésta».

Burckhardt pudo embarcarse el 7 de julio en un barco del país y llegar once días después a Dyedda, que es como el puerto de la Meca.

Dyedda está construida a orillas del mar y rodeada de muros impotentes contra la artillería, pero que sirven perfectamente para defenderla contra los wahabitas.

Éstos, a quienes se ha llamado «puritanos del islamismo» forman una secta diferente que tiene la pretensión de restablecer la sencillez primitiva del mahometismo.

«Una batería, —dice Burckhardt—, guarda la entrada por la parte del mar y domina todo el puerto. En ella se ve una enorme pieza de artillería que calza balas de 500 libras y que es tan célebre en todo el golfo arábigo que su sola reputación es una garantía para Dyedda».

Uno de los inconvenientes de ésta ciudad es la falta de agua dulce que es preciso ir a buscar a los pozos situados a más de dos millas de distancia. Sin jardines, sin vegetales, sin palmeras de dátiles a pesar de su población de 12 a 15 000 almas, que se duplica en la estación de las peregrinaciones, presenta un aspecto absolutamente original. Su población es muy heterogénea; se

compone de indígenas del Hadramazt, del Yemen, de indios de Surate, de Bombay y de malayos, que habiendo ido en peregrinación, se han quedado allí.

Entre los pormenores minuciosos que da Burckhardt sobre las costumbres, manera de vivir, precio de los géneros y número de mercaderes, se encuentra más de una anécdota interesante.

Hablando de los usos singulares de los habitantes de Dyedda, dice el viajero:

Casi todos tienen la costumbre de tomar por la mañana una taza llena de gui, o sea de manteca de vaca derretida. En seguida toman el café que miran como un tónico poderoso, y están de tal modo habituados a él desde su infancia, que tendrían gran molestia si hubieran de interrumpir su uso. Los de las clases elevadas se contentan con tomar la taza de manteca; pero los de las clases inferiores añaden una media taza más para aspirarla por las narices, suponiendo que de este modo impiden que por las aberturas de la nariz entre el mal aire en su cuerpo.



El 21 de agosto el viajero salió de Dyedda para Taif. El camino atraviesa una cordillera con valles de paisajes poéticos de lozana vegetación que extraña mucho encontrar. Allí tomaron a Burckhardt por un espía inglés y fue estrechamente vigilado; de suerte que a pesar de la buena acogida que le hizo el bajá, no tuvo libertad

ninguna de movimientos y no pudo dar satisfacción a sus gustos de observador.

Taif es, según parece, famosa por la hermosura, de sus jardines; sus rosas y sus uvas se trasportan a todos los cantones del Hedyaz y hacia un comercio considerable y había llegado a un alto grado de prosperidad antes de ser saqueada por los wahabitas.

La vigilancia de que era objeto Burckhardt apresuró su partida, y el 7 de setiembre tomó el camino de la Meca. Muy versado en el estudio del Koran, conociendo perfectamente las prácticas del islamismo, estaba en disposición de desempeñar perfectamente su papel de peregrino. La primera precaución que tomó fue como prescribe la ley a todo fiel que entra en la Meca, vestirse el ira, fajas de algodón sin costura, una de las cuales envuelve la cintura y otra se rodea al cuello y cae sobre los hombros. El primer deber del peregrino es ir al templo antes de pensar en buscar posada.

Burckhardt no dejó de cumplir esta prescripción, ni tampoco de observar los ritos y ceremonias prescritas para tales casos, todo de un interés especial, pero por lo mismo demasiado estrecho para que nos detengamos en estos pormenores.

La Meca, —dice Burckhardt—, puede llamarse una ciudad bonita. Sus calles son en general más anchas que las de las demás ciudades de Oriente; sus casas son altas y construidas de piedra, con muchas ventanas que se abren a la calle y le dan un aspecto más alegre y más europeo que el de las ciudades de Egipto y de Siria, cuyas habitaciones no presentan al exterior sino alguna que otra ventana... Cada casa tiene su azotea, cuyo suelo revestido de cal está ligeramente inclinado; de suerte que puede correr el agua por canalones hasta la calle. Estas azoteas están defendidas por pequeños parapetos porque en todo el Oriente es inconveniente para un hombre presentarse en ellas y se le acusaría de espiar a las mujeres que pasan una gran parte de su tiempo en las azoteas de sus casas secando el trigo, o tendiendo la ropa, o en otras ocupaciones domésticas.

La única plaza pública de la ciudad es la gran plaza de la Mezquita Mayor. Hay pocos árboles en la Meca; ningún jardín recrea la vista, y la escena no se anima sino en la estación de las peregrinaciones, en la cual se abren multitud de tiendas bien provistas que se encuentran por todas partes.

«Excepto cuatro o cinco casas espaciosas que pertenecen al Cherif, dos medreses o colegios hoy convertidos en paneras y la mezquita con algunos edificios y escuelas anejos a ella, la Meca no puede jactarse de tener ningún edificio público, y en este punto es inferior a las demás ciudades del Oriente de la misma extensión».

Las calles no están empedradas; y como no se conocen obras de alcantarillado, se forman en ellas charcos de agua y un lodo de que nada puede dar una idea.

En cuanto al agua, no se puede contar más que con la del cielo que se recoge en cisternas, porque la que dan los pozos es tan salobre que no hay medios de utilizarla.

«En el sitio donde el valle se ensancha más, en el interior de la ciudad, se levanta la mezquita llamada Beitullah o El-Haram, edificio notable tan sólo a causa de la Kaaba que contiene, porque en otras ciudades del Oriente hay mezquitas casi tan grandes y mucho más hermosas».

Ésta se encuentra situada en una plaza oblonga, y rodeada al Este de una columnata de cuatro filas, y por los demás lados de tres. Estas columnas están unidas entre sí por arcos ojivales, y de cuatro en cuatro sostienen una pequeña cúpula revestida de argamasa y blanqueada al exterior. Algunas columnas son de mármol blanco, de granito o de pórfido; pero la mayor parte son de piedra ordinaria de las montañas de la Meca.

En cuanto a la Kaaba, ha sido tantas veces arruinada y recompuesta que no se le ven señales de una antigüedad remota. Existía, si embargo, antes que la mezquita que la contiene.

«La Kaaba está situada,—dice el viajero—, sobre una base de dos pies de altura y presenta un plano muy inclinado. Como su techo es chato, ofrece a cierta distancia la figura de un cubo

perfecto. La única puerta por donde se penetra en ella y que no se abre más que dos o tres veces al año, esta del lado del Norte y a unos siete pies sobre el nivel del suelo.

Por esto hay que entrar valiéndose de una escalera de mano. En el ángulo Nordeste de la Kaaba, cerca de la puerta, está encajada la famosa piedra negra que forma una parte de la esquina del edificio a cuatro o cinco pies sobre el suelo del patío... Es muy difícil determinar con exactitud la naturaleza de esta piedra, cuya superficie está gastada y reducida a su estado actual por los besos y tactos de muchos millones de peregrinos. La Kaaba está enteramente cubierta por la parte exterior de una cortina de seda negra que la envuelve dejando solamente el techo al descubierto. Este velo o cortina que se llama kesua, se renueva todos los años en la época de la peregrinación y se lleva del Cairo, donde se fabrica a expensas del Gran Señor.

Hasta entonces, no hablamos tenido una descripción tan minuciosa de la Meca y de su santuario, y esto nos ha movido a dar algunos extractos de la relación original, extractos que podríamos multiplicar porque la relación contiene datos circunstanciados sobre el pozo sagrado llamado el Cemzem, cuya agua se tiene por remedio infalible para todas las enfermedades, sobre la Puerta de la Salud, sobre el Uakam El Ibrahim, monumento que contiene la piedra donde se sentaba Abraham cuando construía la Kaaba y que conserva la señal de sus rodillas, así como sobre todos los edificios que contienen el recinto del templo.

Desde la descripción minuciosa y completa de Burckhardt, estos lugares han conservado la misma fisonomía. La misma afluencia de peregrinos entona allí los mismos cánticos. Sólo los hombres han cambiado.

En la relación de Burckhardt, la descripción de las fiestas de la peregrinación y del santo entusiasmo de los fieles, es seguida de una pintura que nos muestra las consecuencias de las grandes reuniones de hombres procedentes de todos los países del mundo bajo el aspecto más sombrío.

El fin de la peregrinación, dice, da un aspecto muy diferente a la mezquita. Las enfermedades y la mortalidad que suceden a las fatigas sufridas durante el viaje provienen del poco abrigo que proporciona el iram, de las habitaciones insalubres de la Meca, de los malos alimentos y algunas veces de la falta absoluta de víveres. Todas estas causas llenan el templo de cadáveres que son llevados allí para que reciban las oraciones del imán, o bien de enfermos que se hacen trasladar al templo; y muchos cuando conocen que se aproxima su última hora, mandan que se les traslade a la columnata a fin de curarse con la vista de la Kaaba o de tener por lo menos el consuelo de expirar en el sagrado recinto. Vense pobres peregrinos abrumados por las enfermedades y el hambre arrastrar sus cuerpos escuálidos a lo largo de la columnata, y cuando ya no tienen fuerza para tender la mano pidiendo una limosna a los transeúntes, ponen junto a la estera donde están tendidos un plato para recibir lo que la compasión les conceda. Cuando sienten acercarse su último momento, se cubren con sus harapos y a veces se pasa un día entero sin que se advierta que han dejado de existir».

Terminaremos los extractos de la relación de Burckhardt relativos a la Meca con el juicio que formó acerca de sus habitantes.

«Si los mecauis tienen grandes cualidades, son afables, hospitalarios, alegres, jactanciosos, en cambio infringen públicamente las prescripciones del Corán bebiendo; fumando o jugando. Entre ellos el engaño y el perjurio han dejado de ser delitos; no ignoran el escándalo que estos vicios ocasionan y todos claman contra la corrupción de las costumbres, pero ninguno da ejemplo de la reforma».

El 15 de enero de 1815 Burckhardt salió de la Meca con una pequeña caravana de peregrinos que iban a visitar la tumba del Profeta. El viaje hasta Medina, lo mismo que entre la Meca y

Dyedda, se verifica de noche, lo que le hace menos provechoso para el observador, y en invierno menos cómodo que si se hiciera de día. Hay que atravesar un valle cubierto de arbustos y de palmeras de dátiles, cuyo extremo oriental está bien cultivado y lleva el nombre de Guadai El Fatme; pueblo que es más conocido con el simple nombre de El-Guadi. Un poco más lejos está el valle de El-Safra, famoso por sus grandes plantaciones de palmeras y mercado de todas las tribus inmediatas.

«Los bosquecillos de palmeras,—dice el viajero—, tienen una extensión de cerca de cuatro millas y pertenecen a los habitantes del El-Safra y a los beduinos de las inmediaciones que proporcionan jornaleros para regar la tierra y vienen después, por sí mismos, a recoger la cosecha de dátiles. Las palmeras cambian de propiedad en el curso del comercio; se les vende aisladamente. El precio que se paga al padre por una hija tomada en matrimonio, consiste frecuentemente en tres palmeras. Están todas plantadas en una arena profunda que se recoge en el valle y que se amontona alrededor de sus raíces. Hay que renovarla todos los años, y ordinariamente las corrientes de agua impetuosa se las llevan. Cada huertecillo de palmeras está rodeado de una pared de tierra o de piedra, y los cultivadores habitan cabañas o casas aisladas, esparcidas entre los árboles. El principal riachuelo sale de un bosquecillo cerca del mercado y junto a él se ha construido una mezquita sombreada por grandes castaños, árbol que yo no he visto más que en el Hedyaz...».

Burckhardt, necesitó trece días para llegar a Medina; pero este largo viaje no fue perdido para él porque recogió muchos datos sobre los árabes y sobre los wahabitas. Como en la Meca, el primer deber del peregrino al llegar a Medina, es visitar la tumba y la mezquita de Mahoma. Sin embargo, las ceremonias son mucho más fáciles y más cortas en Medina y Burckhardt no necesitó más que un cuarto de hora para ponerse en regla.

Ya la estancia en la Meca le había sido muy perjudicial. En Medina fue atacado de fiebres intermitentes que en breve se

hicieron cotidianas, convirtiéndose después en tercianas acompañadas de vómitos, hasta el punto de no poderse levantar de su alfombra sin el auxilio de su esclavo, «pobre diablo que por su naturaleza y sus costumbres sabía más de cuidar camellos que de cuidar a un amo debilitado y abatido».

Detenido por espacio de más de tres meses en Medina por las fiebres, efecto del clima, de la calidad detestable del agua y del gran número de enfermedades a la sazón reinantes, tuvo que renunciar al proyecto que había formado de atravesar el desierto hasta Akaba y de llegar más pronto a Yambo donde hubiera podido embarcarse para el Egipto.

«Medina, dice, es después de Alepo la ciudad mejor construida que he visto en Oriente. Las casas generalmente son de piedra y tienen dos pisos y azoteas. Como no están blanqueadas y la piedra es de color pardo, las calles tienen un aspecto sombrío, siendo en su mayor parte tan estrechas, que por lo general no tienen más que dos o tres pasos de anchura.

Actualmente, Medina presenta el aspecto de la desolación: las casas se deterioran y no se componen; sus propietarios, que antes sacaban grandes productos a causa de la afluencia de peregrinos, ven disminuidas sus rentas porque los wahabitas han prohibido visitar el sepulcro de Mahoma a quien consideran como un simple mortal. La joya más preciosa de Medina, que pone esta ciudad al nivel de la Meca es la Mezquita Mayor que contiene el sepulcro de Mahoma. Esta mezquita es más pequeña que la de la Meca. Por lo demás, está edificada con arreglo al mismo plano, y consiste en un gran patio cuadrado rodeado por todas partes de galerías cubiertas y teniendo en el centro un pequeño edificio.

Cerca del ángulo Sudeste de este edificio, se encuentra el famoso sepulcro rodeado de una verja de hierro pintada de verde y bien trabajada, imitando la filigrana y entrelazada de inscripciones en cobre. Se entra en este recinto por cuatro puertas, o mejor dicho, tiene cuatro puertas pero no se entra más que por una, porque las otras tres están completamente cerradas.

El permiso para entrar se concede gratis a las personas de su posición; los demás tienen que comprarla a los principales eunucos y les cuesta quince piastras. En el interior hay una cortina que rodea el sepulcro a pocos pasos de distancia.

Según el historiador de Medina, esta cortina cubre un edificio cuadrado de piedra negra sostenido por dos columnas, y en cuyo interior están los sepulcros de Mahoma y de sus dos discípulos más antiguos, Abd Bekr y Ornar. Dice también este historiador, que los sepulcros son hoyos profundos, y que el ataúd que contiene las cenizas de Mahoma, está revestido de plata y coronado de una losa de mármol con esta inscripción:

En nombre de Dios, concédele tu misericordia».

Los cuentos antiguamente esparcidos por Europa acerca de la tumba del Profeta, de la cual se decía que estaba suspendida en el aire, son desconocidos en el Hedyaz.

El tesoro de la mezquita fue en gran parte saqueado por los wahabitas; pero es de creer que éstos fuesen precedidos varias veces por los sucesivos guardas que ha tenido el sepulcro.

En la relación de Burckhardt se hallan otros muchos pormenores interesante sobre Medina y sus pobladores, sobre los sitios inmediatos y sobre los puntos más ordinarios de peregrinación. Hemos tomado una parte bastante interesante de la relación de Burckhardt para que el lector que desee penetrarse más íntimamente de los usos y costumbres que no han variado, se decida a recurrir el texto mismo.



El 21 de abril de 1815 Burckhardt se agregó a una caravana que le condujo al puerto de Yambo, donde reinaba la peste. No tardó en caer enfermo, y se puso tan débil que le fue imposible refugiarse en el campo y no había que pensar en embarcarse, porque todos los buques que iban a darse a la vela estaban llenos de soldados

enfermos. Se vio, pues, obligado a permanecer en aquella ciudad insalubre antes de tomar pasaje en un pequeño buque que le llevó a Coseir y de allí a Egipto.

A su vuelta al Cairo supo la muerte de su padre.

La constitución de Burckhardt estaba profundamente alterada por la enfermedad y no pudo nacer la ascensión al monte Sinaí hasta el año siguiente de 1816.

Los estudios de historia natural, la redacción de sus diarios de viaje y el cuidado de su correspondencia le ocuparon hasta fines de 1817, época en la cual pensaba unirse a la caravana del Fezan. Pero atacado de improviso de una fiebre violenta, murió al cabo de pocos días diciendo:

«Escribid a mi madre que mi último pensamiento ha sido para ella».

Burckhardt era un viajero completo, instruido, exactísimo, animoso, paciente, dotado de un carácter recto y enérgico. Ha dejado escritos preciosísimos; y la relación de su viaje por Arabia, cuyo interior desgraciadamente no pudo visitar, es tan completa y tan precisa, que gracias a él es más conocido ese país que algunas comarcas de Europa.

«Ademas, —decía en una carta dirigida desde el Cairo el 13 de marzo de 1817 a su madre—, jamás he dicho una palabra sobre lo que he visto y he encontrado que no esté plenamente justificada, porque no me he expuesto a tantos peligros para escribir novelas».

Los exploradores que han recorrido después los países visitados por Burckhardt están unánimes en certificar la exactitud de sus palabras y en alabar su fidelidad, sus conocimientos y su sagacidad.

«Pocos viajeros, —dice la *Revista Germánica*—, han tenido tanta finura y rapidez de observación. Éste es un don de la naturaleza raro como todas las cualidades eminentes. Hay en él una especie de intuición que le hace discernir lo verdadero aun sin necesidad de la observación personal. Así sus informes orales tienen en general

un valor que raras veces presentan las noticias de esta naturaleza. Su espíritu sólido, madurado desde edad temprana por la reflexión y el estudio, (Burckhardt cuando murió no tenía más que treinta y tres años) va derecho al objeto y se detiene en el punto justo. Su narración siempre sobria contiene, por decirlo así más cosas que palabras, y sin embargo, posee un atractivo infinito, haciendo amar al hombre tanto como al sabio y como al observador».

Mientras las tierras bíblicas eran objeto de las investigaciones de Seetzen y de Burckhardt, la India, patria original de la mayor parte de las lenguas europeas, iba a ser el centro de multiplicados estudios de literatura y de religión lo mismo que de geografía. Por el momento no trataremos sino de las investigaciones referentes a los muchos problemas de geografía física cuya completa solución debía obtenerse merced a las conquistas y a los estudios de la Compañía de las Indias.

Hemos referido en un tomo anterior cómo se había establecido en la India la dominación portuguesa. La unión de Portugal con España en 1599 trajo consigo la pérdida de las colonias portuguesas que cayeron en manos de la Holanda y de la Inglaterra.

Esta última no tardó en conceder el monopolio del comercio de las Indias a una compañía que debía desempeñar un papel histórico importante.

Por aquel tiempo el gran emperador mogol Akbar, séptimo descendiente de Timur Leng, había establecido un vasto imperio en el Indostán y en Bengala sobre las ruinas de los Estados Radyaputas. Este imperio, gracias a las cualidades personales de Akbar, que le valieron el nombre de bienhechor de los hombres, se hallaba en todo su esplendor. Shair Yahan, su hijo, continuó la tradición paterna; pero Aurent Al Zeb, su nieto, dotado de una ambición insaciable, asesinó a sus hermanos, encarceló a su padre y usurpó el poder.

Mientras el imperio mogol gozaba de una paz profunda, un aventurero de genio llamado Sewadyi echaba los fundamentos del imperio Maharata.

La intolerancia religiosa de Aurent Al Zeb y su política astuta, produjeron la sublevación de los radyaputas, y la lucha que devoró los mejores recursos del imperio, conmovió su poder; de manera que la decadencia comenzó inmediatamente después de la muerte de este usurpador.

Hasta entonces la Compañía de las Indias no había podido aumentar la pequeña zona de territorio que poseía en torno de sus puertos, pero en adelante debía aprovecharse con habilidad de las contiendas de los nababs y de los radyas del Indostán. Sin embargo, la influencia y el dominio de la Compañía inglesa no se extendieron de una manera ostensible hasta después, de la toma de Madrás por La Bourdonnais en 1746 y durante la lucha contra Dupleix.

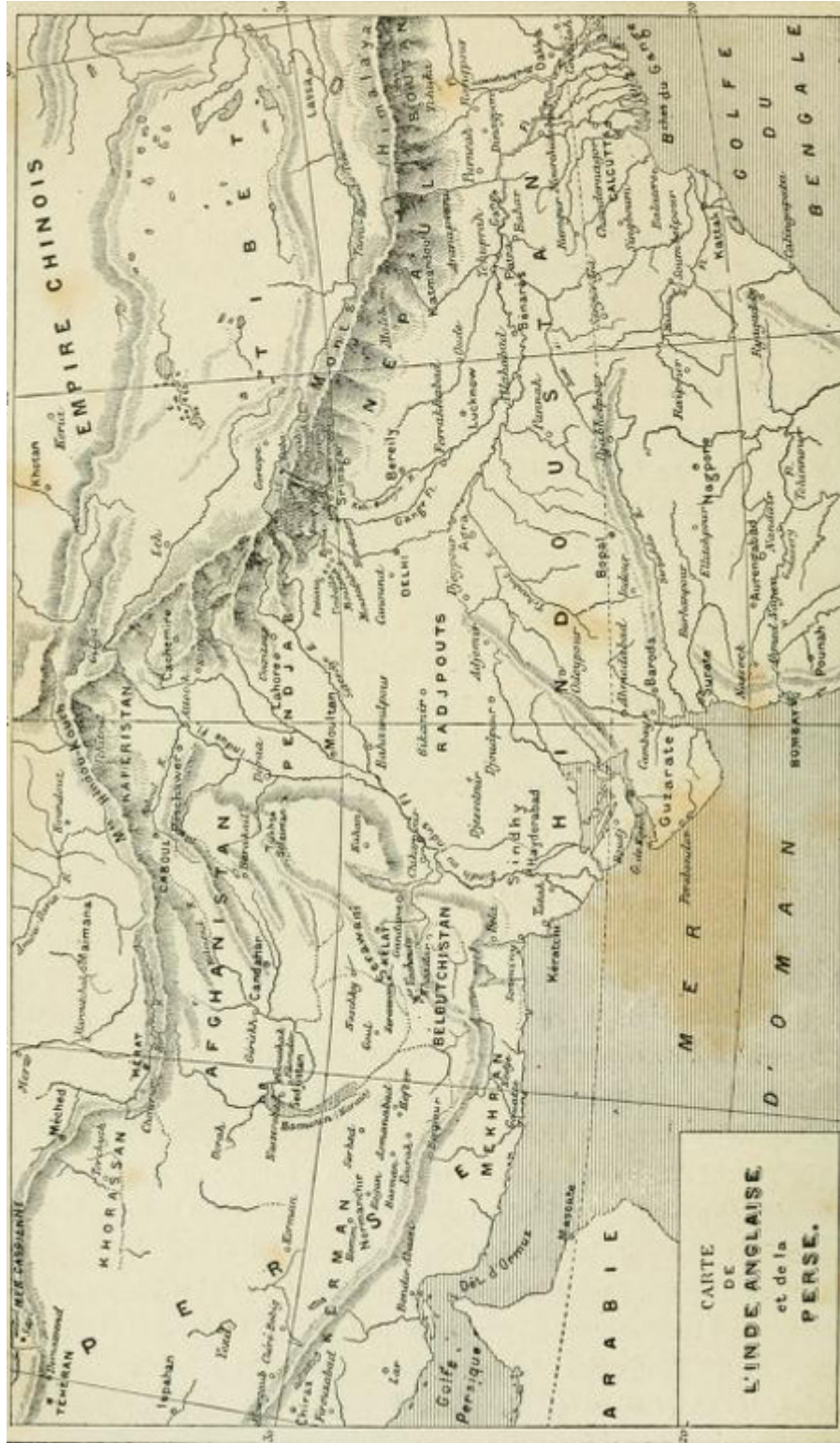
A consecuencia de la política astuta, desleal y cínica de los gobernadores ingleses Clive y Hastings, que empleando alternativamente la fuerza, la perfidia o la corrupción, fundaron sobre las ruinas de su propio honor la grandeza de su patria, la Compañía poseía a fines del siglo último un inmenso territorio poblado de 60 millones de individuos. Componían este territorio el Bengala, el Behar y las provincias de Benarés, de Madrás y de los Circars del Norte. Sólo el sultán de Misru, Tippa El Saib, luchó con energía contra los ingleses, pero no pudo resistir a la coalición que el coronel Wellesley supo reunir contra él.

La Compañía, no teniendo ya ningún enemigo terrible, acalló las tentativas de resistencia por medio de pensiones; y bajo pretexto de protección impuso a los últimos radyas independientes una guarnición inglesa que debían mantener a su costa.

No se crea, sin embargo, que los ingleses no supieron más que hacerse aborrecibles: nada de eso. La Compañía, respetando los derechos de los individuos, no introdujo ningún cambio ni en la religión, ni en las leyes, ni en las costumbres.

Así no hay que admirar que los viajeros, aun cuando se aventurasen por regiones que en propiedad no pertenecían a la Gran Bretaña, corrieran muy pocos peligros.

En efecto, la Compañía, luego que pudo dar tregua a sus cuidados políticos, estimuló las exploraciones de sus vastos dominios y dirigió al mismo tiempo a los países limítrofes viajeros encargados de comunicarle datos acerca de ellos. Estas diversas exploraciones son las que vamos a examinar.



Una de las más curiosas y más antiguas es la de Webb a las fuentes del Ganges.

Las noticias que se tenían hasta entonces sobre este río, eran de las más inciertas y contradictorias.

Así el gobierno de Bengala, comprendiendo la importancia que para el desarrollo del comercio tenía el conocimiento de aquella grande arteria, organizó en 1807 una expedición compuesta de los señores Webb, Raper y Hearsay que debían llevar un acompañamiento de cipayos, intérpretes y criados indígenas.

La expedición llegó el 1 de abril de 1808 a Herduar, población pequeña, situada a la orilla izquierda del río, pero cuya posición a la entrada de la rica llanura del Indostán, hacia de ella un sitio de peregrinación muy frecuentado. En ella se verifican durante la estación calurosa las purificaciones en el agua del río sagrado.

Como no hay peregrinación sin exposición y venta de reliquias, Herduar es el sitio de un mercado importante, donde se encuentran caballos, camellos, antimonio, asafétida, frutas secas, chales, flechas, muselinas, tejidos de algodón o de lana, producciones del Pendyab, del Cabulistán y Cachemira. Vendíanse allí también esclavos desde 3 a 30 años de edad que valían desde 10 a 150 rupias.

¡Curioso espectáculo el de esta feria donde se encontraban tantas fisonomías, tantas lenguas y tantos trajes diversos!

El 12 de abril la misión inglesa salió para Gangautri, siguiendo un camino plantado a uno y otro lado de moreras blancas y de higueras hasta Guruduar.

Un poco más allá se ven molinos movidos por el agua y de una construcción muy sencilla sobre riachuelos orillados de sauces y de arbustos de frambuesa. El suelo era fértil, pero la tiranía del gobierno impedía a los habitantes sacar de él todo el partido conveniente. En breve el país se presentó montuoso, aunque todavía crecían en él melocotones, albaricoques, nogales y otros arbustos europeos. Después la caravana tuvo que penetrar en las cordilleras que parecían unirse al Himalaya. Al salir de sus gargantas vieron el Baghirati, que más lejos toma el nombre de Ganges.

A su izquierda tenía el río altas montañas muy áridas, y a su derecha se extendía un valle fértil. En la aldea de Chivali se cultiva en grande la adormidera destinada a hacer el opio; los habitantes del país, sin duda a causa de la mala calidad del agua, tenían todos paperas.



En Dyosvara pasaron el río por un puente de cuerdas que se llama Dyula, construcción singular y peligrosa.

«Para construir este puente, —dice Webb—, se meten en tierra, de cada lado del río, dos estacas muy fuertes a tres pies de distancia una de otra, y tirando de ellas, se pone una tabla a la cual se atan una docena o más de cuerdas gruesas que se fijan en tierra con grandes montones de leña. Estas cuerdas están repartidas en dos paquetes separados entre sí por el espacio de un pie. Por debajo se extiende una escala de cuerda que se anuda a las primeras que forman una especie de parapetos. Algunas ramas de árboles situadas a dos pies y medio de distancia y algunas veces a tres pies las unas de las otras forman el piso del puente. Siendo por lo general muy delgadas, parece que a cada instante están a punto de romperse, lo cual induce naturalmente al viajero a contar con el auxilio de las cuerdas que forman el parapeto y apoyarse constantemente en ellas. El primer paso que se da sobre una máquina tan vacilante es propio para causar vértigos, porque al andar se le imprime un movimiento que la hace balancearse de un lado a otro, y el ruido del torrente por encima del cual está suspendida, no es muy a propósito para tranquilizar a nadie. Además, el paso es tan estrecho que si dos personas se encuentran en el puente, la una tiene que detenerse y dar un cuarto de conversión arrimándose a un lado para dejar pasar a la otra».

La misión atravesó enseguida la ciudad de Baharat, cuyas casas en su mayor parte habían sido destruidas en el temblor de tierra de 1803.

El mercado que se celebra en esta ciudad, la dificultad de proporcionarse víveres en las aldeas más montañosas, su posición central, porque a ella vienen a parar los caminos de Dyemauhi, Kedat Nath y Sirnagar, han debido contribuir en todo tiempo a dar cierta importancia a esta localidad. Desde Batheri el camino se presentó tan malo que fue preciso abandonar los equipajes, no siendo más que un sendero que costaba precipicios entre guijarros

movibles y restos de rocas caídas. Hubo, pues, que renunciar al pensamiento de llegar más lejos.

Devaprayaga está situada en la confluencia del Baghirali y del Alcananda. El primero de estos ríos, que viene del Norte, corre con ímpetu y estruendo; el segundo, más pacífico, más profundo y más ancho, no sube menos de 46 pies sobre su nivel ordinario cuando vienen las lluvias. La unión de estos dos ríos es la que forma el Ganges.

Aquél es un lugar santo y venerado del cual los brahmanes han sabido sacar un excelente partido estableciendo una especie de piscinas donde, por medio de una retribución, los peregrinos pueden hacer sus abluciones sin correr el riesgo de ser llevados por la corriente. La misión pasó en Alcananda por un puente de corredera llamado dindla.

«Este puente consiste, —dice la relación—, en tres o cuatro gruesas cuerdas fijadas en las dos orillas y de las cuales se suspende en cada uno de sus extremos un pequeño cajón de 18 pulgadas cuadradas. El viajero se sienta en él y se le hace pasar de una orilla a otra por medio de una cuerda que tira un hombre situado en la orilla opuesta».

El 13 de mayo la expedición entró en Sirnagar. La curiosidad de los habitantes estaba tan sobrecitada que los magistrados enviaron un mensaje a los ingleses para suplicarles que se pasearan por la ciudad.

Sirnagar, ya visitada en 1796 por el coronel Hardiwick había quedado destruida casi enteramente por el temblor de tierra de 1803 y además por la conquista que de ella hicieron en el mismo año los gorkhalis. En esta ciudad encontraron a Webb los emisarios que había enviado a Gangautri por el camino que él no había podido seguir. Estos emisarios habían visitado las fuentes del Ganges.

«Una gran roca, —dice—, a cuyos dos lados corría el agua muy poco profunda, ofrecía una semejanza grosera con el cuerpo y la boca de una vaca. A un hoyo que se encuentra a un extremo de su superficie asocia la imaginación la idea del objeto que cree ver

llamándole Gaumokhi; y la boca de vaca según rumor popular vomita el agua del río sagrado.

»Un poco más lejos fue imposible seguir adelante; los viajeros tenían enfrente una montaña escarpada como un muro; el Ganges parecía salir de debajo de la nieve que cubría el pie de esta montaña; el valle terminaba allí... Nadie ha pasado de aquel sitio».

La misión para volver a su punto de partida no siguió el mismo itinerario. Vio los afluentes del Ganges y del Kelat Ganga o Mandacni, gran río que sale de los montes del Kerdar. Pasó entre inmensos rebaños de cabras y carneros cargados de granos; atravesó un gran número de desfiladeros; pasó por las ciudades de Badrinath y de Manali y llegó en fin a la cascada de Barsu, experimentando un frío riguroso a causa de la nieve que caía con intensidad.

«Éste es, —dice Weeb—, el terreno de las devociones de los peregrinos. Algunos vienen para recibir la lluvia del agua santa de la cascada. En este lugar se distingue el curso del Alcananda hasta el extremo del valle del Sudoeste, pero su lecho está enteramente oculto por montones de nieve que probablemente se han acumulado allí por espacio de siglos».

Weeb nos da también algunos pormenores sobre las mujeres de Manah. Llevaban al cuello, en las orejas y en la nariz adornos de oro y plata que no se acomodaban de modo alguno con sus trajes groseros.

Algunos niños llevaban también en los brazos y en el cuello anillos y collares de plata por valor de 600 rupias.

En invierno esta ciudad, que hace un gran comercio con el Tibet, está completamente sepultada bajo nieve, y los habitantes se refugian en las inmediaciones.

En Badrinath la misión visitó el templo cuya fama de santidad es muy extensa. La estructura y apariencia de este templo, tanto en lo interior como en lo exterior, no dan idea ninguna de las sumas inmensas que cuesta su conservación. Es uno de los santuarios más antiguos y más venerados de la India, y en él se hacen las

abluciones en baños alimentados por una agua sulfurosa muy cálida.

«Hay aquí, —dice la relación—, un gran número de fuentes de agua caliente que tiene cada una su virtud particular y de las cuales los brahmanes saben probablemente sacar buen partido. Así es que el pobre peregrino, practicando sucesivamente las abluciones que exige el ritual, ve disminuir su bolsa a medida que disminuye la suma de sus pecados; y los muchos peajes que tiene que pagar en este camino del Paraíso, pueden hacerle pensar que la vía estrecha no es la menos costosa».

Este templo posee setecientas aldeas concedidas por el gobierno, dadas en garantía de préstamos o compradas por simples particulares que después las han regalado.

La misión estaba en Dyosimath el 1 de junio. Allí el brahmán que les servía de guía recibió del gobierno del Nepal la orden de conducir inmediatamente a los viajeros al territorio de la Compañía. El gobernador del Nepal comprendió, en verdad un poco tarde, que el reconocimiento hecho por los ingleses tenía un objeto político tanto como geográfico. Un mes después Weeb y sus compañeros entraban en Dehli, habiendo trazado definitivamente el alto curso del Ganges y las fuentes del Baghirati y del Alsamanda; es decir, después de haber alcanzado completamente el objeto que la Compañía se había propuesto.

En 1808 el gobierno inglés resolvió enviar una nueva misión al Penyab, que entonces estaba bajo el dominio de Randyeit Sing. La relación anónima que se ha publicado de esta misión en los Anales de Viajes, contiene ciertas particularidades interesantes, por lo cual tomaremos de ellas algunos extractos.

El 6 de abril de 1808, el oficial inglés encargado de la misión, llegó a Herduar, ciudad que dice era en aquel momento el punto de reunión de un millón de individuos que habían acudido a su feria anual. En Boria, situada entre el Yusuna y el Setidyé, el viaje no fue objeto de la curiosidad indiscreta de las mujeres que le pidieron permiso para acudir a verle.

«Sus miradas y sus gestos, —dice la relación—, manifestaban gran sorpresa. Se acercaron a mí riendo a más y mejor; el color de mi rostro excitaba toda su alegría. Me dirigieron una multitud de preguntas; me preguntaron si llevaba sombrero; si exponía mi cara al sol; si estaba siempre encerrado o si no salía más que con un abrigo; si me acostaba en la mesa que estaba en mi tienda, pues aunque mi cama estaba inmediata, tenía las cortinas corridas. En fin, enseguida la vieron y examinaron minuciosamente; después registraron mi tienda y todo lo que de ella dependía. Tenían rostros graciosos; sus fisonomías ofrecían la muestra de la amabilidad; sus rasgos eran regulares; su tez aceitunada formaba agradable contraste con sus dientes blancos y bien unidos, particularidad que distingue a todos los habitantes del Penyab».

El oficial inglés visitó sucesivamente a Mustafabad, Mulana y Umballa. El país que atravesaba estaba habitado por los sikhs, cuyo carácter se distingue por la beneficencia, la hospitalidad y la veracidad.

Ésta es, —dice el autor—, la mejor raza de hombres que se encuentra en la India. En seguida la misión atravesó fácilmente a Patiata, Mekeuara, Feguara y Udanita, donde *lord* Lake había entrado en 1605 persiguiendo a un jefe maharata, y por último a Umritsar.

Umritsar está mejor construida que las ciudades principales del Indostán. Es el mejor punto de comercio de chales, de azafrán y de otras mercancías del Decan.

«El 14,—dice el viajero—, habiéndome puesto zapatos blancos, visité, con las ceremonias requeridas, el Amretsir o sea la fuente de la Bebida de la Inmortalidad, de donde la ciudad toma su nombre. Es un estanque de unos 135 pasos cuadrados, construido de ladrillo y en medio del cual se levanta un lindo templo dedicado a Gurugovia Al Singh. A él se llega por una calzada; está elegantemente adornado por dentro y por fuera, y con frecuencia el radya le añade, a su costa, nuevos adornos. En este lugar sagrado, bajo un dosel de seda, se guarda el libro de las leyes escrito por

Guru en caracteres gurumukhtis. El templo se llama Hermendal o la Morada de Dios. Cerca de seiscientos akalis o sacerdotes están afectos a su servicio, los cuales han construido casas cómodas con el producto de las contribuciones voluntarias de los devotos que acuden a visitar el templo. Aunque estos sacerdotes son objeto de infinita veneración no están absolutamente exentos de vicios, y cuando tienen dinero, le gastan con la misma facilidad que lo han ganado. El concurso de mujeres bonitas que va todas las mañanas al templo, es verdaderamente prodigioso; las que componen estos grupos de jóvenes hermosas exceden en mucho por la elegancia de sus personas, las proporciones de sus formas y los rasgos de su fisonomías a las mujeres de las clases inferiores del Indostán.

Después de Umritsar, el oficial encargado de la misión visitó a Lahore, y es curioso saber lo que quedaba de esta gran ciudad a principios de nuestro siglo.

Los muros, dice, que son muy altos, están adornados por la parte exterior con todo el lujo del gusto oriental, pero se están arruinando lo mismo que las mezquitas y las casas de la ciudad. El tiempo ha puesto su mano destructora sobre esta ciudad como sobre Dehli y Agra, y ya las ruinas de Lahore son tan extensas como las de esta antigua capital».

El viajero fue recibido tres días después de su llegada por Randyeia Al Singh que le acogió cortésmente y habló con él principalmente de arte militar. El radya tenía entonces veintisiete años, y su fisonomía hubiera sido agradable, si no hubiese perdido un ojo a causa de las viruelas; sus modales eran sencillos y afables, y denotaban su categoría de monarca.

Después de haber visitado la tumba del Shah Yahan, en Shalamar y los demás monumentos de Lahore, el oficial volvió a Dehli y a las posesiones de la Compañía. A su viaje se debe un conocimiento algo mayor del que hasta entonces se tenía de aquel país interesante que no debía tardar en tentar la insaciable codicia del gobierno inglés.

Al año siguiente (1809), la Compañía envió a los emires del Sindh una embajada compuesta de los señores Nicolás Hankey Smith, Enrique Ellis, Roberto Taylor y Enrique Pottinger con una escolta mandada por el capitán Carlos Christie.

Un buque transportó a la misión a Kerachi. El gobernador de este fuerte no quiso permitir el desembarco antes de haber recibido instrucciones de los emires; y de aquí siguió una correspondencia a consecuencia de la cual el enviado Smith notó alguna impropiedad relativa al título y a la categoría respectiva del gobernador general y de los emires. El gobernador se excusó de ella diciendo que ignoraba la lengua persa, y que no queriendo dejar ningún vestigio de mala inteligencia, estaba pronto a mandar matar o sacar los ojos, a elección del enviado, a la persona que había escrito la carta. Esta declaración pareció suficiente a los ingleses que se opusieron a la ejecución del culpado.

En sus cartas, los emires afectaban un tono de superioridad humillante para los ingleses, y al mismo tiempo mandaban acercar un cuerpo de ocho mil hombres, y ponían todas las trabas imaginables a las tentativas de los ingleses para proporcionarse las más insignificantes noticias. Después de largas negociaciones en que el orgullo británico quedó más de una vez humillado, la embajada recibió la autorización de ir a Haiderabad.

Más allá de Kerachi, el principal puerto de exportación del Sindh, se extendía una vasta llanura, sin árboles, ni vegetales, que sigue la orilla del mar. Es preciso atravesar esta llanura y marchar cinco días para llegar a Tatab, antigua capital del Sindh, a la sazón desierta y arruinada. Antiguamente estaba en comunicación por medio de canales con el Sindh, río inmenso, verdadero brazo de mar en su embocadura, sobre el cual Pottinger recogió los datos más precisos, completos y útiles que se habían obtenido hasta entonces.

Habíase acordado de antemano que la embajada, con una excusa plausible, se dividiera en dos partes y se dirigiera a Haiderabad por dos caminos diferentes a fin de proporcionarse el mayor número de datos acerca del país. No tardó en llegar a

Haiderabad y tuvieron que entablarse las mismas negociaciones difíciles para su recepción, negándose los jefes a aceptar las pretensiones humillantes de los emires.

«El precipicio en que se asienta la fachada oriental de la fortaleza de Haiderabad, —dice Pottinger—, los techos de las casas y hasta las fortificaciones, todo estaba cubierto de una multitud de personas de ambos sexos, que por sus aclamaciones aplausos manifestaban sus buenas disposiciones hacia nosotros.

Al llegar a palacio, en el sitio en que los ingleses debían echar pie a tierra, fueron recibidos por Uli Mohammed Khan y varios oficiales de alta categoría, que salieron a su encuentro en una vasta plataforma al extremo de la cual estaban sentados los emires.

La plataforma se hallaba cubierta de las más ricas alfombras de Persia y para atravesarla todos nos quitamos los zapatos. Desde el momento en que el enviado dio el primer paso hacia los príncipes, éstos se levantaron los tres a la vez y permanecieron en pie hasta que llegó al sitio que le estaba marcado, sitio que tenía una alfombra bordada, distinta de la que cubría los demás puestos destinados al personal de la embajada. Los príncipes nos dirigieron cada uno separadamente preguntas muy corteses acerca de nuestra salud; y como aquélla era una audiencia de pura ceremonia, toda ella se invirtió en cumplimientos y expresiones de cortesía... Los emires llevaban una gran cantidad de piedras preciosas en sus trajes, además de las que adornaban los puños y las vainas de sus espadas y puñales, y en sus cinturones se veían brillar esmeraldas y rubíes de tamaño extraordinario.



Estaban sentados por edades: el mayor en medio, el segundo a su derecha y el más joven a su izquierda. Una alfombra de fieltro ligero cubría todo el círculo; encima de ella había un cojín de seda de una pulgada de espesor y del tamaño exactamente preciso, para que pudieran sentarse en él los tres príncipes».

La relación termina con una descripción de Haiderabad, fortaleza que apenas podría resistir a un enemigo europeo, y con algunas consideraciones sobre la naturaleza de la embajada, que en parte tenía el objeto de cerrar a los franceses la entrada en el país. Luego que se concluyó el tratado, los ingleses volvieron a Bombay.

Por consecuencia de este viaje, la Compañía llegó a conocer mejor uno de los países limítrofes y reunió documentos preciosos sobre los recursos y las producciones de una comarca atravesada por un río inmenso, el Indo de los antiguos, que saliendo del Himalaya, podía fácilmente servir para el transporte de las producciones de una inmensa zona de territorio. El objeto de la misión era más político que geográfico, pero la ciencia sacó esta vez como otras, gran provecho de las necesidades políticas.

Lo poco que se sabía entonces acerca del espacio comprendido entre el Cibulistan, la India, la Persia y el mar de las Indias era tan incompleto como defectuoso.

La Compañía, muy satisfecha del desempeño de la embajada por el capitán Christie y el teniente Pottinger, resolvió confiarles otra misión más complicada y difícil, la de ir por tierra a Persia, donde estaba el general Malcolm, atravesando el Beluchistán y reunir acerca de esta grande extensión de país, datos más completos y precisos que los que hasta entonces se tenían. No había que pensar en atravesar en traje europeo el Beluchistán, país de población fanática.

Christie y Pottinger se dirigieron a un negociante indio que suministraba caballos a los gobiernos de Madrás y de Bombay, y éste les acreditó como agentes suyos en Kelat, capital del Beluchistán.

El 2 de enero de 1810, los dos oficiales se embarcaron en Bombay para Sonminy, único puerto de mar de la provincia de Lhossa, a donde llegaron después de haber recalado en Porebender en la costa de Guzerat.

Todo el país atravesado por los viajeros antes de llegar al Beluchistán, es un inmenso pantano de agua salada invadido por la

maleza. El yam o gobernador de esta ciudad era inteligente y dirigió a los ingleses una multitud de preguntas que denotaban su deseo de instruirse, confiando al jefe de la tribu de los bezendyos, que son indígenas del Beluchistán, el cuidado de conducir a los viajeros a Kelat.

La temperatura había cambiado mucho desde Bombay.

Pottinger y Christie sufrieron en las montañas un frío excesivo, que llegó a helar el agua en los odres.

Kelat, —dice Pottinger—, la capital de todo el Beluchistán, circunstancia que le ha valido el nombre de Kelat, o la ciudad, está situada en una altura al occidente de una llanura o valle bien cultivado de ocho millas de largo y 3 de ancho. La mayor parte de esta extensión está compuesta de jardines. La ciudad forma un cuadrado, tres lados del cual están ceñidos por un muro de tierra de 20 pies de altura, con bastiones y aspilleras para la fusilería. No tuve ocasión de visitar el interior del palacio; pero no ofrece más que un conjunto confuso de edificios comunes de tierra coronados de azoteas y todos defendidos por muros bajos guarnecidos de parapetos y aspilleros.

«Se cuentan en la ciudad más de dos mil quinientas casas, pero hay por lo menos mil en los arrabales; la mayor parte son de ladrillo y madera todo cubierto de argamasa y barro. Las calles en general son más anchas que las de las poblaciones habitadas por asiáticos. La mayor parte tienen a cada lado aceras levantadas para la gente de a pie; por en medio corre un arroyo al descubierto que es una cosa muy incómoda por la gran cantidad de inmundicia que a él se arroja y por el agua de lluvia que allí se estanca, porque ningún reglamento positivo obliga a limpiarlo. Otro gran obstáculo para la limpieza y buen aspecto de la ciudad, procede de la costumbre de sacar los pisos superiores de las casas sobre la calle, de manera que los inferiores son oscuros y húmedos. El bazar de Kelat es grande y está bien provisto de mercancías de toda clase. Todos los días acuden a él carnes, verduras y toda especie de géneros que se venden baratos».

La población, según Pottinger, está dividida en dos clases muy distintas: los beluchis y los brahuis y cada una de ellas se encuentra subdividida en un gran número de tribus. La primera parece proceder del persa moderno por su aspecto y su lengua; el brahui conserva por el contrario un gran número de antiguas voces indias. Las muchas uniones que se han realizado entre estas dos clases, han dado nacimiento a otra tercera, mixta de las dos.



Los beluchis, procedentes de las montañas del Hekhran son sunnitas; es decir, que consideran a los cuatro primeros imanes como los sucesores legítimos de Mahoma.

Pueblo pastor, tienen las cualidades y los defectos de los pastores. Son hospitalarios, pero indolentes y pasan el tiempo en

jugar y en fumar. Se limitan generalmente a tener dos o tres mujeres y son menos celosos que los demás musulmanes para dejarlas ver de los extranjeros. Tienen un gran número de esclavos de ambos sexos, a quienes tratan con bondad. Son excelentes tiradores y cazadores apasionados, de valor a toda prueba y aficionados a razias que llevan entre ellos el nombre de chepaos.

En estas expediciones se emplean generalmente los neruis que son la tribu más salvaje y más ladrona de los beluchis.

En cuanto a los brahuis llevan un poco más lejos sus costumbres errantes. Hay pocos hombres más activos y más fuertes que éstos; sufren del mismo modo el frío glacial de las montañas que el calor abrasador de las llanuras. Generalmente de corta estatura, tan valientes, tan hábiles tiradores y tan fieles a su palabra como los beluchis, tienen menos afición al robo.

«No he visto, —dice Pottinger—, ningún otro pueblo asiático al cual se parezcan, porque un gran número tienen la barba y los cabellos castaños».

Los dos viajeros, después de una corta residencia en Kelat, continuando en fingirse tratantes en caballos, juzgaron conveniente proseguir su viaje; pero en vez de tomar la carretera de Candahar, atravesaron un país triste y estéril, muy poco poblado, regado por el Caisser, río sin agua durante el verano y llegaron a una pequeña población llamada Noschky o Nuschky en la frontera del Afganistán.

En aquel sitio los beluchis que les acompañaban y que parecían tenerles buena voluntad, les representaron la dificultad que ofrecía el camino del Sedyistan, para llegar al Korasan y a Hebrat su capital.

«Mejor será dijeron pasar a Kerman por Redye y Bempur, o por Serhed situada en la frontera occidental del Beluchistán y desde allí entrar en el Nermanchir.

»La idea de seguir dos caminos, halagó inmediatamente a Christie y a Pottinger. Sin embargo esta resolución era contraria a sus instrucciones; «pero, —dice Poltinger—, tenía esta infracción la ventaja incontestable que resultaría proporcionándonos acerca de

las regiones que debíamos explorar, conocimientos geográficos más extensos que los que pudiéramos esperar viajando juntos».

Christie marchó el primero por el camino de Duchak, y nosotros le seguiremos después.

Al cabo de algunos días Pottinger recibió en Nuschky de su corresponsal en Kelat, carta en que le decía que le buscaban emisarios de los emires del Sindh, porque sus compañeros habían sido conocidos, y que para salvarse necesitaba salir del territorio inmediatamente.

El 25 de marzo, el teniente inglés tomó, pues, el camino de Serawan, aldea situada cerca de la frontera del Afganistán. Antes de llegar a ella, encontró en su camino monumentos singulares, tumbas o altares cuya construcción se atribuye a los güebros, adoradores del fuego, que llevan hoy el nombre de parsis.

Serawan está a 6 millas de los montes Serawaní, en el centro de un cantón estéril y desnudo. Esta ciudad, debe su fundación a la grande y constante cantidad de agua que le suministra el río Beli, ventaja inapreciable en un país continuamente expuesto a la sequía, a la carestía y al hambre.

Pottinger visitó en seguida el distrito de Kharan, famoso por la fuerza y la agilidad de sus camellos y atravesó el desierto que forma la frontera meridional del Afganistán. En este desierto la arena es excesivamente tenue; sus partículas son casi impalpables y bajó la acción del viento forman montículos de 10 a 20 pies de altura, separados por profundos valles. Aun en tiempo sereno flotan en el aire un gran número de partículas que producen un espejismo particular y que penetrando en los ojos, la boca y las narices, causan una irritación excesiva y una sed inaguantable.

Al entrar en el territorio del Mekran, Pottinger se vio obligado a fingirse pyrzadeh o santo porque la población es sumamente rapaz y su carácter aparente de comerciante no hubiera dejado de producirle aventuras en extremo desagradables.

Después de haber atravesado la aldea de Gul en el distrito de Daizurk, pasó por las ruinas de Asmanabad, por la aldea de Hefter y

por la ciudad de Purah, donde se vio obligado a confesar su calidad de franguí con gran escándalo de su guía que habiendo vivido con él por espacio de dos meses, no lo sospechaba, antes bien había recibido muchas pruebas de la santidad de Pottinger.

Al fin, abrumado de cansancio y exhausto de recursos, llegó a Bempur, localidad visitada en 1809 por un capitán de infantería cipaya de Bengala llamado Grant. Valiéndose de los excelentes recuerdos que este oficial había dejado, Pottinger pasó a visitar al Serdar; pero éste, en vez de poner a su disposición los auxilios necesarios para continuar su viaje y en vez de contentarse con el pequeño regalo que Pottinger le hizo, halló medio de sacarle un par de pistolas que le hubieran sido muy útiles en su peregrinación.

Basman es el último lugar de habitación fija del Beluchistán, célebre por una fuente de agua termal sulfurosa que los beluchis miran como excelente específico para las enfermedades cutáneas.

Las fronteras de la Persia no están deslindadas de una manera científica, ni mucho menos. Así es que existe una ancha zona de territorio, no neutral, pero sí sujeto a disputas y teatro ordinario de sangrientas luchas.

La pequeña ciudad de Regan, en el Nermanchir, es muy bonita. Consiste en un fuerte, o mejor dicho en una aldea fortificada, rodeada de altas murallas, bien conservadas y provista de bastiones.

Más lejos, ya en la Persia, se encuentra Bemm, ciudad en otro tiempo muy importante, como lo demuestran las ruinas inmensas de que está rodeada.

Pottinger fue allí recibido con mucha cordialidad por el gobernador.

«Cuando estuvo cerca del sitio en que yo me encontraba, decía el viajero, se volvió hacía uno de los que le acompañaban y le preguntó dónde estaba el franguí. Su acompañante me designó, y el gobernador me hizo señas con la mano de que le siguiera, al mismo tiempo que su mirada fija, que me examinaba desde la cabeza hasta los pies, manifestaba la admiración que le causaba mi traje. Éste, en

verdad, era bastante extraño para justificar aquella admiración impertinente. Llevaba yo una camisa grosera de beluchi, y un pantalón que en otro tiempo había sido blanco, pero que como hacia seis semanas que no me lo quitaba, tiraba a amarillo y estaba hecho jirones.

»Hay que añadir a esto un turbante azul, un cinturón de cuerda y en la mano un garrote, que me había prestado grandes servicios para ayudarme a andar y defenderme contra los perros».

A pesar del estado harapiento del personaje que se presentaba a sus ojos, el gobernador recibió a Pottinger con tanta cordialidad como podía esperarse de un musulmán, y le proporcionó un guía para ir a Kerman.

El 3 de mayo penetró el viajero en la ciudad, con la idea de haber realizado lo que había de más difícil en su viaje y de encontrarse ya casi salvo.

Kerman es la capital de la antigua Caramania; bajo la dominación de los afganos, era una ciudad floreciente, y tenía una fabrica de chales que rivalizaban con los de Cachemira.

Allí Pottinger fue testigo de un espectáculo frecuente en aquellos países, donde se hace poco caso de la vida de un hombre, pero que casi siempre al europeo causa una especie de horror y repugnancia.

El gobernador de la ciudad era a la vez yerno y sobrino del shah, e hijo de su mujer.

El 15 de mayo el príncipe juzgó por sí mismo a varias personas acusadas de haber dado muerte a uno de sus criados. Difícilmente se puede formar una idea del estado de incertidumbre y de alarma en que estuvieron los habitantes. Se cerraron las puertas de la ciudad para impedir la salida; los oficiales del gobierno no se cuidaron de ningún negocio; se llamaron personas como testigos sin advertencia previa, y yo vi dos o tres, conducidos al palacio en un estado de aflicción como el que hubieran podido tener si se les hubiera llevado al suplicio. Hacia las tres de la tarde el príncipe pronunció la sentencia contra los acusados que habían sido convencidos de su delito.

A los unos se les sacaron los ojos; a los otros se les cortó la lengua; a éstos se les arrancaron las orejas, la nariz o los labios; a aquéllos se les cortaron las dos manos, los dedos de las manos o de los pies. Después supe que durante todo el suplicio de aquellos miserables a quienes se mutilaba, el príncipe estaba sentado junto a la misma ventana donde yo le vi, y que daba sus horribles órdenes sin la menor señal de compasión ni de horror a la vista de la escena que estaba presenciando.

De Kerman pasó Pottinger a Chera Al Bebig, ciudad situada a igual distancia de Yezd, de Chiraz y de Kerman, y después entró en Ispahan, donde tuvo el placer de encontrar a su compañero Christie, y por último en Meragha, donde encontró al general Malcolm. Hacia siete meses que los viajeros habían salido de Bombay.

Christie había recorrido 2250 millas, y Pottinger 2412.

Pero ahora debemos volver a Christie, y referir cómo supo sacar partido del peligroso viaje que emprendió, y hacerle mejor y más fácilmente que lo que él mismo esperaba.

Saliendo de Nuschky el 22 de marzo, atravesó los montes Vachuti y un país inculto, casi desierto, hasta las orillas del Helmend, río que desemboca en el lago Hamun.

«El Helmend, —dice Christie en su *Memoria a la Compañía*—, después de haber pasado cerca de Candahar, corre al Sudoeste y al Oeste, y luego entra en el Sedyistan a unas cuatro jornadas de Duchak; describe un arco de círculo al pie de las montañas, y por último forma un lago. En Pellalek, donde nos hallábamos, tiene unos 1200 pies de ancho, y es muy profundo; sus aguas son muy buenas. A distancia de media milla, a cada lado, el país está cultivado y bien regado; pero de media milla en adelante comienza el desierto, y el terreno se eleva por escalones casi perpendiculares. Las orillas del río abundan en hermosos pastos para los ganados».

El Sedyistan, situado en las orillas de este río, no comprende más de 500 millas cuadradas. La parte habitada son las riberas del Helmend, cuyo lecho se ahonda más cada año.

En Elomdar, Christie envió a buscar un indio a quien estaba recomendado, el cual le aconsejó que despidiese a los beluchis que le acompañaban y tomase el disfraz de peregrino. Pocos días después penetraba en Duchak, que lleva también el nombre de Dyellahabad.

«Las ruinas de la antigua ciudad, cubren un terreno por lo menos tan grande como el de Ispahan,—dice el viajero—. Está construida de ladrillos a medio cocer; las casas tienen dos pisos y techos abovedados. La ciudad moderna de Dyellahabad es linda, limpia y se halla en estado de progreso; contiene dos mil casas y un bazar bastante bueno».

De Duchak a Herat, Christie hizo el viaje bastante fácilmente, con sólo el cuidado de tomar precaución para sostener el carácter de peregrino que había adoptado.

Herat está situada en un valle rodeado de altas montañas y regada por un río, lo cual hace que por todas partes se vean huertos y jardines. La ciudad cubre un espacio de cuatro millas cuadradas, y está rodeada de un muro, flanqueado de torres y ceñido de fosos llenos de agua. Sus principales monumentos son grandes bazares llenos de tiendas, y la Mechede Dyuma, o sea Mezquita del Viernes.

Ninguna ciudad tiene menos terrenos eriales, ni una población más aglomerada. Christie la calcula en cien mil habitantes. Es, quizá, la primera ciudad comercial de toda el Asia, sometida a príncipes indígenas. Depósito del comercio entre Kabul, Candahar, el Indostán, la Cachemira y la Persia, produce ciertas mercancías muy buscadas, como seda, azufre, caballos y asafétida.

«Esta planta, —dice Christie—, crece a la altura de dos a tres pies; sus tallos tienen dos pulgadas de diámetro, y termina por una umbela, que en su madurez es amarilla y se parece a una coliflor. Los indios y los beluchis la estiman mucho; la comen después de haber asado el tallo bajo la ceniza, y guisan la umbela como las demás hortalizas. A pesar de todos los preparativos y guisos, conserva siempre su sabor y olor nauseabundos.

Herat, como otras muchas ciudades orientales, posee muchos jardines públicos, pero a la sazón no les cuidaban sino para obtener sus producciones que se vendían en el bazar.

Al cabo de un mes de residencia en Herat bajo el disfraz de tratante en caballos, Christie salió de la ciudad habiendo esparcido hábilmente el rumor de su próxima vuelta después de la peregrinación que pensaba hacer a Meched, y tomó el camino de Yezd atravesando un país arrasado por los uzbekos, que habían destruido las cisternas destinadas a recibir el agua de lluvia.

Yezd es una ciudad muy grande y bien poblada a la entrada de un desierto de arena. Lleva el nombre de Daat Um Ebadel, o el Sitio de la Adoración, y es célebre por la seguridad de que en ella se goza, lo cual ha contribuido poderosamente al desarrollo de su comercio con el Indostán, el Korasan, la Persia y Bagdad.

El bazar, —dice Christie—, es grande y está bien provisto de mercancías. La ciudad contiene 20 000 casas independientemente de las de los güebros, cuyo número se calcula en 4000. El pueblo es activo y laborioso, aunque está cruelmente oprimido.

De Yezd a Ispahan, donde se hospedó en el palacio del emir Ud Daule, había recorrido Christie una distancia de 170 millas por un buen camino. En esta última ciudad tuvo el placer de encontrar, como hemos dicho, a su compañero Pottinger y los dos oficiales se felicitaron mutuamente de haber desempeñado tan cumplidamente su misión, librándose de todos los peligros que les amenazaban en un camino tan largo y por países tan fanáticos».

Como puede colegirse por el resumen que acabamos de hacer, la relación de Pottinger es curiosísima.

Mucho más circunstanciada que la mayor parte de sus antecesores, nos comunica una multitud de hechos históricos, de anécdotas, de apreciaciones y descripciones geográficas interesantísimas.

Desde mediados del siglo XVIII el Cabulistán no había cesado de ser teatro de encarnizadas guerras civiles. Competidores que se atribuían más o menos derecho al trono, habían llevado por todas

partes el hierro y el incendio, convirtiendo esta región, en otro tiempo rica y floreciente, en un desierto en que las ruinas de las ciudades parecían dar el último testimonio de una prosperidad que podía creerse extinguida para siempre.

Hacia 1808 reinaba en Kabul Shuya Shah UI Mullí. La Inglaterra, recelando mucho más, de lo que se ha supuesto de los proyectos que pudiera tener Napoleón de atacarla en la India y sospechando el objeto de las tentativas de alianza que el emperador francés hacía cerca del shali de Persia por medio del general Gardane, resolvió enviar una embajada al rey de Kabul para atraerle a favorecer los intereses de la Compañía.

El embajador elegido fue Elphinstone, que nos ha dejado una relación muy interesante de su viaje y a quien debemos informes absolutamente nuevos sobre toda esta región y las tribus que la pueblan. Su libro tiene hoy cierto carácter de actualidad y no se leen sin interés las páginas dedicadas a describir los Kyberios y otros pueblos montañoses que toman parte en los sucesos que se desarrollan a nuestra vista.

Elphinstone salió de Dehli en el mes de octubre de 1808, y llegó a Canund, a donde comienza un desierto de arena movediza. Después entró en el Shekliawulti, cantón habitado por radyaputas, y a fines de octubre entró con el personal de la embajada en Singauna, bonita ciudad cuyo radya era un obstinado fumador de opio.

«Este radya,—dice el viajero—, era un hombrecillo cuyos ojos saltones estaban inflamados por el uso del opio. Su barba levantada por cada lado hacia las orejas le daba un aspecto salvaje y terrible».

Yunyunha, cuyos jardines causan una impresión de frescura en medio de aquellos desiertos, no depende todavía del radya de Bakanir, cuyas rentas no pasan de 1.250 000 francos. ¿Cómo este príncipe puede recibir renta tan grande con un territorio árido y desierto, que recorren en todos sentidos millones de ratas, hordas de gacelas y asnos en estado salvaje?

«El sendero al través de las montañas de arena, era muy estrecho, —dice Elphinstone describiendo la marcha de su caravana—, tanto que apenas podían pasar dos camellos de frente. Por poco que uno de estos animales se apartara, se hundía en la arena como en la nieve; de manera que el menor obstáculo a la cabeza de la columna detenía a toda la caravana. La vanguardia no podía marchar tampoco cuando la cola quedaba detenida; y para que la división, separada de sus guías, no se perdiese entre las columnas de arena, el sonido del tambor y de la trompeta servían de señal para impedir toda separación».

Esto se parece a la marcha de un ejército. Aquellos ruidos guerreros, el brillo de los uniformes y de las armas ¿podían por ventura dar una idea de una embajada pacífica? ¿No podría aplicarse a la India la frase tan conocida que explica en España las ideas y las costumbres que nos parecen extrañas, y decir cosas de la India como se dicen cosas de España?

«La escasez del agua, —dice el embajador—, y la mala calidad de la que bebíamos era insoportable para nuestros soldados y criados; y si la abundancia de sandías mitigaba su sed, no era sino a costa de consecuencias deplorables para su salud. La mayor parte de los naturales de la India que nos acompañaban, fueron atacados de fiebre lenta y disentería, y cuarenta personas murieron durante la primera semana de detención que estuvimos en Bikanir».

Se puede decir de Bikanir lo que dice La Fontaine de los palos flotantes, que parecen algo desde lejos, y de cerca no son nada. El aspecto exterior de la ciudad le es favorable; pero cuando se entra en ella, se advierte que no es más que un conjunto de casas sin orden y de cabañas con muros de tierra y paja.

En aquel momento el país estaba invadido por cinco ejércitos y las dos partes beligerantes enviaban mensajeros y más mensajeros al embajador inglés, para pedirle, si no un socorro material, a lo menos un apoyo moral.

Elphinstone fue recibido por el radya de Bikanir.

«Esta corte, dice, era muy diferente de todas las que yo había visto en la India. Los hombres eran más blancos que los indios, y se parecen a los judíos por la configuración de sus caras. Llevaban turbantes magníficos, menos el radya y sus parientes que tenían gorros de varios colores, enriquecidos de piedras preciosas. El radya se apoyaba en un escudo de acero cuyo centro, levantado sobre el nivel de la circunferencia, y cuya orla, estaban incrustados de rubíes y diamantes.

Pocos momentos después de nuestra entrada, el radya nos propuso librarnos del calor y de la importunidad de la multitud. Nos sentamos en tierra según la costumbre india, y el radya pronunció un discurso en el cual nos dijo que era vasallo del soberano de Dehli y que estando Deldi en poder de los ingleses, se apresuraba a reconocer en mi persona la soberanía de mi gobierno. En seguida se hizo llevar las llaves del fuerte y me las ofreció; pero yo no quise aceptarlas, porque no tenía instrucciones, ni poderes sobre este punto.



Después de largas instancias, el radya consintió en conservar sus llaves, y en seguida entro una compañía de bayaderas, cuyas danzas y cantos no cesaron hasta que nos despedimos».

A la salida de Bikanir se entra en un desierto en cuyo centro se levantan las ciudades de Muyghur y de Bahawulpore, donde una

multitud compacta esperaba a la embajada. El Hífases, río por el cual navegó la escuadra de Alejandro, no correspondía a la idea que este recuerdo suscitaba. Al día siguiente llegó Bahawin Al Khan, gobernador de una de las provincias orientales del Cabulistán. Llevaba magníficos presentes al embajador inglés conducidos por la orilla derecha del Hífases hasta Multan, ciudad famosa por sus sederías. El gobernador de esta ciudad lleno de terror al saber la llegada de los ingleses, tuvo consejo para ver qué actitud convendría adoptar si éstos pensaban tomar la ciudad por sorpresa o si exigían su rendición.

No tardó en cesar esta alarma, y la entrevista fue de las más cordiales. La descripción que da Elphinstone, aunque un poco sobrecargada, no por eso es menos curiosa.

«El gobernador, dice, saludó al señor Strachey (el secretario de la embajada) al estilo persa. Se encaminaron juntos hacia la tienda», y en seguida se aumentó el desorden. En una parte se luchaba a puñetazos, en otras los jinetes derribaban a los que estaban a pie; el caballo de Strachey fue casi derribado y al secretario le costó gran trabajo recobrar el equilibrio.

»Al acercarse a la tienda el khan y su comitiva, erraron el camino y se precipitaron sobre la caballería con tanta impetuosidad, que ésta tuvo apenas tiempo de volver grupas para dejarles pasar. Las tropas en desorden se replegaron sobre la tienda; los criados del khan tomaron la fuga; se arrancaron las mamparas que fueron pisoteadas; se rompieron las cuerdas de la tienda, y la tela misma estuvo a punto de caer encima de nuestra cabeza. En el momento se llenó el interior de gente en una completa oscuridad. El gobernador y diez personas de su comitiva se sentaron, y las demás quedaron sobre las armas. La visita fue de corta duración: el gobernador no sabía hacer más que rezar su

rosario con fervor y decirme con precipitación: “Sea usted bienvenido, sea usted bienvenido”. En fin, pretextó que temía que la multitud nos molestase, y se retiró».

La relación es entretenida; ¿pero es verdadera en todos sus pormenores? Poco importa. El 31 de diciembre la embajada pasaba el Indo y penetraba en un país cultivado con cuidado y método, que no se parecía en nada al Indostán. Sus habitantes no habían oído jamás hablar de los ingleses a quienes tomaban por mogoles, afganos o indostanos. Así es que corrieron inmediatamente los rumores más extraños entre el pueblo aficionado a lo maravilloso.

Fue preciso residir un mes en Dera, para esperar un mehmandar, especie de introductor de embajadores, y dos personas de la misión aprovecharon este descanso para subir al pico de Tukht El Soleiman, o Trono de Solimán, en el cual, según la leyenda, se detuvo el arca de Noé después del diluvio.

El 7 de febrero salió la misión de Dera, y desde entonces no hizo más que atravesar países deliciosos hasta Peschawer, a donde salió a recibirla el rey, porque esta ciudad no es la residencia ordinaria de la corte.

«El día de nuestra llegada, —dice la relación—, nos sirvió la comida la cocina del rey. Los platos eran excelentes; pero en adelante hicimos preparar los manjares a nuestro modo, si bien el rey continuó dándonos de almorzar, de comer y una colación, además de provisiones para varias personas, doscientos caballos y un gran número de elefantes. Nuestra comitiva, en verdad, no era ni con mucho tan numerosa, pero me costó gran trabajo, al cabo de un mes, el obtener de S. M. que reprimiera un poco esta profusión inútil».

Como era de suponer, las negociaciones para la presentación a la corte, fueron largas y difíciles. Concluyeron, sin embargo, por entenderse ambas partes y la recepción fue tan cordial como lo permitían los usos diplomáticos. El rey estaba cubierto de diamantes y piedras preciosas; llevaba una corona magnífica y en uno de sus

brazaletes resplandecía el cohinur, el mayor diamante que existe, y del cual se encuentra un dibujo en los viajes de Tavernier.

«Debo declarar, —dice Elphinstone—, que si algunos objetos, y sobre todo la riqueza extraordinaria del traje real, excitaron mi admiración, encontré otros más inferiores de lo que yo esperaba. En suma, observé indicios que denotaban más la decadencia de una monarquía en otro tiempo floreciente que la prosperidad de un Estado poderoso».

En seguida el embajador cita la rapacidad con que los oficiales del rey se disputaron los presentes de los ingleses y otros pormenores que le impresionaron penosamente.

La segunda entrevista con el rey produjo en Elphinstone una impresión más favorable.

«Difícilmente se creerá, dice, que un monarca oriental pueda tener tan buen tonó y conservar su dignidad al mismo tiempo que se esfuerza por agradar».

La llanura de Peschawer, rodeada de altas montañas, menos por la del Este, está bañada por tres brazos del río de Kabul, que se unen allí, y por muchos riachuelos. Así su campiña es singularmente fértil y produce ciruelas, melocotones, peras, granadas, dátiles, a cada paso. La población, tan escasa en las regiones áridas que el embajador había atravesado, parecía haberse dado cita en aquel sitio, y desde una altura el teniente Macartney no contó menos de treinta y dos aldeas.

En cuanto a Peschawer, tenía a la sazón cien mil habitantes, que vivían en casas de ladrillos y de tres pisos. Sus monumentos más importantes son las mezquitas, cuya construcción nadá tiene de notable, un buen caraván serrallo y el balla hissaur, castillo fortificado donde el rey recibió a la embajada. La reunión de habitantes de razas diversas y de trajes diferentes, presentaba un cuadro siempre movable, verdadero caleidoscopio humano que parecía formado para diversión del extranjero. El naturalista tenía allí abundante materia para descripciones en los persas, afganos, kyberios, hazaurehs, duranis, etc; y en los caballos, dromedarios,

camellos de la Bactriano, bípedos y cuadrúpedos que en aquel punto se aglomeraban.

Pero el deleite de esta ciudad, como de toda la India, lo forman sus jardines, la abundancia y el perfume de sus flores, y sobre todo, de sus rosas.

Entre tanto, la situación del rey no era muy segura, porque su hermano, a quien había destronado a consecuencia de una conmoción popular, había tomado las armas y acababa de apoderarse de Kabul.

La embajada no podía detenerse más largo tiempo y tuvo que emprender de nuevo el camino de la India, por Attock y el valle de Hussum Abdul, celebre por su belleza. Allí debía detenerse Elphinstone hasta que la suerte de las armas hubiera decidido del trono de Kabul; pero entre tanto había recibido cartas de la Compañía mandándole volver, y además la suerte de las armas había sido contraria a Shuyau, que después de haber sido completamente derrotado, había tenido que buscar su salvación en la fuga.

La misión continuó, pues, su camino, y atravesó el país de los sikhs, montañeses groseros, medio desnudos y semibárbaros.

«Los sikhs, que algunos años después debían ser terriblemente célebres, son, —dice Elphinstone—, altos, secos, y sin embargo, muy fuertes. No llevan más vestido que los calzones que bajan solamente hasta la mitad de los muslos. A veces llevan también grandes capas de piel sujetas negligentemente al hombro. Sus turbantes no son grandes, pero son muy altos y achatados por delante. En sus cabellos y en su barba no han entrado jamás las tijeras, y sus armas son el arco o el fusil. Las personas distinguidas llevan arcos muy elegantes y no hacen una visita sin ir armados. Casi todo el Pendyab pertenece a Randyeia Al Singh, que en 1805 no era más que uno de los muchos caciques del país; pero en la época de nuestro viaje acababa de adquirir la soberanía de toda la región ocupada por sikhs, y había tomado el título de rey».

Ningún incidente digno de mención ocurrió en el regreso de la embajada a Dehli. Llevaba además de la relación de los acontecimientos ocurridos a su visita, los documentos más preciosos sobre la geografía del Afganistán y del Cabulistán, sobre el clima, las producciones, los vegetales y animales en aquella extensión del país.

El origen, la historia, la legislación, la condición de las mujeres, la religión, la lengua, el comercio, forman el tema de otros tantos capítulos muy interesantes de la relación de Elphinstone, relación que los periodistas mejor informados han saqueado, cuando se decidió la reciente expedición inglesa al Afganistán.



En fin, la obra termina por un estudio muy circunstanciado de las tribus que forman la población del Afganistán y por una masa de documentos apreciables acerca de los países inmediatos.

En resumen, la obra de Elphinstone es curiosa, interesante, preciosa por más de un título, y puede ser todavía consultada con

fruto.

El celo de la Compañía era infatigable. Apenas estaba de vuelta una misión, enviaba otra en dirección distinta y con instrucciones diferentes. Tratábase de sondear el terreno alrededor para estar constantemente al corriente de esa política asiática, siempre tan variable, e impedir una coalición de las diversas nacionalidades contra los usurpadores de la India.

En 1812 otro pensamiento, y éste más pacífico, determinó el viaje de Moorcroft y del capitán Hearnay al lago Mansarovar, situado en la provincia del Undes, que forma parte del pequeño Tibet.

Tratábase esta vez de obtener un rebaño de cabras de Cachemira de largo pelo sedoso que sirve para la fabricación de esos cuales tan famosos en todo el universo.

Además Proponíase la Compañía destruir la afirmación de los indios, de que el Ganges toma su origen más allá del Himalaya, en el lago Mansarovar.

Misión difícil y peligrosa era ésta. Había que penetrar primero en el Nepal, cuyo gobierno no era favorable a la entrada de extranjeros y pasar después a un país del cual estaban excluidos los habitantes del Nepal, y con mayor razón los ingleses. Este país era el Undes.

Los exploradores se disfrazaron, pues, de peregrinos indios. Llevaban una comitiva de veinte y cinco personas y, cosa singular, uno de sus servidores se había comprometido a marchar continuamente dando pasos de cuatro pies, medio muy aproximado para medir el camino que se recorre.

Los señores Moorcroft y Hearnay pasaron por Bareilly y siguieron el mismo camino que había llevado Webb hasta Dyosimath, de donde salieron el 26 de mayo de 1812. Pronto tuvieron que pasar la última cordillera del Himalaya a costa de dificultades que se renovaban sin cesar, como escasez de población, y por tanto, de víveres y de bagajeros y mal estado de los caminos situados a grandísima altura sobre el nivel del mar.

A pesar de estas dificultades llegaron a Daba, donde se encontró un convento de lamas muy importante; pasaron por Gorlope y

Maisar, y a un cuarto de milla de Tirtapuri encontraron curiosos manantiales de agua caliente.

«El agua, —dice la relación original reproducida en los *Anales de Viajes*—, sale por dos embocaduras de seis pulgadas de diámetro, de una meseta calcárea de tres millas de extensión que se eleva unos 10 o 12 pies sobre el nivel de la llanura que la rodea. Esta meseta ha sido formada por los depósitos terrosos que ha dejado el agua al enfriarse. El agua sube cuatro pulgadas sobre el nivel de la meseta, y es clara y tan cálida, que no se puede tenerla en la mano más que algunos segundos. Alrededor se observa una gran nube de vapor; el agua, corriendo por una superficie casi horizontal, abre lechos de formas diferentes que a fuerza de recibir depósitos terrosos se van estrechando; se levanta su fondo y después el agua, vuelve a abrirse un nuevo receptáculo que a su vez se vuelve a llenar. Así corre de unos a otros sitios hasta que llega a la llanura. El depósito térreo que deja es al principio junto a una de las aberturas tan blanco como el estuco más puro, pero después se vuelve pajizo y más lejos toma un color de azafrán.

»En el otro manantial el depósito es primero de color de rosa y después toma un color rojo oscuro. Estos diferentes matices se encuentran en la meseta calcárea que debe ser obra de siglos».

Tirtapuri, residencia de un lama, es desde muy antiguo el punto de reunión más frecuentado por los fieles, como lo prueba una pared de más de 400 pies de longitud y cuatro de anchura, formada tan sólo con piedras en que están escritas las oraciones de aquéllos.

Los viajeros salieron de este lugar el 1 de agosto para el lago Mansarovar, dejando a la derecha el lago Ravahnrad, que pasaba por dar origen al brazo principal del Selledye.

El lago Mansarovar se encuentra al pie de inmensas praderas en declive, dominadas al Sur por montañas gigantescas. No hay lugar más sagrado que éste entre los indios, lo cual depende sin duda de la gran distancia a que está del Indostán, de las fatigas y peligros del camino, y en fin, de la necesidad de llevar consigo dinero y

provisiones. Los geógrafos indios suponen que de esta sábana de agua salen el Ganges, el Setledye y el Kali. Moorcroft no tenía duda ninguna acerca de la falsedad de la primera asección; y resuelto a comprobar las otras dos, siguió por las orillas del lago escarpadas y cortadas por barrancos profundos; vio muchas corrientes de agua que desembocaban en él; pero no observó que saliese ninguna.

Es posible que antes del terremoto que arruinó a Sírnagar, este lago tuviera un desaguadero, pero Moorcroft no encontró señal ninguna de él. El Mansarovar está situado entre el Himalaya y la cordillera del Cailas, es de forma oblonga, irregular, y tiene cinco leguas de largo por cuatro de ancho.

Cumplido el objeto de su misión, Moorcroft y Heursay volvieron a tomar el camino de la India pasando por Ganga y Ravahnrad; pero Moorcroft estaba demasiado débil para dar la vuelta a este lago, y se dirigió primero a Tirtapuri, después a Daba, y tuvo mucho que padecer al atravesar el Ghat o paso que separa el Indostán del Tibet.

«El viento que viene de las montañas del Batan cubiertas de nieve, —dice la relación—, es frío y penetrante; la subida fue larga y penosa; la bajada áspera y resbaladiza, exigió muchas precauciones; en general hemos padecido mucho. Nuestras cabras, por la negligencia de sus conductores, se apartaron del camino y treparon hasta el borde de un precipicio que tenía 500 pies de profundidad. Un montañés las echó de aquel sitio peligroso y se pusieron a bajar corriendo por una pendiente escarpada. Las últimas sacaron de su sitio muchos guijarros, que cayendo con violencia, amenazaban herir a las que iban primero, y era cosa curiosa ver como éstas, sin detenerse en su marcha, evitaban el alcance de las piedras».

En breve los gorkhalis, que hasta entonces se habían contentado con poner obstáculos a la marcha de los viajeros, les estrecharon de cerca y quisieron prenderlos. La firmeza de los ingleses contuvo por largo tiempo e aquellos fanáticos salvajes; pero en fin su número les dio valor y cayeron sobre el campamento.

«Veinte hombres se precipitaron sobre mí, —dice Moorcroft—: el uno me asió del cuello y apoyando la rodilla en mi costado, trató de estrangularme con mi corbata; otro me ató una cuerda a la pierna tirándome hacia atrás; yo estaba a punto de desmayarme; mi fusil, sobre el cual me apoyaba, se me cayó de las manos y yo caí con él; me tiraron de los pies y me ataron. Cuando me levanté, vi en el rostro de mis vencedores la expresión de una alegría feroz.



Por temor de que pudiera escaparme, dos soldados tenían el extremo de la cuerda conque estaba atado y de cuando en cuando me daban un golpe, sin duda para recordarme mi posición. Parece que Hearsay no preveía que íbamos a ser atacados tan pronto; se estaba enjuagando la boca cuando comenzó el ataque y no oyó mis

gritos que le llamaban. Nuestra gente no tenía a mano las armas que llevaban. Los unos se escaparon no sé cómo; los otros fueron presos lo mismo que Hearsay; pero no le ataron como a mí, sino que se contentaron con tenerle asido por los brazos».

El jefe de aquella tropa manifestó a los dos ingleses que habían sido conocidos y presos por haber atravesado el país, bajo el disfraz de peregrinos indios. Un faquir a quien Moorcroft había ajustado como cabrero, consiguió, sin embargo, escaparse y llevar dos cartas a las autoridades inglesas. Éstas inmediatamente se pusieron en movimiento; hicieron reclamaciones, y el 1 de noviembre los dos exploradores fueron puestos en libertad. No solamente se les dieron excusas, sino que se les devolvió todo lo que se les había cogido y el radda del Nepal les permitió salir de su país. Bueno es lo que bien acaba.

Falta recordar para completar esta narración, la excursión de Fraser al Himalaya y la exploración de Hodgson a las fuentes del Ganges en 1817.

Como hemos dicho, el capitán Webb había reconocido personalmente el curso de este río desde el valle del Dhun hasta Cadyani, cerca de Reital. El capitán Hodgson salió de este último punto el 18 de mayo de 1817, y tres días después llegó a la fuente del Ganges más allá de Gangautrí. Vio el río salir de una bóveda baja entre una enorme masa de nieve helada que tenía más de 300 pies de altura perpendicular. La corriente era allí ya respetable, no habiendo menos de 27 pies de anchura media y 18 pulgadas de profundidad.

Según todas las probabilidades en este sitio es donde el Ganges aparece por primera vez en la superficie de la tierra. ¿Cuál es su longitud bajo la nieve helada? ¿Es el producto de la liquidación de esta nieve? ¿Sale de tierra? Éstos son los problemas que hubiera deseado resolver el capitán Hodgson; pero habiendo querido subir más allá de donde los guías querían conducirlo, se metió en la nieve hasta el cuello, y con gran trabajo pudo volver pies atrás.

El sitio de donde sale el Ganges está a 12 914 pies sobre el nivel del mar, en el Himalaya mismo.

Hodgson practicó también investigaciones sobre la fuente del Yumna. En Yemautri la masa de nieve de donde sale el río, no tiene menos de 80 pies de anchura y más de 40 de espesor entre dos paredes de granito perpendiculares. Esta fuente está situada en la vertiente sudoeste del Himalaya.

Si es verdad que la dominación de los ingleses en la India había tomado una ostensión considerable, no es menos cierto que esta extensión constituía un peligro. Todas aquellas poblaciones de razas diversas de las cuales algunas tenían una historia gloriosa, habían sido sometidas tan sólo por el principio político tan conocido que consiste en dividir para reinar. ¿Pero no podían un día imponer silencio a sus rivalidades internas para volverse todas contra el extranjero?

Calculada esta probabilidad fríamente por la Compañía, todos sus actos debían tender a la aplicación del sistema que tan buen éxito había tenido hasta entonces.

Ciertos estados vecinos, todavía poderosos para dar recelos al poder británico, podían servir de refugio a los descontentos y convertirse en focos de intrigas peligrosas, entre todos estos estados vecinos, el que debía ser más estrechamente vigilado, era la Persia, no sólo a causa de su proximidad a la Rusia, sino también porque Napoleón había tenido una idea, propia de su genio, idea que sus guerras en Europa no le permitieron poner en ejecución.

En el mes de febrero de 1807, el general Gardane, que había ganado sus grados durante las guerras de la república y se había distinguido en Austerlitz, en Jena y en Eylau, fue nombrado ministro plenipotenciario en Persia, con instrucciones para contraer alianzas con el Shah Feth Alí, contra Inglaterra y Rusia. La elección era feliz, porque uno de los antepasados del general Gardane había tenido una misión semejante en la corte del shah.

Gardane atravesó la Hungría, pasó por Constantinopla y por el Asia Menor; pero cuando llegó a Persia, Abbas Mira había sucedido

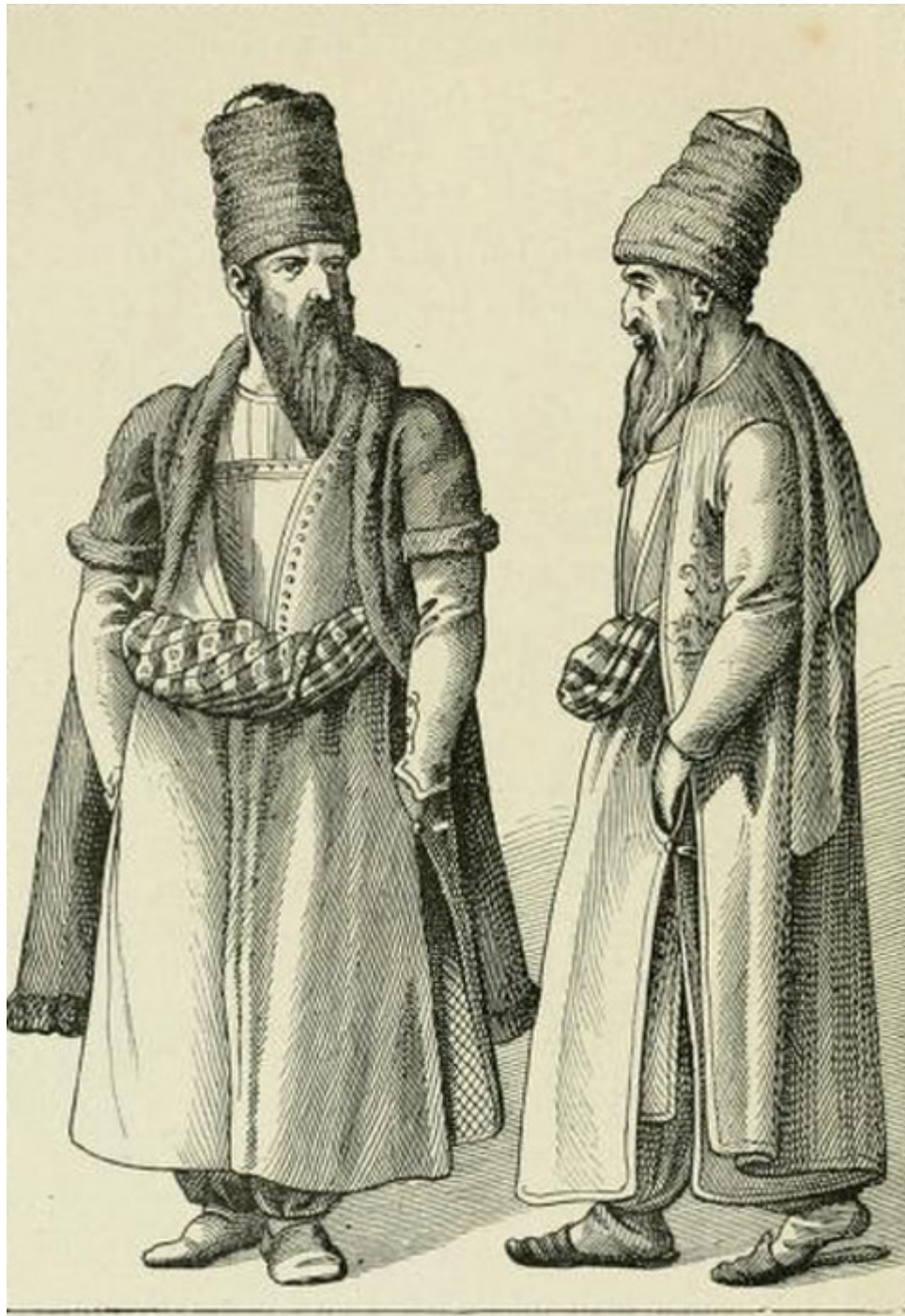
a su padre Feth Ali.

El nuevo shah recibió al embajador francés con distinción, le colmó de regalos y otorgó algunos privilegios a los católicos y a los negociantes franceses.

Éste fue por lo demás el único resultado de aquella misión, que se encontró contrarrestada por el general inglés Malcolm, cuya influencia era entonces preponderante. Al año siguiente Gardane, desalentado, viendo frustradas todas sus tentativas y comprendiendo que no podía esperar ningún éxito de su misión, regresó a Francia.

Su hermano, Ángel Gardane, que le había servido de secretario, trajo a Europa una corta relación del viaje, obra que contiene algunos pormenores curiosos sobre las antigüedades de la Persia, pero que debía ser muy inferior a las publicadas por los ingleses.

Hay que agradecer también a la misión de Gardane la relación de un cónsul francés llamado Adriano Dupré, agregado a esta embajada y que se publicó bajo el título de *Viaje a Persia*, hecho en los años 1807 a 1809 atravesando la Anatolia, la Mesopotamia, desde Constantinopla hasta el extremo del golfo Pérsico, y desde allí a Iriwan, seguida de pormenores sobre las costumbres, los usos y el comercio de los persas y sobre la corte de Teherán y de una noticia acerca de las tribus de la Persia. La obra cumple en gran parte las promesas del título y contiene buenos datos para la geografía y la etnografía de la Persia.



Los ingleses, que tuvieron en este país residencia mucho más larga que los franceses, estaban por lo mismo más en disposición de reunir materiales abundantísimos y de hacer una elección juiciosa entre todos los informes recogidos.

Dos obras tuvieron por largo tiempo autoridad.

Constituyen la primera las dos relaciones de James Morier, el cual aprovechó los ocios que le dejaban su posición de secretario de embajada, para enterarse de todos los pormenores de las costumbres de los persas, y de regreso a Inglaterra publicó varias novelas orientales a las cuales aseguraron un éxito ruidoso, la variedad de sus descripciones, la fidelidad minuciosa de las pinturas y la novedad del cuadro.

La segunda obra es la abultada Memoria geográfica en 4^o acerca del imperio de Persia, escrita por John McDonald Kinneir. Esta obra que ha formado época y que sobrepujaba mucho a todo lo que se había publicado hasta entonces, no solamente nos da informes precisos sobre los límites del país, sus montañas, sus ríos y su clima, como puede colegirse de su título, sino que contiene también los documentos más exactos respecto del gobierno, de la constitución, de las fuerzas militares, del comercio, de las producciones animales, vegetales y minerales y de la población y rentas de este imperio.

Kinneir, después de haber descrito en su luminosa y vasta Memoria el conjunto de fuerzas materiales y morales de la Persia, pasa a la descripción de las diferentes provincias, acerca de las cuales presenta una multitud de datos interesantísimos que han hecho de su obra hasta estos últimos tiempos, el trabajo más completo e imparcial que se ha publicado.

En efecto, de 1808 a 1814 Kinneir recorrió en diferentes direcciones el Asia Menor, la Armenia y el Kurdistán. Las diversas posiciones que ocupó; las misiones de que estuvo encargado, le dieron ocasión de ver y comprobar bien. Unas veces capitán al servicio de la Compañía, otras agente político cerca del nabab de Carnático, otras simple viajero, su espíritu crítico estaba siempre alerta y por sus conocimientos de las costumbres, de los usos y del carácter de los orientales, pudo explicar muchos acontecimientos y muchas revoluciones cuyas causas habrían sido desconocidas para otros tantos exploradores.

Hacia la misma época otro capitán al servicio de la Compañía de las Indias, llamado William Price, que había sido agregado en 1810, como intérprete y secretario adjunto a la embajada de *sir* Gore Ouseley en Persia, dirigió sus Estudios a descifrar los caracteres cuneiformes. Muchos otros habían emprendido ya este estudio llegando a los resultados más extraños y más fantásticos. Las deducciones de Price, como todas las de sus contemporáneos, fueron muy aventuradas y sus explicaciones muy poco satisfactorias; pero tuvo el talento de interesar a cierta clase de público en la investigación de este difícil problema, al mismo tiempo que continuaba la tradición de Niebuhr y de otros orientalistas.

Se le debe la relación del viaje de la embajada inglesa a la corte de Persia a consecuencia del cual publicó dos memorias sobre las antigüedades de Persépolis y de Babilonia.

A su vuelta, el hermano de *sir* Gore Ousley, William Ouslcy que le había acompañado como secretario, se aprovechó de su estancia en la corte de Teherán para estudiar la Persia; pero sus estudios no se dirigieron ni a la geografía, ni a la economía política, sino tan sólo a las inscripciones, a las medallas, a los manuscritos, a la literatura; en una palabra, a todo lo referente a la historia intelectual o material del país.

Por eso se le deben una edición de Ferdusi y otras muchas obras que por fortuna han venido al lado de la que acabamos de citar para completar los conocimientos ya reunidos sobre el país de los shahs.

Pero hay otra comarca semiasiática, semieuropea, que comenzaba entonces a ser mejor conocida.

Hablamos de la región del Cáucaso.

Ya en la última mitad del siglo XVIII un médico ruso, Juan Antonio Guldensteoedt, había visitado a Astrakan, a Kislar, a orillas del Terek en la extrema frontera de las posesiones rusas; había entrado en Georgia, donde el zar Heraclio le había acogido con distinción; había visto a Tiflis y había llegado a Imería.

En el año siguiente, 1773, visito la gran Kahardia, la Rumanía oriental; exploró las ruinas de Madyary; pasó a Cheirkask; visito a Azof; reconoció las bocas del Don y pensaba terminar su vasta exploración por el estudio de la Crimea, cuando fue llamado a San Petersburgo.

Los viajes de Guldensteoedt no se tradujeron al francés; publicados incompletamente por su autor, a quien sorprendió la muerte cuando se ocupaba en su redacción, tuvieron por editor en San Petersburgo a un joven prusiano, Enrique Julio Klaproth, que debía explorar los mismos países.

Klaproth nació en Berlín el 15 de octubre de 1783 y mostró desde la edad más tierna disposiciones admirables para el estudio de las lenguas orientales. A los quince años aprendió por sí sólo el chino; apenas terminó sus estudios en las universidades de Halle y de Dresde, comenzó la publicación de su periódico El Almacén Asiático.

Llamado a Rusia por el conde Potocki, fue inmediatamente nombrado individuo supernumerario de la Academia de San Petersburgo y adicto a la sección de lenguas orientales.

Klaproth no pertenecía a esa raza de eruditos de gabinete, que se contentan con estudiar sobre los libros; comprendía la ciencia de una manera más amplia, y para él no había medio más seguro de tener un conocimiento perfecto de las lenguas del Asia y de las costumbres del Oriente, que ir a estudiarlas en su propio país.

Pidió, pues, autorización para acompañar al embajador Golowkin, que debía ir a China atravesando el Asia; y cuando hubo obtenido el permiso necesario, partió solo para la Siberia, deteniéndose sucesivamente en los países de los samoyedos, los longuses, los baskires, los yakutes, los kirguizios y otros pueblos finlandeses o tártaros, que vagan por aquellos desiertos inmensos. Después llegó a Yakutsk, donde se reunió en breve con el embajador Golowkin; y al cabo de una breve estancia en Kiatka, pasaron la frontera china el primero de enero de 1806.

Pero el virrey de Mongolia quiso someter al embajador a ceremonias que éste consideró como humillantes; y como ni el uno ni el otro quisieran ceder en sus pretensiones, la embajada volvió a tomar el camino de San Petersburgo.

Klaproth, poco deseoso de seguir la ruta que había ya recorrido y prefiriendo visitar tribus nuevas para él, atravesó el sur de la Siberia y en un largo viaje de 20 meses, reunió una colección importante de libros chinos, manebues, tibetanos y mogoles, que utilizó para su grande obra que lleva el título de *Asia Poliglota*.

Nombrado académico supernumerario a su vuelta a San Petersburgo, poco después, y a propuesta del conde Potocki, fue encargado de una misión arqueológica y geográfica en el Cáucaso. Allí pasó un año entero en excursiones con frecuencia peligrosas entre pueblos rapaces, en comarcas difíciles y visitando los países que había recorrido Guldenstece hasta fines del siglo anterior.

«Tiflis, —dice Klaproth—, (y su descripción es curiosa cuando se compara con la de los autores contemporáneos). Tiflis, llamada así a causa de sus aguas termales, se divide en tres partes: la Tiflis propiamente dicha, o sea la antigua ciudad; Kala, o la fortaleza, y el arrabal de Isni».

Está bañada por el Kur, y la mitad de su recinto no presentaba a la vista más que escombros. Sus calles eran tan estrechas que un arba, que es un carro alto, de esos que figuran con tanta frecuencia en los cuadros relativos al Oriente, no podía pasar con facilidad por las más anchas. En cuanto a las demás, apenas se podía pasar a caballo. Las casas, mal edificadas, con una mezcla de guijarros y ladrillos unidos por barro, no duraban sino unos 15 años. Tenía dos mercados, pero en ellos todo estaba muy caro, y los chales, lo mismo que las telas de seda, tenían precios más altos que en San Petersburgo.

Hablar de Tiflis sin decir una palabra de sus aguas termales sería poco menos que imposible. Citaremos, pues, el pasaje de Klaproth.

«Los famosos baños calientes fueron en otro tiempo magníficos, pero hoy están arruinándose; sin embargo, se ven algunos cuyas

paredes y piso están revestidos de mármol. El agua contiene poco azufre; su uso es muy saludable, y sus indígenas, y sobre todo las mujeres, la toman con exceso. Estas últimas suelen permanecer días enteros en los baños y allí se hacen llevar la comida».

La base de la alimentación, a lo menos en los distritos, es el furí, especie de pan muy duro y de un sabor desagradable cuya preparación singular repugna a nuestras ideas sibaríticas.

«Cuando la pasta está suficientemente amasada, —dice la relación—, se hace con leña bien seca un fuego claro y vivo en vasijas de tierra de cuatro pies de altura y dos de anchura empotradas en el suelo. Luego que la llama está bien avivada, las georgianas sacuden en ella sus camisas y sus calzoncillos de seda roja para ver caer en el fuego la miseria que infesta estos vestidos. Después de esta ceremonia, se pone en ollas la pasta cortada en pedazos del grueso de dos puños; se tapa la abertura con una cobertera y se la cubre con trapos para que no pierda nada del calor y el pan se cueza bien. Sin embargo, este furí está siempre mal cocido y es de muy difícil digestión».

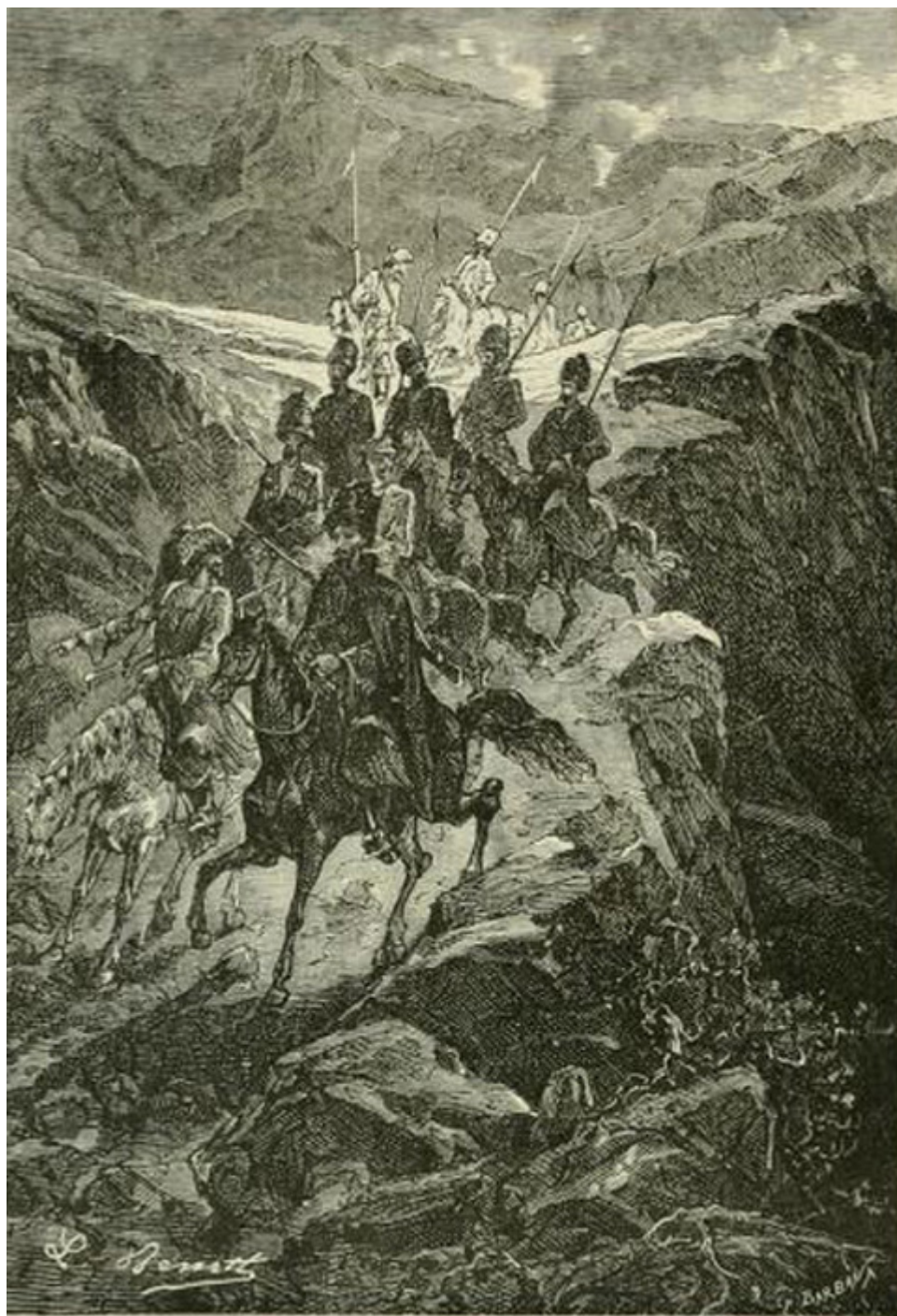
Después de haber descrito lo que forma la base de todo festín entre los pobres montañeses, asistamos con Klaproth a un banquete de príncipes.

«Se extendió delante de nosotros, —dice—, un largo mantel rayado, de vara y media de anchura y bastante sucio. Sobre él pusieron para cada convidado un pan de trigo de forma oval, de tres palmos de largo, dos de ancho y apenas el espesor de un dedo.

»En seguida llevaron un gran número de cajitas de latón llenas de carne de carnero y de arroz cocido, gallinas asadas y queso cortado en rebanadas. Sirvieron al príncipe y a los georgianos salmón ahumado con verduras crudas, porque era día de ayuno. En Georgia no se conocen las cucharas, ni los tenedores, ni los cuchillos; se bebe la sopa en una taza; se toma la carne

con las manos y se la parte con los dedos en pedazos que puedan caber en la boca. Cuando se tiene amistad con alguno se le da un buen pedazo; se ponen los manjares sobre el mantel, y concluida la comida, se sirven uvas y frutas secas. Mientras se comía se sirvieron varias rondas de buen vino tinto del país que se llama traktir en tártaro y giuo en georgiano, y se le bebe en una taza de piala muy chata bastante semejante a un platillo de los que sirven para copas».

Si este cuadro de costumbres es curioso, la manera que tiene Klaproth de contar los diferentes sucesos de su viaje no es menos interesante. Oigamos la relación de su excursión a las fuentes del Terek, fuentes cuyo sitio había indicado exactamente Guldenstffldt, pero que no había visto.



«Salí de la aldea de Utsfar Al Kan el 17 de marzo en una mañana hermosa pero fría y acompañado de 15 osetes. Después de medía hora de marcha, comenzamos a subir por un camino escarpado y difícil hasta el punto donde el Utsfar Don desemboca en el Terek. En seguida anduvimos una legua por un camino todavía

peor siguiendo la orilla derecha de este río, que allí tiene apenas 10 pies de anchura, no obstante que viene ya aumentado por la fusión de las nieves. Esta orilla está inhabitada; continuamos subiendo y llegamos al pie del Khoki, llamado también Istir Khoki, y por último, a un sitio donde gruesas piedras amontonadas al través del río facilitaban el paso para entrar en la aldea de Tuiwralt Al Kan donde almorzamos. Allí se reúnen las pequeñas corrientes de agua que forman el Terek.

»Satisfecho de haber llegado al fin de mi viaje, vertí una copa de vino de Hungría en el río e hice una segunda libación al genio de la montaña donde el Terek toma su origen. Los osetes, que creyeron que desempeñaba un deber religioso, me contemplaron con devoción. Mandé trazar en letras encarnadas y en una roca esquistosa de lisa superficie la fecha de mi viaje, así como mi nombre y los de mis compañeros, y en seguida subí todavía un poco más hasta la aldea de Ressí».

Después de la relación de este viaje, del cual podríamos multiplicar los extractos, Klaproth resume los informes que ha recogido sobre las poblaciones del Cáucaso e insiste particularmente en las semejanzas marcadas que presentan los diferentes dialectos georgianos con las lenguas finlandesas y wogulas: indicación nueva y fecunda.

Hablando de los lesguios que ocupan el Cáucaso oriental, y cuyo territorio lleva el nombre de Daguestan o Lesguitan, dice que no debe usarse la voz lesguio sino en el sentido en que se empleaba antiguamente la de escita o tártaro; esto es, para designar los asiáticos del Norle.

Después, un poco más adelante, añade, que los lesguios, aunque están lejos de formar una nación, como lo indica el número de los dialectos que hablan, «parece que provienen de un origen común, si bien el tiempo les ha alterado considerablemente».

Hay aquí una contradicción singular; o los lesguios, que hablan la misma lengua, forman una misma nación, o si no forman una misma nación, no deben hablar dialectos de la misma lengua.

Según Klaproth, las voces lesguias tienen muchas relaciones con las de otras lenguas del Cáucaso y con las del Asia septentrional, principalmente con los dialectos samoyedos y finlandeses de la Siberia.

Al Oeste y al Noroeste de los lesguios, se encuentran los metiyeguis o chechentses, que son verosímilmente los habitantes más antiguos del Cáucaso.

Sin embargo, no era éste el parecer de Pallas que veía en ellos una tribu separada de los alanos. La lengua de los chechentses presenta mucha semejanza y analogía con el samoyedo, el wogul y otras lenguas siberianas y hasta con los dialectos eslavos.

Los cherkenses o circasianos, son los sykes de los griegos. Habitaban antiguamente el Cáucaso oriental y la península de Crimea; pero han cambiado de moradas con frecuencia. Su lengua difiere mucho de los otros idiomas del Cáucaso aunque pertenecen, así como los wogules y los ostíacos, (ya se ha visto que el lesguio y la lengua de los chechentses se parecen a estos idiomas siberianos) a un mismo tronco, que en época muy remota se ha dividido en varias ramas, de las cuales una formó verosímilmente el pueblo de los hunos. La lengua de los cherkenses es una de las más difíciles de pronunciar, y ciertas consonantes tienen que ser articuladas con un esfuerzo de garganta tan fuerte, que ningún europeo podría darles el sonido que les conviene.

Se hallan también en el Cáucaso los abazes, que jamás han abandonado las orillas del Mar Negro, donde se hallan establecidos desde la más alta antigüedad, y los osetes o ases, que pertenecen al tronco de las naciones indogermánicas. Estos llaman a su país Ironestán y se dan el nombre de irones.

«Klaproth cree que son los medos sármatas, no solamente a causa de este nombre que tanta semejanza tiene con Irán, sino por la naturaleza misma de su lengua, que prueba aún más que los documentos históricos y de una manera incontestable que pertenecen al mismo origen que los medos y los persas».

Este punto de vista nos parece enteramente hipotético, porque en la época de Klaproth se conocía muy poco la lengua de los medos, no habiéndose acabado de descifrar las inscripciones cuneiformes para que se pudiera juzgar de su semejanza con el idioma que hablan los osetes.

«Sin embargo, continúa Klaproth, después de haber encontrado en este pueblo los descendientes de los sármatas medos antiguos, es todavía más sorprendente encontrar en él los alanos que ocupaban la comarca septentrional del Cáucaso».

Y más adelante, añade:

«Resulta evidentemente de todo lo que precede que los osetes, que se llaman a si propios irones, son los medos que daban también a su país el nombre de Irán, y a los cuales designa Heródoto con el de Arioí.

»Son también los medos sármatas de los antiguos y pertenecen a la colonia meda establecida en el Cáucaso por los escitas. Son los ases o alanos de la Edad Media; son, en fin, los yases de las Crónicas rusas, según las cuales, una parte de las montañas del Cáucaso, tuvo el nombre de Montes Yásicos».

No es éste el lugar de discutir estas identificaciones que se prestan mucho a la crítica. Nos contentaremos con añadir esta reflexión de Klaproth sobre la lengua oseta, a saber: que su pronunciación se parece mucho a los dialectos del bajo alemán y del eslavo.

En cuanto a los georgianos, se diferencian esencialmente de las naciones inmediatas lo mismo por el idioma que por las cualidades físicas y morales.

Se dividen en cuatro tribus principales: los Kartulis, los mingrelinos, los suanes, habitantes de los Alpes meridionales del Cáucaso y los lazes, tribu salvaje y dedicada al merodeo.

Como se vé, los informes recogidos por Klaproth, son muy curiosos y esclarecen de un modo inesperado las emigraciones de los antiguos pueblos. La penetración y la sagacidad del viajero eran extraordinarias; su memoria prodigiosa, y por eso hizo señalados servicios a la lingüística, siendo de sentir que las cualidades del hombre, su delicadeza y su dulzura de carácter, no hayan estado a la altura de la ciencia y de la perspicacia del profesor.

Debemos ahora dejar el mundo antiguo por el nuevo y referir las exploraciones de la joven república de los Estados Unidos.

Luego que el gobierno federal se vio libre de las dificultades de la guerra, y luego que su existencia fue reconocida y verdaderamente constituida, fijó la atención en los países que por sus pieles habían llamado sucesivamente la de los ingleses, españoles y franceses. La bahía de Nuika y las costas inmediatas que el gran Cook y los hábiles Quadra, Vancouver y Marchand habían reconocido, eran americanas; y ya entonces la doctrina de Monroe que posteriormente debía hacer tanto ruido, germinaba en el ánimo de los hombres de Estado de aquella época.

A consecuencia de una proposición presentada al Congreso, el capitán Meriwether Lewis y el teniente William Clarke recibieron el encargo de reconocer el río Missouri, desde su embocadura en el Misisipi hasta su origen y atravesar las montañas Rociadas por el paso más corto y más fácil que, pusiera en comunicación el golfo de México con el Océano Pacífico. Estos oficiales debían entrar, además, en relaciones comerciales con los indios que pudieran encontrar.

La expedición se componía de tropas regulares y de voluntarios, cuyo número, con inclusión de los jefes, formaba un total de cuarenta y tres hombres.

Un barco y dos piraguas completaban su armamento.

El 14 de mayo de 1804, salieron del río Wood que desemboca en el Misisipi para entrar en el Missouri.

Según las reflexiones que constan en el Diario publicado por Gass, los individuos de esta misión esperaban encontrarse con los mayores peligros naturales y tener que luchar contra salvajes de una estatura gigantesca y de un odio encarnizado contra la raza blanca.

Durante los primeros días de este inmenso viaje en canoas que hasta entonces no podían compararlo con ninguna más que con las de Orellana o las de La Condamine en el río de las Amazonas, tuvieron la suerte de encontrarse con algunos siux y un veterano francés, uno de esos exploradores de los bosques del Canadá que hablaba la lengua de la mayor parte de las poblaciones habitantes de las orillas del Missouri, y este francés consintió en acompañarles como intérprete.

Sucesivamente pasaron los afluentes del Osage, Kansas, de la Plata y del río Blanco. En su camino encontraron muchas partidas de indios, osages, siux o mahs, que todos les parecieron en estado de decadencia completa, y de estos últimos una tribu había padecido tanto a consecuencia de las viruelas, que los que quedaban, acometidos de una especie de rabia y demencia, habían dado muerte a sus mujeres y a sus hijos y habían huido de aquel territorio apestado.

Un poco más adelante, encontraron a los ricaris o ries, considerados al principio como los más honrados, afables e industriosos que se habían visto hasta entonces; pero algunos robos que ocurrieron debilitaron en breve la idea favorable que se había formado acerca de su carácter. Cosa singular: esta población no se dedicaba exclusivamente a la caza; también cultivaba el trigo, los guisantes y el tabaco.

No sucedía así entre los mandanes, más fuertemente constituidos que sus congéneres. Entre ellos se encuentra una costumbre singular de la Polinesia, que es la de no enterrar a los muertos, sino exponerles en un elevado catafalco.

La relación de Clarke nos da algunos pormenores sobre esta tribu curiosa. Los mandanes no ven en el Ser Divino, sino el poder de curar, y reconocen; por consiguiente, dos divinidades, a quienes llaman el Gran Médico, y el Genio. De aquí podría deducirse que para ellos la vida es de tal importancia, que adoran todo lo que puede prolongarla.

Su origen no parece menos singular. Dícese que habitaban primitivamente una gran ciudad subterránea, abierta a las orillas de un lago; pero que habiendo una vid extendido sus raíces a bastante profundidad para llegar hasta ellos, algunos mándanos, sirviéndose de aquella escalera improvisada, subieron hasta la superficie del suelo; y al volver a la ciudad, su relación entusiasta de la abundancia de los territorios de caza, y de la cantidad de ésta y de frutas que habían visto, sedujo a la nación, la cual resolvió inmediatamente establecerse en un territorio tan favorecido. Ya la mitad de la tribu había llegado a la superficie del suelo, cuando la vid, cediendo al peso de una mujer gruesa, se rompió e hizo imposible la ascensión del resto de los mandanes. Después de esta vida esperan volver a su antigua patria subterránea, pero no podrán penetrar en ella sino aquéllos cuya conciencia esté limpia: los demás serán precipitados en un lago inmenso.

En este pueblo los exploradores establecieron el 1 de noviembre sus cuarteles de invierno, construyendo cabañas, tan cómodas como lo permitían los medios de que podían disponer. Durante aquel invierno, y a pesar del rigor de la temperatura, se entregaron al placer de la caza, que no tardó en convertirse en una necesidad.

Luego que se deshelió el Missouri, los exploradores pensaron en continuar su viaje; pero como habían enviado a San Luis el barco con una cantidad de pieles que habían podido reunir, no se encontraron más que treinta hombres determinados, prontos a soportarlo todo por alcanzar el objeto de la expedición.

No tardaron en atravesar la embocadura del Yellowstone (río de la Piedra amarilla, casi tan caudaloso como el Misuri) y los terrenos llenos de caza de sus orillas. Grande, fue su perplejidad cuando

llegaron a la unión de dos ríos. ¿Cuál de los dos, casi iguales en volumen, era el Misuri?

El capitán Lewis, a la cabeza de una partida de exploradores, subió por el brazo meridional y no tardó en divisar las montañas Roquizas completamente cubiertas de nieve.



Guiado por un ruido espantoso, en breve pudo contemplar el Misuri precipitándose en una sola sábana sobre el declive de una roca, y después formar durante muchas millas una serie no interrumpida de cascadas.

El destacamento siguió, pues, este brazo profundamente hundido entré montañas, y que en el curso de tres o cuatro millas se precipita entre dos muros, perpendiculares de rocas. La corriente se dividía, en fin, en tres brazos, que recibieron los nombres de Jefferson, Madison y Gallatin, célebres hombres de Estado, norteamericanos.

En breve pasó la expedición las últimas rampas y bajó la vertiente de las montañas que miran al Océano Parífico.

«Había llevado consigo una mujer sohsoni, robada en su juventud por indios del Este, la cual, no sólo les sirvió fielmente de intérprete, sino que tuvieron la fortuna de que encontrase a su hermano, que era jefe de una tribu que les había manifestado intenciones hostiles, y desde aquel día los extranjeros fueron tratados con gran benevolencia. Por desgracia el país era pobre; los habitantes no se alimentaban sino de bayas silvestres, cortezas de árboles y animales cuando podían proporcionarse algunos, lo cual era raro. Los norteamericanos, poco habituados a aquella frugalidad, tuvieron que comerse los caballos para sostenerse, no obstante lo flacos que aquellos animales estaban, y comprar a los naturales todos los perros que consintieron en venderles. Por eso recibieron el nombre de comedores de perros.

»Conforme la temperatura fue ablandando, se amansó el carácter de los naturales, porque los víveres llegaron a ser más abundantes; y cuando la misión descendió por el Oregón, que lleva también el nombre de Colombia, la pesca de salmones vino a aumentar oportunamente la provisión de víveres».

Cuando el Colombia, cuyo curso es bastante peligroso, se acerca al mar, forma un estuario muy grande en el cual las olas que vienen del mar luchan contra la corriente del río. Los norteamericanos, con su frágil canoa, corrieron allí más de una vez

el riesgo de irse a pique antes de haber llegado a la costa del Océano.



Satisfechos al fin de haber cumplido el objeto de su misión, invernaron en aquel paraje, y cuando volvió el buen tiempo, tomaron

el camino de San Luis, a donde llegaron en el mes de mayo de 1806, después de una ausencia de dos años, cuatro meses y dos días. Calcularon que habían andado por lo menos 1378 leguas desde San Luis a la embocadura del Oregón.

Dado el impulso, en breve se sucedieron por el interior del nuevo continente las expediciones para reconocer el país, y no tardaron en tomar el carácter científico particular que las clasifica en lugar aparte en la historia de los descubrimientos.

Algunos años después, uno de los mayores colonizadores que honran a Inglaterra, *sir* Tomás Stamford Raffles, el organizador de la desperdicio que se apoderó de las colonias holandesas, fue nombrado teniente gobernador de Java. Raffles, durante una administración de cinco años, llevó a cabo reformas considerables y abolió la esclavitud; pero las tareas del gobierno, por importantes que fueran, no le impidieron reunir los materiales necesarios para la redacción de dos enormes tomos en 4º, que son de los más interesantes y curiosos. Estos tomos contienen además de la historia de Java, una multitud de pormenores sobre las poblaciones del interior hasta entonces poco conocidas, y los datos más circunstanciados sobre la geología y la historia natural. Por eso no hay que extrañar que en honor de aquel hombre, que dio a conocer tan perfectamente la isla de Java, se diese el nombre de *rafflesia* a una flor enorme de la cual algunos ejemplares miden un metro de diámetro, y pesan hasta un kilogramo.



Raffles fue también el primero que penetró en el interior de Sumatra, de cuya isla sólo el litoral era conocido; unas veces visitando los cantones ocupados por los pasumaes, atléticos cultivadores, otras penetrando por el monte hasta Memana Kabú,

célebre capital del imperio malayo, y otras atravesando toda la isla, desde Banculan a Palimbang.

Pero lo que constituye la gloria más duradera de *sir* Tomás Stamford Raffles, es el haber indicado al gobierno de la India la posición excepcional de Singapur y haberla convertido en puerto franco, que pronto debía tomar un desarrollo considerable.

CAPÍTULO SEGUNDO

LA EXPLORACIÓN Y LA COLONIZACIÓN DEL ÁFRICA.

Peddíe y Campbell en el Sudan. — Richtie y Lyon en el Fezan. — Denham, Oudney y Clapperton en el Fexan y en el país de los tibbus. — El lago Chad y sus afluentes. — Kuka y las principales ciudades del Bornú. — El Mandará. — Una razia entre los felatas. — Derrota de los árabes y muerte de Abd Khalum. — El Logum. — Muerte de Tule. — En marcha para Kano. — Muerte del doctor Oudney. — Kano. — Sackatu. — El sultán Bello. — Regreso a Europa.

Apenas se hundió el poder de Napoleón I, y con él la preponderancia francesa, apenas terminaron aquellas luchas gigantescas emprendidas por la ambición de un solo hombre y que detuvieron el desarrollo científico de la humanidad, se despertaron las nobles aspiraciones por todas partes, y continuaron las interrumpidas empresas científicas o comerciales. Comenzaba una nueva era.

A la vanguardia de las potencias que estimulaban y organizaban viajes de descubrimientos, estaba, como siempre, Inglaterra. Su actividad se dirigía al África central, a esos países de cuya riqueza prodigiosa habían dado indicios los reconocimientos hechos por Hornemann y Burckhardt.

A principios de 1816, el mayor Peddie, salió del Senegal y se dirigió hacia Kakondy, situada a orillas de Río Núñez; pero apenas llegó a esta ciudad, murió a consecuencia de las fatigas del camino y de la insalubridad del clima. El mayor Campbell le sucedió en el mando de la expedición y atravesó las altas montañas del Fotar Dyallon; pero en pocos días perdió una parte de los animales de carga y muchos hombres de su comitiva.

Al llegar a las tierras del Almamy, título que llevan la mayor parte de los soberanos de esta región del África, la expedición fue detenida, y no obtuvo el permiso de volver, sino después de haber pagado una gran contribución.

Desastrosa fue esta retirada, durante la cual la expedición tuvo, no solamente que atravesar de nuevo ríos cuyo paso había sido tan penoso, sino que sufrir extorsiones, persecuciones y exigencias, tales que, para ponerles término, el mayor Campbell se vio obligado a quemar sus mercancías, romper sus fusiles y anegar su pólvora.

El mayor Campbell no pudo al fin resistir a tantas fatigas, a la ruina de sus esperanzas y al mal éxito de sus tentativas, y murió con varios de sus oficiales en el sitio mismo en que había muerto el mayor Peddie. Los restos de la expedición volvieron con trabajo a Sierra Leona.

Poco después Richtie y el capitán Jorge Francisco Lyon, aprovechando el prestigio que el bombardeo de Argel acababa de dar al pabellón británico, y las relaciones amistosas que el cónsul inglés de Trípoli supo crearse entre los personajes importantes de esta regencia, emprendieron la tarea de seguir el camino trazado por Hornemann y de penetrar hasta el centro mismo del África.

El 25 de marzo de 1819 salieron de Trípoli con Moham El-Mukni, bey del Fezan, que tomó el título de sultán en su territorio. Merced a la poderosa escolta que Mohamed llevaba, Richtie y Lyon llegaron sin dificultad hasta Murzuk; pero allí las fatigas del viaje por el desierto y las privaciones les abrumaron de tal suerte, que Richtie murió el 20 de noviembre. Lyon estuvo largo tiempo enfermo y no se restableció sino para burlar las tentativas pérfidas del sultán, que

calculando ya sobre la muerte de los viajeros, trataba de apoderarse de sus equipajes. No pudo, pues, Lyon penetrar más allá de las fronteras meridionales del Fezan; pero tuvo tiempo de recoger preciosos informes sobre las principales ciudades de éste Estado y sobre la lengua de los habitantes. A él se deben los primeros datos auténticos relativos a los tuaregs, habitantes salvajes del gran desierto, sobre su religión, costumbres él idioma, y sobre su traje singular.

La relación del capitán Lyon es igualmente rica en pormenores, no solamente vistos, sino depurados con esmero acerca del Bornú, el Wadai y él Sudan en general.

Los resultados obtenidos no eran suficientes para satisfacer la avidez inglesa, que quería abrir a sus negociantes los ricos mercados del interior. Así es que el gobierno acogió favorablemente las proposiciones que le hizo un escocés, el doctor Walter Oudney, a quien habían entusiasmado las relaciones de Mungo Park. Oudney era amigo de un teniente de navío, de tres años más de edad que él, llamado Hugo Clapperton, que se había distinguido en los lagos del Canadá y en muchas circunstancias, pero a quien la paz de 1815 había retirado del servicio, reduciéndole a media paga.

La confianza que el doctor Oudney hizo a Clapperton del objeto de su viaje, decidió a éste último a formar parte de la aventurada expedición. El doctor solicitó del ministerio el auxilio de este oficial activo y emprendedor cuyos conocimientos especiales debían de serle muy útiles; *lord* Bathurst no puso ninguna dificultad, y los dos amigos, después de haber recibido instrucciones minuciosas, se embarcaron para Trípoli, donde en breve supieron que iban a tener por jefe al mayor Dixon Denham.

Denham nació en Londres en 31 de diciembre de 1785, y fue en su primera juventud dependiente en el escritorio de un administrador de grandes propiedades rurales. Entró después en el estudio de un procurador; pero su poca afición a los negocios de la curia, su carácter audaz y su genio aventurero, le indujeron a alistarse en un

regimiento que salía para España. Hasta 1814 peleó en este país, y después aprovechó la paz para visitar la Francia y la Italia.

Deseoso de gloria había buscado la carrera que podía dársela más rápidamente aun a peligro de su vida y se había resuelto por emprender la de explorador. En él la acción seguía de cerca al pensamiento, e inmediatamente propuso al ministerio pasar al Tombuctú por el camino que Laing debía seguir posteriormente; pero cuando supo la misión que se había confiado al teniente Clapperton y al doctor Oudney, solicitó el favor de acompañarles.

Sin dilación y provisto de los objetos que creyó necesarios para su expedición, después de haber alistado entre su comitiva a un hábil carpintero llamado Guillermo Hillman, se embarcó en Malta y se unió a sus futuros compañeros de viaje en Trípoli el 21 de noviembre de 1821. El nombre inglés gozaba en aquella época de un gran prestigio, no solamente en los Estados berberiscos a causa del reciente bombardeo de Argel, sino porque el cónsul de la Gran Bretaña en Trípoli, por medio de una gran política, había sabido mantenerse en amistosas relaciones con el gobierno de la regencia.

Este influjo no había tardado en irradiar fuera del círculo estrecho en que se movía el cónsul. La nacionalidad de ciertos viajeros; la protección que daba Inglaterra a la Puerta; la noticia de sus luchas y de sus victorias en la India, todo había penetrado vagamente en el interior del África, donde el nombre inglés era ya conocido, aunque no se podían dar pormenores precisos sobre las noticias que corrían. El camino de Trípoli al Bornú, a creer al cónsul británico, era tan seguro como el de Londres a Edimburgo; la ocasión era por consiguiente favorable para aprovechar facilidades que quizá después no se presentarían tan pronto.

Los tres viajeros fueron acogidos benévolamente por el bey, que puso todos sus recursos a su disposición, y se apresuraron a salir de Trípoli. Gracias a la escolta que les dio el bey, llegaron fácilmente a Murzuk, capital del Fezan, el 8 de abril de 1822.

En ciertos sitios habían sido recibidos, no sólo con benevolencia, sino hasta con trasportes que tocaban en los límites del entusiasmo.

«En Sockna, —dice Denham—, el gobernador salió a recibirnos y nos encontró en la llanura. Iba acompañado de los principales habitantes y de muchos centenares de hombres del campo que rodeaban nuestros caballos y nos besaban las manos con todas las apariencias de franqueza y de placer. Así entramos en la ciudad. Las palabras *inglesi, inglesi* eran repetidas por la multitud, y esta recepción nos fue tanto más agradable, cuanto que éramos los primeros europeos que no habían cambiado de traje al entrar en el país, y estoy persuadido de que nuestra recepción no hubiera sido tan amistosa si hubiéramos querido pasar por mahometanos, lo cual nos hubiera rebajado hasta parecer impostores».

Pero en Murzuk debían renovarse todas las vejaciones que habían paralizado los esfuerzos de Hornemann, aunque las circunstancias, lo mismo que los hombres, habían cambiado. Los ingleses, que estaban por lo positivo, y que no se dejaban deslumbrar por los grandes honores que el Sultán les tributaba, pidieron la escolta necesaria para ir al Bornú.

Dijéronles que era imposible marchar antes de la primavera siguiente a causa de la dificultad de reunir la cáfila o caravana y las tropas que debían acompañarla para atravesar regiones desiertas.

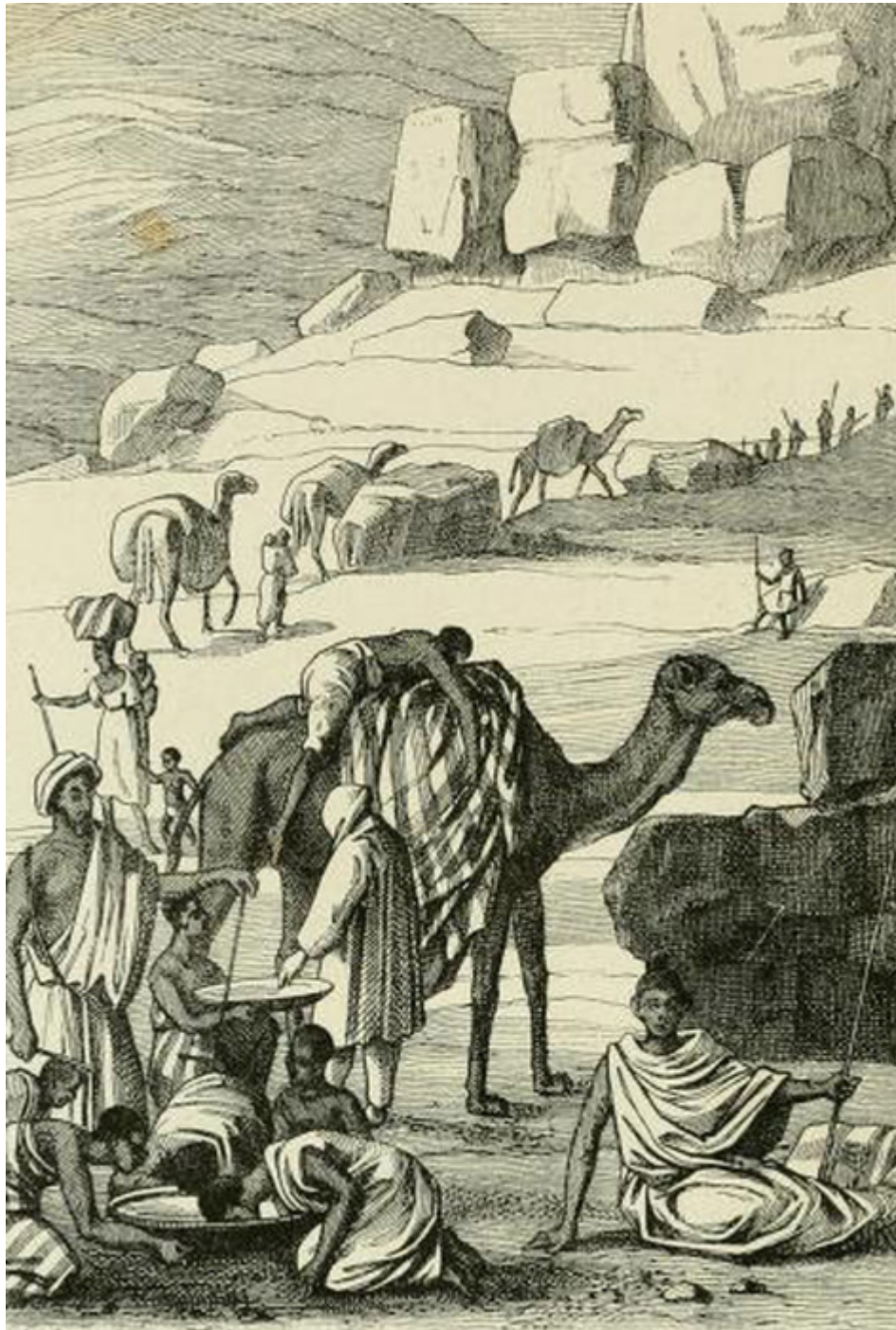
Entre tanto un mercader llamado Abd Baker Abd Khalum, amigo particular del bajá, dio a entender a los ingleses que si le daban algunos presentes lograría allanar muchas dificultades y hasta se encargaría de conducirles al Bornú, país a donde él mismo tenía que ir, si el bajá de Trípoli le daba la autorización necesaria.

Denham, persuadido de la veracidad de Abd Khalum comprendió que era necesario obtener esta autorización y pasó a Trípoli. Allí, no recibiendo más que respuestas evasivas, amenazó con embarcarse para Inglaterra diciendo que iba a dar cuenta de las dificultades que el bajá le oponía para el cumplimiento de la misión de que estaba encargado.

No produciendo efecto estas amenazas, se hizo a la vela para Marsella, pero antes de llegar, recibió del bey un mensaje,

llamándole, dándole satisfacciones y autorizando a Abd Khalum para acompañar a los tres viajeros.

El 30 de octubre Denham estaba de regreso en Murzuk, donde se hallaban sus compañeros violentamente atacados de fiebre y consumidos por la desastrosa influencia del clima.



Persuadido de que el cambio de aires restablecería su salud comprometida, les hizo marchar y viajar a pequeñas jornadas, y después salió él mismo de Murzuk el 29 de noviembre con una caravana compuesta de mercaderes de Mesurata, de Trípoli, de Sockna y de Murzuk, y acompañada de una escolta de 210 árabes mandada por Abd Khalum, guerreros escogidos entre las tribus más ilustradas y más sumisas.

La expedición siguió el camino que había recorrido el teniente Lyon y llegó en breve a Teguerhy, población la más meridional del Fezan y la última que se encuentra antes de penetrar en el desierto de Bilma.

«Hice este viaje tan bien, —dice Denham—, que pude dibujar una vista del castillo de Teguerhy, tomada desde la orilla meridional de un estanque salado contiguo a la ciudad. Se entra en Teguerhy por un pasadizo estrecho, bajo y abovedado, al cabo del cual se encuentran una segunda muralla y una puerta; la muralla está aspillerada y su entrada sería difícil por aquel paso estrecho. Encima de la segunda puerta hay también una abertura desde la cual podrían lanzarse sobre los agresores flechas y tizones encendidos, de los cuales los árabes hacían en otro tiempo un gran uso. En el interior hay pozos cuya agua es bastante buena; así es que con municiones y víveres, si esta plaza estuviese reparada, pienso que podría hacer una buena defensa. Su situación es verdaderamente agradable; en derredor crecen palmeras de dátiles y el agua es excelente. Hacía el Este se prolonga una serie de cerros bajos; los patos, las becasas y las ánades silvestres frecuentan los estanques salados inmediatos a la población».

Al salir de esta ciudad, los viajeros penetraron en un desierto de arena, al través del cual hubiera sido difícil dirigirse sí el camino no hubiera estado jalonado por esqueletos de animales y de hombres que se encontraban junto a los pozos.

Uno de los cadáveres que vimos, —cuenta Denham—, parecía el de un hombre que hubiera muerto muy recientemente; tenía

todavía la barba y se distinguía toda su fisonomía. Uno de los mercaderes de la caravana exclamó:

«Era mi esclavo. Hace cuatro meses que le dejé cerca de aquí.

»—Pronto, pronto, llévale al mercado, gritó un chusco que traficaba en esta mercancía, no sea que otro te le reclame».

Al través del desierto hay ciertas etapas marcadas por oasis en cuyo centro se levantan poblaciones más o menos importantes. Kishu es uno de los puntos de reunión más frecuentes de las caravanas y allí se paga un derecho de peaje. El sultán de esta ciudad (más adelante veremos que más de uno de estos potentados minúsculos toma el título de jefe de los creyentes), se hacía notar por la ausencia completa de limpieza, y su corte no ofrecía un aspecto menos repugnante, si hemos de creer a Denham.

«Entró, dice, en la tienda de Abd Khalum acompañado de media docena de tibbus, de los cuales algunos eran horribles. Tenía los dientes teñidos de color amarillo oscuro, porque son tan aficionados al tabaco en polvo que le toman por la nariz y por la boca. Sus narices parecían un pedazo de carne redondeado y pegado a la cara, y las ventanas eran tan grandes, que sus dedos podían penetrar por ellas hasta donde querían. Mi reloj, mi brújula, mi tabaquera de música, les causaron grande admiración. Eran verdaderos brutos con caras humanas».

La ciudad de Kirby, que se encuentra un poco más lejos a la inmediación de una cadena de cerros, de los cuales los más altos no pasan de 400 pies, está situada en un guady o valle entre dos lagos salados, que según todas las apariencias deben su origen a las excavaciones hechas para sacar la tierra necesaria para los edificios. En el centro de estos lagos se levanta, como un islote, una masa de muriato y de carbonato de sosa. Esta sal que dan los guadís, que abundan en el país, es objeto de un importante comercio con el Bonn y con todo el Sudan.

En cuanto a Kirby, es imposible ver una ciudad más miserable.

«No hay nada en las casas, ni siquiera una estera».

¿Cómo podría ser de otro modo en una población expuesta a las incesantes riñas de los tuaregs?

La caravana atravesaba entonces el país de los tibbus, pueblo hospitalario y pacífico, al cual se paga un derecho de tránsito por custodiar los pozos y cisternas que hay de distancia a distancia en el desierto.

La mayor parte de los tibbus, hombres vivos y activos, que poseen caballos muy ágiles, tienen una destreza singular en el manejo de la lanza, y los guerreros más vigorosos saben arrojarla hasta 240 pies de distancia.

Bilma es su capital y la residencia de su sultán.

«Éste, —dice la relación—, salió a recibir a los extranjeros con una comitiva numerosa de hombres y mujeres. Estas últimas tenían mejor apariencia que las de las aldeas; algunas presentaban una fisonomía muy agradable; sus dientes blancos y bien delineados contrastaban admirablemente con el negro brillante de su piel y con la trenza triangular que pendía de cada lado de la cara chorreando aceite; llevaban pendientes de coral en las narices y grandes collares de ámbar que les daban un aspecto enteramente seductor. Las unas tenían un cheicheó abanico hecho de yerbas o de crin para apartar las moscas; otras se contentaban con una rama de árbol; otras llevaban abanicos de plumas de avestruz, y otras, en fin, un paquete de Naves; pero todas tenían alguna cosa en la mano y la agitaban por encima de su cabeza al andar. Un pedazo de tela del Sudan atado sobre el hombro izquierdo y dejando el lado derecho al descubierto, componía su traje; otro pedazo más pequeño rodeaba su cabeza bajando hasta los hombros o bien les cubría la espalda. Aunque parecían muy poco vestidas, tenían un aire modesto y pudoroso».

A una milla de Bilma, más allá de una fuente cristalina que parecía haber sido colocada en aquel lugar por la naturaleza para invitar al viajero a hacer provisión de agua, comienza un desierto cuya travesía no exige menos de diez días de marcha. Este desierto era sin duda antiguamente un inmenso lago salado.

El 4 de febrero de 1828 la caravana llegó a Lari ciudad situada en la orilla septentrional del Bornú a los 14° 40' de latitud Norte.

Los habitantes, asustados ante lo numeroso de la caravana, huyeron llenos de terror.

Pero la tristeza que este espectáculo nos causaba, —dice Denham—, se convirtió pronto en una sensación muy diferente cuando descubrimos más lejos, a menos de una milla del sitio en donde estábamos, el gran lago Chad reflejando los rayos del sol. La vista de este objeto tan interesante para nosotros, produjo en mí una satisfacción y una emoción cuya viveza e intensidad no tengo palabras para explicar.

Desde Lari el aspecto del país cambiaba completamente. A los desiertos arenosos sucedía una tierra arcillosa, cubierta de césped, sembrada de acacias y de árboles de diversas especies entre los cuales se veían rebaños de antílopes, mientras que las gallinas de Guinea y las tórtolas de Berbería hacían brillar su plumaje al través del verdor de los campos. Las ciudades se sucedían a las aldeas, compuestas de cabañas en forma de campana y cubiertas de paja de durra.

Los viajeros continuaron adelantando hacia el Sur siguiendo la orilla del lago Chad, a donde habían llegado por la punta septentrional. Cerca de este lago el terreno era fangoso, negro y firme; el agua elevándose mucho en la estación del invierno, baja proporcionalmente en el verano; es dulce, muy abundante en peces y está poblada de hipopótamos y de aves acuáticas. Hacia el centro del lago, por la parte del Sudeste, hay islas habitadas por los biddomas, población habituada a vivir del merodeo que practica en el continente.

Los extranjeros habían enviado un correo al jeque, El khanemi, a fin de pedirle autorización para entrar en su capital; y en contestación a este mensaje, llegó un enviado del jeque para invitar a Abd Khalum y a sus compañeros a dirigirse hacia a Kuka.

En el camino pasaron por Beurwa, ciudad fortificada, que hasta entonces había desafiado los ataques de los tuaregs y atravesaron

el Yeu, gran río cuya anchura en algunos parajes pasa de 150 pies. Este afluente del Chad viene del Sudan.

En la orilla meridional de este río se levanta una bonita ciudad amurallada llamada igualmente Yeu y la mitad más pequeña que Beurwa.

La cáfila llegó en breve a las puertas de Kuka y fue recibida el 17 de febrero, después de dos meses y medio de marcha, por un cuerpo de ejército de 4000 hombres que maniobraban con gran precisión. Entre las tropas había un cuerpo de negros que formaba la guardia particular del jeque y cuyo armamento se parecía al de los caballeros de la Edad Media.



«Llevaban, —dice Denham—, cotas de malla hechas de canalones de hierro que cubrían el pecho hasta el cuello, se unían por encima de la cabeza y bajaban separadamente por delante y por detrás hasta caer sobre los costados del caballo y cubrir los muslos del jinete. Tenían también una especie de cascos de hierro rodeados

en los bordes por turbantes amarillos, rojos o blancos que se anudaban bajo la barba.

»Las cabezas de los caballos estaban defendidas por placas del mismo metal. Sus sillas eran pequeñas y ligeras, y sus estribos de estaño. En ellos no se puede apoyar más que la punta del pie, el cual va revestido de una sandalia de cuero adornada de piel de cocodrilo. Todos montaban admirablemente a caballo y corrieron hacia nosotros a galope tendido, no deteniéndose sino a pocos pasos de nuestra comitiva y agitando sus lanzas inclinándolas al lado de Abd Khalum y gritando: ¡barca!, ¡barca!, que quiere decir ¡bienvenido!, ¡bienvenido!».

Rodeados así de esta brillante comitiva, los ingleses y los árabes penetraron en la ciudad, donde se desplegó en su obsequio un aparato militar semejante.

Poco después fueron admitidos a presencia del jeque El-Khanemi. Este personaje parecía de unos 45 años de edad; su fisonomía prevenía en su favor; era risueña, inteligente y benévola.

Los ingleses le dieron las cartas del bajá; y cuando hubo terminado su lectura, pregunto a Denham lo que él y sus compañeros iban a hacer en el Bornú.

«Únicamente ver el país, respondió Denham, y tomar noticias sobre sus habitantes, su clima y sus producciones».

«Bien venidos seáis, contestó el jeque; tendré una satisfacción en enseñaros todo lo que haya que ver. He mandado que se construyeran casas para vosotros en la ciudad; id a verlas con uno de mis guardias, y si encontráis algún defecto, no temáis decirlo».

Los viajeros recibieron en breve la autorización de conservar los despojos de animales y de aves que creyesen convenientes y de tomar nota sobre todo lo que pudieran observar. Así es que recogieron muchísimos datos sobre las ciudades inmediatas a Kuka.

Kuka, a la sazón capital del Bornú, tenía un mercado donde se vendían esclavos, carneros, terneras, trigo, arroz, habichuelas, índigo y otras muchas producciones. En las calles de la ciudad

reinaba constantemente gran animación; no contaba menos de 15 000 habitantes.

Angornú era también una gran ciudad amurallada que tenía 30 000 almas y había sido en otro tiempo capital del país. Su mercado era muy importante y en él se veían hasta 160 000 individuos disputarse a precio de dinero el pescado, las aves, y la carne, que se venden crudos o cocidos, el cobre, el latón, el ámbar y el coral. La tela de lino estaba a tan bajo precio en este distrito, que la mayor parte de los hombres tenían una camisa y un pantalón; así es que los mendigos tenían una manera particular de excitar la compasión del público.

Se ponían a la entrada del mercado, y teniendo en la mano los jirones de un viejo, tomaban un aire lastimero y decían a los transeúntes:

«Vean ustedes, no tengo pantalones».

La novedad del procedimiento, la petición de este vestido, más necesario a sus ojos que el alimento, hizo reír a carcajadas al viajero cuando lo presenció por primera vez.

Hasta entonces los ingleses no habían tratado más que con el jeque, que contentándose con el poder efectivo, abandonaba el poder nominal al sultán.

Este soberano era un singular personaje que no se dejaba ver, como si fuera un animal curioso y maligno, sino al través de la verja de una jaula de cañas, cerca de la puerta de su jardín. Modas extrañas reinaban en aquella corte, donde todo elegante debía tener un gran vientre proporcionarse por medios artificiales una obesidad que por lo general se considera en todas partes como incómoda.

Ciertos hombres de elegancia refinada cuando iban a caballo tenían un vientre tan abultado y tan prominente que parecía caer por encima del arzón de la silla. Además la elegancia exigía que se llevase un turbante de una arboladura y de un peso, tales que obligaban muchas veces a sus dueños a inclinar a un lado la cabeza.

Estas modas extravagantes recordaban las de los turcos de un baile de máscaras. Por eso los viajeros tuvieron que esforzarse mucho para conservar su gravedad a la vista de aquellas figuras grotescas.

Pero al lado de estas recepciones tan solemnes como divertidas, ¡qué de observaciones nuevas, qué de datos interesantes había que recoger, qué de lagunas científicas había que llenar!

Denham hubiera querido penetrar inmediatamente en el Sur; pero el jeque se negaba a comprometer la seguridad de los viajeros que el bey de Trípoli le había confiado. Desde que habían entrado en el territorio del Bornú la responsabilidad de Abd Khalum había concluido y empezaba la del jeque.

Sin embargo, fueron tan vivas las instancias de Denham, que obtuvo de El Kanemí la autorización de acompañar a Abd Khalum a una razia que meditaba contra los kaffires o infieles.

El ejército del jeque y la tropa de árabes atravesaron sucesivamente a Yeddye, gran ciudad amurallada a 20 millas de Angornú, a Affagay y otras poblaciones construidas en un suelo de aluvi6n que presenta un aspecto arcilloso de color oscuro.

En Delow los árabes penetraron en el Mandara, cuyo sultán sali6 a recibirles a la cabeza de 500 jinetes.

«Mohamed Becker, —dice Denham—, era de pequeña estatura, de unos 50 años de edad y llevaba la barba teñida de azul celeste del más hermoso matiz».

Hiciéronse las presentaciones, y el sultán, habiendo contemplado al mayor Denham, preguntó inmediatamente quién era, de dónde venía, cuál era el objeto de su viaje, y por último, si era musulmán.

Al oír la respuesta balbuciente de Abd Khalum, el sultán volvió los ojos diciendo:

«¡Es decir, que el bajá tiene kaffires por amigos!».

Este incidente produjo muy mala impresión, y Denham no volvió a ser admitido a presencia del sultán.

Los amigos del bajá de Bornú y del sultán de Mandara llevaban el nombre de felatas. Sus tribus inmensas se extendían hasta mucho más allá de Tombuctú: eran hombres hermosos de un color semejante al del bronce, lo cual les distingue claramente de los negros y les constituye en una raza aparte.

Profesan el islamismo y raras veces se mezclan con los negros. Por lo demás, hemos de volver a hablar más adelante de los felatas, fulahs, peuls o fans como se les llama en todo el Sudan.

Al sur de la ciudad de Mora se levanta una cordillera cuyas más altas cimas no pasan de 2500 pies y que, según dicen los indígenas, se extiende por un espacio de más de dos meses de camino.

La descripción que Denham hace de este país es muy curiosa y merece que reproduzcamos algunos de los pormenores más salientes.

«Por todos lados, —dice—, nuestra vista estaba limitada por la cadena de montañas cuyo fin no se descubría. Aunque ni por sus dimensiones gigantescas ni por su agreste magnificencia pueden ser comparadas ni con los Alpes, ni con los Apeninos, ni con el Jura, ni siquiera con Sierra Morena, les igualaban bajo el aspecto pintoresco. Los picos de Valmy Savah, Yoguiday Vayah, Moyung y Meimay, cuyas vertientes pedregosas estaban cubiertas de grupos de aldeas, se lanzaban en dirección del Este al Oeste.

»El pico de Horza, más elevado y más magnífico que todos, se mostraba hacia el Sur con sus barrancos y sus precipicios».

Derkola, una de las principales ciudades de los felatas, fue reducida a cenizas por los invasores, los cuales no tardaron en tomar posesión delante de Mosfeya cuya situación era muy fuerte y que estaba defendida por empalizadas custodiadas por muchos arqueros. El viajero inglés tuvo que asistir a esta batalla.

El primer choque de los árabes fue irresistible. Las detonaciones de las armas de fuego, la reputación de valor y de crueldad de Abd Khalum y de sus secuaces introdujeron por un momento el pánico entre los felatas; y seguramente si los del Mándara y del Bornú

hubiesen aprovechado el momento para acometer con vigor la colina, habrían ganado la ciudad.

Pero los sitiados, observando la vacilación de sus adversarios, tomaron a su vez la ofensiva e hicieron adelantar sus arqueros, cuyas flechas envenenadas no tardaron en hacer gran número de víctimas entre los árabes. En aquel momento los contingentes del Bornú y del Mándara retrocedieron. Barca Gamá, el general que mandaba el de Bornú, había perdido tres caballos sucesivamente; Abu Khalum estaba herido, lo mismo que su caballo; el de Denham lo estaba igualmente y además él mismo tenía el rostro rozado por una flecha, y otras dos se habían fijado en su albornoz.

La retirada degeneró en breve en desordenada fuga. El caballo de Denham cayó, y apenas el jinete se levantaba, se vio rodeado de felatas. Dos de ellos huyeron a la vista de la pistola conque el inglés les amenazó, y el tercero recibió la descarga en un hombro.

Denham ya se consideraba salvado cuando su caballo cayó por segunda vez con tal violencia que le arrojó a lo lejos contra un árbol. Cuando se levantó vio que su caballo había desaparecido y que estaba desarmado. Inmediatamente fue rodeado por los felatas. Estaba herido en las dos manos y en el lado derecho, en parte despojado de sus vestidos, y sólo el temor de deteriorarles, porque eran muy ricos, detuvo a los felatas para no matarlo.

Entre los felatas se suscitó entonces una disputa sobre sus despojos, y Denham la aprovechó para meterse debajo de un caballo y desaparecer entre la maleza. Desnudo y ensangrentado, después de una carrera loca, llegó al extremo de un barranco por cuyo fondo corría un torrente.

«Mis fuerzas, —dice—, casi me habían abandonado: me así de las ramas jóvenes que habían crecido sobre un tronco viejo de árbol suspendidas sobre el barranco con el propósito de deslizarme hasta el agua, porque las dos orillas eran muy escarpadas. Ya las ramas cortan al peso de mi cuerpo, cuando observé bajo mi mano una

gran lifa, es decir, la serpiente más venenosa de estos países, que salía de su agujero como para morderme. El horror que se apoderó de mí, trastornó todas mis ideas; solté la rama y caí al agua. Sin embargo, el choque me reanimó y tres movimientos de mis brazos me llevaron a la orilla opuesta, por la cual subí sin dificultad. Entonces, por primera vez, me encontré al abrigo de la persecución de los felatas».

Por fortuna Denham divisó a un grupo de jinetes de los cuales, a pesar del tumulto de la persecución, consiguió hacerse oír. No recorrió menos de 7 millas sin más vestido que una mala manta llena de miseria sobre la grupa desnuda de un caballo flaco. ¡Qué padecimientos con aquel calor de 36" que envenenaba sus heridas! Los resultados de una expedición que, según sus jefes, debía producir un inmenso botín y proporcionar gran cantidad de esclavos, fueron treinta y cinco árabes muertos, y con ellos su jefe Abu Khalum, casi todos los demás heridos y la destrucción o pérdida de los caballos.

En seis días recorrieron los fugitivos las 180 millas que separan a Mora de Kuka. Denham recibió en ésta última ciudad una acogida benévola por parte del jeque El Khanemi, el cual para reemplazar su equipaje perdido, le envió un traje a la moda del país.

Apenas el mayor Denham se halló repuesto de sus heridas y trabajos, tomó parte en una expedición que el jeque enviaba al Monga, país situado al Oeste del lago Chad, cuyos habitantes nunca habían reconocido completamente su supremacía y se negaban a pagarle tributo.

Denham y el doctor Oudney salieron de Kuka el 22 de mayo; atravesaron el Yeu, río casi en seco en aquella estación, pero muy caudaloso en la época de las lluvias, y visitaron a Birnie y las ruinas de la antigua ciudad, capital del país que podía contener hasta doscientos mil habitantes. Vieron después los restos de Gambarú, ciudad de edificios magníficos, residencia favorita del antiguo sultán,

destruida por los felatas; y visitaron a Kabchari, Bascur, Bateli y otras muchas ciudades o aldeas cuya numerosa población se sometió sin resistencia al sultán de Bornú.

El invierno no fue favorable para los individuos de la misión. Clapperton tuvo una fiebre terrible: el estado del doctor Oudney, ya enfermo del pecho a su salida de Inglaterra, empeoraba todos los días; el carpintero Hillman se hallaba en un estado desesperado; sólo Denham resistía aún. Cuando terminó la estación de las lluvias, hacia el 14 de diciembre, Clapperton salió para Kano con el doctor Oudney y en breve les seguiremos en esta parte interesante del viaje.

Siete días después, un alférez, llamado Toole, llegó a Kuka, no habiendo tardado más que tres meses y catorce días en el viaje desde Trípoli.

En el mes de febrero de 1824 Denham y Toole hicieron una expedición al Logun, al extremo meridional del lago Chad. Toda la parte inmediata al lago y de su afluente el Chary es pantanosa y está inundada durante la estación de las lluvias. El clima excesivamente mal sano de aquella región fue fatal para el joven Toole, que murió el 26 de febrero en Angala a la temprana edad de veintidós años no cumplidos.

Toole, perseverante, intrépido, alegre, amable, dotado de serenidad y de prudencia, poseía las cualidades que distinguen al verdadero viajero.

El Logun era entonces un país muy poco conocido, no recorrido por las caravanas y cuya capital Kernock no contaba menos de quince mil habitantes. Su población es más bella, más inteligente que la de Bornú, sobre todo la del sexo femenino, muy laboriosa, y fabrica telas muy bonitas con un tejido más espeso.

La presentación obligada al sultán, después de los mutuos cumplimientos y de la aceptación de ricos presentes, terminó por esta oferta, que es singular de parte de un sultán a un viajero: «Si has venido para comprar esclavas, no vale la pena de que vayas más lejos; yo te las venderé más baratas que ninguno».

Denham tuvo que hacer grandes esfuerzos para que aquel soberano industrial comprendiese que su viaje no tenía semejante objeto y que sólo el amor a la ciencia dirigía sus pasos.

El 2 de marzo estaba de regreso en Kuka, y el 20 de mayo llegó a aquella ciudad el teniente Tyrwhit que llevaba ricos presentes para el jeque y debía residir en el Bornú en calidad de cónsul.

Denham, después de una razia hacia Manú, capital del Kanen, y entre los doganas que habitaban en otro tiempo las inmediaciones del lago Fitri, volvió a tomar el 16 de agosto, acompañado de Clapperton, el camino del Fezan, y entró en Trípoli habiendo terminado un largo y penoso viaje cuyos resultados geográficos ya considerables, se aumentaron singularmente por los esfuerzos de Clapperton.

Ya es tiempo en efecto de contar los incidentes del viaje y los descubrimientos de este oficial. Clapperton salió el 14 de diciembre de 1823 con el doctor Oudney para Kano, gran ciudad de los felatas, situada al Oeste del Chad. Había seguido la orilla del Yeu hasta Damasak y visitado la antigua Birnia, Bera, situada a orillas de un lago magnífico formado por los desbordamientos del Yeu, Dogamú, Bekidarfi, ciudades que forman casi todas parte del territorio del Hausa.

Los habitantes de esta provincia, que eran muy numerosos antes de la invasión de los felatas, están armados de arcos y flechas y hacen el comercio de tabaco, nueces, gurú, antimonio, pieles de cabras curtidas y telas de algodón en piezas o en vestidos.

La caravana abandonó en breve el curso del Yeu o Gamburú para adelantarse por un país, cubierto de bosque, que debía estar completamente inundado durante la estación de las lluvias.



Los viajeros entraron enseguida en la provincia de Katagun, cuyo gobernador les recibió con mucha afabilidad, asegurándoles que su llegada era para él una verdadera satisfacción y que sería agradabilísima para el sultán de los felatas que jamás había visto

ingleses. También les dijo que en su casa encontrarían, como en Kuka, todo lo que pudieran necesitar.

Lo único que le admiraba profundamente era haber sabido que los viajeros no buscaban esclavos, ni caballos, ni dinero, ni pedían más que su amistad, el permiso de recoger flores y plantas y la autorización para visitar el país.

Katagun está situada hacia los 12° 17" 11" de latitud Norte y unos 12" de longitud Este, según las observaciones de Clapperton. Esta provincia firmaba la frontera del Bornú antes de la conquista de los felatas. Puede poner en pie de guerra cuatro mil hombres de caballería y dos mil de infantería armados de arcos, espadas y lanzas. Produce granos y ganado vacuno que con los esclavos, son los principales artículos de comercio. En cuanto a la ciudad misma, era la más fuerte que los ingleses habían visto desde que salieron de Trípoli. Tenía sus puertas que se cerraban todas las noches y estaba defendida por dos muros paralelos y tres fosos en seco, uno interior, otro exterior y el tercero abierto entre las dos murallas, que tenía 20 pies de altura y 10 de ancho en la base. Por lo demás, en esta ciudad, cuyas casas son todas de tierra, no hay más monumento que una mezquita arruinada.

La población vendrá a tener de 7000 a 8000 habitantes.

Allí fue donde, por primera vez vieron los ingleses los cauríes servir de moneda. Hasta entonces la tela del país o algún otro artículo había sido el intermedio de los cambios.

Al Sur de la provincia de Katagun está situado el país de Yacoba, designado por los musulmanes con el nombre de Muchy. Según los informes que Clapperton recibió, los habitantes de esta provincia erizada de montañas calcáreas, eran antropófagos. Sin embargo, los musulmanes, que tienen un horror invencible a los kaffires, no dan más prueba para sostener esta acusación que el haber visto cabezas y miembros humanos colgando de las paredes de las habitaciones.

En el Yacoba se supone que toma su origen el Yeu, río completamente seco durante el verano, pero cuyas aguas en la

estación de las lluvias, según cuentan los habitantes, crecen y se disminuyen alternativamente cada siete días.

«El 11 de enero, —dice Clapperton—, continuamos nuestro viaje, pero al medio día tuvimos que detenernos en Murmur. El doctor se hallaba en un estado tal de debilidad y de fatiga, que no esperaba que pudiese resistir un día más. Desde nuestra partida de las montañas de Obarri, en el Fezan, iba decayendo diariamente, habiendo sido allí atacado de una inflamación de la garganta motivada por haberse expuesto a una corriente de aire cuando estaba sudando.

»Doce de enero. El doctor tomó al amanecer una taza de café, y a su instancia mandé cargar los camellos. Le ayudé enseguida a vestirse, y sostenido por su criado, salió de la tienda. Pero en el momento en que le iban a subir sobre el camello, observé en toda su fisonomía el sello espantoso de la muerte.

»Hícele entrar inmediatamente en la tienda; me situé a su lado, con un dolor que no tengo palabras para expresar, le vi morir sin proferir una queja y sin que pareciese sufrir nada. Envié a pedir al gobernador el permiso de enterrarle, y me fue concedido inmediatamente. Mandé abrir una sepultura al pie de una mimosa, cerca de una de las puertas de la ciudad; y luego que lavaron el cuerpo, según los usos del país, le hice amortajar con los chales de turbante que teníamos para hacer regalos.

»Nuestros criados le llevaron, y antes de confiarle a la tierra, le leí el servicio fúnebre de la Iglesia de Inglaterra. Enseguida mandé rodear la modesta tumba de una pared de tierra para preservarle de los animales

carnívoros, e hice matar dos carneros que distribuí entre los pobres».

Así acabó miserablemente la vida del doctor Oudney, cirujano de marina y muy instruido en historia natural. La terrible enfermedad, cuyos gérmenes había llevado de Inglaterra, no le permitió prestar a la expedición todos los servicios que el gobierno esperaba de él, y sin embargo trabajaba cuanto le permitían sus fuerzas diciendo que se sentía menos mal viajando que en la inacción. Comprendiendo que su constitución agotada no le permitía un trabajo asiduo, jamás había querido servir de obstáculo al celo de sus compañeros.

Después de esta triste ceremonia, Clapperton tomó el camino de Kano. Las principales etapas que recorrió antes de entrar en esta ciudad, donde llegó el 20 de enero, fueron: Digú, ciudad situada en el centro de un país bien cultivado y que mantiene muchos rebaños; Katungum, que ya no pertenece a la provincia de Katagun; Zangueya, situada en el extremo de la cordillera de Duchi y que debe de haber sido considerable a juzgar por la extensión de sus murallas todavía en pie; Guirkua, cuyo mercado es mejor que el de Trípoli; y Sochwa, rodeada de un alto parapeto de arcilla.

Kano, la Chana de Edrisi y de otros geógrafos árabes, es el gran emporio del reino de Hausa.

«Apenas entré por sus puertas, —dice Clapperton—, vi mis esperanzas frustradas. Según la brillante descripción de Kano que me habían hecho los árabes, esperaba ver una ciudad de extensión inmensa. Las casas, sin embargo, estaban a un cuarto de milla de las murallas y en algunos parajes reunidas en grupos separados por grandes charcos de agua estancada.

»Hubiera podido dispensarme de los cuidados del tocador (se había puesto el uniforme de oficial de marina) porque todos los habitantes ocupados en sus negocios me dejaron pasar sin volver siquiera una vez los ojos hacia mí».

Kano, capital de la provincia del mismo nombre y una de las principales ciudades del Sudan, está situada a los 12° 0' 19" de

latitud Norte y 9° 20 de longitud Este.

Podrá tener de treinta a cuarenta mil habitantes, de los cuales más de la mitad son esclavos.

El mercado, que está lindando al Este y al Oeste con grandes pantanos plantados de caña, es el retiro de muchas bandadas de patos, cigüeñas y buitres, que están encargados de hacer la limpieza de la ciudad. En este mercado, provisto de todos los géneros de habitual consumo en África, se venden carnes de vaca, carnero, cabra y algunas veces de camello.

«Los carniceros del país, —cuenta el viajero—, son tan astutos como los nuestros; practican algunas cortaduras para poner la grasa en evidencia, soplan la carne para abultarla, y algunas veces pegan un pedazo de piel de carnero a un trozo de carne de cabra.

»También se encuentran abundantemente en el mercado de Kano, papel de cartas, producto de las fábricas francesas, tijeras y cuchillos de fabricación indígena; antimonio, estaño, seda encarnada, brazaletes, tela de algodón, vestidos moriscos y otros objetos».

Clapperton compró por tres piastras un paraguas de tela de algodón que había llegado por Gadames.

Visito también el mercado de esclavos donde estos desgraciados eran examinados minuciosamente «y con el mismo cuidado que los oficiales de sanidad visitan a los voluntarios que entran en la marina».

La ciudad es muy mal sana; los pantanos de que está cubierta en cerca de la mitad de su extensión y los hoyos que se abren en el suelo en la construcción de las casas y que en la estación de las lluvias se llenan de agua estancada, engendran constantemente una atmósfera pestilente.

En Kano, la gran moda es teñirse los dientes y los labios con las flores del gurgi y del tabaco, que les dan un color rojo sanguíneo. Se masca la nuez del guro, y se la toma también por la nariz mezclada con trona, costumbre que no es exclusiva del Hausa, porque se la encuentra también en el Bornú, donde por lo demás está prohibida a

las mujeres. En fin, los habitantes del Hausa, fuman un tabaco originario del país.

El 23 de febrero Clapperton salió para Socatú, atravesando un país pintoresco y bien cultivado, que por sus bosquecillos diseminados entre las colinas tenía cierta semejanza con un parque inglés; toradas de hermosos bueyes blancos, o de un color gris ceniciento, animaban el paisaje.

Los pueblos más importantes que encontró Clapperton en su camino son: Gadenia, ciudad muy poblada, cuyos habitantes habían sido vendidos como esclavos por los felatas; Doncami, Zirie, capital del Zambra, Kagaria, Kuara y los pozos de Kamun, donde encontró la escolta que le enviaba el sultán.

Socatu era la ciudad más poblada que el viajero había visto en África. Sus casas bien construidas, formaban calles regulares, en vez de estar reunidas en grupos como en las otras ciudades del Hausa.

Está rodeada de una muralla de 20 a 30 pies de elevación, con doce puertas que se cerraban regularmente al ponerse el sol. Tenía además dos grandes mezquitas, un mercado espacioso y una gran plaza, donde se levantaba el palacio del sultán. Los habitantes, que en su mayor parte son felotas, tenían muchos esclavos, los cuales los que no estaban ocupados en servicios interiores, ejercían algún oficio por cuenta de sus amos, y eran tejedores, albañiles, zapateros o labradores.

Clapperton, para honrar a sus huéspedes, y darles una idea del poder y de la riqueza de Inglaterra, quiso presentarse delante del sultán Bello en un traje deslumbrador. Se puso su uniforme de galones de oro, un pantalón blanco y unas medias de seda, y para completar su traje de carnaval, se encasquetó un turbante, y se calzó babuchas turcas. Bello le recibió sentado en una alfombra entre dos columnas que sostenían el techo de paja de una cabaña muy parecida a una *cottage* inglesa. Aquel sultán era un hombre hermoso, de unos cuarenta y cinco años, que estaba vestido de un

tobé de algodón azul, y cubierto con un turbante blanco, cuyo chal le ocultaba la nariz y la boca, según la moda turca.

Bello aceptó con alegría infantil los presentes que le llevaba el viajero. Lo que le dio más placer, fueron el reloj, el telescopio y el termómetro, al cual llamaba ingeniosamente el reloj del calor. Pero de todas las curiosidades, la que le pareció más maravillosa fue el viajero mismo. No se cansaba de interrogarle sobre las costumbres, hábitos y comercio de Inglaterra, y muchas veces manifestó el deseo de entrar en relaciones de comercio con esta potencia. Hubiera querido que un cónsul y un médico inglés residiesen en un puerto que se llamaba Raka; y en fin, mandó que ciertos objetos de fabricación inglesa le fueran enviados a la costa marítima, donde poseía una ciudad muy comercial llamada Funda.

Después de muchas conversaciones sobre los diferentes cultos de Europa y sobre otras materias, Bello devolvió a Clapperton los libros, diarios y ropa que habían sido cogidos a Denham cuando la desgraciada razia en que Abd Khalum había perdido la vida.

El 3 de mayo el viajero se despidió del sultán.

Después de muchos pasos y rodeos, dice, fui admitido a presencia de Bello, que estaba solo, y que me dio inmediatamente una carta para el rey de Inglaterra, asegurándome que era grande amigo de nuestra nación. Manifestó de nuevo su deseo de mantener relaciones con nosotros y me rogó que le escribiese diciéndole la época en que la expedición inglesa, que Clapperton le había anunciado como próxima a llegar, daría vista a sus tierras.

Clapperton no volvió a tomar el camino que había seguido, y entró el 8 de julio en Kuka, donde encontró al doctor Denham. Llevaba un manuscrito árabe que contenía un cuadro histórico y geográfico del reino de Takrur, gobernado por Mohamed Bello de Hausa, hecho y compuesto por este príncipe. Él mismo había recogido, no sólo muchos y preciosos informes sobre la zoología y la botánica del Bornú, y del Hausa, sino también un vocabulario de la lengua del Begarni, del Mandara, del Bornú, del Hausa y de Tombuctú.

Los resultados de esta expedición fueron, pues considerables. Era la primera vez que se oía hablar de los felatas, y su identidad con los fans iba a ser demostrada por el segundo viaje de Clapperton. Sabíase que habían fundado en el centro y en el Oeste del África un inmenso imperio, y estaba averiguado que estos pueblos no pertenecían a la raza negra. El estudio de su lengua y de las relaciones que presenta con ciertos idiomas no africanos, debía arrojar nueva luz sobre la historia de las emigraciones de los pueblos. En fin se conocía el lago Chad, si no en su totalidad, a lo menos en su mayor parte. Se sabía que tenía dos afluentes; el Yeu, cuyo curso se encontraba en parte reconocido y cuya fuente estaba indicada por las relaciones de los indígenas, y el Chary cuya parte inferior, y cuya embocadura habían sido visitadas cuidadosamente por Denham. En cuanto al Níger, los informes que Clapperton obtuvo de los indígenas eran todavía muy confusos, pero de su conjunto se podía inferir que desembocaba en el golfo de Benin. Por lo demás, Clapperton se prometía volver después de un corto descanso en Inglaterra y apartándose de la costa del Atlántico, subir por el Hausa o Dyoliba, nombres que se daban al Níger en diversos parajes de su curso, y poner fin al debate suscitado desde largo tiempo haciendo la separación entre este río y el Nilo, uniendo sus nuevos descubrimientos con los de Denham, y acabando de atravesar el África por la línea diagonal, que partiendo de Trípoli, termina en el golfo de Benin.

FIN DE LA PRIMERA PARTE



SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Segundo viaje de Clapperton. — Llegada a Badagry. — El Yurriba y su capital Ratunga. — Boza. — Tentativas para obtener una relación fiel de la muerte de Mungo Park. — El Nyffe. — Él Guarí y el Zegzeg. — Llegada a Kano. Disgustos. — Muerte de Clapperton. — Regreso de Lander a la costa. — Tuckey en el Congo. — Bowdich entre los achanties. — Mollien en las fuentes del Senegal y del Gambia. — El mayor Gray. — Caillié en Tombuctú. — Laing en las fuentes del Níger. — Richardet y John Lander en la embocadura del Níger. — Cailliaud y Letorzec en Egipto, en Nubia y en el oasis de Siwah.

Luego que Clapperton volvió a Inglaterra se apresuró a someter a *lord* Balhurst el proyecto que había formado de volver a Ruka partiendo de Benin, es decir, siguiendo el camino más corto, camino que ninguno de sus predecesores había recorrido y subiendo por el Níger desde su embocadura hasta Tombuctú.

Tres personas se agregaron a Clapperton para esta expedición de la cual llevaba el mando el cirujano Dickson, el capitán de navío Pearce, muy buen dibujante, y el cirujano de marina Horrison, muy versado en todos los ramos de historia natural.

La expedición llegó el 6 de noviembre de 1825 al golfo de Benin. Dickson, habiendo pedido, no se sabe por qué causa, el permiso para viajar sólo hasta Socatu, desembarcó en Widah. Un portugués llamado Souza, le acompañó hasta Dahomey con Columbus que

Los demás exploradores llegaron al río de Benin y un negociante inglés llamado Houtson les aconsejó que no subieran por él, porque el rey de los países por donde pasaban tenía odio profundo a los ingleses, que ponían obstáculos a su comercio más productivo que era el de esclavos.

Valía más, decía, ir a Badagry, lugar también cercano a Socatu, cuyo jefe bien dispuesto con los viajeros, les daría sin duda una escolta que les protegiese hasta las fronteras del reino de Yurriba. Houtson habitaba el país desde hacía muchos años y conocía sus costumbres y su lengua; por consiguiente Clapperton juzgó conveniente agregarle a su comitiva hasta llegar a Eyes o Katuoga, capital del Yurriba.

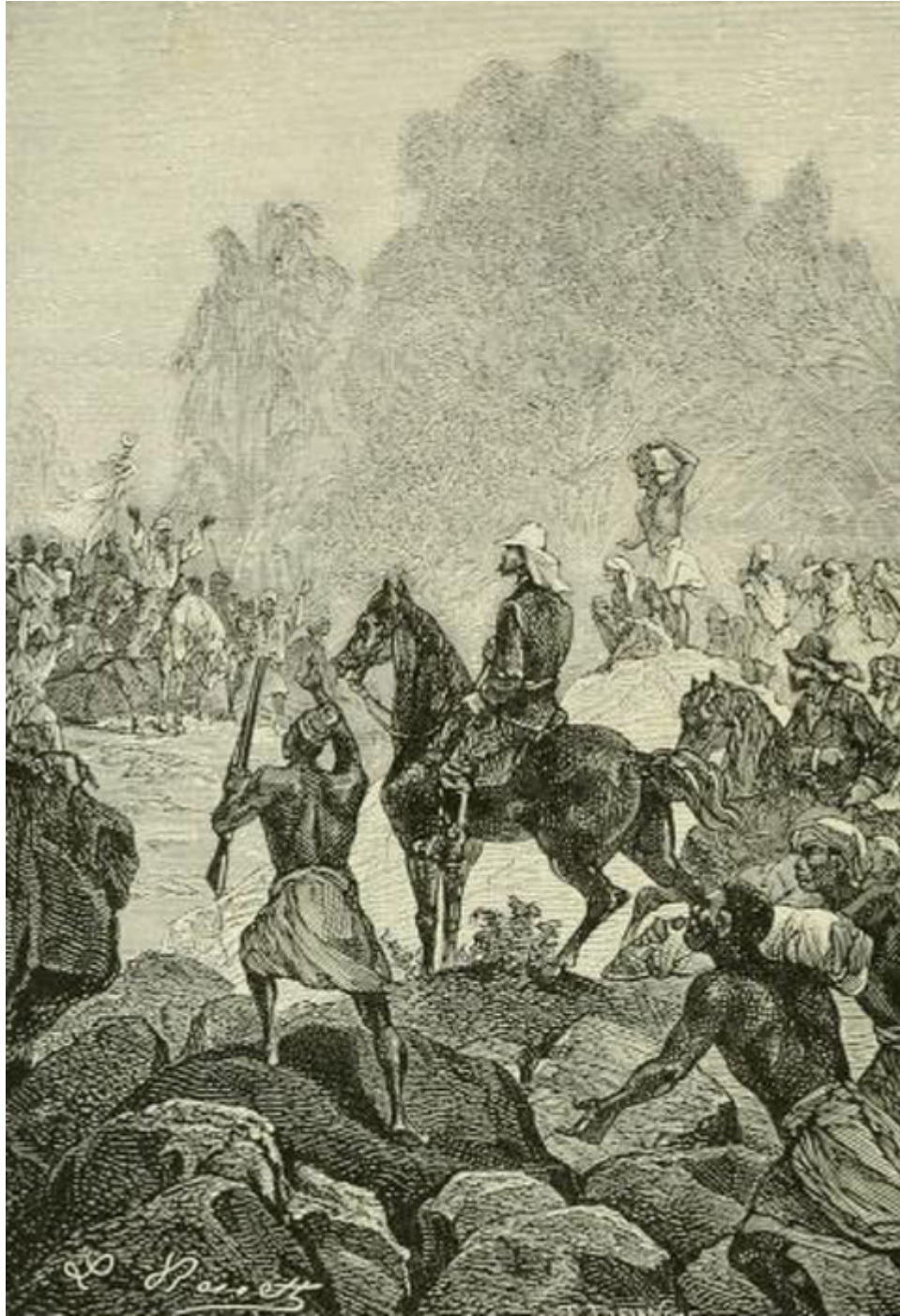
La expedición desembarcó el 29 de noviembre de 1825 en Badagry; subió por un brazo del río de Lagos y después caminó dos millas por el barranco de Gazie, que atraviesa una parte del Dahomey; y pasando a la orilla izquierda, penetró en el interior. El país se presentaba unas veces pantanoso y otras admirablemente cultivado y plantado de ñames, respirando todo abundancia. Por tanto los negros se mostraban recalcitrantes para el trabajo, y sería imposible referir las interminables conversaciones y reflexiones a que fue preciso acudir, las negociaciones que hubo necesidad de entablar y las exacciones a que los expedicionarios tuvieron que someterse para proporcionarse hombres de carga.

Al través de estas dificultades llegaron, sin embargo, a Dyanah a 60 millas de la costa.

Hemos visto, —dice Clapperton—, muchos telares en movimiento. Había ocho o diez en una casa; era verdaderamente una fábrica en regla... Estos habitantes fabrican también loza, pero prefieren la que viene de Europa, aunque no siempre hacen el uso conveniente de los diferentes objetos. La vasija en que el cabocero o jefe nos ofreció de beber, fue reconocida por Houtson por un bonito orinal que había vendido el año anterior en Badagry.

Todos los individuos de la expedición estaban gravemente atacados de fiebre engendrada por el calor húmedo del país. Pearce

y Morrison murieron el 17 de diciembre, el uno al lado de Clapperton y el otro en Dyanah antes de haber llegado a la costa. Por todas las poblaciones que Clapperton atravesaba, por Asudo, que no tiene menos de diez mil habitantes y por Dafú, que tiene cinco mil más, le había precedido un rumor singular. En todas partes se decía que iba a restablecer la paz en los países donde reinaba la guerra y a dispensar grandes beneficios a las comarcas que explorase.



En Chow la caravana encontró al emisario que el rey del Yurriba enviaba para recibirle con una comitiva numerosa que le condujo en breve a Katunga.

Esta ciudad está rodeada y entremezclada de arboles copudos que describen un cinturón alrededor de la base pedregosa

compuesta de granito y de unas tres millas de longitud: es uno de los cuadros más bellos que pueden verse.

Clapperton permaneció en esta ciudad desde el 24 de enero hasta el 7 de marzo de 1826. Recibióle con gran cordialidad el sultán a quien pidió autorización para entrar en el Nyffe o Toppa a fin de dirigirse al Hausa y al Bornú.

El Nyffe estaba asolado por la guerra civil, y uno de los pretendientes al trono había invocado el auxilio de los felatas, según dijo el sultán, por lo cual añadió que no sería prudente tomar aquel camino y que valdría más pasar por la provincia de Yuri.

Fuera de esto lo que fuese, Clapperton tuvo que someterse al consejo del sultán.

Pero había aprovechado su estancia en Katunga para hacer algunas observaciones interesantes. La ciudad no contiene menos de siete mercados diferentes, donde se venden ñames, granos, bananas, trigos, manteca vegetal, simiente de colcoquintida, cabras, gallinas, carneros, corderos, telas y una multitud de instrumentos aratorios.

Las casas del rey y de sus mujeres, están rodeadas de dos grandes parques. Las puertas y los postes que sostienen las galerías están adornadas de esculturas que representan al boa que mata a un antílope o a un cerdo, o tropas de guerreros acompañadas de tambores, esculturas que no están muy mal ejecutadas.

«El aspecto general de los habitantes del Yurriba,—dice el viajero—, me pareció que ofrecía menos rasgos característicos de los negros que el de ninguno de los demás pueblos que había visto hasta entonces. Sus labios, son menos gruesos y su nariz se acerca más a la forma aquilina que la de los negros en general. Los hombres son bien formados y tienen un aspecto franco que no deja de llamar la atención.

»Las mujeres casi todas tienen el aire más ordinario que los hombres; lo que puede provenir de que están expuestas al sol y de

las fatigas que se ven obligadas a sufrir porque desempeñan todas las tareas de la agricultura».

Algún tiempo después de haber salido de Katunga, Clapperton atravesó el río de Muza, afluente del Ruara y entró en Kiama, una de las ciudades por las cuales pasa la caravana que del Hausa y del Borgú va al Gandya en las fronteras del Achanti. Kiama tiene unos treinta mil habitantes que son considerados como los mayores ladrones de toda el África.

«Basta llamar a uno natural del Borgú para designarle como ladrón y asesino».

Al salir de Kiama el viajero encontró la caravana del Hausa. Bueyes, asnos, caballos, mujeres y hombres hasta el número de unos mil, marchaban unos detrás de otros formando una línea interminable que ofrecía el golpe de vista más singular y más extraño.

¡Qué mescolanza tan extraordinaria desde aquellas jóvenes desnudas y aquellos hombres agobiados bajo el peso de la carga hasta los mercaderes de Gandya vestidos de una manera tan fantástica como ridícula y montados en caballos estropeados que cojeaban al andar!

Clapperton dirigía su marcha hacia Busa a orillas del Níger, donde Mungo Park había perecido. Antes de llegar allí tuvo que atravesar el Olí, afluente del Kuara y pasar por Uaua, capital de una provincia del Borgú cuyo recinto cuadrado puede contener diez y ocho mil habitantes. Ésta, según el viajero, es una de las ciudades más limpias y mejor construidas que se encuentran desde Badagry. Las calles están bien conservadas y son anchas, y las casas, circulares, tienen un techo cónico de paja; pero es imposible, dice, imaginar que exista en el universo entero una ciudad donde la embriaguez sea más general. Lo mismo el gobernador, que los sacerdotes, los legos, los hombres y las mujeres, beben con exceso vino de el rom que viene de la costa y el buza.

Este último licor es una mezcla de durra, miel, pimienta de Chile y raíz de una yerba grosera que come ganado; todo adicionado con

una cierta cantidad de agua.

«Los habitantes de Uaua, —dice Clapperton—, tienen gran reputación de probidad: son alegres, benévolos y hospitalarios. No he visto pueblo en África más dispuesto a dar noticias sobre el país que habita, y lo que es más extraordinario, no he visto en aquella ciudad ni un solo mendigo. Niegan que sean originarios del Borgú y dicen que descienden de los habitantes del Hausa y del Nyffe. Su lengua es un dialecto de la del Yurriba; pero las mujeres de Uaua son lindas y las de Yurribano no lo son. Los hombres son vigorosos y bien formados; pero tienen el aspecto de los que se dedican con frecuencia a la embriaguez.

»Su religión es un islamismo relajado, mezclado con prácticas del paganismo».

Desde que llegó a la costa Clapperton, y esta observación es preciosa, había encontrado tribus felatas todavía paganas que hablaban la misma lengua y tenían la misma fisonomía y el mismo color que los felatas musulmanes siendo evidentemente de la misma raza.

Busa, a donde el viajero llegó al fin, no es una ciudad regular; está compuesta de grupos de casas esparcidas por una isla del Kuara situada a los 10° 14' de latitud Norte y 6° 11" de longitud Este del meridiano de Greenwich. La provincia de que es capital es la más poblada del Borgú. Sus habitantes son paganos lo mismo que el sultán, aunque tiene por nombre Mohammed. Se alimentan de monos, perros, gatos, ratas, peces, vaca y carnero.

«Mientras estaba con el sultán, —dice Clapperton—, le llevaron su almuerzo, al cual fui convidado. Consistía en una gran ración de agua, asada y todavía revestida de su piel; un plato de muy buen arroz cocido, pescado seco estofado en aceite de palma; huevos de cocodrilo fritos o guisados, y en fin, agua fresca del Kuara. Yo comí el pescado y el arroz, y los circunstantes se divertieron mucho porque no quise probar ni la ración, ni los huevos de cocodrilo».

El sultán recibió al viajero con afabilidad y le dijo que el de Yurriba tenía desde siete días antes los barcos dispuestos para que

pudiese subir por el río hasta la ciudad. Clapperton respondió que habiendo la guerra interceptado todas las comunicaciones en Bornú y el Yuri, prefería ir por el Kulfa y el Nyffe.

—Tienes razón, dijo el sultán; has hecho bien en venir a verme; tomarás el camino que quieras.

En una audiencia posterior, el viajero se informó de los europeos que hacia veinte años habían perecido en el Kuara. Esta pregunta sobresaltó evidentemente al sultán, el cual no respondió francamente a ella, sino que dijo que entonces él era muy joven y no podía saber exactamente lo que había pasado.

—Yo no quiero, dijo Clapperton, sino los libros y papeles que les perteneciente y ver el sitio donde murieron.

—No tengo yo nada de lo que les perteneció, respondió el sultán; y en cuanto al lugar de su muerte, lo mejor es que no vayas porque es un paraje muy malo.

—Me han dicho que todavía existía una parte del barco que les llevaba. ¿Es verdad? —preguntó Clapperton.

—No, no; te han dado una noticia falsa, dijo el sultán; hace tiempo que la crecida del río se llevo todo lo que quedaba entre las rocas.

Volvió Clapperton a preguntar por los papeles y diarios de Mungo Park, pero el sultán respondió que no tenía nada; que aquellos papeles estaban en manos de algunos sabios, pero que los haría buscar si tanto interesaban a Clapperton. Después de haber dado gracias al sultán, el viajero le pidió autorización para preguntar a los ancianos de la ciudad, muchos de los cuales debían de haber sido testigos del acontecimiento. Esta petición aumentó la confusión del sultán, que no respondió. Era, pues, inútil estrecharle más.

«Aquél fue un golpe mortal para mis investigaciones ulteriores, dice: porque todos mostraban confusión y perplejidad cuando preguntaba pormenores y decían: “Eso sucedió cuando yo era muy joven,” o bien: “No he sido testigo del caso”».

Me designaron el lugar donde el barco se había detenido y donde su desgraciada tripulación había muerto; pero lo hicieron con

muchas precauciones y como en secreto.

Algunos días después Clapperton supo que el último imán, que era felata, había tenido en su poder los libros y papeles de Mungo Park; pero por desgracia este imán acababa de salir de Busa, donde había residido algún tiempo. Por último, en Kulfa, el viajero recogió datos que no le permitieron dudar de que Mungo Park había sido asesinado.

En el momento en que Clapperton salió del Borgú no pudo menos de observar cuán falsa era la mala reputación de sus habitantes considerados en todas partes como ladrones y bandidos. Por su parte había atravesado todo el país, viajado y cazado con ellos sin tener motivo para quejarse ni una sola vez de su conducta. El viajero trató en seguida de pasar a Kano atravesando el Kuara, el Guari y el Zegzeg. En breve llegó a Tabra a orillas del Mart Yarrow, donde residía la reina madre del Nyffe. Después se dirigió a visitar al rey en su campamento que estaba un poco apartado de la ciudad. Este rey, según Clapperton, es el tunante más descarado, más abyecto y más codicioso que podía encontrarse. Pedía a todos los viajeros cuanto veía y no le importaban las negativas.

«Ha ocasionado, —dice Clapperton—, la ruina de su país por su ambición y por haber llamado a los felatas que han venido a su socorro y que en el momento en que no les sirva para nada se desharán de él. Por su causa la mayor parte de la población industrial del Nyffe o ha sido muerta o vendida como esclava o ha tenido que huir de su patria».

La enfermedad obligó a Clapperton a residir más largo tiempo del que pensaba en Kulfa, ciudad comercial, en la orilla septentrional del Mart Yarrow y que tiene de doce a quince mil habitantes. Esta ciudad, expuesta desde hacía veinte años a las incursiones de los felatas, había sido quemada dos veces en seis años. En ella fue testigo Claperton de la celebración de la fiesta de la luna nueva. En estos días se hacen y reciben visitas. Las mujeres se trenzan las lanas de sus cabellos y se les tiñen de índigo lo mismo que las cejas. Se untan las pestañas con el khol, se tiñen los labios de

amarillo y los dientes de encarnado y se colorean las manos y los pies con el henné.

Para esta fiesta se ponen sus vestidos más hermosos y de colores más vivos, sus abalorios, sus brazaletes, sus anillos de oro, plata, cobre, estaño o latón, y se aprovechan de las circunstancias para beber tanta buza como los hombres y mezclarse en sus cánticos y sus danzas.

El viajero penetró después en la provincia de Guari, saliendo de la de Kotona Kora. El Guari, conquistado con el resto del Hausa por los felatas, se había poblado a la muerte de Bello y desde aquella época, a pesar de las tentativas de los felatas, había sabido conservar su independencia. La capital, que lleva también el nombre de Guari, está situada a los 10° 54' de latitud Norte y 8° 1', de longitud Este de Greenwich.

En Fatika, Clapperton entró en el Zegzeg, territorio sometido a los felatas; después visitó a Zaríyah, ciudad singular, donde se veían campos de mijo, huertas, plantaciones de árboles espesos, pantanos y prados; había también casas. La población pasaba por ser más numerosa que la de Kao y se calculaba en cuarenta o en cincuenta mil habitantes, casi todos felatas.

El 10 de setiembre, después de tantos viajes y fatigas, Clapperton entraba al fin en Kano. Desde el primer día observó que habrían preferido verle entrar por el Este porque la guerra con el Bornú había interceptado las comunicaciones entre el Fezan y Trípoli. Dejando el equipaje bajo la custodia de su criado Lander, pasó en busca del sultán Bello que según decían se hallaba en los alrededores de Socatú.

Este viaje fue muy penoso; Clapperton perdió sus camellos y caballos y no pudo proporcionarse para llevar el poco equipaje que le quedaba más que un buey sarnoso y enfermo; de suerte que él mismo y sus servidores tuvieron que llevar una parte de la carga.

Bello recibió a Clapperton con bondad y le envió provisiones y camellos; pero como trataba de reducir la provincia de Guber, que se había rebelado contra él, no pudo conceder una audiencia al

viajero para hablar de los múltiples intereses que el gobierno inglés había recomendado a Clapperton.

A la cabeza de cincuenta a sesenta mil soldados, de los cuales nueve décimas partes eran de infantería e iban vestidos de armaduras acolchonadas, atacó Bello a Cunia, capital del Guber. Aquel combate fue de lo más pobre que se puede imaginar y la guerra terminó después de haber abortado la tentativa.

Entre tanto Clapperton, cuya salud estaba profundamente alterada, pasó a Socatú y después a Magoria, donde vio al sultán.

Cuando recibió los presentes que le estaban destinados, Bello no mostró ya disposiciones tan amistosas, antes bien, al cabo de poco tiempo pretendió haber recibido del jeque El-Khanemi una carta invitándole a deshacerse del viajero, que era un espía, y a desconfiar de los ingleses, cuyos proyectos eran establecerse en el país después de haber tomado noticias sobre sus recursos, crearse en él partidarios o aprovechar las turbulencias que ellos mismos suscitasen para apoderarse del Hausa como se habían apoderado de la India.

Lo que resultaba más claramente de todas las dificultades suscitadas por Bello, es que deseaba con ansia apoderarse de los regalos destinados al sultán del Bornú. Sin embargo necesitaba un pretexto y creyó haberle encontrado esparciendo el rumor de que Clapperton llevaba cañones y municiones a Kuka.

En conciencia decía Bello que no podía permitir que un extranjero atravesara sus Estados para poner a tu enemigo irreconciliable en situación de hacerle ventajosamente la guerra. Además Bello pretendió obligar a Clapperton a leerle la carta que *lord* Balhurst enviaba al sultán del Bornú.

—«Tú puedes tomarla si quieres, respondió el viajero; pero yo no te la daré.

Puedes hacerlo todo, porque tienes la fuerza, pero te deshonrarás si lo haces. Para mí, abrir esa carta sería cometer una acción indigna, y mi cabeza no vale la pena de que la salve con una acción semejante. He venido a tu corte con una carta y regalos de

parte del rey de Inglaterra por la confianza que le ha inspirado tu carta del año anterior. Espero que no quebrantarás tu palabra y tu promesa por ver lo que contiene esta carta».

El sultán hizo entonces una señal con la mano para despedir al viajero, el cual se retiró.

Sin embargo, esta tentativa no fue la última y las cosas fueron todavía más lejos. Algunos días después los agentes del sultán pidieron a Clapperton que les entregase los regalos destinados a El-Khanemi, y no habiendo querido hacerlo, se los quitaron.

—«Os conducís conmigo como ladrones, exclamó Clapperton. Faltáis esencialmente a la fe jurada; ningún pueblo en el mundo se portará de esta manera; más valdría que me cortaseis la cabeza; pero supongo que en eso vendréis a parar cuando me hayáis robado todo».

Quisieron también despojarle de sus armas y de sus municiones. Clapperton se opuso a ello con gran energía; sus criados asustados le abandonaron; pero no tardaron en volver prontos a someterse a los mismos peligros que su amo a quien profesaban un gran afecto.

En este momento crítico concluye el diario escrito por Clapperton. Hacia más de seis meses que estaba en Socatu sin haber podido entregarse a ninguna exploración y sin haber llevado a cabo la negociación que había sido el objeto de su viaje desde la costa. Los disgustos, las fatigas, las enfermedades no le habían dejado ningún reposo y su estado llegó a ser de repente grave. Su criado Ricardo Lander, que le había encontrado en Socatu, se multiplicaba en vano.

El 12 de marzo de 1827, Clapperton fue atacado de una disentería que nada pudo contener y no tardó en extenuarse. Como era el mes del ramadán Lander no podía obtener ningún auxilio, ni siquiera criados, y sin embargo, la enfermedad hacia cada día progresos que se aumentaban por el calor sofocante de la estación. Durante veinte días, Clapperton permaneció en el mismo estado de extenuación y abatimiento, al cabo de los cuales sintiendo acercarse

su fin, dio sus últimas instrucciones a Ricardo Lander, su fiel servidor, y el 11 de abril murió en sus brazos.

«Mandé avisar al sultán Bello, —dice Lander—, la pérdida cruel que acababa de experimentar pidiéndole permiso para enterrar a mi amo al uso del país y rogándole me designase el sitio donde podría depositar sus despojos mortales. Mi mensajero volvió inmediatamente con el consentimiento del sultán, y el mismo día a las doce me remitió cuatro esclavos para abrir la tumba. Proponiéndome seguirles con el cadáver, le mandé colocar sobre un camello y le cubrí con el pabellón de la Gran Bretaña.



Nuestra marcha fue lenta; llegamos a Dyungari, aldea situada sobre una eminencia a cinco millas al Sudeste de Socatu.

Allí se bajó el cadáver del camello y se le puso al principio bajo un cobertizo mientras los esclavos abrían la sepultura. En seguida le trasladamos cerca de ella; yo abrí un libro de oraciones y con voz

interrumpida por los sollozos leí el oficio de difuntos. Nadie prestaba atención a esta triste lectura, ni venía a consolar mi dolor mostrando el suyo. Los esclavos se mantenían a cierta distancia y disputaban entre sí haciendo un ruido indecoroso. Terminada la ceremonia religiosa, quité la bandera inglesa de encima del cadáver y le bajamos suavemente a la sepultura.

Yo lloré amargamente sobre los restos inanimados del mejor, del más intrépido y del más digno de los amos».

El calor, la fatiga y la pena, abrumaron tanto al pobre Lander, que estuvo durante diez días en la imposibilidad absoluta de salir de su cabaña.

Bello se informó muchas veces del estado de salud del infeliz criado; pero aquellas muestras de interés no engañaron a Lander, sabiendo que estaban inspiradas por el deseo de apoderarse de las cajas y equipajes del viajero, que creía llenas de oro y plata.

Así la admiración del sultán llegó a su colmo cuando supo que Lander no poseía ni siquiera la cantidad suficiente para pagar su viaje a la costa. Lo que el sultán no supo jamás era que Lander había tenido la precaución de esconder entre sus ropas interiores un reloj de oro que le quedaba además de los de los capitanes Pearce y Clapperton.

Lander comprendió que necesitaba a toda costa y lo más pronto posible volver al litoral. Por medio de algunos regalos diestramente distribuidos ganó a varios consejeros del sultán, los cuales le hicieron presente que si el viajero llegaba a morir, no dejaría de esparcirse el rumor de que Bello le había hecho asesinar lo mismo que a su amo. Aunque Clapperton había aconsejado a Lander que se uniese a los mercaderes árabes que pasan al Fezan, Lander, temiendo que le quitasen los papeles y diario de la expedición, se determinó a volver a la costa.

El 3 de mayo salió al fin de Socatu, dirigiéndose hacia Kan. Si durante la primera parte del viaje estuvo a punto de morir de sed, la segunda fue menos penosa, porque el rey de Dyacoba, que fue su compañero de viaje, le trató con afabilidad y hasta le invitó a visitar

su país. Díjole que tenía por vecinos varios pueblos nómadas llamados ñam ñams que le habían servido de aliados contra el sultán de Bornú y que después de un combate aquellos ñam ñams habían recogido los cadáveres de sus enemigos, los habían asado y se los habían comido. Después de la relación de Hornemanm, ésta es la primera vez que aparece en una relación de viajes la reputación de antropofagia extendida acerca de un pueblo que debía ser objeto de tantas fábulas ridículas.

Lander entró el 25 de mayo en Kano y haciendo allí una corta parada, tomó el camino de Funda, a orillas del Níger, camino que pensaba seguir hasta Benin. Era muy ventajoso para él este itinerario; el camino era más seguro y al mismo tiempo y podría añadir algunos descubrimientos a los hechos anteriormente por Clapperton.

Visitó sucesivamente las poblaciones de Kanfú, Carifo, Gowvie y Gatas, cuyos habitantes pertenecen, según él, a la raza que puebla el Hausa y pagan tributo a los felatas. Estuvo también en Damoy, Dramalik y Cudonia; encontró un gran río que corría hacia el Kuara y pasó por Kottop, gran mercado de bueyes y de esclavos, Cuyi y Dunrora, limitada al Este por una larga cadena de montañas.

En Dunrora, en el momento en que hacía cargar sus bestias de carga, cuatro jinetes con los caballos cubiertos de espuma, se precipitaron en busca del jefe del país y de acuerdo con él, obligaron al viajero a volver atrás para presentarse al rey del Zegze, que según decía, tenía los mayores deseos de verle.

No tenía los mismos Lander que por el contrario quería llegar al Níger, del cual estaba cerca y por el que pensaba hasta el mar. Sin embargo, fue preciso ceder a la fuerza. Sus guías no siguieron enteramente el mismo camino que él había tomado para ir a Dunrora, lo cual le permitió ver la ciudad de Eguebi, gobernada por uno de los principales guerreros del soberano del Zegzeg.

El 22 de julio entró en Zegzeg y fue inmediatamente recibido por el rey, el cual le declaró que le había hecho volver porque la guerra estaba declarada entre Bello y el rey de Funda y este último no

habría dejado de hacerle matar cuando supiese que había llevado regalos al rey de los felatas. Lander aparentó creer en aquellas protestas de interés, pero comprendió que la curiosidad y el deseo de obtener algunos regalos, eran lo que había movido al rey de Zegzeg. Cedió, pues y excusándose de la pobreza de sus presentes y de que había sido despojado de las mercancías que llevaba, dio algunas cosas al sultán y obtuvo el permiso de marchar.

El 22 de noviembre de 1827 entró en Badagry, después de haber pasado por Kuari, Cuombaki, Busa y Uaua, y dos meses después se embarcó para Inglaterra.

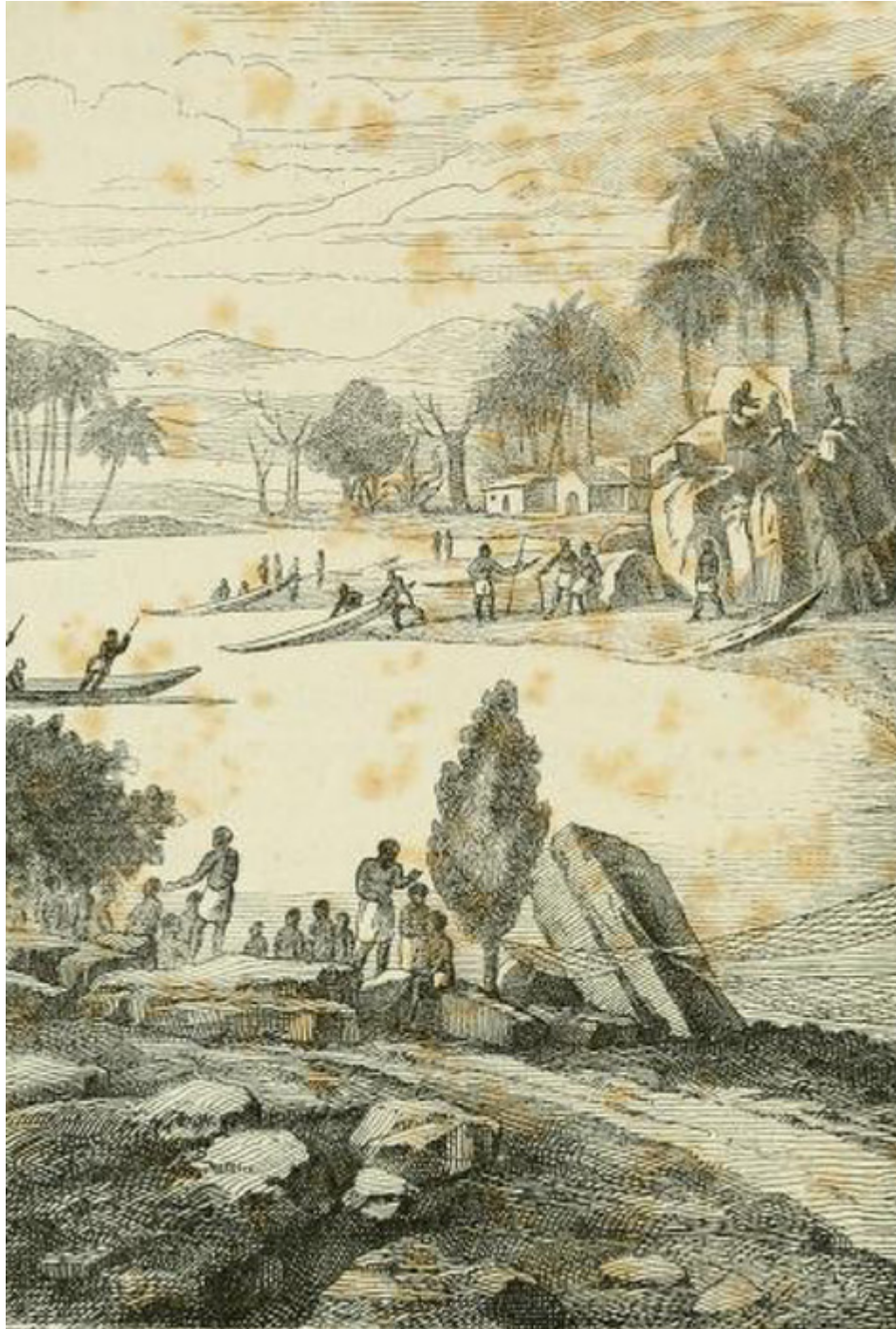
Si el objeto comercial y principal del viaje de Clapperton se había fustado completamente a causa de los celos de los árabes que habían cambiado las disposiciones amistosas de Bello, porque la apertura de un nuevo camino habría arruinado su comercio por lo menos la ciencia se aprovechó grandemente de las tareas y fatigas del explorador inglés.

Desborough Cooley en su Historia de los Viajes, aprecia de este modo los resultados obtenidos en aquella época por los viajeros, cuya historia acabamos de resumir.

Los descubrimientos hechos en el interior del África por el capitán Clapperton, bajo el punto de vista de su estudio y de su importancia sobrepujan mucho a los de todos sus predecesores. El grado 2 de latitud era el último límite a donde había llegado por el Mediodía el capitán Lyon; pero el mayor Denham en su expedición a Mandara llegó hasta los 9° 15' de latitud añadiendo así 14° 3/4 o sea 900 millas a los países descubiertos por los europeos. Ciertamente que Hornemann había atravesado ya el desierto adelantándose al Sur hasta Nyffe hacia los 10° 30' de latitud, pero no poseemos ninguna relación de su viaje. En su primera expedición, Park llegó a Silla, situada a 1° 34' de longitud Oeste y distante 1100 millas de la embocadura del Camero. En fin, Denham y Clapperton desde la costa oriental del lago Chad a los 17° de longitud, hasta Socatu a los 3° y 30' de longitud exploraron 500 millas del Este al Oeste del África; de suerte que no quedaban más que 400 millas

desconocidas entre Silla y Socatu. Pero el capitán Clapperton en su segundo viaje, obtuvo resultados diez veces más importantes, porque descubrió el camino más corto y más cómodo para llegar a las comarcas tan populosas del África central y pudo jactarse de haber sido el primero que completó el itinerario del continente africano hasta Bornú.

Poco hay que añadir a estas reflexiones tan juiciosas y a esta apreciación que tanto honra a Clapperton. Los informes dados por los geógrafos árabes y especialmente por León el Africano habían sido corroborados y se tenía un conocimiento aproximado de una parte considerable del Sudan. Si todavía no se había encontrado la solución del problema que agitaba a los hombres científicos desde largo tiempo y que había decidido las expediciones de que acabamos de hablar, esto es, el problema del curso del Níger, por lo menos era ya posible entreverla. En efecto, se comprendía que el Níger, Kuano o Dyoliba, cualquiera que fuese el nombre que se le diera, y el Nilo son dos ríos diferentes que se desarrollan por cuencas completamente distintas. Se había dado, pues, un gran paso.



En 1816 se sospechaba todavía si el río conocido bajo el nombre de Congo sería la embocadura del Níger. Se confió este reconocimiento a un oficial de marina que había dado muchas pruebas de inteligencia y de valor, llamado Jacobo Kingston Tuckey, el cual hecho prisionero en 1805, no había sido puesto en libertad

hasta 1814. Cuando supo que se organizaba una expedición para la exploración del Zaira pidió ser agregado a ella y se le confió su mando agregándole algunos oficiales de mérito y algunos hombres de ciencia.

Tuckey partió de Inglaterra el 17 de marzo de 1816 llevando a sus órdenes el buque *Congo* y el transporte *Dorotea*. El 20 de junio anclaba en Malembe en la costa del Congo a los 4° 39' de latitud Sur.

El rey del país dicen que quedó escandalizado al saber que los ingleses no iban a comprar esclavos y se deshizo en injurias contra aquellos europeos que arruinaban su comercio.

El 18 de julio Tuckey subió por el vasto estuario del Zaira con el *Congo*; y después cuando la altura de las orillas del río no le permitió adelantarse a la vela, se embarcó con una parte de su gente en las chalupas y botes. El 10 de agosto la rápida corriente y las enormes rocas de que estaba cubierto el lecho del río le determinaron a caminar unas veces por tierra y otras por agua. Diez días después los botes se detenían definitivamente delante de una cascada, más allá de la cual era imposible pasar. Tuckey y su gente siguieron, pues, adelante por tierra; pero las dificultades iban siendo cada día mayores; los negros se negaban a llevar sus respectivas cargas, y más de la mitad de los europeos habían caído enfermos. En fin cuando estaba ya a 280 millas del mar, Tuckey se vio obligado a volverse, porque la estación de las lluvias había comenzado y el número de enfermos se aumentaba cada día. Afligido del triste resultado de aquella excursión, fue acometido a su vez de la fiebre y no entró a bordo del buque más que para morir el 4 de octubre de 1816.

El único resultado de esta deplorable tentativa fue un reconocimiento exacto de la embocadura del Zaira y una rectificación de la situación de la costa que hasta entonces no había sido bien determinada.

No lejos del sitio donde Clapperton debía desembarcar posteriormente en la Costa de Oro, había aparecido en 1807 un

pueblo valiente pero de instintos feroces, llamado los achanties, procedente no se sabe precisamente de dónde. Este pueblo se había lanzado sobre el de los fantíes; y después de haber hecho en él en 1811 y 1816 horribles matanzas, había establecido su dominio sobre todo el territorio que se extiende entre los montes del Congo y el mar.

De aquí resultó forzosamente una gran perturbación en las relaciones entre los fantíes y los ingleses que poseen en la costa algunos establecimientos de comercio o factorías.



En 1816 principalmente el rey de los achanties, había introducido el hambre en los fuertes británicos arrasando el territorio de los fanties en que estaban construidos. Así el gobernador de la costa del Cabo (Cape Coast), se había dirigido a su gobierno rogándole que enviase una embajada a aquel vencedor bárbaro y feroz. El

portador del pliego era Tomás Eduardo Bowdich, joven que atormentado por la pasión de los viajes, había sacudido el yugo paterno, renunciado al comercio y después de haberse casado contra la voluntad de su familia había ido a ocupar un modesto empleo en Cape Coast donde su tío era su gobernador.

Sin vacilar, el ministro aceptando la propuesta del gobernador de Cape Coast, dio a Bowdich la comisión de dirigir la embajada. Pero el gobernador pretextando la juventud de éste, nombró por jefe de la misión a un hombre que por su nombre, por su experiencia y por los conocimientos del país y de las costumbres de sus habitantes, le parecía más en situación de desempeñar aquel destino importante.

Los acontecimientos se encargaron de demostrar que no tenía razón. Bowdich, agregado a la expedición, estaba encargado de la parte científica y sobre todo de las observaciones de longitud y latitud.

Federico James, el embajador y Bowdich, salieron del establecimiento inglés el 22 de agosto de 1817 y llegaron a Cumasie, capital de los achanties, sin haber encontrado más obstáculos que la mala voluntad de los mozos de carga. Las negociaciones, que tenían por objeto la conclusión de un tratado de comercio y la apertura de un camino entre Cumasie y la Costa, fueron dirigidas con éxito regular por Bowdich, porque James carecía totalmente de iniciativa y de firmeza. La conducta de Bowdich recibió tan completa aprobación del gobierno que, James fue destituido.

Parecía que el geógrafo tendría poco que esperar de la misión diplomática enviada a países visitados en otros tiempos por Bosman, Loyer, Des Marcháis y tantos otros, y sobre los cuales se habían escrito las monografías de Meredith y de Dalzel. Pero Bowdich aprovechó los cinco meses de estancia en Cumasie, ciudad situada a sólo diez jornadas del Atlántico para observar el país y los usos, costumbres e instituciones de los pueblos más interesantes del África.

Vamos a resumir brevemente la relación de la entrada pomposa de la misión en Cumasie. Toda la población había acudido al espectáculo formando calle, y había sobre las armas, un número de tropas que Bowdich calcula en treinta mil hombres.

Los ingleses, antes de ser admitidos a presencia del rey, fueron testigos de un espectáculo muy propio para darles una idea de la crueldad y de la barbarie de los achanties. Un hombre con las manos atadas a la espalda, las mejillas atravesadas por la hoja de un cuchillo, una oreja cortada y la otra colgando, la espalda atravesada por otro cuchillo pasado la piel por cima de cada omoplato y arrastrado por una cuerda que le atravesaba las narices, era paseado al través de la ciudad al son de los tambores antes de ser sacrificado en honor de los ingleses.

«Todo lo que habíamos visto hasta entonces, —dice Bowdich—, nos había preparado para un espectáculo extraordinario, pero no esperábamos contemplar la magnificencia que se desplegó a nuestros ojos. Se había preparado un sitio de una milla cuadrada para recibirnos, y en el último término estaban el rey, sus tributarios y sus capitanes, rodeados de sus respectivos séquitos.

»Delante de nosotros se situaron dos cuerpos militares tan numerosos que parecía que no íbamos a poder aproximarnos al soberano. Los rayos del sol se reflejaban en los adornos de oro macizo que brillaban por todas partes con un esplendor que casi los hacía tan insoportables como el calor del día. Más de cien bandas de músicos tocaron al mismo tiempo a nuestra llegada cada una los aires particulares del jefe a que pertenecía.

»Unas veces nos aturdía el ruido de una multitud innumerable de cornetas y tambores; otras el acento de largas flautas, que no dejaban de tener alguna armonía, y el de un instrumento de la especie de las cornamusas que concertaba admirablemente con las flautas. Un centenar de grandes quitasoles o palios, de los cuales cada uno podía abrigar lo menos treinta personas, se agitaban sin cesar por mano de los que los llevaban.

»Eran de seda de color de escarlata, amarillo, u otros colores brillantes, y estaban coronados de medias lunas, de pelicanos, de elefantes, de sables y de otras armas, todo de oro macizo. Los mensajeros del rey, que llevaban sobre el pecho grandes placas de oro, para hacernos sitio y nos adelantamos precedidos por los bastones de oro que son la señal distintiva de los interpretes, y por el pabellón inglés.

»Conforme íbamos pasando nos deteníamos para estrechar la mano a cada uno de los caboceros, los cuales llevaban trajes magníficos con collares de oro macizo, círculos de oro en las rodillas, placas de oro por encima de los tobillos, brazaletes o pedazos de oro en la muñeca izquierda, y tan pesados que se veían obligados a apoyar los brazos en la cabeza de un niño.

»En fin, del pomo de sus espadas pendían cabezas de lobo o carnero de oro de hechas de tamaño natural; los puños eran del mismo metal, y las hojas estaban manchadas de sangre. Algunos hombres llevaban gruesos tambores en la cabeza, sobre los cuales tocaban otros dos. Las muñecas de éstos iban adornadas de campanillas y de pedazos de hierro que les acompañaban cuando tocaban el tambor. Llevaban también un cinturón de cráneos y huesos de los muslos de los enemigos que habían muerto en los combates.

»Por encima de los grandes dignatarios sentados en sillas de madera negra incrustadas de oro y marfil, se agitaban inmensos abanicos de plumas de avestruz y detrás de ellos estaban los jóvenes mejor formados, llevando a la espalda una caja de piel de elefante llena de cartuchos, en la mano largas escopetas incrustadas de oro, y al cinturón, colas de caballo blanco en su mayor parte o fajas de seda. El sonido prolongado de las cornetas, el ruido ensordecedor de los tambores, y en los intervalos de los demás instrumentos, anunciaron que nos íbamos acercando al rey.

»Estábamos ya cerca de los principales oficiales de su casa, como el chambelán, el portador de la trompeta de oro, el capitán de los mensajeros, el jefe de las ejecuciones, el capitán del mercado, el

guarda de la sepultura real y el jefe de los músicos, todos los cuales estaban sentados en medio de su comitiva, brillando con una magnificencia que anunciaba la importancia de las dignidades de que estaban revestidos.

»Los cocineros estaban rodeados de una inmensa cantidad de vajillas de plata compuesta de platos, fuentes, cafeteras, vasos y copas de toda especie. El jefe de las ejecuciones, hombre de una estatura casi gigantesca, llevaba atravesada sobre el pecho un hacha de oro macizo, y delante de él estaba el tajo sobre el cual debía cortar la cabeza de los sentenciados. Estaba teñido de sangre, y cubierto en parte de enormes manchas de grasa.

»Los cuatro interpretes se hallaban rodeados de un esplendor que no cedía en nada al de los más altos empleados, y sus distintivos particulares que eran los bastones de puño de oro, que eran llevados delante de ellos atados en haces.

»El guarda del tesoro unía a su lujo personal el del sitio que ocupaba, y delante de él se veían cofres, balanzas y pesas de oro macizo. La dilación de algunos minutos que trascurrieron mientras nos acercábamos al rey para tomarle la mano, uno después de otro, nos permitió verle bien. Su aspecto excitó desde luego mi atención; es casi curioso encontrar un aire de dignidad natural en estos príncipes que nos complacemos en llamar bárbaros.

»Sus maneras anunciaban tanta majestad como cortesía la sorpresa no le hizo perder un instante, el aire de serenidad de calma que conviene a un monarca. Parecía de unos treinta y ocho años de edad, y comenzaba a ponerse grueso: su rostro tenía impreso el sello de la benevolencia».

Sigue una descripción de muchas paginas acerca del traje del rey, del desfile de los jefes, de las tropas, de la multitud y de la recepción que duró hasta la noche.

Cuando leemos esta sorprendente narración de Bowdich nos preguntamos si no es el producto de la imaginación exaltada del viajero ese lujo maravilloso de aquella corte bárbara, si los sacrificios de millares de personas en ciertas épocas del año, si las

costumbres extrañas de aquella población belicosa y cruel, si esa mezcla de civilización y de barbarie desconocidas hasta entonces en África, si todo esto es verdadero o imaginario.

El lector se encontraría inclinado a creer que Bowdich había exagerado singularmente las cosas si los viajeros que le han seguido, si los exploradores contemporáneos no hubieran confirmado su relación. Admira, pues, que semejante gobierno fundado solamente en el terror, haya podido durar tan largo tiempo.

Entre tantos viajeros extranjeros como prodigaban su vida para contribuir a los progresos de la ciencia geográfica, se encuentra el nombre de un francés; y el autor de estas líneas, sin cesar de ser imparcial en la apreciación de sus tareas, se siente más conmovido por la lectura de la relación de sus peligros y de sus fatigas. En efecto, tenemos que mencionar ahora los viajes de Mollien, de Caillié, de Cailliaud y de Letorzec.

Gaspar Mollien era sobrino del ministro del Tesoro de Napoleón I. Embarcado en la fragata *Medusa* tuvo la fortuna de librarse del naufragio de este buque en uno de los botes que llegaron a la costa del Zahara, y siguiéndola consiguieron arribar al Senegal.

El desastre que Mollien acababa de evitar hubiera disipado en cualquiera otro ánimo no tan bien templado la afición a las aventuras y la pasión de los viajes pero el carácter de Mollien era superior a todos los peligros; y cuando el gobernador de la Colonia, el comandante Fleuriau, aceptó la oferta que el joven viajero le hacía de buscar las fuentes de los grandes ríos de la Senegambia y más particularmente las del Dyoliba, salió de San Luis del Senegal para desempeñar su misión.

El 29 de enero de 1818 partió de Diedde, dirigiéndose hacia el Este entre los grados 15 y 16 de latitud, atravesó el reino de Domel y penetró en el país de los Yollofs. Disuadido de seguir el camino del Wulli, tomó el de Futa Toro; y a pesar del fanatismo de los habitantes y de su sed de pillaje, logró entrar en el Bondú sin accidentes. Necesitó tres días para atravesar el desierto que separa

el Bondú de los países situados más allá del Gambia y después penetró en el Nokolo, comarca montañosa habitada por peules o dyallons, casi salvajes.

Al salir de Bandeya entró en el Futa Dyallon y llegó a las fuentes del Gambia y de Río Grande, situadas una al lado de otra. Pocos días después vio las fuentes del Faleme; y a pesar de la repugnancia y del terror de su guiá, entró en Timbú, capital del Futa. La ausencia del de la mayor parte de los habitantes de esta ciudad le evitó sin duda los horrores de un cautiverio que hubiera podido ser largo si no le hubieran abreviado terribles tormentos.

Futa es una ciudad fortificada donde el rey posee casas cuyas paredes de tierra tienen tres o cuatro pies de espesor por 15 de altura. A poca distancia de Timbú encontró Mollien las fuentes del Senegal, a lo menos a juzgar por lo que le dijeron los negros que le acompañaban; pero no le fue posible hacer observaciones astronómicas.

Sin embargo, no consideraba su misión como terminada: acosábale el deseo de resolver el importante problema de las fuentes del Níger; pero el miserable estado de su salud, la estación de las lluvias, la crecida de los ríos, el terror de sus guías que a pesar de la oferta que les hizo de fusiles, cuentas de ámbar y hasta de su caballo, se negaron a acompañarle al Kuranko y al Soliman, le obligaron a renunciar al deseo de atravesar la cadena de los montes del Congo y a volverá San Luis.

En suma, Mollien trazó muchas líneas nuevas en una parte de la Senegambia, no visitada todavía por los europeos.

«Es sensible, —dice M. de La Renaudiere—, que Mollien, extenuado de fatiga, pudiendo andar apenas, absolutamente desnudo y privado de medios de observación, no haya podido pasar las altas montañas que separan la cuenca del Senegal y de la del Dyoliba y se viera obligado a referirse a las indicaciones de los naturales sobre los objetos más importantes de su misión. Por la relación que le hicieron los negros, cree haber visitado las fuentes del Río Grande, del Faleme, del Gambia y del Senegal; pero si le

hubiera sido posible seguir el curso de éstos ríos más allá de su punto de partida, hubiera dado a sus descubrimientos un grado de certidumbre que por desgracia no tienen. Sin embargo, la posición que señala a la fuente de Ba Fring o Senegal no puede aplicarse en esta parte a ningún otro río caudaloso; y confrontándola con las noticias obtenidas por otros viajeros, se viene a deducir la realidad del descubrimiento. Parece igualmente averiguado que estas dos últimas fuentes están más altas de lo que se suponía y que el Dyoliba sale de un terreno más elevado. El país se levanta gradualmente al Sur y al Sudeste en mesetas paralelas; las cordilleras aumentan en altura a medida que se adelanta hacia el Sur y llegan a su más alto punto entre los 8 y los 10° de latitud Norte».

Tales son los datos que resultan del interesante viaje de Mollien a la colonia francesa del Senegal.



Éste debía ser también el punto de partida de otro explorador llamado Renato Caillié.

Caillié nació en 1800 en el departamento de los Deux-Sevres y no tuvo más maestros que los de instrucción primaria; pero la lectura de Robinson Crusoe desarrolló en su joven imaginación la

afición a los viajes, y con los pocos recursos de que podía disponer, trató de proporcionarse mapas y relaciones de aventuras y de viajeros. Por último, en 1816, aunque todavía no tenía más que diez y seis años, se embarcó para el Senegal en la gabarra Loire.

El gobierno inglés, organizaba en aquella época una expedición al interior a las órdenes del mayor Gray.

Los ingleses para no encontrarse con el terrible almamy de Timbú, que había sido tan funesto para Peddie, se dirigieron por mar hacia el Gambia, atravesaron el Wulli y el Gabon y entraron en el Bondú que debía ser visitado por Mollien pocos años después, país habitado por un pueblo tan fanático y tan feroz como el del Futa.

Las exigencias del almamy fueron tales que el mayor Gray, bajo pretexto de una antigua deuda no pagada por el gobierno inglés, fue despojado de casi todas sus mercancías y obligado a enviar al Senegal un oficial para reunir un nuevo surtido.

Caillié, ignorando el mal principio que había tenido esta expedición y creyendo que el mayor Gray acogería con placer a un nuevo recluta, salió de San Luis con dos negros y llegó a Gorea. Pero allí, muchas personas que se interesaron por él, le disuadieron de unirse a la expedición del mayor Gray y le proporcionaron un empleo en la Guadalupe.

Caillié no permaneció más que seis meses en esta isla, al cabo de los cuales volvió a Burdeos y allí se embarcó para el Senegal.

Un oficial del mayor Gray, llamado Partarieu, estaba a punto de marchar a unirse con su jefe llevándole las mercancías que se había proporcionado.

Caillié le pidió permiso para acompañarle sin sueldo y sin compromiso fijo, y el oficial aceptó inmediatamente la oferta.

La caravana se componía de setenta individuos blancos y negros y de treinta y dos camellos ricamente cargados.

Salió de Gandiolle en el Cayor el 5 de febrero de 1819, y antes de entrar en Yoloff, atravesó un desierto donde padeció mucho a causa de la sed, pues por llevar más carga de mercancías, el oficial no se había cuidado de tomar bastante provisión de agua.

En Bulibane, aldea habitada por fulahs, pastores, la caravana pudo apagar su sed y llenar sus odres para atravesar un segundo desierto.

Evitando el Futa Toro, cuyos habitantes son fanáticos y ladrones, penetró en el Bondú. Partarieu hubiera querido evitar la entrada en Bulibane, capital del país y residencia del almamy; pero la resistencia de los habitantes que se negaban a dar granos y agua a la caravana y las órdenes precisas del mayor Gray que se figuraba que el almamy la dejaría pasar después de haberle impuesto una contribución, le obligaron a dirigirse a esta ciudad. El terrible almamy comenzó por hacerse entregar una cantidad considerable de regalos; negó a los ingleses la autorización para pisar a Bakel en el Senegal, diciéndoles que podían ir a Clego, atravesando sus Estados y los del Kaarta, o tomar el camino de Futa Toro.

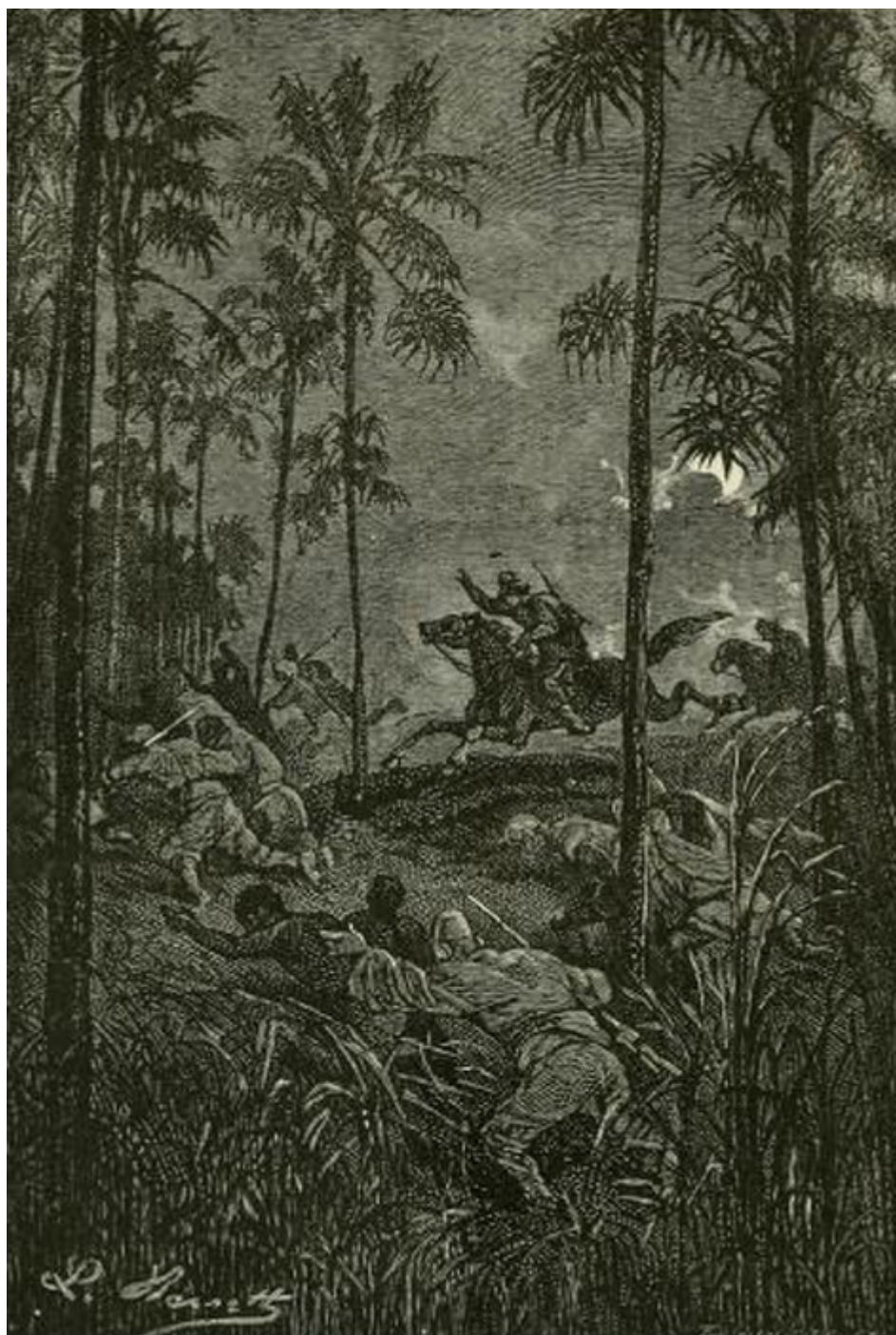
De estos dos caminos, el primero no era mejor que el segundo, porque había que atravesar países fanáticos: la intención del almamy, era pues, según los ingleses lo comprendían, que les saquearan y mataran sin tener él la responsabilidad.

Así, pues, la expedición resolvió abrirse paso a viva fuerza. Apenas comenzaron los preparativos, se encontró rodeada de una multitud de soldados, que ocupando los pozos, la pusieron en la imposibilidad material de poner en ejecución su proyecto. Al mismo tiempo los tambores de guerra resonaban por todas partes; la lucha era imposible; fue preciso entrar en capitulaciones, es decir, reconocer su impotencia; y entonces el almamy dictó las condiciones de la paz, obteniendo nuevos presentes de los ingleses y exigiendo que se retirasen por el Futa Toro.

Hubo más, y ésta fue una afrenta sangrienta para el orgullo británico: los ingleses se vieron escoltados por una guardia que debía impedirles tomar un camino diferente.

Despechados, cuando llegó la noche, en presencia misma de los fulahs, y a pesar de su resistencia, prendieron fuego a todas las mercancías, de las cuales éstos pretendían apoderarse. La travesía del Futa Toro, entre poblaciones hostiles, fue todavía más penosa

porque bajo el pretexto más fútil se suscitaban disputas y se estaba a punto de venir a las manos.



En fin, una noche, Partarieu, a fin de adormecer la vigilancia de los indígenas, declaró que no podía llevarse a la vez todo lo que le

quedaba y llenando de piedras sus cofres y dejando levantadas sus tiendas y encendidas sus hogueras, abandonó el campamento con toda su gente dirigiéndose hacia el Senegal. Aquella retirada se convirtió en breve en una verdadera fuga. Mercancías, efectos, equipajes, armas, animales, todo quedó abandonado y sembrado por el camino; y gracias a este subterfugio y a la rapidez de la carrera se pudo llegar al establecimiento de Bakel donde los franceses recogieron con amabilidad los restos de la expedición.

Caillié, atacado de una fiebre que tomó en breve el carácter más alarmante, volvió a San Luis y no pudiendo restablecerse allí, tuvo que regresar a Francia sin poder visitar de nuevo el Senegal hasta el año de 1824. En aquella época se hallaba esta colonia gobernada por el barón de Roger; hombre amigo del progreso y deseoso de extender al mismo tiempo que las relaciones comerciales de Francia, sus conocimientos geográficos. El barón Roger dio, pues, a Caillié los medios de ir a vivir entre los bracknas para aprender el árabe y la práctica del culto musulmán.

La vida entre estos moros pastores, desconfiados y fanáticos, no fue fácil para Caillié que encontró muchas dificultades para llevar un diario de los sucesos y se vio obligado a emplear multitud de ardides para poder recorrer los alrededores de su residencia. Allí tomó datos curiosos sobre el modo de vivir de los bracknas, sus alimentos que se reducen casi enteramente a leche, sus habitaciones que son tiendas impropias para resistir la intemperie del clima, sobre sus cantones ambulantes o guejues, sobre los medios de hacer que las mujeres tomen el grado de gordura que les parece el ideal de la belleza, sobre la naturaleza del país, la fecundidad y las producciones del suelo.

Las más curiosas de todas las observaciones de Caillié son las relativas a las cinco clases distintas en que está dividida la nación de los moros bracknas.

Estas clases son: los hasanes o guerreros, perezosos, sucios y de un orgullo increíble; los morabitos o sacerdotes; los zenagues, tributarios de los hasanes; los laratines y los esclavos.

Los zenagues forman una clase miserable, despreciada de todos los demás, pero principalmente de los hasanes, a quienes pagan una contribución, que aunque regularmente determinada hjasas satisface a los que la cobran. Son los verdaderos trabajadores que se dedican a la industria, a la agricultura o a la cría de ganados.

«A pesar de todos mis esfuerzos, —dice Caillié—, nunca pude descubrir el origen de esta raza, ni saber cómo había venido a pagar tributo a otros moros. Cuando hacia preguntas sobre este asunto, me respondían que Dios lo había querido así. ¿Serían presos de tribus vencidas? En este caso, ¿cómo no se había conservado ninguna tradición entre ellos? No puedo creerlo, porque los moros, orgullosos de su origen, no olvidan nunca los nombres de los que han ilustrado a sus familias; y los zenagues, formando la mayor parte de la población, y estando además ejercitados en la guerra, se sublevarían a las órdenes de un descendiente de sus antiguos jefes y sacudirían el yugo de la servidumbre».

Los laratines son los hijos de moro y de esclava negra. Éstos, aunque esclavos, jamás son vendidos; viven en los campos de dominio particular, y son tratados sobre poco más o menos como los zenagues.

Los que son hijos de un hasan, son guerreros; los de un morabito reciben la instrucción y abrazan la profesión de su padre.

En cuanto a los esclavos, todos son negros. Maltratados, mal alimentados, azotados al primer capricho de su amo, no hay género de vejaciones a que no estén sometidos.

En el mes de mayo de 1825, Caillié estaba de vuelta en San Luis. Hallándose el barón Roger ausente, el que le reemplazó no parecía animado de intenciones tan benévolas, y el viajero tuvo que esperar, con la sola ración de soldado, la vuelta de su protector, al cual entregó las notas y observaciones que había recogido en el territorio de los bracknas.

Pero el barón Roger rechazó entonces todas sus ofertas de servicio, y sólo le prometió cierta suma a su vuelta de Tombuctú. ¿Cómo había de marchar allá si no tenía recurso ninguno personal?

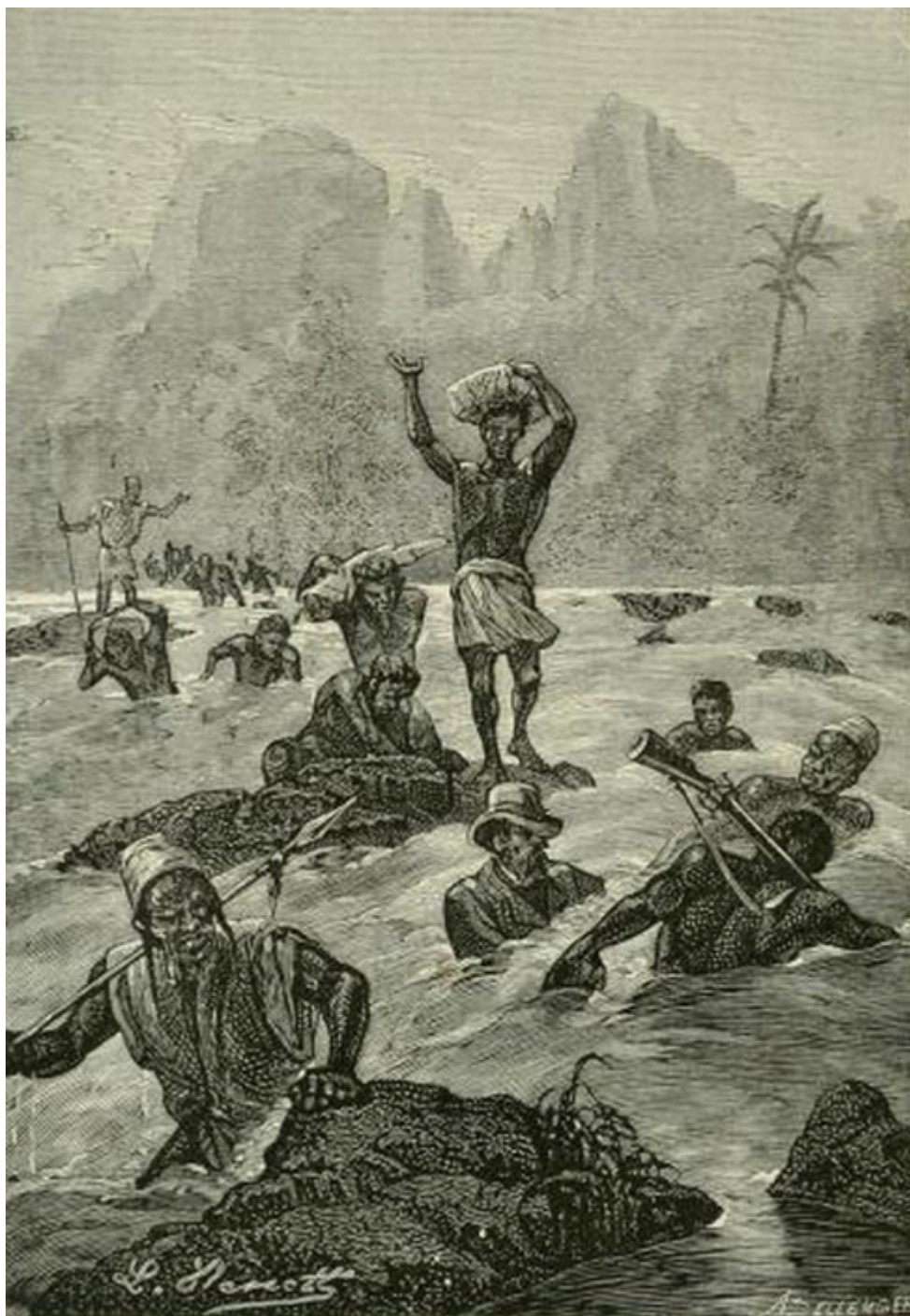
Sin embargo, nada podía desanimar al intrépido Caillié, y no encontrando en el gobernador de la colonia ni estímulo ni auxilio, se trasladó a Sierra Leona, cuyo gobernador, no queriendo privar al mayor Laing la gloria de llegar el primero a Tombuctú desechó sus proposiciones.

Caillié entonces admitió el empleo de gerente de una fábrica de índigo, y merced a las economías que hizo en este empleo, reunió en breve 2000 francos; cantidad que le pareció suficiente para dar la vuelta al mundo. Apresuróse, pues, a proporcionarse las mercancías necesarias; formó compañía con varios mandingas y seracolets, mercaderes ambulantes que recorren el África; les contó bajo el sello del secreto, que habiendo nacido en Egipto de padres árabes, le habían llevado a Francia desde su edad más tierna, y después al Senegal para desempeñar los negocios comerciales de su amo, que satisfecho de sus servicios, le había dado libertad; y añadió que su más vivo deseo era volver al Egipto y tomar de nuevo la religión musulmana.

El 22 de marzo de 1817, Caillié, saliendo de Freetown se dirigió a Kakondy, aldea situada a orillas del Río Núñez, y aprovechó su residencia en ella para reunir algunos datos sobre los landamas y los nalus, pueblos sometidos a los fulahs del Futa Dyallon, no mahometanos, y por lo mismo muy aficionados a las bebidas espirituosas. Habitan estos pueblos las orillas de Río Núñez, así como los bigos, pueblo idólatra de la embocadura del río.

Los bagos, gente alegre, industriosa y hábil cultivadora, sacan gran producto de sus cosechas de arroz y de sal. No tienen rey, ni más religión que una bárbara idolatría; están gobernados por el más anciano de su aldea, y no se encuentran mal con esta forma de gobierno.

El 19 de abril de 1817, Caillié, con un solo hombre de carga y un guiá, salió en fin para Tombuctú.



Fue bien recibido entre los fulahs y los habitantes del Futa Dyallon, cuyo país rico y fértil atravesó; pasó el Fing, principal afluente del Senegal, muy cerca de su origen por un sitio por donde podría tener cien pasos de anchura y pie y medio de profundidad solamente; pero la violencia de la corriente y las enormes rocas de

granito negro que obstruyen su lecho, hicieron el paso difícil y peligroso.

Después de una parada de diez y nueve días en la aldea de Cambaya, donde residía el guía que le había acompañado hasta entonces, pasó al Kankan, atravesando un país cortado por ríos y grandes arroyos que comenzaban entonces a inundarlo todo.

El 30 de mayo atravesó el Tankiso, gran río de lecho escarpado que pertenece a la cuenca del Dyoliba, al cual llegó el 11 de junio entrando en el Curusa.

«Aunque estaba tan cerca de su origen, —dice Caillié—, el Dyoliba tenía allí una anchura de 700 pies y una velocidad de dos millas y media».

Pero antes de entrar con el explorador francés en el país del Kankan, debemos resumir sus observaciones sobre los fulahs del Futa. Éstos son generalmente altos y bien formados, de color de castaño claro, cabello crespo, frente elevada, nariz aguileña, y sus facciones se acercan bastante a las de los europeos. Como fanáticos mahometanos, odian a los cristianos. No son aficionados a los viajes como los mandingas; prefieren vivir en sus casas, y son cultivadores hábiles o diestros comerciantes. Belicosos y patriotas, en tiempo de guerra no dejan en las aldeas más que las mujeres y los ancianos.

La ciudad de Kankan está situada en medio de una llanura rodeada de altas montañas. En ella se encuentran con profusión el bombax, el baobab y el árbol de la manteca llamado también Ce, que es el Shea de Mungo Park. Caillié se detuvo en esta ciudad veintiocho días antes de poder hallar una ocasión para ir a Sambatikila. Allí fue odiosamente robado por su huésped y no pudo obtener del jefe de la ciudad la restitución de las mercancías que le habían sido robadas.

«Kankan,—dice el viajero—, capital de un cantón del mismo nombre, es una pequeña ciudad situada a dos tiros de fusil de la orilla izquierda del Milo, lindo río que viene del Sur y riega el país de Kisi, donde toma su origen, corriendo después hacia el Nordeste

hasta desembocar en el Dyoliba, a dos o tres jornadas de Kankan. Esta ciudad, rodeada de un seto vivo muy espeso, contiene unos seis mil habitantes, y está situada en una hermosa llanura de arena gris de la mayor fertilidad. En todas las direcciones se ven bonitas aldeas que se llaman también Urones, y en ellas es donde los habitantes tienen a sus esclavos. Estas aldeas, que hermocean la campiña, están rodeadas de buenos campos cultivados donde se dan en abundancia el ñame, el maíz, el arroz, las cebollas, pepinos y otras hortalizas».

Del Kankan a Uasulo, el camino atravesaba muy buenas tierras llenas de productos de la estación y casi todo inundado. Los habitantes de la provincia parecieron a Caillié muy amables, alegres y curiosos, y le hicieron una excelente acogida. Pasó después muchos afluentes del Dyoliba, y especialmente el Sarano, antes de llegar a Sigala, residencia del jefe del Uasulo, llamado Baramisa. Este jefe, tan sucio como sus subordinados, usaba como ellos el tabaco en polvo y fumaba. Pasaba por ser muy rico en oro y en esclavos, y sus súbditos le hacían frecuentemente regalos de ganado. Tenía muchas mujeres, cada una de las cuales poseía una casa particular, lo cual formaba una pequeña aldea cuyas cercanías estaban muy bien cultivadas. Allí fue donde por primera vez Caillié vio el *rhamnus lolus* de que habla Mungo Park.

Al salir de Uasulo penetró Caillié en el Fulú, cuyos habitantes, lo mismo que los de Uasulo, hablan la lengua mandinga y son idólatras, o mejor dicho, no tienen ningún culto, siendo también tan sucios como los demás. Al llegar a Sambatikila, el viajero hizo una visita al almamy.

«Entramos, dice, en una pieza que servía a la vez de alcoba para él y de cuadra para su caballo. El lecho del príncipe estaba junto a la pared del fondo, y consistía en un pequeño estrado de seis pulgadas de elevación, sobre el cual se había echado una piel de vaca con un sucio mosquitero para preservarse de los insectos. No había muebles en aquel alojamiento real. Sólo se veían en él dos sillas para los caballos colgadas de unos palos en la pared, un arco,

un carcax y flechas, una lámpara hecha de un pedazo de hierro plano y mantenida por otro pedazo del mismo metal y puesta en tierra, en la cual quemaban manteca vegetal que no tiene bastante consistencia para hacer con ella velas».

Este almamy anunció en breve al viajero que se presentaba la ocasión de pasar a Time, de donde iba a salir una caravana que tomaría el camino de Dyenne. Caillié penetró en seguida en el país de los bambaras llegó en poco tiempo a la bonita aldea de Time, habitada por mandingas mahometanos y dominada al Este por una cadena de montañas que pueden tener 300 brazas de elevación.

Al entrar en esta aldea a fines de julio, no sospechaba Caillié que había de hacer en ella tan larga estancia como hizo. Tenía en el pie una llaga que se había inflamado a consecuencia de haber marchado entre yerbas empapadas en agua. Por tanto, resolvió dejar marchar la caravana de Dyenne y quedarse en Timé hasta su completa curación. Era demasiado peligroso para él, en la situación en que se encontraba, atravesar el país de los bambaras, pueblo idólatra que sin duda se apoderaría de sus equipajes.

Estos bambaras,—dice el viajero—, tienen pocos esclavos; van casi desnudos, y siempre armados de arcos y flechas. Están gobernados por una multitud de pequeños jefes independientes, que con frecuencia se hacen la guerra entre sí. En fin, son seres brutales y salvajes si se les compara con los pueblos sometidos a la religión del profeta.

Hasta el 10 de noviembre, Caillié, cuya herida no estaba aún bien curada, se vio obligado a detenerse en Time. Sin embargo, ya en aquella época entreveía el momento en que podría ponerse en camino para Dyenne.

Pero, dice, los violentos dolores que sentí en la mandíbula, me anunciaron que estaba atacado del escorbuto; espantosa enfermedad que sufrí en todo su horror. Mi paladar estaba en carne viva; una parte de los huesos se desprendieron y cayeron; mis dientes parecían que no podían sostenerse en sus alveolos; mis padecimientos fueron espantosos, y temí que el cerebro quedase

atacado por la fuerza de los dolores que sentía en el cráneo. En quince días no pude conciliar el sueño.

Para complicar la situación, la herida de Caillié se abrió de nuevo y no cedió, como tampoco el escorbuto, más que al tratamiento enérgico que les aplicó una vieja negra habituada a curar esta enfermedad común en el país.

En fin, el 9 de enero de 1828. Caillié pudo salir de Time y llegar a Kimba, pequeña aldea donde se había reunido la caravana que debía partir para Dyenne. Cerca de esta aldea se levanta la cordillera impropia llamada Kong, porque este nombre significa montaña en lengua mandinga.

El nombre de las aldeas que atravesó el viajero; los incidentes siempre repetidos del camino, no ofrecen grande interés en este país de los bambaras, que pasan entre los mandingas por muy ladrones, y que en realidad no lo son más que sus acusadores.

Las mujeres bambaras llevan todas una astilla de madera muy delgada incrustada en el labio inferior; moda singular enteramente análoga a la que Cook observó en la costa occidental de la América del Norte.

¡Tan cierto es que la humanidad, cualquiera que sea la latitud en que viva, es en todas partes la misma!

Los bambaras hablan la lengua mandinga; sin embargo, tienen un idioma particular llamado kisur, acerca del cual el viajero no pudo reunir documentos completos y positivos.

Dyenne era en otro tiempo llamada el País del Oro. Es verdad que los alrededores no lo producen, pero los mercaderes del Buré y los mandingas del país de Kong lo llevan allí con frecuencia.

Esta ciudad, que tiene dos millas y media de circunferencia, está rodeada de una muralla de tierra de diez pies de elevación. Las casas, construidas de adobes, son tan grandes como las de los labradores de Europa. Todas tienen su azotea y carecen de ventanas a lo exterior. Dyenne es una ciudad ruidosa y animada, a donde todos los días llega una caravana de mercaderes. Así es que se ven en ella muchos extranjeros. El número de habitantes puede

calcularse en ocho o diez mil; son industriosos e inteligentes; hacen trabajar a sus esclavos por especulación y se dedican a todos los oficios.

Sin embargo, los moros son los que tienen monopolizado el alto comercio, y no hay día que no envíen grandes embarcaciones llenas de arroz, mijo, algodón, tela, miel, manteca vegetal y otros géneros indígenas.

A pesar de este gran movimiento comercial, Dyenne se veía amenazada en su prosperidad. El jefe del país, Segó Ahmadu, animado de un exagerado fanatismo, hacia entonces una guerra encarnizada a los bambaras de Seso, a quienes quería obligar a aceptar la religión del profeta. Esta lucha ocasionaba grandes perjuicios al comercio de Dyenne, porque interceptaba las comunicaciones con Yamina, Sansanding, Bamaku, Buré y una inmensa extensión de países. Así, pues, en el momento en que Caillié la visitó, no era el punto central del comercio, y los principales emporios eran entonces Yamina, Sansanding y Bamaku.

Las mujeres de Dyenne hubieran creído faltar a lo que debían a su sexo si no hubieran dado pruebas de alguna coquetería. Las elegantes se pasan un anillo de vidrio por la nariz, y las que son menos ricas un pedacito de tela de seda color de rosa.

Durante la larga estancia que hizo Caillié en Dyenne, fue colmado de atenciones por los moros a quienes había contado la fábula relativa a su nacimiento y a su rapto por el ejército francés de Egipto.

El 23 de marzo se embarcó en el Níger para Tombuctú en una grande embarcación, en la cual el cherif, sobornado por el regalo de un paraguas, le proporcionó pasaje. Llevaba cartas de recomendación para los principales habitantes de la ciudad.

En este viaje pasó por la bonita aldea de Kera delante de Tagúetia, por Sankha-Guibila, Diebe, Isaca, cerca de la cual el río recibe un gran afluente, que partiendo de Segó, forma allí un recodo inmenso, por Uandacora, Ganga, Corocoila y Cona, y el 2 de abril llegó a la embocadura del gran lago Debo.

«Desde todas las orillas de este lago, —dice Caillié—, se ve la tierra, excepto hacia el Oeste, donde se extiende como un mar interior. Siguiendo su costa septentrional que se dirige al O. N. O. en una longitud de 15 millas, se deja a la izquierda una lengua de tierra llana que se adelanta muchas millas al Sur y parece cerrar el paso al lago formando una especie de estrecho. Más allá de esta barrera, el lago se prolonga al Oeste hasta perderse de vista.

»La barrera que acabo de describir divide el lago en dos, brazos uno inferior y otro superior. Por éste pasan las embarcaciones y en él se encuentran tres islas. Es muy grande, se prolonga un poco al Este y se encuentra rodeado de una infinidad de pantanos».

Después sucesivamente desfilaron ante la vista del viajero, Gabibi, aldea de pescadores, Didíover, Togom, en el país de los dirímanos, comarca que se extiende muy lejos hacia el Este, Codosa puerto muy comercial, Barconga, Leleb, Garfolo, Baracondíe, Tircy, Talbocoila, Salacoila, Oirá, Coratu, donde los tuaregs exigen un derecho de paso a los barcos que atraviesan el río, y en fin, Cabra, edificada sobre una eminencia al abrigo de las inundaciones del Dyoliba y que sirve de puerto a Tombuctú.

El 20 de abril Caillié desembarcó y se puso en camino para esta ciudad, en la cual entró al ponerse el sol.

Veía al fin esta capital del Sudan, exclamo nuestro viajero, que desde tanto tiempo en el blanco de todos mis deseos. Al entrar en su recinto misterioso, objeto de las investigaciones de las naciones civilizadas de Europa, experimenté una sensación indecible de satisfacción. Jamás la había tenido semejante y mi alegría era extremada; pero tuve que comprimir sus impulsos y sólo a Dios confié mis trasportes de júbilo.

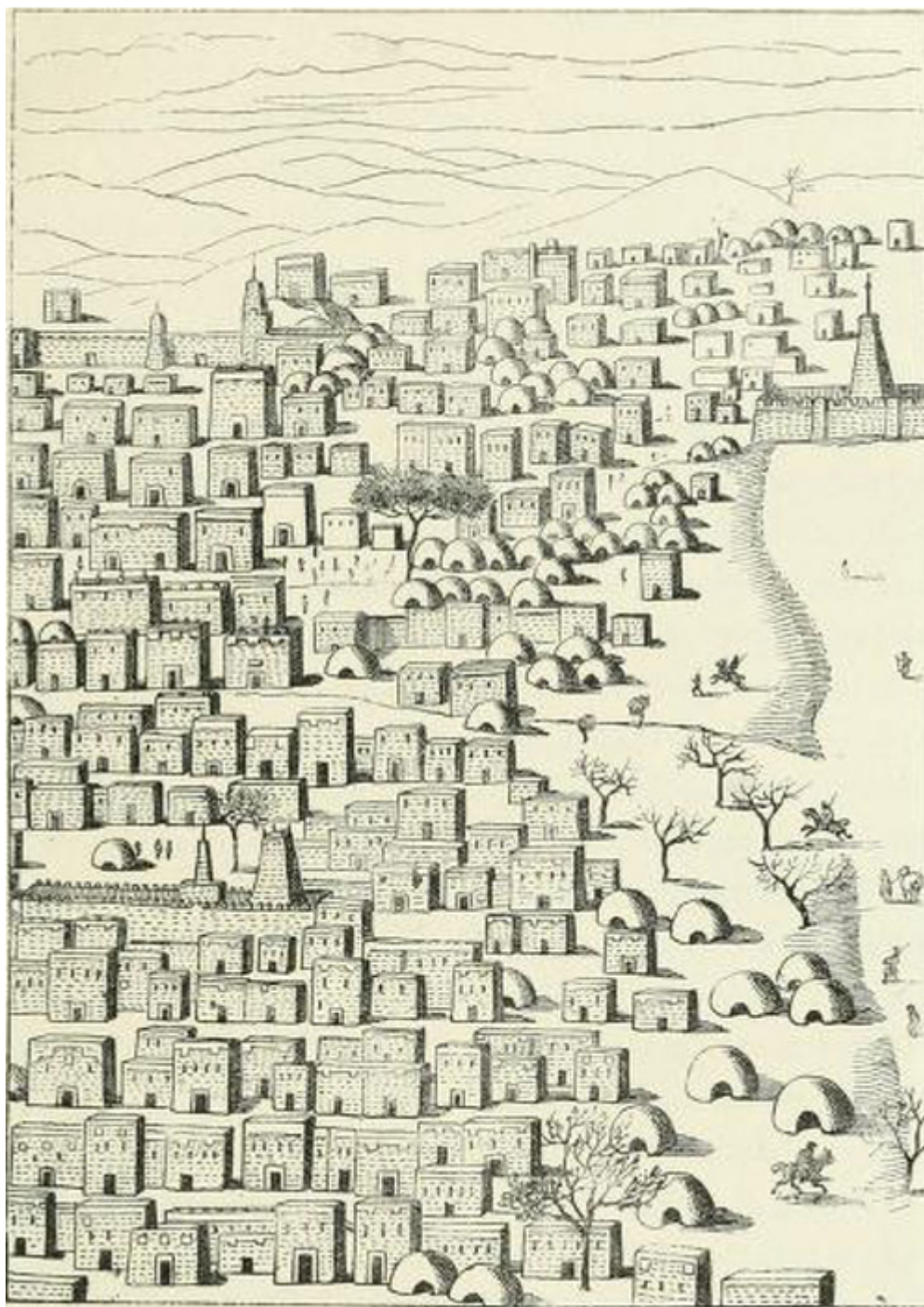
¡Con qué ardor le di gracias por el feliz éxito con que había coronado mi empresa! ¡Que de acciones de reconocimiento debía tributarle por la protección manifiesta que me había concedido al través de tantos obstáculos y peligros que parecían insuperables!

Calmado mi entusiasmo, encontré que el espectáculo que tenía a la vista no correspondía a mis esperanzas. Me había formado otra

idea de la magnificencia y de la riqueza de aquella ciudad la cual al primer aspecto no ofrece más que un conjunto de casas mal construidas. En todas direcciones no se ven más que llanuras inmensas de arena movediza de un color blanco amarillento y de la mayor aridez.

El cielo en el horizonte tiene un color rojo pálido; todo es triste en la naturaleza, reinando el mayor silencio y no oyéndose ni el canto de un solo pájaro.

Sin embargo tiene algo de imponente el ver una gran ciudad levantada en medio de las arenas cuando se admiran los esfuerzos que han tenido que hacer sus fundadores. Conjeturo que el río pasaba anteriormente cerca de esta ciudad, pero ahora está apartado ocho millas al Norte y cinco de Cabra en la misma dirección.



Tombuctú, que no era tan grande ni estaba tan poblada como Caillié creía, carecía completamente de animación. No se veían entrar en ella, como en Dyenne, caravanas todos los días; no tenía tampoco la afluencia de extranjeros que en Dyenne se encontraba, y

el mercado que se celebraba a las tres de la tarde, a causa del calor excesivo, estaba desierto.

Tombuctú está habitada por negros kasures que parecen muy pacíficos, y se dedican al comercio.

Administración no existe; propiamente hablando, no hay allí ningún poder, cada ciudad y cada aldea tiene su jefe según las costumbres de los antiguos patriarcas. Muchos moros establecidos allí se dedican a los negocios, y se hacen ricos en breve, porque reciben mercancías en comisión de Adrar, de Tafilete, de Tuat, de Adamas, de Argel, de Túnez y de Trípoli.

Toda la sal de las minas de Tudeyni se lleva en camellos a Tombuctú. Se conduce en ladrillos unidos por malas cuerdas hechas con una yerba que crece en las inmediaciones de Tandaye.

El recinto de Tombuctú, que tiene la forma de un triángulo, representa unas tres millas de circunferencia. Las casas son grandes, bajas y construidas de ladrillos redondos. Las calles son anchas y están limpias; en fin, se cuentan siete mezquitas coronadas de torres de ladrillos desde las cuales el muezin llama a los fieles a la oración. En esta capital del Sudan, aun comprendiendo la población flotante, no se cuentan más de diez a doce mil habitantes.

Situada en medio de una inmensa llanura de arena blanca movediza, no tiene más recursos que la explotación de la sal, porque la tierra, es impropia para toda especie de cultivo; de tal suerte, que si los tuaregs interceptasen completamente las numerosas flotillas que acuden del Dyoliba inferior, los habitantes se verían reducidos a sufrir la escasez más espantosa.

La proximidad de estas tribus errantes y sus exigencias que se renuevan sin cesar, son una traba perpetua para el comercio. Tombuctú está continuamente llena de personas que van en busca de lo que llaman presentes, pero que con más justa razón podrían llamarse contribuciones forzosas. Cuando el jefe de los tuaregs llega a Tombuctú, su llegada es una calamidad pública. Durante dos meses permanece en la ciudad con su numerosa comitiva

mantenido a costa de los habitantes, y no se va hasta después de haber recibido cuantiosos regalos.

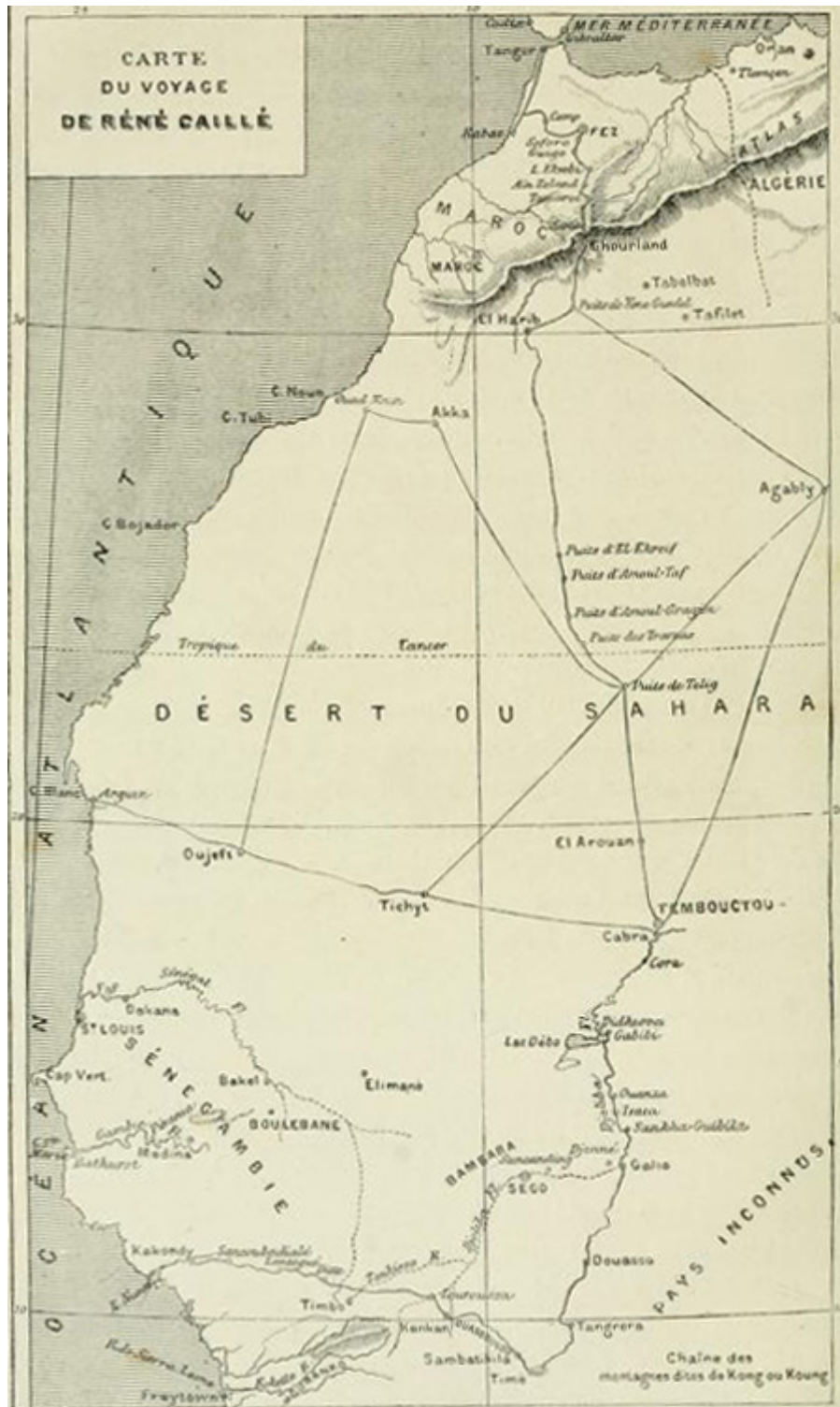
El terror ha extendido la dominación de estas tribus errantes por todos los pueblos inmediatos, a los cuales explotan y saquean sin misericordia.

El traje de los tuaregs no se diferencia sino por los turbantes del de los árabes. Día y noche llevan en la cabeza una banda de tela de algodón que les tapa los oídos y que, bajando hasta la mitad de las narices, los obliga a levantar la cabeza para ver. La misma banda, después de haber dado una o dos vueltas a la cabeza, viene a taparles la boca y baja hasta por debajo de la barba; de manera que no se les ve más que la punta de la nariz.

Los tuaregs, que son muy buenos jinetes y montan caballos excelentes o camellos rápidos, van armados de una lanza, un escudo y un puñal. Saquean a los viajeros de paso por el desierto y el número de caravanas que han robado o puesto a contribución, es muy considerable.

Hacía cuatro días que Caillié estaba en Tombuctú cuando supo que salía una caravana para Tafiéte.

Teniendo noticias de que no saldría otra antes de tres meses y temiendo a cada momento verse descubierto, se unió a esta cáfila que no llevaba menos de seiscientos camellos. El 4 de mayo del 828 salieron los mercaderes de Tombuctú, y después de haber padecido atrozmente a causa del calor y de un viento del Este que levantaba las arenas del desierto, llegaron cinco días después a El Aruan, ciudad sin recursos propios, que sirve de depósito a las sales del Tudeyni que se exportan a Sansanding a orillas del Dyoliba.



A El Aruan llegan las caravanas de Tafilete, de Hogador, de Drah, de Tuat y de Trípoli con mercancías europeas para cambiarlas por marfil, oro, esclavos, miel y telas del Sudan.

El 19 de mayo de 1828 la caravana salió de El Aruan con dirección al territorio de Marruecos, atravesando el desierto de Sahara.

El calor excesivo, el tormento de la sed, las privaciones de todo género, la fatiga y la herida que el viajero se hizo cayendo del camello, le fueron menos sensibles que las vejaciones, las burlas y los insultos continuos que tuvo que sufrir tanto de parte de los moros como de los esclavos, los cuales sabían encontrar siempre nuevos protestos para burlarse de las costumbres o de las torpezas de Caillié, y llegaban hasta golpearle o arrojarle piedras tan pronto como volvía la espalda.

«Los moros, —cuenta el viajero, me decían muchas veces con desprecio: ¿Ves tú este esclavo?, pues bien, le prefiero a ti; juzga por eso, cuánto te estimo».

Esta insolencia iba siempre acompañada de risas inmoderadas.

En estas condiciones tan tristes pasó Caillié por los pozos de Trarzars, a cuyas inmediaciones se encuentra sal en gran cantidad; por Amulgayin, por Amur Taf, por El-Ekreif, sombreados por un lindo bosquecillo de palmeras, de cañas y de juncos, y por Marabuty y El-Haríb, cuyos habitantes eran de una suciedad absolutamente repugnante.

El territorio de El-Harib está comprendido entre dos cordilleras de cerros que le separan de Marruecos del cual es tributario. Sus habitantes divididos en varias tribus nómadas, se dedican principalmente a la cría de camellos, y serian felices si no pagaran fuertes tributos a los bereberes, que además encuentran medios de vejarles continuamente.

El 12 de julio la caravana salió de El Harib, y once días después penetró en el país de Tafiote, país de majestuosas palmeras de dátiles.

En Gurland Caillié fue muy bien acogido por los moros, pero no pudo ser recibido en sus casas, para no exponer a las indiscretas miradas de un extranjero las mujeres, que en Marruecos no deben ver más hombres que los individuos de su familia.

Visitó el mercado, que se celebra tres veces por semana cerca de una pequeña aldea llamada Boheim, a tres millas de Gurland, y se admiró de la variedad de objetos que presentaba, como legumbres, frutas indígenas, volatería, carneros, todo en gran abundancia. Varios vendedores de agua con odres llenos, se paseaban por el mercado con una campanilla en la mano para avisar a los que quisieran beber, porque hacia un calor sofocante. Allí, no se recibía más moneda que la de Marruecos y España.

El distrito de Tafilete cuenta cierto número de grandes y pequeñas poblaciones. Gurland, El-Ekseba, Sozo, Boheim y Resant, que fueron visitadas por el viajero, podían contener cada una, mil doscientos habitantes, todos propietarios y mercaderes.

El suelo es muy productivo. Se recoge en él mucho trigo, legumbres, dátiles, frutas de Europa y tabaco. Hay muy buenos carneros cuya lana, muy blanca, sirve para hacer lindas mantas; hay también bueyes, excelentes, caballos, asnos y muchas mulas.

Tales son las riquezas naturales de Tafilete.

Como en El-Drah, habitan las mismas aldeas que los mahometanos muchos judíos; pero son muy despreciados, van casi desnudos y sufren a cada momento insultos o golpes. Ya sean buhoneros, zapateros, herreros o mozos de carga, en una palabra, cualquiera que sea el oficio que ejerzan ostensiblemente, todos ellos prestan dinero a los moros.

El 2 de agosto la caravana continuó su marcha, y después de pasado por Afile, Taneyara, Marca, Madayara, Rahaba, El-Eyarc, Tamaroc, Aia El Zelan, El-Güim, Guigo, Soforo, llegó a Fez donde no se detuvo sino breve tiempo, y pasó enseguida a Rabat Salé. Allí el viajero, cansado de tan larga marcha, no teniendo para sostenerse más que algunos dátiles obligado a recurrir a la caridad de los musulmanes que muchas veces le despedían sin darle nada y no encontrando en Rabat-Salé como agente consular de Francia más que un judío llamado Ismail, que temiendo comprometerse, se negó a embarcarlo en un bergantín portugués que iba a Gibraltar, aprovechó gustoso una ocasión inesperada que se le presentó para

pasar a Tánger. En Tánger fue bien recibido por el viceconsul M. de La Porte que le trató como su propio hijo; escribió inmediatamente al comandante de la estación francesa de Cádiz y le hizo embarcar vestido de marinero en una corbeta que acudió para buscarle.

Entre los hombres de ciencia fue una noticia inesperada la del desembarco en Tolón de un joven francés que volvía de Tombuctú y que apoyado tan sólo en su valor indomable y a fuerza de paciencia, había llevado a buen término una exploración para la cual las sociedades de geografía de Londres y de París habían ofrecido fuertes recompensas. Solo, casi sin recursos, sin el auxilio del Gobierno, extraño a toda sociedad científica, únicamente por la fuerza de su voluntad, había logrado arrojar luz sobre una inmensa parte del África.

Caillié no era seguramente el primer europeo que había visto a Tombuctú. En el año anterior, el mayor Laing había podido penetrar en aquella ciudad misteriosa, pero había pagado con la vida la exploración, cuyas peripecias vamos a contar en breve. Caillié por su parte volvió a Europa y trajo el curioso diario de viajes que acabamos de analizar.

Si su profesión de fe musulmana le había impedido hacer observaciones astronómicas; si no había podido dibujar ni tomar notas libremente, en cambio a costa de su aparente apostasía, había podido recorrer aquellos países fanáticos, cuyos habitantes execran el nombre cristiano.

¡Qué de observaciones curiosas! ¡Qué de pormenores nuevos y exactos! ¡Qué inmensa contribución para el conocimiento de los países africanos!

Si en los viajes sucesivos Clapperton había logrado atravesar el África desde Trípoli hasta Benin, en uno sólo acababa Caillié de atravesarla desde el Senegal hasta Marruecos, si bien a precio de inmensas fatigas, de inauditos sufrimientos y de espantosa miseria. Tombuctú era al fin conocida así como el nuevo camino de las caravanas al través del desierto de Sahara por los oasis de El Harib y de Tafilete.

El auxilio que la sociedad de geografía envió inmediatamente al viajero; el premio de 10 000 francos que le otorgó, la cruz de la legión de honor que se le dio por el gobierno; la acogida entusiasta de las sociedades científicas; la notoriedad y la gloria de que se rodeó el nombre de Caillié, ¿eran suficientes para pagar sus tormentos físicos y morales? Así debemos creerlo. El mismo en muchos puntos de su narración, proclama que el deseo de aumentar por medio de sus descubrimientos la fama de la Francia, su patria, fue el único que en muchas circunstancias podía ayudarle a sufrir las afrentas de que le colmaron y los padecimientos que le asaltaron continuamente. ¡Honor al paciente viajero, al patriota sincero, al gran descubridor!

Ahora tenemos que hablar de la expedición, en la cual Alejandro Gordon Laing debía encontrar la muerte. Pero antes de entrar en la relación de este viaje dramático, por necesidad sucinta, pues que nos falta el diario de viajes, conviene dar algunos pormenores sobre el oficial que fue víctima de su celo y sobre una excursión muy curiosa que hizo al Timanni, el Kuranco y el Sulimana, excursión durante la cual, descubrió las fuentes de Dyoliba.

Laing nació en Edimburgo en 1794 y entró en el ejército inglés a la edad de 16 años, no tardando en distinguirse. En 1820 se hallaba en Sierra Leona con el empleo de teniente y como ayudante de *Sir* Carlos Maccarthy, gobernador general del África occidental. En aquella época había guerra entre Amara, almamy de los mandingas y uno de sus principales jefes llamado Sanasi. El comercio de Sierra Leona, que no era ya muy floreciente, recibió un golpe fatal con este estado de cosas; y Maccarthy, deseoso de poner remedio al mal, resolvió intervenir para una reconciliación entre los dos jefes. Juzgó, pues, conveniente enviar una embajada a Kambia en las orillas del Scarcies, y de allí a Malacuri y al campo de los mandingas.

El carácter emprendedor de Laing, su habilidad y su valor a toda prueba, le designaban para la elección del gobernador que en 7 de enero de 1822 le dio las instrucciones necesarias, recomendándole además que se informara del estado de la industria del país, de su

topografía y de la manera de pensar de sus habitantes acerca de la abolición de la esclavitud.

La primera entrevista con Yereddi, general de las tropas sulimas que acompañaban al almamy, demostró a Laing que los negros de aquellos países no tenían todavía sino nociones muy vagas sobre la civilización europea, y que sus relaciones con los blancos habían sido poco frecuentes.

Cada prenda de nuestro traje,—dice el viajero—, era para él un motivo de sorpresa. Viéndome quitar los guantes se quedó estupefacto; se cubrió con las manos la boca que había abierto sorprendido y acabó por exclamar:

¡«Allah akbar (Dios piadoso) se acaba de quitar la piel de las manos!

»Habiéndose familiarizado un poco con su aspecto, frotó alternativamente los cabellos de Mackie (cirujano que acompañaba a Laing) y los míos, y después echándose a reír, dijo: “No, éstos no son hombres” y preguntó muchas veces a mi intérprete si teníamos huesos».

Estas excursiones preliminares, durante las cuales observó Laing que muchos sulimas poseían gran cantidad de oro y marfil, le determinaron a proponer al gobernador la exploración de los países situados al Este de la colonia, países cuya producción y recursos mejor conocidos podrían alimentar el comercio de Sierra Leona.

Maccarthy aprobó las ideas de Laing y las sometió al consejo, el cual decidió autorizar a Laing para penetrar en el país de los sulimas tomando el camino que le pareciera más conveniente para las comunicaciones futuras.

Laing salió de Sierra Leona el 16 de abril, se embarcó en la Rockelle y llegó en breve a Rnkon, ciudad principal del Timani. Su entrevista con el jefe de esta ciudad fue muy divertida. Laing, para honrarle porque le había visto entrar en el patio donde debía

verificarse la recepción, hizo disparar una salva de diez tiros de fusil. Al oír esta descarga, el rey se detuvo, retrocedió y tomó la fuga, después de haber mirado al viajero con aire furioso. Costó mucho trabajo hacer volver a aquel soberano pusilánime, pero al fin volvió, y sentándose en un sillón de etiqueta, con solemnidad interrogó al mayor.

—¿Para qué has disparado tiros de fusil?

—Para hacerte los honores; los soberanos europeos son siempre recibidos con salvas de artillería.

—¿Por qué dirigáis los fusiles al suelo?

—Para que no pudieseis dudar de nuestras intenciones.

—Me han saltado piedras al rostro; ¿por qué no habéis tirado al aire?

—Para no incendiar el techo de paja de vuestras casas.

—Enhorabuena: dadme ron.

Inútil es añadir que la entrevista, luego que el mayor accedió a los deseos del rey, fue mucho más cordial.

El retrato de este soberano de una parte del Timani, merece por más de un estilo figurar en nuestra galería porque es el caso de recordar la frase:

Ab uno disce omnes.

Ba Simera (que así se llamaba) tenía 90 años de edad, la piel pintada de varios colores y muy arrugada; de suerte que parecía más la de un cocodrilo que la de un hombre; ojos de un color verde oscuro y muy hundidos; barba blanca y muy enredada que le bajaba hasta cerca de la cintura. Lo mismo que el rey de la orilla opuesta, llevaba un collar de cuentas de coral y de dientes de leopardo. Su manto era pardo, y tan sucio como su piel; sus piernas estañan hinchadas como las de un elefante y no enteramente cubiertas por el pantalón de tela de algodón que en su origen pudo ser blanco, pero que teniendo muchos años de uso, había tomado un color verdoso.

Para muestra de su dignidad, tenía en la mano un bastón del cual pendían cascabeles de diferentes dimensiones.

El explorador, como sus predecesores en África, debió discutir largamente los derechos del pasaje y el salario de los hombres de carga; pero gracias a su firmeza, supo eximirse de las exigencias de los reyes negros.

Las diferentes etapas del camino que siguió fueron: Toma, donde no habían visto jamás un hombre blanco; Ralandeco, Rokechoik, situada según la posición determinada por el viajero a los 12° 11' de longitud Oeste del meridiano de Greenwich y 8° 30' de latitud Norte; Mabum, más allá de un gran río que corre hacia el Norte de la Rockelle y Mat Yoso, ciudad principal de la frontera del Timani.

En este país encontró el viajero una institución singular, especie de francmasonería, que llevaba el nombre de purra, cuya existencia había observado Caillié en las orillas del Río Núñez.

«El poder de esta asociación, —dice Laing—, es mayor que el de los jefes de los diversos territorios, todo lo que hace está envuelto en las tinieblas y cubierto del secreto más profundo. Jamás sus actos suscitan la menor investigación por parte de la autoridad ni se pone en duda su justicia. En vano he tratado de averiguar el origen y las causas de la formación de esta asociación extraordinaria; tengo motivos para suponer que unos y otras son hoy desconocidos de la generalidad de los habitantes del Timani quizá de los mismos individuos de la purra, pues en el país no existe ningún monumento tradicional ni en los escritos, ni en los cánticos...».

El Timani, según los datos que Laing pudo proporcionarse, estaba dividido en cuatro territorios, cuyos jefes respectivos se daban el título de rey.

El suelo es bastante fértil y produciría en abundancia arroz, ñames, cazabe y bananas si no fuera por el carácter perezoso, indolente, vicioso y avaro de los habitantes que con sensible emulación se entregan a la embriaguez.

«Creo, —dice Laing—, que algunos azadones, trillos, rastrillos, palas y otros útiles, serían bien recibidos de este pueblo si se tuviera

cuidado de enseñarles a usarlos. Esto le convendría más en su interés y en el nuestro que los fusiles, sombreros recompuestos y los trajes de charlatanes que acostumbramos a suministrarle».

A pesar de este deseo filantrópico del viajero, las cosas no han cambiado desde aquella época. Continúa encontrándose en estos negros la misma pasión a los licores fuertes y vemos todavía a sus reyezuelos cubiertos con un sombrero parecido al fuelle de un acordeón, sin camisa y con un frac azul con sus botones de cobre. Por lo demás, justo es decir que éste es su traje de ceremonia.

El cariño materno no pareció al viajero muy desarrollado entre las mujeres del Timani, porque dos de ellas le propusieron la compra de sus hijos y le colmaron de injurias porque no quería comprarlos.

Pocos días después se levantó un gran tumulto contra Laing diciendo que era uno de los blancos, que oponiéndose al tráfico de esclavos, habían causado perjuicios grandes a la prosperidad del país.

La primera ciudad que se encuentra entrando en el Kuranko es Mat Bum, y es curioso notar de paso los sentimientos que la vista de la actividad de sus habitantes inspiró al mayor Laing.

«Entré en la ciudad, dice, al ponerse el sol y experimenté desde luego una impresión muy favorable acerca de los habitantes. Volvían todos de su trabajo y se conocía que habían estado ocupados durante el día. Los unos habían preparado los campos para la recolección que iba a ser muy en breve favorecida por las lluvias; otros encerraban el ganado cuya lana blanca y buena apariencia anunciaban que estaba alimentado en buenos pastos. El último martillazo del herrero resonaba aun en mis oídos; el tejedor media la cantidad de tela que había elaborado desde la mañana, el curtidor encerraba en un saco sus instrumentos artísticamente coloreados; el muezin, desde lo alto del minarete de la mezquita, repetía con voz grave y a intervalos mesurados el grito de Allahkbar para llamar a los devotos musulmanes a la oración».

Este cuadro reproducido por un buen pintor en un paisaje donde la luz esplendente del sol empieza a fundirse en tintas verdes y

rosadas, ¿no podría llevar el título, tantas veces empleado para pintar semejante episodio en los climas brumosos, de regreso de los campos?

«Esta escena, —continúa el viajero—, por su naturaleza y por la sensación que inspiraba, formaba un contraste agradable con el ruido, la confusión y la disipación que reinan a la misma hora en una ciudad del Timani; pero no hay que fiarse en las apariencias, y debo añadir con mucho sentimiento que la conducta de los habitantes de Kuranko, no contribuyó de modo alguno a justificar la buena opinión que al principio había formado de ellos».

El viajero pasó sucesivamente por Kufala, donde fue bien recibido; atravesó un país muy variado y agradable que tenía en último término las montañas del Kuranko, y se detuvo en Simera, donde el jefe encargó a su guiriote que cantase la bienvenida del extranjero; pero las casas mal construidas y cubiertas de mala paja, dejaban filtrar la lluvia de tal modo, que después de una tempestad, como el humo no había podido escaparse más que por los intersticios del techo, Laing, según sus propias palabras, parecía más a un deshollinador a medio limpiar, que a un blanco extranjero, huésped del rey de Simera.

Laing visitó después las fuentes del Tongolelle, afluente del Rockelle, y salió de Kuranko para entrar en el Sulimana.

El país de Kuranko, del cual el viajero no había visitado más que las fronteras, tiene una extensión considerable y se divide en gran número de pequeños Estados.

Los habitantes se parecen a los mandingas en el idioma y en el traje; pero no son ni tan bien formados ni tan inteligentes. No profesan el islamismo y tienen una confianza ilimitada en sus grigris o hechiceros.

Son bastante industriosos y saben coser y tejer; el principal objeto de su comercio es el palo de rosa o cam que exportan hacia la costa; y las producciones del país son, con corta diferencia, las mismas que en Timani.

Komía, situada a los 9° 12' de latitud Norte, es la primera ciudad del Sulimana. Laing visitó después a Semba, ciudad rica y populosa, donde fue recibido por una banda de música que le acogió con sus toques más ruidosos si no más armoniosos y llegó al fin a Falaba, capital del país. El rey le dio muestras de estimación particular. Había reunido un numeroso cuerpo de tropas al cual pasó revista e hizo ejecutar diferentes maniobras. Las tropas se entregaron a una larga y curiosa fantasía corriendo la pólvora, mientras que el ruido de los tambores, los sonidos del violín y de otros instrumentos particulares desollaban los oídos del viajero. Después se sucedieron varios guiríotes o bardos del país para cantar las alabanzas del rey, la llegada del mayor y las consecuencias felices que ésta tendría para la prosperidad del país y el desarrollo del comercio.

Laing se aprovechó de tan felices disposiciones para pedir al rey el permiso de visitar las fuentes del Níger. El rey le hizo en diversas veces algunas objeciones, insistiendo en el peligro que presentaba la expedición; pero a fuerza de las instancias del viajero y considerando que su corazón suspiraba por el agua le concedió al fin el permiso que con tanto empeño había solicitado.

Apenas hacia dos horas que Laing había salido de Falaba, cuando se revocó la autorización y tuvo que renunciar a una excursión que consideraba justamente de grande importancia.

Pocos días después obtuvo el permiso para visitar las fuentes del Rockelle o Sale Kongo, río del cual hasta entonces no se conocía la parte que hay más allá de Rokon.



Desde lo alto de una roca elevada, Laing vio la montaña de la Loma, la más alta de toda la cordillera de que forma parte.

Me enseñaron, dice, el punto de donde salía el Níger; me pareció que estaba al mismo nivel que el sitio en que yo me encontraba, es decir, a cerca de 1600 pies sobre el nivel del mar, porque las fuentes

del Rockelle que acababa de medir, están a 1400 pies. Habiendo determinado exactamente la posición de Konko longore y de la altura en que me hallaba, la primera por observación, y la segunda por cálculo, me fue fácil fijar la situación de la Loma. No puedo engañarme mucho dando a las fuentes del Níger 91° 25' de latitud Norte y 9° 45' de longitud occidental.

El mayor Laing pasó tres días en el Sulimana, e hizo muchas excursiones por el país que es muy pintoresco y está entrecortado de colinas, de grandes valles y de llanuras fértiles terminadas por bosques y adornadas de grupos de copudos árboles.

El terreno es muy feraz y exige poco trabajo preparatorio; las cosechas son abundantes y el arroz se da allí muy bien. Los bueyes, los carneros, las cabras, gallinas de una especie pequeña y algunos caballos, son los animales domésticos de los sulimas; las fieras y los animales, son muchos y consisten en elefantes, búfalos, una especie de antílope, monos y leopardos.

Falaba, cuyo nombre viene de Fala Ba, río en cuya orilla está situada, puede tener milla y media de longitud por una milla de anchura. Las casas están muy próximas unas a otras comparativamente con las demás ciudades del África, y posee una población de seis mil habitantes.

Su posición, como plaza fuerte, está bien elegida.

Construida en una eminencia en el centro de una llanura, inundada durante la estación de las lluvias, está rodeada de una empalizada de palos muy duros capaces de resistir a todas las máquinas de guerra menos poderosas que la artillería.

Singular observación, en este país los hombres y las mujeres parece que han cambiado mutuamente de ocupación. Las últimas se dedican a las tareas de la agricultura, a excepción de la siembra y de la siega construyen las casas, hacen el oficio de albañiles, barberos y cirujanos, mientras que los hombres se ocupan en ordeñar las vacas, coser y lavar la ropa.

El 17 de setiembre, Laing volvía a tomar el camino de Sierra Leona, cargado de los regalos del rey y acompañado hasta muchas

millas de distancia por una multitud considerable. Llegó sin novedad a la colonia inglesa de una excursión importante al través de Timanni, el Kurambo y el Sulimana.

Esta excursión revelaba a la Europa países en los cuales hasta entonces ningún europeo había penetrado; la iniciaba en las costumbres, en la industria el comercio de los habitantes, y nos daba a conocer las producciones del país, el curso y las fuentes del Rockelle y noticias ciertas sobre el origen del Dyoliba. Si el viajero no había podido ver por sí mismo las fuentes de este río, se había acercado, sin embargo, lo bastante a ellas, para fijar su posición aproximadamente.

Los resultados que Laing obtuvo en este viaje exaltaron más y más su pasión por los descubrimientos, y resolvió intentarlo todo para penetrar hasta Tombuctú.

El 17 de junio de 1825, se embarcó en Malta para Trípoli y salió después de esta ciudad con una caravana, de la cual formaba parte Hatita, príncipe targuí, o tuareg amigo del capitán Lyon, que debía acompañarle hasta Tuat.

Después de haber residido dos meses enteros en Gadames, abandonó este oasis en el mes de octubre y llegó a Inzalah señalando la posición de esta ciudad, que está más al Occidente que se la suponía. En este otro oasis permaneció desde el mes de noviembre de 1825, hasta enero de 1826, en cuya época llegó al Guada Tuat, proponiéndose pasar de allí a Tombuctú, dar la vuelta al lago Dyénne o Didde, visitar el país de Melli y seguir el curso del Dyoliba hasta su embocadura, retrocediendo por último hasta Socatu, visitando el lago Chad y tratando de llegar a las orillas del Nilo. Éste era, como se vé, un proyecto grandioso, pero terriblemente arriesgado.

Al salir de Tuat, la caravana de que formaba parte Laing, fue acometida por tuauregs, dicen los unos, y los otros, por berbiches, tribu inmediata al Dyoliba.

«Laing, conocido como cristiano, —cuenta Caillié—, que recogió estas noticias en Tombuctú; fue horriblemente maltratado y no

cesaron de darle golpes con un garrote, hasta que le creyeron muerto. Supongo que otro cristiano, del cual me dijeron que había sucumbido a consecuencia de los golpes, sería algún criado del mayor. Los moros de la caravana de Laing le levantaron, y a fuerza de cuidados, lograron que recobrar el sentido. En seguida le pusieron sobre un camello al cual fue preciso atarle, porque estaba tan débil, que no se podía sostener. Los salteadores no le habían dejado nada, llevándose la mayor parte de sus mercancías».

Llegó a Tombuctú el 18 de agosto de 1826, y allí se curó de sus heridas. Su convalecencia fue lenta, pero a lo menos no fue turbada por las vejaciones de los habitantes, gracias a las cartas de recomendación que había llevado de Trípoli y a los cuidados de su huésped que era tripolitano.

Según lo que un anciano contó a Caillié, y que verdaderamente parece muy extraordinario, Laing no había abandonado su traje europeo, y se proclamaba enviado del rey de Inglaterra, su señor, para visitar a Tombuctú y describir las maravillas que contenía.

«Parece, añade el viajero francés, que Laing había sacado el plano de la ciudad públicamente, porque aquel mismo moro me refirió en su lenguaje sencillo y expresivo, que había escrito la ciudad y todo lo que contenía».

Luego que hubo visitado minuciosamente a Tombuctú, teniendo razones particulares para desconfiar de los tuaregs, se dirigió una noche a visitar a Cabra y contempló el Dyoliba. En vez de volver a Europa por el gran desierto, deseaba ansiosamente pasar por Dyenne y Sego, en dirección a los establecimientos franceses del Senegal; pero apenas dijo algunas palabras de este proyecto a los fulahs, que habían acudido a verle, declararon que no consentirían que un nazareno pusiese el pie en su territorio, y que si se atrevía a hacerlo, le obligarían a arrepentirse.

Tuvo, pues, que escoger el camino de E. Amau, donde esperaba unirse a una caravana de mercaderes moros que llevaban sal a Sansanding. Hacia cinco días que había salido de Tombuctú,

cuando se reunió con la caravana de que él formaba parte, un jeque llamado Ham El-Uua Habib, jefe de la tribu de Zauat.

Inmediatamente Laing fue preso bajo el pretexto de que había entrado sin permiso en el territorio de la tribu. Instado para que abrazase el islamismo, se resistió y declaró que prefería la muerte a la apostasía. En el acto, el jeque y sus sicarios se pusieron a disputar sobre el género de suplicio a que someterían a su víctima, la cual fue inmediatamente ahorcada por dos esclavos, y el cadáver fue abandonado en el desierto.

Tales son las noticias que Caillié pudo recoger en los sitios que visitó, un año tan sólo después de la muerte del mayor Laing. Les hemos completado con algunos pormenores tomados del Boletín de la Sociedad Geográfica, porque con el viajero, desaparecieron para siempre sus diarios de viaje y las observaciones que había podido reunir.

Hemos referido anteriormente que el mayor Laing había podido determinar de un modo aproximado las fuentes del Dyoliba. Hemos descrito además las tentativas de Mungo Park y de Clapperton, para la exploración del curso medio de éste río; nos falta contar los viajes que tuvieron por objeto el reconocimiento de su embocadura y de su curso inferior. El primero en el orden de fechas, y el más concluyente es el de Ricardo Lander, antiguo criado de Clapperton.

Ricardo Lander y su hermano Juan, propusieron al gobierno inglés que pasarían al África para explorar el curso del Níger hasta su embocadura; y aceptada su oferta, se embarcaron en un buque del Estado para Badagry, a donde llegaron el 19 de marzo de 1830.

El soberano del país, Aduly, del cual Ricardo Lander había conservado el mejor recuerdo, estaba triste porque su ciudad acababa de ser quemada y sus generales y sus mejores soldados habían perecido en un combate contra los lagos y él mismo apenas había podido librarse del incendio que había devorado su casa y sus riquezas.

Necesitaba reconstituir su tesoro, y resolvió hacerlo a expensas de los viajeros. Éstos no obtuvieron el permiso de penetrar en el

interior del país sino después de haber sido despojados de sus mercancías más preciosas. Debieron además firmar tratados para la adquisición de un barco cañonero con cien hombres y dos barriles de ron, veinte de pólvora, y en fin, para una cantidad de mercancías que sabían bien que jamás serían entregadas por aquel soberano tan insaciable como borracho.

Por lo demás, si el jefe dio pruebas de egoísmo y de codicia, sus súbditos hicieron lo mismo considerando a los ingleses como buena presa, y aprovechando todas las ocasiones de saquearlos.

En fin, el 31 de marzo, Ricardo y Juan Lander, pudieron salir de Badagry. Pasaron por Wow, ciudad considerable; por Bidyie, donde Pearce y Morrison habían caído enfermos en la expedición anterior; por Yenna, Chow, Ega, ciudades todas que había visitado Clapperton; por Engua, donde había muerto Pearce; por Asinara, la primera ciudad ceñida de murallas que encontraron; por Bohu, antigua capital del Yarriba; por Yaguta, Leoguada, Icho, cuyos mercados son famosos, y llegaron el 13 da mayo a Katunga precedidos de una escolta que el rey había enviado para recibirles.

Según la costumbre los dos viajeros hicieron alto al pie de un árbol antes de ser recibidos por el rey.

Pero cansados en breve de esperar, se dirigieron a la residencia de Ebo, jefe de los eunucos y personaje muy influyente con el soberano. Éste, llamado Mansolah, que les recibió poco después entre el estruendo diabólico de los címbalos, de las trompetas y de los tambores, les hizo tan buena acogida que mandó a Ebo cortar la cabeza a todo el que se permitiera molestar a los viajeros.

Sin embargo, Ricardo y Juan Lander siguiendo el consejo de Ebo y temiendo que Mansolah les detuviera en su capital hasta que llegase la estación de las lluvias, no hablaron al rey de su deseo de salir para el Níger y se contentaron con decirle que habiendo muerto hacia veinte años uno de sus compatriotas en Busa, el rey de Inglaterra les había enviado a la corte del sultán de Yaruie en busca de los papeles del difunto.

Aunque Mansolah no trató a los hermanos Lander con tanta amistad como a Clapperton, les dejó marchar ocho días después de su llegada.

De los muchos pormenores que da la relación original acerca de la ciudad de Katuaga y del Yarriba, no citaremos más que los siguientes:

«Bajo el aspecto de la riqueza y de lo numeroso de la población, Kalunga no ha correspondido a la idea que, de ella habíamos formado. La extensa llanura en cuyo centro está situada esta ciudad, aunque muy bella, es inferior en vigor de vegetación, en feracidad y en hermosa perspectiva al delicioso país de Bohu, que tiene menos fama. El mercado está regularmente provisto, pero todo en él es muy caro.

»Las clases bajas están reducidas a privarse casi enteramente de alimento animal o a contentarse con la carne repugnante de insectos y de reptiles».

La incuria de Mansolah; la imbécil pusilanimidad de sus súbditos habían permitido a los felalis o felatas establecerse en el Yarriba, atrincherarse en ciudades fortificadas y proclamar su independencia mientras llegaba la ocasión de hacerse bastante fuertes para establecer una dominación absoluta sobre todo el país.

Los hermanos Lander pasaron después por Atupa, Bumbum, lugar muy frecuentado de los mercaderes del Hausa, del Borgú y de otros países que trafican con Goña; por Kishi, en las fronteras del Yarriba y por Muza a orillas del río del mismo nombre; y más allá de esta ciudad encontraron una escolta que el sultán del Borgú enviaba para recibirles.

El sultán de Yarriba recibió a los viajeros con muestras de satisfacción y de benevolencia, y pareció muy contento de volver a ver a Ricardo Lander.

Aunque este sultán era mahometano, tenía más fe en las prácticas supersticiosas de sus padres que en su nueva creencia. De su puerta colgaban fetiches y grigris, y en una de sus cabañas se veía un taburete cuadrado cuyos dos lados principales estaban sostenidos por cuatro pequeñas figuras de hombres esculpidos en madera.

En cuanto al pueblo de Borgú, su naturaleza, sus costumbres y sus trajes difieren esencialmente de los del Yarriba.

«Los habitantes del Yarriba, —dice la relación—, están siempre ocupados en traficar de una ciudad a otra; pero los del Borgú no salen jamás de sus casas sino en tiempo de guerra o para alguna expedición de pillaje. Los unos son pusilánimes y cobardes; los otros atrevidos, enérgicos, jamás están contentos sino cuando se emplean en ejercicios guerreros. Los del Yarriba, generalmente pacíficos, tranquilos, humildes, honrados, pero fríos y apáticos; los del Borgú altaneros, orgullosos, demasiado avaros para ser atentos, demasiado astutos para ser honrados; comprenden, sin embargo, la pasión del amor, los afectos sociales y son ardientes en su cariño lo mismo que en su odio».

El 17 de junio nuestros viajeros llegaron al fin a la ciudad de Busa y su sorpresa fue grande al ver que esta ciudad se hallaba situada en tierra firme y no en una isla del Níger como dice Clapperton.

Luego que entraron en Busa por la puerta del Oeste fueron inmediatamente presentados al rey y a la midiquí o reina, los cuales les dijeron aquella misma mañana habían vertido abundantes lágrimas por la muerte de Clapperton.

La primera visita de los hermanos Lander, fue para el Níger o Kuorra que corre al pie de la ciudad.

«El aspecto de este célebre río, —dice el viajero—, nos desanimó grandemente. En el centro se levantan rocas negras y rugosas ocasionando en la superficie fuertes hervideros y corrientes que se cruzan en diversas direcciones. Nos dijeron que más arriba

de Busa el río se dividía en tres brazos formando tres isletas fértiles y que más allá corría unido y sin interrupción hasta Funda.

»Aquí el Níger en su parte más ancha no tiene más que un tiro de piedra de amplitud. La roca en que estábamos sentados, domina el sitio en que perecieron Mungo Park y sus compañeros».

Al principio Ricardo Lãnder no habló sino con mucha, circunspección de los libros papeles que podían quedar del viaje de Mungo Park. Sin embargo, animado después por la benevolencia del soberano, se decidió a preguntarle acerca del triste fin del explorador. Pero el sultán era demasiado joven en aquella época para saber lo que había pasado, habiendo ocurrido ésta catástrofe en tiempo de su penúltimo antecesor. No obstante le prometió que hará buscar todo lo que quedase de los despojos del ilustre viajero.

«Por la tarde, —dice Ricardo Lander —, el rey vino a verme seguido de un hombre que llevaba bajo el brazo un libro que había sido encontrado flotando por el Níger después del naufragio de nuestro compatriota. El libro estaba envuelto en un pedazo de tela de algodón, y nuestros corazones palpitaron llenos de esperanza, mientras el hombre le desenvolvía lentamente, porque por su forma juzgamos que debía de ser el diario de Mungo Park. Pero nuestro chasco fue grande cuando al abrir el libro, descubrimos que no era más que una obra vieja sobre náutica escrita en el siglo anterior».

No quedaba ya esperanza de encontrar el diario del viajero.

El 23 de junio los hermanos Lander salieron de Busa agradecidos al rey, que les había hecho regalos importantes y les había aconsejado que no aceptaran víveres sino de los gobernadores de las ciudades que atravesasen por temor de que fueran envenenados.

Subieron por las orillas del Níger hasta Kagoye, en donde se embarcaron en una de las malas lanchas del país, mientras sus caballos seguían por tierra hacia Yaurie.

«Apenas habíamos recorrido algunos centenares de toesas, — dice Ricardo Lander—, vimos que el río comenzaba a ensancharse gradualmente y en todo el alcance de nuestra vista tenía más de

dos millas de distancia desde una orilla a otra. Era como un vasto canal artificial con las orillas cortadas a pico, encajando las aguas como entre muros y más allá de las cuales se veía una rica vegetación. El agua, muy baja en aquellos parajes, era sin embargo, bastante profunda en otros para sostener una fragata. No puede imaginarse nada más pintoresco que los sitios que recorrimos durante las dos primeras horas; las dos orillas estaban literalmente cubiertas de chozas y de aldeas. Árboles inmensos se inclinaban bajo el peso de su follaje cuyo sombrío color templaba la viveza de los rayos del sol y contrastaba con el verde claro de las colinas y de las llanuras. Pero de repente cambió del todo la escena, y a las orillas unidas de arcilla, de arena y de tierra sucedieron rocas negras rugosas, y el espacioso cristal que reflejaba el cielo, se dividió en mil pequeños canales separados por anchas zonas de arena».

Un poco más lejos la corriente estaba obstruida por una pared de rocas negras que no dejaban más que una estrecha abertura al través de la cual las aguas se precipitaban con furor. Más allá de esta garganta el Níger vuelve a tomar su curso ancho, tranquilo y majestuoso.

Al cabo de tres días de navegación, los hermanos Lander llegaron a una aldea donde les esperaban los hombres y los caballos de su comitiva y atravesando un país que iba elevándose gradualmente, llegaron en breve a la ciudad de Yaurie.

Allí fueron recibidos en una especie de patio de bastante limpio, por el sultán, hombre gordo, sucio y repugnante que parecía un buen sujeto.

Sin embargo, se manifestó de una rapacidad repugnante; y muy descontento de que Clapperton no hubiera visitado, ni tampoco Ricardo Lander en su viaje de regreso, no quiso suministrar a los viajeros las provisiones que necesitaban y empleó toda la astucia posible para detenerles largo tiempo en la ciudad.

Hay que añadir que los víveres en Yaurie eran muy caros y que Ricardo Lander no tenía como mercancías más que agujas

«garantidas superfinas para no cortar el hilo» sin duda porque no tenían el ojo necesario para enhebrarlas. Así los viajeros se vieron obligados a arrojarlas.

Algunas cajas de estaño que habían contenido pastillas de caldo, cuyas etiquetas estaban ennegrecidas y manchadas, excitaron el celo de los naturales. Uno de éstos obtuvo en un día de mercado un grande éxito llevando sobre la cabeza, en cuatro sitios diferentes, un letrero que decía: «excelente extracto de carne concentrado».

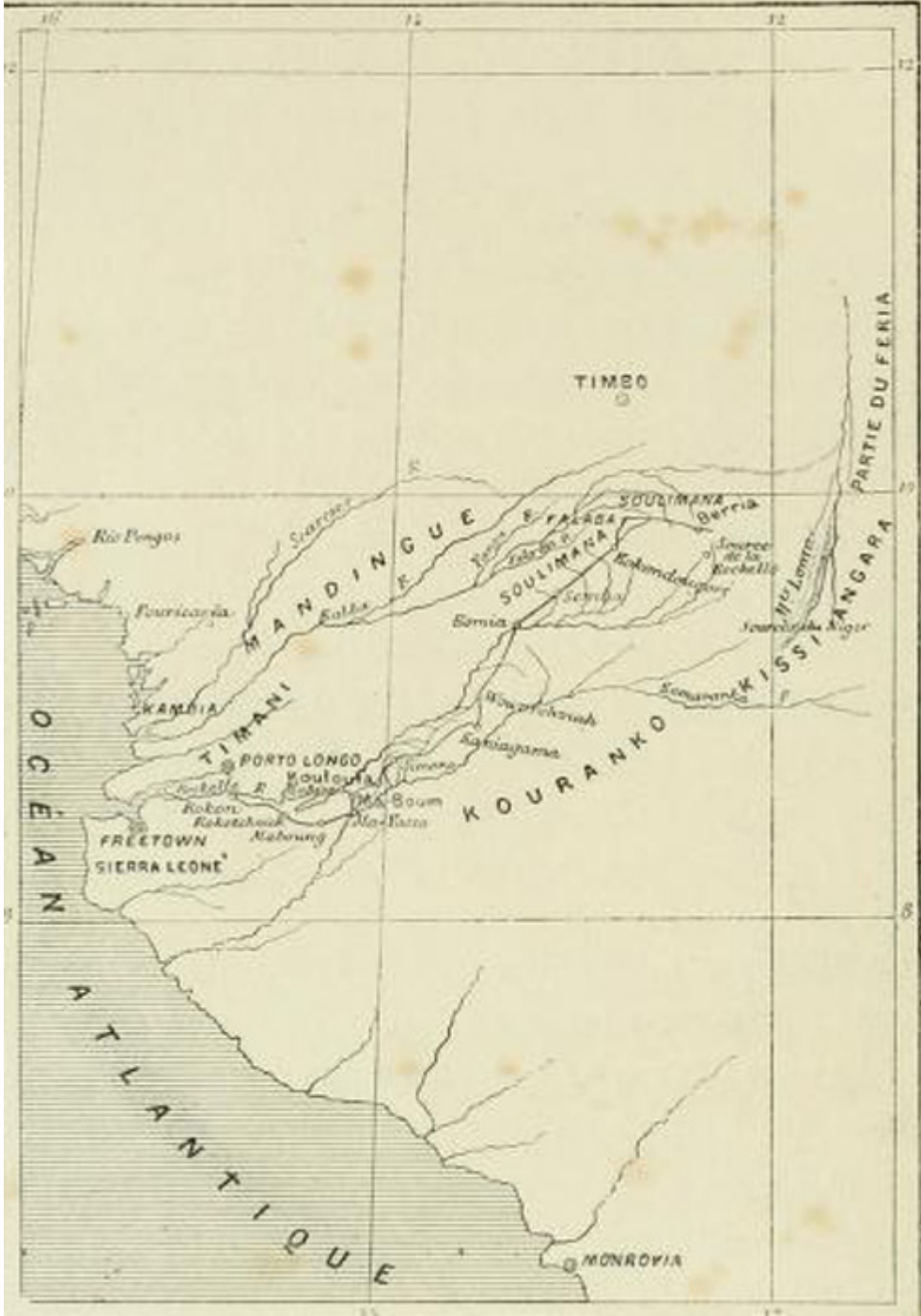
El sultán de Yaurie no permitiendo a los ingleses penetrar ni en el Nyffe, ni en el Bornú, les declaró que no les quedaba más remedio que volver a Busa. Ricardo Lander pidió entonces por medio de una carta al rey de esta última ciudad, la autorización de comprar una lancha para llegar a Funda por estar el camino por tierra, infestado de felatas que se dedicaban al robo.

En fin el 26 de Julio un del rey de Busa se presentó para informarse de la inexplicable conducta del sultán de Yaurie y de las causas que retardaban el viaje de los ingleses a Busa. Después de una detención de cinco semanas en Yaurie, al fin los hermanos Lander pudieron salir de la ciudad a la sazón casi enteramente inundada.

Subieron por el Níger hasta la confluencia del río Cubbie y después bajaron a Busa, cuyo rey, muy contento de verles, les acogió con la más franca cordialidad. Sin embargo, se detuvieron allí más tiempo del que hubieran querido, tanto por la necesidad de hacer una visita al rey de Wowu, como por la dificultad de proporcionarse un barco y por el retardo de los mensajeros que el rey de Busa había enviado a los diferentes jefes ribereños del río. En fin, se hizo la consulta al Bek El Ruah (el agua negra) que prometió conducir sanos y salvos a los viajeros hasta el mar.

Los dos hermanos al despedirse del rey le manifestaron su gratitud por la benevolencia con que les había recibido, por su hospitalidad, sus atenciones, su celo para defender sus intereses y la protección de que no había cesado de darles muestras durante una residencia de más de dos meses en su capital. Los naturales

del país sintieron mucho también la ausencia de los ingleses y al pasar los hermanos Lander, se arrodillaron levantando las manos al cielo e implorando sobre ellos la protección de sus divinidades.

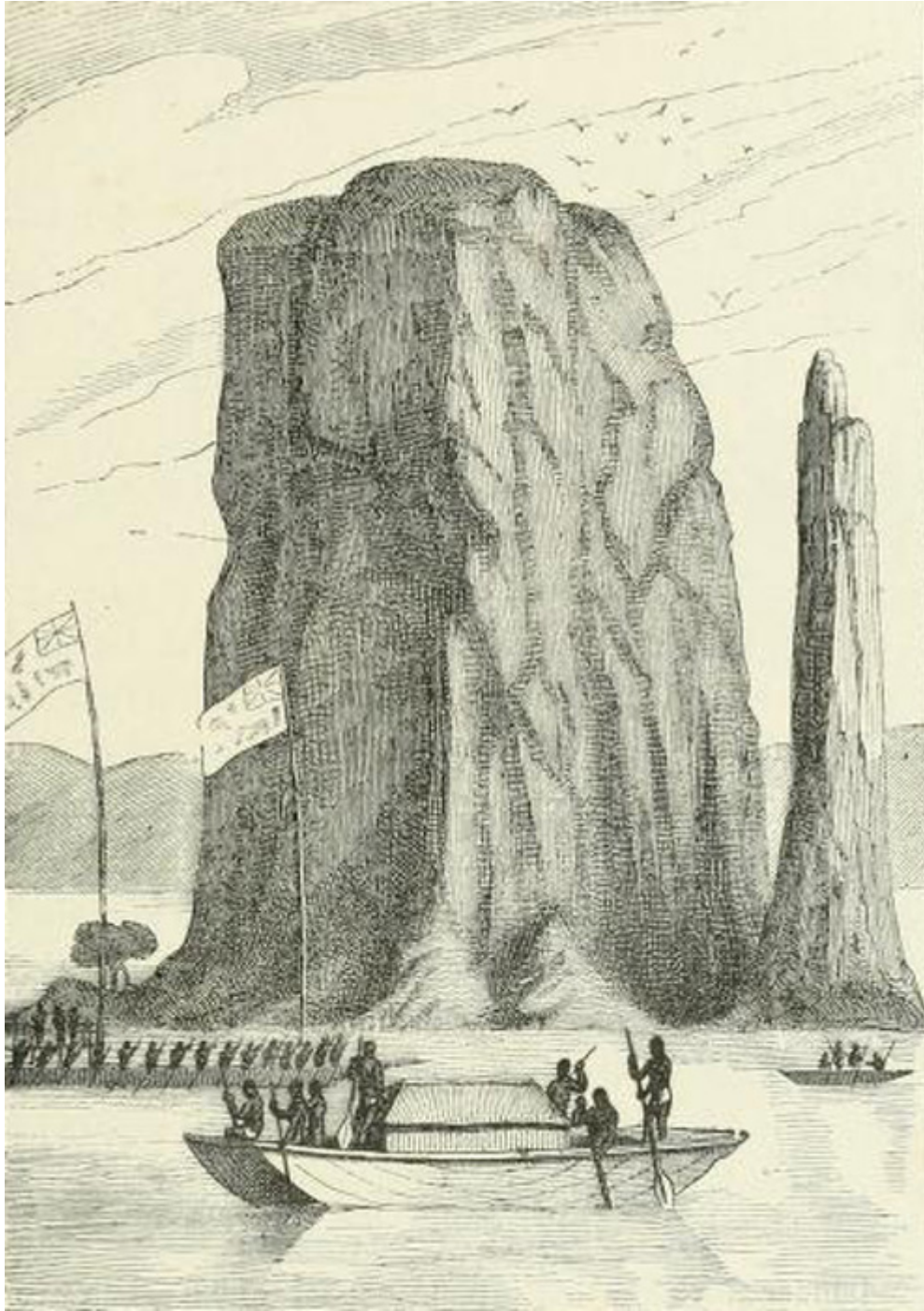


Comenzaron entonces a bajar por el Níger. Al principio fue preciso detenerse en la isleta llamada Meliala, cuyo jefe rogó a los viajeros que aceptasen un buen cabrito, y ellos eran demasiado corteses para negarse a aceptarlo. Los dos Lander atravesaron después la gran ciudad de Coñi, la Songa de Clappertor, Inguaziliye, paso general de los mercaderes que hacen el viaje de ida y vuelta del Nyffe a los países situados al Nordeste de Borgú y se detuvieron en Patasia, grande isla feraz y hermosísima, sembrada de bosquecillos de palmeras y de grandes y magníficos árboles.

Como este paraje estaba cercano a Wowu, Ricardo Lander envió un mensajero al rey de esta ciudad, que se negaba a entregar un barco comprado por cuenta de la expedición. No habiendo obtenido el mensajero lo que deseaba, los viajeros tuvieron que presentarse al monarca; pero, como era de esperar tampoco lograron más que protestas, que equivalían a una negativa. En estas circunstancias no les quedó más recurso para continuar su viaje que robar las lanchas que les habían prestado en Patasia. El 4 de octubre, después de nuevas demoras, continuaron bajando por el río, y llevados por la corriente, perdieron de vista a Lever o Layaba y sus miserables habitantes.

Cerca de este sitio las orillas del río se levantan unos 40 pies sobre el agua, casi en sentido perpendicular y el río, libre de todo arrecife, se dirige rectamente hacia el Sur.

La primera ciudad que encontraron los dos hermanos, fue Bayebo, población grande y espaciosa, modelo de suciedad, de confusión y de desorden.



Después pasaron por Lichi, habitada por gente del Nyffe y por Madyi, cerca de la cual el Níger se divide en tres canales. Al cabo de algunos minutos, en el momento en que pasaban por una nueva isla, se encontraron de repente a la vista de una roca, de 281 pies de altura, llamada Kesa o Kesy, que se levanta perpendicularmente

en medio del río, y a la cual los naturales tienen en gran veneración, porque creen que es la morada favorita de un genio benéfico.

Un poco antes de Rabba, en la isla de Bily, recibieron la visita del rey de las Aguas Negras, soberano de la isla de Zangosia, que iba en una canoa muy larga y muy limpia, cosa desusada en el país, adornada de paño escarlata con galones de oro.

En el mismo día llegaron a Zangosia, situada enfrente de Rabba, la segunda ciudad de los felatas después de Sokatu. El rey de la ciudad, llamado Halan Dendo, era primo de Bello. Viéndose viejo y ciego, débil y de mala salud, y persuadido de que le quedaban pocos años de vida, no tenía más objeto que asegurar el trono a su hijo. Malan Dendo, aunque recibió regalos de valor considerable, se mostró muy descontento, declarando que si los viajeros no le hacían regalos más útiles y más costosos, exigiría sus fusiles, pistolas y pólvora antes de dejarles salir de Zangosia.

Desesperado Ricardo Lander, no sabía qué hacer, cuando el donativo de la tobé (túnica) de Mungo Park, que le había devuelto el rey de Basa, inspiró a Malan Dendo tal transporte de júbilo, que se declaró protector de los europeos, ofreció hacer todos los esfuerzos posibles para ayudarles a salir a la mar, y les regaló esteras guarnecidas de los más ricos colores, dos sacos de arroz y uno de bananas. Estas provisiones llegaron en muy buena ocasión, porque toda la pacotilla de paños, espejos, navajas de afeitar y pipas estaba agotada y no les quedaban más que agujas y algunos brazaletes de plata, para distribuirlos entre los jefes que debían encontrar todavía en su bajada por el Níger.

«Rabba, —dice Lander—, vista desde Zangosia, da la idea de una ciudad muy grande, limpia y bien construida. Sin defensa ni fortificaciones, está abierta por todas partes y construida irregularmente en la vertiente de una colina, al pie de la cual corre el Níger. En magnitud, en población y en riquezas, es la segunda ciudad de los felatas. La población es una mezcla de éstos y de nifeanos emigrados, y esclavos de diferentes países. Reconoce la autoridad de un gobernador, al cual se da el título de sultán o de rey;

es célebre por sus trigos, mieles y aceites; y el mercado, cuando le visitaron los hombres de nuestra comitiva, parecía bien provisto de bueyes, caballos, mulas, asnos, carneros, cabras y aves. Por todas partes se les ofrecían arroz, trigo, telas de algodón, índigo, sillas y bridas de cuero amarillo y rojo, zapatos, botas y sandalias. Los doscientos esclavos que se habían presentado por la mañana a la venta, continuaban expuestos por la tarde. No tiene fama ninguna por su industria; pero no tiene rival en la fabricación de esteras y sandalias, mientras que en todas las demás artes es inferior a Zangosia.

»La actividad y el amor al trabajo de los habitantes de esta última ciudad, producen una agradable sorpresa en aquel país de perezosos. Los habitantes de Zangosia, gente hospitalaria y servicial, están protegidos por la situación de su isla contra los felatas se mantienen independientes y no reconocen más autoridad que la del rey de las Aguas Negras, y eso porque les interesa obedecerle».

El 16 de octubre, Ricardo Lander y su hermano salieron, en fin, en una mala piragua que el rey les vendió muy cara, y después de haber robado los remos que Dadie quería venderles. Era la primera vez que se hallaban en estado de navegar por el Níger sin auxilio extraño.

Bajaron por el río, cuyas anchuras variaban mucho, evitando en lo posible las grandes ciudades, porque no hubieran podido satisfacer las grandes exigencias de los gobernadores.

Hasta Ega ningún incidente ocurrió en esta navegación pacífica. Sólo una noche, no pudiendo desembarcar entre los pantanos que hay a la orilla del río, se vieron obligados a dejarse llevar por la corriente, y estalló una tempestad terrible, durante la cual estuvieron a punto de ser sumergidos por la bandadas de hipopótamos que jugaban en la superficie de las aguas.



El Níger corría entre tanto casi siempre al Este y al Sureste, teniendo unas veces 10 millas de anchura y otras solamente dos. Su corriente era tan rápida, que la embarcación marchaba con una celeridad de cuatro a cinco millas por hora.

El 9 de octubre Ricardo Lander pasó delante de la embocadura del Cuduña, río que Labia atravesado cerca de Culup durante su primera expedición, y poco tiempo después dio vista a la ciudad de Ega.

Llegó en breve al sitio de desembarco, atravesando una bahía llena de infinito número de canoas grandes y macizas, cargadas de mercancías, con proas manchadas de sangre y cubiertas de plumas, sin duda hechizos y preservativos contra los ladrones.

El jefe de la ciudad, a cuya presencia fueron inmediatamente conducidos los viajeros, estaba adornado de una larga barba blanca; y hubiera tenido el aspecto más venerable y el aire de un patriarca, si no se hubiera reído y puesto a jugar como un verdadero niño. Los naturales acudieron en breve por centenares para ver a los viajeros, de aspecto tan singular, y éstos tuvieron que poner tres hombres de centinela a la puerta de su casa para contener a cierta distancia a los curiosos.

«Muchos habitantes de Ega, —dice Ricardo Lander—, venden paños y telas de Benin y de Portugal, lo cual indica que hay alguna comunicación entre este sitio y la costa. Los naturales de este país son especuladores, emprendedores y muchos emplean todo su tiempo en traficar, bajando y subiendo por el Níger.

»Viven enteramente en sus canoas, y el pequeño cobertizo que tienen a bordo, les sirve de habitación usándole como una cabaña... La persuasión en que están de que nosotros, para conseguir las cosas más difíciles no tenemos que hacer más que quererlo, nos ha divertido mucho al principio; pero después, su importunidad ha llegado a ser fatigosísima. Nos piden hechizos para alejar la guerra y otras calamidades nacionales, talismanes para enriquecerse, para impedir a los cocodrilos hacer presa en las personas, y pescar todos los días una lancha llena. Esta última petición nos ha sido dirigida por el jefe de los pescadores con un regalo conveniente, siempre ofrecido en apoyo de la súplica y de un valor proporcional a su importancia... La curiosidad del pueblo que desea vernos es tal, que no nos atrevemos a dar un paso fuera de nuestra casa, y para tener

aire, estamos obligados todo el día a conservar la puerta abierta, paseando alrededor de nuestra choza, único ejercicio que nos es permitido, como fieras en jaula. La gente nos mira fijamente con emociones de terror y de sorpresa, casi como se miran en Europa los tigres de una colección de fieras. Si nos adelantamos hacia la puerta, retroceden con el mayor espanto y temblando; pero luego que nos ven al otro extremo de la choza, se acercan tanto como les permite su miedo, guardando silencio y tomando las mayores precauciones».

Ega es una ciudad de extensión prodigiosa y su población debe ser inmensa, y como casi todas las ciudades construidas a orillas del Níger, se inundan todos los años. Los naturales deben tener sus razones especiales para construir moradas en estos sitios, que a nosotros nos parecieron tan inmundos y malsanos.

¿Será una de estas razones que el suelo de las cercanías del río es una tierra grasa y negra, extraordinariamente fértil, que les da sin gran trabajo todas las producciones necesarias para la existencia?

El jefe de Ega, aunque parecía tener más de cien años, era un hombre muy alegre y divertido. Los personajes más importantes de la ciudad se reunían en su casa y pasaban días enteros en conversación.

«Esta sociedad de barbas grises,— cuenta el viajero—, se ríe de tan buena gana conversa con tanta expansión, que generalmente los transeúntes se detienen a la puerta de la cabaña para escuchar y unir sus carcajadas a las risas que se oyen en el interior; de manera que, desde la mañana hasta la noche, no oímos más que redobles de aplausos».

Un día el viejo quiso hacer ostentación de sus talentos de cintador y bailaror delante de los extranjeros, a fin de excitar su sorpresa y admiración.

«A pesar de sus años, y sacudiendo sus mechadas de canas, — dice la relación—, dio muchos saltos y cabriolas, con gran delicia de los espectadores, cuyas carcajadas y los aplausos de los africanos lisonjearon tan fuertemente la vanidad y la imaginación del anciano,

que se vio obligado a apoyarse en una muleta para continuar. Así continuó cojeando un poco, hasta que agotadas sus fuerzas, se vio obligado a detenerse y sentarse cerca de nosotros en el umbral de su cabaña. Por nada en el mundo hubiera querido mostrar debilidad; no obstante la fatiga que le ahogaba, trataba de respirar bajo y de detener el aliento ruidoso y continuo. Hizo una segunda tentativa para bailar y cantar; pero la naturaleza no secundó sus esfuerzos, y su voz débil y temblona apenas podía oírse. Entre tanto, los cantadores y cantadoras bailarines y músicos continuaron su ruidoso concierto, hasta que nosotros, cansados de mirarlos y de oírlos y viendo que llegaba la noche, les rogamos que se retirasen, con gran sentimiento del alegre y frívolo anciano».

Malan Dendo quiso disuadir a los ingleses de continuar bajando por el río.

«Ega, —decía—, es la última ciudad del Nyffe; el poder de los feltas no se extiende más allá, y desde aquí al mar no encontrareis más que pueblos salvajes y bárbaros, siempre en guerra los unos contra los otros».

Esta relación y los cuentos que los habitantes habían referido a los compañeros de los hermanos Lander, acerca del peligro que corrían de ser degollados o vendidos como esclavos, les aterrorizaron de tal modo, se negaron a embarcarse, queriendo volver a Cape Coast, por el camino que habían recorrido ya.

Esta especie de insurrección, gracias a la firmeza de los dos hermanos, no tuvo consecuencias, y el 22 de octubre los exploradores salieron de Ega, saludándola con tres disparos de fusilería.

Pocas millas después pasaba una gaviota volando sobre sus cabezas, indicio de la proximidad del mar, certidumbre casi absoluta de qué llegaban al término de su cansado viaje.

Sucesivamente pasaron por varias aldeas pequeñas y pobres, medio sumergidas en el agua y por una ciudad considerable situada al pie de una alta montaña que parecía a punto de caer sobre ella, cuyo nombre no pudieron saber. Se cruzaron en este viaje con un

número inmenso de canoas construidas como las de los ríos Bony y Calabar. Los tripulantes de estas canoas miraban con admiración a aquellos hombres blancos y no se atrevían a entrar en conversación con ellos. Las orillas del Níger, bajas y pantanosas en estos sitios, se hacen después más elevadas, más ricas y más fértiles.

Kacunda, donde los habitantes de Ega habían recomendado a Ricardo Lander que se detuviese, está situada en la orilla occidental del río, y vista de lejos presenta un aspecto singularmente pintoresco.

Los naturales al principio se alarmaron ante la aparición de los viajeros; pero un viejo mallan, ósea sacerdote y maestro musulmán, les tomó bajo su protección; y gracias a él, a los dos hermanos recibieron una acogida benévola en aquella capital de un reino independiente del Nyffe. Los datos que los viajeros reunieron en esta ciudad, o mejor dicho, en la reunión de cuatro aldeas, concordaban con los que les habían dado en Ega. Así Ricardo Lander se determinó a no viajar sino de noche y a cargar de balas y balines los cuatro fusiles y las dos pistolas que le quedaban.

De todos modos los exploradores, con gran admiración de los indígenas, que no podían creer que de tal modo despreciaran el peligro, salieron de Kacunda lanzando tres ruidosas aclamaciones y «poniendo su suerte en manos de Dios».

Así pasaron delante de varias poblaciones importantes, teniendo cuidado de no entrar en ellas. El curso del río cambió entre tanto muchas veces volviendo primero del Sur al Sudeste y después al Sudoeste entre altos cerros.

El 25 de octubre los ingleses se hallaron delante de una confluencia de un gran río. Era el Chada o Benue, y en esta confluencia se levantaba una ciudad importante frente al Níger y al Benue. Era Cutumcurafi.

En fin, después de haber estado a punto de perderse en un abismo del río y de estrellarse contra las rocas, Ricardo Lander descubrió un sitio cómodo e inhabitado en la orilla derecha y se determinó a desembarcar.

Este sitio había sido visitado poco tiempo antes, según las muestras de hogueras apagadas, calabazas, rotas, pedazos de cazuela de barro esparcidos por el suelo, nueces de coco y duelas de barriles de pólvora, objetos que se recogieron no sin emoción porque eran la prueba de que los naturales tenían relaciones con europeos.

Entre tanto, en una aldea donde se habían introducido tres hombres de la comitiva de Lander para buscar fuego, las mujeres se habían asustado y habían huido. Los viajeros fatigados, descansaban sobre las esteras, cuando se vieron de pronto rodeados de una multitud de hombres casi desnudos armados de fusiles, arcos y flechas, cuchillos, ganchos de hierro y lanzas.

La serenidad y presencia de ánimo de los dos hermanos evitaron la lucha que parecía inevitable y de no dudoso resultado. Arrojando en tierra sus armas, los dos Lander se adelantaron hacia el jefe de aquellos salvajes.

«Conforme nos íbamos acercando, —dice Lander—, hacíamos muchas señas con nuestros brazos para decirles que no dispararan sus armas. El jefe tenía el arco tendido y apuntaba a mi pecho con una flecha cuando estábamos a pocos pasos de él. La Providencia desvió el golpe porque él jefe se disponía a soltar la cuerda fatal cuando el hombre que estaba más cerca de él, se adelantó y le detuvo el brazo. Estábamos entonces cara a cara y en seguida le tendimos la mano. Todos temblaban como las hojas en un árbol; el jefe nos miró fijamente y se hincó de rodillas, su fisonomía tomó una expresión indefinible, una mezcla de timidez y de espanto en que todas las pasiones buenas y malas parecían luchar, hasta que al fin dejó caer la cabeza sobre el pecho, tomó la mano que le tendíamos y derramó un torrente de lágrimas.

»Desde aquel momento se restableció la armonía, y en vez de pensamientos de guerra y de sangre, no hubo más que buena inteligencia entre ellos y nosotros.

»—He creído que erais hijos del cielo que habíais caído de las nubes, —dijo el jefe para explicar el cambio súbito que habíamos

presenciado.

»Afortunadamente, —añade Lander—, nuestras caras blancas y nuestra conducta serena y tranquila impusieron a este pueblo, porque un minuto más tarde nuestros cuerpos hubieran estado erizados de tantas flechas como un puercoespín de púas».

Aquel paraje era el famoso mercado de Boqua, del cual los viajeros habían oído hablar con tanta frecuencia; y al cual acude multitud de gente de la costa para cambiar por mercancías del país de los blancos, los esclavos que llevan del Funda que se encuentra en la orilla opuesta.

Las noticias recogidas en aquel sitio eran de las más favorables: el mar no estaba más que a diez jornadas de camino, y la navegación, añadía el jefe de Boqua, no ofrecía peligro ninguno; sólo que los habitantes de una y otra orilla eran «mala gente».

Los dos hermanos siguiendo los consejos de este jefe pasaron por delante de la hermosa y extensa ciudad de Atta sin desembarcar y descansaron en Abbazaca, donde el Níger se separa en varios brazos y cuyo jefe dio pruebas de una avidez insaciable.

Después negándose a desembarrar en dos o tres aldeas donde los naturales les invitaban a bajar a tierra para satisfacer su curiosidad, se vieron obligados a detenerse en la aldea de Damugo donde un hombrecillo que llevaba una casaca de uniforme, gritó:

«¡Hola! ¡Oh, ingleses, venid por aquí!».

Era un mensajera del rey de Bony que había ido a Damugo para comprar esclavos por cuenta de su amo.

El jefe de esta ciudad, que nunca había visto hombres blancos, recibió muy bien a los exploradores, mandó celebrar regocijos públicos en su obsequio y los tuvo entretenidos en fiestas hasta al 4 de noviembre. Este soberano, no obstante que el fetiche al cual había consultado, presagiaba que serian acometidos de mil peligros antes de llegar al mar, les dio otra canoa, remeros y un guía.

Las siniestras predicciones del fetiche no debían tardar en verificarse. Los dos hermanos se habían embarcado en dos lanchas diferentes y al pasar por delante de una gran ciudad, que después

supieron era Kirri, fueron detenidos por grandes botes de guerra tripulados cada uno por cuarenta hombres cubiertos con trajes europeos a excepción de los pantalones.

Aquellos botes llevaban al extremo de largos palos de bambú, grandes banderas con las armas de la Gran Bretaña, y estaban adornados de sillas, mesas, frascos y otros emblemas. Cada uno de sus marineros negros llevaba un fusil, y cada embarcación mostraba amarrada a la proa una pieza del calibre de 4 a 6.

Los dos hermanos fueron conducidos a Kirri, donde hubo una conferencia acerca de su suerte. Por fortuna algunas santones mahometanos o madanes hablaron en su favor y les hicieron restituir una parte de los objetos que les habían robado; pero la mayor parte habían sido echados a pique con la lancha donde iba Juan Lander.

«Con gran satisfacción, —dice Ricardo Lander—, conocí en seguida la caja que contenía nuestros libros y uno de los diarios de mi hermano; a su lado estaba la caja de medicamentos, pero ambas se encontraban llenas de agua. Un gran saco de noche de tapicería que había contenido nuestros trajes, estaba abierto y desocupado, no quedando más que una sola camisa, un par de pantalones y un frac; muchas cosas de valor habían desaparecido. Mis diarios, a excepción de un libro de notas donde había escrito mis observaciones, desde Rabba hasta aquí, se habían perdido.

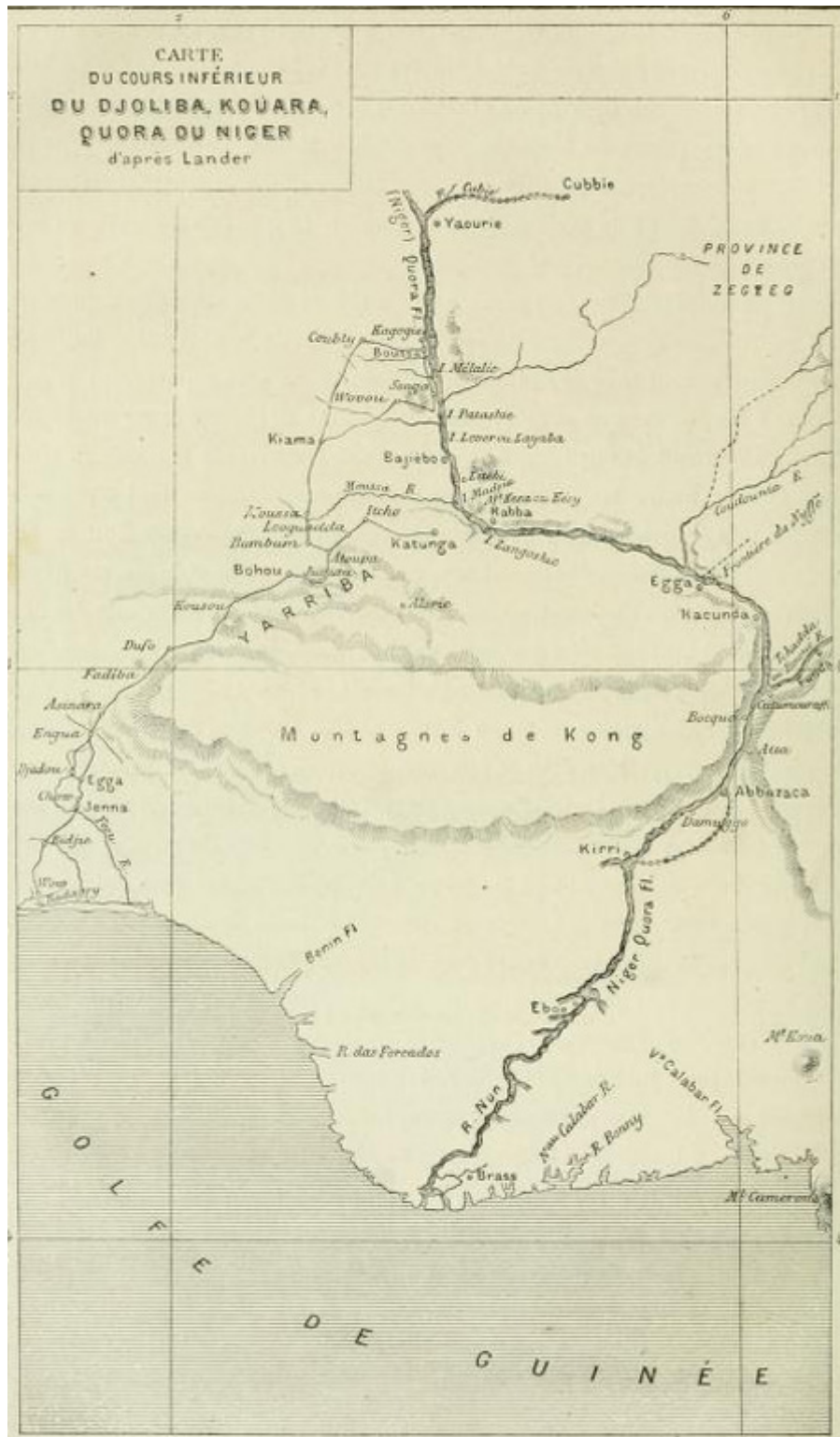
»Faltaban también cuatro fusiles de los cuales uno había pertenecido a Mungo Park, cuatro cuchillos y dos pistolas. Por último habían desaparecido, según se decía en el fondo del río, nueve colmillos de elefante, los más hermosos que yo había visto en el país, regalo de los reyes de Wowa y de Busa, anchas plumas de avestruz, algunas pieles magníficas de leopardo, una variedad de semillas, todos nuestros botones, los cauríes y las agujas tan necesarias como monedas para comprar provisiones».

Esto era como naufragar en el puerto. Después de atravesar toda el África, desde Badagry liana Busa, después de haberse librado de los peligros de la navegación del Níger; después de haber

salido tan felizmente de manos de unos soberanos rapaces, era triste naufragar a seis jornadas del mar para verse reducidos a la esclavitud o condenados a muerte, en el momento de ir a mostrar a la Europa maravillada, el precioso resultado de tantas fatigas y tantos peligros corridos, de tantos obstáculos evitados; en el momento de determinar el curso del Níger desde Busa, de ir a fijar definitivamente su embocadura, era triste verse así, detenido por miserables piratas, y muy amargas debieron de ser las reflexiones de los dos hermanos durante el tiempo que duró aquella interminable conferencia.

No obstante que les fueron devueltos los efectos robados; y que el negro que comenzó las hostilidades, fue condenado a muerte y le cortaron la cabeza en expiación de su falta, no por eso fueron puestos en libertad los dos hermanos; antes bien, fueron considerados como prisioneros y se dispuso conducirlos a disposición de Obie, rey del país de Eboe, que debía decidir de su suerte.

Era evidente que los ladrones no eran naturales, del país, sino que habían ido a él con el objeto de ejercer sus piraterías. Pensaban sin duda comerciar en dos o tres mercados como Kirri, si no encontraban más que flotillas demasiado fuertes, para dejarse saquear sin combate. Por lo demás, todas las poblaciones de esta parte del Níger se mostraban mutuamente una gran desconfianza y la compra y venta de provisiones, no se hacía sino por hombres armados.



Al cabo de dos días de navegación las lanchas llegaron a la vista de Eboe, en un sitio donde el río se divide en tres brazos de

prodigiosa anchura cuyas orillas llanas y pantanosas están cubiertas de palmeras.

Una hora después el 8 de noviembre uno de los tripulantes naturales de Eboe exclamó: «Ése es mi país».

Allí esperaban nuevas complicaciones a los exploradores. Obie, rey de Eboe, era un joven de fisonomía despierta e inteligente, que los recibió con afabilidad. Su traje que se parecía al del rey de Yarriba, estaba adornado de tal profusión de corales, que hubiera podido dársele el nombre de rey Coral. Pareció compadecido de la relación del ataque en que los ingleses habían perdido todas sus mercancías, pero los socorros que les mandó repartir no estaban a la altura de los sentimientos que había manifestado y les dejó casi morir de hambre.

«Los habitantes de Eboe, como la mayor parte de los africanos, son muy indolentes, —dice la relación—, y no cultivan más que el ñaue, el maíz y el plátano. Tienen muchas cabras y aves, pero pocos carneros y ningún ganado mayor. La ciudad, de gran extensión, está situada en una llanura descubierta y contiene una población numerosa; como capital del reino, no tiene más nombre que el del país, Eboe. Su aceite de palma es célebre.

Eboe, desde hace muchos años, es el principal mercado de esclavos a donde vienen a proveer a los indígenas que hacen este comercio en las costas, entre el río Bony y el antiguo Calabar.

Centenares de indígenas suben por estos ríos, para venir a trancar aquí, y en este momento mismo hay gran número que viven en sus lanchas formadas en fila, enfrente de la ciudad. Casi todo el aceite que compran los ingleses en Bony y en los lugares inmediatos, viene de aquí, y aquí se embarcan todos los esclavos que los buques negreros franceses, españoles y portugueses, vienen a buscar a la costa. Muchas personas nos han dicho que el pueblo de Eboe es antropófago, y esta opinión está más acreditada entre las tribus inmediatas que entre las del interior».

Según todas las noticias que los viajeros recibían llegaron a tener por cierto que Obie no les dejaría en libertad sino mediante un

fuerte rescate. Este soberano ciertamente podía ser movido por las instigaciones de sus favoritos, pero lo que le fortificó en esta determinación, fueron principalmente la avidez y la codicia que los habitantes de Bony de Brass (Cobre) desplegaban por quien se llevaría los ingleses a su país.

Un hijo del último rey de Bony, el rey Pimienta, otro llamado Fusil, hermano del rey Mozo y su padre el rey Forday, que con el rey Chaqueta, gobiernan todo el país de Brass, eran de los más empeñados en llevarse a los ingleses, y en testimonio de su probidad ofrecían certificados que les habían dado los capitanes europeos, con los cuales habían estado en relaciones de negocios.

Una de estas certificaciones, firmada James Dow, capitán del bergantín Susana de Liverpool, estaba fechada en el primer río de Brass, setiembre de 1830 y decía así:

«El capitán Dow declara no haber encontrado jamás una gavilla de perdidos más miserable que los naturales de este país, en general, y los pilotos en particular».

Después, continuando en el mismo tono, les llenaba de anatemas, tratándoles de infernal canalla y acusándoles de haber querido encallar su buque en las rompientes de la embocadura del río, a fin de repartirse sus despojos. El rey Chaqueta era tratado en esta certificación, como un bribón consumado y encarnizado ladrón. Mozo era el único del cual se decía que era casi honrado y casi digno de confianza.

A consecuencia de una conferencia interminable, Obie declaró que, según las leyes y costumbres del país tenía derecho a considerar a los hermanos Lander y a su comitiva como de su propiedad; pero que no queriendo abusar de sus ventajas, se contentaría con canjearles por el valor de veinte esclavos en mercancías inglesas.

Esta decisión, de la cual en vano trató Ricardo Lander de disuadirle, sumió a los dos hermanos en una violenta desesperación que en breve fue seguida de una apatía e indiferencia tales, que si hubiesen continuado, les habrían hecho incapaces del más ligero

esfuerzo para recobrar su libertad. A estas penas morales se añadía el enflaquecimiento físico causado por la falta de alimentos, y con esto se podrá tener una idea de la situación lamentable en que los dos viajeros se hallaban.

Sin recursos de ninguna especie, despojados de sus agujas, de sus cauríes y objetos de cambio, quedaron reducidos a la triste necesidad de mendigar su sustento.

«Tanto hubiera valido, —dice Lander—, dirigir nuestras súplicas a las paredes y a los árboles, o quizá más porque nos habríamos ahorrado la humillación de la negativa. En la mayor parte de las ciudades y aldeas del África, habíamos sido considerados como semidioses y tratados, por consiguiente, con veneración y respeto universales. Pero aquí ¡qué contraste!, se nos miraba como los seres más degradados y miserables, y en esta tierra de ignorancia, éramos objeto de las burlas y del desprecio de una horda de bárbaros».

Al fin el rey Mozo logró su objeto, porque consintió en pagar a Obie todo lo que pedía por el rescate de los dos hermanos y de su comitiva. En cuanto así propio, se mostró muy moderado, no exigiendo por su trabajo y por los riesgos que corría trasladando los ingleses a Brass, sino el valor de quince barras o quince esclavos y un barril de ron. Aunque esta petición era exorbitante, Ricardo Lander no vaciló en darle una letra de treinta y seis barras a cargo del capitán inglés Lake, que mandaba un buque surto en el río de Brass.



La lancha del rey en la cual se embarcaron los dos hermanos el 12 de noviembre, llevaba sesenta personas, entre ellas, cuarenta remeros, una pieza de artillería de a cuatro en la proa, un arsenal completo de cuchillos y de metralla, y mercancías de toda especie;

sin embargo, esta barca estaba hecha de un solo tronco de árbol y media más de 50 pies de longitud.

Los extensos campos cultivados que se veían a orillas del río, indicaban que la población era mucho más considerable de lo que parecía. El país era llano, abierto, variado; y el suelo, de una rica tierra negra, producía árboles y arbustos de infinita variedad de tonos.

El 14 de noviembre, a las siete de la noche, la lancha, saliendo del brazo principal entró en el reino de Brass, y una hora después, con gozo indecible, sintió Ricardo Lander los efectos de la marea.

Un poco más lejos, la lancha de Mozo se unió a las de Fusil y de Forday. Este último, anciano, de aspecto venerable, aunque miserablemente vestido, mitad a la europea, mitad a la moda del país, tenía una predilección marcada hacia el ron, del cual bebió una inmensa cantidad sin que se resintiesen ni sus maneras ni su conversación.

Era una extraña comitiva la que acompañó a los dos ingleses hasta la ciudad de Brass.

«Las lanchas, —dice Lander—, seguían en fila con bastante regularidad, desplegando cada una tres pabellones. En la proa de la primera iba el rey Hozo de pie con la cabeza coronada de plumas que se balanceaban a cada movimiento de su cuerpo, cubierto de figuras fantásticas sobre fondo negro. Se apoyaba en dos enormes lanzas aguzadas, blandiéndolas de cuando en cuando hacia el fondo de la lancha como si hubiera muerto a alguna fiera terrible que estuviese a sus pies. En la proa de las demás lanchas iban sacerdotes que ejecutaban danzas y hacían mil contorsiones extravagantes. Todos sus cuerpos, como los de la comitiva, estaban pintarrajeados de la misma manera que el rey Mozo, y para coronarlo todo Fusil corría de la cabeza a la cola de la fila de lanchas, siendo unas veces el primero y otras el último, y aumentando el efecto imponente de la comitiva por las descargas repetidas de su único cañón».

Brass se componía de dos ciudades, la una perteneciente a Forday y la otra al rey Chaqueta. Antes de desembarcar, los sacerdotes procedieron a ceremonias misteriosas, de las cuales evidentemente eran objeto los blancos. ¿Fue favorable a éstos el resultado de aquella consulta a los fetiches? La conducta de los naturales, respecto de ellos, debía revelarlo después.

Antes de desembarcar, Ricardo Lander vio con viva emoción de júbilo un hombre blanco en la orilla, capitán de una goleta española anclada en el río.

«Entre todos los sitios sucios y repugnantes, —dice la relación—, no hay ninguno en el mundo que pueda compararse con éste, ni ofrecer a la vista de un extranjero, un aspecto más miserable. En esta abominable ciudad de Brass, no hay más que fango y suciedad. Los perros, las cabras y otros animales, obstruyen las calles llenas de inmundicia, tienen el aire hambriento y rivalizan en miseria con las desgraciadas criaturas humanas que pueblan este recinto, criaturas enflaquecidas, descarnadas, de fisonomía asquerosa, cuyos cuerpos están cubiertos de grandes pústulas, y cuyas chozas caen arruinadas a consecuencia de la negligencia y del desaseo».

Otra localidad llamada por los europeos la ciudad de los Pilotos, a causa del gran número de pilotos que la habitan, está situada a la embocadura del río Nun, a 70 millas de Brass.

El rey Forday trataba de oponerse a que los dos hermanos Lander saliesen de la ciudad sin pagarle cuatro barras, porque decía que era costumbre que todo blanco que llegaba a Brass por el río, pagara este tributo. No había medio de resistir, y Ricardo Lander libró otra letra a cargo del capitán Lake.

A este precio, Ricardo Lander tuvo el permiso de pasar de la lancha real de Mozo al bergantín inglés anclado a la embocadura del río. Su hermano y las personas de su comitiva no debían ser puestos en libertad hasta la vuelta del rey.

Pero al llegar al bergantín, ¡cuál no fue el estupor y la vergüenza de Lander al ver que el capitán Lake le negaba toda especie de

auxilio!

Hízole entonces leer las instrucciones que había recibido del ministerio a fin de probarle que no era un impostor.

—«Si usted cree, respondió el capitán, que trata con un imbécil o con un loco, se engaña. No daré un penique bajo su palabra de usted ni bajo su firma; me importan poco, el diablo me lleve si me saca usted un céntimo.

»Después, jurando y maldiciendo, dejó escapar de sus labios las palabras más ofensivas para los ingleses.

»Ricardo Lander, lleno de dolor por aquella desgracia imprevista y aquella conducta inverosímil en un compatriota, volvió a la lancha de Mozo no sabiendo qué partido tomar, y rogó a éste último que le llevara a Bony, donde se hallaban muchos buques ingleses. El rey no quiso consentir en ello, y Ricardo Lander se vio obligado a procurar de nuevo enternecer al capitán pidiéndole, por lo menos diez fusiles, con los cuales el rey quizá se contentaría.

»—Ya le he dicho a usted que no daré ni siquiera una piedra de fusil, respondió Lake; así, no me fastidie usted más.

»—Pero he dejado a mi hermano y a ocho personas en Brass, —dijo Lander—; y si absolutamente no quiere usted pagar al rey, a que les conduzca a bordo, sin lo cual ni hermano morirá de hambre o envenenado, y todos los hombres de mi comitiva serán vendidos antes de que yo pueda obtener el auxilio de un buque de guerra.

»—Si encuentra usted medió de hacerles venir a bordo, yo les admitiré; pero le repito que no espere de mí el valor de un grano de pólvora».

En fin, Ricardo Lander obtuvo del rey Mozo permiso de volver a buscar a su hermano y a su comitiva. Mozo no quería consentir, sino después de haber recibido algún anticipo a cuenta, y no sin trabajo pudo Lander persuadirle de que desistiese de esta pretensión.

Cuando el capitán Lake supo que la comitiva de Ricardo Lander se componía de gente robusta en ésta lo de reemplazar a sus marineros, muertos o debilitados por las fiebres, se amansó un poco. Su mansedumbre, sin embargo, no duró mucho, porque

declaró que si al cabo de tres días Juan Lander y la comitiva no estaban a bordo, marcharía sin ellos.

Aunque Ricardo Lander le probó hasta la evidencia que aquellos desgraciados serian vendidos como esclavos, el capitán no quiso convencerse y respondió:

—Peor para ellos; yo no puedo esperar más, y no esperaré.

Por fortuna, semejante inhumanidad es muy rara, por eso es preciso sacar a la vergüenza a semejante miserable, que no hacia ningún caso, no solamente de sus semejantes, sino de hombres que eran infinitamente superiores a él.

En fin, el 24 de noviembre, después de una fuerte brisa que, soplando del mar rechazaba las olas sobre la barra y hacia el paso de ésta casi imposible, Juan Lander llegó a bordo.

«Abia tenido que sufrir las invectivas y reconvenciones del rey Mozo. En efecto, haber rescatado de la esclavitud con su dinero a los dos hermanos y a su comitiva, haberles llevado en su canoa; haberles dado de comer (aunque ciertamente bastante mal); haber obtenido la promesa de tanta carne de vaca y tanto ron como pudiera comer y beber, y después oír que le negaban la restitución de sus adelantos y que se le trataba como un ladrón, eran motivos bastantes de descontento, y cualquier otro hubiera hecho pagar caras a los presos que le quedaban tantas esperanzas burladas y tanto dinero gastado inútilmente».

A pesar de todo, Mozo se había decidido a llevar a Juan Lander a bordo del bergantín. El capitán Lake recibió al viajero con bastante cordialidad, pero inmediatamente manifestó su opinión decidida de despedir al rey Mozo sin darle un óbolo. Éste estaba acometido de tristes presentimientos; sus maneras altaneras habían desaparecido, para dar lugar a un aire humilde y rastrero. Se le sirvió una comida abundante y apenas la tocó. Ricardo Lander indignado del egoísmo y de la tacañería y mala fe de Lake, viéndose en la imposibilidad de cumplir su promesa, revolvió todo su equipaje y hallando cinco brazaletes de plata y un sable de fábrica indígena

que había llevado de Yarriba, se los ofreció al rey Mozo, el cual los aceptó.

Al fin, Mozo se decidió a exponer su reclamación al capitán; pero éste, con una voz de trueno que no podía suponer que saliera de un cuerpo tan débil, le respondió claramente:

—¡No quiero!

Y lanzó esta negativa con un diluvio de juramentos de amenazas tales, que el pobre Mozo tocó retirada; y viendo que el buque se disponía a darse a la vela, se embarcó precipitadamente en su lancha.

Así terminaron las peripecias del viaje de los dos hermanos Lander. Corrieron también el riesgo de pasar la barra; pero ésta fue su última prueba. Llegaron a Fernando Póo; entraron después en el río Calabar, y se embarcaron en el *Carnarvon* para Río de Janeiro, donde el almirante Baker, jefe de la estación naval, les proporcionó pasaje en un buque de transporte.

El 9 de junio desembarcaron en Portsmouth. Su primer cuidado, después de haber puesto la relación de su viaje en manos de *lord* Goderich, secretario de Estado en el departamento de las Colonias, fue informarle de la conducta del capitán Lake, conducta muy propia para comprometer al gobierno inglés, haciendo dudar de su buena fe.

Inmediatamente aquel ministro dio órdenes para pagar las cantidades estipuladas y satisfacer aquella petición tan justa y tan motivada.

«Así, pues, y lo mejor que podemos hacer, es reproducir la apreciación del excelente juez Desborough Cooley; así, pues, el problema geográfico que durante tantos siglos había llamado la atención de los hombres de ciencia y dado lugar a tantas conjeturas diferentes, se hallaba completa y definitivamente resuelto. El Níger, o como le llaman los naturales, el Dyoliba o el Korra, no se reúne con el Nilo, ni se pierde en las arenas del desierto ni en las aguas del lago Chad, sino que desemboca en el Océano por un gran número de brazos en la costa del golfo de Guinea, en el sitio mismo

de esta costa conocido con el nombre de Cabo Formosa. La gloria de este descubrimiento, previsto, es verdad, por la ciencia, pertenece enteramente a los hermanos Lander. La vasta extensión de país que habían recorrido desde Yaurie hasta el mar, era completamente desconocida antes de su viaje».

Luego que en Inglaterra se conocieron en todos sus pormenores los descubrimientos de Lander, varios negociantes se asociaron para sacar partido de las riquezas naturales del país, y en julio de 1832 armaron dos buques de vapor, el *Korra* y el *Alburka*, que a las órdenes de los señores Laird, Oldfield y, Ricardo Lander, subieran por el Níger hasta Boqua.

Los resultados de esta expedición comercial fueron deplorables: no solamente el tráfico con los naturales fue absolutamente nulo, sino que las tripulaciones se vieron diezmadas por las fiebres; y por último, Ricardo Lander, que tantas veces había subido y bajado por el río, fue herido mortalmente por los naturales el 17 de enero de 1834, y murió el 5 de febrero siguiente en Fernando Póo.

Para terminar lo relativo al África, nos queda que hablar de los muchos reconocimientos llevados a cabo en el valle del Nilo, y de los cuales los más importantes son los de Cailliaud, Russeger y Rüppel.

Federico Cailliaud nació en Nantes en 1787; y después de haber visitado la Holanda, la Italia, la Sicilia y una parte de la Grecia y de la Turquía europea y asiática, haciendo el comercio de piedras preciosas, llegó a Egipto en el mes de mayo de 1815. Sus conocimientos geológicos y mineralógicos le proporcionaron una buena acogida por parte de Mehem El-Alí, que le comisionó inmediatamente para hacer un viaje de exploración por las orillas del Nilo y por el desierto.

Esta primera excursión tuvo de notable el descubrimiento en Labarah de las minas de esmeraldas mencionadas por los autores árabes, y abandonadas desde largos siglos. Cailliaud encontró en las excavaciones de las montañas las lámparas, las palancas, las

cuerdas y los instrumentos que habían servido para la explotación de estas minas a los obreros de Tolomee.

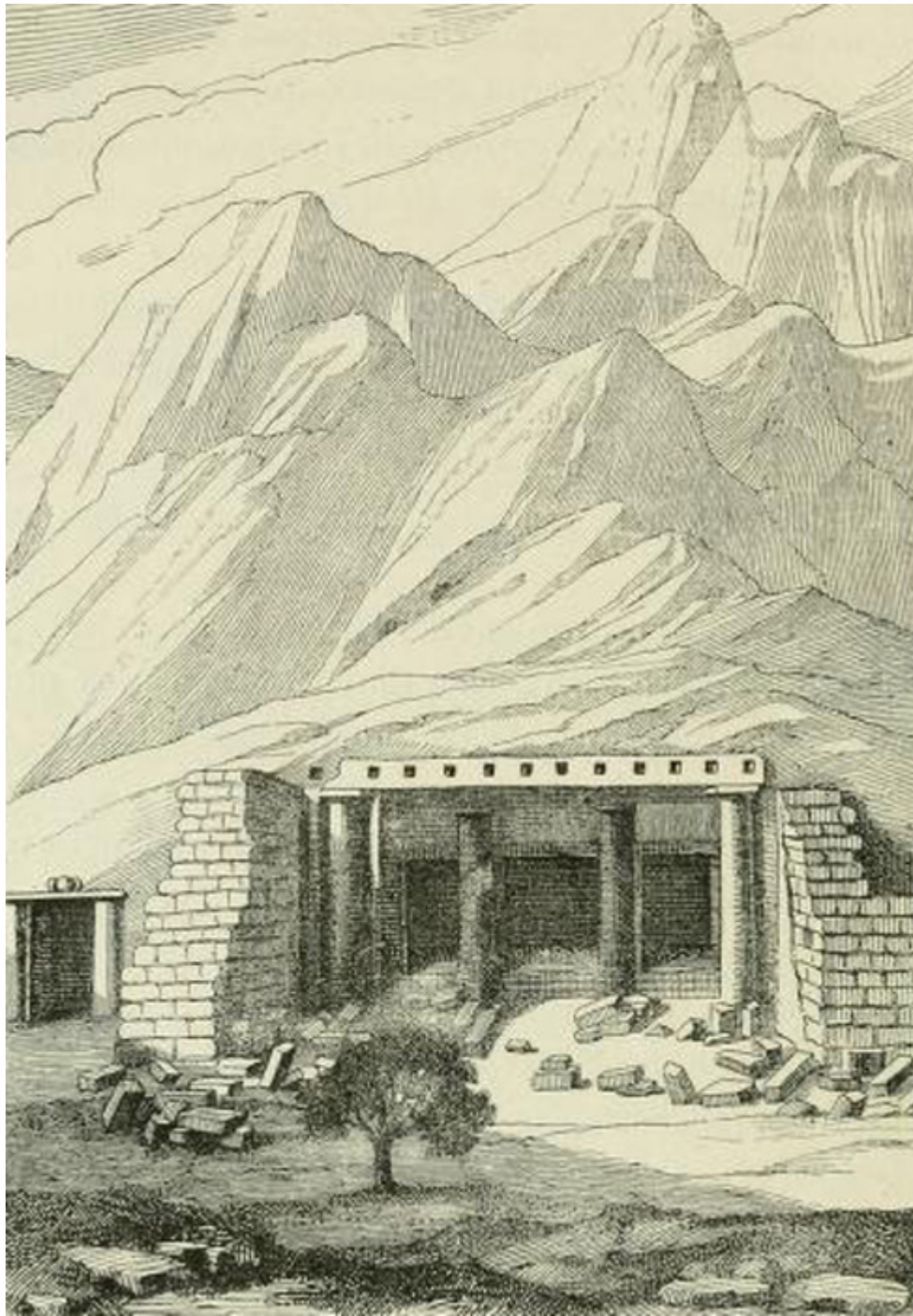
Cerca de aquella cantera el viajero descubrió las ruinas de una pequeña ciudad que, según todas las apariencias, debió de estar habitada por los antiguos mineros. Para acreditar su precioso descubrimiento, se cargó con 10 libras de esmeraldas y las llevó a Mehem El-Alí.

Otro resultado de este viaje fue el descubrimiento del antiguo camino de Coplos a Benerice para el comercio de la India.

Cailliaud, desde el mes de setiembre de 1819 a fines del año 1822, recorrió, acompañado del antiguo aspirante de marina Letorzec, todos los oasis conocidos al Este del Egipto, y siguió el Nilo hasta el segundo grado de latitud. Habiendo llegado en su primer viaje hasta Guada Ulfa, eligió para el segundo esta localidad como punto de partida.

Una circunstancia feliz debía facilitar singularmente sus investigaciones. Ismail Baiá, hijo de Mehem El-Alí, acababa de recibir el mando de una expedición a Nubia, y Cailliaud le acompañó.

Saliendo de Darau en noviembre de 1820, llegó el 5 de enero de 1821 a Dongola, y subió al monte Barka en el país de Chaguy, donde se observan multitud de ruinas de templos, pirámides y otros monumentos.



El nombre de Merawe, que lleva este sitio, había hecho suponer que allí se encontraba la antigua capital de la Etiopia; pero Cailliaud logró disipar este error.

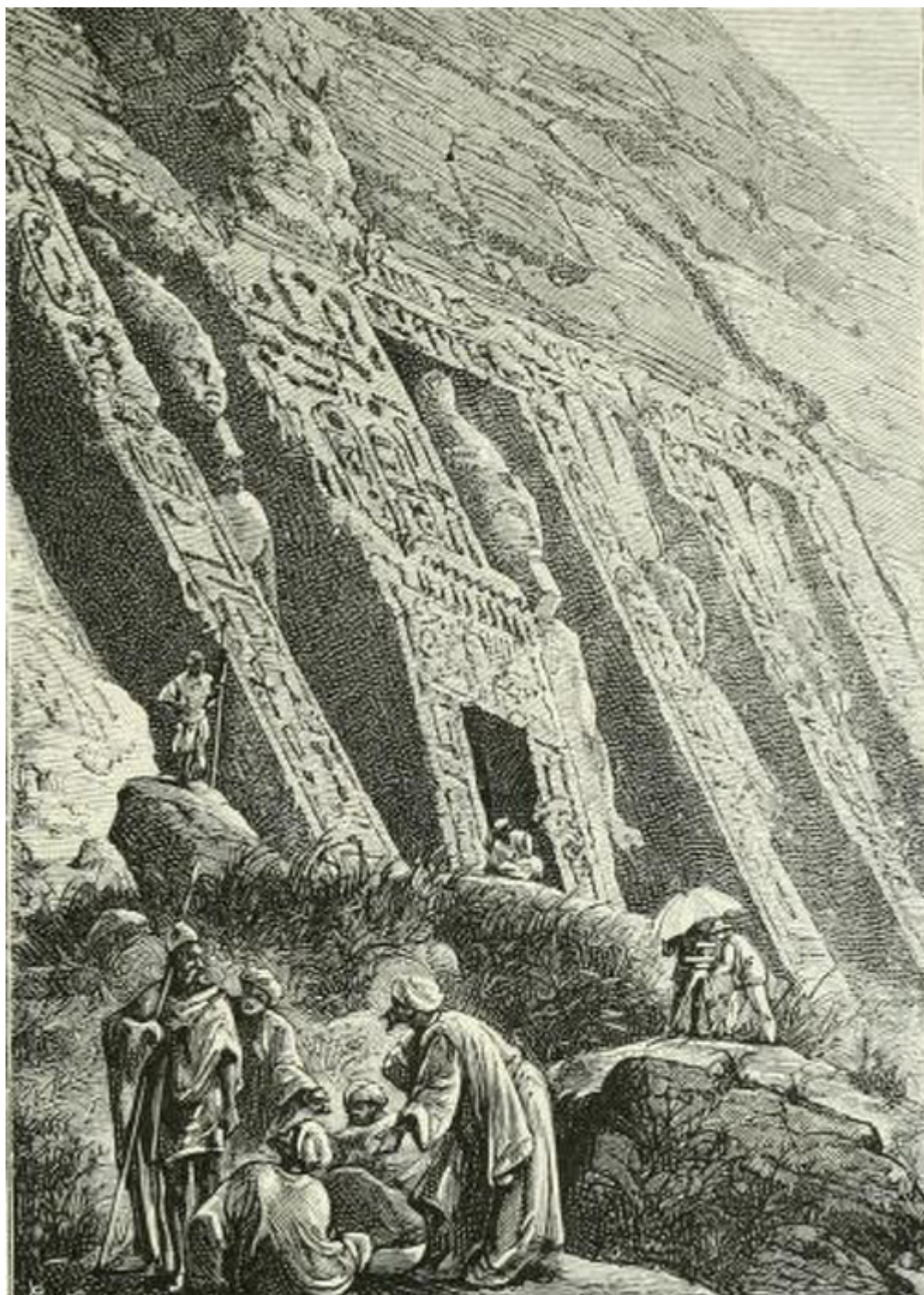
Acompañando a Ismail Bajá, como mineralogista, más allá de Berber, en busca de minas de oro, llegó a Chendy, y desde allí pasó

con Letorzec a fijar la posición geográfica del confluente del Atbara; y en Asur, no lejos del grado 17 de latitud, descubrió las ruinas considerables de una ciudad antigua. Era Méroe.

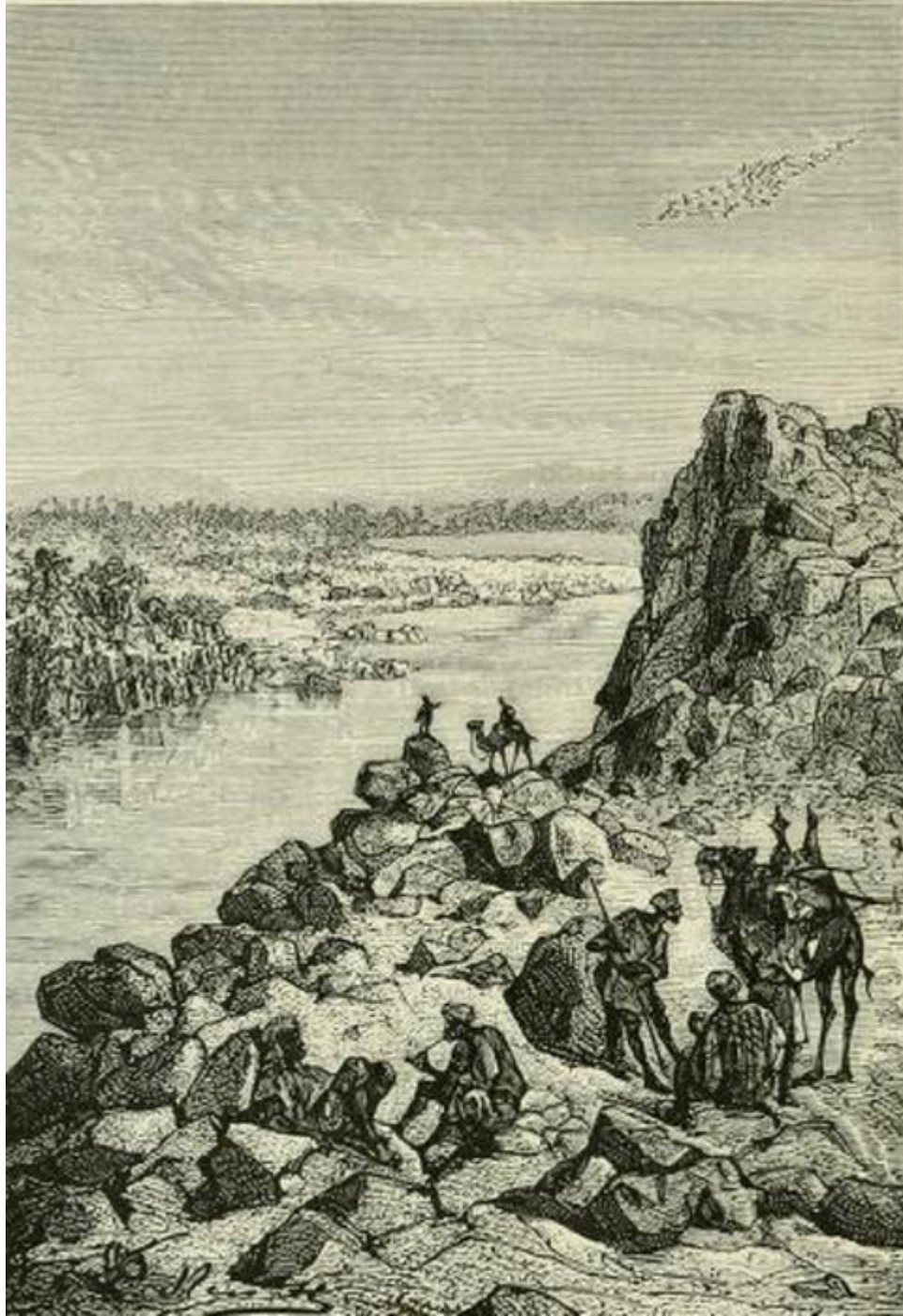
Continuando su camino al Sur, entre los grados 15 y 16, reconoció en seguida la embocadura del Balil El-Abiad o Nilo Blanco; visitó las ruinas de Saba, el confluente del Rahad y la antigua Astosaba; vio a Sennaar; reconoció el curso del Gologo, el país del Fazoele y el Tumat, fuente del Nilo, y por último llegó con Ismail al país de Singue entre los dos brazos del río.

Ningún viajero había llegado por este lado tan cerca del Ecuador. Browne se había detenido a los 16° 10', y Bruce a los 11°.

Se deben a Cailliaud y a Letorzec muchas observaciones de latitud y de longitud; preciosos estudios sobre las variaciones de la aguja imantada; inestimables datos sobre el clima, la temperatura y la naturaleza del suelo, y una colección interesantísima de animales y vegetales.



En fin, los exploradores levantaron el plano de todos los monumentos situados más allá de la segunda catarata.



A estos descubrimientos habían preludiado con una excursión al oasis de Siwali. A fines de 1819 habían salido de Fayum con un corto número de compañeros, y habían penetrado en el desierto de Libia.

En quince días de marcha, después de un encuentro con los árabes, llegaron a Siwah, tomaron las medidas del templo de Júpiter Anmom, y determinaron como Browne su posición astronómica. Poco tiempo después este oasis iba a ser objeto de una expedición militar, durante la cual Drogueti debía recoger nuevos documentos, muy preciosos para completar los reunidos por Cailliaud y Letorzec.

Habían visitado después el oasis de Falafre, no explorado todavía por ningún viajero europeo, y el de Dakel y Kharg, capital del oasis de Tebas. Los documentos reunidos en esta expedición, fueron enviados a Francia, donde H. Joraard los aprovechó para la redacción de la obra titulada *Viaje al oasis de Siwah*.

Pocos años después, Eduardo Ruppell dedicaba siete u ocho años a la exploración de la Nubia, del Sennaar, del Kordoían y de la Abisinia, y subía por el Nilo Blanco en 1824, hasta más de 60 leguas de su embocadura.

Por último, el naturalista alemán, consejero del Cuerpo de Minas de Austria, llamado José Russeger, visitando igualmente, desde 1836 a 1838, la parte inferior del curso del Baha El-Abiad, preludiaba con este viaje oficial las grandes y fecundas exploraciones que Mehem El-Alí debía mandar hacer en los mismos parajes.

CAPÍTULO SEGUNDO

EL MOVIMIENTO CIENTÍFICO ORIENTAL Y LAS EXPLORACIONES AMERICANAS

Interpretación de las inscripciones cuneiformes y estudios asiriológicos hasta 1840. — El antiguo Irán y el Avesta. — La triangulación de la India y los estudios indostánicos. — La exploración y medida del Himalaya. — La península arábiga. — La Siria y la Palestina. — El Asia Central y Alejandro de Humboldt. — Pitee en las fuentes del Misisipi, del Arkansas y del Río Colorado. — Las dos expediciones del mayor Long. — El general Cassa Schoolcraft en las fuentes del Misisipi.

Aunque los descubrimientos de que vamos a hablar en primer término no son ya precisamente geográficos, han arrojado una luz tan nueva sobre varias civilizaciones antiguas y han extendido de tal modo el dominio de la historia y de las ideas, que no podemos menos de decir de ellos algunas palabras.

La lectura de las inscripciones cuneiformes y la interpretación de los jeroglíficos son acontecimientos tan importantes en sus resultados y nos revelan tal multitud de hechos hasta entonces ignorados o desfigurados en las relaciones más o menos maravillosas de los antiguos historiadores Diodro, Ctésias y Heródoto, que es imposible pasar en silencio descubrimientos científicos tan capitales.

Gracias a ellos penetramos en la intimidad de una sociedad de una civilización muy avanzada; de costumbres, de hábitos y maneras absolutamente diferentes de las nuestras; y es curioso tener entre las manos las cuentas del mayordomo de un gran señor o de un gobernador de provincia y leer novelas como las de Selna y de los Dos Hermanos y cuentos como el del Príncipe Predestinado.

Si los edificios de vastas proporciones, los templos soberbios, los hipogeos magníficos, los obeliscos esculpidos no eran hasta entonces para nosotros más que monumentos suntuosos, hoy gracias a la lectura de las inscripciones de que están cubiertos, nos cuentan la vida de los soberanos que les levantaron y las circunstancias de su creación.

¡Cuántos nombres de pueblos de los cuales no hacen siquiera mención los historiadores griegos, cuántas ciudades que han desaparecido, cuantos pormenores relativos al culto, al arte, a la industria, a la vida de cada día, cuántos acontecimientos políticos o militares nos revelan hoy en sus minuciosos pormenores los jeroglíficos y las inscripciones cuneiformes!

Penetramos hoy en la existencia cotidiana de esos pueblos que no conocíamos antes sino imperfecta y superficialmente: tenemos hoy una idea de su literatura y no está lejano el día en que sepamos tan perfectamente la vida de los egipcios diez y ocho siglos antes de nuestra era, como sabemos la de nuestros padres de los siglos XVII y XVIII después de Jesucristo.

Carsten Niebuhr trajo de Persépolis inscripciones en caracteres desconocidos, de los cuales fue el primero en dar una copia exacta y completa. Muchas tentativas se hicieron para explicarlos, pero todas fueron vanas, hasta que por una inspiración de genio, con una intuición luminosa Grotefend, sabio filólogo hanoveriano, consiguió en 1802 penetrar el misterio que las envolvía. Aquellas inscripciones cuneiformes eran verdaderamente singulares y difíciles de interpretar. Figúrese el lector una serie de cuñas (cuneus) colocadas de diversas maneras formando grupos alineados horizontalmente. ¿Qué expresaban estos grupos? ¿Representaban sonidos y

articulaciones o palabras enteras como las letras de nuestros alfabetos? ¿Tenían ese valor ideográfico que poseen los caracteres de la escritura china? ¿Cuál era la lengua que representaban? Éstos eran los problemas que había que resolver. Era licito pensar que inscripciones como aquéllas, traídas de Persépolis, debían estar en la lengua de los antiguos persas; pero Rask, Bopp y Lassen no habían todavía estudiado los idiomas del Irán, ni demostrado su afinidad con el sánscrito.

Referir las deducciones ingeniosas, las suposiciones y los ensayos por medio de los cuales Grotefend llegó a reconocer una escritura alfabética y a traducir en ciertos grupos los nombres que suponía ser de Darío y de Jerjes, lo cual le dio el conocimiento de muchas letras que aplicó a la lectura de nuevos nombres, sería salirnos de nuestro cuadro. Se había encontrado el método y a otros pertenecía el cuidado de completarlo y perfeccionarlo.

Sin embargo, más de treinta años transcurrieron antes de que estos estudios adquirieran un progreso notable. El erudito francés Eugenio Burnouf fue quien les hizo dar un gran paso. Aprovechando sus conocimientos en el sánscrito y el zend, demostró que la lengua de las inscripciones de Persépolis estaban en un dialecto zend empleado en la Bactriana, dialecto que se hablaba todavía en el siglo VI antes de nuestra era, y en el cual estaban escritos los libros de Zoroastro. La Memoria que escribió Burnouf sobre este punto es de 1836; y en la misma época un sabio alemán, Lassen, Bonn, que se había dedicado por su parte a las mismas investigaciones, llegó a idénticos resultados.

En breve fueron leídas las inscripciones que se tenían; el alfabeto se desprendía del misterio que lo había envuelto, salvo en un pequeño número de signos sobre los cuales no estaban de acuerdo los intérpretes.

Sin embargo, no se tenía más que una base, y el edificio estaba lejos de hallarse concluido.

En efecto, se había observado que las inscripciones de Persépolis parecían repetidas en tres columnas paralelas. ¿No era

aquella una triple versión de la misma inscripción en las tres lenguas principales del imperio de Akemenes, el persa, el medo y el asirio o babilónico? La hipótesis era exacta; pero gracias a la interpretación de una de aquellas inscripciones se poseía un punto de comparación y se pudo proceder, como Champollion había procedido respecto de la inscripción de Roseta, que teniendo al lado una traducción griega, presentaba otras dos inscripciones en escritura demótica y en jeroglíficos.

En las otras dos inscripciones de que acabamos de hablar, se reconoció la lengua asirio caldea, que pertenece, como el hebreo, el himyarita y el árabe, a la familia semítica, y un tercer idioma que recibió el nombre de medo y que tiene alguna semejanza con el turco y el tártaro.

Extendernos en estas investigaciones sería traspasar los límites de nuestro trabajo: ésta debía ser la tarea de los sabios dinamarqueses Westergaard, de los franceses Saulcy y Oppert y de los ingleses Norris y Rawlinson, para no citar sino los más célebres, acerca de los cuales hablaremos más adelante.

El conocimiento del sánscrito, la literatura brahmánica, de que hablaremos después, habían inaugurado un movimiento científico que debía ir aumentándose con estudios más profundos y más amplios.

Mucho antes que Nínive y Babilonia hicieran su aparición en la historia, había existido en el inmenso Sais designado por los orientistas bajo el nombre de Irán que comprende la Persia, el Afganistán y el Beluchistán, una civilización muy avanzada, a la cual se refiere el nombre de Zoroastro, a la vez conquistador, legislador y fundador de una religión. Sus discípulos perseguidos en la época de la conquista musulmana y expulsados de su antigua patria donde se había conservado su culto, se refugiaron bajo el nombre de Parsis en el Noroeste de la India.

A fines del siglo pasado, el francés Anquetin Duperron, trajo a Europa una copia exacta de los libros religiosos de los Parsis escritos en la misma lengua de Zoroastro; los tradujo, y durante

sesenta años todos los eruditos habían encontrado en ellos la fuente de las nociones religiosas y filológicas que poseían acerca del Irán. Estos libros son conocidos con el nombre de *Zendavesta*, palabra que contiene el nombre de la lengua zenda y el título de la obra *Avesta*.

Pero esta rama de la ciencia, después de los progresos hechos en los estudios sánscritos, necesitaba ser renovada y tratada con el rigor de los métodos modernos. El filólogo dinamarqués Rask en 1820, y después Eugenio Burnouf con sus conocimientos profundos del sánscrito y con el auxilio de una traducción sánscrita recientemente descubierta en la India, volvieron a emprender el estudio del zendo, y Burnouf llegó a publicar en 1834 un estudio magistral sobre el yacna que formó época.

De esta comparación del sánscrito antiguo con el zendo nació la admisión del mismo origen para estas dos lenguas y la prueba del parentesco o mejor dicho de la unidad de los pueblos que las hablaban. En su origen existen en efecto los mismos nombres de divinidades, las mismas tradiciones, semejanza de costumbres y la misma apelación genérica común a los dos pueblos que en sus escritos antiquísimos se llamaban Aryas.

A nuestro juicio es inútil insistir sobre la importancia de este descubrimiento, que vino a esclarecer con nueva luz los principios por tan largo tiempo ignorados de nuestra historia.

Desde fines del siglo XVIII, es decir, desde la época en que los ingleses se establecieron sólidamente en la India, se comenzó y prosiguió activamente el estudio físico del país con todos los datos y noticias que a él se refieren. Este estudio vino naturalmente antes que el de la etnología y de las ciencias con ella relacionadas, las cuales para florecer exigen un terreno más seguro y tiempos más tranquilos. Preciso es confesar también, sin embargo, que el conocimiento geográfico del país es necesario al gobierno y a la administración y conveniente para la explotación comercial.

Así el marqués de Wellesley, a la sazón gobernador a nombre de la Compañía, comprendiendo la importancia de un mapa de las

posesiones inglesas, encargó en 1801 al brigadier de infantería Guillermo Lambton, la tarea de unir por medio de una red trigonométrica las dos orillas occidental y oriental del Indo con el observatorio de Madrás. Pero Lambton no se contentó con esta tarea; determinó con precisión el arco del meridiano desde el cabo Comonn hasta la aldea de Takir Kera a 15 millas al Sudeste de Ellichpur. La amplitud de este arco pasaba de 12° y con el auxilio de oficiales instruidos, entre los cuales debemos citar al coronel Everest, el Gobierno de la India hubiera tenido mucho antes de 1840 completamente terminada la tarea de sus ingenieros, si las anexionen sucesivas de nuevos territorios no hubieran venido continuamente a darles nuevos trabajos.

Casi al mismo tiempo surgía un movimiento grande dirigido al estudio y conocimiento de la literatura de la India.

En 1770 apareció en Londres, traducido por la primera vez, un escrito de los códigos indígenas más importantes de la India con el título de Código de los Gentoux.

Nueve años después se fundaba en Calcuta la Sociedad Asiática por *sir* William Jones, el primero que supo verdaderamente el sanscrito, sociedad cuya publicación periódica *Asiatic researches* (investigaciones asiáticas) acogió todas las investigaciones científicas relativas a la India.

Poco después, en 1789, Jones publicaba su traducción del drama Sacontala, muestra deliciosa de la literatura india tan llena de sentimiento y de delicadeza. Desde entonces se publicaron a porfía gramáticas y diccionarios sánscritos y se produjo una verdadera emulación en la India británica, que no hubiera tardado en irradiar sobre Europa si el bloque continental no hubiera impedido la introducción de libros publicados en el extranjero. Por aquella época el inglés Hamilton, prisionero en París estudiaba los manuscritos orientales de la biblioteca e iniciaba a Federico Schlegel en el conocimiento del sánscrito que ya no era necesario estudiar en el país donde se había hablado.

Schlegel tuvo a Lassen por discípulo y se dedicó con él al estudio de la literatura y de las antigüedades de la India, a la discusión, a la publicación y a la traducción de los textos. Entre tanto Franz Bopp se dedicaba asiduamente y sin levantar cabeza al estudio de la lengua; hacia sus gramáticas accesibles a todos y llegaba a esta conclusión, entonces sorprendente, y hoy unánimemente aceptada: el parentesco de las lenguas indoeuropeas.

En breve se averiguaba que los Vedas, colección rodeada de un respeto general que había impedido las interpolaciones, estaban por esta misma razón escritas en un idioma antiquísimo muy puro, que no se había rejuvenecido y cuya estrecha semejanza con el zendo hacia retroceder la composición de estos libros sagrados a un tiempo anterior a la separación de la familia arya en dos ramas.

Después se estudiaron las dos epopeyas de la época brahmánica que sucedió a los tiempos Védicos, el Mahabharata y el Ramayana así como los Puranas; y merced a un conocimiento más profundo de la lengua y a una iniciación más íntima en los mitos de la India, llegaron los eruditos a fijar aproximadamente la época de la composición de los poemas, a descubrir sus innumerables interpolaciones y a distinguir lo que se refería a la historia y lo concerniente a la geografía en aquellas alegorías maravillosas.

Por medio de estas pacientes y minuciosas investigaciones se llegó a la deducción de que las lenguas céltica, griega, latina, alemana, eslava y persa, tienen todas un mismo origen, siendo el sánscrito su lengua madre. Si la lengua es la misma, preciso es también que el pueblo haya sido el mismo; y las diferencias que existen hoy entre estos diversos idiomas se explican por los fraccionamientos sucesivos del pueblo primitivo: fechas aproximadas que permiten apreciar la mayor o menor afinidad de estas lenguas con el sánscrito y la naturaleza de las voces que de él han tomado y que corresponden por tanto a los diferentes grados de civilización.

Al mismo tiempo se formaba una idea clara y precisa de la vida que habían llevado los padres de la raza indoeuropea y de las transformaciones a que la civilización les había sujetado. Los Vedas nos muestran aquella existencia en los tiempos en que todavía no habían invadido la India y ocupaban tan sólo el Pendyab y el Cabulistán. Estos poemas nos hacen asistir a la luchas contra las poblaciones primitivas del Indostán, cuya resistencia fue tanto más encarnizada cuanto que los vencedores con su división en castas les clasificaban en la ínfima y más deshonrada.

Gracias a los Vedas penetramos en todos los pormenores de la vida pastoril y patriarcal de los aryas, nos iniciamos en esa existencia poco agitada de familia y nos preguntamos si las luchas encarnizadas de los modernos pueden compensar los magníficos goces que la falta de necesidades proporcionaba a nuestros antiguos padres.

Se comprende que no podamos detenernos mucho sobre este punto pero por lo poco que hemos dicho conocerá el lector la importancia de estos estudios bajo el punto de vista de la historia, de la etnografía y de la lingüística. Para más pormenores le remitiremos a las obras especiales de los orientalistas y a los excelentes manuales de historia antigua de los señores Robiou, Lemormant y Maspero. Todos los resultados obtenidos hasta 1820 en las diferentes investigaciones científicas habían sido registrados con imparcialidad y competencia en la grande obra de Walter Hamilton titulada: *Descripción geográfica estadística e histórica del Indostán y de los países inmediatos*, una de las obras que marcando las etapas de la ciencia, establecen con precisión su grado de adelanto en cada época.

Después de esta rápida ojeada sobre los estudios relativos a la vida intelectual y social de los indios, conviene registrar los que tuvieron por objeto el conocimiento físico del país.

Uno de los resultados que más habían sorprendido en los viajes de Webb y de Moorcroft, era la altura extraordinaria que estos exploradores daban a los montes del Himalaya. Su elevación, según

el cálculo de ambos viajeros, debía de ser por lo menos igual a la de las más altas cimas de los Andes. Las observaciones del coronel Colebrook daban a esta cordillera 22 000 pies y aun sus cálculos parecían inferiores a la realidad. Por su parte Webb, había medido uno de los picos más notables de la cadena, el Yamunavatari y le atribuía 20 000 pies sobre la meseta que le sirve de base y a ésta 5000 pies de elevación sobre la llanura. Webb, poco satisfecho de una medida que le parecía tan sólo aproximada, midió entonces con todo el rigor matemático posible el Devalagary o Montaña Blanca y observó que la cúspide de esta montaña tenía 27 000 pies de altura.

Lo que choca, sobre todo en la cordillera del Himalaya, es la serie de estas montañas, las líneas de proyecciones que trepan, digámoslo así, unas sobre otras. Esto produce una impresión mucho más viva acerca de su altura que la que produciría el espectáculo de un pico aislado levantándose desde la llanura para perder su cúspide entre las nubes.

Los cálculos de Webb y de Colebrook se encontraron confirmados en breve por las observaciones matemáticas del coronel Crawford que había medido ocho de las más altas cimas del Himalaya. La más elevada de estas cimas según el observador, era la del Chumulari situada cerca de las fronteras del Bután y del Tibet, cuya cima debe de estar a 30 000 pies sobre el nivel del Océano.

Estos resultados, aunque concordaban todos y aunque era difícil admitir que todos los observadores se hubieran engañado invariablemente, sorprendieron en gran manera a los hombres científicos. La objeción capital era que en aquéllos el límite de las nieves debía estar a unos 13 000 pies sobre el nivel del mar; y parecía imposible que las montañas del Himalaya estuviesen cubiertas de bosques de pinos gigantescos como se complacían en presentarlas los exploradores.

La observación, sin embargo destruía la teoría. En un segundo viaje, Webb subió hasta el Nita Gaut, la garganta más elevada del universo cuya altura fijó en 16 814 pies; y allí no solamente no encontró nieve, sino que tampoco la tenían en el verano las rocas

que dominan aquélla y que están sobre ella a 300 pies de altura. Allí también en aquellas s pendientes donde la respiración es ya tan difícil, se extendían en anfiteatro bosques magníficos de pinos, de cipreses, de cedros y de abetos.

«Webb, —dice Desborough Cooley—, atribuye la altura donde comienza la nieve perpetua en las montañas del Himalaya a la gran elevación de la meseta desde la cual se lanzan hasta el cielo sus últimos cerros. Como el calor de nuestra atmósfera tiene por causa principal la irradiación de la superficie de la tierra, se sigue de aquí que la proximidad y la extensión de las llanuras que rodean estos montes debe producir modificaciones importantes en la temperatura de un sitio elevado». Estas observaciones a nuestro juicio, refutan de una manera satisfactoria las objeciones suscitadas por algunos doctos acerca de la grande elevación de las montañas del Himalaya que por consiguiente debe ser mirada sin contradicción como la más alta cordillera del mundo.

Ahora debemos decir algunas palabras acerca de una excursión por los mismos sitios ya visitados por Webb y por Moorcroft. El viajero Fraser no tenía ni los instrumentos, ni la instrucción a propósito para medir las altas cimas entre las cuales iba a penetrar; pero era hombre de vivos sentimientos y su relación, llena de interés, es con frecuencia divertida.



Visitó las fuentes del Yumna; y aunque estaba a más de 25 000 pies de altura, encontró a cada instante aldeas pintorescamente situadas sobre las vertientes alfombradas de nieve. Visitó después a Gangutri, a pesar de la oposición de sus guías que le decían que el

camino era peligrosísimo y que un viento pestilente privaba de sentido al viajero que se atrevía a penetrar por él.

El explorador que maravillado ante la grandeza y magnificencia de los paisajes que descubrió y los goces de artista que experimentó, le recompensaron de las fatigas que había padecido.

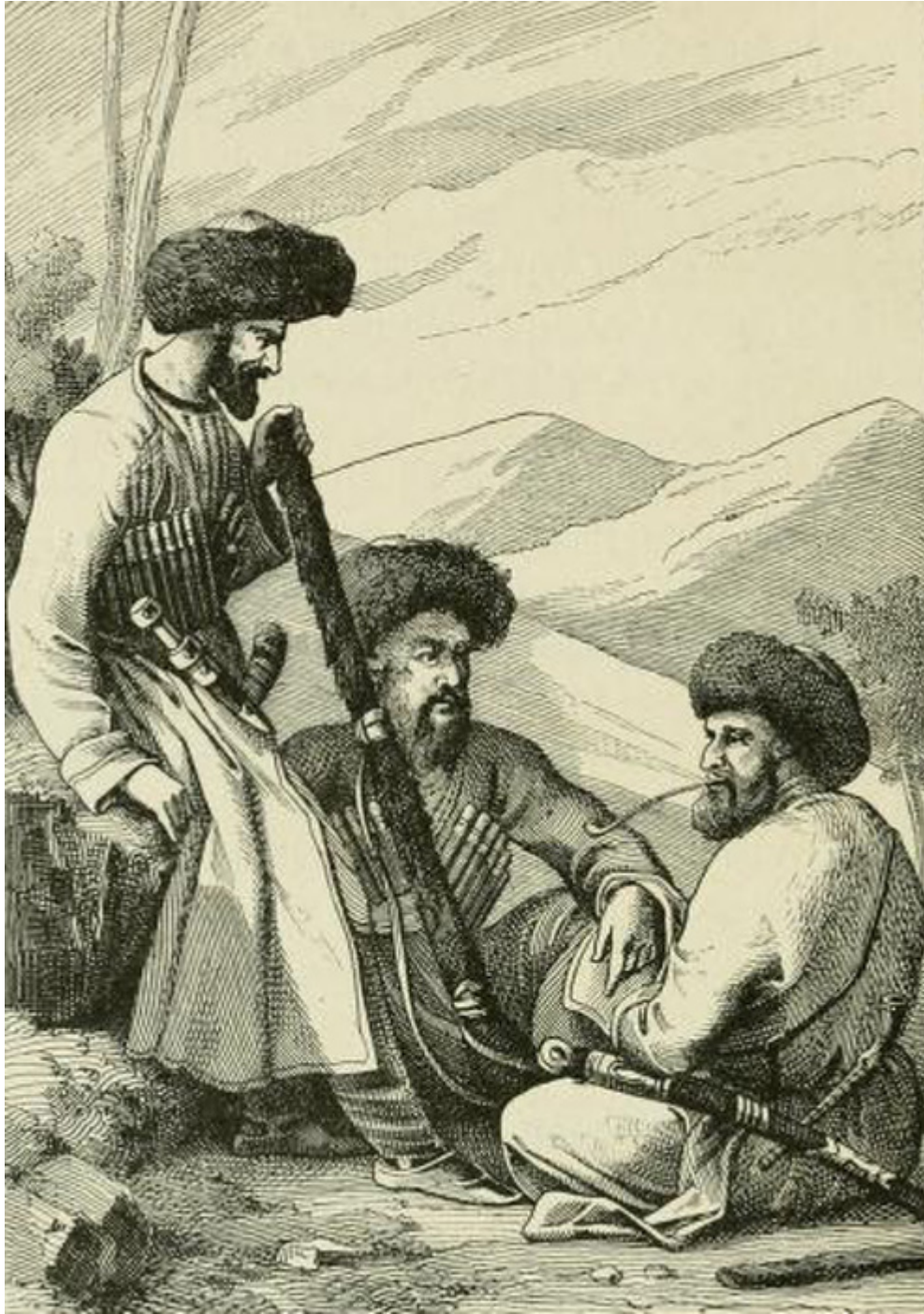
«Las cordilleras del Himalaya ofrecen un carácter especial y en ello convienen todos los viajeros que las han visitado. En efecto, no se parecen a ninguna otra cadena de montañas, porque vistas desde un punto elevado sus cimas de formas fantásticas, sus agujas de una altura prodigiosa, causan tal admiración al extranjero, cuyas miradas atraen, que se cree a veces víctima y juguete de un espejismo engañoso».

Debemos ahora abandonar la península del Ganges para trasladarnos a la península arábiga y consignar el resultado de alguna excursión interesante. En primer lugar debe citarse el viaje del capitán Sadlier, del ejército de la India, el cuál en el mes de agosto de 1819, encargado por el gobernador de Bombay de una misión para Ibrahim Bajá que estaba en guerra contra los wahabitas, atravesó la península entera, desde el puerto de El Katif, en el Golfo Pérsico hasta Yambo, en el Mar Rojo.

Esta relación curiosísima de un viaje al través de la Arabia, viaje que hasta entonces no había hecho ningún europeo, jamás se ha publicado aparte por desgracia y ha quedado envuelta y como sepultada en una obra de la cual casi es imposible encontrar ejemplares Las actas de la Sociedad literaria de Bombay.

Por el mismo tiempo, de 1821 a 1826, el gobierno inglés envió a los capitanes de navío Moresby y Haines para ejecutar estudios hidrográficos con el objeto de sacar el plano completo de las costas de Arabia para establecer el primer mapa importante de esta península.

Por último, los naturalistas franceses Aucher Eloy y Emilio Botta hicieron excursiones, el primero por Omán, y el segundo por el Yemen, y él cónsul de Francia en Dyeda, Fulgencio Fresnel, practicó varios estudios de los idiomas y antigüedades de la Arabia.



Este último en sus cartas sobre la historia de los árabes, antes del islamismo, publicadas en 1836, fue uno de los primeros que estudió la lengua himyarita u homerita y reconoció que se acerca más que el idioma actual, a los antiguos dialectos hebraico y siríaco.

Al principio de este tomo hemos hablado de las exploraciones e investigaciones arqueológicas e históricas de Seetzen y de Burckhardt en Siria y Palestina. Falta ahora que digamos algunas palabras de una excursión cuyos resultados interesan particularmente a la geografía física, y es la del naturalista bávaro Enrique Schubert.

Schubert, católico ardiente y entusiasta por la ciencia, se sentía atraído por los paisajes melancólicos de la Tierra Santa, con sus leyendas maravillosas, por las orillas del Nilo misterioso iluminadas por los resplandores del sol y llenas de recuerdos históricos.

Por eso se encuentran en su relación las impresiones profundas del creyente y los puntos de vista científicos del naturalista.

En 1837, después de haber recorrido el Egipto inferior y la península del Sinaí, penetró en la Tierra Santa con dos amigos suyos, el doctor Erd, médico distinguido, y el pintor Martin Bernatz.

Desembarcaron los tres viajeros en El-Akabah, a orillas del Mar Rojo, y uniéndose a una pequeña caravana árabe, llegaron a El-Khalil, la antigua Helbron. El camino que siguieron no había sido todavía hollado por ningún pie europeo: era un valle ancho llano que terminaba en el Mar Muerto y parecía haber servido en otro tiempo de desagüe de las corrientes que se dirigían al Mar Rojo.

Burckhardt y otros muchos que le habían observado de lejos habían experimentado la misma impresión, y atribuían a un levantamiento del suelo la interrupción del desagüe. Las alturas tomadas por los viajeros, iban a demostrar la falsedad de esta hipótesis.

En efecto, desde el fondo del golfo Elanítico, el camino va subiendo por espacio de dos o tres jornadas de marcha hasta un punto que los árabes llaman la Silla y después baja hacia el Mar Muerto. Este punto de separación de la Silla, está a 700 metros sobre el nivel del mar. Esto es a lo menos lo que averiguó al año siguiente el conde de Bertou, viajero francés que exploró los mismos sitios.

Schubert y sus compañeros al bajar hacia el lago Asphaltites se dedicaron a otras observaciones barométricas y se quedaron muy sorprendidos al ver que su instrumento señalaba 9 pies bajo el nivel del Mar Rojo y niveles cada vez menos elevados.

Al principio creyeron haber cometido algún error; pero tuvieron al fin rendirse a la evidencia y reconocer que nunca el lago Asphaltites había podido desaguar en el Mar Rojo por la razón de que su nivel es muy inferior al de éste.

Ahora bien; este hundimiento del Mar Muerto, es todavía más visible cuando el viajero procedente de Jerusalén se dirige a Jericó. Entonces recorre un largo valle de rápidas pendientes y que lo parece tanto más cuanto que las llanuras montañosas de la Judea, de la Perea y del Hauran son muy altas, elevándose estas últimas a cerca de 3000 pies sobre el nivel del mar.

Sin embargo, el aspecto de los lugares y el testimonio de los instrumentos estaban en contradicción tan formal con las ideas hasta entonces admitidas, que Erdly Schubert acogieron con recelo estos resultados atribuyéndolo al desarreglo de su barómetro y a una perturbación súbita de la atmósfera.

Pero durante su regreso a Jerusalén el barómetro volvió a marcar lo mismo que había señalado antes de su partida para Jericó y fue preciso de buen o mal grado admitir que el Mar Muerto está 600 pies más bajo que el Mediterráneo. Aun esta cifra de 600 pies estaba calculada en una mitad menos de lo que realmente debía señalarse como lo demostraron las exploraciones posteriores.

Era una feliz rectificación que debía tener influencia considerable, llamando la atención de los hombres científicos sobre un fenómeno que otros exploradores iban en breve a comprobar.

Al mismo tiempo se completaba y rectificaba el estudio físico de la cuenca del Mar Muerto. Dos misioneros norteamericanos llamados Eduardo Rbinson y Elias Smith daban en 1838 un nuevo ímpetu a la geografía bíblica.

Eran los precursores de la falange de viajeros, naturalistas, historiadores, arqueólogos, ingenieros que en breve, bajo los

auspicios de la Asociación inglesa, o a la sombra de esta sociedad, iban a explorar en todos sentidos la tierra de los patriarcas, levantar su carta en todos sus pormenores y proceder en fin a múltiples descubrimientos que debían arrojar nueva luz sobre los pueblos antiguos que sucesivamente fueron poseedores de aquella parte de la cuenca mediterránea.

Pero no era solamente esta comarca, tan interesante por los recuerdos que despierta en toda alma cristiana, la que era objeto de los estudios de los eruditos y de los viajeros. El Asia Menor toda entera iba a entregar en breve a la curiosidad de los hombres de ciencia los tesoros que contenía su suelo. Los viajeros la atravesaban en todos sentidos. Parrot visitaba la Armenia; Dubois de Montpereux recorría el Cáucaso en 1839; Eisbald en 1825 y 1826 exploraba las orillas del mar Caspio y en fin Alejandro de Humboldt, merced a la generosidad del emperador Nicolás de Rusia, completaba en la parte asiática de aquel imperio y en el Ural las observaciones de física general y de geografía que tan valerosamente había recogido en el Nuevo Mundo.

Humboldt, acompañado del mineralogista Gustavo Rose, del naturalista Ehrenberg, muy conocido por sus viajes al alto Egipto y a Nubia; y del barón de Helmersen, oficial de ingenieros, recorría la Siberia, visitaba las minas de oro y de platino del Ural y exploraba las estepas del Caspio y la cordillera del Altai hasta la frontera de China. Estos doctos se habían repartido el trabajo: Humboldt se había encargado de las observaciones astronómicas, magnéticas, físicas y de historia natural, y Rose llevaba el diario de viaje que publicó en alemán de 1837 a 1842.

Los resultados científicos de esta exploración, no obstante que fue tan rápida, pues que en nueve meses los viajeros recorrieron 11 500 millas, fueron considerables.

En la primera publicación que apareció en París en 1838, Humboldt no trataba más que de la climatología y de la geología del Asia; pero en 1843 sucedió a este trabajo fragmentario una obra magistral, el Asia central.

«En ella consignó, —dice La Roquette—, y sistematizó los principales resultados científicos de su excursión por el Asia, entrando en consideraciones ingeniosas sobre la forma de los continentes y la configuración de las montañas de Tartaria y estudiando sobre todo la vasta depresión que se extiende desde la Europa septentrional hasta el centro del Asia, pasando más allá de los mares Caspio y Aral».

Debemos ahora dejar el Asia para pasar revista a las diferentes expediciones que se sucedieron en el Nuevo Mundo desde el principio del siglo. En la época en que Lewis y Clarke atravesaban la América del Norte desde los Estados Unidos hasta el Océano Pacífico, el joven teniente Zabulon Montgomery Pike recibía del gobierno en 1807 el encargo de reconocer las fuentes del Misisipi, y de tratar al mismo tiempo de captarse la amistad de los indios que encontrara en su viaje.

Pike, bien recibido por el jefe de la poderosa confederación de los sioux y honrado con el regalo de una pipa sagrada, talismán que debía asegurarle la protección de las tribus aliadas, subió por el Misisipi, por la embocadura del Cheppeway y del río de San Pedro, afluentes considerables de aquella inmensa corriente de agua. Pero desde la confluencia del San Pedro hasta las cataratas de San Antonio, el curso del Misisipi estaba obstruido por una serie no interrumpida de cascadas y cataratas. Así es que Pike y sus compañeros al llegar al grado 45 de latitud tuvieron que dejar sus canoas y continuar su viaje en trineos. A los rigores de un invierno espantoso se unieron en breve los tormentos del hambre; pero nada detuvo a los intrépidos exploradores, que continuando la subida del Misisipi, reducido ya a 300 varas de anchura, llegaron en el mes de febrero al lago de las Sanguijuelas, donde fueron acogidos con amistad en un acantonamiento de tramperos y cazadores de Montreal.

Pike, después de haber visitado el lago del Cedro Rojo, volvió a Puerto Luis. Este viaje penoso y arriesgado no había durado menos

de nueve meses, y aunque no se logró su objeto, no dejó de producir resultados para la ciencia.

La habilidad, la serenidad y el valor de Pike no pasaron inadvertidos para el gobierno, el cual, ascendiéndole al empleo de mayor, le confió el mando de una nueva expedición.

Tratábase esta vez de explorar la vasta extensión de país comprendida entre el Misisipi y las montañas Roquizas y descubrir las fuentes del Arkansas y del río Colorado.

Pike, acompañado de 23 personas, subió por el Arkansas, hermoso río, que es navegable hasta el pie de las montañas donde toma su origen; es decir, durante el espacio de 2000 millas, excepto en el verano en que los bancos de arena obstruyen su corriente.

Pero durante esta larga navegación había llegado el invierno y entonces se renovaron con doble rigor los padecimientos que habían sometido a Pike a tan duras pruebas durante su primera expedición. La caza era tan rara, que durante cuatro días el destacamento estuvo privado de alimento. A algunos de los expedicionarios se les helaron los pies, desgracia que vino a aumentar las fatigas de los que habían quedado sanos. El mayor Pike, después de haber llegado a la fuente del Arkansas, bajó hacia el Sur y no tardó en encontrar un hermoso río que creyó ser el Colorado.

Era el Río del Norte que toma su origen en el Colorado, provincia entonces española, y desemboca en el golfo de México.

Por lo que hemos dicho de las dificultades que Humboldt había encontrado para obtener el permiso de visitar las posesiones españolas, se ha podido juzgar si los españoles estarían recelosos de ver penetrar en su territorio a personas extranjeras.

El Mayor Pike, rodeado en breve de un destacamento de soldados españoles, fue hecho prisionero con toda su comitiva y conducido a Santa Fe. La vista de sus vestidos hechos jirones y de sus rostros macilentos no prevenía en favor de los norteamericanos, y así es que al principio los españoles les tomaron por salvajes. Sin embargo, una vez reconocido el error, Pike y sus compañeros

fueron conducidos, atravesaron las provincias interiores hasta la Luisiana y llegaron el 1 de julio de 1807 a Natchitoches.

El fin desgraciado de esta expedición enfrió por algún tiempo el celo del gobierno, pero no el de los simples particulares, negociantes o cazadores, población cada vez más numerosa en el país. Muchos de éstos atravesaron la América de parte a parte, desde el Canadá al Pacífico y entre ellos conviene citar más particularmente a Daniel William Harmon, socio de la compañía del N. O. que viajando entre los 47 y 58° de latitud Norte, visitó los lagos Hurón, Superior, de las Lluvias, de los Bosques, Manitoba, Winnipeg, Alabasca y del Gran Oso y llegó hasta el Océano Pacífico.

La Compañía de pieles de Astoria, establecimiento situado a la embocadura del Columbia, hizo también mucho para explorar y atravesar las montañas Roquizas.

Cuatro asociados de esta Compañía salieron de Astoria en el mes de junio de 1812; subieron por el Columbia, atravesando las montañas Roquizas, y tomando el camino del Este Sudeste, después de haber llegado a una de las fuentes del Plata, por el cual bajaron hasta el Misuri atravesando un país que nadie habían explorado antes que ellos, llegaron a San Luis el 30 de mayo de 1813.

En 1811, otra expedición compuesta de 60 hombres saliendo de San Luis había subido por el Misuri hasta las aldeas de los Ricaras; y después de haber experimentado grandes privaciones y perdido muchos hombres por falta de alimento y a consecuencia de las fatigas del viaje, había llegado hasta Astoria a principios del año 1812.

Estos viajes, no solamente habían tenido por resultado el conocimiento: del terreno, sino que habían producido descubrimientos muy singulares y enteramente imprevistos. Así es que en el valle del Ohio, desde el país de los Illinois hasta México se habían encontrado ruinas y fortificaciones o atrincheramientos

guarnecidos de fosos y especie de bastiones de los cuales muchos cubrían 5 o 6 fanegas de terreno.

¿A qué nación atribuir estas obras que denotaban una civilización muy superior a la de los indios?

Problema difícil cuya solución no se ha encontrado todavía.

Ya los filólogos e historiadores se alarmaban de la desaparición de las tribus indias, que hasta entonces habían sido observadas muy superficialmente y sentían que se extinguieran sin que se hubieran podido estudiar sus lenguas. El conocimiento de estas lenguas y su comparación con las del antiguo mundo hubieran podido dar algún indicio sobre el origen de las tribus errantes. Al mismo tiempo se comenzaba a estudiar la flora y la geología del país ciencia que reservaba a los futuros exploradores tan maravillosas sorpresas.

Tenía demasiado interés el gobierno de los Estados Unidos en proceder rápidamente al reconocimiento de los vastos territorios que le separaban del Pacífico para que se detuviera tiempo en organizar una nueva expedición.

El ministro de la Guerra encargó en 1819 al mayor Long de explorar el país situado entre el Misisipi y las montañas Roquizas, explorar el curso del Misuri y de sus principales afluentes, fijar por medio de observaciones astronómicas los sitios más notables, estudiar las tribus indias y describir por fin todo lo que presentaran de interesante el aspecto del país y las producciones de los tres reinos de la naturaleza.

La expedición a las órdenes del mayor Long, salió de Pittsburgo el 5 de mayo de 1819 en el vapor *Ingeniero Occidental* y llegó el 30 de mayo siguiente a la confluencia del Ohio con el Misisipi, subiendo después por éste hasta San Luis.

El 29 de junio reconoció la embocadura del Misuri, y durante el mes de julio M. Say, encargado de las observaciones zoológicas, reconoció el país hasta el fuerte de Osage, adonde llegó después él barco. El mayor Long aprovechó su estancia en este sitio para enviar una partida a reconocer el país entre el Kansas y el Plata;

pero este destacamento atacado y saqueado tuvo que volver pies atrás, después de haber perdido sus caballos.

Cuando la expedición recibió en la isla de las Vacas, un refuerzo de quince hombres de tropa, se puso en marcha y llegó el 19 de setiembre, al fuerte Lisa, cerca de Council Bluff, donde estableció sus cuarteles de invierno. Allí sus individuos, atacados con violencia del escorbuto y no teniendo ningún remedio contra esta terrible enfermedad, perdieron cien hombres, es decir, casi la tercera parte del total.

El mayor Long, que entre tanto había ido a Washington con una lancha, volvió con la orden de suspender el viaje por el Misuri y pasar a las fuentes del Plata, para desde allí dirigirse al Misisipi por el Arkansas y el río Colorado.

El 6 de julio, los exploradores salieron del acantonamiento de los Ingenieros, como habían llamado a sus cuarteles de invierno y subieron por espacio de más de 100 millas por el valle de la Plata, lleno de praderas pobladas de inmensos rebaños de bisontes y de gamos que les suministraron víveres en abundancia.

A estas praderas sin límites, cuya monotonía no se rompe por una sola eminencia, sucede un desierto de arena que se va elevando en pendiente suave por un espacio de cerca de 400 millas, hasta las montañas Roquizas.

Este desierto, cortado por barrancos y precipicios, por cañadas y gargantas en cuyo fondo murmura bajo una pobre y rara vegetación, algún miserable arroyuelo, no tiene más vegetales que cactus de puntas agudas y temibles.

El 16 de julio, la expedición llegó al pié de las montañas Roquizas. El doctor James trepó a uno de los picos, al cual dio su nombre y que se levanta hasta 11 500 pies sobre el nivel del mar.

«Desde la cima de este pico, dice el botánico, la vista abraza al Noroeste y Sudoeste innumerables montañas, todas cubiertas de nieve: las más lejanas la tienen hasta en su base. Inmediatamente a nuestros pies, hacia el Oeste, estaba el estrecho valle del Arkansas, cuyo curso podíamos seguir con la vista hacia el Noroeste, hasta

más de 60 millas. En la vertiente septentrional de la montaña había una masa enorme de nieve y de hielo; y al Este se extendía la gran llanura elevándose a medida que se alejaba, hasta que al extremo del horizonte parecía confundirse con el cielo».

En este paraje la desperdicio se dividió en dos secciones: la una, a las órdenes del mayor Long, debía dirigirse a las fuentes del Río Colorado y la otra, mandada por el capitán Bell, debía bajar por el Arkansas, hasta el puerto Smith.

Los dos destacamentos se separaron el 24 de julio: el primero, engañado por las noticias que le dieron los indios cascayas y por la inexactitud de los mapas, tomó el río Canadiense por el Colorado y no advirtió su error hasta llegar a la confluencia de este río con el Arkansas.



Los indios cascayas eran los más miserables de los salvajes; pero intrépidos jinetes, sobresalían en el arte de capturar con lazo los mustangos, caballos bravos descendientes de los que importaron en México los conquistadores españoles.

El segundo destacamento se vio abandonado por cuatro soldados, que se llevaron con muchos efectos preciosos los diarios de viaje de Say y del teniente Swift.

Ambas secciones tuvieron que padecer mucho a causa de la falta de provisiones, en aquellos desiertos cubiertos de una capa de arena, cuyos ríos llevan una agua salitrosa o cenagosa.

La expedición llegó a Washington con unas sesenta pieles de animales salvajes, muchos millones de insectos, entre ellos quinientos nuevos, un herbario de cuatrocientas o quinientas plantas desconocidas, muchas vistas del país y los materiales para un mapa de las comarcas recorridas.

En 1828 se dio el mando de una nueva expedición al mismo mayor Long, cuyos servicios habían sido muy apreciados. El mayor Long salió de Filadelfia en el mes de abril, entró en el Ohio, atravesó este Estado y los de Indiana e Illinois, subió luego por el Misisipi hasta la embocadura del río de San Pedro, en otro tiempo visitada por Carver y después por el barón La Hontan, siguió este río hasta su origen, encontró el lago Travers, pasó el lago Winnipeg, exploró el río del mismo nombre, vio el lago de los Bosques y el de las Lluvias y llegó a la meseta superior que separa la cuenca de la bahía de Hudson de la del río de San Lorenzo. Por último por el lago de Agua Fría y el río del Perro, llegó al lago Superior.

Aunque todas estas localidades habían sido recorridas desde largo tiempo por los exploradores canadienses, los tramperos y los cazadores, era la primera vez que una expedición oficial las visitaba, con la misión de levantar su plano topográfico.

Sorprendió a los viajeros la belleza de los países regados por el Winnipeg. Este río, frecuentemente interrumpido por cascadas del efecto más pintoresco, corre entre dos muros de granito cortados a pico y cubiertos de verdor. La hermosura de estos paisajes, que sucedía a la monotonía de los llanos y de las sabanas que habían atravesado hasta entonces, causó gran admiración a los viajeros.

comitiva de veinte hombres, experimentados en el oficio de corredores de los bosques y llegó al alto Misisipi, después de haber visitado los lagos Hurón, Superior y Sandy.

Su escolta fatigada, tuvo que acampar en este paraje, mientras él seguía en canoa la exploración del río.

El Misisipi corría allí rápidamente y sin obstáculos por espacio de 150 millas; pero a esta distancia su lecho estaba cortado por cascadas en el espacio de una docena de millas, hasta la catarata del Peckgama.

Por encima de esta catarata, la corriente mucho menos rápida serpenteaba al través de inmensas sábanas, hasta el lago de las Sanguijuelas.

Cass, después de haber visitado el lago Winnipeg, llegó el 28 de julio a un nuevo lago que recibió su nombre, pero quiso llevar más lejos sus exploraciones con los pocos recursos que tenía, en municiones, en víveres y en hombres. Los exploradores, por consiguiente, se habían acercado a las fuentes del Misisipi, pero no habían llegado a ellas. La opinión general era que el río salía de un pequeño lago situado a 60 millas del que había encontrado Cass y que llevaba el nombre de lago de la Cierva. Pero hasta el año 1832, siendo Cass ministro de la Guerra, no se pensó en resolver este importante problema.

En 1832 un viajero llamado Schoolcraft, que en el año anterior había explorado el país de los Chippeways, al Noroeste del lago Superior, recibió el mando de una expedición de treinta personas, entre ellas diez soldados, un oficial encargado de los estudios hidrográficos, un cirujano, un geólogo, un intérprete y un misionero.

Schoolcraft salió de Santa María el 7 de junio de 1832, visitó las tribus del lago Superior y entró poco después en el río de San Luis. Ciento cincuenta millas le separaban entonces del Misisipi y no tardó menos de diez días en recorrer este trayecto a causa de las cascadas. El 3 de julio la expedición llegó a la factoría de un comerciante, llamado Aitkin, a orillas del río y allí celebró al día siguiente el aniversario de la independencia de los Estados Unidos.

Dos días después se encontraba a la vista de la catarata de Peckgama y acampaba en la punta de las Encinas. En este paraje el río hacía muchos rodeos entre las llanuras, pero los guías condujeron la expedición por sendas que abreviaron considerablemente la distancia. Enseguida la expedición atravesó el lago de la Cruz, y el Winnipeg y llegó el 10 de julio al lago Cass, límite hasta entonces de las exploraciones precedentes. Una partida de chippeways condujo a los viajeros al campamento que ocupaban aquellos indios en una isla del lago.

El comandante, seguro de las disposiciones amistosas de los salvajes, dejó allí una parte de su escolta, y acompañado del teniente Alien, del cirujano Houghton, de un misionero y de varios salvajes siguió adelante en una piragua. Atravesaron sucesivamente los lagos Tascodiac y Travers y un poco más allá de este último vieron que el Misisipi se dividía en dos brazos. El guía condujo a Schoolcraft por el del Este y haciéndole atravesar los lagos Marquette, Lasalle y Kubbakunna, le llevó hasta la confluencia del Naivra, principal tributario de aquel brazo, que sale de un lago infestado de serpientes de cabeza de color de cobre.

En fin, después de haber pasado por el pequeño lago Usawa, llegó la expedición al lago Itasca, donde nace el brazo itascano u occidental del Misisipi.

El lago Itasca o de la Cierva, como le llamaban los franceses, no tiene más de siete a ocho millas de extensión y está rodeado de colinas que dan sombra al follaje ya oscuro de sus pinos. Según Schoolcraft, está a 1500 pies sobre el nivel del Océano; pero no hay que dar gran importancia a estas medidas porque el jefe de la expedición no tenía instrumentos a propósito para tomarlas.

Para volver al lago de Cass la desperdicio siguió el brazo occidental del río, y reconoció sus principales afluentes, visitando en seguida las tribus indias que frecuentaban aquellos parajes y celebrando tratados con ellas.

En resumen se había logrado el objeto que el gobierno se proponía y el Misisipi había sido explorado desde su embocadura

hasta su origen. La expedición volvió con una multitud de pormenores interesantes sobre las costumbres, usos, historia y lengua de los indígenas y con un contingente de especies nuevas y poco conocidas de Historia Natural.

Pero la actividad de los pueblos de los Estados Unidos no se limitaba a estas exploraciones oficiales.

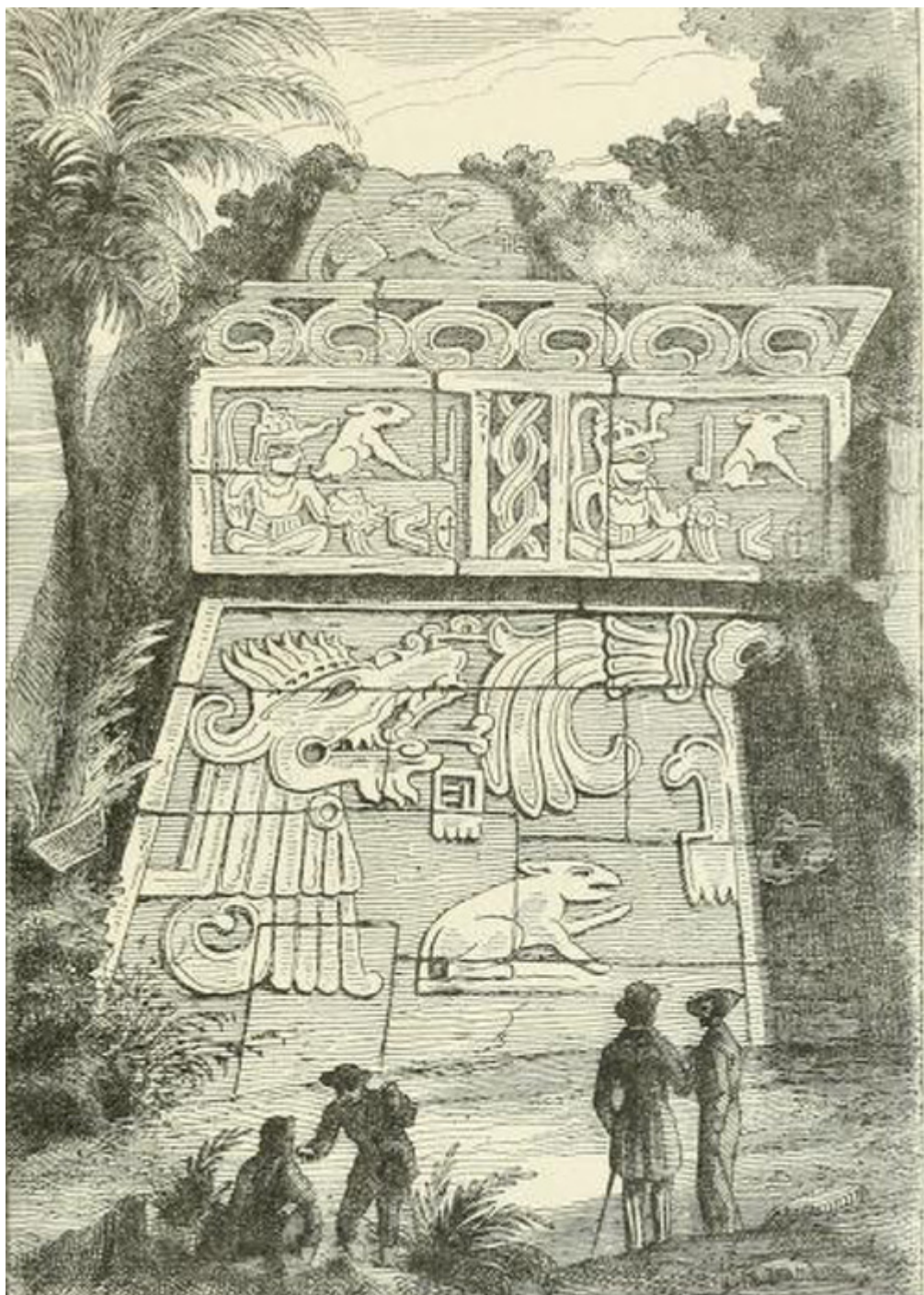
Gran número de tramperos se lanzaron a los países nuevos, y siendo en su mayor parte ignorantes, no pudieron contribuir a los progresos de la ciencia con sus descubrimientos. Sin embargo, no era de este número Jacobo Pattie que publicó la relación de sus aventuras novelescas y de sus correrías peligrosas por la región que se extiende entre el Nuevo México y la Nueva California.

Pattie, bajando por el río Gila hasta su embocadura visitó pueblos casi ignorados como los yotanes, los eyotaros, los papawares, los mokies, los yumas, los mohawas, los navajos, etc, con los cuales nunca se habían tenido relaciones. Descubrió a orillas del río Eyotario ruinas de antiguos monumentos, muros de piedra, fosos, obras de alfarería, y en las montañas inmediatas minas de cobre, de plomo y de plata.

Debemos igualmente un curioso diario de viaje al doctor Willard, que en una residencia de tres años en el Nuevo México, visitó el Río del Norte desde su origen hasta su embocadura.

En fin, en 1831 el capitán Wyeth y su hermano, exploraron el Oregón y la parte de éste territorio que está inmediata a las Montañas Roquizas.

Desde el viaje de Humboldt a México, los exploradores se sucedieron en la América Central. Bernascom, en 1787 descubrió las ruinas de Palenque, hoy famosas, de las cuales Antonio del Río había dado en 1822 una descripción minuciosa acompañada de algunos dibujos debidos al lápiz de Federico Waldeck, futuro explorador de aquella ciudad muerta.



El capitán Guillermo Dupaix y el dibujante Castañeda hicieron, de 1105 a 1107, tres viajes sucesivos al Estado de Chiapa y a Palenque, y en 1830 salió a luz el resultado de sus investigaciones, en una magnífica obra de cuyos dibujos, debidos a Agustín Aglio, se lucieron a costa de *lord* Kingsborough.

En fin, en 1832, Waldeck vivió dos años enteros en Palenque haciendo excavaciones, levantando planos y vistas de los monumentos, reproduciendo los jeroglíficos todavía no explicados que les cubren, y reuniendo acerca de la Historia Natural y de las costumbres de los habitantes una multitud de noticias enteramente nuevas.

Debemos citar igualmente al coronel don Juan Galindo explorador de Palenque, de Uatlan, de Copan y de otras ciudades sepultadas en el fondo de los bosques tropicales.

Después de la larga residencia que Humboldt hizo en la América equinoccial, el impulso que sus exploraciones debían dar a los estudios geográficos, encontró graves obstáculos en las luchas de las colonias españolas contra su metrópoli. Sin embargo, luego que los gobiernos indígenas adquirieron una sombra de estabilidad, exploradores intrépidos se lanzaron por aquel mundo que era entonces verdaderamente nuevo porque la política recelosa de los españoles, les había cerrado hasta entonces a las investigaciones científicas.

Naturalistas e ingenieros recorrieron la América meridional o fueron a establecerse en ella. De 1817 a 1820, los gobiernos de Austria y de Baviera se entendieron para enviar al Brasil una expedición científica, a la cabeza de la cual fueron los doctores Spix y Martius, que recogieron muchos informes sobre la botánica, la etnografía, la estadística y la geografía de aquellos países tan poco conocidos, y Martius escribió sobre la flora del Brasil una obra monumental que publicó a expensas de los gobiernos de Austria y de Baviera y es un modelo en su género.

En la misma época, entre muchas revistas especiales, las francesas tituladas *Anales de Viajes de Malte-Brun* y el *Boletín de la Sociedad Geográfica*, acogieron con júbilo y publicaron todas las comunicaciones que se les dirigieron, principalmente sobre el Brasil y sobre la provincia de Minas Geraes.

Al mismo tiempo un general prusiano, el mayor general príncipe de Wi El-Neuwied, aprovechando los ocios de la paz de 1815, se

dedicó al estudio de las ciencias naturales de la geografía y de la historia, y en compañía de los naturalistas Freirciss y Sellow, ejecutó un viaje de exploración a las provincias interiores del Brasil estudiando especialmente la historia natural y la zoología.

Algunos años después, en 1836, el naturalista francés Alcides Orbgny, ya célebre aunque todavía muy joven, recibió de la administración del Museo una misión relativa a la Historia Natural de la América Meridional, y durante ocho años consecutivos recorrió el Brasil, el Uruguay, la República Argentina, la Patagonia, Chile, la Bolivia y el Perú.

«Un viaje semejante,— dice Damour en el discurso que pronunció en los funerales de Orbigny—, viaje por países tan diversos en producción, en clima, en suelo y en costumbres, presenta a cada paso nuevos peligros.

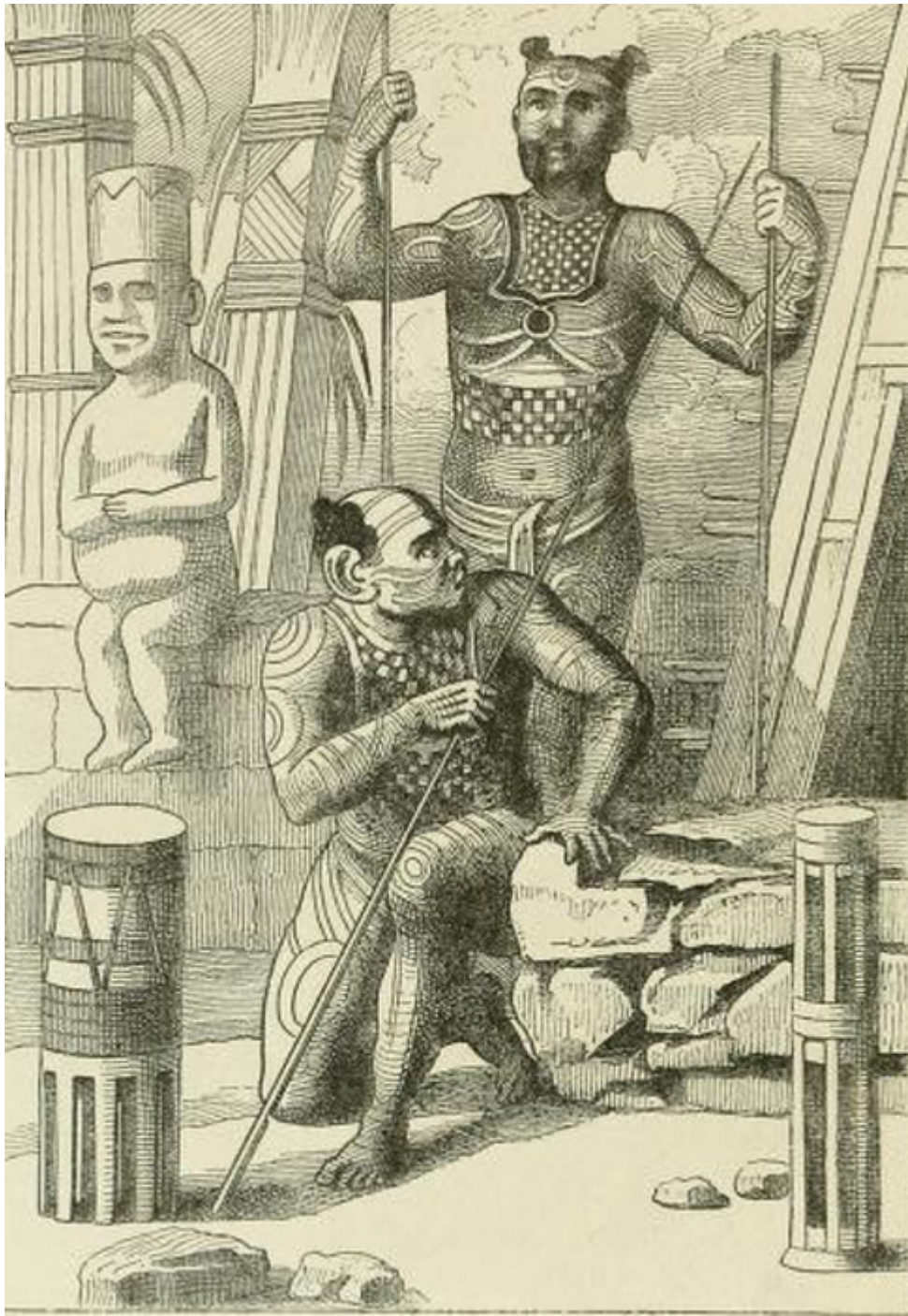
Orbigny, dotado de una fuerte constitución y de un ardor infatigable, superó los obstáculos que hubieran hecho retroceder a muchos viajeros.

Al llegar a las frías regiones de la Patagonia entre poblaciones salvajes, constantemente en guerra, se vio obligado a tomar partido por una de ellas y a combatir en las filas de la tribu que le había dado hospitalidad. Por fortuna para el intrépido viajero la victoria, declarándose de parte de la tribu a cuyo servicio estaba, le dio tiempo para continuar su viaje».

Los resultados de tan largas investigaciones exigieron para su publicación trece años de trabajo asiduo. Esta obra, que toca a casi todas las ciencias, es muy superior a cuantas se habían publicado hasta entonces sobre la América Meridional. En ella la historia, la arqueología, la zoología, la botánica, tienen un puesto de honor; pero su más importante sección es la dedicada al hombre americano. En ella el autor ha reunido todos los documentos recogidos por sí mismo, analizado y criticado los que procedían de segunda mano sobre los caracteres fisiológicos, las costumbres, las lenguas y las religiones de la América del Sur. Una obra de esta importancia debería bastar para inmortalizar el nombre del erudito

francés y hacer el mayor honor a la nación que le cuenta en el número de sus hijos.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE



TERCERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Los circunnavegantes extranjeros. — El comercio de pieles en Rusia. — Krusenstern toma el mando de una expedición. — Nuku Hiva. — Nagasaki. — Reconocimiento de la costa del Japón. — Leso. — Los Ainos. — Saghalien. — Vuelta a Europa. — Otto de Kotzebue. — Escala en la isla de Pascuas. — Penrhyn. — El archipiélago Radak. — Vuelta a Rusia. — Segundo viaje. — Cambios ocurridos en Tahití y en las Sándwich. — Viaje de Beechey. — La isla de Pascuas. — Pitcairn y los sublevados de la Bounly. — Las Pomotú. — Tahití y las Sándwich. — Las islas Bonin Sima. — Lütke. — Las Quebradas de Valparaíso. — La Semana Santa en Chile. — La Nueva Arkhangel. — Los Kaloches. — Unalachka. — El archipiélago de las Carolinas. — Las piraguas de los carolinos. — Guajam, isla desierta. — Belleza y utilidad de las islas Bonin. — Lima. — Los Chukchis, sus costumbres y sus juglares. — Vuelta a Rusia.

Con el siglo XIX principian los rusos a concurrir a los viajes que se realizan alrededor del mundo. Hasta entonces el campo de sus exploraciones había estado concentrado casi enteramente en el Asia, y sólo se cuenta entre sus marinos a Bering, Chirikoff, Spangberg, Lavman, Krenitzin y Sarycheff.

Éste último tomó una parte considerable en el viaje del inglés Billing, viaje que estuvo lejos de producir los resultados que eran de esperar, atendiendo a los diez años invertidos en él, y a los gastos considerables de que fue objeto.

Adams Juan Krusenstern es a quien corresponde el honor de haber sido el primero de todos los rusos que dio la vuelta al mundo con un objeto científico y con una misión del gobierno.

Nacido en 1770, ingresó en 1793 en la marina inglesa. Sometido durante seis años a aquella dura escuela que contaba entonces los más hábiles marinos del globo, volvió a su patria con un perfecto conocimiento de su profesión y con ideas muy extensas acerca del papel que la Rusia podía desempeñar en el Asia oriental.

Durante una residencia de dos años en Cantón en 1798 y 1799, había sido testigo de los maravillosos resultados que habían obtenido algunos negociantes ingleses con la venta de pieles que habían ido a buscar a las costas del Noroeste de la América rusa.

Este comercio no había tenido principio hasta después del tercer viaje de Cook, y los ingleses habían realizado ya inmensos beneficios en detrimento de los rusos, que hasta entonces habían abastecido por tierra los mercados de la China.

Sin embargo, un ruso llamado Chelikoff, había formado en 1785 una compañía, que estableciéndose en la isla Kodiak, situada a igual distancia de la América, del Kamschatka y de las islas Aleutianas, no tardó en adquirir un considerable desarrollo.

El gobierno comprendió entonces todo el partido que podía sacar de comarcas consideradas como improductivas y dirigió hacia el Kamschatka atravesando la Siberia, refuerzos de provisiones y materiales.

Krusenstern no tardó en comprender la insuficiencia de estos socorros, la ineptitud de los pilotos y lo poco seguro de las cartas geográficas, cuyos errores ocasionaban todos los años la pérdida de muchos buques, sin hablar del perjuicio que ocasionaba un viaje de dos años para el transporte de las pieles hasta Okolsk y de allí a Kiakhtha.

Las ideas mejores por lo mismo que siempre son las más sencillas, son también las últimas en que suele pensarse.

Krusenstern fue, pues, el primero en demostrar la imperiosa necesidad de pasar directamente por mar, desde las islas

Aleutianas, lugar de producción, a Cantón, mercado el más frecuentado.

A su vuelta a Rusia, había procurado interesar en sus miras al conde Kucheleff, ministro de Marina; más la respuesta que recibió le quitó toda esperanza.

Pero cuando al advenimiento de Alejandro I, el almirante Mordvinoff se encargó de la cartera de Marina, consiguió verse atendido.

En breve, por los consejos del conde Romanoff, Krusenstern fue encargado por el emperador de la ejecución de los planes que había propuesto, y el 7 de agosto de 1802, recibió el mando de los buques, destinados a explorar la costa Noroeste de la América.

Pero si el jefe de la expedición se hallaba nombrado, los oficiales y marineros que debían seguirle aún no estaban elegidos; y en cuanto a los buques hubo de renunciar a encontrarlos en el imperio ruso, como igualmente en Hamburgo.

Solamente en Londres, el capitán Lisianskoi, futuro teniente de Krusenstern y el constructor Kasumoff, consiguieron procurarse dos embarcaciones que consideraron las más a propósito para el objeto que se proponían. Éstas recibieron los nombres de *Nadiejeda* y de *Neva*.

En el ínterin, el gobierno resolvió aprovecharse de esta expedición para enviar al Japón un embajador, que fue el señor Besanoff, con un numeroso acompañamiento y magníficos presentes destinados al soberano del país.

El 4 de agosto de 1803, los dos bajeles, completamente provistos y conduciendo ciento treinta y cuatro personas, dejaron la rada de Cronsladt. Hicieron dos breves paradas en Copenhague y en Falmouht, con el fin de reponer una partida de salazones que habían adquirido en Hamburgo y de calafatear la *Nadiejeda*, cuyas costuras se habían abierto durante un temporal que asaltó a la expedición en el mar del Norte.

Después de un breve descanso en Canarias, Krusenstern buscó en vano, como lo había hecho *La Perouse*, la isla de la Ascensión,

sobre cuya existencia estaban divididas las opiniones hacia trescientos años. Luego llegó al Cabo Frío, del que no pudo fijar exactamente la posición, a pesar del vivo deseo que tenía, porque las relaciones y las cartas más recientes variaban entre 23° 06' y 22° 34'. Después de haber reconocido las costas del Brasil, pasó entre las islas de Gal y de Alvarado, paso señalado sin razón como peligroso por *La Perouse*, y entró el 21 de diciembre de 1803 en Santa Catalina.

La necesidad de reemplazar el palo mayor y el de mesana de la *Neva*, detuvo durante cinco semanas a Krusenstern en esta isla, donde mereció de las autoridades portuguesas la más solícita acogida.

El 4 de febrero pudieron continuar los dos bajeles su viaje. Estaban dispuestos a arrostrar los peligros de la mar del Sur, y a doblar el Cabo de Hornos, espanto de los navegantes.

Si el tiempo estuvo constantemente hermoso hasta la altura de la Tierra de los Estados, en cambio desde allí se sucedieron golpes de viento de una violencia extremada, rachas de granizo y de nieve, espesas nieblas con oleadas sumamente altas y una gruesa marejada que molestaba a los bajeles.

El 24 de marzo, durante una densa bruma, un poco más arriba de la embocadura occidental del Estrecho de Magallanes, los dos buques se perdieron mutuamente de vista, y no debían volver a encontrarse hasta Nuku Hiva.

Krusenstern, después de haber renunciado a tocar en la isla de Pascuas, llegó al archipiélago de las Marquesas e islas de Mendoza, y determinó la posición de las islas Fatugu y Ouahouga, llamadas Washington, por Ingrahim, capitán norteamericano, y descubiertas en 1791, pocas semanas antes que el capitán Marchand, que las tituló islas de la Revolución. Vio a Hiva Hoa, la dominica de Mendaña, y encontró en Nuku Hiva un inglés llamado Roberts, y un francés, de nombre Cabri, que por su conocimiento de la lengua le prestaron muy importantes servicios.

Los sucesos que se refieren a esta recalada no ofrecen gran interés. La narración de los viajes de Cook se puede aplicar al de Krusenstern. Los mismos detalles sobre la incontinencia tan absoluta como inconsciente de las mujeres, sobre la extensión de los conocimientos agrícolas de los naturales y sobre su ansia por los instrumentos de hierro.

No se encuentra ninguna observación que no haya sido hecha por los viajeros precedentes, sino la de la existencia de muchas sociedades de las que son jefes el rey o sus parientes, los sacerdotes o los guerreros distinguidos, a condición de mantener a sus afiliados en tiempo de carestía.

A nuestro parecer, esta institución recuerda la de los clanes de Escocia, o de las tribus indias de la América. No es tal la opinión de Krusenstern, que se explica así:

«Los miembros de estos clubs se reconocen por diferentes marcas tatuadas sobre sus cuerpos. Los del club del rey, por ejemplo, en número de veintiséis, tienen en el pecho un cuadrilongo de seis pulgadas de largo por cuatro de ancho. Roberts formaba parte de este club, y me aseguró que jamás hubiera entrado en él, si el hambre no le obligara. Su repugnancia, sin embargo, me parecía que implicaba contradicción, no solamente los que componen una sociedad semejante están libres de toda inquietud, respecto de su subsistencia, sino que por su propia declaración, los insulares consideran como un honor el ser admitidos en ella. Yo sospecho que esta distinción trae consigo la pérdida de una parte de la libertad».

Un reconocimiento de las cercanías de Ana María, hizo descubrir el puerto de Chitchagoff, cuya entrada es difícil en verdad, pero su concha está tan bien resguardada entre las tierras, que la más violenta tempestad no puede agitar sus aguas.

La antropofagia estaba aún floreciente en Nuka Hiva al ocurrir la visita de Krusenstern. Sin embargo, ese explorador no cuenta haber sido testigo de escenas de aquel género.

En suma, Krusenstern fue acogido con afabilidad por un rey que no parecía ejercer gran la autoridad sobre este pueblo de caníbales, entregados a los más repugnantes vicios.

Declara que hubiera llevado la opinión más favorable de éstos insulares, a no haber encontrado los dos europeos, cuyos testimonios ilustrados y desinteresados estaban en completo acuerdo.

«No recibimos de parte de los habitantes de Nuka Hiva, —dice el navegante ruso—, sino muestras de un excelente proceder. Se conducían siempre con la mayor honradez en su comercio de cambio con nosotros, y empezaban por entregar sus cocos, antes de recibir nuestro hierro. Si teníamos necesidad de leña o de agua, estaban prontos a ayudarnos. Muy raramente tuvimos que quejarnos de robo, vicio tan común y tan extendido en toda las islas de este océano.

»Siempre alegres y contentos, la bondad parecía pintada en sus rostros... Los antedichos europeos que encontramos en Nuku Hiva y que habían vivido muchos años en esta isla, estaban conformes en decir que los habitantes son depravados, bárbaros, y sin exceptuar a las mujeres, caníbales en toda la extensión de la palabra; que el aire de alegría y de bondad que nos había engañado grandemente no les era natural, y que el temor de nuestras armas y la esperanza del lucro era lo único que les había impedido dar curso libre a sus pasiones feroces. Estos europeos, como testigos oculares, describieron con los detalles más minuciosos las escenas horribles que ocurrían casi diariamente en aquel pueblo, sobre todo en tiempo de guerra.

»Nos describieron la rabia con que estos bárbaros se arrojan sobre su presa, le cortan la cabeza, chupan con horrible avidez la sangre por una abertura que hacen en el cráneo y concluyen enseguida su detestable banquete. Al principio me negué a creer tales horrores y consideré estas narraciones como muy exageradas. No obstante las autorizaba la declaración de dos hombres, que durante muchos años habían sido, no solamente testigos, sino

también actores, en estas escenas abominables. Aquellos dos hombres eran enemigos jurados y procuraban calumniarse mutuamente a fin de alcanzar más crédito con nosotros; sin embargo, jamás se les halló en contradicción sobre este punto.

»Por otra parte sus dichos convenían perfectamente con los diversos indicios que nos habían sorprendido durante nuestra corta permanencia en la isla. Con frecuencia los habitantes presentaban para vender gran cantidad de cráneos; todas sus armas estaban adornadas con cabellos; decoraban a su modo con huesos humanos una gran parte de sus muebles y nos daban a conocer con sus expresivos gestos, el gusto que les dominaba por la carne humana.

»Acaso se considere este cuadro muy recargado Entre el optimismo de Cook y de Foster y las declaraciones de los dos europeos, por más que el uno de ellos fuese por sus circunstancias poco apreciable (pues que era desertor), debe encontrarse la verdad.

»Nosotros, antes de haber alcanzado la brillante civilización que en el día poseemos, ¿no hemos recorrido todos los grados de la escala? En la época de la edad de piedra, ¿eran nuestras costumbres superiores a las de los salvajes de la Oceanía?

»No acusemos, pues, a estos representantes de la humanidad, de no haber podido elevarse a mayor altura de la que se hallan. Jamás han llegado a constituir un cuerpo de nación. Esparcidos sobre el inmenso Océano, divididos en pequeñas poblaciones, sin recursos agrícolas, ni minerales, sin relaciones, sin necesidades, en razón al clima en que habitan, tienen a la fuerza que permanecer estacionarios, sin dar más que algunas pequeñas muestras de las artes o de la industria. Sin embargo, ¡cuántas veces sus telas, sus instrumentos, sus canoas, sus redes de caza y pesca no han causado la admiración de los viajeros!».

El 18 de mayo de 1804 la *Nadiejeda* y la *Neva* dejaron a Nuku Hiva, e hicieron rumbo hacia las islas Sándwich, donde Krusenstern había resuelto detenerse con el fin de proveerse de víveres frescos,

cosa que no había podido obtener en Nuku Hiva, donde sólo encontró siete cerdos.

Pero sus proyectos quedaron destruidos. Los habitantes de Owyee o Hawai no llevaron a los buques, que estaban al paio delante de la costa Sur-Oeste, más que una escasa cantidad de provisiones, y no queriendo darles más, sino a cambio de telas, que Krusenstern no podía facilitarles, éste dirigió al instante su rumbo al Kamschatka y el Japón, dejando la *Neva* a la vista de la aldea de Karakua, donde el capitán Lisianskoi contaba aprovisionarse.

El 14 de julio, la *Nadiejeda* entró en San Pedro y San Pablo, capital del Kamschatka, donde la tripulación encontró con los víveres frescos, el descanso que tanto necesitaba. El 30 de agosto, los rusos volvieron a hacerse a la mar.

Krusenstern envuelto entre espesas brumas y corriendo borrascosos temporales, buscó, sin poder encontrarlas, algunas islas marcadas en un mapa hallado a bordo de un galeón español, capturado por Anson, y cuya existencia había sido sucesivamente admitida o desechada por diferentes cartógrafos, pero que figuran en la carta del atlas del viaje de La Billardiére.

Seguidamente pasó el estrecho de Van Diemen entre la grande isla Kiusiu y Tanega Loma, estrecho hasta entonces mal indicado, y rectificando la posición del archipiélago Liu Kiu, que los ingleses colocaban al Norte del estrecho de Van Diemen y los franceses más al Sur, costeó y dio nombre al litoral de la provincia de Satsuma, cuyo plano levantó.

«Esta parte de Satsuma, —dice Krusenstern—, presenta un aspecto bellissimo. Como íbamos siguiendo la costa a corta distancia, podíamos ver distintamente todos los sitios pintorescos que nos ofrecía, y que variaban sucediéndose rápidamente a medida que el buque avanzaba. La isla no es más que un conjunto de cimas puntiagudas, las unas terminadas en pirámides, las otras en figura de cúpula o de conos, y todas resguardadas por las altas montañas que les cercan. Si la naturaleza se ha mostrado pródiga en llenar de adornos esta isla, la industria de los japoneses ha

sabido añadirle otros nuevos. Nada iguala a la riqueza de cultivo, que se admira en todas partes, y que quizás nos hubiera sorprendido menos, si estuviera limitada a los valles inmediatos a la costa terrenos que tampoco están descuidados en Europa; pero aquí, no sólo se cultivan las montañas hasta las cumbres, sino aun las rocas que circundan la ribera están cubiertas de campos y plantaciones que forman con el color pardo y sombrío de su base, un contraste tan singular como nuevo para la vista.

»Igualmente quedamos admirados viendo una alameda de grandes árboles que se prolonga por todo lo largo de la costa, hasta perderse de vista al través de los montes y de los valles. Distingúanse a ciertas distancias bosquecillos destinados sin duda para descanso de los que viajaban a pié, y se comprendía que aquel camino estaba hecho con semejante objeto, porque es difícil que en ninguna parte se tenga como en el Japón más cuidado y solicitud respecto de los caminantes. Cerca de Nangasaki habíamos visto una alameda o paseo semejante, y otro también en la isla de Mear Sima».

Apenas la *Nadiejeda* había fondeado en la entrada del puerto de Nangasaki, Krusenstern vio subir a bordo varios daimios que le notificaron la prohibición de penetrar más adelante.

Aunque los rusos se hallaban enterados de la política de aislamiento que seguía el gobierno japonés, esperaban que teniendo a bordo un embajador de Rusia, nación vecina y poderosa, merecerían más favorable acogida.

Habían contado gozar una libertad relativa, de la que se aprovecharían para recoger algunas noticias sobre aquel país, entonces tan poco conocido, y acerca del cual, el único pueblo que tenía relaciones con él se había impuesto el más profundo silencio.

Pero sus esperanzas quedaron defraudadas. Lejos de gozar la misma libertad que los holandeses, estuvieron rodeados durante su permanencia de una vigilancia tan minuciosa como ofensiva, y considerados casi como prisioneros.

Aunque el embajador obtuvo el permiso de saltar en tierra con su guardia armada, favor singular de que no había ejemplo, los marineros no pudieron separarse de la lancha, y cuando se les permitió desembarcar, se les cercó de altas empalizadas y se establecieron dos cuerpos de guardia en el recinto que se les concedió para que se pasearan.

Prohibición de escribir a Europa por la vía de Batavia; prohibición de comunicarse con los capitanes holandeses; prohibición al embajador de salir de su casa. Prohibición: esta palabra resume lacónicamente la poco cordial acogida dispensada a los expedicionarios.

Krusenstern se aprovechó de su larga permanencia en aquel sitio para desaparecer completamente su buque y repararle. Cuando la operación llegaba a su término, le fue anunciada la venida de un enviado del emperador, y persona de tan elevada dignidad, que según la expresión de los intérpretes, se atrevía a mirar los pies de S. M. Imperial.

Este personaje empezó por rechazar los presentes del zar, bajo pretexto de que si los admitía el emperador, estaría obligado a remitir otros con una embajada, lo cual era contrario a los usos del país. Después notificó la expresa prohibición de presentarse ningún buque en los puertos del Japón, y la de que los rusos comprasen nada; pero declarando al mismo tiempo que los artículos suministrados para reparar la embarcación y los víveres entregados hasta la fecha, serían pagados por cuenta del emperador del Japón, y a la vez se informó si estarían terminados pronto los reparos de la Nadiejeda.

Krusenstern comprendió perfectamente el objeto de aquellas preguntas, y mandó activar todo lo posible los preparativos de la marcha.

No había en verdad motivos para felicitarlo de haber invertido tanto tiempo para recibir semejante respuesta. Uno de los objetos que se había propuesto el gobierno, estaba tan lejos de conseguirse, que ya no podía entrar ningún buque ruso en los

puertos japoneses; política mezquina y envidiosa, que debía retrasar por medio siglo la prosperidad del Japón.

El 17 de abril la *Nadiejeda* levó anclas y comenzó una campaña hidrográfica, de muy buenos resultados. Solamente *La Perouse* había precedido a Krusenstern en los mares que se extienden entre el Japón y el continente, y por eso el navegante ruso deseaba unir sus investigaciones a las de su predecesor, y llenar los vacíos que por falta de tiempo se había visto obligado a dejar en la descripción geográfica de aquellos mares.

«Mi plan, —dice Krusenstern—, consistía en explorar las costas Sudoeste y Noroeste del Japón; determinar la posición del estrecho de Sangar, al cual las cartas de Arrowsmith en el Piloto del mar del Sur y las del atlas del viaje de *La Perouse*, atribuyen 100 millas de anchura, mientras los japoneses no le conceden más que una milla holandesa; levantar el plano de la costa occidental de Ieso; procurar descubrir la isla Karafuto, indicada, según algunos mapas modernos entre Ieso y Saghalien, cuya existencia me parecía muy probable: examinar este nuevo estrecho, sacar el trazado completo de la isla de Saghalien desde el cabo Crillon hasta la costa Noroeste, y desde aquí, si encontraba un buen puerto, enviaría mi chalupa para averiguar si existía un paso, problemático todavía, entre la Tartaria y Saghalien, y trataría, en fin, de pasar por otro canal al Norte del estrecho de la Brújula, entre las Kuriles».

Este plan tan detallado iba a realizarle en gran parte Krusenstern. Sólo el reconocimiento de la costa occidental del Japón, y del estrecho de Sangar, así como el del otro estrecho que cierra al Norte la Manga de Tarakai, no pudieron llevarse a cabo por el navegante ruso, que dejó a sus sucesores, aunque bien a pesar suyo, el cuidado de terminar tan importante operación.

Krusenstern entró, pues, en el estrecho de Corea y justificó por la longitud de la isla de Tsus, una diferencia de 36' entre su cálculo y el de *La Perouse*; diferencia que se halla rectificada en éste por las tablas de corrección de Dagelet, que hay absoluta necesidad de consultar.

El explorador ruso se halla igualmente acorde con el marino francés, para hacer notar que la declinación de la brújula es muy poco sensible en aquellos sitios.

La posición del estrecho de Sangar entre Ieso y Nippon era bastante incierta y Krusenstern tenía empeño en fijarla. La embocadura, situada entre el cabo Sangar por $41^{\circ} 16' 30''$ de latitud y $219^{\circ} 46'$ de longitud, y el cabo de la *Nadiejada* al Norte por $41^{\circ} 25' 10''$ de latitud y $219^{\circ} 50' 30''$ de longitud, no tiene más de 9 millas de ancha. Ahora bien, *La Perouse* que no la había visto, fiado en la carta del viajero holandés, le da 110 millas. Ésta era una importante rectificación.

Krusenstern no penetró por este estrecho. Trataba de demostrar la existencia de la isla Karafuto, Tchoka o Chicha, situada entre Ieso y Saghalien, según una carta publicada en San Petersburgo en 1802 y basada en la que había introducido en Rusia el japonés Koday. Subió, pues, a poca distancia, por la costa de Ieso, nombró las principales indentaciones y se detuvo algún tanto en la punta septentrional de aquella isla, a la entrada del estrecho de La Perouse.

Allí supo de los japoneses, que Karaluto y Saghalien eran una misma y sola isla.

El 10 de mayo de 1805, al desembarcar en Ieso, se admiró de ver la estación tan poco adelantada. Los árboles no tenían hojas y había en algunos sitios una espesa capa de nieve. La impresión que experimentó fue que sería preciso subir hasta Arkhangel, para encontrar en aquella época una temperatura tan rigurosa.

La explicación de este fenómeno debía hallarse posteriormente cuando se conociese mejor la dirección de la corriente helada que saliendo del estrecho de Bering, sigue por el Kamschatka, las Kuriles y Ieso.



Durante esta corta recalada y la hecha en Saghalien, tuvo ocasión Krusenstern de observar a los «ainos,» pueblo que no se parece en nada a los japoneses; a lo menos a los japoneses modificados por las relaciones con los chinos, y que debió poseer a lesos enteramente antes que éstos se establecieran allí.

«Su estatura, su fisonomía, su idioma y su modo de vestir,— cuenta el viajero—, prueban sobradamente que tienen un origen común con los de Saghalien, y que no constituyen una sola nación. Así se explica cómo el capitán del buque *Cástricum*, no habiendo encontrado el estrecho de *La Perouse*, pudo creer en Aniba y en Atkis, que se encontraba en la misma isla.

Los ainos generalmente tienen la misma estatura, entre cinco pies dos pulgadas, y cinco pies cuatro pulgadas lo más. Su color es pardo oscuro, casi negro, la barba espesa, los cabellos negros y erizados por delante y lisos y pendientes por detrás.

Las mujeres son feas; su color es tan oscuro como el de los hombres, sus cabellos negros y peinados sobre la cara; llevan los labios pintados de azul, y las manos tatuadas; unido esto a un traje sucio, no son en verdad nada agradables. Hay sin embargo que hacerles la justicia de decir que son muy juiciosas y modestas. El rasgo principal del carácter de los ainos es la bondad que brilla en su fisonomía y se marca en todas sus acciones. Su traje consiste por lo general en pieles de perro o de foca.

Sin embargo, vi algunos que llevaban otra especie de traje hecho a semejanza del parkis de los karaschadales, y que es una especie de camisa ancha, puesta por encima de los otros vestidos. Los habitantes de Aniba vestían todos de pieles y hasta sus botas eran de piel de foca. El traje de las mujeres era de la misma clase de pieles».

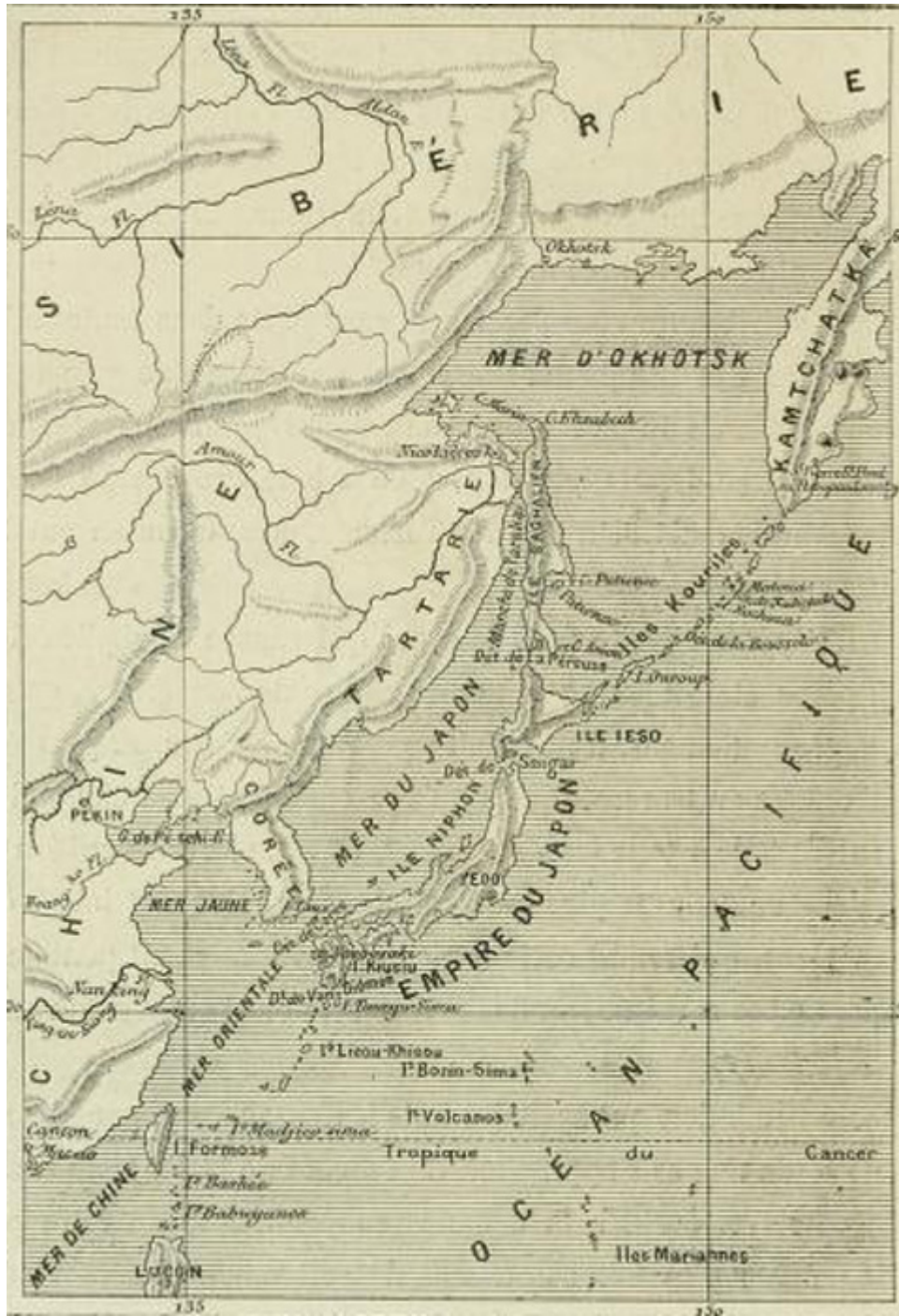
Después de haber pasado el estrecho de *La Perouse*, Krusenstern se detuvo en la bahía de Aniba en la isla Saghalien. La pesca era tan abundante, que dos factorías japonesas empleaban más de cuatrocientos ainos en limpiarla y secarla. No se hacía con redes; se sacaban los pescados con cubos durante el reflujo.

Después de haber levantado el plano del golfo Paciencia, que no había sido examinado más que en parte por el holandés Vries, y en cuyo fondo se halla una corriente de agua que recibió el nombre de *Neva*, Krusenstern suspendió el reconocimiento de Saghalien para levantar el plano de las Kuriles, cuya posición había sido

determinada de una manera incompleta; luego, el 5 de junio de 1805, regresó a Petropaulowsky, donde desembarcaron el embajador y su comitiva.

En el mes de Julio, después de haber franqueado el estrecho de la *Nadiejeda*, entre Matua y Rachua, dos de las Kuriles, volvió a continuar el levantamiento del plano de la costa oriental de Saghalien, en las cercanías del cabo Paciencia. Los alrededores presentaban un aspecto pintoresco, con sus colinas tapizadas de verdor y de árboles poco elevados, y la ribera adornada de espesos matorrales. El interior ofrecía a la vista una línea uniforme y monótona de altas montañas.

El navegante siguió esta costa desierta y sin puertos en toda su longitud, hasta los cabos María e Isabel. Entre éstos se abre una gran bahía, al extremo de la cual está asentada una pequeña aldea de treinta y siete casas, la única que los rusos habían visto desde su salida de la bahía Providencia, y que no estaba habitada por ainos, sino por tártaros, como se vio algunos días después.



Krusenstern penetró enseguida en el canal que separa a Saghalien de la Tartaria; mas, apenas se halló a cinco millas del medio de la embocadura, cuando la sonda señaló seis brazas solamente. No podía lisonjearse de pasar más lejos, y dio orden de ponerse al paio mientras una embarcación se separaba con el

encargo de seguir sucesivamente las dos orillas y explorar el medio del canal, hasta que no se encontrasen más que tres brazas. Esta embarcación tuvo que luchar con una corriente tan violenta que hizo sumamente penosa la navegación; corriente que se atribuye, no sin fundamento, al río Amur, cuya embocadura no estaba muy apartada.

Pero el encargo hecho a Krusenstern por el gobernador del Kamschatka, de no acercarse a la costa de la Tartaria sometida a la China, a fin de no despertar la desconfianza recelosa de esta potencia, le impidió llevar más lejos su trabajo de levantamiento de planos. Volviendo nuevamente a atravesar la cadena de las Kuriles, la *Nadiejeda* regresó a Pétropawlosky.

El comandante se aprovechó de su permanencia en este puerto, para hacer algunas reparaciones indispensables en su buque y restaurar los monumentos del capitán Clarke, que había sucedido a Cook en el mando de su última expedición, y el de Delisle de la *Crovière*, el astrónomo francés compañero de Bering en 1741.

En esta última estación recibió una carta autógrafa del emperador de Rusia, quien, como muestra de satisfacción por sus trabajos, le mandaba la condecoración de la Orden de Santa Ana.

El 4 de octubre de 1803 la *Nadiejeda* volvió a tomar, en fin, su rumbo a Europa, explorando los parajes donde estaban indicadas en los mapas las islas dudosas de Rica de Plata, Guadalupe, Malabrigo, San Sebastian de Lobos y San Juan.

Recorrió las islas Farellón, de la carta de Anson, que aún llevan en el día los nombres de San Alejandro, San Agustín y Volcanes; grupo que se encuentra al Sur de las Bonia Sima. Luego, después de haber atravesado el canal de Formosa, entró en Macao el 1 de noviembre.

Aquí se sorprendió mucho de no encontrar a la *Neva*, que según sus instrucciones debía traer de Kodiak un cargamento de pieles, cuyo producto seria empleado en la compra de mercancías chinas.

Krusenstern entonces resolvió esperarla.

Macao ofreció a los exploradores el aspecto de la grandeza decaída.

«Se ven, —dice la relación—, grandes plazas formadas por soberbias casas que están rodeadas de paseos y de bellos jardines, la mayor parte vacíos por haber disminuido el número de habitantes portugueses».

Los principales edificios están ocupados por los miembros de las Logias holandesa e inglesa... Macao cuenta poco más de quince mil habitantes. Los chinos componen el mayor número, y es muy raro ver un europeo por las calles, excepto los sacerdotes y los religiosos.

—Nosotros tenemos más curas que soldados, me decía un vecino de Macao. Este chiste era exacto al pie de la letra. El número de soldados no es más que ciento cincuenta, sin que se encuentre entre ellos un solo europeo; todos son mestizos de Macao y de Goa; los oficiales no son tampoco europeos. Sería muy difícil defender cuatro grandes fuertes con tan pequeña guarnición. Su debilidad da lugar a que los chinos, naturalmente insolentes, acumulen insulto sobre insulto.

En el momento que la *Nadiejeda* iba a levantar anclas, apareció por fin la *Neva*.

Era el 3 de noviembre Krusenstern subió con ella hasta Whampoa, donde vendió ventajosamente su cargamento de peletería, después de muchas y largas dificultades que su actitud firme, aunque conciliadora, así como la mediación de los comerciantes ingleses, contribuyeron a deshacer.

El 9 de febrero de 1806, reunidos de nuevo los dos buques, levantaron el ancla y tomaron la ruta de conserva hacia el estrecho de la Sonda.

más allá de la Navidad fueron separados de nuevo por un temporal oscuro, sin que volvieran a reunirse hasta el fin de la expedición. El 4 de mayo la *Nadiejeda* fondeó en la bahía de Santa Elena, después de cincuenta y seis días de navegación desde la Sonda y setenta y nueve desde Macao.

No he conocido puerto de arribada más conveniente que Santa Elena, —dice Krusenstern—, para proveerse después de un largo

viaje. Su rada es tan segura y mucho más cómoda en todo tiempo, que las bahías de la Mesa y de Simón en el Cabo. La entrada a ella es fácil con tal que se navegue cerca de la tierra; para salir no se hace más que levantar el ancla, y presto se está mar afuera. Encuéntrase toda clase de víveres sobre todo hortalizas excelentes. En menos de tres días se está abundantemente provisto de todo.

Saliendo el 21 de abril, Krusenstern pasó entre las islas Shetland y las Orcadas, a fin de evitar el canal de la Mancha, donde habría podido encontrar algunos corsarios franceses, y después de una feliz navegación, volvió a entrar en Cronstadt el 7 de agosto de 1806.

Sin ser un viaje de primer orden como los de Cook y de *La Perouse*, el de Krusenstern no carece de interés. No se debe a este explorador ningún grande descubrimiento; pero ha comprobado y rectificado los de sus predecesores. Por lo demás éste debe ser generalmente el papel de los viajeros del siglo XIX que se decidieron, merced a los adelantos de las ciencias, a completar los trabajos de sus antecesores.

Krusenstern había llevado en su viaje alrededor del mundo al hijo del conocido autor dramático Kotzebue, el joven Otón Kotzebue, que guardiamarina en aquella época, no debía tardar en recibir su ascenso. Era teniente de navío, cuando le fue confiado en 1815 el mando de un bergantín nuevo, el *Rurik*, tripulado solamente por veintisiete hombres, y armado con dos cañones, el cual había sido equipado a costa del conde de Romanzol, y tenía por misión explorar las partes menos conocidas de la Ceceada, y de abrirse un camino al través del océano Glacial.

Kotzebue salió del puerto de Cronstadt el 15 de julio de 1815; hizo escala en Copenhague y luego en Plymouth, y después de una navegación bastante penosa, entró el 22 de enero de 1816 en el océano Pacífico, doblando el cabo de Hornos. Después de un descanso en Talcahuano, en la costa de Chile, volvió a reanudar su viaje: vio el 26 de marzo el islote desierto de Salas y Gómez, y se

dirigió hacia la isla de Pascuas, donde esperaba recibir la misma acogida amistosa que sus predecesores Cook y *La Perouse*.

más, apenas los rusos habían desembarcado en medio de una turba de gente solícita en ofrecerles frutas y raíces, cuando se vieron cercados y robados con tal descaro, que para defenderse tuvieron que hacer uso de las armas y reembarcarse a toda prisa, a fin de escapar de la granizada de piedras con que los naturales les abrumaban.

La única observación que tuvieron tiempo de hacer durante esta corta visita, fue que muchas de las estatuas gigantescas de piedra que Cook y *La Perouse* habían visto, dibujado y medido, habían sido derribadas.

El 16 de abril el capitán ruso llegó a la isla de los Perros de Schouten, que denominó isla Dudosa, a fin de señalar bien la diferencia que él encontraba entre la latitud que le atribuían los antiguos navegantes y la que resultaba de sus propias observaciones. Según Kotzebue, está situada a los 14° 50' de latitud austral y 138° 41' de longitud Oeste.

En los días siguientes fueron descubiertas la isla desierta de Romanzoff, llamada así en honor del promovedor de la expedición, la de Spiridoff, con un lago en medio, que es la isla Oura de las Pomotús, luego la cadena de los islotes Vliegen y la no menos larga de las islas Krusenstern.

El 28 de abril, el *Rurik* se encontró en medio de la posición señalada a las islas Bauman. Fue inútil que se las buscara. Verosímilmente este grupo era uno de los que ya se habían visitado.

Desde que salió del peligroso archipiélago de las Pomotús, se dirigió por medio del grupo de las islas descubierto en 1788 por Sever, quien sin atracar a ellas las había dado el nombre de Penrhyn. El navegante determinó en 9° 1' 35" de latitud Sur 157° 44' 32" la posición central de este grupo de islotes semejantes a las Pomotús, muy bajos y sin embargo, habitados.

A la vista del buque se destacó de la ribera una flotilla considerable y los naturales con una rama de palmera en la mano,

avanzaban al sonido cadencioso de las pagayas que acompañaban en tono grave y melancólico a muchos cantores. Para evitar toda sorpresa, Kotzebue hizo formar en fila todas aquellas piraguas a un mismo costado del buque y al punto empezaron a hacerse los cambios por medio de una cuerda.

Estos indígenas sólo iban a cambiar por trozos de hierro, anzuelos de nácar de perla. Estaban enteramente desnudos salvo un delantal, eran muy bien formados y tenían aire marcial.

Al principio, muy animados y alborotadores, pronto tomaron una actitud de amenaza, y sin disfrazar sus hurtos, respondieron a las reclamaciones con manifiestos insultos. Agitando sus lanzas por encima de las cabezas, daban terribles gritos y parecían excitarse mutuamente al combate.

Cuando Kotzebue juzgó que era tiempo de poner término a aquellas demostraciones hostiles, mandó disparar un tiro de fusil con pólvora sola. En un abrir y cerrar de ojos las canoas quedaron vacías.



Al ruido de la detonación, sus tripulantes asustados se arrojaron al agua por un movimiento unánime, aunque no concertado. Bien pronto se vieron aparecer las cabezas de los sumergidos que más apaciguados con aquella advertencia, reanudaron los cambios.

Los clavos y los pedazos de hierro obtenían gran resultado en aquella población que Kotzebue compara con la de Nuku Hiva. Sus naturales en vez de tatuarse, se surcaban todo el cuerpo con anchas cicatrices.

Un uso notable que aún no se había observado en las islas de la Oceanía era que la parte de estos naturales tenían las uñas extremadamente largas; las de los jefes de las piraguas pasaban de tres pulgadas desde la extremidad de los dedos.

Treinta y seis embarcaciones ocupadas por trescientos sesenta hombres cercaban entonces el buque.

Kotzebue, comprendiendo que con los débiles recursos de que disponía, y con la escasa tripulación del *Rurik* seria imprudente toda tentativa de desembarco, se hizo a la vela, sin haber podido tomar más noticias respecto de aquellos salvajes y belicosos insulares.

Continuando su camino hacia el Kamschatka, reconoció el 21 de mayo, dos grupos de islas reunidas por una cadena de arrecifes de coral, a las que dio el nombre de Kutusatfy Suwarow; determinando su posición y prometiéndose volver a visitarlas. Los naturales, embarcados en rápidas se acercaron al *Rurik*; y a pesar de las vivas invitaciones de los rusos, no se atrevieron a subir a bordo. Contemplaban el buque con admiración, hablaban entre sí con una viveza singular que denotaba su inteligencia y arrojaban sobre la cubierta frutos del pan o del cocotero.

Los cabellos negros y lisos, entre los cuales llevaban algunas flores, los adornos suspendidos del cuello, los vestidos de esterilla de palma que desde la cintura les bajaban hasta media pierna; y sobre todo, su aire franco y afable distinguían de los habitantes de Penrhyn a estos indígenas que pertenecen al archipiélago de las Marshall.

19 de junio, el *Rurik* entró en Nueva Arkhangel, y durante veintiocho días, la tripulación se ocupó en repararle.

El 15 de julio, Kotzebue se dio de nuevo a la vela y desembarcó cinco días después en la isla de Bering, cuya extremidad

septentrional fue fijada a 55° 17' 18" de longitud Norte, y 194° 6' 37 de longitud Oeste.

Los naturales que Kotzebue encontró en esta isla llevaban, como los de la costa americana, vestidos de piel de foca y de intestinos de morsa. Las lanzas de que se servían estaban armadas con pieles de estos anfibios. Sus provisiones consistían en carne de ballena y de foca, preparadas en hoyos cavados en la tierra. Sus chozas de cuero, bastante sucias, exhalaban un olor insoportable de aceite rancio. Sus barquillas eran también de cuero, y tenían trineos tirados por perros.

Su modo de saludar era bastante raro; se frotaban mutuamente la nariz, después cada uno se pasaba la mano el vientre, como felicitándose de haber comido algún buen manjar; y en fin, cuando querían dar una gran prueba de afecto a alguno, se escupían en las manos y frotaban el rostro de su amigo.

Continuando el capitán en seguir la costa americana hacia el Norte, descubrió la bahía Chichmareff, la isla Saritcheff, y en fin, un golfo profundo, cuya existencia no había sido reconocida todavía. A su final, Kotzebue esperaba que hallaría un canal por donde entrar en los mares polares; pero esta esperanza salió fallida. El navegante dio su propio nombre a este golfo y el de Krusenstern al cabo situado en la entrada.

Perseguido por el mal tiempo, el *Rurik* pudo llegar a Unalachka el 6 de setiembre, hizo parada de algunos días en San Francisco, y entró en el archipiélago de las Sándwich, donde fueron levantados importantes planos y donde recogió muy curiosos detalles.

Dejando este archipiélago se dirigió hacia las islas Suwaroff y Kutuseff, que había descubierto algunos meses antes. El primero de enero de 1817 descubrió la isla de Miadi, a la que dio el nombre de isla de Año Nuevo.

Cuatro días después, descubrió una cadena de pequeñas islas bajas y cubiertas de bosque cercadas por una barrera de arrecifes, a través de la cual con dificultad pudo la nave abrirse paso.

Al principio los naturales se escondieron al ver al teniente Chichmareff, pero volvieron pronto con una rama de árbol en la mano y gritando: «airada» (amigo). El oficial repitió la misma palabra, y les regaló algunos clavos en cambio de los cuales los rusos recibieron los collares y las flores que adornaban el cuello y la cabeza de aquellos indígenas.

Este cambio de buenos procederes determinó al resto de los isleños a dejarse ver. Las demostraciones más amistosas, los banquetes tan entusiastas como frugales, se sucedieron durante toda la permanencia de los rusos en este archipiélago. Uno de los indígenas, llamado Rarik, acogió con extrema afabilidad a los expedicionarios, a los que manifestó que su isla tenía el nombre de Otdia, así como toda la cadena de islotes y cayos unidos a ella.

Kotzebue para manifestar su gratitud por la buena acogida que había merecido de los naturales, les dejó un gallo y una gallina, y sembró en un jardín e hizo preparar, cantidad de granos que esperaba llegasen a su madurez; pero no contaba con los ratones que pululaban en esta isla y que arrasaron la plantación.

El 6 de febrero, después de haber recibido de un jefe llamado Languediak, noticias circunstanciadas que le demostraron que aquel grupo de islas de población escasa era de formación reciente, volvió a hacerse a la mar, dejando a este archipiélago el nombre de Romanzoff.

A la mañana siguiente, un grupo de quince islotes, en el cual no se hallaron más que tres personas, cambió su nombre de Cregup por el de Chistchakoff.

Después en la cadena as islas Kawen, fue donde Kotzebue recibió del «tamon» o jefe, una entusiasta acogida. Todos festejaban a los recién venidos; los unos con su silencio, como aquella reina a quien la etiqueta prohibía contestar a los discursos que se le dirigían; los otros con sus danzas, sus gritos y sus cánticos, en los cuales el nombre de «Totabou». (Kotzebue) era continuamente repetido.

El mismo jefe, viniendo a buscarle en una canoa, le llevó sobre sus hombros hasta la tierra, a la que la embarcación no podía llegar.

En el grupo de Aur, el navegante advirtió entre la multitud de indígenas, que habían subido al bajel dos naturales que por el tatuado y la fisonomía manifestaban ser extranjeros. El uno de ellos, llamado Kadou, agradó tanto al comandante, que le regaló algunos pedazos de hierro. Kotzebue se admiró de no verle manifestar la misma alegría que sus compañeros.

Esto le fue explicado aquella tarde.

Cuando todos los naturales dejaban el buque, Kadou pidió con instancia permiso para quedarse en el *Rurik* y no dejarle más. El comandante, aunque con trabajo, accedió a sus ruegos.

«Kadou, —dice Kotzebue—, se volvió hacia sus compañeros, que le esperaban en las piraguas, y les manifestó su intención de quedarse a bordo del barco.

»Los naturales, admirados de esta resolución, se esforzaron en vano en combatirla. Al fin, su compatriota Edok se acercó a él y le habló largamente en un tono serio; más no pudiendo convencerle, procuró llevárselo a la fuerza. Pero Kadou le rechazó vigorosamente, y las piraguas se separaron. Pasó la noche al lado mío juzgándose muy honrado por dormir junto al tamón del barco, y muy satisfecho del partido que había tomado».

Nacido en Iouli, una de las Carolinas, a más de trescientas leguas del grupo que entonces habitaba, había sido sorprendido con Edok y otros dos compatriotas por una violenta tempestad, cuando se ocupaban en la pesca. Durante ocho meses estos desgraciados habían sido en un mar, tan pronto en calma como furioso, el juguete de los vientos y de las corrientes. En este tiempo no habían carecido de pescado, pero la sed les hacía sufrir horribles tormentos.

Cuando su provisión de agua de lluvia, de que estaban sin embargo bien ansiosos, se les consumía, no tenían otro recurso que meterse en el mar para ir a buscar en el fondo una agua menos salada, que subían a la superficie en una nuez de coco, provista de una pequeña abertura. Cuando llegaron en frente de las islas de

Aur, la vista de la tierra y la proximidad de su salvación, no habían podido sacarles de la postración en que estaban sumergidos.

Al ver los instrumentos de hierro que contenía la piragua de estos extranjeros, los insulares de Aur se disponían a asesinarlos para apoderarse de estos tesoros, cuando el tamon les tomó bajo su protección.

Tres años habían pasado desde este suceso, y los carolinos no tardaron, gracias a sus conocimientos más extensos, en tomar cierto ascendiente sobre sus nuevos huéspedes.

Cuando apareció el *Rurik*, Kadou se hallaba en los bosques, lejos de la costa. Inmediatamente se le mandó a buscar, porque como pasaba por un gran viajero, quizá podía manifestar lo que era aquel monstruo que se aproximaba a la isla. Kadou, que ya había visto buques europeos, persuadió a sus compañeros a que se presentaran a los extranjeros, y los recibieran amistosamente.

Tales habían sido las aventuras de Kadou. Embarcado en el *Rurik* reconoció las otras islas del archipiélago y no tardó en facilitar a los rusos las comunicaciones con los indígenas. Cubierto con una capa amarilla, y llevando en la cabeza un gorro encarnado, como un galeote, Kadou se consideraba al presente superior a sus antiguos amigos y parecía no conocerles. Cuando ocurrió la visita de un arrogante viejo, llamado Tighedien Barba Florida, Kadou se encargó de explicar a sus compatriotas de las maniobras y el uso de todo lo que se encontraba en el buque.

Como muchos europeos, suplía el saber con un aplomo imperturbable, y encontraba respuesta para todas las preguntas.

Interrogado acerca de una cajita, de la cual un marinero tomaba un polvo negro, que se introducía en las narices, inventó la fábula más extravagante, y para demostrarla por medio de una prueba irrefutable, se acercó la caja a la nariz. Inmediatamente tuvo que arrojarla lejos de sí y se puso a estornudar y gritar tan fuerte, que sus amigos espantados huyeron en todas direcciones; pero cuando hubo pasado la crisis, aun supo sacar partido del incidente.

Dio también a Kotzebue algunos informes generales sobre aquel grupo, que durante todo un mes, había sido visitado y reconocido por los rusos. Todas sus islas estaban bajo el dominio de un solo tamon, llamado Lamary y tenían el nombre indígena de Radak.

Dumont d'Urville, debía pocos años después llamarlas islas Marshall. Según Kadou, más adelante, hacia el O. y paralelamente a ellas, se levantaba una cadena de islotes, cayos y arrecifes, llamada Radak.

No teniendo Kotzebue tiempo de reconocerlos, se dirigió hacia el N. y llegó el 24 de abril a Unalachka, donde debía reparar las graves averías que había sufrido el *Rurik*, durante dos violentas tempestades.

Luego que se embarcó en unos baidares, bajeles guarnecidos de pieles, con quince aleutianos acostumbrados a la navegación en los mares polares, volvió a continuar la exploración del Estrecho de Bering.

Padecía un violento dolor en el pecho, desde que, al doblar el cabo de Hornos, había sido derribado por una monstruosa oleada que le arrojó por encima de un costado del buque y que le hubiera quitado la vida, si no lograra agarrarse a las cuerdas. Su estado tomó entonces tal carácter de gravedad, que al abordar el 1 de julio, a la isla de San Lorenzo, hubo de resignarse a no llevar más adelante su reconocimiento.

El 1 de octubre hizo el *Rurik* una nueva y corta parada en las islas Sándwich y cargando semillas y animales, al fin del mes desembarcó en Otdia, en medio de las entusiastas demostraciones de sus naturales. Éstos veían llegar como una dicha muchos gatos, cuya presencia les ayudaría sin duda a librarse de las innumerables bandas de ratas que infestaban la isla y destruían las plantaciones. Al mismo tiempo se celebraba la vuelta de Kadou, a quien los rusos dejaron un surtido de herramientas y armas, que le hizo el habitante más rico del archipiélago.

El 4 de noviembre el *Rurik* dejó las islas Radak, después de haber reconocido el grupo de Legaspi y recaló en Guajam, una de

las Marianas, donde estuvo hasta fin del mes. Una parada de algunas semanas en Manila, permitió al comandante reunir noticias interesantes sobre las islas Filipinas, a las cuales tenía intención de volver.

Después de haberse librado de las violentas tempestades que le asaltaron al doblar el cabo de Buena Esperanza, el *Rurik* ancló el 3 de agosto de 1818, en el *Neva*, enfrente del palacio del conde Roraanzoff.

Estos tres años de viaje no habían sido perdidos por los intrépidos navegantes. No habían temido arrostrar a pesar de su corto número y de la debilidad de su nave, los peligros de mares temibles, y de archipiélagos poco conocidos aún, los hielos del polo y los ardores de la zona tórrida. Si los descubrimientos geográficos eran importantes, las rectificaciones lo eran aún más. Dos mil quinientas especies de plantas, de las cuales más de una tercera parte eran completamente nuevas; abundantes materiales para el conocimiento de la lengua, la etnografía, la religión, y las costumbres de las poblaciones visitadas, eran una rica cosecha, que probaba tanto el celo, habilidad y ciencia de capitán, cuanto la intrepidez y disciplina de la tripulación.

Por esto, cuando en 1823 el gobierno ruso determinó enviar al Kamschatka, refuerzos para poner fin al comercio de contrabando que se hacía en sus posesiones de la costa noroeste de la América, el mando de esta expedición fue confiada a Kotzebue.

Púsose a sus órdenes la fragata *La Predpriatie*, dejándole en libertad de elegir, tanto a la ida como a la vuelta, el rumbo que le conviniera para cumplir su misión.

Si Kotzebue había dado como guardia marina la vuelta al mundo con Krusenstern, éste le dio entonces por compañero a su hijo mayor, y Moller, el ministro de Marina hizo otro tanto. Esto prueba la confianza que se tenía en él.

La expedición salió de Cronstadt el 18 de agosto de 1823, tocó en Río Janeiro, dobló el cabo de Hornos el 15 de enero de 1824, y se dirigió hacia el archipiélago de las Pomotú, donde fue descubierta

la isla Predprietie, reconoció las islas Araktschejef, Romanzoff, Carlshoff, y Palliser y ancló el 14 de marzo en la rada de Matavai en Tahití.

Desde la estancia de Cook en este archipiélago, se había operado una completa transformación en las costumbres y modo de vivir de aquellos habitantes.

En 1799 algunos misioneros se habían establecido en Tahití, donde permanecieron diez años sin hacer una sola conversión; y con sentimiento hay que decirlo, sin adquirir el respeto y estimación de los indígenas. Obligados por consecuencia de las revoluciones que en aquella época trastornaron a Tahití, a buscar un refugio en Eimeo y las otras islas del archipiélago, sus esfuerzos obtuvieron más resultado.

En 1817, el rey de Tahití, Pomaré, volvió a llamar a los misioneros, les concedió un terreno en Matavai, se convirtió, y su ejemplo bien pronto fue imitado por gran parte de los indígenas.

Kotzebue se hallaba al corriente de esta transformación; sin embargo, no creía encontrar las costumbres europeas en todo su vigor.

Al cañonazo que anunciaba la arribada de los rusos, una embarcación con el pabellón tahitiano, se destacó de la ribera y un piloto vino a conducir bastante hábilmente La Predprietie al fondeadero.

A la mañana siguiente, que era un domingo, se quedaron sorprendidos los rusos al desembarcar, notando el profundo silencio que reinaba en toda la isla. Este silencio sólo era interrumpido por los cánticos y salmos que cantaban los insulares, encerrados en sus cabañas.

La iglesia, edificio sencillo y limpio, de figura rectangular, cubierto de cañas y precedido de una larga y ancha avenida de cocoteros, estaba llena de una multitud atenta y recogida, los hombres a un lado, las mujeres al otro; todos con un libro de oraciones en la mano. La voz de estos neófitos se mezclaba con frecuencia con el

canto de los misioneros, ¡ay!... con mejor voluntad que propiedad y armonía.

Si la piedad de los isleños era verdaderamente edificante, los trajes que llevaban estos fieles singulares, eran muy a propósito para proporcionar alguna distracción a los visitantes. Un frac negro o una casaca de uniforme inglés componían el equipo de unos, mientras otros sólo llevaban un chaleco, un pantalón o una camisa. Los más afortunados se envolvían en capas de paño; pero todos, pobres y ricos, habían desechado como inútil el uso de las medias y los zapatos.

Respecto a las mujeres, no estaban menos grotescamente ataviadas: éstas con una camisa de hombre blanca o rayada; aquéllas con una simple pieza de tela; pero todas con sombreros europeos. Si las mujeres de los aris llevaban sayas de color, lujo supremo, la saya, entonces, sustituía a toda otra clase de vestidos.

El lunes se celebró una ceremonia imponente; la visita de la regente y la familia real a Kotzebue. Estos altos personajes iban precedidos por un maestro de ceremonias, que era una especie de loco, vestido únicamente con una chupa encarnada; pero sus piernas tenían un tatuado que figuraba un pantalón rayado; en la parte inferior de su espinazo, tenía dibujado un cuarto de círculo con sus divisiones minuciosamente exactas, y procuraba con cómica gravedad ejecutar sus cabriolas, sus contorsiones, sus muecas y sus brincos descompasados.

En los brazos de la regente descansaba el pequeño Pomaré III. A su lado marchaba la hermana del rey, gentil muchacha de diez años. Aunque el bebé real iba vestido a la europea como sus compatriotas, iba descalzo como el más pobre de sus súbditos. A instancia de los ministros y de los grandes tahitianos, Kotzebue le mandó hacer un par de botas, que debían servirle para el día de su coronación.

¡Qué gritos de alegría! ¡Qué muestras de placer! ¡Qué miradas de envidia por las bagatelas distribuidas a las señoras de la corte!...

¡Qué de puñetazos por un galón de oro falso, del cual arrancaban los más pequeños cabos!

¿Era algún importante motivo el que llevaba tantos hombres sobre la cubierta de la fragata, conduciendo frutas y cerdos en abundancia? No... aquellos visitantes eran los maridos de las infortunadas tahitianas, que no habían participado de la distribución de aquel galón, más precioso para ellas que los collares de diamantes para las europeas.

Al cabo de diez días, Kotzebue resolvió dejar este singular país donde la civilización y la barbarie marchaban juntas tan fraternalmente, y entró en el archipiélago de las Samoa, famoso por el asesinato de los compañeros de *La Perouse*

¡Qué diferencia entre sus naturales y los de Tahití!... Los indígenas de la isla Rosa, salvajes y feroces, celosos y amenazadores, mostraron gran repugnancia en subir a la cubierta de La Predprietie.

Uno de ellos, al ver el brazo desnudo de un marinero, no pudo contener un gesto tan elocuente como feroz, y que indicaba claramente con cuánto placer habría devorado aquella carne robusta, y sin duda alguna sabrosa.

Bien pronto con la llegada de muchas piraguas se aumentó tanto la insolencia de aquellos indígenas, que fue preciso sacudirles con los bicheros para contenerlos; y la fragata, tomando de nuevo su rumbo, presto dejó tras de sí las débiles embarcaciones de los feroces isleños.

Oiolava, la isla Plata y Pola, que forman, como la de Rosa, parte del archipiélago de los Navegantes, fueron rebasadas casi tan pronto como vistas, y Kotzebue se dirigió hacia las Radak, donde había merecido una amistosa acogida en su primer viaje.

Pero a la vista de aquella grande embarcación los habitantes cobraron miedo, se refugiaron en sus canoas o huyeron al interior, ínterin que en la playa se formaba una procesión de insulares, que con una rama de palmera en la mano se presentó ante los extranjeros, en demanda de la paz.

A su vista Kotzebue bajó a una lancha en compañía del cirujano Eschscholtz, y remó hacia la orilla gritando: «Tatabu aidara». (Kotzebue amigo). Operóse a esta voz un cambio completo. Las súplicas que los naturales iban a dirigir a los rusos, trocáronse en gritos de alegría y en entusiastas demostraciones de gozo; los unos se precipitaron a recibir a sus amigos, los otros corrieron a anunciar a sus compatriotas la llegada de Kotzebue.

El comandante supo con mucho gusto que Kadou residía aun en Aur, bajo la protección de Lamary, cuyo afecto había adquirido, dándole la mitad de sus riquezas.

De todos los animales que había dejado en la isla, sólo vivían los galos, convertidos ya en salvajes, y que no habían podido hasta entonces exterminar las bandadas de ratas que infestaban el país.



El comandante permaneció algunos días entre sus amigos, que le obsequiaron con representaciones dramáticas y el 6 de mayo tomó rumbo hacia el grupo de Legaspi, que había reconocido imperfectamente en su primer viaje. Después de levantar su plano

trató de continuar la exploración de las Radak; pero el tiempo se lo impidió y tuvo que dirigirse al Kamschatka.

Desde el 7 de junio al 20 de junio, la tripulación gozo de un descanso que tanto necesitaba. Vuelta a hacerse a la mar, el 7 de agosto echó ancla en Nuevo Arkhangel en la costa de América.

Pero la fragata que la Predpriatie iba a relevar en este apostadero, no había llegado aún y tuvo que permanecer hasta el 1.º de marzo del año siguiente.

Kotzebue se aprovechó de este intervalo para visitar el archipiélago de las Sándwich, y anclo delante de Waihou en diciembre de 1824.

La ensenada de Rona Ruru a Honolulu es la más segura del archipiélago; siempre está ocupada por numerosos bajeles y la isla de Waihou estaba en camino de llegar a ser la más importante del grupo, en vez de Haway, o Uwyhee. La población tenía ya un aspecto medio europeo; las casas de piedra habían reemplazado a las antiguas cabañas; las calles, regularmente trazadas, tenían tiendas, cafés, y vendedores de licores, bastante acreditados entre los marineros, balleneros y comerciantes en pieles; y una fortaleza defendida por cañones, manifestaba con claridad la rápida transformación de los usos y costumbres de los indígenas.

Cincuenta años habían transcurrido desde el descubrimiento de las islas oceánicas y en todas partes habían ocurrido mudanzas tan rápidas como en las Sándwich.

«El comercio de pieles, dice Desborough Cooley, comercio que se hace en la costa noroeste de la América, ha producido una asombrosa revolución en las islas Sandwich, cuya situación ofrece un abrigo seguro a los bajeles empleados en este comercio. Los comerciantes tenían la costumbre de invernar, reparar y aprovisionar sus buques en estas islas y en llegando el estío, volvían a la costa de América a completar sus cargamentos. Los instrumentos de hierro, y sobre todo, los fusiles, eran solicitados por los isleños a cambio de las provisiones; y sin pensar en las consecuencias de su conducta, los traficantes interesados diéronse prisa a satisfacer los

deseos de aquéllos. Las armas de fuego y las municiones, siendo el mejor medio de cambio, fueron llevadas con abundancia a las islas Sandwich. Los naturales se hicieron en breve temibles para sus huéspedes, se apoderaron de muchas embarcaciones menores y desplegaron una energía al principio feroz; pero que indicaba en ellos una inclinación muy fuerte hacia las mejoras sociales.

En esta época un hombre extraordinario, de esos que rara vez faltan, cuando se preparan notables acontecimientos, completo la revolución, iniciada por los europeos.



Kam El-Mea, jefe que ya se había distinguido notablemente en estas islas cuando la última y fatal visita de Cook, usurpa la autoridad real, somete las islas vecinas al frente de un ejército de dieciséis mil hombres y pretende que sus conquistas le sirvan para desarrollar los vastos planes de progreso que había concebido.

Conociendo la superioridad de los europeos, fundó todo su orgullo en imitarlos. Ya en 1796, cuando el capitán Broughton visitó estas islas, el usurpador le mandó preguntar si debía hacerle los saludos de su artillería. Desde el año 1817, se ha dicho que poseía un ejército de siete mil hombres armados con fusiles, y entre los cuales se encontraban cincuenta europeos por lo menos.

KamEl-Mea, después de haber empezado su carrera por el asesinato y la usurpación, concluyó por merecer el amor sincero y la admiración de sus súbditos, que le consideraron como un ser sobrehumano y que lloraron su muerte con lágrimas más verdaderas que las que generalmente se vierten sobre las cenizas de un monarca.

Tal era el estado de las cosas cuando la expedición rusa se detuvo en Waihou. El joven monarca Ríorio, se hallaba en Inglaterra con su esposa, y el gobierno del archipiélago estaba en manos de la reina madre Kaahoa Manou.

Kotzebue se aprovechó de la ausencia de ésta y de su primer ministro que estaban visitando una isla próxima, para ir a ver a la viuda de Kam El-Mea.

»La habitación, —dice el navegante—, se hallaba amueblada a la europea, con sillas, mesas y espejos. Cubrían el pavimento hermosas esteras, sobre las cuales estaba tendida Noma Hana, que no mostraba tener arriba de cuarenta años. Su estatura era de cinco pies y ocho pulgadas, y tenía, con seguridad, más de cuatro pies de circunferencia. Sus cabellos, negros como el azabache estaban cuidadosamente levantados sobre la coronilla de una cabeza redonda como una pelota de viento. Su nariz aplastada y sus labios salientes, nada tenían de hermoso; sin embargo, en su fisonomía brillaba un aire agraciado y agradable».

La buena señora recordaba haber visto a Kotzebue diez años antes, y le dispensó por esto la más cordial acogida; más no pudo hablar de su marido, sin que vinieran al punto las lágrimas a sus ojos y su aflicción no parecía afectada. A fin de tener siempre a la

vista la fecha de la muerte de aquel príncipe, había hecho tatuar en sus brazos esta sencilla inscripción: 6 de mayo de 1819.

Cristiana y devota como la mayor parte de la población, llevó a Kotzebue a la iglesia, edificio sencillo y vasto, pero que no contenía una multitud tan grande como la de Tahití. Noma Hana parecía muy inteligente, sabía leer y mostrábase entusiasta de la escritura, ciencia que aproxima los ausentes. Queriendo dar al comandante una muestra de afecto y a la vez un testimonio de sus conocimientos, le mandó por medio de un embajador una carta que había tardado algunas semanas en redactar.

Las demás señoras de la corte, quisieron hacer otro tanto, y Kotzebue se vio amenazado de sucumbir bajo el peso de las misivas que le iban a ser dirigidas. El único medio de acabar con aquella epidemia epistolar, era levantar anclas, y esto fue lo que hizo Kotzebue sin más dilación.

Sin embargo, antes de su partida, recibió a bordo a la reina Noma Hana, que fue vestida con su traje de ceremonia. Figurémonos un magnífico vestido de seda de color de melocotón guarnecido de un ancho bordado negro; vestido hecho para una europea, y por lo tanto demasiado corto y demasiado estrecho.

Por eso se veían, por debajo, no solamente unos pies, al lado de los cuales, los de Carlomagno hubieran parecido los de una china, encerrados en un calzado ordinario de hombre, sino también unas piernas pardas, gruesas y desnudas, que recordaban los balaustres de los terrados. Un collar de plumas encarnadas amarillas, una guirnalda de flores naturales, que hacia de gola, y un sombrero de paja de Italia, adornado con flores naturales, completaban aquel adorno lujoso y ridículo a la vez.

Noma Hana visitó el buque, se hizo dar cuenta de todo, y en fin, cansada de tantas maravillas, entró en las habitaciones del comandante donde la esperaba una abundante colación. La reina se dejó caer sobre un canapé; más el frágil mueble no pudo resistir tanta majestad, y se hundió bajo el peso de la princesa, cuya había contribuido, sin duda, grandemente, a su elevación.

Al finalizarse su estación, Kotzebue volvió a Nueva Arkhangel, donde permaneció hasta el 30 de julio de 1825. Después hizo una nueva estancia en las Sándwich, poco tiempo después que el almirante Byron había conducido los restos del rey y de la reina.

El archipiélago estaba tranquilo y su prosperidad iba siempre aumentándose. La influencia de los misioneros se consolidaba, y la educación del nuevo y pequeño rey estaba confiada al misionero Bingham. Los habitantes estaban profundamente conmovidos con los honores que la Inglaterra había tributado a los despojos de sus soberanos, y parecía no hallarse distante el día en que las costumbres indígenas harían completamente lugar a los usos de los europeos.

Habiendo tomado a bordo en Waihou algunos víveres frescos, el viajero llegó a las islas Rädak, reconoció las de los Pescadores, que forman la extremidad septentrional de esta cadena, descubrió no lejos de ella el grupo Eschaholtz y tocó el 15 de octubre en Guajam.

El 23 de enero de 1826 llegó a Manila después de un descanso de algunos meses, durante los cuales, sus relaciones con los naturales le habían permitido mejorar notablemente la geografía y la historia natural de las Filipinas.

Un nuevo gobernador español había llegado con refuerzos considerables de tropas, dando tan buen término a la agitación que reinaba, que los colonos renunciaron completamente al proyecto que formaran de separarse de la España.

El 10 de julio de 1826, la Predpriatie volvió a entrar en Cronstadt, después de un viaje de tres años, durante los cuales había visitado las costas Noroeste de la América, las islas Aleutianas, el Kamschatka, y el mar de Okbostk, reconocido en detalle una gran parte de las islas Radak, y se había provisto de nuevas noticias sobre las trasformaciones porque habían pasado algunas poblaciones oceánicas. Merced a los sacrificios de Chamizo y del profesor Eschaholtz, habían sido recogidas numerosas muestras de historia natural y de este último iba a publicar la descripción de más de dos mil animales; en fin, Kotzebue traía muy curiosas

observaciones sobre la formación de las islas de coral en el mar del Sur.

El gobierno inglés había vuelto a tomar empeño en el estudio de este problema, cuya solución hacia tiempo se buscaba: el paso del Noroeste. Mientras que Parry por Franklin por tierra iban a probar pasar nas allá del estrecho de Bering, el capitán Federico Guillermi Beechey recibía las órdenes de pasar todo lo adelante que le fuera posible por esté mismo estrecho a lo largo de la costa septentrional de América, con objeto de recoger los viajeros que sin duda arribarían a él extenuados por las fatigas y las privaciones.

Con el buque *El Blossom*, que salió de Spitheadel 19 de mayo de 1825, Beechey se había aprovisionado en Río Janeiro, y después de doblar el cabo de Hornos, entró en el Océano Pacífico, el 26 de setiembre. Des pues de una corta parada en la costa de Chile, visitó la isla de Pascuas, donde los incidentes que señalaron la parada de Kotzebue en su viaje, fueron exactamente renovados. Primeramente la misma expresiva acogida por parte de los indígenas, que llegaban a nado hasta *El Blossom*, o llevaban en sus piraguas los miserables frutos de la isla. Después, cuando los ingleses desembarcaron, los mismos ataques a palos y pedradas, que hubo que contener enérgicamente a tiros de fusil.

El 4 de diciembre, Beechey vio una isla enteramente cubierta de vegetación. Era una isla famosa entonces, porque en ella se habían encontrado los descendentes de los sublevados de la *Bounty*, desembarcados a consecuencia de un drama que a fines del siglo último impresionó vivamente la opinión pública en Inglaterra.

En 1781, el teniente Bligh, uno de los oficiales que se habían distinguido bajo las órdenes de Cook, fue nombrado para mandar la *Bounty*, y encargado de ir a tomar en Tahití árboles de pan y otras producciones vegetales para trasportarlas a las Antillas, que los ingleses designan comúnmente con el nombre de Indias Occidentales. Después de haber doblado el cabo de Hornos, Bligh estaba parado en las costas de la Tasmania, y había llegado a la

bahía de Matavia, donde había tomado un cargamento de árboles de pan, lo mismo que en Nanuka, una de las islas Tonga.

Hasta entonces ningún incidente particular había ocurrido en el curso de este viaje que prometía terminarse felizmente. Pero el carácter altivo, las maneras rudas y despóticas del comandante, le habían enajenado el afecto de casi toda la tripulación. Tramóse en contra suya un complot que estalló en las aguas de Tofua el 28 de abril, antes de salir el sol.

Sorprendido en su cámara por los revoltosos, atado y agarrotado, antes de que pudiera defenderse, fue conducido en camisa sobre cubierta, y después de una apariencia de juicio, presidido por el teniente Christian Flescher, fue bajado con diez y ocho personas que le habían permanecido fieles a una chalupa, en que se pusieron algunas provisiones, y después abandonados todos en alta mar.

Bligh, después de haber sufrido los tormentos de la sed y del hambre; después de haberse salvado de las terribles tempestades y de los dientes de los salvajes indígenas de Tofua, tuvo la fortuna de llegar a la isla de Timor, donde mereció la mas expresiva acogida.

«Hice desembarcar nuestra gente, —dice Bligh—. Algunos apenas podían moverse: no teníamos más que la piel y los huesos; nos hallábamos cubiertos de llagas y nuestras ropas estaban hechas jirones. En semejante estado, la alegría y el agradecimiento nos hacían derramar lágrimas, y el pueblo de Timor nos contemplaba en silencio, con miradas que espesaban a la vez el horror, el asombro y la compasión.

»Únicamente con los auxilios de la Providencia pudimos vencer los infortunios y dificultades de tan peligroso viaje».

Peligroso, en efecto; pues había durado cuarenta y un días, surcando mares poco conocidos con una embarcación sin cubierta y víveres insuficientes, y experimentando sufrimientos inauditos durante un pasaje de mil quinientas leguas; aunque por otra parte sólo tuvieron que lamentar la pérdida de un marinero, muerto al principio del viaje por los naturales de Tofua.

En cuanto a los sublevados, su historia es tan singular, que bien puede sacarse de ella más de una enseñanza.

Habían hecho rumbo hacia Tahití, a donde les atraía la facilidad de atender a su subsistencia, y donde fueron abandonados los que habían tomado la parte menos activa en la sublevación. Christian se hizo después a la vela con ocho marineros decididos a seguirle, diez insulares de Tahití y de Toubouai, y una docena de tahitianas.

No se había vuelto a saber nada de ellos. Respecto de los que se quedaron en Tahití, fueron capturados en 1791 por el capitán Eduward, de la Pandora, a quien el gobierno inglés había mandado en busca de los amotinados, con el encargo de conducirlos a Inglaterra. Pero habiendo la Pandora varado sobre un escollo en el estrecho de la Empresa, cuatro de los amotinados y treinta y cinco marineros perecieron en la catástrofe. De los diez que llegaron a Inglaterra con los naufragos de la Pandora, sólo tres fueron condenados a muerte.

Veinte años trascurrieron antes de llegar a obtenerse la menor noticia acerca de la suerte de Christian y de los que había llevado consigo.

En 1808 un buque mercante americano llegó a Pitcairn, con objeto de completar su cargamento de foca. El capitán creía que la isla estaba inhabitada; pero con gran sorpresa vio llegar una piragua tripulada por tres jóvenes de color, que hablaban perfectamente el inglés. Admirado les interrogó y supo que su padre había servido bajo las órdenes del teniente Bligh.

La odisea de este último era entonces conocida de todo el mundo, y había servido para entretener las viglias del castillo de proa de los buques de todas las naciones. El capitán americano quiso obtener más pormenores acerca de aquel singular suceso que traía a su mente el recuerdo de la desaparición de los sublevados de la *Bounty*.

Bajando a tierra, encontró un inglés llamado Smith, perteneciente a la antigua tripulación de la *Bounty*, el cual le hizo la declaración siguiente:

Cuando Christian dejó a Tahití, dirigió el rumbo a Pitcairn, cuya situación aislada al Sur de las Pomotú, fuera de todo camino frecuentado, le había vivamente impresionado. Después de desembarcar los víveres encerrados en la *Bounty* y de haberla quitado todos los aparejos que podían serle útiles, se quemó la embarcación, no solamente para que desapareciese todo rastro, sino también para quitar a cualquier rebelde la tentación de fugarse.

Al principio se había temido, al ver varios morais, que la isla estuviese poblada, pero en breve se tuvo la convicción de que no lo estaba. Se edificaron cabañas y se desmontaron terrenos; pero los ingleses reservaron caritativamente a los salvajes que habían arrebatado de su isla o que les habían seguido libremente el oficio de esclavos. De todos modos, dos años se pasaron sin contiendas violentas, y al cabo de ellos los indígenas urdieron un complot contra los blancos, del cual fueron avisados por una tahitiana, y los dos jefes pagaron con la vida la abortada tentativa.

Todavía hubo dos años de paz y tranquilidad; después ocurrió un nuevo complot, por consecuencia del cual Christian y cuatro ingleses fueron asesinados. A su vez, las mujeres, que echaban de menos a los muertos, inmolaron a los tahitianos que habían sobrevivido.

El descubrimiento de una planta, de la que podía sacarse una especie de aguardiente, causó posteriormente la muerte de uno de los cuatro ingleses que quedaban, otro fue asesinado por su compañero, un tercero murió de resultas de una enfermedad, y un tal Smith, que tomó el nombre de Adams, quedó solo al frente de una población de diez mujeres y diez y nueve niños, de los cuales los mayores sólo contaban de siete a ocho años de edad.

Smith, que había reflexionado sobre sus desórdenes, y cuya existencia debía transformarse por el arrepentimiento, tenía que desempeñar los deberes y obligaciones de padre, de sacerdote, de oficial del Registro civil y de rey. Pero su rectitud y su firmeza, le dieron una influencia poderosa sobre aquella extraña población.

Esté extraño profesor de moral, que durante su juventud había violado todas las leyes, y para el cual ninguna obligación había sido sagrada, enseñó entonces la piedad, el amor y la unión; instituyó matrimonios regulares entre los hijos de familias diferentes, y la pequeña colonia prosperó bajo el mando suave y firme de este hombre convertido en virtuoso, aunque algo tarde.

Tal era el estado moral de la colonia de Pitcairn en el instante que Beechey llegó a ella. El navegante, bien recibido por una población cuyas virtudes recordaban las de la Edad de Oro, hizo una parada de diez y ocho días.



La aldea estaba formada de cabañas aseadas y claras, cercadas de pandanos y cocoteros; los campos se hallaban bien cultivados, y bajo la dirección de Adams, se fabricaban en esta población los instrumentos más útiles, con una habilidad verdaderamente admirable. De rostro agradable la mayor parte, aquellos mestizos

tenían bien proporcionados sus miembros, que anunciaban un vigor poco común.

Después de Pitcairn, fueron visitadas por Beechey las islas Crescent, Gambier, Hood, Clermont Tonnerre, Serles, Pentecostés, Reina Carlota, Tchai y Lanceros, que forman parte de las Pomotús, así como un islote que recibió el nombre de Byam Martin.

Aquí halló Beechey un salvaje, llamado Tat Wari, que había sido arrojado a él por la tempestad. Saliendo de Anaa con ciento cincuenta de sus compatriotas en tres piraguas, para ir a ofrecer sus respetos a Pomaréll, que acababa de subir al trono, había sido arrojado lejos de su camino por los vientos del Oeste. A éstos sucedieron brisas variables, y muy pronto se consumieron las provisiones tan completamente, que no dudó en comerse los cadáveres de los que habían sucumbido. En fin, arribó a la isla Barrow, en medio del archipiélago Peligroso, donde pudo abastecerse un poco, volviendo al punto a hacerse al mar, donde no pudo permanecer mucho tiempo, porque su piragua se desfondó a la vista de Byam Martin, donde tuvo que quedarse.

Beechey acabó por acceder a los ruegos de Tu Wari, y le tomó a su bordo con su mujer y sus hijos para que volviesen a Tahití. A la mañana siguiente ocurrió uno de esos lances que por lo común no se ven más que en las novelas.

Beechey había llegado a Heiu y Tu Wari encontró allí a su hermano, que hacia largo tiempo que juzgaba muerto. Después de las primeras demostraciones de efusión, los dos naturales, fuertemente abrazados y unidas las manos con ternura, se contaron sus recíprocas aventuras.

Beechey salió de Heiu el 18 de febrero, reconoció las islas Melville y Croker, y ancló el 18 en Tahití, donde a duras penas logró proporcionarse víveres frescos. Los naturales exigían ya buenos pesos duros chilenos y vestidos europeos, artículos que faltaban completamente en *El Blossom*.

El capitán, después de recibir la visita de la regente, fue invitado a una reunión que debía celebrarse en honor suyo en la regia

mansión de Papeiti.

Pero cuando fueron los ingleses, encontraron que todo el mundo estaba durmiendo en Palacio. La regente, olvidando su invitación, se había acostado más temprano que de costumbre. No por esto dejó de recibir menos graciosamente a sus convidados y organizó un pequeño baile, no obstante la rigurosa prohibición de los misioneros. Sólo que la fiesta tuvo que celebrarse, por decirlo así, en silencio, a fin de que el ruido no llegase a los oídos de los agentes de policía que se paseaban por la playa.

Puede juzgarse por este detalle la libertad que el misionero Pritchard dejaba a los primeros personajes de Tahití.

—¿Cuál debía ser para la generalidad de los naturales?

El 3 de abril el joven rey fue a hacer su visita a Beechey, que le regaló de parte del Almirantazgo, una hermosa escopeta de caza. Las relaciones fueron sumamente amistosas y la influencia que los misioneros ingleses habían sabido adquirir, quedó aún más consolidada por la cordialidad y agasajos de que el estado mayor de *El Blossom* les dio reiteradas pruebas.

Saliendo de Tahití el 26 de abril, Beechey llegó a las islas Sándwich, donde hizo una parada de doce días, dándose enseguida a la vela para el estrecho de Bering y el mar polar. Sus instrucciones le prescribían que se internase a lo largo de la costa de América, todo lo lejos que le permitiese el estado de los hielos.

El Blossom llegó a la bahía de Kotzebue, lugar tan inhospitalario como repugnante donde los ingleses tuvieron varias entrevistas con los indígenas, sin poder adquirir la menor noticia acerca de Franklin y de su gente.

Después Beechey expidió en busca del intrépido explorador una chalupa con cubierta a las órdenes del teniente Elson. Éste no pudo pasar de la punta Barrow, a los 71° 23' de latitud Norte, y se vio precisado a volverse al Blossom, al cual los hielos obligaron a repasar el estrecho el 13 de octubre, con tiempo claro y una fuerte helada.

A fin de utilizar la estación de invierno, Beechey visitó el puerto de San Francisco y recaló otra vez, el 25 de enero de 1837 en Honolulu, en las islas Sándwich. Merced a la política hábil y liberal de su gobierno, este Estado avanzaba a grandes pasos en la vía del progreso y la prosperidad.

El número de casas había aumentado; la ciudad tomaba cada vez más un aspecto de civilización. El puerto estaba frecuentado por muchos buques ingleses y americanos; se había creado, en fin, la marina nacional, que constaba de cinco bergantines y ocho goletas. La agricultura se encontraba en un estado floreciente; el café, el té y las especias ocupaban extensas plantaciones y se buscaba el medio de utilizar los bosques de cañas de azúcar que prosperaban en el archipiélago.

Después de una recalada, en abril, en la embocadura del río de Cantón, *El Blossom* procedió al reconocimiento del archipiélago Liu Kieu, cadena de islas que une al Japón y a Formosa, y del grupo de las Bonia Sima; tierras en las cuales, el explorador no encontró más animales que gruesas tortugas verdes.

Después de esta exploración volvió *El Blossom* a tomar rumbo hacia el Norte; pero las condiciones atmosféricas eran menos favorables y no pudo penetrar esta vez más que hasta los 70° 40'. Dejó en este sitio de la costa, víveres, ropas e instrucciones para el caso de que Parry o Franklin pudieran abrirse paso hasta allí; y después de haber cruzado por aquellos mares hasta el 6 de octubre, determinó, aunque con sentimiento, regresar a Inglaterra. Hizo escala en el Monterrey, en San Francisco, en San Blas y en Valparaíso; dobló el cabo de Hornos, fondeó en Río Janeiro y ancló en Spithead el 21 de octubre.

Ahora vamos a referir la expedición del capitán ruso Lutke, expedición que produjo resultados bastante importantes. La relación es muy amena y está ingeniosamente escrita. Por eso tomaremos de ella algunos extractos.

El *Seniavine* y el *Moller* eran dos gabarras construidas en Rusia, de buenas condiciones marineras, pero de las cuales la segunda era

poco velera, inconveniente que durante casi todo el viaje tuvo separados a los dos bajeles. El *Seniavine* tenía por comandante a Lutke y el *Moller* a Staniukowitch.

Los dos barcos salieron de Cronstadt el 1º de setiembre de 1828; hicieron escala en Copenhague y en Portsmouth, donde adquirieron instrumentos de física y astronomía. Apenas salieron del Canal de la Mancha, cuando fueron separados. La *Seniavine*, a quien particularmente seguiremos, recaló en Tenerife, donde Lutke esperaba encontrar su conserva.

Esta isla acababa de ser del 4 al 8 de noviembre asolada por un huracán terrible, como no se había visto semejante desde la conquista. Tres buques habían perecido en la misma rada de Santa Cruz, y otros dos, arrojados a la costa, habían quedado destrozados. Los torrentes, aumentados por una lluvia espantosa, habían trastornado jardines murallas y edificios, devastado plantaciones considerables, demolido casi por completo uno de los fuertes, arruinado bastantes casas en la población, y dejado intransitables muchas calles. De trescientos a cuatrocientos individuos habían perecido en esta catástrofe, cuyas pérdidas ascendían a muchos millones de duros.

En el mes de enero los dos buques se encontraron en Río Janeiro, habiendo navegado de conserva hasta el Cabo de Hornos. Allí las tempestades ordinarias y las nieblas habituales les habían asaltado, separándolos otra vez. La *Seniavine* hizo entonces rumbo hacia la Concepción.

El 15 de marzo, —dice Lutke—, no estábamos, según la estima, sino a ocho millas de la costa más inmediata; pero una espesa niebla nos la quitaba de la vista. La niebla se disipó durante la noche, y al despuntar el día se presentó un espectáculo de una grandeza y magnificencia indescriptibles. La cordillera dentellada de los Andes, con sus picos agudos se dibujaba sobre un cielo azul, iluminado por los primeros rayos del sol. No voy a aumentar el número de los que se engolfan en consideraciones, para trasmitir a los demás las sensaciones que experimentan al primer aspecto de

semejantes cuadros de la naturaleza, que son tan difíciles de expresar como la majestad del mismo espectáculo.

La variedad de colores, la luz que la salida del sol esparcía gradualmente sobre el cielo y sobre las nubes, eran de una inimitable belleza. Con vivo sentimiento nuestro, este espectáculo, así como todo lo que es sublime en la naturaleza, no fue de larga duración. A medida que la masa de luz invadía la atmósfera, el enorme gigante parecía ocultarse en el abismo y el sol, apareciendo sobre el horizonte borró hasta sus últimos vestigios.

La sensación que Lutke experimentó al aspecto de la Concepción, no estaba de acuerdo con la de alguno de sus predecesores. No había olvidado aún la exuberante riqueza de vegetación de la bahía de Río Janeiro. Así es que encontró bastante pobre esta costa. Los habitantes, en lo que pudo juzgar durante una recalada muy corta, le parecieron dotados de un carácter más afable y más civilizados, que las personas de su misma clase en otros países.

Al entrar en Valparaíso, Lutke vio a la *Moller*, que se daba a la vela para el Kamschatka. Despidiéronse las tripulaciones y cada una siguió desde entonces una dirección separada.

Una primera excursión de los oficiales y naturalistas, fue a las célebres «Quebradas».

«Éstas son, —dice el viajero—, unos barrancos en las montañas, llenos de pequeñas cabañas, que albergan la mayor parte de la población de Valparaíso. La más poblada de estas Quebradas es la que se eleva en el ángulo S. O. de la ciudad. El granito, que allí se muestra al descubierto, sirve de sólido fundamento a las construcciones y las pone al abrigo del efecto destructor de los temblores de tierra. Las comunicaciones de estos habitantes con la ciudad se verifican por estrechos senderos, sin puntos de apoyo, ni escalones, que se prolongan sobre la pendiente de las rocas, en las cuales juegan los muchachos, corriendo en todas direcciones como gamuzas. No había allí más que algunas casas, y aun estas pertenecientes a los extranjeros, que tuvieran sendas que

conducían a ellas. Los chilenos miraban este procedimiento como un lujo superfluo y de todo punto inútil. Es un espectáculo extraño el ver bajo los pies una escalera de tejados, o de ramas de palmera, y encima de la cabeza un anfiteatro de puertas y de jardines.

»Yo había seguido al principio a los señores naturalistas, pero ellos pronto me arrastraron hasta un estrecho, donde yo no podía dar un paso atrás ni adelante, lo cual me decidió a volverme con uno de mis oficiales, dejándoles allí, y deseando trajeran a casa libres sus cabezas. Respecto a mí, creí mil veces perder la mia, antes de llegar abajo».

De vuelta de una penosa excursión que habían hecho los marineros a algunas leguas de Valparaíso, quedaron altamente sorprendidos al entrar a caballo en la población, de verse detenidos por una patrulla, que les obligó, a pesar de sus protestas, a echar pie a tierra.

«Era el Jueves Santo, —dice Lutke—; desde este día hasta el Sábado, no es permitido aquí, bajo pena de una fuerte multa, montar a caballo, cantar, bailar, tocar ningún instrumento, ni aun llevar el sombrero puesto. Todo negocio, todo trabajo, toda diversión están prohibidos severamente durante estos días. La colina de en medio de la ciudad, y sobre la cual se halla el Teatro, conviértese en Calvario en este tiempo. En medio de un espacio rodeado de una verja, se levanta una cruz con la imagen de Cristo, y cerca de ella hay una multitud de flores y velas de cera, y a cada lado figuras de mujeres puestas de rodillas, y representando los testigos de la Pasion del Salvador. Las almas piadosas se acercan a este lugar para lavar sus pecados por medio de una oración en alta voz. Yo no advertí más que pecadoras y ni un solo pecador. La mayor parte de ellas, estaban, sin duda, seguras de obtener la gracia divina, porque al venir jugaban y reían; al aproximarse allí tomaban un aire contrito, se ponían de rodillas por algunos instantes, y continuaban en seguida su camino, volviendo a reanudar sus juegos y sus risas».

La intolerancia y las supersticiones de que los extranjeros hallaban pruebas a cada paso, hicieron que formase el viajero

reflexiones muy juiciosas. Sentía ver perderse en continuadas revoluciones tanta energía y tantos recursos, que mejor podían emplearse en el desenvolvimiento moral y la prosperidad material de la nación.

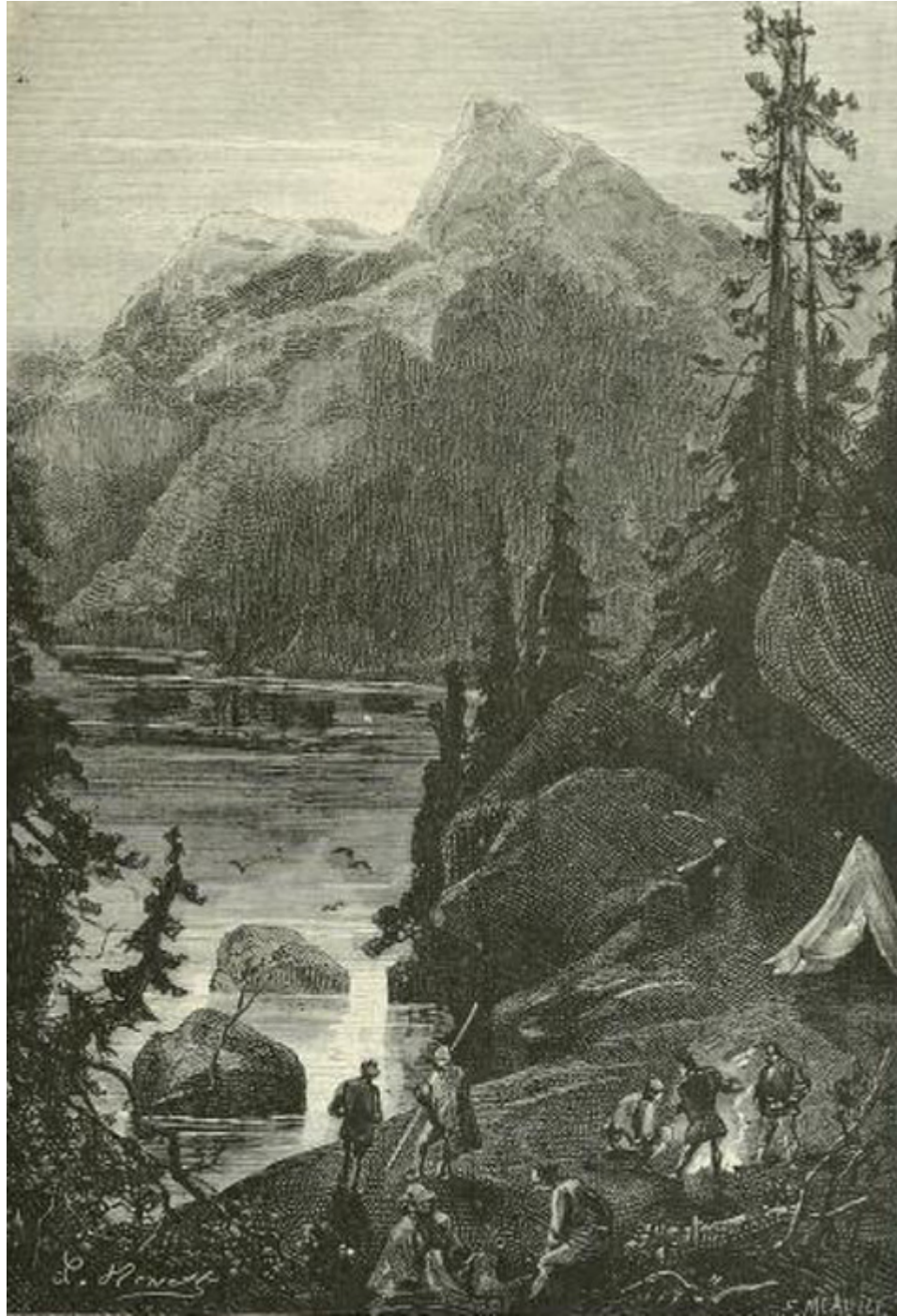
Para Lutke, nada hay menos semejante a un valle del Paraíso, que Valparaíso y sus cercanías Montañas peladas y cortadas por valles profundos; una llanura arenosa en medio de la cual se levanta la ciudad: las altas montañas de los Andes en último término, no constituyen un Edem propiamente hablando.

Las señales del horroroso terremoto de 1823 no estaban aun enteramente borradas. Veíanse todavía grandes espacios cubiertos de ruinas.

El 15 de abril la *Semiavine* volvió a hacerse a la vela para Nueva Arkhangel, donde entró el 24 de junio después de una navegación en que no ocurrió ningún incidente notable.

La necesidad de proceder a los reparos que hacia indispensables una campaña de diez meses, y el desembarque de las provisiones de que la *Seniavine* estaba cargada para la Compañía, detuvieron cinco semanas al capitán Lutke en la habia de Sitkha.

Esta parte de la costa noroeste de la América ofrece un aspecto salvaje aunque pintoresco.



Altas montañas cubiertas hasta su cumbre de espesos y sombríos bosques, forman el último término del cuadro. A la entrada de la bahía está el monte Edgecumbe, volcán apagado en el día que se eleva a 28.00 pies sobre el nivel del mar. Cuando se penetra en la bahía se halla un laberinto de islas, detrás de las cuales se

levanta con su fortaleza, sus torres y su iglesia, la ciudad de Nueva Arkhangel, que únicamente se compone de una hilera de casas, con jardín, un hospital, un astillero, y fuera de las empalizadas una gran población de indios kaloche. La población era entonces una mezcla de rusos, criollos y aleutianos, en número de ochocientos, de los cuales las tres octavas partes se hallaban al servicio de la Compañía.

Esta población disminuye sensiblemente según las estaciones. En verano, casi toda la gente está en la caza, y apenas vuelven en el otoño cuando salen para la pesca. La Nueva Arkhangel no presenta precisamente gran número de distracciones. A decir verdad, esta mansión, una de las más desahacibles que se pueden imaginar, es una tierra desheredada tristísima donde todo el año, fuera de los tres meses de las nieves, es más semejante al otoño, que a ninguna otra estación. Esto aún no es nada para el viajero que va de paso; pero el que tiene que residir en ella necesita para acostumbrarse un gran fondo de filosofía o mucho deseo de no morir de hambre.

El comercio, bastante importante se hace con la California, con los naturales y con los buques extranjeros.

Las pieles que se proporcionan los aleutianos, cazadores de la Compañía son las de nutria, el castor, el zorro y el «souslie. Pescan también la morsa, la foca y la ballena, y durante la época acostumbrada, el arenque, el bacalao, el salmón, el rodaballo, la lamprea, la pértica, y los “tsouklis” marisco que se encuentra en las islas de la Reina Carlota y cuyas conchas necesita la Compañía para sus cambios con los americanos».

Respecto a éstos desde el grado 48 al 60, son al parecer de la misma raza; a lo menos así se colige de la semejanza de sus formas exteriores, de sus usos, de su vida y la de su idioma.

Los kaloche de Sitka, reconocen como fundador de su raza a un hombre llamado Etkh, favorecido con la protección del cuervo, causa primera de todas las cosas. Es digno de notarse que entre los kadiacos, que son esquimales, esta ave hace también un importante

papel. Se hallan entre los kaloches según Lutke, la tradición de un diluvio y varias fábulas que se parecen mucho a las de la mitología griega.

Su religión no es más que el chamanismo. Les es desconocido un Dios supremo; pero creen en los espíritus malignos y en los hechiceros, que predicen el porvenir, curan las enfermedades, y cuya profesión es hereditaria.

El alma para ellos es inmortal; pero, con todo, las almas de los jefes no se mezclan con las de los inferiores, y las de los esclavos permanecen esclavas después de la muerte. Puede comprenderse cuán poco consolador es este pensamiento.

El gobierno es patriarcal; los indígenas se hallan organizados en tribus, que como las del resto de la América, tienen por emblema, y más frecuentemente por nombre, un animal: el lobo, el cuervo, el oso, el águila, etc.

Los esclavos de los kaloches son los prisioneros que se hacen en la guerra. Su suerte es muy miserable. Sus señores tienen sobre ellos derecho de vida y muerte. En ciertas ceremonias, con motivo de la pérdida de los jefes, se sacrifican los que no sirven para nada, a menos que por el contrario, no se les deje en libertad.

Los kaloches, desconfiados y astutos, crueles y vengativos, no valen más ni menos, que los otros salvajes sus vecinos. Duros para la fatiga, valientes, aunque perezosos, dejan todos los trabajos familiares al cuidado de sus mujeres, porque la poligamia se halla en práctica entre ellos.

Saliendo de Sitka, Lutke se dirigió hacia Unalachka. El establecimiento de Iloulouk, es el principal de esta isla que, sin embargo, no está habitada más que por doce rusos y diez aleutianos de ambos sexos.

Sin la completa falta de leña, que obliga a los indígenas a recoger la que el mar arroja a las orillas, y entre la cual se hallan muchas veces troncos enteros de ciprés, de árbol de alcanfor y de otro que exhala un olor parecido al de la rosa, esta isla ofrecerá

bastantes comodidades y placeres para la vida. Abunda en hermosos pastos que se destinan a la cría de ganados.

Los habitantes de las islas de los Zorros, en la época en que Lutke las visitó, habían adoptado en gran parte las costumbres y los trajes de los rusos.

Todos son cristianos. Los aleutianos son buenos, atrevidos, diestros, y el mar es su natural elemento.

Desde 1826, varias erupciones de cenizas habían causado grandes estragos en estas islas. En mayo de 1827, el volcán Chichaldinsk, abrió un nuevo cráter del que brotaron las llamas.

Las instrucciones de Lutke le ordenaban reconocer la isla de San Mateo, que Cook había titulado Isla de Gore.

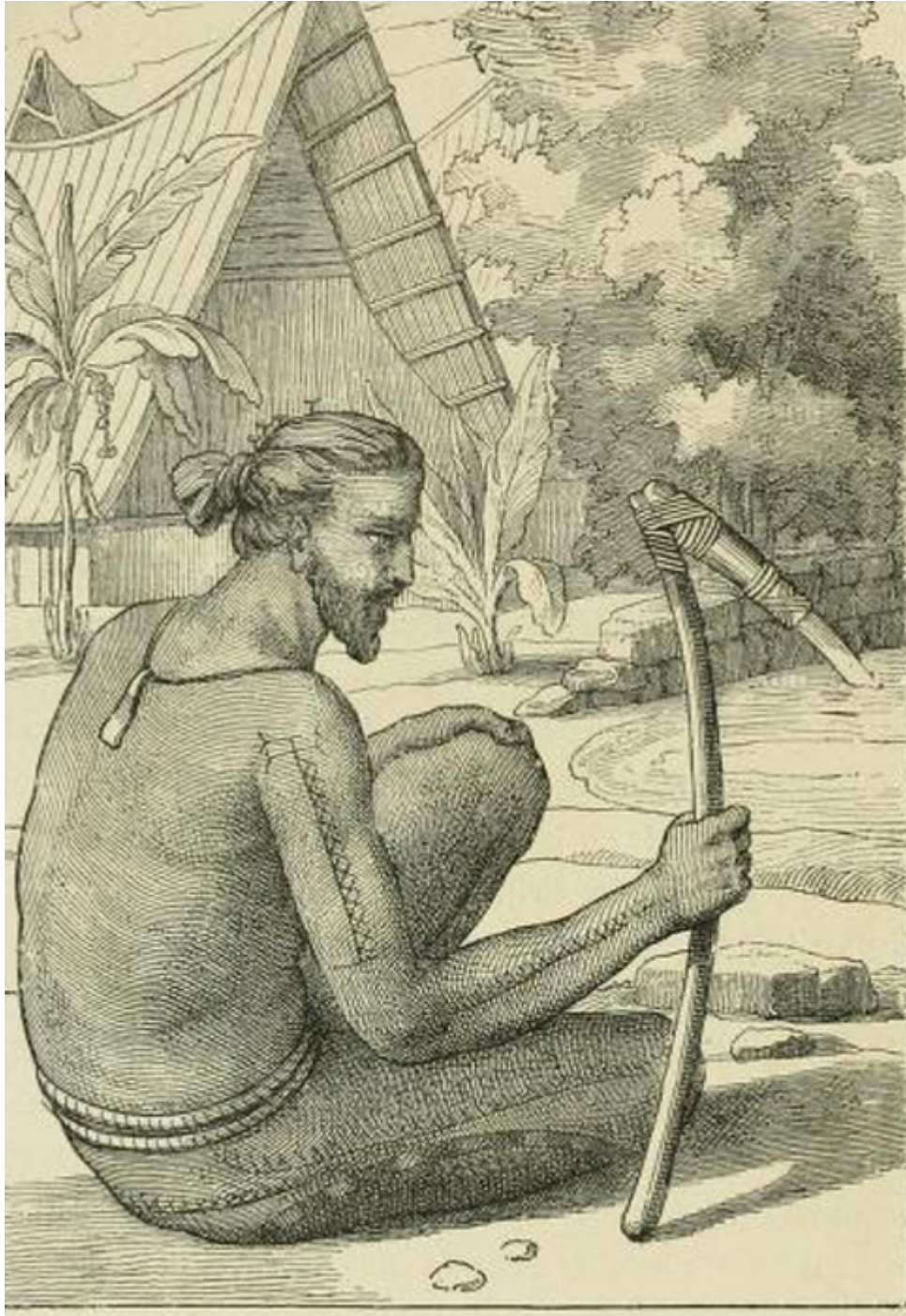
Si el plano hidrográfico de esta posición salió perfecto, no obtuvieron los rusos el mismo resultado cuando quisieron proporcionarse noticias sobre sus producciones naturales, porque no pudieron desembarcar en ningún sitio.

En este intermedio, llegó el invierno con su acostumbrado séquito de nieblas y tempestades. No pudiendo volverse al estrecho de Bering, Lutke dirigió el rumbo hacia Kamschatka, después de haberse comunicado con la isla de Bering. Descansó tres semanas en Petropaulowsky, cuyo tiempo se empleó en descargar los objetos que llevaba y en los preparativos de su campaña de invierno.

También le prescribían a Lutke sus instrucciones que emplease aquella estación en visitar las islas Carolinas.

Entonces resolvió dirigirse desde luego a la isla de Ualan, que el navegante francés Duperrey había dado a conocer. Un puerto seguro permitía dedicarse allí a hacer experimentos sobre el péndulo.

Lutke, buscó aunque sin poder encontrarla durante este viaje, la isla de las Columnas hacia los 26° 9" de latitud y 128° de longitud Oeste. Lo mismo le sucedió con las islas Dexter y San Bartolomé. Reconoció el grupo de coral de Brown, descubierto en 1794 por el inglés Butler y llegó el 4 de diciembre a la vista de Ualan.



Desde el principio, la excelencia de sus relaciones con los indígenas, produjo un satisfactorio efecto en el ánimo de los rusos. Varios ualaneses que habían llegado en piraguas, manifestaron bastante confianza para dormir a bordo del buque que estaba navegando todavía.

Con mucha dificultad pudo penetrar la *Seniavine* en la rada de la Concha. Desembarcando en el islote Matanial, donde Duperrey había establecido su observatorio, Lutke hizo lo mismo, ínterin tenían lugar los cambios con los naturales. La bondad y el carácter pacífico de éstos no se desmintieron un instante.

Bastó tener detenido dos días a un jefe en rehenes quemar una piragua, para poner término a los robos de algunos indígenas.

Podemos declarar con satisfacción a la faz del mundo, —dice Lutke—, que nuestra permanencia de tres semanas en Ualan, no solamente no costó una gota de sangre humana, sino que pudimos dejar a estos buenos isleños sin tener que darles una idea más completa que la que ellos tenían ya del efecto de nuestras armas de fuego, que se figuraban estaban destinadas solamente para matar los pájaros.

Ignoro que se halle igual ejemplo en los anales de los primeros viajes por los mares del Sur.

Después de haber partido de Ualan, Lutke buscó en vano las islas Musgraves, señaladas en la carta de Krusenstern, y no tardó en descubrir una gran isla rodeada de un cinturón de arrecifes, cuyo conocimiento se le había pasado a Duperrey y que llevaba el nombre de Painipéte o de Pouynipete. Grandes y hermosas piraguas tripuladas por catorce hombres y otras más pequeñas en que sólo había dos, cercaron muy pronto el buque. Estos naturales, de fisonomía salvaje que manifestaba la desconfianza con los ojos rojos de sangre, turbulentos y alborotadores, cantaban, bailaban y gesticulaban sobre sus embarcaciones, y no se decidieron sino a duras penas a subir sobre cubierta.

La *Semiavine* se estuvo a alguna distancia de la tierra que hubiera sido muy difícil de abordar, sin sostener un combate, pues en una tentativa de desembarco, los naturales cercaron la chalupa y no se retiraron sino ante la firme actitud de la tripulación y los cañonazos de la *Semiavine*.

Lutke disponía de muy poco tiempo para dar término al reconocimiento del archipiélago *Seniavine*, como él tituló a su

descubrimiento.

Así, las noticias que pudo recoger acerca de la población de las Pouynipetes, carecen de precisión. Estos indígenas no pertenecían, según él, a la misma raza que los de Ualan, y se aproximaban más bien a los Papues, de los cuales los más inmediatos son los que habitan la Nueva Irlanda; es decir, a setecientas millas solamente.

Después de haber buscado también sin encontrarla la isla de San Agustín, Lutke reconoció las de Coral, las de los Valientes llamadas también Siete Islas, descubiertas en 1773 por el español Felipe Tompson.

Vio también en seguida el archipiélago Mortlok, antiguo grupo Lugullos de Torres, cuyos habitantes se parecían a los ualaneses. Desembarcó en la principal de estas islas, que era un verdadero jardín de cocoteros y de árboles de pan.

Los indígenas gozaban una especie de civilización.

Sabían tejer teñir las fibras del bananero y del cocotero como los naturales de Ualan y de Pouynipete. Los instrumentos de pesca hacían honor a su espíritu inventivo, sobre todo, una especie de caja de varillas de bambú entrelazadas, y dispuesta de modo que dejaban entrar los peces, sin permitirles la salida. Tenían también redes en forma de un saco grande, sedales y arpones.

Sus piraguas, en las cuales pasan las tres cuartas partes de su vida, parecen maravillosamente adaptadas a sus necesidades. Las grandes, cuya construcción les cuesta mucho trabajo y que conservan bajo tinglados especiales, tienen veinte y seis pies de largo, dos y cuarto de ancho y cuatro de profundidad. Están provistas de un balancín, los travesaños del cual, se hallan cubiertos de tablas. Del otro lado tienen una pequeña plataforma de cuatro pies cuadrados y provista de un techo, bajo el cual se guardan las provisiones.

Estas piraguas llevan una vela triangular, de estera tejida con hojas de algodón, la cual se halla sujeta a dos vergas. Para virar de bordo se deja caer la vela, se inclina el mástil hacia el otro

extremo de la piragua, donde se hace pasar al mismo tiempo la amura de la vela, y la piragua va adelante por su otra extremidad.

Luke reconoció en seguida el grupo Namoluk, cuyos habitantes no se diferencian en nada de los Logullos y demostró la identidad de la isla Hogole ya descrita por Duperrey, con la Quirosa. Luego visitó, el grupo Namonuito, primer asiento de un numeroso grupo de islas, o más bien de una sola ya grande isla que un día debió de existir en aquel sitio.

Necesitando galleta y otros artículos que esperaba sacar de Guajam o de los buques que estuviesen recalados en el puerto, hízose a la vela para las Marianas, donde al mismo tiempo contaba repetir sus experimentos sobre el péndulo, en el cual Freycinet había encontrado una importante anomalía de gravitación.

Grande fue la sorpresa de Lutke, al llegar y no advertir en tierra ninguna señal de vida. Los dos fuertes estaban sin bandera, un silencio sepulcral reinaba por todas partes, y sin la presencia de una goleta surta en el puerto interior, se hubiera creído arribar a una tierra desierta. En tierra había poca de gente, y aun ésta era una población medio salvaje, y de la cual fue poco menos que imposible obtener la menor noticia. Por fortuna, un desertor inglés vino a ponerse a disposición de Lutke, y llevó al gobernador una carta suya, que obtuvo en seguida una respuesta satisfactoria.

El gobernador era el mismo Medinilla cuya hospitalidad habían elogiado Kotzebue y Freycinet. Así no fue difícil obtener el permiso de establecer en tierra un observatorio y de trasportar algunas provisiones de que tenían necesidad. En esta estación hubo que lamentar un accidente ocurrido al comandante, que durante una partida de caza, se hirió bastante gravemente una muñeca con su fusil.

Los trabajos de reparación y compostura del buque, y la necesidad de hacer provisión de agua y de leña, dilataron la marcha de la Semiavine hasta el 19 de Marzo. Durante este tiempo, tuvo Lutke ocasión de reconocer la exactitud de las noticias que una permanencia de dos meses en la misma casa del gobernador había

permitido recoger a Freycinet diez años antes. Desde entonces las cosas no habían cambiado nada.

Como todavía no era tiempo para Lutke de subir hacia el Norte, volvió a reanudar el reconocimiento de las Carolinas, por las islas de los Daneses. Los habitantes le parecieron mejor formados que sus vecinos occidentales, de los que por otra parte no se diferencian en manera alguna. Las islas Farroilep, Ullei, Ifeluk y Furipigze, fueron sucesivamente reconocidas; Lutke después tomó el camino de Bonin Sima el 27 de abril, pero sabiendo que le había precedido en el reconocimiento de este grupo el capitán Beechey, renunció desde luego a todo trabajo hidrográfico.

Dos marineros pertenecientes a la tripulación de un ballenero que había sido arrojado sobre la costa, residían aún en Bonia Sima.

Desde el desarrollo de la grande pesca, éste archipiélago se hallaba frecuentado por multitud de balleneros, que encuentran al mismo tiempo que un puerto seguro, en toda estación, agua y leña en abundancia, tortugas durante seis meses, pescados, y entre una infinidad de yerbas antiescorbúticas, el delicioso sagú.

«La altura majestuosa y el vigor de los árboles, —dice Lutke—, la variedad y la mezcla de las plantas tropicales con las de los climas templados, atestiguan ya la fertilidad del terreno y la salubridad del clima. La mayor parte de nuestros productos de jardín y de nuestras hortalizas, y acaso todas, prosperarían aquí a maravilla, así como el trigo, el maíz y el arroz; no pudiendo desearse un clima mejor y de más buena situación para las vides. Los animales domésticos y las abejas se multiplicarían muy prontamente. En una palabra, con una colonización poco numerosa, pero trabajadora, este pequeño grupo podría llegar a ser en muy poco tiempo un lugar de abundantes recursos en toda clase de objetos.

»El 9 de junio, la *Seniavine*, después de haber estado una semana entera detenida por falta de vientos, entró en Petropaulowsky, donde también se detuvo hasta el 26, por la necesidad de proveerse de víveres. Hiciéronse entonces varios

reconocimientos a lo largo de la costa de Kamschatka, del país de los Koriak y de los chuktchis, los cuales fueron interrumpidos por tres paradas hechas en las costas de la isla de Karaghinsk, en la bahía de San Lorenzo y en el golfo de Santa Cruz.

Durante una de estas paradas, ocurrió al comandante una singular aventura.

Hallábase hacia algunos días en relaciones amistosas con los chuktchis, a los cuales se esforzaba en dar una idea más familiar de las personas y del modo de vivir de los rusos.

Estos naturales, —dice—, se mostraban afables y complacientes y procuraban pagar en la misma moneda nuestras chanzas y nuestros halagos.

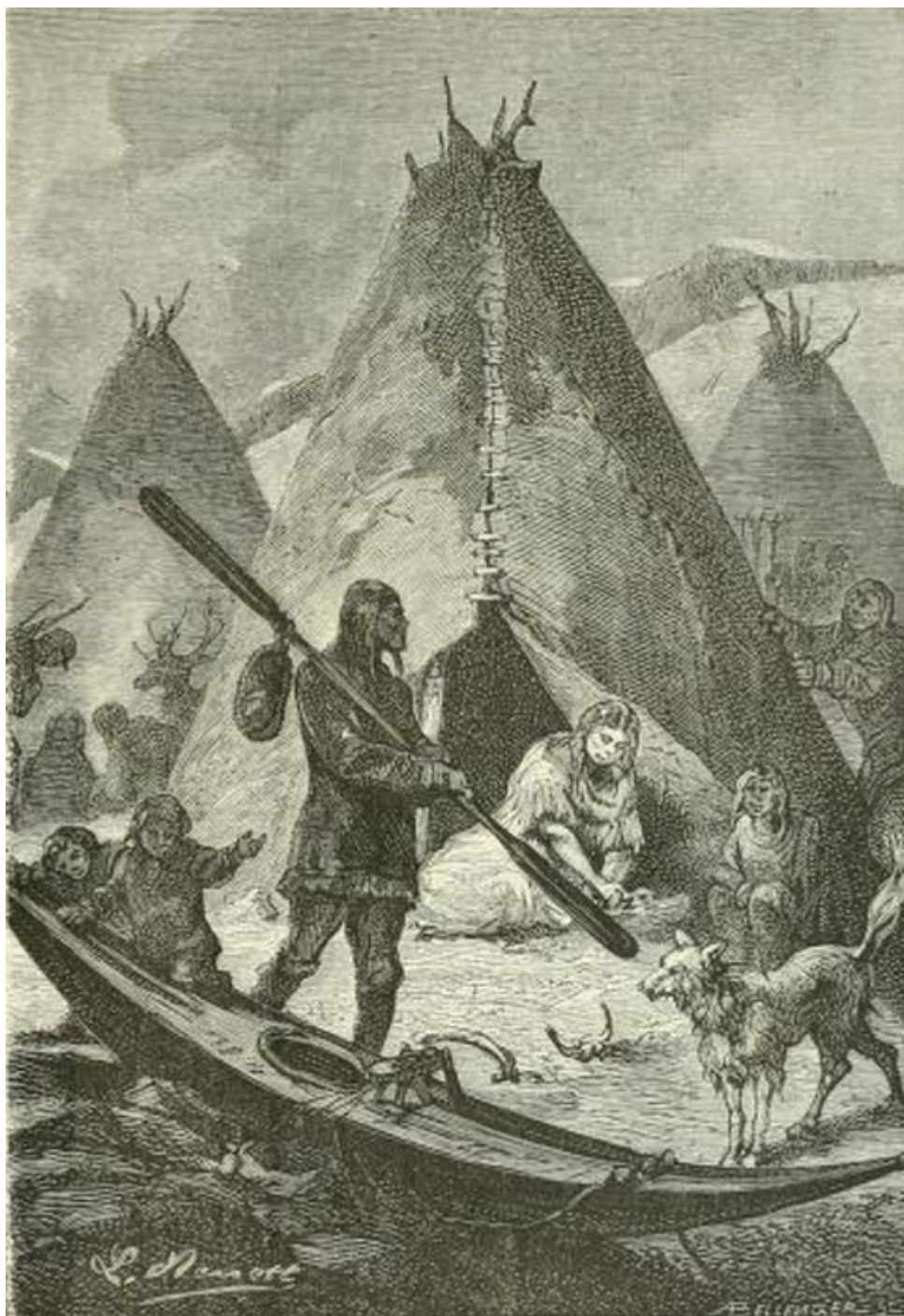
Yo sacudía ligeramente con la mano, como muestra de amistad, la mejilla de un vigoroso chuktchi, cuando recibí en respuesta un bofetón que casi me dejó caer.

Vuelto de mí asombro, vi delante a mi al chuktchi, con la cara risueña, manifestando la satisfacción de un hombre que ha sabido mostrar su política y buen modo de tratar a las personas. Había querido darme una suave palmadita, pero su mano no estaba acostumbrada más que a dárselas a los renos.

Los viajeros fueron testigos también de las pruebas de destreza de un chuktchi, que hacia el chaman o brujo. Colocóse detrás de una cortina, de donde luego se oyó salir una voz semejante a un aullido, mientras se daban pequeños golpecitos sobre un tamboril con una barba de ballena. Levantada la cortina, se vio al hechicero balancearse y reforzar su voz y los golpes sobre el tambor que tenía cerca de la oreja. Luego se quitó su pelliza, quedándose desnudo hasta la cintura. Tomó luego una piedra alisada, que dio a Lutke para que la tuviera; la volvió a coger, y mientras la hacia pasar de una mano a otra, la piedra desapareció. Enseñando un tumor que tenía en el codo, pretendía que la piedra estaba en aquel sitio; luego hizo correr el tumor sobre el costado, y después de haber extraído la piedra, aseguró que el éxito del viaje de los rusos sería favorable.

Se felicitó al brujo por su destreza y se le regaló un cuchillo para recompensarle. Tomándole con una mano, sacó la lengua y se dispuso a cortársela. Su boca se llena de sangre... En fin, después de haber cortado del todo su lengua, enseña el pedazo en su mano. Aquí cayó la cortina, y la destreza del prestidigitador no podía sin duda ir más lejos.

Se designa bajo el título general de cbuktchis, al pueblo que habita la extremidad N. E. del Asia.



Comprende dos razas; la una nómada, como los samoyedos, se llama los chuktchis de los renos; la otra, que habita en moradas Ajas, se denomina los chuktchis sedentarios.

El género de vida, así como los rasgos de su fisonomía, y la lengua misma difieren en estas dos razas. El idioma hablado por los

chuktchis sedentarios, tiene muy grandes relaciones con el de los esquimales, y se parecen también a los de éstos los baidares o botes de cuero, los instrumentos y la forma de las chozas.

Lutke no vio un gran número de chuktchis de renos, y así no pudo añadir nada a lo que habían dicho sus predecesores. Le pareció sin embargo, que estaban pintados con los colores más desfavorables, y que su reputación de turbulencia y salvajismo había sido singularmente exagerada.

Los sedentarios, conocidos generalmente bajo el nombre de namollos, viven en el invierno en barracas, y en estío en cabañas cubiertas de pieles.

Estas sirven generalmente de morada a varias familias.

«Los hijos con sus mujeres, las hijas con sus maridos,— dice la relación—, viven en ellas juntamente con sus padres. Cada familia ocupa bajo una cortina una de las separaciones practicadas en el ancho costado de la choza. Estas cortinas están hechas de piel de renífero, cosidas en figura de campana, y están sujetas a las barras del techo, descendiendo hasta el suelo. Dos, tres personas, y algunas veces más, con la ayuda de la grasa que queman cuando hace frío, enrarecen de tal manera el aire bajo esta cortina tan herméticamente cerrada, que durante los grandes hielos, todo vestido viene a ser superfino; pero solamente los pulmones chuktchis pueden respirar en esta atmósfera. En la mitad anterior de la choza están todos los utensilios, la vajilla, las marmitas, las cestas, los sacos de piel de ternera marina, etc.

»Allí está también el hogar, si se puede llamar así el sitio donde humean algunas ramas de junco recogidas con gran trabajo en los marjales, o en su defecto, huesos de ballena con su grasa. Alrededor de la choza, sobre secadores de madera o de huesos de ballena, se halla extendida la carne de ternera marina, cortada en trozos, negra y repugnante.

»La vida que hacen estos pueblos es miserable. Se mantienen con la carne medio cruda de las focas y morsas que cazan, y de la de las ballenas que el mar echa sobre las costas. El perro es el

único animal doméstico que poseen, al cual tratan bastante mal; bien que estos pobres animales son muy cariñosos y les prestan grandes servicios, ya tirando de los baidares sobre la orilla, ya de los trineos sobre la nieve».

Después de un segundo descanso de cinco semanas en Petropaulowsky, la *Seniavine* dejó el Kamschatka el 10 de noviembre para regresar a Europa.

Antes de tocar en Manila, Lutke hizo un crucero en la parte septentrional de las Carolinas, que no había tenido tiempo de reconocer el invierno anterior. Vio sucesivamente los grupos de Muoileu, Fananú, Faicu, Namonuito, Maghyr, Farroilep, Car, Mogmog, y encontró en Manila la corbeta *Moller* que le esperaba.

El archipiélago de las Carolinas abraza un inmenso espacio, y las Marianas, así como las Radak, pudieran sin inconveniente ser consideradas como pertenecientes a él, porque en ellas se encuentra una población absolutamente idéntica. Los antiguos geógrafos no habían tenido por largo tiempo más guía que las cartas de los misioneros, los cuales, careciendo de la instrucción y de los instrumentos necesarios para apreciar con exactitud la magnitud del emplazamiento y la distancia de todos estos archipiélagos, les habían dado una importancia considerable, fijando con frecuencia en muchos grados la extensión de un grupo que sólo tenía algunas millas.

Por esto los navegantes se mantenían prudentemente apartados de las islas. Freycinet fue el primero que puso un poco de orden en este caos, y que, gracias al encuentro de Kada y de don Luis Torres, pudo identificar los nuevos descubrimientos con los antiguos. Lutke tiene una parte, y no de las más pequeñas en el establecimiento de la carta efectivamente científica de un archipiélago que había sido por largo tiempo el espanto de los navegantes.

El sabio explorador ruso no es del parecer de uno de sus predecesores, Lesson, que clasificaba entre la raza mogola bajo el nombre de rama mogolopelágica, todos los habitantes de las

Carolinas; más bien ve en ellos, con Chamizo y Balbi, una rama de la familia malaya que ha poblado la Polinesia oriental.

Si Lesson compara los carolinos con los chinos y los japoneses, Lutke por el contrario, encuentra en sus grandes ojos salientes, en sus labios gruesos, su nariz remangada, un aire de familia con los habitantes de las Sandwich y de Tonga. La lengua no tiene la menor semejanza con la japonesa, mientras que la presenta muy grande con la de los tongueses.

Lutke invirtió el tiempo de su permanencia en Manila para aprovisionar y reparar la corbeta, y el 30 de enero salió de esta posesión española para regresar a Rusia, adonde llegó el 6 de setiembre de 1829, echando el ancla en la rada de Cronstadt.

Sólo resta ahora decir lo que había ocurrido a la corbeta la *Moller* después de su separación en Valparaíso. Desde Tahití llegó al Kamschatka y desembarcó en Petropaulowsky una parte de su cargamento. Después había hecho rumbo para Unalachka en agosto de 1827, permaneciendo allí un mes. Luego hizo un reconocimiento de la costa occidental de la América, abreviado por el mal tiempo; después de una estación en Honolulu hasta febrero de 1828, había descubierto la isla Moller, reconocido las de Necker, Gardner y Lissianeky, y señalado a seis millas al Sur de ésta un arrecife muy peligroso.

En seguida había seguido la costa de la isla de Kur, la Baja de las fragatas francesas, el arrecife de Maras, el de la Perla, el de Hermes, y después de haber buscado ciertas islas marcadas en las cartas de Arrowsmith, había vuelto otra vez al Kamschatka.

A fines de abril aparejó para Unalachka, y verificó el reconocimiento de la costa septentrional de la península de Alaska. En setiembre se reunió con la *Seniavine*, y desde esta época los dos buques, hasta su entrada en Rusia, no se volvieron a separar sino a cortos intervalos.

Como puede juzgarse por la narración bastante detallada que acabamos de hacer, esta expedición no había dejado de producir resultados importantes para la geografía. Hay que añadir que las

diferentes ramas de la historia natural, la musica y la astronoma, le deben también muchas e importantes adquisiciones.

CAPÍTULO SEGUNDO

Los circunnavegantes franceses. — Viaje de Freycinet. — Río Janeiro y sus gitanos. — El Cabo y sus vinos. — La bahía de los Perros Marinos. — Descanso en Timor. — La isla de Ombay y su población antropófaga. — Las islas de los Papues. — Habitaciones sobre estacas de los Alfurus. — Una comida con el gobernador de Guajam. — Descripción de las Marianas y de sus habitantes. — Algunos pormenores sobre las Sándwich. — Port Jackson y la Nueva Gales del Sur. — Naufragio en la bahía francesa. — Las Malvinas. — Vuelta a Francia. — Expedición de la Coquille a las órdenes de Duperrey. — Martin Vas y la Trinidad. — La isla de Santa Catalina. — La independendencia del Brasil. — La bahía Francesa y los restos de la *Urania*. — Recalada en la Concepción. — La guerra civil en Chile. — Los araucanos. — Nuevos descubrimientos en el archipiélago Peligroso. — Recalada en Tahití y en la Nueva Irlanda. — Los papús. — Estación en Ualan. — Las Carolinas y los carolinos. — Resultados científicos de la expedición.

La expedición mandada por Luis Claudio de Saulces de Freycinet, fue debida a la tranquilidad que la paz de 1815 acababa de conceder a la marina francesa.

Uno de los oficiales más intrépidos de ella que había acompañado a Baudin en el reconocimiento de las costas de la Australia, concibió el plan y fue el encargado de ejecutarle. Éste era el primer viaje marítimo que no debía tener la hidrografía por único

objeto. Su fin principal era describir la forma de la Tierra en el hemisferio Sur y la observación de los fenómenos del magnetismo terrestre; el estudio de los tres reinos de la naturaleza, de las costumbres, los usos y las lenguas de los pueblos indígenas no debía ser olvidado: en fin, las investigaciones geográficas, sin ser excluidas, estaban colocadas sin embargo, en el último lugar.

Freycinet encontró entre los oficiales del cuerpo de sanidad de la marina, a MM. Quoy Gaimard y Gaudichaud, útiles auxiliares para las cuestiones de historia natural; al mismo tiempo se agregó cierto número de oficiales de marina muy distinguidos, de los que los más conocidos eran Duperrey, Lamarche, Bérard, y Od El-Pellion, que llegaron a ser, el uno miembro del Instituto y los otros oficiales superiores o generales de la marina.

Tuvo igualmente cuidado de elegir sus marineros entre los que se hallaban en estado de ejercer un oficio, y entre los ciento veinte hombres que formaban la tripulación de la corbeta *Urania*, cincuenta por lo menos podían servir en caso de necesidad de carpinteros, cordeleros, veleros, herreros, etc.

Repuestos para dos años, provisiones de toda clases y tales como las podían proporcionar los aparatos de que ya se empezaba a hacer uso, cajas de hierro para conservar el agua dulce, alambiques para destilar la del mar, conservas y antiescorbúticos, fueron almacenados en la *Urania*, que dejó el puerto de Tolón el 17 de setiembre de 1817, llevando disfrazada de marinero a la esposa del comandante que no temió arrostrar los peligros y fatigas de esta larga navegación.

Con las provisiones materiales, Freycinet tenía un surtido de los mejores instrumentos y aparatos, y en fin, había recibido del Instituto instrucciones detalladas, destinadas, ya a servirle de guía en sus investigaciones, ya a sugerirle los experimentos que más podían contribuir a los progresos de las ciencias.

Una recalada en Gibraltar y una detención en Santa Cruz de Tenerife, una en las islas Canarias, que como dice ingeniosamente Freycinet, no fueron para la tripulación las islas afortunadas, el

gobernador había prohibido toda comunicación con la tierra, precedieron a la entrada de la *Urania* en Río Janeiro, el 6 de diciembre.

El comandante y sus oficiales se aprovecharon de esta recalada para proceder a un gran número de observaciones magnéticas y de experimentos sobre el péndulo, mientras que los naturalistas recorrían el país, formando abundantes colecciones de historia natural.

La relación original del viaje contiene una larga narración histórica del descubrimiento y colonización del Brasil, con minuciosos detalles sobre los usos y costumbres de sus habitantes, sobre su clima y temperatura, y una minuciosa descripción de Río Janeiro, de sus monumentos y sus cercanías.

La parte más curiosa de dicha narración es la que trata de los gitanos, que en aquella época se encontraban en Río Janeiro.

«Los zíngaros de Río Janeiro, dignos descendientes de los parias de la India, de donde no parece dudoso que traen su origen, —dice Freycinet—, afectan como ellos el hábito de todos los vicios y la inclinación a todos los crímenes. La mayor parte de ellos, poseedores de grandes riquezas, ostentan un lujo extraordinario en trajes y en caballos, particularmente con motivo de sus bodas, que son suntuosas; se gozan comúnmente en el desarreglo crapuloso y en la holgazanería.

Bellacos y mentirosos, roban cuanto pueden en el tráfico y son también muy ingeniosos contrabandistas. Aquí como en todas partes donde se encuentra esta raza abominable de hombres, sus casamientos no tienen lugar sino entre ellos mismos.

Tienen un acento y hasta una jerga particulares.

Por una rareza de todo punto inconcebible, el gobierno tolera esta peste pública. Tienen señaladas para vivir dos calles particulares en la vecindad del Campo de Santa Ana.

»Quien no vea a Río Janeiro más que de día, —dice más adelante el viajero—, podrá figurarse que la población sólo está compuesta de negros. Las personas de buen tono, sin una causa

extraordinaria o por deberes religiosos no salen sino de noche, y entonces es sobre todo cuando se dejan ver las mujeres, que durante el día permanecen casi constantemente en casa, dividiendo su tiempo entre el sueño y el tocador; solamente en el teatro y en las iglesias es donde un hombre puede gozar de su presencia».

La navegación de la *Urania* desde el Brasil hasta el cabo de Buena Esperanza, no fue acompañada de ningún acontecimiento náutico, digno de llamar la atención. El día 7 de marzo echó el ancla en la bahía de la Mesa. Después de una cuarentena de tres días se permitió a los navegantes bajar a tierra, donde les esperaba la más lisonjera acogida por parte del gobernador, Carlos Sommerset. Los instrumentos fueron desembarcados tan pronto como pudo proporcionarse un local conveniente. Hiciéronse los experimentos habituales del péndulo y se observaron los fenómenos de la aguja imantada.

Los naturalistas Quoy y Gaimard, acompañados de varios individuos del Estado Mayor, hicieron una excursión de historia natural a la montaña de la Mesa y a los famosos viñedos de Constanza.

«Las viñas que recorrimos, —dice Gaimard—, están codeadas de paseos de encinas y de pinos, y las celías, plantadas a cuatro pies de distancia las unas de las otras, en línea recia, no están sostenidas por rodrigones. Todos los años se las poda y se cava el terreno de alrededor, que es de naturaleza arenosa.

Vimos aquí y allá cantidad de albaricoqueros, duraznos, manzanos, perales y limoneros, y pequeños cuadros en que se cultivaban hortalizas. A la vuelta M. Colyn quiso absolutamente hacernos probar todas las especies de vinos que recolectaba, consistentes en vino de Constanza, propiamente dicho, blanco y tinto, en vino de Pontac, de Pierre y de Frontignac.

El vino de otras localidades que lleva el nombre particular de vino del Cabo, está fabricado con una uva moscatel de color de paja ahumada, que me pareció preferible por el gusto al moscatel de Provenza. Hemos dicho que hay dos clases de vino de Constanza,

el blanco y el tinto: ambos provienen de uvas moscateles de diferente color... Generalmente se prefiere en el Cabo el Frontignac a todos los otros vinos que se recolectan en las laderas de Constanza...».

Al mes justo de haber salido de la extremidad meridional del África, la *Urania* llegó al surgidero de Puerto Luis en la isla de Francia, que desde los tratados de 1815, estaba en poder de los ingleses.

Freycinet, obligado a hacer poner su buque en carena para revisarle completamente y reparar el forro de cobre, tuvo que hacer en este sitio una parada más larga de lo que él había creído. Los viajeros no tuvieron motivo de queja, porque los habitantes de la Isla de Francia no desmintieron su antigua reputación de amable hospitalidad. Paseos, recepciones, bailes, banquetes, carreras de caballos y fiestas de todas clases hicieron pasar el tiempo bien de prisa.

Así fue que no sin una grave angustia de corazón, los franceses se privaron de la excelente acogida de sus antiguos compatriotas y de sus enemigos encarnizados de la víspera.

Varios habitantes de los más notables, proveyeron a Freycinet con la más laudable diligencia de notas interesantes sobre los hechos que la brevedad de su permanencia no le había permitido estudiar.

De este modo pudo reunir datos preciosos respecto a la agricultura, el comercio, la industria, las rentas del Estado, y la situación moral de los habitantes, materias delicadas y de una apreciación sutil, que un viajero que va de paso, no puede apenas profundizar. Desde que la isla estaba bajo la administración inglesa, se habían trazado muchos caminos, y el espíritu de iniciativa empezaba a sustituir a la rutina que había adormecido a la colonia y devenido todo progreso.

La *Urania* llegó en seguida a Borbón, donde debía encontrar en los almacenes del gobierno los víveres que necesitaba. Fondeó en San Dionisio el 19 de julio de 1817, y permaneció en la rada de San

Pablo hasta el 2 de agosto, en que salió para la bahía de los Perros Marinos, en la costa occidental de la Nueva Holanda.

Antes de seguir a Freycinet hasta la Australia, bueno será detenerse con él algunos momentos en la isla de Borbón.

En 1717, al decir de Le Gentil de la Barbinais, esta isla no contaba más que 900 personas libres, entre las cuales sólo había 6 familias blancas, y 1100 esclavos. Según la última estadística (1817), se contaban 14 790 blancos, 4342 negros libres y 49 759 esclavos, o sea un total de 68 891 habitantes. Este considerable y rápido acrecentamiento, puede atribuirse a la salubridad del país; pero sobre todo a la libertad de comercio de que esta isla ha gozado por un espacio considerable de tiempo.

El 12 de setiembre, después de una feliz navegación, la *Urania* ancló en la entrada de la bahía de los Perros Marinos. Fue expedido enseguida un destacamento a Dira Hatichs, con objeto de fijar la posición geográfica del cabo Levaillant y de traer a bordo de la corbeta la placa de estaño dejada allí por los holandeses en una época remota y que Freycinet había previsto en 1801.

Durante este tiempo dos alambiques estaban funcionando y destilaban el agua del mar. Mientras duró la permanencia en aquel sitio no se hizo uso de otra bebida, y ninguna persona de la tripulación tuvo motivo para quejarse.

El destacamento que había desembarcado sostuvo algunas relaciones con los naturales. Éstos, armados de azagayas y de mazas y sin llevar ningún vestido, se negaron a entrar en comunicación directa con los blancos, y permanecieron a alguna distancia de los marineros, no tomando sino con mucha precaución los objetos que les habían regalado.

Aunque la balda de los Perros Marinos había sido explorada minuciosamente en la expedición de Baudin, quedaba, bajo el punto de vista hidrográfico, una laguna que llenar en la parte oriental del abra Hamelín.

Duperrey procedió a su reconocimiento. El naturalista Gaimard, poco satisfecho de las relaciones que hasta entonces se habían

tenido con los indígenas, a quienes había ahuyentado el ruido de las detonaciones, y deseoso de procurarse algunos pormenores sobre su género de vida, resolvió entrar por el interior del país. Su compañero y él se extraviaron en el camino, como había sucedido a Priche en 1702 en la tierra de Nuyts, y sufrieron una sed terrible, porque no encontraron durante los tres días que pasaron en esta tierra, ningún manantial, ningún arroyo.

Los navegantes vieron sin sentimiento desaparecer las costas inhospitalarias de la tierra de Endracht.

Un hermoso tiempo, un mar poco agitado, hicieron fácil el viaje de la *Urania* hasta Timor, anclando el 9 de octubre en la rada de Cupang.

El recibimiento hecho por las autoridades portuguesas, no pudo ser más cordial.

La colonia no disfrutaba ya aquella prosperidad que había causado el asombro y la admiración de los franceses, cuando el viaje de Baudin. El radya de Amanubang, distrito donde la madera de sándalo crece con la mayor abundancia, antes tributario, luchaba por su independencia. Este estado de guerra, tan perjudicial a la colonia, hacia al mismo tiempo muy difícil la compra de las mercancías de que Freycinet tenía necesidad.

Algunos individuos del Estado Mayor fueron a hacer una visita al radya Peters de Banacassi, cuya habitación sólo distaba tres cuartos de legua de Cupang. Anciano de ochenta años, Peters, debía de haber sido un arrogante mozo. Estaba rodeado de personas de su servidumbre, que le manifestaban el más profundo respeto, y entre las cuales se notaban guerreros de una imponente estatura.

Con viva admiración vieron los franceses en aquella grosera habitación, un gran lujo de servicio y fusiles europeos, muy bien fabricados y de alto precio.

A pesar de la elevada temperatura que había que soportar, pues el termómetro marcaba al sol y al aire libre 45° y 33° y 35° a la sombra, no se entregaron con menos celo el comandante y sus

oficiales a las observaciones científicas y a los reconocimientos geográficos, que necesitaban hacer en cumplimiento de su misión.

Sin embargo, no obstante las advertencias enérgicas de Freycinet, los oficiales jóvenes y los marineros, habían cometido varias veces la imprudencia de salir en medio del día, y después, con la esperanza de precaverse contra las consecuencias funestas de este pasatiempo mortal, habían tomado con exceso bebidas frías y frutas agrias. Así la disentería no tardó en llevar a la enfermería cinco de los más imprudentes. Siendo necesario partir, la *Urania* levantó el ancla el 23 de octubre.

Comenzóse por seguir rápidamente la costa septentrional de Timor, para levantar su plano geográfico; más cuando la *Urania* hubo llegado a la parte más estrecha del canal de Ombay, encontró corrientes tan violentas, y brisas tan débiles o tan contrarias, que a duras penas pudo ganar el camino que había perdido durante la calma. ¡Esta situación no duró menos de diez y nueve días!

Algunos oficiales se aprovecharon de la detención del buque cerca de las playas de Ombay, para hacer una excursión a la parte más inmediata de esta isla, cuyo aspecto era muy agradable. Abordaron a la aldea de Bítuka, y se adelantaron hacia una tropa de naturales, que estaban armados de arcos, flechas y kris, y que tenían coraza y escudos de piel de búfalo.



Estos salvajes tenían el aire guerrero, y no parecía tuviesen temor a las armas de fuego; pretendían que les era muy fácil disparar un gran número de flechas, durante el tiempo necesario para cargar los fusiles.

«Las puntas de estas flechas, —dice Gaimard—, son de madera dura, de hueso y de hierro también. Estas flechas, dispuestas en forma de abanico, estaban sujetas al costado izquierdo del guerrero, en el cinturón de su sable o de su kris. La mayor parte de los habitantes llevan fijas en el muslo derecho una multitud de hojas de latanero, bordadas para dejar pasar bandas de las mismas hojas, teñidas ya de color negro, ya rojo. El confuso rumor, producido por los movimientos de los que están ataviados con tan singular adorno, aumentado por el contacto de la coraza y del escudo; el tañido de pequeños cascabeles que son como los accesorios de su equipo guerrero, todo esto formaba tal alboroto, que no podíamos contener la risa. Lejos de ofenderse nuestros ombayanos no vacilaron en seguir nuestro ejemplo.

»*Mr.* Arago hizo delante de ellos algunas pruebas de escamoteo, que les dejaron muy sorprendidos. Encaminámonos, en fin, directamente hacia la aldea de Butkta situada en una altura. Habiendo visto, al pasar por delante de una casa, una veintena de quijadas de hombres, suspendidas de la bóveda, manifesté deseos de tener algunas, ofreciendo en pago mis más preciosos objetos de cambio. Pero se me respondió: «Tal ami. (Esto es, sagrado). Parece que aquellos huesos estaban allí como trofeos destinados a perpetuar el recuerdo de las victorias conseguidas sobre los enemigos».

Este paseo era tanto más interesante, cuanto que la isla de Ombay no había sido hasta entonces sino muy raras veces visitada por los europeos, y aun los pocos buques que habían llegado a sus costas, sufrieron las acometidas de las tribus feroces y belicosas, algunas hasta antropófagas, que las habitaban.

Así es, que en 1802, una embarcación. La Rosa, había sido asaltada, y su tripulación retenida prisionera. Diez años después, el capitán del Inacho bajó solo a tierra, y fue herido a flechazos. En fin, en 1817, una fragata inglesa envió un bote para hacer leña, y a consecuencia de una contienda con los naturales, éstos mataron y se comieron a todos los tripulantes del bote. A la mañana siguiente

se mandó una chalupa armada en busca de los ausentes, la cual no encontró más que sus restos ensangrentados y los fragmentos del bote destrozado.

Conocidos estos hechos, los franceses se felicitaron de haberse librado de las emboscadas que sin duda les habrían armado aquellos salvajes caníbales, si la permanencia de la *Urania* hubiera durado más tiempo.

El 17 de noviembre llegó Freycinet a Dillé. Después de haber hecho los cumplidos de costumbre al gobernador portugués, le manifestó las necesidades de la tripulación, y mereció una expresiva respuesta, prometiéndole aquel reunir rápidamente los víveres que necesitaba. La acogida dispensada a la tripulación fue tan suntuosa como cordial; y cuando Freycinet dispuso marcharse, el gobernador, queriendo hacerle algún regalo como recuerdo, le envió dos niños y dos niñas de seis a siete años de edad, nacidos en el reino de Failaeor en el interior de Timor.

Esta raza es desconocida en Europa, decía don José Pinto de Alcofarado de Acevedo y Souza, para hacer admitir su presente. A pesar de las fuertes y concluyentes razones que dio Freycinet para rehusar el regalo, tuvo que quedarse con uno de los niños, que fue bautizado con el nombre de José Antonio, y que murió en París a la edad de diez y seis años, de una enfermedad escrofulosa.

La población de Timor parece a primera vista completamente asiática; más a poco que cualquiera se entregue a hacer averiguaciones un poco extensas, pronto se sabe que en las montañas centrales y poco frecuentadas, existe una raza de negros de cabellos crespos y costumbres feroces, que recuerdan los de Nueva Guinea y Nueva Irlanda, y que debe ser la primitiva población. Este orden de indagaciones, inaugurado a fines del siglo XVIII por el inglés Crawford, ha adquirido en nuestros días un desarrollo particular, gracias a los estudios de los sabios doctores Broca y E. Hamy. Débese a éstos curiosos estudios sobre las poblaciones primitivas, que insertan con frecuencia la Naturaleza y

el Boletín de la Sociedad de Geografía, para recreo e instrucción de sus lectores.

Saliendo de Timor, la *Urania* se dirigió hacia el estrecho de Borrow, y pasando entre las islas Wattery Roma, divisó la isla Gasses, de aspecto pintoresco y cubierta de la más hermosa vegetación que pueda imaginarse. Después fue arrastrada por las corrientes hasta la isla Pisung, en las inmediaciones de la cual encontró tres corocores, tripulados por los indígenas de la isla Guébe.

Éstos tenían el color negro aceitunado, la nariz aplastada y los labios gruesos. Unos son fuertes, robustos y de apariencia atlética, otros delgados y de endeble complexión, y otros rechonchos y de un aspecto repulsivo. La mayor parte no tenían más vestido que un pantalón atado a la cintura con un pañuelo.

Verificóse una excursión a la pequeña isla Pisang, que es de formación volcánica, cuyas lavas traquíticas se descomponen en una tierra vegetal con todas las señales de fertilidad.

Continuóse el viaje por las islas inmediatas, hasta entonces poco conocidas, dirigiéndose a Rawaka, a donde llegó la corbeta el 16 de diciembre a mediodía.

La isla de Rawaka es pequeña, está inhabitada; y aunque los marineros recibieron con frecuencia la visita de los habitantes de Waigiu, las ocasiones de estudiar la especie humana fueron bastante raras.

No obstante, hay que decir que la ignorancia de la lengua de aquellos indígenas y la dificultad de hacerse comprender con la ayuda del malayo, del que sólo sabían unas cuantas palabras, hicieron infructuosos sus deseos.

En cuanto se encontró un sitio a propósito, instaláronse los instrumentos y se procedió a las observaciones de física y de astronomía, al mismo tiempo que a los trabajos geográficos.

Rawaka, Boni, Waigiu y Manuaroa, que Freycinet llama islas de los Papúes, se hallan situadas casi exactamente bajo el Ecuador. Waigiu, la mayor, no tiene menos de 72 millas de diámetro. Las

tierras bajas que forman su litoral se hallan cubiertas de pantanos. La playa es abrupta, y está rodeada de madreporas y horadada de grutas formadas por las aguas.

La vegetación que cubre estos islotes es sorprendente. Hay multitud de árboles magníficos, entre los que se encuentra el barringtonia, cuyo voluminoso tronco está siempre inclinado hacia el mar, hasta bañar el extremo de sus ramas en el agua; la *icebola lobelia*, higueras, casuarinas de tronco alto y recto, que se levantan hasta 40 pies; el sima, el tacamaca, con su tronco de más de 20 pies de circunferencia, el *cynometraca* de la familia de las leguminosas, guarnecido desde la cima a la base de flores rosadas y frutos dorados, viéndose además en los sitios bajos y húmedos las palmeras, la nuez moscada, el plátano y el latanero.

Sí la flora tiene allí un desarrollo excepcional, no es igual el de la fauna. No se encuentran en Rabak otros cuadrúpedos que el falangero, y el perro mastín que vive en el estado salvaje. Waigiu, sin embargo, posee también el babsaway una especie de jabalí pequeño. En cuanto a las aves tampoco son tan numerosas como se pudiera suponer, porque los granos que les sirven de alimento no pueden multiplicarse bajo la espesa sombra de los bosques. Son «calaos», cuyas alas, guarnecidas de grandes plumas separadas en las extremidades, cuando vuelan producen un fuerte ruido; papagayos cuya familia es bastante extensa; martines pescadores, tórtolas, gavilanes, palomas moñudas, y tal vez, aunque los viajeros no los hayan visto, pájaros del paraíso.



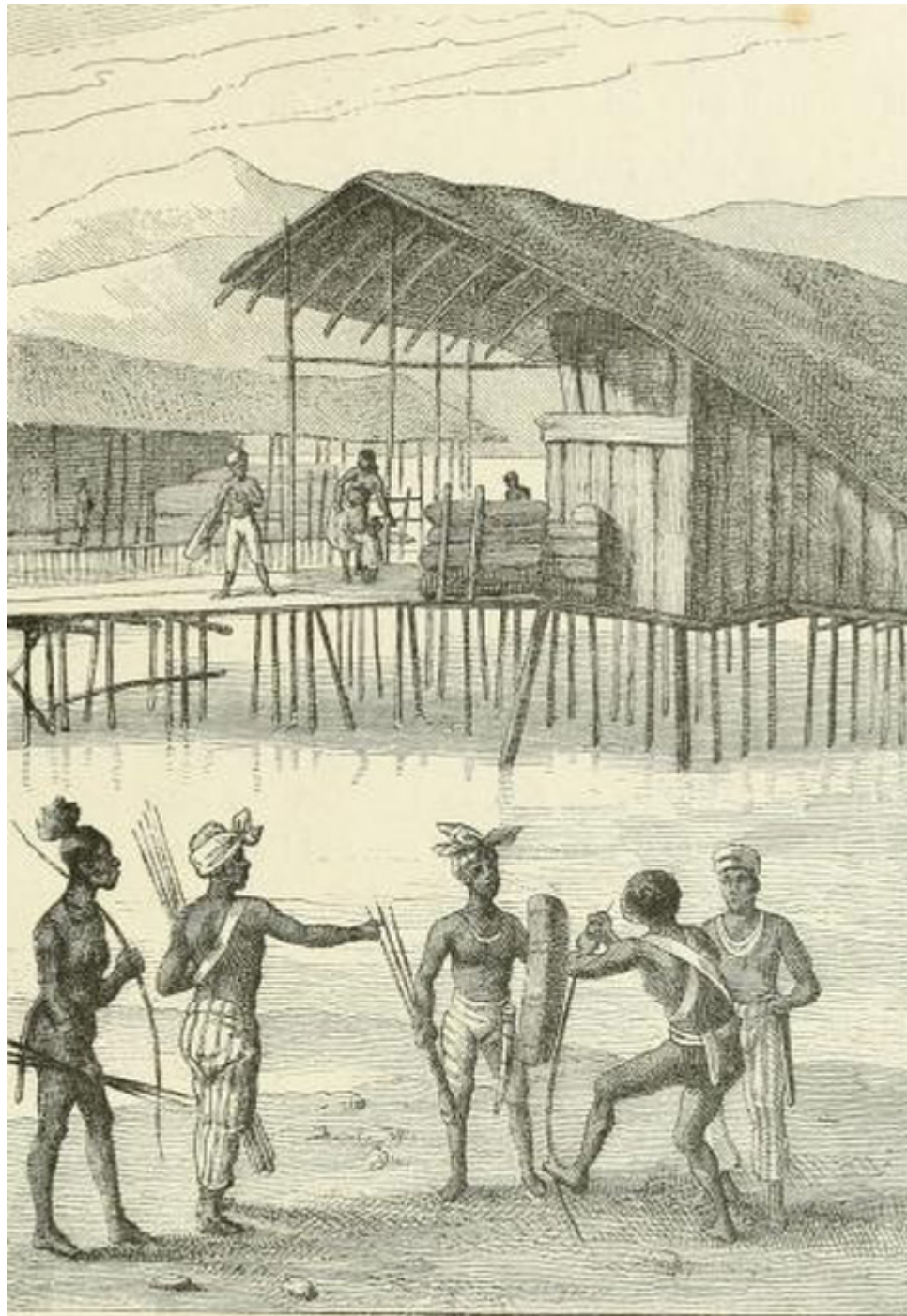
Respecto a los seres humanos, los papúes son feos, asquerosos y espantosos.

«Los caracteres distintivos de este pueblo, —dice Ode Pellion—, son: frente chata, cráneo poco prominente, ángulo facial de $75.^{\circ}$, boca grande, ojos pequeños y hundidos, pómulos salientes, nariz

gruesa, aplastada en su extremo inferior, que cae sobre el labio, barba escasa, particularidad ya notada en otros habitantes de estas regiones, hombros de mediana anchura, vientre muy grueso y miembros inferiores muy delgados. Su cabellera es de naturaleza y forma muy variadas. Comúnmente es un conjunto voluminoso de cabellos lanudos o lisos rizados naturalmente, y que no tiene menos de ocho pulgadas de espesor. Este pelo peinado con esmero, crespo y erizado en todos sentidos, describe, con ayuda de un bañó grasiento que le sostiene, una circunferencia casi esférica alrededor de la cabeza. Suelen añadir, tanto para adornarla más, como para ayudar a sostenerla, un largo peine de madera con cinco o seis púas».

Estos desgraciados indígenas son víctimas de una terrible plaga. La lepra se ensaña tanto en ellos, que bien puede decirse que una mitad de la población se halla infestada. Atribuyese esta horrible enfermedad a lo insalubre del clima, a los efluvios deletéreos de los pantanos, donde penetra la mar en las horas del flujo; a la humedad que reina en los bosques, y a la vecindad de las sepulturas mal conservadas.

También puede ser debida al extraordinario consumo de mariscos, de que estos naturales se alimentan con ansia.



Todas las habitaciones están construidas sobre estacas, tanto en tierra como en el mar, es decir, sobre la playa. Estas casas, que están situadas en mayor número en los sitios de acceso difícil o impracticable, se componen de gruesas estacas puntiagudas, encajadas en el suelo, donde se aseguran con cuerdas de corteza

de árbol; de travesaños encima de los cuales se coloca un pavimento hecho de hojas de palmera, cortadas y fuertemente apretadas unas contra otras. Estas hojas, artísticamente enlazadas, constituyen el techo de la habitación, que no tiene más que una puerta. Cuando estas casas se construyen sobre el agua, se comunican con la tierra por una especie de puente de caballete, cuyo tablero móvil puede ser rápidamente levantado. Una especie de balcón guarnecido de una baranda cerca todos los lados de la casa.

Los viajeros no pudieron adquirir ninguna noticia acerca de la sociabilidad de estos naturales. Si viven reunidos en grandes poblaciones bajo la autoridad de uno o de muchos jefes, si cada comunidad obedece no tan sólo a su propio jefe, si la población es numerosa o no, son noticias que no pudieron obtenerse. Los naturales se dan el nombre de alfurús, y parece hablan idiomas particulares que se diferencian singularmente del papú y del malayo.

Los indígenas de este grupo parecen ser muy industriosos; ejecutan ingeniosos instrumentos para la pesca, saben trabajar muy bien la madera: preparar la médula de la palmera que produce el sagú; tornejar la vajilla de barro, y fabricar hornos para cocer el sagú. Tejen esteras, alfombras y cestos; y esculpen estatuas e ídolos.

MM. Quoy y Gaimard observaron en Waigiu, en el abra de Boni, una estatua de arcilla blanca, colocada bajo un cobertizo, cerca de un sepulcro, representando un hombre de pie, de tamaño natural, con las manos levantadas hacia el cielo; la cabeza era de madera y tenía las mejillas y los ojos incrustados de conchas blancas.

El 6 de enero de 1819 la *Urania* salió de Rawak, divisando pronto las islas Ayu, bajas y rodeadas de arrecifes, que eran muy poco conocidas y cuya geografía dejaba bastante que desear. Los trabajos hidrográficos fueron interrumpidos por las fiebres contraídas en Rawak, y que atacaron a más de cuarenta personas.

El 12 de Febrero se divisaron las islas de los Anacoretas y a la mañana siguiente las del Almirantazgo, sin que la *Urania* fuese a reconocerlas.

Pronto estuvo la corbeta a la vista de San Bartolomé, que sus habitantes nombran Pulusuk, y que pertenece al archipiélago de las Carolinas. No tardó en establecerse un comercio activo, pero sobre todo muy ruidoso con aquellos indígenas a quienes fue imposible decidir a que subiesen a bordo. Hiciéronse los cambios con la mayor buena fe, sin que se advirtiera el más mínimo robo.

Puluhat, Alet, Tamatan, Allac, Fanadik y otras varias islas de este archipiélago, desfilaron sucesivamente ante los ojos maravillados de los franceses.

En fin, el 17 de marzo de 1819, diez y ocho meses después de su salida de Francia Freycinet divisó las islas Marianas y mandó anclar en la rada de Umata en la costa de Guajam.

En el momento en que los franceses se preparaban para bajar a tierra, recibieron la visita del gobernador señor Medinilla y Pineda, que vino acompañado del mayor don Luis de Torres, segunda autoridad de la colonia. Con la más viva solicitud se informaron de las necesidades de los exploradores y ofrecieron satisfacer todas sus demandas en el término más breve.

Sin tardanza, Freycinet procuró encontrar un local a propósito para el establecimiento de un hospital provisional, y habiéndolo conseguido, a la mañana siguiente hizo instalar en él a sus enfermos que ascendían a veinte.

Todo el Estado Mayor fue invitado para comer con el gobernador. Acudieron a la hora señalada y encontraron una mesa cubierta de pastas ligeras y de frutas, en medio de las cuales dos grandes cuencos de ponche.

Los convidados hicieron al punto sus reflexiones sobre aquella extraña moda. ¿Era día de ayuno? ¿Porqué no se sentaba nadie? Pero como no había persona que contestara a estas preguntas, que por otra parte, hubieran sido indiscretas, cada uno las guardó para sí, e hicieron honor al banquete.

Pero en seguida tuvieron nuevo motivo de asombro.

La mesa fue desembarazada, vuelta a cubrir de viandas preparadas de diferentes maneras que constituían una verdadera y

suntuosa comida. La colación que se había tomado al principio y que tiene en el país el nombre de refresco, tenía sólo por objeto abrir el apetito a los convidados.

En esta época, el lujo de la mesa parecía hacer furor en Guajam. Dos días después los oficiales asistieron a otro banquete de cincuenta cubiertos, en el cual no sirvieron menos de cuarenta y cuatro platos de carne en cada servicio y no hubo menos de tres servicios.

El mismo observador, —dice Freycinet—, cuenta que esta comida costó la vida a dos bueyes y tres gordos puercos, sin contar la población menuda de los bosques, del corral y del mar. Desde las bodas de Camacho, pienso yo que no se ha visto una matanza semejante. Nuestro huésped creyó sin duda que personas que había sufrido por largo tiempo las privaciones de un viaje marítimo, debían ser tratadas con suma profusión. Los postres ofrecieron la misma abundancia y la misma variedad, y muy pronto hicieron lugar al té, al café, a la leche, a los licores de todas clases.

Como el refresco no había tenido otra falta que ser servido una hora antes, según la costumbre, se comprenderá sin dificultad qué allí el más intrépido gastrónomo sólo pudo lamentar el tener muy poca capacidad de estómago.

Estos convites y estas fiestas no trajeron ningún perjuicio al objeto de la misión. Varias excursiones, cuyo fin era recoger datos sobre la historia natural, las observaciones de la aguja imantada, y la geografía del litoral de Guajam, confiada a Duperrey, se efectuaban al mismo tiempo.

Entre tanto la corbeta estaba fondeada en el puerto de San Luis, y el Estado Mayor, así como los enfermos, instalados en Agaña, capital de la isla y asiento del gobierno. Allí se celebraron en honor de los extranjeros riñas de gallos, juego muy en boga en todas las posesiones españolas de la Oceanía, y bailes, cuyas figuras eran alusivas a los sucesos de la historia de México. Los bailarines, alumnos del colegio de Agaña, estaban vestidos con ricos trajes de seda, traídos en otro tiempo de Nueva España por los Jesuitas.

Después vinieron paloteos ejecutados por carolinos y otras diversiones que se sucedían casi sin interrupción. Pero lo más precioso a los ojos de Freycinet fueron las muchas noticias acerca de los usos y costumbres de los antiguos habitantes, que le facilitó don Luis Torres; el cual, nacido en el país, había hecho de estas cosas el objeto de sus constantes estudios.

Más adelante utilizaremos y resumiremos estos interesantes informes; antes vamos a hablar de una excursión hecha a las islas Rota y Tiñan, la segunda de las cuales nos es ya conocida por las reacciones de los antiguos viajeros.

El 22 de abril una pequeña escuadra, compuesta de ocho praos, condujo a MM. Berard, Gaudichaud y Santiago Arago a Rota, donde su llegada causó una sorpresa y un terror que se explican por el rumor que corría de que la corbeta estaba tripulada por los insurgentes de la América.

De Rota los praos pasaron a Tiñan, cuyas árida llanuras recordaron a los viajeros las desoladas playas de la Tierra de Endracht, y que debían estar muy cambiadas desde la época en que *lord Anson* se encontró en ellas como en un paraíso terrenal.

El archipiélago de las Marianas descubierto el 6 de marzo de 1521 por Magallanes recibió al principio el nombre de Islas de las velas Latinas y después de los Ladrones. Si se ha de creer a Pigafetta, el ilustre almirante no vio más que a Tiñan, Saipar y Agoñan.

Visitadas cinco años después el español Loaisa, que al contrario de Magallanes encontró muy buena acogida en ellas, fueron declaradas posesión española en 1565 por Miguel Lopez de Legaspi. Sin embargo, no fueron colonizadas y evangelizadas hasta 1669 por el padre Sanvitores. Se comprenderá que no seguimos a Freycinet en la relación de los sucesos que señalan la historia de este archipiélago, aunque los manuscritos y obras de todo género que tuvo en sus manos, le han permitido renovar completamente este asunto, ilustrándole con las luces de la verdadera ciencia.

La admiración que había causado en todos los ánimos la increíble fertilidad de la isla de los Papues y las Molucas, debió, sin duda, debilitar mucho la impresión producida por la riqueza de algunas de las islas Marianas. Los bosques de Guajam, aunque bien provistos, no ofrecen aquel aspecto gigantesco de los países tropicales y no obstante que cubren la mayor parte de la isla, hay inmensos prados que no producen árboles de pan ni cocoteros.

En el interior de los bosques, formaron los conquistadores prados artificiales, a fin de que los grandes ganados que se iban a introducir, pudiesen hallar su alimento al abrigo de los rayos del sol.

Agoigan, isla flanqueada de rocas, parece desde lejos árida y estéril, aunque en realidad se halla cubierta de espesos bosques que trepan hasta sus más elevadas cumbres.

En cuanto a Rota es un verdadero jaral, una espesura impenetrable de malezas que dominan a los bosquecillos de rimas, tamarindos, higueras y cocoteros.

En fin Tiñan ofrece un aspecto que nada tiene de agradable. Aunque los franceses no encontraron en parte alguna los sitios pintados con una gran riqueza de tonos por sus predecesores el aspecto del suelo, y la gran cantidad de árboles secos les hicieron pensar que las antiguas relaciones no habían sido exageradas, tanto más cuanto que toda la parte de la isla es inaccesible por sus espesísimas selvas.

Respecto a la población, en la época del viaje de Freycinet, se hallaba excesivamente mezclada. La raza primitiva no constituía ya más que la mitad.

Los marianos de la clase noble eran antes más altos, más fuertes, y más gruesos que los europeos; pero la raza ha degenerado y en Rota es únicamente donde se encuentra ya el tipo primitivo en toda su pureza.

Nadadores infatigables, buzos hábiles, mercaderes intrépidos, cada uno debía manifestar su destreza en diversos ejercicios en la época de su matrimonio.

Los marianos han conservado en parte estas cualidades, aunque la pereza o más bien la incuria está en el fondo de su carácter.

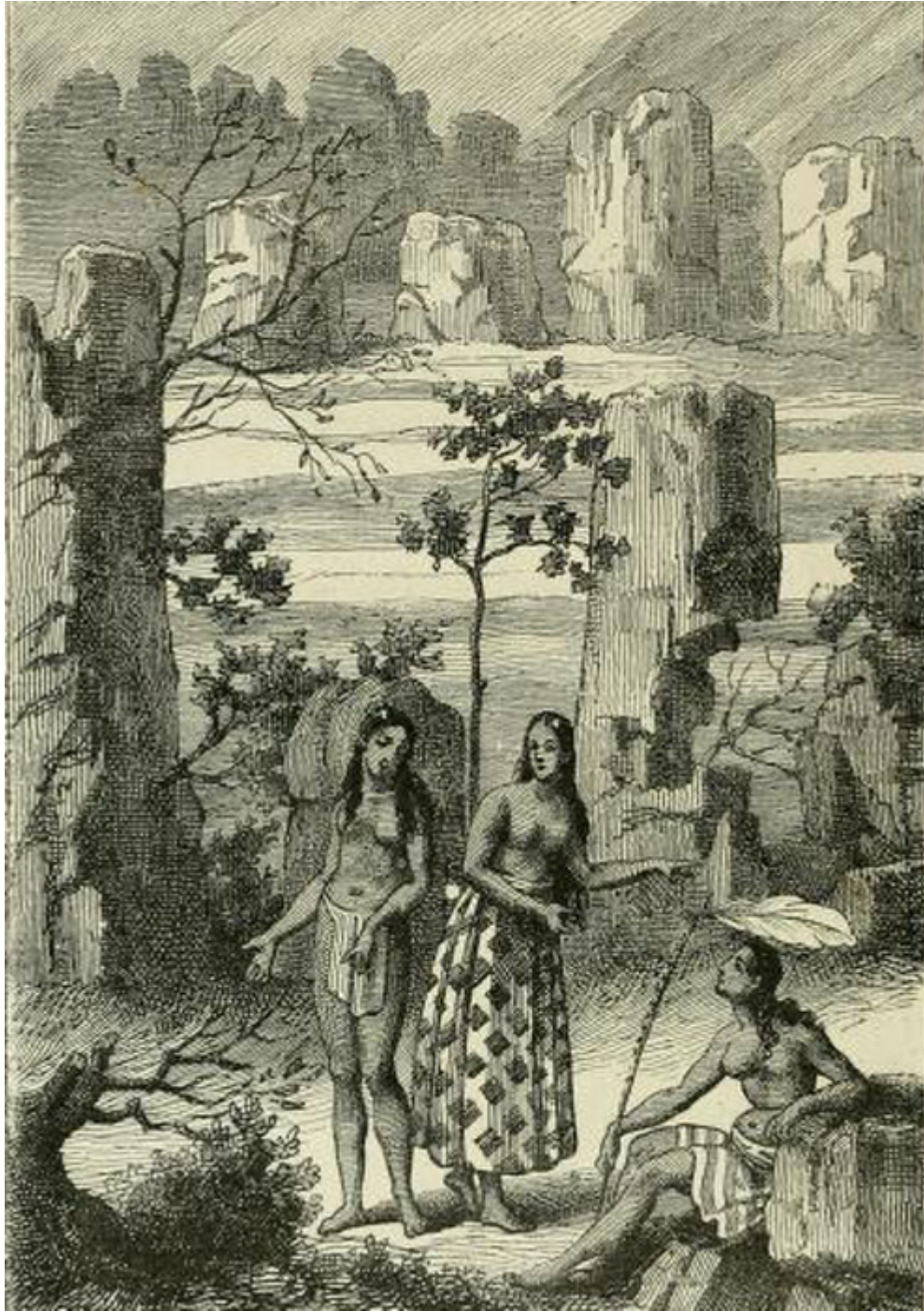
Los casamientos que se efectúan muy pronto, entre los quince y diez y ocho años los muchachos, y de doce a quince las jóvenes son generalmente fecundos, citándose casos de familias que tienen veintidós hijos nacidos de una misma madre.

Si hay en Guajam bastantes enfermedades importadas por los europeos, como las del pecho, la viruela, etc, hay bastantes que parecen indígenas o que a lo menos han tenido un desarrollo particular y completamente anormal. Entre las últimas se citan la elefantiasis y la lepra, de que se encuentran en Guajam tres variedades tan diferentes por sus síntomas como por sus efectos.

Antes de la conquista, los habitantes de las Marianas, se mantenían de pescados, frutos del árbol del pan o de la rima, arroz, sagú y otras plantas feculentas. Si la comida era sencilla, los vestidos lo eran aún más; estos indígenas iban completamente desnudos y sin una leve hoja de parra o de higuera.

Aun hoy mismo, los niños van desnudos hasta la edad de diez años.

Un viajero de fines del siglo XVIII, el capitán de navío Pagés, cuenta a propósito de esto, que la casualidad le hizo aproximarse cierto día a una casa, delante de la cual se hallaba una india, como de diez a once años, sentada al sol completamente desnuda y teniendo su camisa al lado. Cuando me vio, añade el viajero, se levantó prontamente y se la puso. Aun que no estaba decentemente vestida, ella se figuró estar bien, porque tenía cubiertos los hombros, y no pareció hallarse muy avergonzada de encontrarse delante de mí.



La población debió ser muy considerable en otro tiempo, como lo atestiguan las ruinas que se encuentran por todas partes; ruinas de casas que están sostenidas por pilares de fabrica.

El primer viajero que hace mención de éstas, es el *lord Anson*, que las presentó bajo un punto de vista algo fantástico pero que los

exploradores de la *Urania* pudieron reconocer todavía, como lo muestra el pasaje siguiente:

«La descripción que se halla en el viaje de Anson, es exacta; pero las ruinas y las ramas de árboles, mezcladas confusamente con la mampostería, dan a estos monumentos un aspecto diverso del que entonces tenían. Los ángulos de los pilares han desaparecido y los medios globos que los coronaban, han perdido su forma esférica.

En cuanto a las habitaciones modernas, únicamente una sexta parte es de piedra, y se encuentran en Agaña algunos monumentos notables por su grandeza, ya que no por la elegancia, la majestad o la delicadeza de sus proporciones. Tales son el colegio de San Juan de Letrán, la iglesia, el presbiterio, el palacio del gobernador y los cuarteles.

Antes de hallarse sujetos a los españoles los habitantes de las Marianas, estaban divididos en tres clases, nobles, clase media y plebeyos. Estos últimos, los parias del país, tenían, —dice Freycinet—, sin citar la autoridad en que se apoya, una estatura menos elevada que la de los otros habitantes. Éste solo hecho ¿es suficiente para indicar una diferencia de raza, o no demuestra más que el resultado del envilecimiento a que estaba sometida aquella parte de la población?

Los plebeyos no podían elevarse nunca hasta la clase superior, y la navegación les estaba prohibida.

Había también en cada una de estas castas bien definidas, hechiceras, sacerdotisas o curanderas, que exclusivamente se dedicaban a la cura de una sola enfermedad, lo cual no era una razón absoluta para que la conociesen mejor.

El oficio de constructores de piraguas pertenecía exclusivamente a los nobles, quienes sólo permitían a los individuos de la clase media ayudarla en su trabajo, que tenía para ellos una grande importancia y era una de sus más apreciadas prerrogativas. Respecto a su idioma, aunque se parece al malayo y al tagalo que se habla en las Filipinas, tiene, sin embargo, su carácter propio.

La relación de Freycinet contiene además un gran número de observaciones acerca de los singulares usos de los antiguos marianos, pero sería extenderse mucho el reproducir todos sus datos, por muy interesantes que sean para el filósofo y el historiador».

Hacia ya dos meses que la *Urania* se hallaba anclada y era tiempo de reanudar el curso de los trabajos y exploraciones.

Freycinet y su Estado Mayor pasaron los últimos días de su permanencia en la isla, en hacer visitas gratulatorias, por la cordial acogida de que habían sido objeto.

No solamente se negó el gobernador a admitir las demostraciones de gratitud de los franceses, por las atenciones que durante dos meses había tenido con ellos, sino que tampoco quiso admitir el pago de las provisiones que se habían hecho para abastecer la corbeta. Antes bien, en una sentida carta se excusaba de la escasez de los géneros suministrados, con motivo de una sequía que desolaba a Guajam hacia seis meses, y que le impedía hacer las cosas como hubiera deseado.

La despedida tuvo lugar en Agaña.

«Con profundo enternecimiento, —dice Freycinet—, nos despedimos del hombre amable que tantas pruebas de bondad nos había dado. Estaba yo muy conmovido para poder expresar los sentimientos de que mi alma estaba llena: pero las lágrimas que se desprendían de mis ojos, debieron ser para él un testimonio más seguro que las palabras, de mi emoción y de mi sentimiento».

Del 5 al 16 de junio, la *Urania* procedió a la exploración de la parte norte de las Marianas, teniendo lugar las diversas observaciones que arriba se expresan.

Después, deseoso de acelerar la navegación hacia las Sándwich, el comandante se aprovechó de una brisa que le permitió subir en latitud y buscar los vientos favorables. A medida que los exploradores avanzaban por esta parte del Océano Pacífico, se encontraban entre brumas espesas y frías, que penetraban todo el buque de una humedad tan desagradable como perjudicial a la

salud. Sin embargo, salvo los resfriados, la tripulación no experimentó ningún inconveniente; por el contrario, esto fue una especie de reacción vigorosa para aquellas constituciones expuestas tanto tiempo a los absorbentes calores de los trópicos.

El 6 de agosto se dobló la punta meridional de Hawai, a fin de tomar la costa occidental, donde Freycinet esperaba encontrar un fondeadero cómodo y seguro. Este día y el siguiente fueron destinados por ser la calma completa, a entablar relaciones con los indígenas, cuyas mujeres, que habían llegado en gran número, querían tomar el buque al abordaje, para entregarse a su comercio habitual; pero el comandante Tes impidió el acceso a bordo.

El rey Kamemea había fallecido, y su joven hijo Riorio, le había sucedido en el trono. Ésta fue la noticia que uno de los aris se encargó de poner en conocimiento del comandante.

Cuando volvió la brisa, la *Urania* se adelantó hacia la bahía de Karakakua; Freycinet había mandado un oficial para que sondease el fondeadero, cuando se destacó de la orilla una piragua conduciendo al gobernador de la isla. El príncipe Kuakini, llamado también John Adams, ofreció al comandante que tendría barcos a propósito para atender al aprovisionamiento de su buque.

Este individuo que mostraba tener unos veinte y nueve años, y cuya estatura era gigantesca, aún que bien proporcionada, sorprendió al comandante por lo extenso de su instrucción. Habiendo oído decir que la *Urania* hacía un viaje de descubrimientos, preguntó:

«¿Habéis doblado el Cabo de Hornos, o venido por el de Buena Esperanza?».

Luego se informó de las noticias relativas a Napoleón, y preguntó si era cierto que la isla de Santa Elena se había sumergido con toda su población.

Broma de algún ballenero de buen humor, que había sido creída a medias.

Kuakini dijo entonces a Freycinet, que aunque la paz no se había turbado a la muerte de Kamemea, varios jefes, sin embargo, habían

mostrado ideas de su independencia, y que se hallaba amenazada la unidad de la monarquía. De aquí cierta turbación en las relaciones políticas y una indecisión en el gobierno que podría cesar muy pronto, sobre todo, si el comandante consentía en hacer alguna declaración de amistad en favor del joven soberano.

Freycinet bajó a tierra con el príncipe para ir a hacerle su visita, y entró en su morada, donde la princesa, gran mujer recargada de gordura, se hallaba tendida sobre un tablado de cama a la europea cubierto de esterillas. Después pasaron los dos a ver a las hermanas de Kuakini, viudas de Kamemea, y no habiéndolas encontrado, se dirigieron a los almacenes y principales talleres del difunto rey.

Cuatro cobertizos estaban destinados a la construcción de grandes piraguas de guerra, sirviendo otros de abrigo a buques europeos. Más lejos se encontraban maderas de construcción, lingotes de cobre y gran cantidad de redes para la pesca, después una fragua y un taller de tonelería; y en fin, en las casas pertenecientes al primer ministro Kraünoku, había instrumentos de navegación, como brújulas, testantes, termómetros, relojes y hasta un cronómetro.

Negóse a los extranjeros la entrada a otros dos almacenes, donde se custodiaban la pólvora, las municiones de guerra, los licores fuertes, el hierro y las telas.

Pero estos lugares se hallaban a la sazón abandonados por el nuevo soberano que tenía su corte en la bahía de Koaihai.

Invitado Freycinet por el rey, aparejó para aquel sitio, dirigido por un piloto que se manifestó muy cuidadoso y muy hábil en particular para prever los cambios del tiempo:

El monarca me esperaba en la playa, —dice el comandante—, vestido con un gran uniforme de capitán de la marina inglesa y rodeado de toda su corte. A pesar de la espantosa aridez de esta parte de la isla, el espectáculo que ofrecía aquella extraña reunión de

hombres y mujeres, nos pareció majestuoso y verdaderamente pintoresco.

El rey puesto delante de todos, tenía sus principales oficiales detrás de él; los unos llevaban magníficas capas de plumas encarnadas y amarillas, o bien de paño escarlata; otros llevaban simples esclavinas del mismo género, pero cuyos dos colores estaban a trechos matizados de negro. Algunos cubrían con cascos sus cabezas.

Un número bastante considerable de soldados dispersos aquí y allí, constituían por la extraña irregularidad de su uniforme una gran variedad sobre este extraño cuadro.

Éste era aquel mismo soberano que posteriormente debía venir con su joven y bella esposa a Inglaterra, donde ambos murieron y cuyos restos fueron conducidos a Hawai por el capitán Byron, en la fragata La Blonde.

Freycinet renovó sus peticiones de víveres y el rey le prometió que no se pasarían dos días sin que se viesen satisfechos sus deseos. Pero si la buena voluntad del joven soberano no podía aparecer como sospechosa, el comandante pudo juzgar muy pronto por sí mismo, que la mayor parte de los jefes principales no estaban prontos a manifestarle una extremada obediencia.

Algún tiempo después los principales oficiales del Estado Mayor pasaron a hacer una visita a las viudas de Kamemea. Véase, tomado de uno de ellos, *Mr. Quoy*, el picante cuadro de esta alegre recepción.

«Era, —dice él—, un espectáculo verdaderamente extraño ver en un aposento reducido, nueve o diez masas de carne en forma humana, medio desnudas, de las cuales la más pequeña pesaría por lo menos 300 libras, tendidas en el suelo boca abajo. A duras penas pudimos nosotros encontrar un sitio donde tendernos para conformarnos con el uso. Los criados tenían constantemente en la mano, bien un espantamoscas de plumas, bien una pipa encendida que hacían pasar de boca en boca y de la que cada uno tomaba

algunas bocanadas. Otros daban friegas a las princesas. Fácil es de suponer que nuestra conversación no sería muy animada; mas, las excelentes sandías que nos sirvieron nos facilitaron el medio de disimular su languidez...».

Freycinet fue a ver en seguida al famoso John Young, que había sido por largo tiempo el amigo fiel y el sabio consejero de Kamemea. Aun cuando se hallaba entonces enfermo y viejo, suministró a Freycinet preciosas noticias acerca del archipiélago en que residía hacia treinta años, y en la historia del cual tan activamente había figurado.

El ministro Kraimoku, durante una visita que hizo a la *Urania*, había visto a su capellán, el abate de Quelen, cuyo traje le había vivamente impresionado. Apenas supo que era un sacerdote, manifestó al comandante su deseo de ser bautizado. Su madre según dijo, había recibido aquel sacramento en su lecho de muerte, haciéndole prometer que también lo recibiría en cuanto encontrase una ocasión oportuna.

Freycinet consintió y quiso rodear este acto de cierta solemnidad, tanto más, cuanto que Riorio había solicitado asistir a él con toda su corte.

Toaa aquella gente manifestó sumo respeto y deferencia durante la ceremonia; pero en cuanto hubo terminado, la corte se arrojó sobre la colación que el comandante había hecho preparar.

Era una cosa admirable ver vaciar las botellas de vino y los frascos de ron y de aguardiente, y desaparecer los manjares de que la mesa se encontraba cubierta. Por fortuna se aproximaba la noche, sin lo cual Riorio se hubiera colocado en situación de no poder volver a tierra, así como la mayor parte de sus cortesanos y oficiales. Sin embargo, todavía pidió que se le diesen dos botellas de aguardiente para beber, según dijo, a la salud del comandante y por su feliz viaje, y todos los asistentes se creyeron obligados a pedir otro tanto.

«No es mucho exagerar, —cuenta Freycinet—, el decir que esta regia compañía se comió y bebió en el espacio de dos horas lo que

hubiera bastado para surtir una mesa de diez personas por espacio de tres meses».

Diferentes obsequios se habían cambiado entre el matrimonio real y el comandante. Entre los objetos ofrecidos a éste por la joven reina, se encontraba una capa de plumas, prenda que empezaba a ser muy rara en las Sándwich.

Freycinet iba a hacerse a la vela, cuando supo por un capitán americano la llegada a la isla Mowi de un buque mercante que tenía una gran cantidad de galleta y de arroz, y que tal vez consentiría en cedérsela. Determinóse, pues, desde luego, ir a fondear delante de Raheina. Por otra parte, allí era donde Kraimoku debía entregar el número de cerdos necesario para el consumo de la tripulación. Pero el ministro, dando una prueba de insigne mala fe, exigió precios tan elevados y presentó cerdos tan flacos, que fue necesario recurrir a las amenazas para terminar el negocio. Kraimoku se hallaba en esta circunstancia mal aconsejado por un inglés que no era más que un presidiario fugado de Puerto Jackson; y verosímilmente, si el indígena hubiese obrado por sí mismo y siguiendo los impulsos de su corazón, se hubiera conducido en aquel lance con toda la nobleza y buena fe que le eran habituales.

En Waihou ancló Freycinet en Honolulu. La expresiva acogida que mereció de varios europeos, le hizo sentir no haber ido directamente, pues allí se hubiera procurado con prontitud todos los recursos que tan difícil le había sido reunir en las otras dos islas.

El gobernador de esta isla, Boki, se hizo bautizar por el capellán de la *Urania*; para recibir este sacramento parece que no hubo otra razón que haberle recibido un hermano suyo antes.

Le faltaba mucho para tener el aire inteligente de los habitantes de las Sándwich con quienes Freycinet hacia estado en relaciones.

Algunas observaciones sobre los naturales, son tan interesantes, que bien merecen consignarse aquí sumariamente.

Todos los navegantes están conformes en reconocer que la raza de los jefes forma una clase superior a la de los otros habitantes por la estatura y la inteligencia, no siendo raro ver algunos que tienen

seis pies de altura. La obesidad es muy frecuente en ellos, pero sobre todo en las mujeres, que desde muy jóvenes, llegan por lo común a adquirir una gordura verdaderamente monstruosa.

El tipo es notable y las mujeres son por lo general bastante agraciadas. La duración de la vida no es muy larga, siendo difícil encontrar un viejo de setenta años. Se atribuye la rápida decrepitud y el fin prematuro de los habitantes a sus inveterados hábitos de libertinaje.

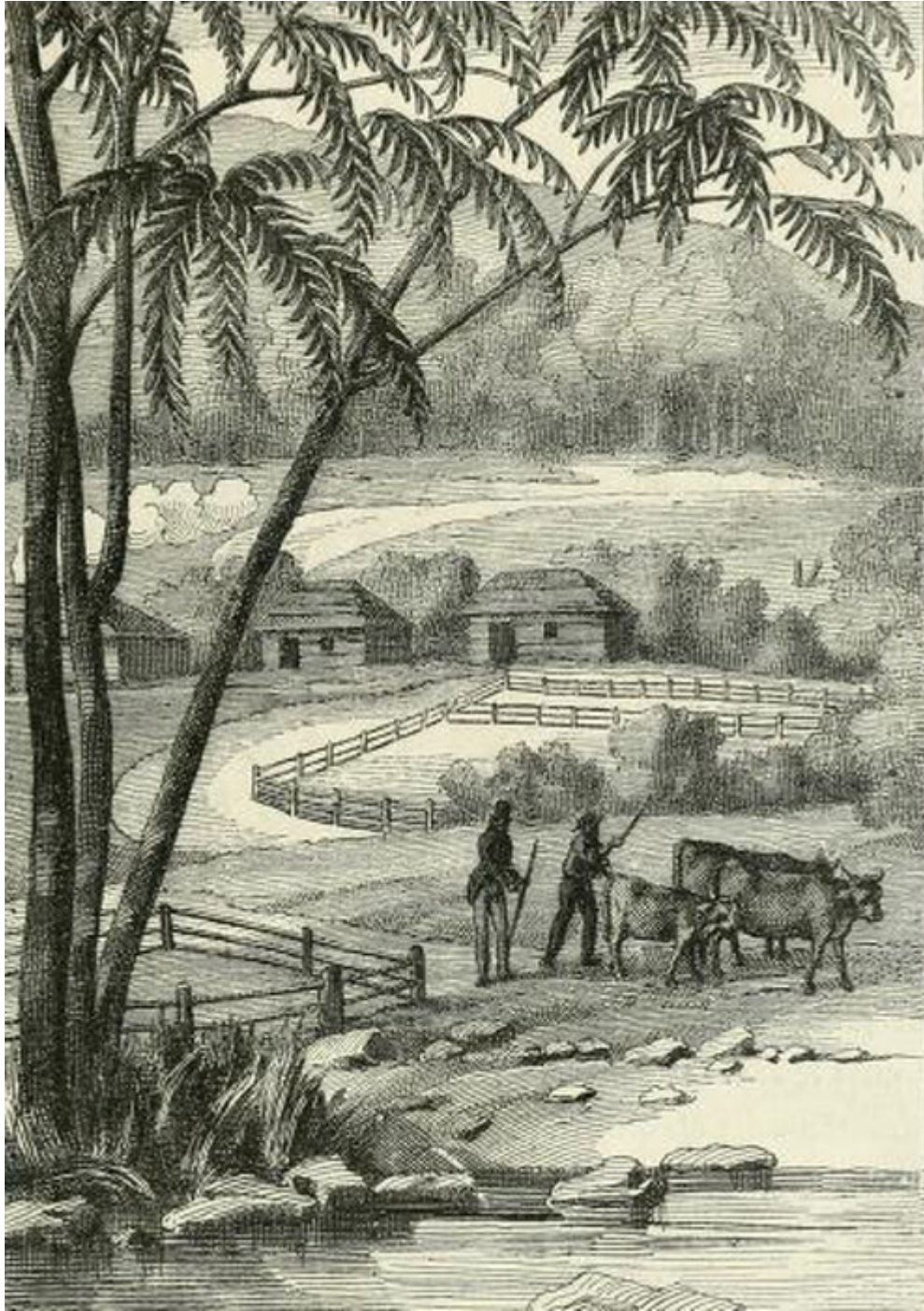
En dejando el archipiélago de las Sándwich, Freycinet debía estudiar en aquella parte del gran Océano las principales inflexiones del ecuador magnético por pequeñas latitudes, y se dirigió hacia el Este con la mayor diligencia.

El 7 de octubre la *Urania* entró en el hemisferio Sur, y el 19 del mismo mes se halló a la vista de las islas Peligrosas. Al Este del archipiélago de los Navegantes se descubrió un islote que no estaba marcado en las cartas y que recibió el nombre de Isla Rosa, en obsequio a la esposa de Freycinet. Éste fue por lo demás el único descubrimiento hecho en el viaje.

Rectificóse la posición de las islas Pylstaar y Howe y el 13 de noviembre se divisaron las luces de la entrada de Puerto Jackson o Sidney.

Freycinet esperaba encontrar esta ciudad algo extendida y mejorada después de diez y seis años que no la había visto; pero su admiración no tuvo límite ante el aspecto de una ciudad europea, prosperando en medio de una naturaleza poco menos que salvaje.

Varias excursiones por las cercanías hicieron admirar a los franceses todos los progresos llevados a cabo por la colonia. Las hermosas calles cuidadosamente conservadas, y adornadas en sus costados de aquellos eucaliptus que Péron califica de «gigantes de los bosques australes,» puentes bien contruidos, pilares de piedra indicando las distancias, todo anunciaba un sistema de caminos perfectamente organizado.



Bonitas casas de campo, grandes manadas de bueyes, y los campos esmeradamente cultivados, atestiguaban la industria y la perseverancia de los nuevos colonos.

El gobernador Macquarie y las principales autoridades del país rivalizaron en agasajar a los oficiales, que rehusaron más de una

invitación por no descuidar sus trabajos. Fueron por mar a Paramatta, casa de campo del gobernador, acompañados de una música militar, y algunos oficiales también fueron a visitar la pequeña población de Liverpool, edificada en una situación agradable en las orillas del río George, así como las de Windsor y de Richmond, que se levantan cerca del río Hawkesbury. En el ínterin parte del Estado Mayor asistía a una cacería de kangurus, y atravesando las montañas Azules, llegaba más allá del Establecimiento de Bathurst.

Merced a las buenas relaciones que Freycinet había contraído en las dos épocas de su permanencia allí, pudo recoger muchos e interesantes datos sobre la colonia australiana. Así el capítulo que dedica a la Nueva Gales del Sur, consignando los rápidos y maravillosos progresos de la colonización, excitó un vivo interés en Francia, donde sólo se conocía muy imperfectamente el desarrollo y prosperidad de la Australia.

Eran estos documentos nuevos muy a propósito para interesar y tenían la ventaja de dar a conocer exactamente el estado positivo de la colonia en 1825.

gobernador Macquarie. Un camino formado de múltiples rampas, abierto en las rocas, permitía colonizar inmensas llanuras fértiles, regadas por importantes ríos.

Los más altos picos de esta cordillera que están cubiertos de nieve en medio del verano, tienen por lo menos una elevación de 3000 metros.

Al mismo tiempo que se median los principales picos de los montes Exmouth, Cunningham, etc., se advertía que la Australia, lejos de tener una sola gran corriente de agua, el río de los Cisnes, poseía por el contrario cierto número de ellas, entre las cuales debe citarse como una de las principales, el río Hawkesbury, formado por las aguas reunidas del Nepean y del Groso. El Brisbane y el Murray no estaban reconocidos todavía.

En esta época se habían empezado ya a explotar minas de carbón de piedra, capas de pizarra y yacimientos de hierro carbonatado compacto, de asperón, de piedra calcárea, de pórfido y jaspe; pero todavía no se había averiguado la presencia del oro, metal que debía transformar tan rápidamente a la joven colonia.

Respecto del suelo, en las orillas del mar es estéril y no produce más que algunos arbustos raquíuticos.



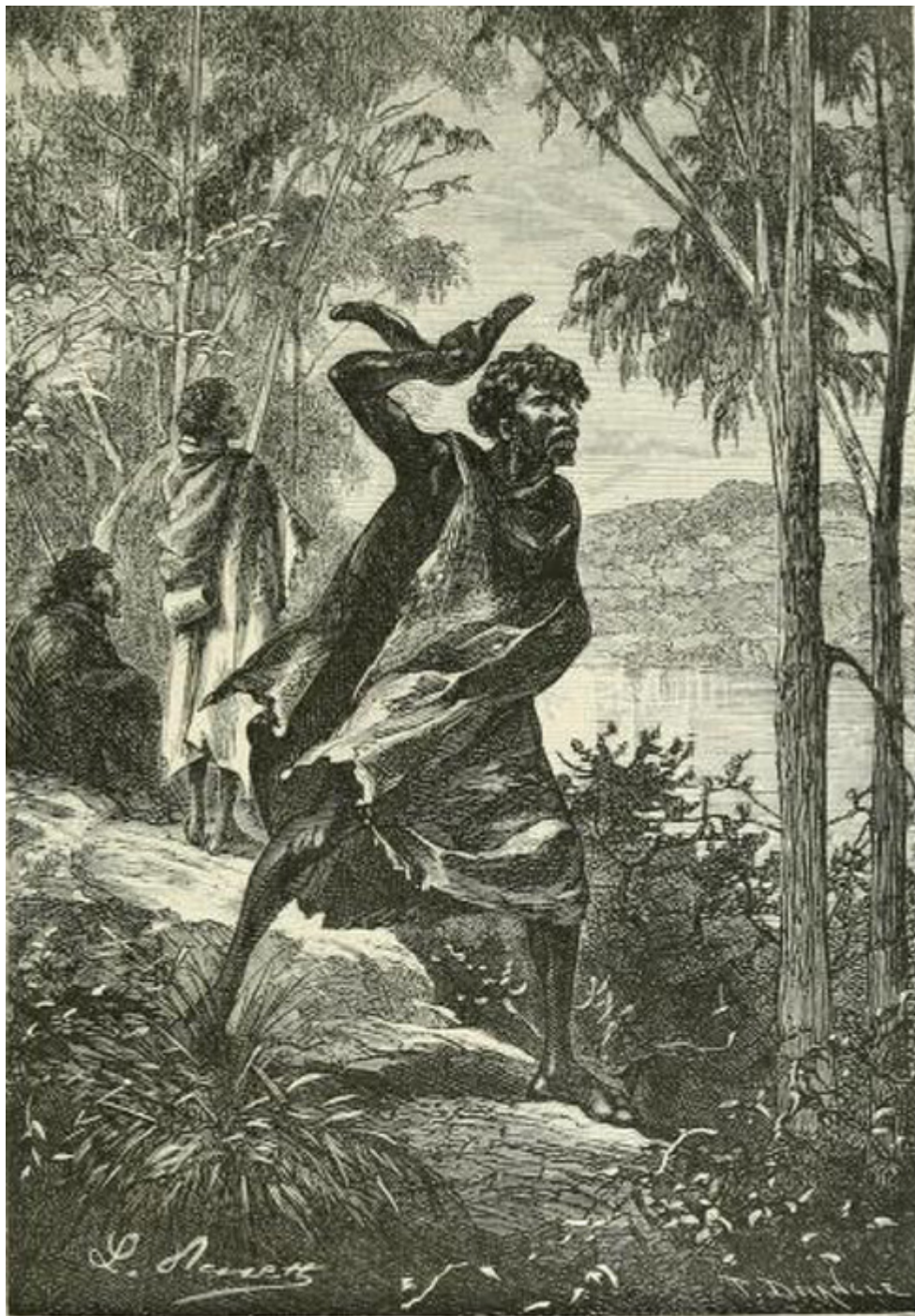
Mas, internándose en el interior, se descubren campos revestidos de rica vegetación, inmensos pastos, apenas dominados por algunos grandes vegetales, o bosques cuyos árboles gigantescos, enlazados por una intrincada red de lianas, forman impenetrables espesuras.

Una de las cosas que más sorprendieron a los exploradores, fue la identidad de la raza, en este inmenso continente. En efecto, observando los aborígenes de la bahía de los Perros Marinos, de la Tierra de Endracht, del Río de los Cisnes, o de Puerto Jackson, el color de la piel, los cabellos, los rasgos de la fisonomía, todo su físico, no dejan duda alguna sobre la comunidad de su origen.

El pescado y los mariscos forman la base de la alimentación de las poblaciones marítimas o fluviales. Las del interior viven con el producto de su caza, alimentándose del oposum, kangurus, lagartos, serpientes, gusanos y hormigas, que mezclan con los huevos de estos animales en una especie de pasta con raíces de helecho.

En todas partes los naturales tienen la costumbre de andar completamente desnudos, no desdeñándose sin embargo, de cubrirse con algunas ropas europeas que se pueden proporcionar. En 1820 se veía en Puerto Jackson una vieja negra envuelta en los pedazos de una manta de lana: la cabeza con una capota de seda verde. No es posible imaginarse más grotesca caricatura.

Sin embargo, algunos de estos indígenas se fabrican capas de pieles de oposum o de kanguru, cosiéndolas con nervios de casuar; pero este género de ropaje es muy raro.



Sus cabellos lacios están trenzados en diferentes mechas después de untados con grasa, y poniendo en medio de la cabeza un puñado de yerba, levantan un edificio singular y extraño, donde fijan plumas de cacatúas, o aseguran con resina dientes humanos, astillas de madera, colas de perros o huesos de peces.

Aunque el tatuado no es muy de moda, en la Nueva Holanda se encuentran indígenas que se hacen incisiones bastante simétricas por medio de conchas cortantes.

No menos general es el uso de pintarse el cuerpo de rayas rojas o blancas, y de figuras singulares que dan a la piel negra una apariencia diabólica.

Antiguamente creían estos salvajes que después de su muerte eran trasladados a las nubes o a las cimas de los mayores árboles en forma de niños, y en aquel paraíso aéreo gozaban de la mayor abundancia de víveres. Pero desde la llegada de los europeos, sus creencias se han modificado, y ahora piensan que se volverán blancos y pasarán a habitar países lejanos. Así, para ellos los blancos son antepasados suyos, que habiendo muerto en los combates han tomado esta forma nueva.

El censo de 1819, uno de los más minuciosos de este periodo, presenta una población colonial de 25 425 habitantes, sin comprender, por supuesto, los militares. El número de mujeres era muy inferior al de hombres; de donde resultaban inconvenientes que la metrópoli trató de remediar, enviando jóvenes solteras, las cuales no tardaron en casarse en la colonia, formando así familias de un nivel moral mucho más elevado que el de los presidiarios.

Un extenso capítulo se halla consagrado en la relación de Freycinet a todo lo referente a la economía política. Las diferentes especies de tierra y siembras que les convienen, la industria, la cría de animales, la economía rural, las manufacturas, el comercio, los medios de comunicación, la administración, todas estas cuestiones se tratan muy detenidamente en vista de documentos muy recientes entonces y con una competencia que no parece propia de un hombre que no se haya dedicado exclusivamente a este género de investigaciones. En fin, también se encuentra un estudio muy profundo del régimen a que están sometidos los presidiarios, desde su llegada a la colonia, de los castigos que se les impone, así como del estímulo y recompensa que muy fácilmente se les conceden cuando su conducta aparece regular. Al mismo tiempo se hacen

consideraciones tan juiciosas como acertadas sobre el porvenir de la colonia australiana y su futura prosperidad.

El 25 de diciembre de 1819, después de aquella larga y fructuosa recalada, la *Urania* volvió a hacerse a la mar, dirigiéndose de modo que pudiera ir al Sur de la Nueva Zelanda y de la isla Campell, para llegar al cabo de Hornos. Algunos días después se descubrieron a bordo unos diez deportados prófugos; pero los franceses se hallaban ya bastante apartados de la Nueva Holanda para poderlos devolver.

La expedición llegó a las costas de la Tierra del Fuego sin que ocurriera ningún hecho notable y digno de consignarse en aquella navegación constantemente favorecida por el viento del Oeste.

El 5 de febrero fue visto el cabo de la Desolación. Doblado el cabo de Hornos sin estorbo, la *Urania* ancló en la bahía del Buen Suceso, cuyas orillas bordeadas de árboles de bosque alto y regadas por cascadas, no ofrecían aquella aridez y desolación que distinguen generalmente aquellos tristes lugares.

Por otra parte, la estación no fue muy larga, y la corbeta, volviéndose a hacer a la mar, no tardó en embocar el estrecho de Lemaire en medio de una espesa bruma. Allí fue acometida por una gruesa marejada, un viento fuerte y una niebla tan densa, que confundía el cielo, la tierra y el mar, haciendo parecer todo del mismo color.

La lluvia y las nieblas levantadas por el viento, y la noche, que sobrevino en aquel intermedio, obligaron a la *Urania* a estar a la capa con la gran gavia a bajo rizo y el pequeño foque, velamen con el cual se mantenía bastante bien.

Corriendo forzosamente viento en popa, todos se felicitaban de que el huracán les hubiera llevado lejos de las costas, cuando resonó este grito:

—¡Tierra por la proa, y muy cerca!...

Una terrible angustia oprimió entonces todos los corazones. El naufragio era inevitable.

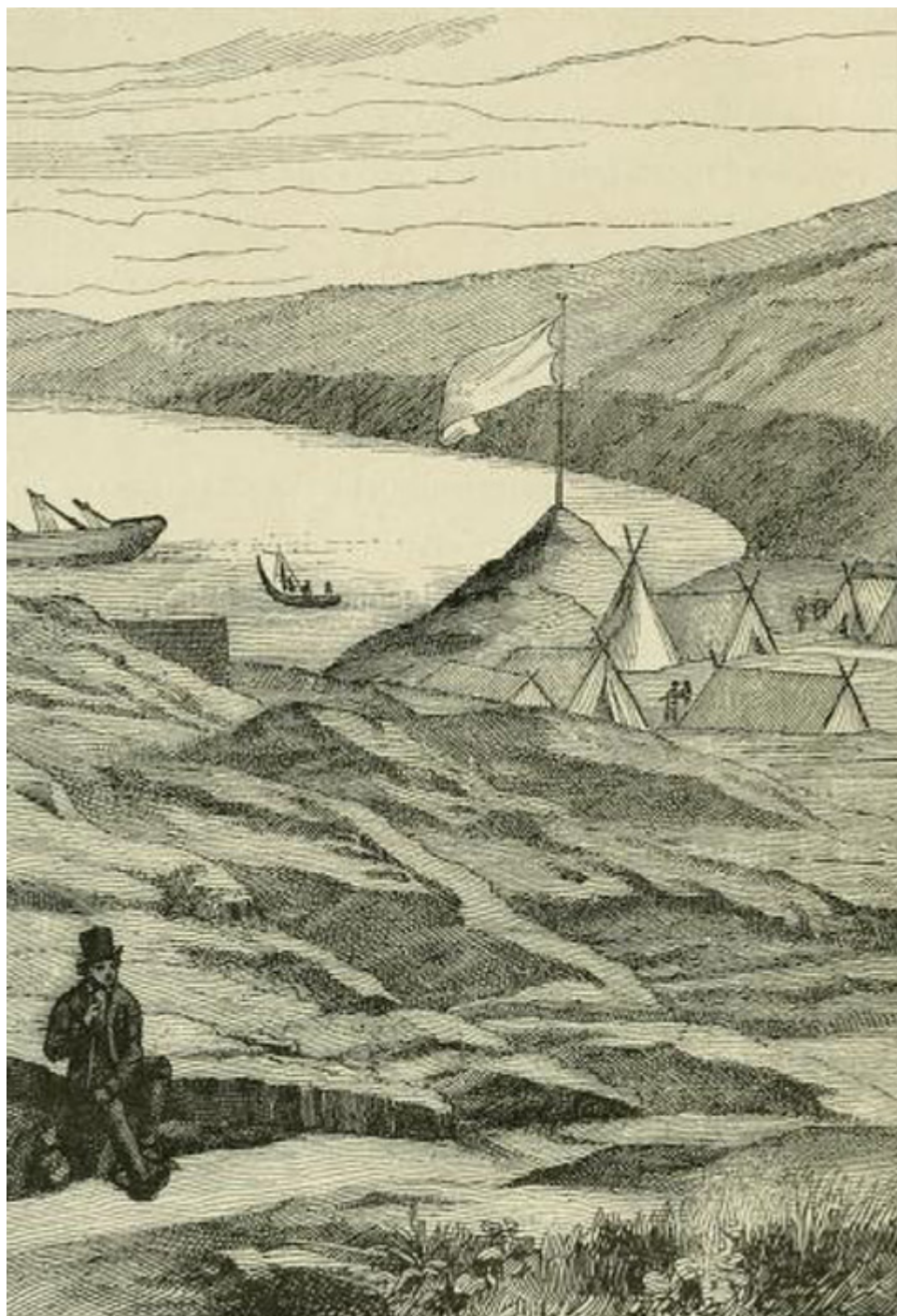
Solamente Freycinet, después de un momento de vacilación, recobró su serenidad. La tierra no podía estar delante; hizo continuar su rumbo al N. inclinándose un poco hacia el E., y la experiencia no tardó en probar la exactitud de sus cálculos.

Dos días después el tiempo se había serenado, se tomó la altura y como se estaba bastante lejos de la bahía del Buen Suceso, el comandante tenía que elegir entre una recalada en la costa de América, o en las islas Malvinas.

Decidióse por esto último. La isla Conti, la bahía Marville, y el cabo Duras, fueron sucesivamente reconocidos y levantados sus planos, al través de la bruma, mientras que una brisa favorable dirigía el buque hacia la bahía Francesa, lugar fijado para la próxima recalada. Todos se felicitaban ya de haber realizado tantos peligrosos trabajos, y llevado a cabo una campaña tan ruda sin accidente grave. Para los marineros, como dice Byron:

The worst was over, and the rest seemed sure.

Pero una ruda prueba esperaba aun a los navegantes.



Al entrar en la bahía Francesa, todo el mundo se hallaba en su sitio dispuesto para fondear. Los vigías vigilaban. Se sondeó por encima de los grandes porta obenques hasta 20 brazas; a las 18, se señalaron rocas y se estaba a media legua de tierra.

Por prudencia Freycinet mandó gobernar dos cuartos en viento y esta precaución le fue funesta. La corbeta chocó violentamente contra una roca submarina. La sonda marcaba en aquel momento 12 o 15 brazas por un costado y 15 por otro. El escollo con que había chocado el buque, era pues menos ancho que la misma corbeta. En efecto era la punta aguda de una roca.

Los pedazos de madera que subieron a la superficie, hicieron al punto temer que el accidente fuese muy grave. Recurrióse a las bombas, porque el agua penetraba en la bodega con violencia. Freycinet mandó al punto «afelpar una boneta» operación que consiste en pasar una vela por debajo de la quilla, de modo que introduciéndose en la avería, disminuye la abertura por donde se precipita el agua.

Nada se logró. Aunque todos, oficiales y marineros trabajaban en las bombas, no se conseguía más que aguantar, es decir que no entrase más agua que la se desocupaba por las bombas. Era preciso hacer dar al buque sobre la costa.

Pero no consistía todo en tomar esta resolución por penosa que fuera; lo difícil estaba en llevarla a cabo pues por todas partes la tierra estaba erizada de rocas y únicamente al extremo de la bahía podía encontrarse una playa de arena, a propósito para una barada. La brisa se había vuelto contraria, la noche venía y el buque estaba lleno de agua hasta la mitad.

Puede calcularse cuales no serian las angustias del comandante. La barada se efectuó, sin embargo, en la costa de la isla de los Pingüinos.

«En este momento, —dice Freycinet—, la fatiga de nuestra gente era tal, que hubo que suspender toda clase de trabajo y dar a la tripulación un descanso, tanto más indispensable, cuánto que nuestra situación nos obligaba a practicar una multitud de penosas operaciones. Pero... ¡me era posible entregarme al descanso!... ¡Agitado de mil tristes pensamientos, la existencia me parecía un sueño! ¡Aquella súbita transición desde una posición en que todo parecía sonreírme hasta la en que me encontraba, me oprimía como

una horrible pesadilla, mis ideas se hallaban trastornadas y me era imposible encontrar la calma de que tenía tanta necesidad y que había sido puesta a tan terrible prueba!

»Todos mis compañeros de viaje habían cumplido con su deber en el horrible siniestro de que habíamos estado apunto de ser víctimas y me complazco en hacer justicia a todos».

Cuando el día vino a iluminar la escena, una profunda tristeza se apoderó de todos los corazones. No había un árbol ni una mata de yerba en aquellas playas desoladas. Nada más que una soledad profunda, semejante a la de la bahía de los Perros Marinos.

Pero no era aquél el momento de entregarse a la aflicción, ni por otra parte había tiempo para ello.

¿Las observaciones, los diarios, y tantos documentos preciosos recogidos a costa de tantos peligros y fatigas, debían dejarse perder?

Todos se salvaron. Por desgracia no sucedió lo mismo con las colecciones. Varias cajas de ejemplares que estaban en el fondo de la bodega, se perdieron completamente, y otras quedaron averiadas por el agua del mar. Las colecciones que más sufrieron en el desastre, fueron la de historia natural y el herbario que Gaudichaud había formado con tanto trabajo. Los carneros merinos, debidos a la generosidad de *Mr. McArthur* de Sidney, y que se esperaba aclimatar en Francia, fueron desembarcados, así como todos los animales que aún vivían.

Levantáronse tiendas; en primer lugar, para algunos enfermos que había a bordo, y luego para los oficiales la tripulación. Los víveres y las municiones sacadas del buque, fueron puestos con gran cuidado al abrigo de la intemperie de la estación. Reserváronse los licores fuertes para cuando se saliere del lugar del naufragio, y durante los tres meses que los franceses permanecieron en aquel sitio, no se probó un solo sorbo de ron o aguardiente, aunque todos estaban reducidos al uso del agua pura.

Ínterin se procuraban reparar las averías mayores de la *Urania*, algunos marineros estaban encargados de atenderá la subsistencia

común por medio de la caza y de la pesca. Leones marinos, ocas, patos, cercetas y gallinetas, abundaban en los estanques, pero era muy difícil procurarse de una vez la cantidad necesaria para mantener toda la tripulación y el gasto de pólvora hubiera sido demasiado considerable.

Por fortuna se encontraron gansos bastante torpes para dejarse matar a palos, y su número era tan grande, que hubieran bastado para alimentar ciento veinte hombres durante cuatro o cinco meses. También se consiguió matar algunos caballos que se habían vuelto salvajes, después de la partida de la colonia fundada por Bougainville.

El 28 de febrero se echó de ver que con los escasos medios de que se disponía, era imposible reparar las averías de la corbeta, tanto más, cuanto que los choques repetidos del buque contra el suelo, habían empeorado considerablemente su estado.

¿Qué hacer, no obstante?

¿Se debía aguardar que viniese algún buque a recalar en la bahía Francesa?

Esto hubiera sido dejar a los marineros sumidos en la ociosidad, y por consecuencia, abrir la puerta al desorden.

¿No era más conveniente procurar construir un buque más pequeño con los restos de la *Urania*?

Justamente se poseía una gran chalupa. Una vez cubierta y ampliada, ¿no podía llegar hasta Montevideo y volverá traer un buque capaz de salvar el material y el personal de la expedición?

Este último partido fue el que tomó Freycinet, y desde aquel momento no se perdió ni un minuto.

Una nueva energía parecía haberse apoderado de los marineros, y los trabajos se llevaron a cabo rápidamente. Entonces pudo congratularse el comandante de haber embarcado en Tolón marineros de diferentes oficios. Herreros, veleros, cordeleros, serradores de grueso, todos se ocuparon con actividad en la tarea que se les había señalado.

En cuanto al viaje que iba a emprenderse, nadie dudaba de su buen éxito. Trescientas cincuenta leguas solamente, separan las Malvinas de Montevideo, y los vientos que reinaban en aquella época, permitían a la Esperanza, así se llamaba la reformada chalupa, hacer aquel trayecto en breves días.

Era preciso, sin embargo, prever el caso de que aquella débil embarcación no pudiese arribar al Río de la Plata. Por lo mismo Freycinet decidió poner en astillero inmediatamente después de su partida, una goleta de cien toneladas.

Aunque todo lo absorbían aquellos trabajos múltiples y variados, no por eso dejó de procederse a las observaciones ordinarias de astronomía, física, historia natural e hidrografía, como si la estancia en las Malvinas no hubiera sido más que una recalada.

El buque estaba concluido y botado al agua. Las instrucciones para su comandante el capitán Duperrey se hallaban redactadas; la tripulación escogida; las embarcadas y la marcha señalada para de allí a dos días, cuando el 19 de marzo de 1820, se oyeron las voces de ¡un buque!... ¡un buque!...

Una goleta a toda vela acababa de entrar en bahía.

Disparáronse algunos cañonazos para llamar su atención, y el patrón se apresuró a bajar a tierra.

En pocas palabras le enteró Freycinet de la serie de circunstancias por las que se hallaba establecido en aquella costa.

El patrón respondió que se hallaba a las órdenes de un buque americano, el General Knox, empleado en la pesca de las focas en la isla West, punto el más occidental de las Malvinas.

Envióse un oficial a entenderse con el capitán de aquel buque acerca de los socorros que podría prestar a los franceses. Pero aquél exigió 135 750 francos por conducir los náufragos a Río Janeiro. Esto era abusar excesivamente de las circunstancias, y el oficial no se atrevió a contratar sin el asentimiento de su jefe, y rogó al americano que fuera a la bahía de los Franceses.



Durante estas negociaciones, un nuevo buque, el *Mercurio*, capitán Galvin, había entrado en la bahía.

Este buque había salido de Buenos Aires para llevar cañones a Valparaíso, pero al doblar el cabo de Hornos, hizo una vía tan considerable de agua, que se vio precisado a ir a repararse a las

Malvinas. Su llegada fue un acontecimiento feliz para los franceses; pues la competencia que necesariamente había de resultar, no podía menos de redundar en favor suyo.

Inmediatamente Freycinet ofreció al capitán Galvin los auxilios de que disponía en hombres y materiales para reparar sus averías, y añadió que si sus carpinteros llegaban a componer la nave, pediría que le trasportase con sus compañeros a Río Janeiro.

Al cabo de quince días las reparaciones se habían concluido. Durante este tiempo, los tratos con el General Knox se habían terminado con una negativa absoluta por parte de Freycinet, de acceder a las exigencias del capitán americano. En cuanto al capitán Galvin, empleáronse muchos días para llegar a una solución con él, y terminar el tratado siguiente:

1.º El capitán Galvin se obliga a conducir a Río Janeiro los náufragos, sus papeles, colecciones e instrumentos, así como todo lo que pueda embarcarse de los objetos salvados de la Urania.

2.º Los náufragos deben mantenerse durante la travesía con los víveres que para ellos tenían de reserva.

3.º Al llegar a su destino, los franceses debían pagar al capitán Galvin en el plazo de diez días la cantidad de 97 740 francos.

Así terminó aquella laboriosa negociación, por la aceptación de condiciones verdaderamente leoninas.

Antes de salir de las Malvinas, el naturalista Gaudichaud enriqueció aquella tierra miserable con varias clases de plantas, que juzgó podían ser útiles a los navegantes que recalasen en aquel punto.

Algunos detalles acerca de este archipiélago no dejarán de excitar interés. Compónese de un gran número de islotes y de dos islas principales, Conti y Maidenland, y está situado entre los 50º 57', y 52º 45' Sur y 68º 4' y 63º 48' Oeste del meridiano de París. La

bahía francesa, situada al extremo oriental de la isla Conti, es una vasta abertura más profunda que ancha de crestas acantiladas y peñas rocosas.

La temperatura es muy suave, a pesar de la elevada latitud de aquellas islas. La nieve es poco abundante y no permanece arriba de dos meses en la cumbre de las más altas montañas. Los arroyos no se hielan nunca, y no hay lago o pantano helado que pueda sostener a un hombre más de veinticuatro horas seguidas. De las observaciones de Weddell, que ha frecuentado aquellos sitios de 1822 a 1824, resulta que la temperatura se había elevado considerablemente desde hacia cuarenta años, a consecuencia del cambio de dirección de los grandes bancos de hielo que van a perderse en medio del Atlántico.

A juicio del naturalista Quoy, parece que las Malvinas, considerando la poca profundidad del mar que las separa de la América, y la semejanza que existe entre sus llanuras de yerba y las pampas de Buenos Aires, deben de haber formado en otro tiempo parte del continente.

Aquellas llanuras son bajas, pantanosas, cubiertas de altas yerbas y anegadas en invierno. Se encuentra en anchos espacios una turba negra que constituye un excelente combustible.

Esta naturaleza particular del suelo había impedido la vegetación de los árboles que Bougainville había querido aclimatar, y de los que no quedaba rastro alguno en la época de la permanencia de Freycinet.

La planta más grande y más común, es una especie de espadaña, excelente para el alimento de las bestias, y que sirve de refugio a un gran número de focas y a legiones de gansos. Esto es lo que los primeros viajeros habían tomado por elevados jarales.

El apio, la codearía, el berro, el diente de león, el frambueso, la acedera y la pimpinela son las únicas plantas útiles al hombre que se encuentran en aquel archipiélago.

Respecto a los animales, los bueyes, los cerdos y los caballos importados por los franceses y los españoles, se habían multiplicado

particularmente en la isla Conti; pero la caza que les daban los balleneros, debía muy pronto disminuir considerablemente su número.

El único cuadrúpedo que es verdaderamente indígena de las Malvinas, es el perro antártico, cuyo hocico que parece en todo al del zorro, por lo que algunos balleneros le llaman también perro zorro, o lobo zorro. Aquellos feroces animales se arrojaron al agua para atacar a los marinos de Byron. Se mantienen de conejos que no tardan en multiplicarse, cuando las focas, a las cuales no temen atacar, se les escapan.

El 28 de abril de 1820 el *Mercurio* se hizo a la mar, llevando hacia Río Janeiro a Freycinet y su tripulación. Pero el capitán Galvin no había reflexionado que navegando bajo el pabellón de los independientes de Buenos Aires, entonces en guerra con Portugal, su buque sería secuestrado al entrar en Río y él y sus marineros declarados prisioneros. Cuando cayó en la cuenta, procuró variar su compromiso con Freycinet, esperando decidirle a desembarcar en Montevideo. Mas aquél no quiso acceder bajo ningún concepto y se verificó un nuevo contrato en sustitución del primero.

Por este último acto Freycinet quedó hecho propietario del *Mercurio* por cuenta de la compañía francesa, mediante la suma estipulada en el primer contrato.

El 8 de mayo llegó el buque delante de Montevideo, donde Freycinet tomó el mando y le dio el nombre de *Física*. Aprovechóse de esta recalada para proceder al armamento, a la estiva, a la revisión de los aparejos y al embarque del agua y provisiones necesarias para llegar a Río Janeiro, donde la *Física* llegó al fin, pero después de haber sufrido considerables averías.

Tenía un aspecto tan poco belicoso, que a pesar de la flámula de guerra que flotaba en la cima del palo mayor, los aduaneros se equivocaron e hicieron la visita como de un buque mercante.

Algunos reparos importantes eran absolutamente indispensables, y obligaron a Freycinet a permanecer en Río hasta el 18 de setiembre. Entonces tomó definitivamente la ruta de Francia

y fondeó el 13 de noviembre en el Havre, después de una navegación de tres años y dos meses, durante la cual había recorrido 18 862 leguas marinas, equivalentes a 23 577 medianas de Francia.

Algunos días después entró Freycinet en París, gravemente enfermo, y remitió a la secretaria de la Academia de Ciencias los manuscritos científicos de la expedición, que no formaban menos de treinta y un volúmenes en 4º.

Al mismo tiempo los naturalistas Quoy, Gaimard y Gaudichaud, depositaban las muestras de lo que habían recogido. En ellas se contaban cuatro especies nuevas de mamíferos, cuarenta y cinco de peces, y treinta de reptiles, moluscos, anélidos, pólipos, etc., etc.

Freycinet, sometido según las leyes, militares a un consejo de Guerra, para responder de la pérdida de su buque, no solamente fue absuelto por unanimidad sino que mereció entusiastas felicitaciones por su energía, su capacidad y las medidas hábiles y previsoras que había tomado en aquellas tristes circunstancias. Recibido algún tiempo después por el rey Luís XVIII, éste le acompañó hasta la puerta de la cámara y le dijo:

«Habéis entrado aquí, capitán de fragata y salís capitán de navío. No me deis las gracias. Decidme solamente lo que Juan Bart respondió a Luis XIV: ¡Señor, habéis hecho bien!».

Desde aquel instante Freycinet consagró todo su tiempo a la publicación de los resultados de su expedición. Por lo poco que hemos dicho, se deja comprender que estos resultados eran inmensos. Concienzudo hasta el exceso, no quería dejar aparecer nada que no fuese perfecto, y procuraba poner sus trabajos a la altura de los conocimientos adquiridos.

Puede juzgarse qué de tiempo no necesitaría emplear para clasificar los numerosos materiales que había traído. Así, pues, cuando la muerte le sorprendió en 18 de agosto de 1842, no había dado aún la última mano a una de las partes más curiosas y más nuevas de su trabajo, la relativa a las lenguas de la Oceanía y a la de las Marianas en particular.

A fines del año 1821, el ministro de Marina, marqués de Clermont Tonnerre, recibió un nuevo proyecto de viaje, que le presentaron dos jóvenes oficiales, MM. Duperrej y Dumont d'Urville. El primero apenas hacia un año que había regresado a Francia, había sido teniente de Freycinet en la *Urania*, y había prestado por sus conocimientos científicos e hidrográficos, servicios importantes a la expedición. El segundo, colaborador del capitán Gauttier, se había hecho notar en las campañas hidrográficas que éste último acababa de hacer en el Mediterráneo y el Mar Negro. Tenía afición a la botánica y a las artes y había sido uno de los primeros en señalar el valor artístico de la Vénus de Milo que se acababa de descubrir.

Los objetivos que estos jóvenes se proponían, eran el estudio de los tres reinos de la naturaleza, el magnetismo, la meteorología y la determinación de la figura de la Tierra.

«En cuanto a la geografía, —dice Duperrey—, nos proponíamos justificar o rectificar, ya por medio de observaciones directas, ya por el transporte del tiempo, la posición de un gran número de puntos en diferentes partes del globo, particularmente en los numerosos archipiélagos del Gran Océano, tan fecundos en naufragios, y tan notables por la naturaleza y la forma de las islas bajas, de los bancos y arrecifes que los componen; trazar nuevas rutas en el archipiélago Peligroso y en las islas de la Sociedad, al lado de las rutas de Quirós, de Wallis, de Bougainville y de Cook; enlazar nuestros trabajos hidrográficos con los de los viajes de d'Entrecasteaux y de Freycinet en la Polinesia, la Nueva Holanda, y las islas Molucas, y visitar particularmente aquellas islas Carolinas, descubiertas por Magallanes, de las cuales, a excepción de la parte oriental examinada en nuestros días por Kotzebue, no poseíamos más que descripciones harto vagas, transmitidas por los misioneros según la relación que les habían hecho algunos salvajes extraviados en sus piraguas y arrojados por el viento sobre las islas Marianas. El idioma, el carácter, las costumbres y la fisonomía de los insulares, debían también ser objeto de observaciones particulares y no menos curiosas».

Los médicos de marina Garnot y Le son, fueron encargados de las observaciones de historia natural, mientras que el estado mayor se reclinaba entre los oficiales más instruidos. Contábanse entre estos últimos a MM. Lesage, Jacquinet, Bérard, Lottin de Blois y de Blossenville.

La Academia de ciencias, entusiasta del plan de investigaciones presentado por los promotores de esta campaña, puso a su disposición instrucciones detalladas, en que estaban expuestos con cuidado los desiderata de la ciencia. Al mismo tiempo se remitieron a los exploradores los instrumentos más perfeccionados.

El buque elegido fue una pequeña corbeta de tres palos que no calaba más que 12 o 13 pies de agua; la Coquille, que estaba de reserva en el puerto de Tolón.

El tiempo empleado en recorrer el buque, en estribarle y armarle, no permitió a la desperdicio partir antes del 11 de agosto de 1822. El 23 del mismo mes arribó a Tenerife, donde los oficiales esperaban todavía encontrar algunas espigas, después de las ricas cosechas de observaciones que sus antecesores habían recogido; pero el Consejo sanitario, informado de la aparición de la fiebre amarilla en las costas del Mediterráneo, impuso a la Coquille una cuarentena de quince días.

En aquella época las opiniones políticas se hallaban muy sobrecitadas, reinando en Tenerife tal fermentación, que los habitantes se hallaban cada día a punto de venir a las manos. Se comprende que en semejantes circunstancias no habían de sentir mucho los franceses la falta de comunicaciones con la isla.

Así los ocho días que pasaron en aquella recalada, fueron dedicados al aprovisionamiento de la corbeta y a hacer observaciones astronómicas y magnéticas.

El 1º de setiembre se levó ancla, y el 6 de octubre se procedió al reconocimiento de los islotes de Martin Vaz y de la Trinidad.

Los primeros son rocas elevadas de una aridez repulsiva, y la segunda es una tierra alta, peñascosa, estéril, con algunos cuantos árboles en la parte meridional. Esta isla no es otra que la famosa

Ascensión que durante tres siglos ha sido objeto de las investigaciones de los exploradores.

El célebre Halley había tomado posesión en nombre de su gobierno, en 1700, de este islote, que fue cedido a los portugueses cuando éstos se establecieron en el sitio donde *La Perouse* los encontró en 1785.

Establecimiento inútil y costoso, fue abandonado poco después, y la isla no tiene más habitantes fijos que los perros, cerdos y cabras, descendientes de animales anteriormente importados.

Saliendo de la Trinidad, Duperrey tenía la idea de marchar directamente a las Malvinas; pero una avería que quería reparar ante todo, le hizo tomar la determinación de detenerse en la isla de Santa Catalina.

Allí es donde únicamente podía encontrar a la vez, madera necesaria para reparar su arboladura, y los víveres frescos, que en atención a su abundancia, debían estar a cómodos precios.

Cuando el viajero se aproxima a la isla, quédase agradablemente impresionado del aspecto imponente y pintoresco de sus espesos bosques, donde el salsairas, los laureles, los cedros, los naranjos, se mezclan con los plátanos y las palmeras, cuyos penachos elegantes se balancean al soplo de la brisa.

Cuando la corbeta anclaba en el puerto, hacia solamente cuatro días que el Brasil, sacudiendo el yugo de la metrópoli, había declarado su independencia y proclamado como emperador al príncipe don Pedro de Alcántara. Por esto, deseando el comandante obtener algunas noticias sobre aquel cambio político y asegurarse de las disposiciones de las nuevas autoridades, envió a Nuestra Señora del Destierro, capital de la isla, una comisión formada de MM. d'Urville, de Blosseville, Gabert y Garnot.

El gobierno de la provincia estaba en manos de una junta, que autorizó inmediatamente a los franceses para cortar la leña de que tuvieran necesidad, excitando al mismo tiempo al gobernador del fuerte de Santa Cruz, para que les facilitase todos los medios que necesitaran en sus tareas científicas.

En cuanto a los víveres, hubo bastante dificultad para proporcionarlos, porque todos los negociantes habían mandado sus fondos a Río Janeiro, por temor a los acontecimientos. Esto explica verosímilmente las dificultades que tocó el comandante de la Coquille en un puerto que había sido tan eficazmente recomendado por los capitanes Krusenstern y Kotzebue.

«Los habitantes, —dice la relación—, estaban persuadidos de ver pronto caer tropas enemigas sobre aquella tierra, para recolonizarla, es decir, para hacerlos esclavos, según ellos. El decreto publicado el 1º de agosto de 1822, que llamaba a todos los brasileños a las armas, para la defensa de las costas, y la recomendación de hacer en todo caso, una guerra de partidas, había dado lugar a estos temores. Las resoluciones generosas y a la vez llenas de vigor que desplegaba el príncipe don Pedro, habían dado una alta idea de su carácter y de sus proyectos de emancipación. Llenos de confianza en sus designios, los partidarios de la independencia, estaban inspirados de un entusiasmo, cuya expansión era tanto más ruidosa, cuanto que su ardoroso espíritu había estado largo tiempo comprimido. En el exceso de su alegría habían cubierto de iluminaciones las ciudades de Nuestra Señora del Destierro, la Laguna y San Francisco, cuyas calles recorrían cantando himnos en honor de don Pedro».

Pero no participaban de este entusiasmo de que las ciudades hacían alarde, los habitantes del campo, gente pacífica y extraña a las emociones de la política.

Si Portugal hubiese podido apoyar sus derechos con el envío de una escuadra, no cabe duda de que muy fácilmente hubiera podido reconquistar aquellas posesiones.

El 30 de octubre la Coquille se dio a la vela. Combatida en el este del Río de la Plata por uno de aquellos temibles golpes de viento conocidos con el nombre de «pamperos,» tuvo la fortuna de salir sin averías.

Duperrey hizo en este paraje muy curiosas observaciones sobre la corriente del Río de la Plata. Ya Freycinet había justificado que el

curso de este río, a 100 leguas al E. de Montevideo, tiene una velocidad de dos millas y media por hora.

Pero el comandante de la *Coquille* reconoció que aquella corriente se notaba mucho más lejos, y sentó también que bajo la presión del Océano, aquellas aguas se ven obligadas a dividirse en dos ranales en la dirección prolongada de las orillas a su embocadura; últimamente atribuye a los inmensos residuos terrosos que tienen en suspensión las aguas de la Plata y que gracias a la disminución de su violencia se precipitan diariamente a lo largo de las costas de la América, la poca profundidad del mar hasta las tierras Magallánicas.

Antes de entrar en la bahía Francesa, la *Coquille* impelida por un viento favorable, había cruzado por una gran bandada de ballenas, de delfines, y de peces saltadores, habitantes ordinarios de aquellas tempestuosas regiones.

Con un sentimiento muy natural de placer, Duperrey y algunos de sus compañeros volvieron a ver las islas Malvinas, aquella tierra, que durante tres meses les había servido de refugio, después del naufragio de la *Urania*. Fueron a visitar la playa y el lugar donde había establecido el campamento.



Los restos de la corbeta estaban casi enteramente enterrados en la arena y lo que podía verse manifestaba las señales de las mutilaciones hechas por los codiciosos balleneros que se habían sucedido en aquel lugar. Por todas partes no habían más que ruinas de todo género; cañones con los botones de culata rotos, pedazos

de jarcias, jirones de ropas, trozos del velamen, pingajos informes, mezclados con los huesos de los animales que habían servido para la manutención de los náufragos.

«Este teatro de un reciente infortunio, —dice la relación—, tenía un tinte desolado que oscurecía más a nuestros ojos la aridez del sitio y el estado del cielo, que estaba sombrío y lluvioso en el momento de nuestra visita. Y sin embargó, aún tenía para nosotros un atractivo indefinible, y dejaba en el alma una expresión de vaga melancolía que conservamos por mucho tiempo después de nuestra partida de las Malvinas».

La permanencia de Duperrey en aquel sitio, se prolongó hasta el 17 de diciembre. Habíanse instalado en medio de las ruinas del establecimiento fundado por Bougainville, para dar lugar a los diversos reparos que exigía el estado de la corbeta. La caza y la pesca satisfacían abundantemente las necesidades de la tripulación: salvo las frutas y las legumbres, todo se encontraba en gran cantidad. Así es que en el seno de la abundancia, la tripulación se preparaba a arrostrar los peligros de los mares del cabo de Hornos.

Hubo al principio que luchar contra vientos del Sudeste y corrientes bastante fuertes; después se sucedieron los ventarrones y las nieblas, hasta que los navegantes pudieron llegar el 19 de enero de 1823 a la isla de la Mocha, da Ta que ya hemos tenido ocasión de hablar brevemente.

Duperrey la coloca a los 38° 20' 30" de latitud Sur y 76° 21' 55" de longitud Oeste, y le da 24 millas de circunferencia. Formada por una cordillera de montañas de mediana altura que van bajando hacia el mar, aquella isla fue el punto de reunión de los primeros exploradores del Océano Pacífico. Allí los bucaneros y los buques mercantes encontraban caballos y cerdos salvajes que proporcionaban una carne de proverbial delicadeza. Encontrábase también agua pura y límpida, y alguna fruta europea, como manzanas, melocotones y cerezas procedentes de árboles importados por los conquistadores; pero en 1823, todos aquellos

recursos habían casi desaparecido, desperdiciados por el abuso que hicieron los imprevisores balleneros.

Un poco más lejos aparecieron los dos pechos que señalan la embocadura de Bi-Bio, el islote Quiebra Olas y la isla Quinquina. Después se extiende la bahía de la Concepción, donde sólo se encontró un ballenero inglés, que iba a doblar el cabo de Hornos, y al cual se entregó la correspondencia y el resultado de los trabajos hechos hasta aquella fecha.

Al otro día de la llegada, cuando el sol vino a iluminar la bahía, el aspecto de tristeza y desolación que la víspera había sorprendido a los marinos franceses, les pareció todavía más notable. Las casas de la población en ruinas y las calles solitarias; en la playa algunas miserables piraguas medio desfondadas, cerca de las cuales erraban unos cuantos pescadores con asquerosos vestidos; cabañas abiertas delante de las cuales las mujeres haraposas se peinaban mutuamente; tal era el cuadro lamentable que parecía el lugar de Talcahuano.

Para contrastar más amargamente con la miseria de los habitantes, la naturaleza había revestido de sus más ricos adornos las colinas y los bosques, los jardines y los huertos. Por todas partes se veían flores brillantes y frutos cuyo color lustroso anunciaba su madurez. Un sol ardiente y un cielo sin nubes añadían aún más amargura a la escena.

Aquellas ruinas, aquella desolación, aquella miseria, eran los resultados manifiestos de las revoluciones que habían ocurrido.

En Santa Catalina habían sido los franceses testigos de la declaración de la independencia del Brasil; y aquí asistieron a la caída del director O'Higgins.

Eludiendo la convocatoria de un congreso, sacrificando los agricultores a los comerciantes por el aumento de los impuestos directos y la disminución de los derechos de aduanas, acusado de concusión, así como sus ministros, había sublevado en contra suya la mayor parte de la población.

A la cabeza del movimiento que se preparaba contra él, estaba el general don Ramón Freiré y Serrano, el cual dio a los exploradores la seguridad más formal de que los acontecimientos en nada impedirían el aprovisionamiento de la Coquille.

El 26 de enero llegaron a la Concepción dos corbetas conduciendo un francés, el coronel Beauchef, que iba a reunirse con el general Freiré, llevando un regimiento organizado por sus cuidados, y que por su equipo, su disciplina y su instrucción era uno de los mejores del ejército chileno.

El 2 de febrero los oficiales de la Coquille fueron a visitar al general Freiré, en la Concepción. Cuanto más se aproximaban a la ciudad, mayor era el número que veían de campos devastados y de casas quemadas, y más escasos los habitantes, que iban apenas cubiertos de miserables andrajos. A la entrada de la Concepción, y sobre un mástil, estaba expuesta la cabeza de un famoso bandido, de una verdadera bestia feroz, Benavides, que había cometido todos los crímenes imaginables y cuyo nombre fue por largo tiempo el horror de Chile.

El aspecto de la ciudad era todavía más triste.

Quemada sucesivamente por los partidos victoriosos, la Concepción no era más que un montón de escombros, entre los cuales vagaban, medio desnudos, algunos cuantos habitantes, miserables restos de una opulenta población, la yerba crecía en las calles; el palacio del obispo y la Catedral, eran los únicos edificios que aún estaban en pie; pero abiertos, mutilados, no debían resistir mucho tiempo el rigor de la intemperie.

El general Freiré, antes de declararse contra O'Higgins, había hecho la paz con los araucanos, bravos indígenas que habían sabido conservar su independencia y que siempre se hallaban dispuestos a invadir el territorio español. Muchos de ellos estaban empleados como auxiliares en el ejército chileno. Duperrey que les vio y recogió del general Freiré y del coronel Beauchef, algunos informes verídicos acerca de ellos, hace un retrato poco lisonjero, que viene a ser en resumen el siguiente:

Los araucanos, montados sobre caballos ligeros, llevan una larga lanza, otra larga cuchilla, que llaman machete, y el lazo o guindaleta, que son tan hábiles en manejar.

De estatura ordinaria, de tinte cobrizo, sus ojos son pequeños, negros y vivos, su nariz un poco aplastada, y sus labios gruesos, lo cual les da un aspecto de ferocidad bestial. Divididos en tribus celosas unas de otras; amigos desenfrenados del pillaje, bulliciosos y turbulentos, siempre están en perpetua lucha entre ellos mismos.

«Si alguna vez se les ha visto recibir bajo sus toldos a los vencidos y tomar su defensa, —dice la relación—, impúlsales a esta acción generosa un espíritu de venganza particular; esto es, que en el partido opuesto se halla una tribu que quisieran exterminar.

Entre ellos el odio sobrepuja a todas las demás pasiones, y es la más sólida garantía de su fidelidad. Todos son de un valor probado, ardientes, impetuosos, y sin piedad para sus enemigos, a quienes asesinan con horrible sangre fría: imperiosos y vengativos, tienen una desconfianza extremada, respecto de las personas a quienes no conocen; pero se manifiestan hospitalarios y generosos con los que toman por sus amigos. Vehementes en todas sus pasiones, muéstranse celosos hasta el extremo de su libertad y sus derecho que siempre están dispuestos a sostener con las armas en la mano. Conservan perpetuamente el recuerdo de la menor injuria, sin perdonarla jamás y tienen una sed inextinguible de la sangre de sus enemigos.

Tal es el retrato de semejanza garantizada, que hace Duperrey de aquellos salvajes hijos de los Andes, que tienen al menos el mérito de haber resistido desde el siglo XVI a todos los esfuerzos de los invasores y de haber conservado incólume su independencia.

Después de la marcha del general Freiré, y de las tropas que había llevado con él, Duperrey aprovechó todos los instantes para activar el aprovisionamiento del buque. El agua y la galleta eran embarcadas bien pronto; pero hubo de detenerse un poco más de tiempo para hacerlo con el carbón mineral, que se proporcionó sin gasto alguno, no teniendo que hacer más que recogerlo en una

mina a flor de tierra, y sin pagar más que a los muleteros, cuyas bestias lo conducían hasta la orilla del mar.

Aunque las circunstancias en que la Coquille se encontraba en su recalada, fuesen muy poco agradables, la tristeza general no pudo vencer a las alegres tradiciones del carnaval. Las comidas, las recepciones y los bailes dieron principio y nadie conoció la marcha del ejército, sino por la ausencia de caballeros.

Los oficiales franceses, a fin de corresponder a la excelente acogida que se les había dispensado, dieron dos bailes en Talcahuano, y varias familias de la Concepción hicieron expresamente el viaje para asistir a ellos.

Por desgracia la relación de Duperrey se interrumpe en el momento en que iba a salir de Chile, y nosotros no tenemos ningún documento oficial para referir detalladamente aquella interesante y fructuosa campaña. Lejos de poder seguir paso a paso el original como hemos hecho con los demás viajeros, nos vemos obligados a hacer a nuestra vez un resumen de los resúmenes que tenemos a la vista. Tarea ingrata, poco agradable para los lectores, pero muy difícil para el escritor, que debe respetar los hechos, sin amenizar el relato con observaciones personales y anécdotas, alguna vez picantes de los viajeros.

Sin embargo, algunas cartas del navegante al ministro de Marina, vieron la luz pública y podemos sacar de ellas los detalles siguientes.

El 15 de febrero de 1823 la Coquille salió de la Concepción para Payta, donde se habían embarcado en 1595 Álvarez de Mendaña y Fernando de Quirós, para el viaje de descubrimientos que ha ilustrado sus nombres. Pero quince días después, habiendo sido la corbeta sorprendida por la calma en las cercanías de la isla Lorenzo, Duperrey tomó el partido de ir a recalar al Callao, para tomar algunos víveres frescos.

Ya se sabe que el Callao es el puerto de Lima, y por tanto los oficiales no podían dispensarse de hacer una visita a la capital del

Perú. Pero no fueron todo lo favorecidos que esperaban, por efecto de las circunstancias.

Las damas se encontraban en los baños de mar de Miradores y los hombres más eminentes del país las habían acompañado. Debieron, pues, contentarse con visitar las casas y los edificios públicos más importantes, y el 4 de marzo se volvieron al Callao. El 9 del mismo mes la Coquille ancló de nuevo en Payta.

La posición de esta plaza, situada entre el ecuador terrestre y el ecuador magnético, permite entregarse a hacer observaciones sobre la variación diurna de la aguja imantada. Los naturalistas hicieron igualmente algunas excursiones al desierto de Piara, donde recogieron muy curiosas petrificaciones de conchas, en un terreno terciario, análogo en todo al de las cercanías de París.

En cuanto se sacó de Payta todo lo que podía ofrecer algún interés para la ciencia, la Coquille volvió a tomar su ruta e hizo rumbo para Tahití.

La navegación fue señalada por un incidente que pudo, si no traer la pérdida total de la expedición, entorpecer por lo menos sensiblemente sus progresos.

En la noche del 22 de abril la Coquille se encontraba en los parajes del archipiélago Peligroso, cuando el oficial de cuarto oyó de repente el ruido que hacían las olas chocando contra los arrecifes. Al punto mandó poner el buque al paio y cuando despuntó el día se vio el peligro de que se acababa de escapar.

Milla y media escasamente separaba la corbeta de una isla baja, muy frondosa y rodeada de rocas en toda su extensión. Tenía algunos habitantes, porque una piragua llegó hasta el costado del buque, pero los que la tripulaban en modo alguno quisieron subir a bordo. Duperrey tuvo que renunciar a visitar aquella tierra, que recibió el nombre de Clermont Tonnerre. Por todas partes las olas se rompían contra las rocas. Duperrey no pudo hacer más que correr la costa de un extremo a otro a pequeña distancia.

Al otro día y los siguientes fueron reconocidos algunos islotes sin importancia, a los cuales se impusieron los nombres de Augier,

Freycinet y Lostanges.

Al salir el sol el 3 de mayo, se descubrieron por fin las verdes playas y las frondosas montañas de Tahití.

Como sus predecesores Duperrey no pudo menos denotar con admiración el cambio radical que se había operado en los usos y costumbres de sus habitantes.

Ni una sola piragua salió a recibir la Coquille. Era la hora del sermón cuando ésta entraba en la bahía de Matavai y los misioneros habían reunido la población entera de la isla en número de siete mil individuos en la iglesia principal de Papahoa, para discutir los artículos de un nuevo código de leyes.

Los oradores tahitianos parece que no cedían a los europeos en elocuencia. Muchos de ellos poseían la apreciable cualidad de estarse hablando muchas horas sin decir nada y de enterrar los más sublimes proyectos bajo las flores de su retórica.

Véase cómo d'Urville da cuenta de una de aquellas sesiones.

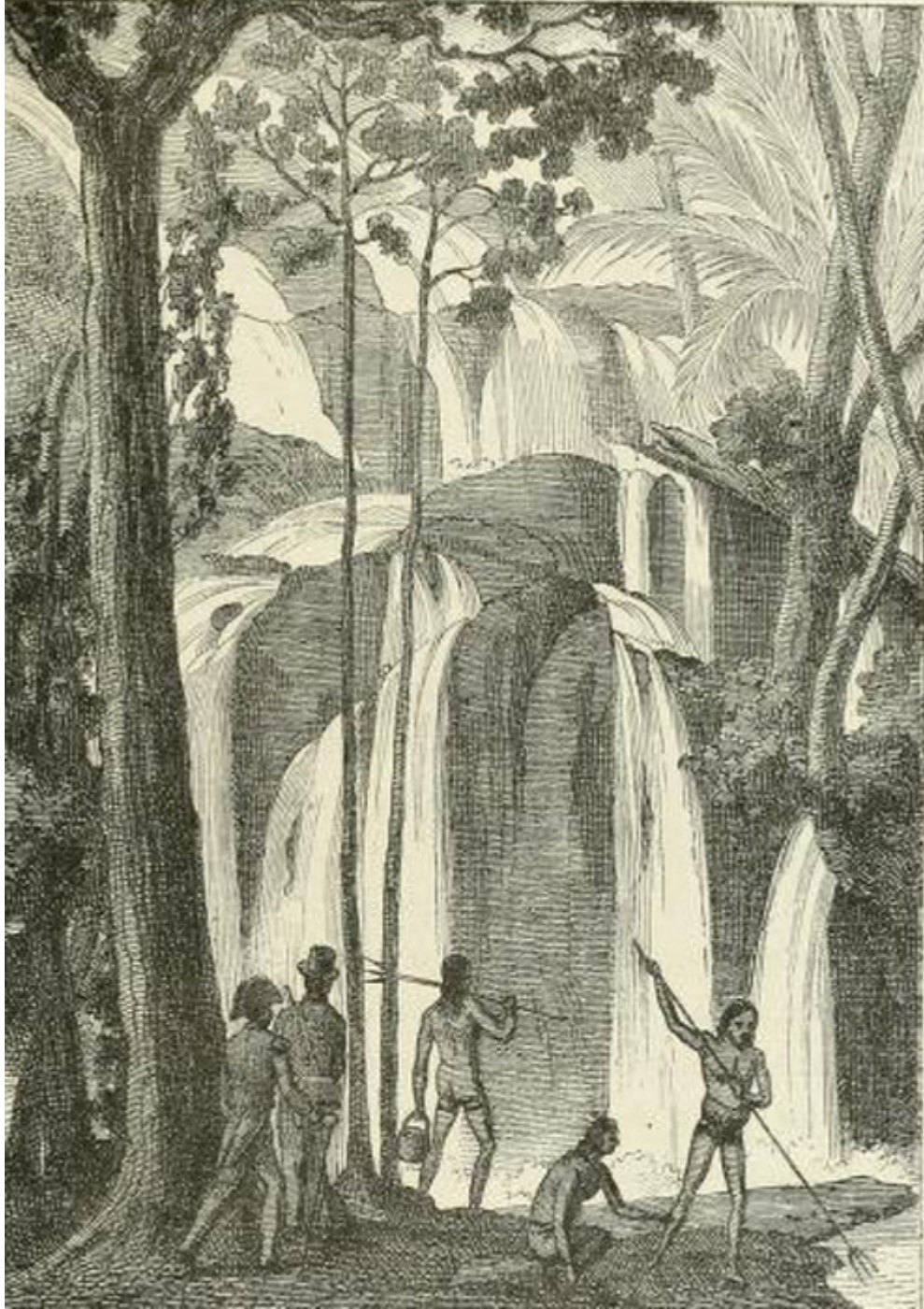
El dibujante de la expedición *Mr.* Lejenne asistía solo a una sesión de la mañana en la que se habían sometido varias cuestiones políticas al examen de la Asamblea popular. Duró muchas horas, en las cuales los jefes tomaron sucesivamente la palabra. El orador más brillante de aquella multitud era el jefe Tati: la principal cuestión que se agitaba era el establecimiento de una capitación anual de cinco bambúes de aceite por cada hombre. En seguida se trató de los impuestos que debían ser percibidos, bien por cuenta del rey, bien por la de los misioneros. Nosotros supimos después que la primera cuestión había quedado resuelto en sentido afirmativo, pero la segunda, la concerniente a los misioneros, había sido aplazada por ellos en la previsión de una derrota. Cerca de cuatro mil personas asistían a aquella especie de congreso nacional».

Hacia dos meses que Tahití había abandonado el pabellón inglés para adoptar uno que le fuese exclusivamente propio, y esta revolución pacífica no había alterado en nada la confianza que el pueblo manifestaba hacia los misioneros. Éstos acogieron

perfectamente a los franceses y les proveyeron a los precios ordinarios de los artículos que necesitaban. Lo que más particularmente llamaba la atención entre las reformas llevadas a cabo por aquellos hombres, era la transformación completa de la conducta de las mujeres. De una facilidad inaudita, en otro tiempo, según el dicho de Cook, Bougainville y otros exploradores contemporáneos, habíanse vuelto de una modestia, de un recato y de una decencia extremados, y la isla entera había tomado un aire de convento, tan diverso como inverosímil.

Desde Tahití fue la Coquille a visitar la isla vecina, Borabora, que forma parte del mismo grupo, y que igualmente había adoptado las costumbres europeas.

El 9 de junio la corbeta se dirigió hacia el Oeste, levantó sucesivamente los planos de las islas Salvaje, Eoa, Santa Cruz, Bougainville y Bouka, y después fue a anclar el 12 de agosto en el puerto de Praslin, famoso por su hermosa cascada en la costa de la Nueva Irlanda.



«Las relaciones amistosas que se entablaron con los naturales, permitieron aun añadir a la historia del hombre algunos rasgos singulares, que los precedentes viajeros no habían tenido ocasión de notar».

Aquí debemos lamentar que no se haya publicado completa la relación original del viaje, porque las frases precedentes que se encuentran en la noticia abreviada, inserta en los Anales de los viajes, no hacen más que excitar la curiosidad sin satisfacerla.

El guardia marina Porét de Blosseville, el mismo que debía perderse con la Lillois entre los hielos del polo hizo, aunque los salvajes echaron mano de todos sus recursos para disuadirle, una excursión hasta su aldea. Allí le enseñaron una especie de templo, donde se levantaban varios ídolos, informes y extravagantes, colocados sobre una plataforma y rodeados de murallas.

Levantóse con mucho cuidado la carta geográfica del Canal de San Jorge, y después fue Duperrey a visitar las islas ya reconocidas por Scliouten al Noreste de la Nueva Guinea. Los tres días, 26, 27 y 28 de agosto, fueron consagrados a levantar sus planos. El explorador buscó en seguida, sin encontrarlas, las islas de Stephens y de Carteret, y comparando su ruta con la que había seguido de Entrecasteaux en 1792, llegó a esta conclusión: que aquel grupo no podía ser otro que el de la Providencia, antiguamente descubierto por Dampier.

El 3 de setiembre se reconoció el cabo septentrional de la Nueva Guinea. Tres días después la Coquille penetró en el abra estrecha y peñascosa de Oflack, en la costa Noroeste de Waigiu, una de las islas de los Papúes. Forest era el único navegante que había hablado de esta abra, y así es que Duperrey tuvo una grata satisfacción en explorar aquel rincón de tierra, casi virgen de la planta de los viajeros europeos. Era también muy importante para la geografía justificar la existencia de una bahía meridional, separada de Offak por un istmo bastante estrecho.

Dos oficiales, MM. de Urville y de Bloseville, se entregaron a este trabajo que MM. Berard, Lotin y de Blois de la Calande, reunieron al que Duperrey había tenido ocasión de hacer en la costa, durante la campaña de la *Urania*. Aquella tierra se manifiesta particularmente rica en vegetales, y d'Urville pudo reunir los elementos de una

colección tan preciosa por la novedad como por la hermosura de los tipos.

D'Urville y Lesson, deseosos de observar a los habitantes que pertenecen a la raza papua, se embarcaron apenas llegaron, en una canoa, armada de siete hombres.

Con una lluvia diluviana habían ya recorrido un largo espacio, cuando se encontraron de pronto frente de una casa levantada sobre estacas y cubierta con hojas de palmera. A alguna distancia estaba agazapado entre los matorrales un joven salvaje que parecía espiarlos, y un poco más lejos un montón como de una docena de cocos, recientemente cogidos y colocados tan bien a la vista, que parecía convidar a los paseantes a que refrescasen. Los franceses comprendieron que aquélla era una ofrenda del joven salvaje que habían visto, e hicieron honor al regalo que tan a propósito venía. Bien pronto el indígena, asegurado por el aspecto pacífico de los franceses, se adelantó diciendo:

—¡Bongous!, «bien»; e indicando que los cocos habían sido colocados allí por él para ofrecérselos. Su delicada atención fue recompensada con el regalo de un collar y unos pendientes.

En el momento en que d'Urville volvía a tomar su embarcación, encontró una docena de papúes, que retozaban, comían y parecían estar con los mejores ánimos respecto de los marineros de su canoa.

«Cercáronme inmediatamente, —dice él—, repitiendo: ¡Capitán, bongous!, y me hacían toda clase de caricias. Aquellos hombres son por lo regular de pequeña estatura, de una complexión débil, y están sujetos a la lepra: sus facciones, sin embargo, no son desgraciadas; su voz es dulce, su aspecto es grave, bastante fino y tiene impreso cierto aire de melancolía habitual, bien caracterizada».

Entre las estatuas antiguas que enriquecen el Louvre, hay una, la Polimnia, que se hace notar entre todas por una expresión de melancólico abandono, que no es muy común encontrar en los antiguos.

Por esto es bastante irregular que d'Urville haya encontrado en los papúes y en su estado habitual, aquel aire de fisonomía tan bien caracterizado en la estatua antigua.

A bordo, otro grupo de naturales, se había conducido con calma y reserva, contrastando así de una manera muy marcada, con la mayor parte de los indígenas de la Oceanía.

La misma impresión sintieron los franceses en su visita al radya de la isla y en la que aquél les hizo a bordo de la Coquille. En una de las aldeas de la bahía del Sur, se vio una especie de templo, donde se hacían notar varias efigies groseras, pintadas de diversos colores y adornadas con plumas y trenzas de esteras. Fue imposible adquirir la menor noticia sobre el culto que los naturales rendían a aquellos ídolos.

El 16 de setiembre la Coquille se dio a la veía, costeó la banda septentrional de las islas comprendidas entre Cea y Yang; hizo una breve estación en Cayeli y llegó a Amboine, donde los franceses, acogidos con la mayor amabilidad por el gobernador de las Molucas, *monsieur* Merkus, pudieron descansar de las innumerables fatigas que habían experimentado en aquella ruda campaña.

El 27 de octubre, la corbeta volvió a tomar su rumbo, dirigiéndose hacia Timor, pasando al Oeste de las islas Tortuga y Lucepara. Después Duperrey determinó la posición de la isla del Volcan; reconoció las de Wetter, Babé, Dog y Cambing, y dando en el estrecho de Ombay, levantó los planos de un gran número de puntos de aquella serie de islas, que desde Panter y Ombay se dirigía hacia Java.

Después de levantar el plano de Java y de buscar inútilmente las Trial, en el sitio en que se las designa, Duperrey se dirigió hacia la Nueva Holanda, cuya costa occidental no pudo seguir a causa de los vientos contrarios. El 10 de enero de 1824, dobló por fin, la isla de Van Diemen. Seis días después, divisó las luces de Puerto Jackson, y a la mañana siguiente mandó echar el ancla delante de la ciudad de Sidney.

El gobernador *sir* Tomás Brisbane, avisado de la llegada de la expedición, le dispensó la más favorable acogida, ayudando con todas sus fuerzas al aprovisionamiento, y facilitando con la mayor amabilidad cuanto se necesitaba para hacer los reparos que reclamaba el estado de deterioro de la corbeta.

También proporcionó a MM. d'Urville y Lesson, los medios de hacer una excursión fructuosa más allá de las montañas Azules, a la llanura de Bathurst, de la que los europeos conocían muy imperfectamente todos los recursos.

Hasta el 20 de marzo no dejó Duperrey la Australia. Esta vez dirigió su rumbo hacia la Nueva Zelanda, de la cual habían prescindido sus predecesores en eran manera y se detuvo en la bahía de Manawa, en el fondo de la gran bahía de las Islas. Las observaciones de física y geografía, y las indagaciones sobre la historia natural, ocuparon el tiempo de los oficiales. Además las frecuentes relaciones de la tripulación con los naturales daban nueva luz sobre las costumbres, las ideas religiosas, el idioma y el estado de hostilidad de un pueblo, rebelde hasta entonces a la doctrina de los misioneros. Lo que estos indígenas habían apreciado más de la civilización, eran las armas perfeccionadas, que les permitían dar muy fácilmente satisfacción a sus gustos sanguinarios, y de las que a la sazón; ya poseían una gran cantidad.

El 17 de abril la Coquille dejó aquel puerto, remontando su rumbo hacia la línea, hasta Rotuma, descubierta, pero no visitada por el capitán Wilson en 1797. Los mansos y hospitalarios, se apresuraron a facilitar a los navegantes, los refrescos de que tanta necesidad tenían. Pero, no tardó mucho en advertirse que aquellos naturales, aprovechándose de la confianza que habían inspirado, robaban una cantidad de objetos que con mucho trabajo se les hizo devolver. Diéronse órdenes muy severas, y los ladrones, sorprendidos en fragante delito, fueron azotados delante de sus camaradas, que se reían de mejor gana que los que sufrían el castigo.

Entre estos salvajes se hallaban cuatro europeos, que tiempo antes habían desertado del ballenero el Rochester. Tan ligeramente vestidos como los indígenas, tatuados y cubiertos, como ellos, de polvo amarillo, no se les podía conocer sino por su piel más blanca y su semblante más expresivo. Contentos con su suerte se habían creado una familia en Rotuma, donde contaban acabar sus días al abrigo de los cuidados, inquietudes y dificultades de la vida civilizada. Uno de ellos únicamente rogó que le permitiesen quedarse a bordo de la Coquille, lo cual le fue concedido sin dificultad por Duperrey; pero el jefe de la isla no lo permitió hasta que se le dijo que en cambio desembarcarían dos presidiarios de Puerto Jackson.

A pesar de todo el interés que ofrecía a los naturalistas esta población poco conocida, era forzoso partir. La Coquille levantó primero el plano de las islas del Coral y San Agustín, reconocidas por Maurelle en 1781. En seguida se avistaron la isla Drumond, cuyos naturales, de color muy oscuro, de miembros endeble y de fisonomía poco inteligente, vinieron a cambiar algunas conchas tridacnas, vulgarmente llamadas pilas de agua bendita, por cuchillos y anzuelos; las islas Sydenham y Henderville, donde los habitantes van enteramente desnudos; luego Wolde, Hupper, Hall, Knox, Charlotta y Matthews, que forman el archipiélago Gilbert, y en fin, los grupos de las Mulgraves y de Marshall.

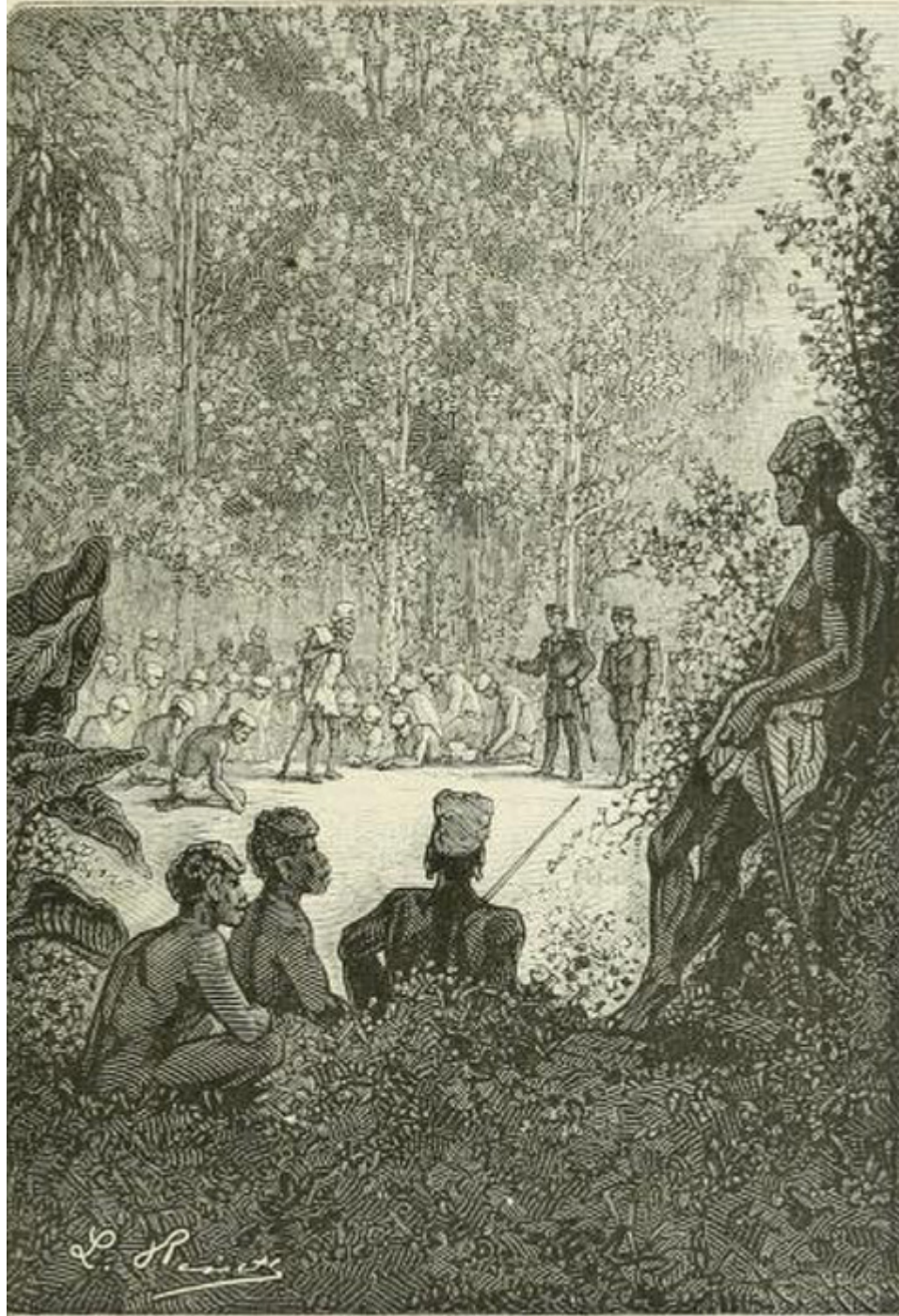
El 3 de junio Duperrey reconoció la isla Ualan que había sido descubierta en 1804 por el capitán americano Croser. Como no figuraba en los mapas, el comandante resolvió tomar de ella un conocimiento preciso y detallado. El ancla no había aún mordido el fondo cuando Duperrey y algunos de sus oficiales bajaron a tierra. Encontraron un pueblo apacible y afable, que les ofreció cocos y frutos del árbol del pan, y les condujo por medio de los sitios más pintorescos hasta la morada del jefe principal, el urosston como ellos le llamaban.

Véase, tomada de Dumont d'Urville, la descripción de los sitios que tuvieron que atravesar antes de llegar a la presencia de aquel

alto personaje.

«Navegábamos pacíficamente por una espaciosa concha que rodeaban los verdes bosques de la ribera. Detrás de nosotros se levantaban las altas cimas de la isla cubiertas de una espesa alfombra de verdor, y sobre las cuales se balanceaban los troncos elegantes de los cocoteros. Delante de nosotros se levantaba en medio de las olas la pequeña isla de Leilei, cercada de lindas cabañas de los insulares, y coronada por un montículo de verdor. Únase a esto un día magnífico, y una temperatura deliciosa, y se podrá formar una idea de los sentimientos que llenaban nuestra alma en esta especie de marcha triunfal, en medio de un pueblo sencillo, pacífico y generoso».

Una multitud que d'Urville calculó en ochocientas personas, esperaba las embarcaciones delante de una aldea linda y aseada de calles bien empedradas. Toda aquella multitud, los hombres a un lado y las mujeres al otro, guardaban un silencio, muy imponente a la verdad.



Dos jefes vinieron a tomar a los viajeros por la mano para conducirlos a la morada del urosston. La multitud, siempre silenciosa, permaneció fuera de la casa, mientras que los franceses entraban en ella.

Pronto apareció el urosston, viejo enflaquecido y pálido, abatido por la edad, pues lo menos debía tener ochenta años. Por política, los franceses se levantaron a su entrada en la sala; pero un murmullo de los circunstantes les hizo comprender que habían faltado a los usos establecidos.

Dirigiendo una mirada en torno suyo, vieron que toda la gente se hallaba prosternada y con la frente en el polvo. Los mismos jefes no habían prescindido de esta señal de respeto.

El viejo, suspenso un momento ante la audacia de los extranjeros, impuso silencio a su gente y fue a sentarse cerca de aquéllos. Los golpecitos dados sobre las mejillas, los hombros y los muslos, fueron las señales de amistad que prodigó a cambio de los pequeños regalos que le habían hecho, así como a su mujer. Pero el reconocimiento de estos soberano no se significó más que por el don de siete tois, cinco de los cuales eran de un finísimo tejido.

A la salida de esta audiencia, los franceses fueron a visitar la población, y se quedaron sorprendidos al encontrar dos colosales murallas de coral, de las que algunos trozos pesaban muchos miles de libras.

Aparte de algunos robos cometidos por los jefes, los diez días de descanso se pasaron pacíficamente, y la concordia con que se habían inaugurado las relaciones entre los franceses y los ualaneses, no fue turbada por un solo momento.

«Es muy fácil, —dice Duperrey—, convencerse de toda la importancia que la isla de Ualan puede llegar a adquirir un día. Situada en medio de las Carolinas, en el camino que va de la Nueva Holanda a la China, ofrece a la vez puertos de carenaje, agua en abundancia y los víveres frescos necesarios a los buques.

»Sus pueblos son generosos y pacíficos, y muy pronto se hallarán en estado de ofrecer a los navegantes un alimento indispensable en el mar; el que resultará sin duda, de dos cerdas preñadas que les dejamos, y que ellos recibieron con el más vivo reconocimiento».

Las reflexiones de Duperrey no han llegado a justificarse por la marcha de los sucesos, y la isla de Ualan, aunque es un buen camino desde Europa a la China, por el Sur de Van Diemen, no tiene más importancia hoy que la que tenía hace cincuenta años. El vapor ha transformado de tal manera las condiciones de la navegación, ha introducido cambios tan radicales, que los navegantes de principios de este siglo no podían preverlos.

No hacia más que dos días que la Coquille había salido de Ualan, cuando descubrió el 17, 18 y 23 de junio, nuevos islotes, llamados por los indígenas Pelelap, Takai, Aura, Ugai y Mongul. Éstos son los grupos Maat Askyl y Duperrey, cuyos habitantes se parecen a los ualaneses, y que lo mismo que los de las islas Radak, designan a sus jefes con el nombre de «tamones».

El 24 del propio mes, la Coquille se halló en medio del grupo Hogoleu que Kotzebue había buscado bajo una latitud más elevada y cuya situación reconoció el comandante por algunos nombres dados por los naturales, y que se hallan inscritos en la carta del padre Cantova. El reconocimiento hidrográfico de este grupo que no alcanza menos de 30 leguas de circunferencia, fue hecho por *Mr.* Blois, del 24 al 27 de junio.

Estas islas en su mayor parte son altas y terminadas por pitones volcánicos; mientras otras, por la disposición que presentan, indican un origen madreporico.

En cuanto a los habitantes, eran pequeños, mal conformados, y se encontraban sujetos a repugnantes enfermedades. Jamás el dicho *mens sana in corpore sano*, puede tener por antífrasis, mejor aplicación que aquí, porque estos naturales no indican tener una inteligencia muy desarrollada, y se hallan muy por bajo de los ualaneses. Las modas extranjeras parecía que se habían introducido en estas islas. Algunos de los indígenas llevaban sombreros puntiagudos a la manera de los chinos, y otros estaban vestidos de esteras trenzadas, en medio de las cuales un agujero permitía sacar la cabeza, pudiendo decirse que esto era el «poncho» de la América del Sur: todos, sin embargo, despreciaban

los espejos, los collares y los cascabeles, y pedían hachas y hierro, lo cual indicaba que tenían frecuentes relaciones con los europeos.

Después de reconocer las islas Tamatán, Fanendik y Ollap, los Mártires de los mapas antiguos; después de haber buscado inútilmente las de Namureck, Keluk, alrededor de la posición que la señalaban Arrowsmith y Malaspina, la Coquille, después de una exploración del norte de la Nueva Guinea, entró el 26 de junio en el abrá de Dorei, en la costa Sudeste, donde permaneció hasta el 9 de agosto.

Esta recalada no pudo ser de mejor resultado bajo el punto de vista de la historia natural, de la geografía, de la astronomía y de la física. Los indígenas de la isla pertenecen a la raza más pura de los papúes.

Sus habitaciones son casas levantadas sobre estacas, a las que se sube por una escalerilla de madera, que todas las noches se recoge dentro de la habitación.

Estos naturales parece que siempre se hallan en guerra con los del interior, los nebras Arfous o Arfakis.

D'Urville, guiado por un joven papú, pudo penetrar hasta las habitaciones de estos últimos.

Eran amables, hospitalarios y corteses, y en nada se parecían al retrato que de ellos hacían sus enemigos.

Después de esta estación, la Coquille volvió a atravesar de nuevo las Molucas; hizo una corta recalada en Surabaya, en la costa de Java, y el 30 de octubre arribó a las islas de Francia y Borbón. En fin, tras otra parada en Santa Elena, donde los oficiales franceses fueron a visitar la tumba de Napoleón, y de otra en la Ascensión, donde se había establecido una colonia inglesa en 1815, la corbeta entró en Marsella el 24 de abril de 1820, habiendo invertido treinta y un meses y trece días en su campaña, y andado 24 894 leguas, sin perder un solo hombre, sin enfermedades y sin averías.

El resultado notable de esta expedición, hizo sumo honor a su joven comandante y a todos los oficiales, que con infatigable celo

habían llevado a cabo todas las operaciones científicas. La cosecha, pues, era tan rica como abundante.

Se habían levantado cincuenta y dos mapas y planos; reunido colecciones tan nuevas como numerosas de los tres reinos de la naturaleza; y extensos vocabularios, con ayuda de los cuales, se esperaba formar de nuevo la historia de las emigraciones de los pueblos oceánicos, se habían adquirido curiosos datos sobre las producciones de las comarcas visitadas, y sobre la industria y comercio de sus habitantes: observaciones relativas a la figura de la tierra; investigaciones acerca del magnetismo, la meteorología y la botánica: tal era el cargamento científico que conducía la Coquille, y cuya publicación esperaban con ansia los nombres de ciencia.

FIN DE LA TERCERA PARTE.



CUARTA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Expedición del barón de Bougainville. — Recalada en Pondichery. — La ciudad blanca y la ciudad negra. — La mano derecha y la mano izquierda. — Malaca. — Singapur y su reciente prosperidad. — Recalada en Manila. — La bahía de Turana. — Los monos y los habitantes. — Las rocas de mármol de Far Foe. —Diplomacia Cochinchina. — Los Anambas. — El sultán de Madura. — Los estrechos de Madura y de Allass. — Cloata y los Trials. — Van Diém El-Botany. — Bay y la Nueva Gales del Sur. — Santiago y Valparaíso. — Vuelta por el cabo de Hornos. — Expedición de Dumont de d'Urville en el *Astrolabio*. — El pico de Australia. — Recalada en Nueva Zelanda. — Tonga. — Tabu. — Escaramuzas. — Nueva Bretaña y Nueva Guinea. — Primeras noticias de la suerte de la Perouse. — Vanikoro y sus habitantes. — Recalada en Guajam. — Amboine y Mauado. — Resultados de la expedición.

La expedición, cuyo mando se confirió al barón de Bougainville, no era, propiamente hablando, ni un viaje científico, ni una campaña de descubrimientos.

Su objeto principal era mostrar el pabellón francés en el extremo Oriente, y hacer sentir a los gobiernos poco escrupulosos, que la Francia quería proteger a sus nacionales y sus intereses, en todas partes y en todo tiempo. Las instrucciones dadas a este capitán de navío, le prescribían además entregar al soberano de la

Cochinchina, una carta del rey y varios regalos, que debían embarcarse en la fragata la *Thétis*.

También debía *Mr.* de Bougainville entregarse a investigaciones hidrográficas, por todas partes donde le fuera posible sin exponerse a retardos perjudiciales a la navegación, y reunir extensas nociones acerca del comercio, las producciones y los medios de cambio de los países donde se detuviese.

Pusiéronse dos buques a sus órdenes. El uno, la *Thétis*, era una fragata completamente nueva, con cuarenta y cuatro cañones y trescientos marineros.

—Ningún buque francés da tal fuerza, salvo la *Boudeusse*, había aun dado la vuelta al mundo. — El otro era la corbeta rasa la *Esperanza*, que tenía veinte carronadas sobre cubierta y ciento veinte hombres de tripulación.

El primero de dichos buques se hallaba a las órdenes directas del barón de Bougainville, y su Estado Mayor se componía de oficiales escogidos, entre los cuales se notaban los nombres de Longueville, Lapierre y Baudin, que llegaron a ser capitán de navío, vicealmirante y contraalmirante.

La *Esperanza* estaba mandada por el capitán de fragata Nourquer de Camper, que, como segundo de la *Cleopatra*, había explorado ya una gran parte de los sitios marcados a la nueva expedición, que también contaba entre sus oficiales a Turpin, futuro contraalmirante, diputado y ayudante de campo de Luis Felipe, Eugenio Penaud, después oficial general, y Mederic Malavois, que debía ser gobernador del Senegal.

Ninguno de esos sabios especiales, que se habían visto distribuidos con tanta prodigalidad en *El Naturalista* y otros buques de circunnavegación, iba embarcado en los del barón de Bougainville; lo cual fue para éste en todo el viaje un motivo de sentimiento tanto más vivo, cuanto que los oficiales de Sanidad, retenidos por los cuidados que temían que prestar a una tripulación numerosa, no podían ausentarse mucho tiempo de a bordo, durante las recaladas.

El diario de viaje de *Mr. Bougainville*, principia con esta juiciosa advertencia:

«No hace todavía muchos años, que era una empresa la más atrevida un viaje alrededor del mundo, y menos de medio siglo ha pasado desde la época en que una expedición de esta naturaleza bastaba a esparcir cierta gloria sobre el hombre que la dirigiese... Era entonces el buen tiempo, la edad de oro del circunnavegante, y los peligros y privaciones con que había que luchar se hallaban pagados con creces, cuando, rico de preciosos descubrimientos, saludaba a la vuelta las riberas de la patria... Ya no es así... el prestigio ha desaparecido; ¡y al presente se da la vuelta al globo con tanta facilidad como antes podía darse la vuelta a Francia!...».

¡Qué diría hoy el barón don Jacinto Potencano de Bougainville, el hijo del vicealmirante, senador y miembro del Instituto, viendo que al presente poseemos esos buques de vapor tan perfeccionados, y esas cartas tan exactas, que hacen parecer un juego las más lejanas navegaciones!...

El 2 de marzo de 1824, la *Thétis* partió sola de la rada de Brest, debiendo encontrar en la isla de Borbón a su conserva la *Esperanza*, que había partido poco tiempo antes, dirigiéndose a Río de Janeiro.

Una corta recalada en Tenerife, donde la *Thétis* no pudo adquirir más que un vino de muy mala calidad, muy pocos víveres frescos de que tenía necesidad, la vista a lo lejos de las islas de Cabo Verde y el cabo de Buena Esperanza, la investigación de la isla fabulosa de Saxemburgo y de algún vigía no menos fantástico, fueron los únicos acontecimientos de la travesía hasta la isla de Borbón, donde la *Esperanza* esperaba a su conserva.

Borbón era en aquella época un punto tan conocido de los navegantes, que no había nada qué decir de ella después de haber hablado de sus dos radas; de San Dionisio y San Pablo.

San Dionisio, la capital, situada al Norte de Borbón y a la extremidad de una llanura inclinada, no era, propiamente hablando, más que una gran población sin cerca ni murallas, donde cada casa

estaba cercada de un jardín. No había ningún monumento digno de citarse más que el palacio del gobernador, situado en una posición que dominaba toda la rada, el jardín botánico y el de naturalización, que data del año 1817. El primero, colocado en el centro de la ciudad, contenía hermosos paseos, por desgracia poco frecuentados, y estaba cuidado admirablemente. El eucaliptos el gigante de los bosques australianos; el *phormium ténax*, cáñamo neozelandés; la casuariná, pino de Madagascar; el baobab, de tronco de prodigiosa grosura; el carambolo, el zapote y la vainilla, formaban el adorno de este jardín, que regaban dos canales de agua viva. El segundo, sito en la cumbre de una ladera, formada de terraplenes escalonados, a los cuales varios arroyos llevaban la vida y la fecundidad, estaba destinado a la aclimatación de árboles y plantas de las comarcas europeas.

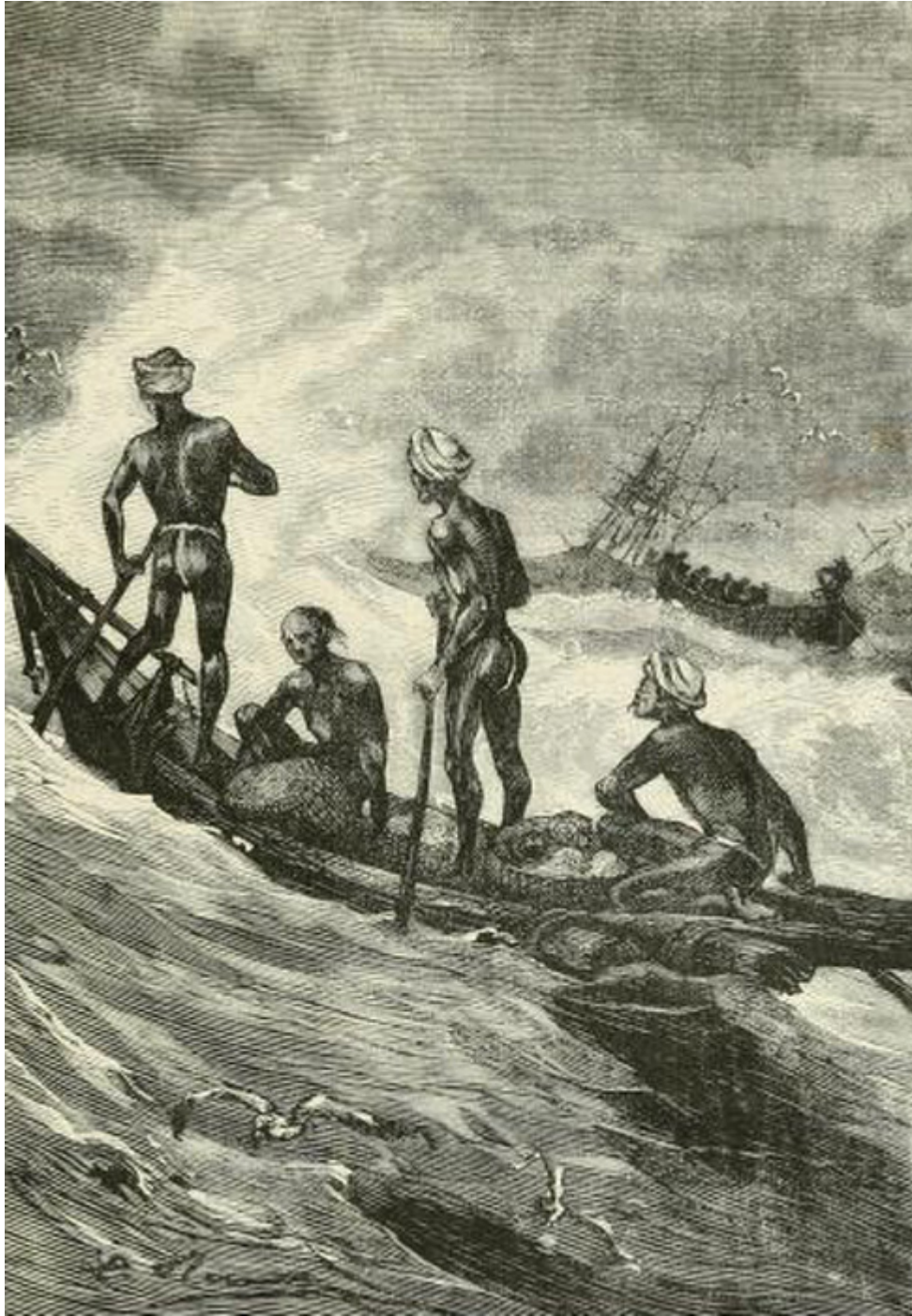
Los manzanos, melocotoneros, abridores, cerezos y perales, habían prendido admirablemente, surtiendo ya a la colonia de preciosos plantones. Cultivábase también en este jardín la vid, el arbusto del té, y muchas especies extranjeras, entre las cuales Bougainville se complace en citar el *laurea argentea* de hoja brillante.

El 9 de junio los dos buques dejaron la rada de San Dionisio. Después de haber doblado los bancos de la Fortuna y de Saya de Malla, pasado a la vista de las Sechelles, y entre los escollos Sur de las Maldivas, islas a flor de agua, cubiertas de árboles espesos, y coronadas de bosquecillos de cocoteros, reconocióse la isla de Ceylan, en la costa de Coromandel, y se ancló delante de Pondichery.

Esta parte de la India muy lejos de responder a la idea encantadora que los europeos se hayan dado formar de ella por las descripciones ditirámicas de los escritores que han celebrado sus maravillas.

Poco considerable es el número de edificios y monumentos en Pondichery; y después que se han visitado las pagodas que es lo que hay de más curioso y las «calderas,» cuya utilidad es su única

recomendación, nada hay ya que interese más que la novedad de las escenas que se renuevan a cada paso en esta ciudad, dividida en dos barrios muy distintos. En uno de ellos está la ciudad blanca, con sus edificios elegantes; pero triste y solitaria; en, el otro, la ciudad «negra» que debe ser la preferida, sus bazares, sus juglares o titiriteros, sus pagodas macizas, y las atractivas danzas de sus bayaderas.



«La población india de la costa de Coromandel, —dice la relación—, se divide en dos clases: La mano derecha y la mano izquierda. Esta división trae su origen del gobierno de un nabab, bajo el cual el pueblo se sublevó; todos los que permanecieron fieles al príncipe, fueron distinguidos con la calificación de mano derecha,

y los otros bajo la de mano izquierda. Estas dos grandes tribus, en que está dividida la población casi iguales partes, se hallan en constante hostilidad a causa de los honores y las prerrogativas que habían obtenido los amigos del príncipe. Éstos son, sin embargo, los que gozan los empleos de que dispone el gobierno, mientras que los otros se ocupan en el comercio y en los oficios. Para mantener la paz entre ellos, se ha juzgado conveniente prohibir las antiguas procesiones y ceremonias...

»La mano derecha y la mano izquierda se subdividen en diez y ocho castas o profesiones, llenas de pretensiones y preocupaciones, que el trato con los europeos después de dos siglos, no ha podido disminuir. De aquí nacen sentimientos de rivalidad y de desprecio, que serian la causa de sangrientas luchas, si los indios no tuviesen horror a la sangre, y si su carácter no les apartase de todo partido violento. Esta suavidad de costumbres y este principio siempre activo de disensión, explican el fenómeno político de que más de cincuenta millones de hombres vivan bajo el yugo de veinticinco a treinta mil extranjeros».

La *Thétis* y la *Esperanza* dejaron el 30 de julio la rada de Pondichery atravesaron el golfo de Bengala, y reconocieron las islas Nicobar y Pula Penan, puerto franco, donde se veían juntas a la sazón trescientas embarcaciones. Después entraron en el estrecho de Malaca y se detuvieron en este puerto holandés del 24 al 25 de julio, para reparar algunas averías ocurridas a la *Esperanza*, y ponerla en estado de seguir su viaje hasta Manila. Las relaciones con el presidente y los habitantes fueron tanto mejores, cuanto que se les puso el sello con convites que se dieron en tierra y a bordo de la *Thétis*, en honor de los reyes de Francia y de los Países Bajos.

Por lo demás, los holandeses contaban con ceder su establecimiento bien pronto a los ingleses, como se hizo, en efecto, algún tiempo después. Y sin embargo, bajo el punto de vista de la fertilidad del suelo, de lo agradable de la situación y de la facilidad de procurarse los artículos de primera necesidad, Malaca llevaba mucha ventaja a todos sus rivales.

Bougainville salió de esta rada el 26 de agosto, viéndose contrariado por vientos de proa, calmas y borrascas, durante el resto de la travesía del estrecho. Estos lugares eran los más generalmente frecuentados por los piratas malayos, y aunque la división tenía bastante fuerza para no temer a ningún enemigo, el comandante mandó colocar centinelas y tomó las precauciones necesarias para evitar toda sorpresa. No era muy raro ver algunos de aquellos praos tripulados por cien hombres, y más de un buque mercante había sido recientemente presa de aquellos incorregibles y no perseguidos salteadores.

Pero la división no vio nada sospechoso y continuó su ruta hasta Singapur.

La población de esta ciudad era una singular mezcla de razas. Se encontraban europeos dedicados a diferentes ramos del comercio: mercaderes armenios, árabes y chinos, labradores unos y ejerciendo otros varios oficios que satisfacían las necesidades de la población. Respecto a los malayos, fuera de su centro, en medio de esta civilización, se dedicaban al servicio doméstico o se adormecían en la indolencia y la miseria. En cuanto a los indios, lanzados y desterrados de su país por algún delito, sólo practicaban esos oficios que no se pueden contar y que producen lo suficiente para que no se muera de hambre la hez de toda las grandes ciudades.

No hacia más que cinco años que los ingleses habían comprado al sultán malayo de Dyohor, el derecho de establecerse en Singapur. La pequeña población donde se establecieron, no contaba en 1819, sino ciento cincuenta habitantes; pero gracias a *sir* Slamford Raffles, no tardó mucho tiempo en levantarse una ciudad en el sitio que ocupaban las modestas cabañas de los habitantes; por una sabia medida administrativa, todo derecho de aduana estaba suprimido, y lo que la nueva ciudad deba a la naturaleza es decir, un puerto vasto y seguro, había sido hábilmente perfeccionado por la mano del hombre.

La guarnición estaba compuesta de trescientos cipayos y treinta artilleros. Las fortificaciones no existían aún, y el material de artillería comprendía solamente una batería de veinte cañones, y otras tantas piezas de campaña, hechas de bronce.

A decir verdad, Singapur no es otra cosa que un lugar de depósito para el comercio. De Madrás venían las telas de percal; de Calcuta el opio, de Sumatra la pimienta, de Javra el arak y la especiería; de Manila el azúcar y también su aguardiente, y todas estas mercancías eran inmediatamente enviadas a Europa, China, Siam, etc.

De edificios públicos no había ninguna señal, ni almacenes generales, ni dársena para el carenaje, ni astillero para la construcción, ni cuarteles; pero si se notaba una pequeña iglesia para uso de los indígenas convertidos.

El 2 de setiembre la división volvió a tomar el rumbo y entró sin ningún incidente en el puerto de Cavite. El comandante de la Esperanza, *Mr.* du Camper, a quien, una permanencia de algunos años en la isla de Luzón, había puesto en relaciones con los principales habitantes, recibió orden de pasar a Manila, donde debía anunciar al gobernador de las islas Filipinas, la llegada de las fragatas, los motivos que producían su recalada, y sondear al mismo tiempo sus disposiciones, para adivinar la acogida que se haría a los franceses.

La reciente intervención de éstos en España, los colocaba, en efecto, en una situación bastante delicada respecto del gobernador don Juan Antonio Martínez, nombrado por el gobierno de las Cortes que los franceses acababan de derribar. Los temores no se confirmaron, y el comandante halló en las autoridades españolas, con el concurso más explícito, la más activa benevolencia.

La bahía de Cavite, donde habían anclado los buques, estaba llena de fango, y era, sin embargo, el puerto principal de las Filipinas. Los españoles poseían en ella un arsenal bien pertrechado, en el que trabajaban los indios de las cercanías, obreros diestros e inteligentes, aunque perezosos hasta el extremo.

Mientras se procedía al revestimiento de la *Thétis* y a los trabajos importantes que reclamaba el estado de la *Esperanza*, los empleados de la administración militar y los oficiales, vigilaban en Manila la confección de víveres y cordelería. Ésta se hacía de abacá, fibra de un bananero, que se llama vulgarmente cáñamo de Manila, y aunque citado por su mucha elasticidad, no prestó un buen servicio en los buques.

El tiempo de la recalada fue dolorosamente turbado, por los temblores de tierra y tifones que son periódicos en Manila. El 24 de octubre, el terremoto fue tan violento, que el gobernador, las tropas, y una gran parte de los habitantes, tuvieron que abandonar la ciudad apresuradamente. Las pérdidas fueron evaluadas en 12.000 000 de reales; muchas casas se desplomaron; ocho personas quedaron sepultadas entre las ruinas, y un gran número quedaron heridas de más o menos gravedad.

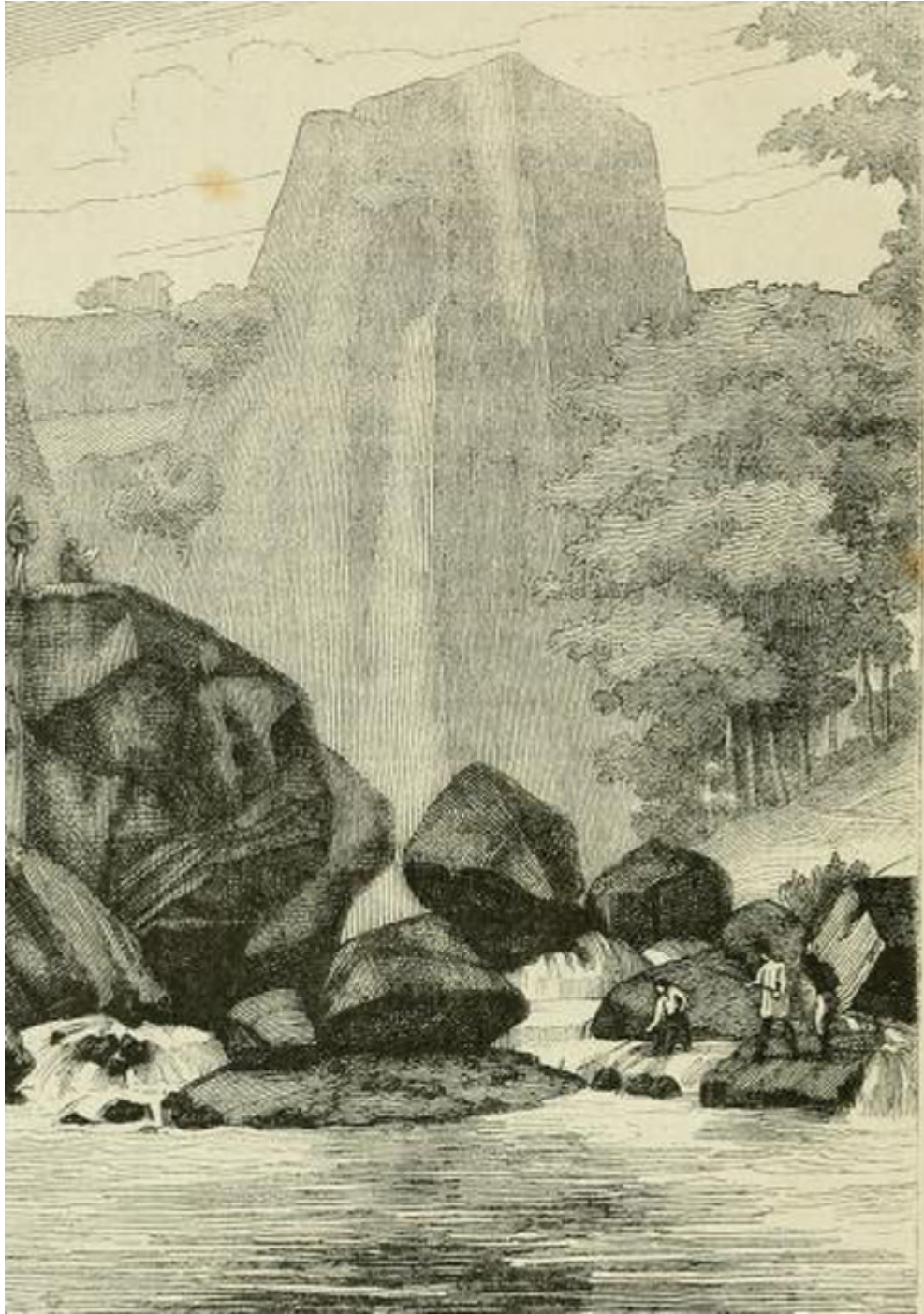
Apenas la población empezaba a serenarse algo, cuando un espantoso tifón vino a poner el colmo a la pública calamidad. No duró más que parte de la noche del 31 de octubre, y a la mañana siguiente, cuando salió el sol, cualquiera hubiera podido creer que todo había sido un mal sueño, si la vista de los campos asolados, el aspecto lamentable de la rada, con seis buques varados sobre la costa y los demás casi enteramente desamparados, no atestiguasen la realidad del fenómeno. Todo alrededor de la ciudad, el país se hallaba devastado; las cosechas perdidas, los árboles más gruesos arrancados, y las aldeas destruidas. ¡Era un espectáculo lastimoso!

La *Esperanza* tenía su palo mayor y el de mesana cortados a algunos pies debajo de la cubierta, y arrancados sus filaretos. La *Thétis*, más feliz, había salido casi salva de esta espantosa tempestad. La pereza de los trabajadores y el gran número de fiestas que guardan y celebran, pronto decidieron a Bougainville a separarse de su conserva, y el 12 de diciembre se hizo a la vela para la Cochinchina.

Pero antes de seguir a los franceses a las orillas poco frecuentadas de este país, conviene recorrer con ellos a Manila y

sus cercanías.

La bahía de Manila es sin contradicción, una de las más vastas y más hermosas del mundo; escuadras numerosas pueden encontrar sitio en ella; sus dos pasos no estaban aún defendidos, lo que había permitido en 1798 a dos fragatas inglesas, entrar en el puerto y robar algunos buques bajo el canon mismo de la plaza.



El horizonte está cerrado por una barrera de montañas que termina al S. por el Taal, volcán casi extinguido en el día, pero cuyas erupciones son causa muchas veces de espantosas desgracias. En la llanura, en medio de los campos de arroz, aldeítas o casas aisladas animan el paisaje.

Enfrente de la entrada de la bahía se levanta la ciudad que cuenta ciento setenta mil habitantes, con su faro y sus largos arrabales, y que está regada por el Pasig, río que procede del lago de Bay, y esta situación excepcional le proporciona ventajas que más de una capital envidiaría.

La guarnición, sin contar la milicia, se componía en aquella época de dos mil doscientos hombres de tropa regular. Al lado de la marina militar, representada siempre por algún buque, en estación, hay organizada una marina propia de la colonia y que ha recibido el nombre de «sutil» sea a causa de la pequeñez de los barcos que en ella se emplean, sea a causa de su rapidez. Esta marina, cuyos grados todos son de nombramiento del gobernador general se componía de goletas y de chalupas cañoneras, destinadas a proteger las costas y los barcos del comercio contra los piratas de las islas de Joló. No puede decirse que esta institución, que cuesta bastante, haya producido grandes resultados.

Bougainville cita un singular ejemplo: los joloanos, en 1828, habían robado tres mil habitantes en las costas de Luzón. La expedición dirigida contra ellos para castigarlos, costó 150 000 duros para matar seis hombres.

A la llegada de la *Thétis* y la *Esperanza*, reinaba en las Filipinas una grande agitación y las consecuencias de los sucesos que habían ensangrentado la metrópoli se hacían dolorosamente sentir. En 1820 en 20 de diciembre, asesinato de los blancos por los indios; en 1824 sublevación de un regimiento y muerte del antiguo gobernador señor Fogueras: tales habían sido las primeras sacudidas que habían agitado a la dominación española.

Los mestizos que formaban con los tagalos la parte más rica, e industriosa, al mismo tiempo que constituía la verdadera población indígena, causaba en aquella época graves temores a la autoridad, porque se sabía que deseaban la expulsión de todos los que no habían nacido en las Filipinas. Ellos eran los jefes de los regimientos indígenas, los que poseían la mayor parte de los beneficios: por tanto, gozaban de una influencia considerable y podía presumirse

que no tardaría en estallar una de esas revoluciones que han privado a España de sus más ricas colonias.

La navegación de la *Thétis* hasta Macao fue contrariada por las rachas, los chubascos y por unos fríos que se hicieron sentir tanto más cuanto que por espacio de muchos meses, los navegantes habían gozado una temperatura de 27°.

Apenas anclaron en el río de Canton, un gran número de botes del país vino a cercar la fragata, ofreciendo en venta legumbres, pecado, naranjas, y una multitud de bagatelas, raras en otro tiempo, aunque muy comunes hoy, pero siempre costosas.

«La ciudad de Macao, encajonada entre colinas áridas, —dice la relación—, se hace notar desde lejos por la brillante blancura de sus edificios. Su posición es al Levante, y las casas que adornan la playa están perfectamente construidas y bien alineadas, dibujando los contornos de la orilla Este el barrio más hermoso de la ciudad y donde habitan los extranjeros.

Más allá el terreno se eleva bruscamente: muéstranse en segundo lugar otras fachadas, algunas de ellas de varios conventos, notables por su extensión y su arquitectura, y el todo se halla coronado por las murallas almenadas de los fuertes, donde ondea el pabellón blanco y azul con las armas de Portugal.

A los extremos norte y sur de la ciudad, las baterías descienden hasta el mar en tres órdenes, y cerca de la primera se halla una iglesia, cuyo pórtico y adornos exteriores causan el mejor efecto.

Varios sampanes, juncos y botes de pescar surtos cerca de la tierra animan este cuadro, cuyo marco parecería menos sombrío, si la vegetación desplecase un poco de sus riquezas sobre las alturas que cercan a la ciudad».

Por su posición de depósito del comercio entre la China y el mundo entero, Macao, uno de los restos de la fortuna colonial de Portugal, había gozado largo tiempo de una prosperidad brillante.

En 1825 ya no era así, y esta ciudad se sostenía únicamente con el contrabando del opio.

La recalada de la *Thétis* en Macao, no tenía otro fin sino dejar allí misioneros y mostrar el pabellón francés. Por tanto, Bougainville dejó la ciudad el 8 de enero de 1825.

Ningún suceso digno de referirse ocurrió en la navegación hasta la bahía de Turana. Pero al llegar allí, supo Bougainville que el agente francés M. Chaigneau había salido de Hué para Saigon, con idea de fletar una barca, destinada a Singapur. El comandante no sabía a quién dirigirse, y privado de la única persona que podía ayudar al buen éxito de sus proyectos, empezó a augurar el más triste resultado. Envió, sin embargo, una carta a Hué, exponiendo el objeto de su misión y pidiendo el permiso de ir a esta capital en persona, acompañado de algunos de sus oficiales.

El tiempo que había de pasar hasta recibirse la respuesta, fue aprovechado por los franceses en visitar detenidamente la bullía y sus cercanías, así como las famosas canteras de mármol, que causan la admiración de todos los viajeros.

Ciertos autores, y particularmente Hossburg, dicen que la bahía de Turana es una de las más hermosas y más vastas del universo. No es ésta la opinión de Bougainville, que no considera segura más que una pequeña parte de ella.

La ciudad de Turana está situada a orillas del mar, a la entrada del canal de Far Foe, en la ribera derecha del cual se levanta un fuerte, construido por ingenieros franceses, con glacis, bastiones y foso seco.

Los franceses, considerados como antiguos aliados, eran siempre recibidos con bondad y sin desconfianza. No sucedía lo mismo con los ingleses, a quienes no se permitía bajar a tierra, mientras que los marinos de la *Thétis* obtuvieron desde luego permiso para cazar y pescar, ir y venir donde les pareciera, y suma facilidad para procurarse víveres frescos.

Gracias a la libertad que se les concedía, los oficiales pudieron recorrer todo el país y hacer observaciones interesantes. Uno de ellos, *Mr.* de la Touane, hace el retrato siguiente de los indígenas:

Su estatura es más bien baja que mediana, pareciéndose en cuanto a esto a los chinos de Macao. Su piel es de un moreno amarillento, y su cara plana y redonda. Su fisonomía sin expresión, y sus ojos tristes no tienen, sin embargo, la posición diagonal que los de los chinos. Tienen la nariz chata, la boca grande, y sus labios abultados presentan una forma tanto más desagradable, cuanto que la costumbre que tienen todos los hombres y las mujeres de mascar el oree mezclado con betel y cal, les hace estar constantemente sucios y ennegrecidos.



Las mujeres son casi tan altas como los hombres, aunque su exterior no es más agradable, y el desaseo común a los dos sexos, acaba de quitarles todo género de atractivos.

Causa notable impresión la miseria de estos habitantes, comparada con la fertilidad de sus campos.

Este chocante contraste revela el egoísmo y la incuria del gobierno, no menos que la insaciable codicia de los mandarines.

Si las llanuras producen maíz, batatas, manioc, tabaco y el arroz, cuya bella apariencia manifiesta los cuidados con que se le cautiva; el mar cría peces exquisitos, y los bosques ocultan numerosas aves, tigres y rinocerontes, búfalos y elefantes, así como monos que por todas partes se encuentran en abundancia. Éstos tienen cuatro pies de alto, y con su cara encarnada, su cuerpo gris perla, sus muslos negros y sus piernas rojas, teniendo además un collar igualmente rojo y un cinturón blanco, parece que van vestidos. Su fuerza muscular es prodigiosa y salvan distancias considerables, saltando de rama en rama. Nada tan curioso como ver un grupo de una docena de estos animales, haciendo sobre un árbol los más extraños gestos y contorsiones.

«Un día que me encontraba solo a la orilla de un bosque, —dice Bougainville—, había herido a uno que había salido a mostrar su rostro a los rayos del sol. Colocó su rostro entre las dos manos y se puso a lanzar tales gemidos, que en un instante le cercaron unos treinta de los suyos. Yo me apresuré a cargar mi fusil de nuevo, no sabiendo lo que podía suceder, porque hay monos que no temen atacar al hombre; pero la banda, apoderándose del herido, se internó con él en la espesura del bosque».

Otra excursión tuvo por objeto ver las canteras de mármol del río Far Foe. Hay allí cavernas muy curiosas.

En una de ellas se nota una enorme columna suspendida de la bóveda, y cuya base está completamente separada del suelo. En esta caverna no se veía ninguna clase de estalactitas; pero en el fondo se oía el ruido de un salto de agua.

Un poco más lejos y al aire libre, los franceses visitaron las ruinas de un antiguo edificio, cerca de una gruta, donde se encuentra un ídolo. En un rincón existía un conducto o pasillo lateral, donde penetró Bougainville y que le condujo a una inmensa rotonda, iluminada por lo alto y terminada por una bóveda cintrada de 60 pies de elevación por lo menos.

«Figurémonos columnas de mármol de diferentes colores, algunas de ellas como si fueran de bronce, a consecuencia del baño verdoso que el tiempo y la humedad habían impreso en ellas; lianas atravesando la piedra del remate y cayendo hacia el suelo, las unas en haces, las otras en forma de cordones, como para recibir arañas, grupos de estalactitas suspendidas sobre nuestras cabezas y parecidos a enormes juegos de órganos; altares, estatuas mutiladas, monstruos horribles tallados en la piedra; en fin, una pagoda entera, y que sin embargo no ocupaba más que una parte muy pequeña de aquel vasto sitio. Juntemos ahora estos objetos en un mismo cuadro e iluminándolos con una luz confusa e incierta, y tendremos quizá alguna idea de lo que hiere de pronto la vista».

El 20 de enero de 1820 la Esperanza se reunió por fin con la fragata.

Dos días después llegaron dos enviados de la corte de Hué, que iban a pedir a Bougainville la carta de que era portador. Mas como éste no tenía orden de entregarla sino al emperador en persona, estas exigencias ocasionaron negociaciones tan largas como pueriles.

Las formas ceremoniosas de que se rodeaban los enviados cochinchinos, recordaron a Bougainville la anécdota de aquel enviado y de aquel gobernador de lava, los cuales queriendo mostrar a cual más gravedad y prudencia diplomática, se estuvieron veinticuatro horas en presencia uno de otro, y se marcharon sin haberse dirigido la palabra. El comandante no era hombre de dar pruebas de semejante longanimidad; más no pudo alcanzar la autorización que deseaba, y la negociación se terminó por un cambio de presentes que no obligaban a nada.

En suma, el resultado de todas las entrevistas fue la seguridad que dio el emperador de que vería con gusto los buques franceses visitar sus puertos, a condición de que se conformaran con las leyes del imperio.

Desde 1817, los franceses habían sido, poco más o menos, los únicos que hacían algunos medianos negocios en la Cochinchina,

merced a la presencia de sus residentes en la corte de Hué; y de ellos solos dependía conservar la situación excepcional que las antiguas relaciones amistosas con el gobierno conchinchino les habían proporcionado.

Los dos buques salieron de la bahía de Turana el 17 de febrero, con idea de visitar el grupo de las Anambas, islas que aún no habían sido exploradas.

El 3 de marzo se tuvo conocimiento de este archipiélago, que según se vio no se parecía en nada al de las Anambas, indicado en la carta inglesa del mar de la China. Bougainville quedó agradablemente sorprendido al ver desplegarse ante sus ojos una multitud de islas y de islotes que debían presentar excelentes fondeaderos durante las monzones.

Los dos buques penetraron en el archipiélago, cuyo plano hidrográfico levantaron. Mientras que en las embarcaciones se ocupaban en este trabajo, se aproximaron dos piraguas de muy bella construcción. Una de ellas se acercó a la Thétü, y un hombre como de cincuenta años, con el pecho surcado de cicatrices, y la mano derecha falta de dos dedos, subió a bordo. Ya había bajado al entrepuente, cuando la vista de los armeros y de los cañones le decidió a volverse a su piragua.

A la mañana siguiente otras dos canoas, tripuladas por malayos, de fisonomía feroz, vinieron también al costado. Traían bananas, cocos y ananas, que cambiaron por galleta, un pañuelo y dos hachas pequeñas.

Algunas otras entrevistas tuvieron lugar con estos insulares, que estaban armados de kriss y medias picas, con el hierro cortante por los dos lados, y a los que consideraron los franceses nada más que como unos piratas.

Aunque no habían explorado los navegantes más que una parte de estas islas, los informes que recogieron son harto interesantes por su novedad.

La primera condición que exige una población numerosa, es la abundancia de agua; pero aquí parecía hallarse muy escasa.

Ademas la tierra vegetal indicaba tener poco espesor; y no estando las montañas separadas por llanuras, sino por estrechos barrancos, el cultivo se hacia casi imposible. Los árboles a excepción de los cocoteros, no pasaban de una mediana altura, y así la población, según el dicho de un indígena, no ascendería a más de dos mil habitantes: cifra que aún le pareció exagerada a Bougainville.

La buena situación de estas islas en las dos rutas de los buques que hacen el comercio con la China, debió llamar desde hacia mucho tiempo la atención de los navegantes. Debe atribuirse, sin duda, a su falta de recursos el abandono en que se hallan.

La falta de diligencia y confianza que Bougainville encontró en estos insulares, el alto precio de los géneros, y ademas el cambio de la monzón en los mares de la Sonda, le determinaron a suspender el reconocimiento de este archipiélago, para llegar antes a Java, donde sus instrucciones le prescribían tocar.

El 8 de marzo fue el día señalado para la marcha de los dos buques, que reconocieron primero las islas Victoria, Barren, Saddle y Camel; pasaron por el estrecho de Gaspar, cuya travesía no duró más que dos horas, aunque con frecuencia suele prolongarse algunos días cuando el viento no es favorable, y anclaron en Surabaya donde se supo la muerte de Luis XVIII y el advenimiento de Carlos X.

Como el cólera, que había hecho en 1822 trescientas mil víctimas en Java, subsistía aún, Bougainville tuvo la precaución de conservar a bordo sus tripulaciones al abrigo del sol, y prohibió expresamente toda comunicación con los bateles cargados de frutas, cuyo uso es muy peligroso para los europeos, particularmente en la estación de las lluvias, en la cual ya se iba a entrar. A pesar de tan acertadas órdenes, la disentería se introdujo en la *Thétis*, y causó muchas víctimas.

La ciudad de Surabaya se halla situada a una legua de la embocadura del río, y no se puede llegar a ella, sino remontando la corriente con el auxilio de la cuerda o sirgas. Sus afluencias están muy animadas, y todo anuncia una población activa y comerciante.

Una expedición a la isla de Célebes había absorbido todos los recursos del gobierno, y los almacenes estaban vacíos. Los franceses para tener lo que necesitaban hubieron de acudir a los negociantes chinos, los más descarados ladrones que es posible encontrar. No hubo astucia que ellos no empleasen, ni bribonería de que no procurasen valerse.

Por esto, la recalada en Surabaya dejó en todos los ánimos el más desgraciado recuerdo.

Por el contrario, fue muy diferente la acogida que los franceses merecieron de los notables de la colonia, y no tuvieron motivo sino de alabar la amabilidad de todos los que pertenecían a la administración.

Ir a Surabaya sin visitar al sultán de Madura, cuya reputación de hospitalidad había atravesado los mares, sería tan imposible como visitar a París y no ir a ver a Versalles y Trianon.

Después de un confortable *lunch* tomado en tierra, el Estado mayor de los buques subió en calesas de cuatro caballos. Pero los caminos estaban tan malos y los caballos eran tan débiles, que se hubieran quedado muchas veces atascados, si hombres puestos de centinela en los sitios de más difícil paso, no hubieran ayudado enérgicamente a empujar las ruedas.

Por fin llegaron a Bacalan, y las calesas entraron en el tercer patio del palacio, parando al pie de una escalera, en lo alto de la cual, el príncipe heredero y el primer ministro, aguardaban a los viajeros.

El príncipe Adden Engrate pertenecía a la más ilustre familia del archipiélago indio. Su traje era como el de los jefes javaneses cuando visten de paisano.

Una larga saya de indiana floreada, dejaba apenas ver dos zapatillas chinas; un chaleco blanco con botones de oro, bajo una pequeña casaca con faldones de paño oscuro, con botones de diamantes; y un pañuelo anudado a la cabeza, y coronado de un casquete con visera, hubieran dado a este gran personaje la apariencia grotesca de una amazona de carnaval, si la soltura de

sus modales y la dignidad de su actitud no hubieran disimulado la excentricidad de su traje.

El palacio o kraton está formado por una serie de edificios adornados de galerías, en las cuales las mamparas y las cortinas, mantenían una temperatura de frescura deliciosa. Arañas, muebles europeos de buen gusto, hermosos tapices, espejos y cristales, contribuían al adorno de vastas salas y aposentos.

Un cuerpo de edificio, con ventanas hacia el patio y que da a los jardines, estaba reservado para la Ratu (soberana) y para las odaliscas.

La recepción fue cordial, y el almuerzo servido a la europea exquisito.

«La conversación, —dice Bougainville—, se tuvo en inglés hubo muchos brindis; el príncipe brindó con té que tenía en una botella, y del cual se servía como si fuese vino de Madera.

»Jefe de la religión en sus Estados, sigue rigurosamente los principios del Corán. Nunca bebe vino, y pasa una gran parte de su tiempo en la mezquita; más no es por esto menos buen convidado, y su conversación no se resiente de la austeridad que debía suponerse en una vida tan regular. Verdad es que no se pasa todo el día en oraciones, las escenas de que fuimos testigos nos hubieran dado una idea muy diferente de sus costumbres, si la religión del profeta no concediese sobre este punto una grande latitud a sus sectarios».

Por la tarde, los franceses fueron a ver las cocheras, en las que había muy hermosos coches; algunos de ellos contruidos en la isla y que estaban perfectamente trabajados, y casi era imposible distinguir los de los que se habían importado.

Después hubo ejercicio de tiro del arco. A su vuelta a palacio fueron recibidos al son de una música melancólica que interrumpió bien pronto con sus aullidos y su alegre danza el bufón del príncipe, que manifestó una agilidad y una flexibilidad maravillosas. Al baile, o mejor dicho a la pantomima de una bayadera, sucedieron las

emociones de veintiuna otras, y después todos se retiraron a descansar.

Al día siguiente, nuevos juegos, nuevos ejercicios.

Éstos fueron primero, luchas entre hombres y entre niños; después, riñas de codornices; y en fin, ejercicios ejecutados por un camello y un elefante. Al almuerzo sucedieron un paseo en carretela, el tiro de arco, la carrera en saco, el equilibrio del cesto, etc. y todos los días del sultán pasan de esta misma manera.

Las muestras de respeto y sumisión que se dan a este soberano son verdaderamente admirables. Nadie se mantiene en pie delante de él, y todos se prosternan antes de hablarle. Se le sirve de rodillas, y hasta su mismo hijo, niño de cuatro años, junta sus manitas cuando se dirige a él.

Bougainville aprovechó su permanencia en Surabaya, para ir a visitar en las montañas de Tengger el volcán de Brumo. Esta excursión, en que recorrió la isla en una extensión de cerca de 100 millas, del E. al O., fue de las más interesantes.

Surabaya contiene monumentos curiosos, que en su mayor parte son obra de un antiguo gobernador, el general Daendels; entre los cuales deben citarse el taller de construcciones, la casa de la moneda, único establecimiento de esta clase en Java; el Hospital, cuya situación está muy bien elegida, y que contiene cuatrocientas camas.

La isla de Madura enfrente de la de Surabaya, y que no tiene menos de 100 millas de largo, por 15 o 20 de ancho, no produce lo bastante para alimentar su población, aun cuando ésta es harto escasa.

La soberanía de la isla esta dividida entre el sultán de Bacalan y el de Sumanap, que suministran anualmente a los holandeses seiscientos hombres de recluta, sin contar las levadas extraordinarias.

Desde el 20 de Abril, los síntomas de disentería habían hecho su aparición, y dos días después, los buques se hicieron a la vela; y para atravesar el estrecho de Madura no necesitaron menos de siete días completos. Subieron por la costa septentrional de

Lombock, y pasaron por el estrecho de Allass entre Lombock y Sumbava.

La primera de estas islas presenta desde las faldas de las montañas hasta el mar una risueña alfombra de verdor salpicada de bosquecillos de árboles de figura elegante. En esta costa no faltan buenos fondeaderos, y se adquieren con facilidad el agua y la leña que se necesiten.

Pero del otro lado de las montañas preséntanse numerosos cerros de aspecto árido, y una sierra alta defendida por una serie de islas escarpadas e inaccesibles. Ésta es Lombock, donde hay que temer los fondos de coral y las corrientes engañosas.

Dos recaladas en las aldeas de Baly y de Piyow, hechas para proporcionarse víveres frescos, permitieron a los oficiales levantar el plano hidrográfico de esta parte de la costa de Lombock.

Saliendo del estrecho Bougainville buscó la isla Cloates, sin encontrarla, por supuesto, pues que varios bajeles desde ochenta años antes habían pasado con igual resultado por la posición que le señalaban las cartas. En cuanto a las Tryals, rocas vistas en 1777 por el Freiensberg Castk, no deben ser más, según dice el capitán Kimg, que las islas de Hontebello que responden perfectamente a la descripción de los daneses.

Bougainville tenía órdenes de reconocer las cercanías del río de los Cisnes, donde el gobierno francés esperaba encontrar un lugar conveniente para deportar a los desgraciados amontonados en sus presidios.

Pero la Inglaterra acababa de arbolarse su pabellón en las tierras de Nuyt y de Leuwin, en el puerto del Rey Jorge, la bahía del Geógrafo, el pequeño puerto Leschenaul, y el río de los Cisnes. El reconocimiento, pues, ya no tenía objeto. En todo caso hubiera sido imposible proceder a él, a causa de los retrasos que había sufrido la expedición, que en lugar de llegar a aquellos sitios en el mes de abril, llegó a mediados de mayo, es decir, en el rigor del invierno en aquellas comarcas. En efecto, la costa no ofrece ningún abrigo, y en cuanto el viento empieza a soplar, la marejada se presenta enorme,

y el recuerdo de las pruebas que había sufrido el Geógrafo en igual época del año, se hallaba vivo todavía en el animo de los franceses.

El tiempo duro acompañó a la *Thétis* y la *Esperanza* hasta Hobart - Town, el mayor de los establecimientos ingleses en la tierra de Van Diemen. A pesar del vivo deseo que tenía el comandante de detenerse en este sitio, tuvo que huir ante la tempestad y subir hasta Puerto Jackson.



Un hermosísimo faro indicaba la entrada; era una torre de granito de setenta y seis pies ingleses de altura, cuya linterna iluminada por gas se podía divisar en el buen tiempo a ocho o nueve leguas de distancia.

El gobernador *sir* Tomás Brisbane, dispensó a la expedición la más cordial acogida, y tomó inmediatamente las medidas necesarias para la provisión de víveres. Ésta tuvo lugar por adjudicación a pública subasta, y la mayor buena fe presidió a todas las operaciones del mercado.

Hubo que varar la corbeta para poder reponer sus forros; pero esta reparación así como otras de menor importancia que se hicieron en la *Thétis*, no ocuparon mucho tiempo.

Por otra parte, esta recalada fue de mucha utilidad para todo el Estado mayor, a quien interesaron profundamente los progresos maravillosos de aquella colonia penitenciaria. Mientras Bougainville devoraba cuantas obras habían aparecido hasta entonces relativas a la Nueva Gales del Sur, los oficiales recorrían la ciudad quedándose maravillados al aspecto de los innumerables monumentos levantados por el gobernador Macquarie; cuarteles, hospital general, mercado, hospicio de huérfanos, viejos y enfermos, cárcel, fuerte, iglesias, palacio del gobierno, fuentes, puertas de la ciudad, y en fin, las caballerizas del gobierno, que a primera vista parecen el palacio mismo.

Pero este brillante cuadro tenía algunas sombras; las calles anchas y bien alineadas no estaban ni empedradas ni iluminadas de noche, y al mismo tiempo eran tan poco seguras, que varias personas fueron atacadas y robadas en medio de George El-Street, la calle más habitada de Sidney. Si las calles de la ciudad eran poco seguras, las cercanías lo eran menos aún. Presidarios vagabundos recorrían la campiña por bandas de «busca rangers» donde se habían hecho temibles hasta el punto de que el gobierno había organizado una compañía de cincuenta dragones con el solo fin de perseguirlos.

Los oficiales franceses hicieron sin embargo varias excursiones interesantes a Parramatta, en las orillas del Nepean, río que corre muy encajonado; donde visitaron la posesión de Regentville; después las llanuras de Emú, establecimiento agrícola del gobierno

y especie de granja modelo; y en fin, asistieron en el teatro a una gran función que se dispuso en honor suyo.

Ya se sabe el placer que tienen todos los marinos en montar a caballo. De esta manera recorrieron los franceses las llanuras del Emú. Los nobles animales importados de Inglaterra, no habían degenerado en la Nueva Gales, y estaban tan fogosos todavía, como supo experimentarlo uno de los jóvenes oficiales, que dirigiéndose a su cicerone *Mr. Cox* le decía en inglés:

—A mí me agrada mucho el ejercicio de la equitación. No había acabado estas palabras, cuando fue lanzado bruscamente por encima de las orejas del caballo y se encontró sobre la yerba, antes que pudiera darse cuenta de lo que le había acontecido. Rióse grandemente la aventura, tanto más cuanto que el hábil jinete no se había hecho daño alguno.

Más allá de las labranzas de *Mr. Cox*, se extiende el bosque, el bosque abierto, como dicen los ingleses, el cual se puede recorrer a caballo, y donde nada estorba la marcha. Bosque de eucaliptos y acacias de especies diferentes, así como de casuarinas de oscuro follaje.

Al día siguiente se dio un paseo en canoa por el río Nepean, afluente del Hawkesbury. Este paseo fue productivo para la historia natural. Bougainville enriqueció su colección con patos, gallinas de agua y una hermosa especie de martín pescador, King fisher y de cacatúas. En los bosques se oye el grito desagradable del faisán lira, así como el de otras dos aves que imitan perfectamente el retintín de una campanilla y el ruido estridente de la sierra.

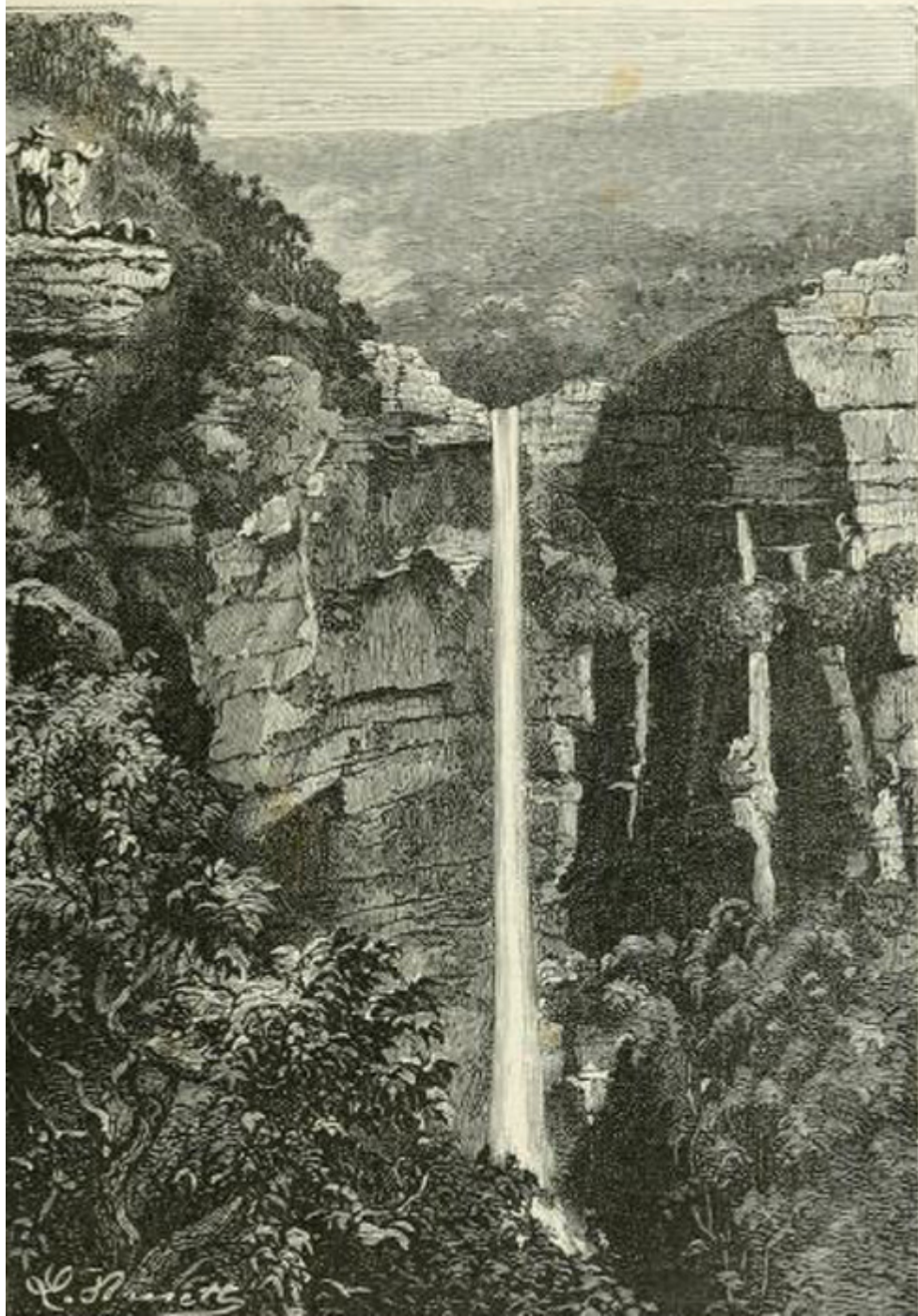
No son éstas las únicas aves que se hacen notables por la singularidad de su canto. Débense citar también el silbador, el afilador, el burlón, el cochero, que imita el chasquido del látigo y el «Laughingjackass» cuyas continuas carcajadas de risa acaban por atacar singularmente los nervios.

Sir John Cox regaló al comandante dos topos de agua, llamados también ornitorrincos. Las costumbres de este curioso animal

anfibio, eran aún mal conocidas por los naturalistas europeos, y había bastantes museos que no poseían un solo ejemplar.

Otra expedición se hizo a las Montañas Azules, para visitar la famosa Meseta del Rey, «King's tableland» desde la cual se goza un magnifico punto de vista.

Con gran trabajo se sube por una cuesta, y de pronto se abre a los pies del viajero un abismo de 1600 pies de profundidad. Es un inmenso tapiz de verde, que se despliega por una extensión de 20 millas. A derecha e izquierda, están los flancos destrozados de la montaña, violentamente separados por algún temblor de tierra, y cuyas rocas se corresponden exactamente; más cerca un torrente salta con gran ruido y se precipita por cascadas al fondo del valle.



Ésta es la catarata conocida con el nombre de Catarata de Aspley.

Después hubo una caza de canguros en los Common Pastures con *Mr.* McArthur, uno de los hombres que más han hecho por la prosperidad de la Nueva Gales.

Bougainville aprovechó también su estancia en Sidney para colocar la primera piedra de un monumento dedicado a la memoria de *La Perouse*. Este cenotafio se levantó en la bahía Botánica, en el mismo sitio donde el navegante había establecido su campamento.

El 21 de setiembre la *Thétis* y la *Esperanza* se dieron por fin a la vela. Pasaron a la vista de Pitcairn, la isla de Pascuas y la de Juan Fernández, hecha sitio de deportación para los criminales de Chile, después de haber estado ocupada medio siglo por los españoles, que cultivaron allí la vid. El 23 de noviembre la *Thétis*, durante una espesa bruma había sido separada de la *Esperanza*, fondeó en Valparaíso, donde encontró la división del almirante Rosamel.

Una grande animación reinaba en la rada; se preparaba una expedición contra la isla Chiloe que pertenecía aun a España, por el director supremo, el don Ramón Freire y Serrano, dé quien ya hemos hablado.

Bougainville, como el viajero ruso Lutké, es de opinión que la posición de Valparaíso no justifica su nombre. Las calles son sucias, estrechas y tan escarpadas que ocasiona una gran fatiga recorrerlas. La única parte agradable es el barrio del Almendral, que teniendo a su espalda jardines y huertos de árboles brutales, lo sería aún más, sin los torbellinos de arena que levanta el viento durante casi todo el año.

En 1811, Valparaíso no contaba más que cuatro o cinco mil almas, y en 1825 la población se había triplicado, y esta marcha ascendente no daba muestras de detenerse allí.

En aquel momento se encontraba también en Valparaíso la fragata inglesa *La Blonde*, mandada por *Lord Byron*, nieto del explorador, cuyos descubrimientos hemos referido. Por una singular coincidencia, acababa de levantar en la isla Havai un monumento a la memoria de Cook, cuando Bougainville, hijo del circunnavegante encontrado por Byron en el estrecho de Magallanes, acababa de poner en la Nueva Gales del Sur la primera piedra del monumento a la memoria de *La Perouse*.

Bougainville se aprovechó del largo tiempo que iba a invertirse en el aprovisionamiento de su división, para hacer una excursión hasta Santiago, capital de Chile y situada a 33 leguas en el interior.

Las cercanías de aquella ciudad presentan un aspecto de espantosa desnudez sin habitaciones ni cultivo. No se conoce la proximidad de la población, más que por la vista de sus campanarios, y se cree estar aun en los arrabales cuando ya se encuentra uno en el centro de la ciudad. No faltan, sin embargo, en Santiago los monumentos y edificios notables pudiendo citarse la Casa de la Moneda, la Universidad, el Palacio Arzobispal, la Catedral, la iglesia de los Jesuitas, el Palacio, y la sala de espectáculos; esta última tan mal alumbrada, que apenas se puede distinguir el rostro de los espectadores. La Cañada había reemplazado a la Alameda, paseo donde se reunía a prima noche lo más escogido de la población, a las orillas del río Mapocho. Después de haber visitado todas las curiosidades de la ciudad, los franceses recorrieron las cercanías y fueron a ver el «Salto de Agua,» cascada de 200 toesas de altura, a la cual es muy difícil de llegar, y el Cerrillo de Santa Lucía, en cuya cima hay un fortín, única defensa de la ciudad.

La estación avanzaba e importaba mucho al comandante apresurarse, si no quería perder la época más favorable para el paso del cabo de Hornos. Así pues, el 8 de enero de 1826 los dos buques volvieron a hacerse a la mar. Doblaron el Cabó sin avería pero no pudieron, a causa de las brumas y de los vientos contrarios, acercarse a las Malvinas, y el 28 de marzo anclaron en la rada de Río Janeiro.

Las circunstancias de esta recalada fueron muy favorables para que los franceses pudieran tomar idea exacta del aspecto de la ciudad y de la corte.

«El emperador, —dice Bougainville—, se hallaba de viaje, cuando ocurrió nuestro arribo, y su vuelta dio ocasión a muchas fiestas y recepciones que pusieron la población en movimiento, dando treguas por un poco de tiempo a la uniformidad de la vida que

se hace en esta ciudad, la más triste y aburrida del mundo para los extranjeros. Las cercanías, sin embargo, son hermosas; la naturaleza ha prodigado allí sus riquezas, y su rada inmensa, punto de reunión de las naciones comerciantes del Atlántico, presenta un cuadro el más animado; éste consiste en un innumerable concurso de naves entrantes y salientes; embarcaciones menores que se cruzan; un continuo ruido que no permite entenderse, causado por los cañonazos que disparan los fuertes y los buques de guerra, saludándose mutuamente, celebrando un aniversario o la fiesta de cualquier santo. En fin, hay un cambio continuo de cortesías entre los oficiales de las marinas extranjeras, que mutuamente se visitan y los agentes diplomáticos de las potencias, cerca de la corte de Rio...».

El 11 de abril, la división, volvió a hacerse a la mar y entró en Brest el 24 de julio de 1826, sin haber hecho escala desde su salida de Río Janeiro.

Si Bougainville no había llevado a cabo ningún descubrimiento en aquel viaje, bueno es recordar que sus instrucciones eran terminantes acerca de esto y se limitaban a mostrar el pabellón francés en aquellos sitios donde se le veía raras veces.

Se deben no obstante a este oficial, pormenores muy interesantes y alguna vez nuevos, sobre los países que visitó. Algunos mapas formados por la división, debían prestar un gran servicio a los navegantes, y hay que confesar que la parte hidrográfica, la única ciencia que la falta de hombres especiales en los buques le fue permitido aplicar, está muy atendida y contiene observaciones tan numerosas como exactas. No se puede menos de estar conformes con el comandante de la *Thétis*, cuando éste, en el prefacio de su relación se lamenta de que el gobierno o la Academia de Ciencias no tuvieran por conveniente utilizar aquel armamento para recoger algunos documentos nuevos que hubieran venido a aumentar las series ya bastantes ricas de los recogidos por sus predecesores.

La expedición de que fue encargado el capitán Dumont d'Urville, era, según la idea del ministro, un medio de completar y aumentar la masa considerable de documentos científicos, recogidos por el capitán Duperrey durante su campaña de 1822 a 1824.

Ningún oficial reunía tantos títulos como Dumont d'Urville para recibir aquel encargo, puesto que había sido el segundo del capitán Duperrey, y por otra parte había concebido el plan y fijado los detalles de esta nueva exploración. Las partes de la Oceanía, que se proponía reconocer por parecerle las que más imperiosamente reclamaban la atención del geógrafo y del viajero, eran, la Nueva Zelanda, el archipiélago Viti, las islas de la Lealtad, la Nueva Bretaña y Nueva Guinea.

Siguiendo paso a paso al viajero, veremos lo que le fue posible ejecutar.

Un interés de otra clase iba unido a esta expedición, pero mejor será dejar hablar aquí la instrucción remitida al navegante.

«Un capitán americano, —dice esta instrucción—, manifestó haber visto en manos de los naturales de una isla situada en el espacio que media entre la Nueva Caledonia y la Luisiada, una cruz de San Luis y medallas que le parecieron proceder del naufragio del célebre navegante (*La Perouse*) cuya pérdida causa tan profundo como justo sentimiento. Sin duda que esto es un motivo muy débil para esperar que víctimas de aquel desastre existan aún: sin embargo, dará usted a su majestad una viva satisfacción si puede devolver al seno de su patria algunos de aquellos desdichados náufragos».

La expedición tenía pues varios objetos y por la mayor de las casualidades se obtuvieron casi todos los resultados que se deseaban.

Dumont d'Urville recibió en el mes de diciembre de 1825 su nombramiento de comandante y fue autorizado para elegir todas las personas que debían acompañarle. Eligió por segundo al teniente Jacquinot y por colaboradores científicos a Quoy y Gaimard que

habían hecho la campaña de la *Urania* y al cirujano Primevere Lesson.

El buque elegido fue la *Coquille*, cuyas buenas cualidades conocía por experiencia el comandante.

En obsequio a la memoria de *La Perouse*, le dio el nombre de *Astrolabio* y embarcó una tripulación de ochenta hombres. El buque hizo su salida el 25 de abril de 1826 y pronto perdió de vista las montañas de Tolón y las costas de Francia.

Después de una recalada en Gibraltar el *Astrolabio* se detuvo en Tenerife, para tomar algunos víveres frescos, antes de atravesar el Atlántico. El comandante aprovechó esta estación para subir al pico de Teide, d'Urville, con los señores Quoy, Gaimard y varios oficiales, siguió primero un camino bastante malo al través de campos cubiertos de escorias.

Mas a medida que se acercaban a la ciudad de la Laguna, la escena iba apareciendo más bella. Esta ciudad, bastante grande, no contiene más que una población poco considerable, indolente y mísera.

Desde Matanzas hasta Orotava, la vegetación es magnífica, y la vid con sus verdes pámpanos viene a aumentar la riqueza del cuadro.

Orotava es una pequeña ciudad marítima, cuyo puerto sólo ofrece un mal abrigo; bien construida y con buenas comunicaciones, aun podría ser agradable, si no fuera por las empinadas cuestas que hacen casi imposible la circulación.

Después de tres cuartos de hora de subida por medio de campos bien cultivados, se llega a la región de los castaños. Más allá empieza la de las nubes, y el viajero avanza, bañado por una bruma húmeda, excesivamente desagradable. Más lejos está la región de los brezos, y de la parte de allá de ésta, la atmósfera se aclara, la vegetación desaparece y el suelo se manifiesta más seco y más estéril. Encuéntrense entonces lavas descompuestas, escorias y piedras pómez en abundancia, mientras que debajo se extiende un mar inmenso de nubes.

Cubierto hasta entonces por los nubarrones y por las altas montañas que le cercan, el Picó se destaca, en fin. La pendiente no es tan rápida, y se penetra en esas llanuras inmensas y de una tristeza indefinible, que los españoles llaman cañadas, a causa de su aridez.

Para almorzar se detuvieron en la Gruta del Pino antes de franquear los inmensos bloques de basalto, que dispuestos circularmente forman el recinto del cráter, cegado hoy por las cenizas del Pico.

Allí empieza la subida al mismo Pico, en el tercio de la cual se halla una especie de explanada, que se llama Estancia de los Ingleses.

Aquí fue donde los viajeros pasaron la noche, no tan bien como en un aposento cubierto, pero sin sufrir muy violentamente del mal estar y sofocaciones que habían experimentado otros muchos viajeros.

Solamente las pulgas les dieron tan repetidos asaltos, que el comandante no pudo cerrar los ojos.

A las cuatro de la mañana pusiéronse de nuevo en camino, llegando bien pronto a otra explanada, que tiene el nombre de Alta Vista. Más allá desaparece todo sendero, y ya a duras penas puede treparse sobre la lava desnuda hasta el Pan de Azúcar, cruzando a cada momento masas de nieve, que la posición abrigada del sol impide que se fundan. El Pitón es muy escarpado, y su subida es más difícil aún, a causa de las piedras pómez que, rodando bajo los pies, impiden avanzar.

«A las seis y treinta minutos, —dice Dumont d'Urville—, llegamos a la cima del Pan de Azúcar. Éste es evidentemente un cráter medio obliterado, con paredes poco espesas y rotas por algunas partes, cuya profundidad es de 60 a 80 pies a lo más sembrado por toda su superficie de fragmentos de obsidianas o piedras pómez y grandes pedazos de lava. Vapores sulfurosos se desprenden de sus bordes, formando, por decirlo así, una corona de humos, mientras que el fondo está completamente frío. En la cima del Pitón, el termómetro

marraba 11°, pero yo supongo que se resentía aun de la exposición a la humareda, porque llegando al fondo del cráter, de 19° al sol descendía en poco tiempo a 9° a la sombra».

La bajada se verificó sin accidente, por un camino diverso, que permitió a los viajeros explorar la Cueva de la Nieve y visitar el bosque de Agua García, atravesado por un límpido arroyuelo, y donde d'Urville hizo una abundante recolección de vegetales.

En Santa Cruz el comandante pudo ver en el gabinete del mayor Megliorini, entre armas, conchas, animales, peces y otra multitud de objetos raros, una momia completa de guanche, que se le dijo era de una mujer. Envuelta en pieles cosidas, parecía tener cinco pies y cuatro pulgadas de altura.

Las manos eran grandes y los rasgos de su fisonomía parecían haber sido regulares.

Las grutas sepulcrales de los guanches, contenían también vasos de tierra y de madera, sellos triangulares de barro cocido, y una multitud de discos de la propia materia, que, ensartados como los rosarios, debían servir entre esta raza extinguida para los mismos usos que los quipos de los peruanos.

El 21 de junio el *Astrolabio* se dio a la vela, y llegó a La Praya, en las islas de Cabo Verde, donde d'Urville esperaba encontrar al capitán inglés King, que le habría dado preciosas noticias para la navegación de las costas de la Nueva Guinea; pero aquél había salido de la Praya treinta y seis horas antes. Así, el 30 de junio el *Astrolabio* continuó su viaje.

El día último de julio se vieron las rocas de las islas de Martin Vaz y de la Trinidad. Esta última parecía completamente estéril; no se veía más que un escaso verde y algunos bosquecillos de árboles desmedrados, esparcidos en medio de las rocas.

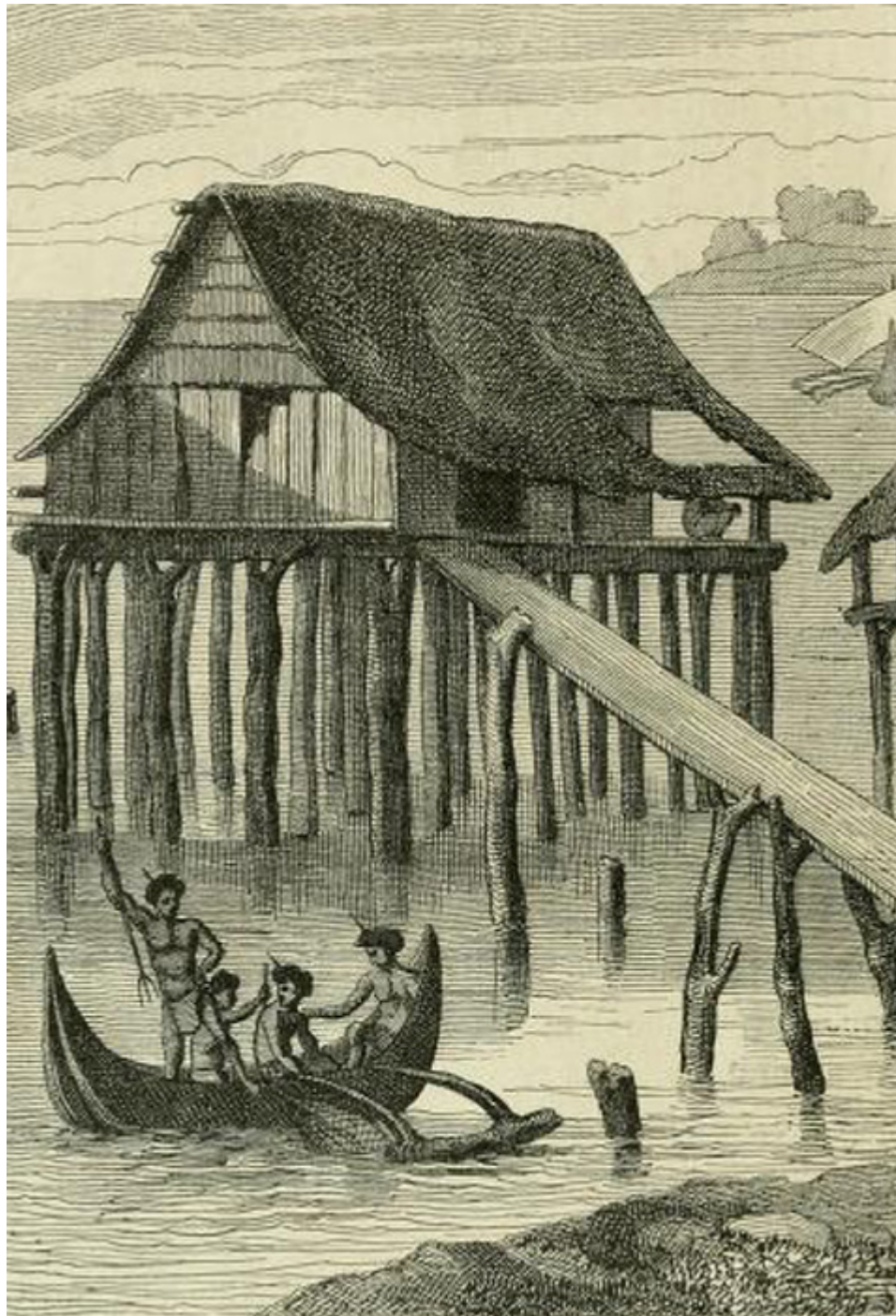
D'Urville hubiera deseado vivamente hacer algunas investigaciones de botánica en esta isla deserta; más la resaca era tan violenta, que juzgó imprudente exponer una embarcación.

El 4 de agosto el *Astrolabio* hizo rumbo hacia la posición de Saxemburgo, isla que definitivamente hay que borrar de los mapas

franceses, como ya lo han hecho los ingleses; después, a consecuencia de fuertes golpes de viento, que agitaron considerablemente el buque, pasó cerca de las islas de San Pablo y Ámsterdam, y el 7 de octubre fondeó en el puerto del Rey Jorge, en la costa de la Australia.

Aunque el oleaje era muy violento, y el tiempo casi siempre malo, durante los ciento y ocho días que el *Astrolabio* se hallaba en el mar, d'Urville no había descuidado entregarse a sus indagaciones habituales sobre los efectos del balanceo de los buques, sobre las alturas de las olas, que calcula de 80 a 100 pies en el banco de las Agujas, al mismo tiempo que sobre la temperatura del mar a diversas profundidades.

Habiendo descubierto el capitán Jacquinot en la orilla derecha del Canal de la Princesa una hermosa posición para hacer aguada y no lejos de ella un sitio a propósito para establecer el observatorio, los veleros acudieron inmediatamente a levantar las tiendas, ínterin que varios oficiales daban la vuelta entera a la bahía de la Princesa, y otros varios entraban en relaciones con algunos aborígenes.



Uno de estos últimos consintió en subir a bordo; pero fueron necesarios todos los trabajos del mundo para hacer dejar un tizón de banksia, que le servía para conservar largo tiempo el fuego con que se calentaba el vientre y toda la parte anterior del cuerpo. Por lo demás, permaneció dos días a bordo muy tranquilamente, comiendo

y bebiendo delante del fuego de la cocina. Sus compatriotas, que habían quedado en tierra, manifestaron constantemente disposiciones pacíficas y no temieron traer al campamento tres de sus niños.

Mientras duraba esta recalada, se presentó una embarcación tripulada por ocho ingleses, que pidieron ser recibidos a bordo como pasajeros. Contaron una historia de abandono tan poco verosímil, que dio al comandante la idea de que debían de ser presidiarios escapados, cuya presunción se convirtió en certidumbre al mal gesto que pusieron cuando oyeron que se les proponía ser llevados a Puerto Jackson.

Sin embargo, al día siguiente uno se enganchó como marinero, dos quedaron en el buque como pasajeros, y los otros cinco se decidieron a quedarse en aquellas playas a continuar la existencia miserable que llevaban entre los salvajes.

Entre tanto las operaciones hidrográficas se continuaban, mientras en tierra los cazadores y los naturalistas procuraban adquirir algunos ejemplares de nuevas especies. La recalada se prolongó hasta el 24 de octubre, permitiendo a la tripulación reponerse de la penosa travesía que había soportado, proceder a las reparaciones necesarias; proveerse de agua y de leña; levantar el plano de todas las cercanías y recoger abundantes colecciones de plantas y de animales.

Mucho se admiró d'Urville por las observaciones de todo género que había hecho de que los ingleses no se hubieran establecido todavía en el puerto del Rey Jorge, hallándose tan admirablemente situado, tanto para los buques que directamente van de Europa a la Nueva Gales, como para los que salen del Cabo para la China, o para las islas de la Sonda contra la monzón.

La exploración de aquella costa se continuó hasta Port Western, recalada que d'Urville prefería al puerto Dalrimpe, cuya entrada y salida son difíciles y con frecuencia peligrosas. Por otra parte, Port Western no estaba aún conocido más que por las noticias de Bandín y de Flinders, y podía suministrar muchas ventajas la exploración de

aquel terreno tan poco frecuentado. Los trabajos que se hablan realizado en el puerto del Rey Jorge, fueron igualmente hechos en Port Western, y condujeron al comandante a hacer la siguiente conclusión.

«Port Western, —dice—, ofrece un fondeadero tan fácil a la entrada como para la salida; la estancia es cómoda, la leña abundante y fácil de recoger. En una palabra, cuando se descubra una buena aguada, (que se encontrará probablemente) será un punto de descanso muy importante en un estrecho como el de Bass, donde los vientos soplan frecuentemente con furor de un mismo lado durante muchos días seguidos, y donde las corrientes pueden hacer muy difícil la navegación en semejantes casos».



Del 19 de noviembre al 2 de diciembre, el *Astrolabio* siguió a la vista de la costa, sin más parada que en la bahía Jurvis, donde se hallaron magníficos bosques de eucaliptos.

La acogida hecha a los franceses en Puerto Jackson por el gobernador Darhng y demás autoridades de la colonia, no pudo ser

más cordial, aunque las recaladas que d'Urville había hecho en varios puntos de la Nueva Holanda habían dado mucho que pensar a las autoridades inglesas.

Al cabo de tres años la ciudad estaba singularmente aumentada y embellecida; aunque la población de la colonia no estaba aún valuada en más de cincuenta mil almas, los ingleses, no obstante, continuaban creando nuevos establecimientos.

Aprovechóse el comandante de su detención en Sidney para remitir a Francia sus despachos, así como varias cajas que contenían ejemplares de historia natural. Después, tan pronto como hubo embarcado en los buques los víveres que se había procurado y todos los objetos que le eran necesarios, se volvió a hacer a la vela.

Inútil sería llegar hasta la Nueva Zelanda con Dumont d'Urville: un volumen entero de su relación está consagrado a la historia de aquella colonia y al examen de su estado en 1826, y nosotros ya hemos dicho bastante sobre el particular. Más bien vamos a dejar con él a Sidney el 19 de diciembre, y a seguirle a la bahía Tasman, al través de las calmas, los vientos contrarios, las corrientes y las tempestades, que no le permitieron llegar a la Nueva Zelanda, hasta el 14 de enero de 1827.

Ninguna expedición había dado todavía a conocer la bahía de Tasman, que sólo Cook llegó a ver en su segundo viaje.

Piraguas conduciendo una veintena de naturales, de los cuales una mitad parecían ser jefes, se pusieron al costado de la *Urania*, mostrándose bastante confiados algunos de ellos para subir a bordo, donde permanecieron unos días. Otros llegaron, después que se establecieron en las cercanías; y los cambios principiaron.

Varios oficiales subieron a las alturas que dominan la bahía, en medio de espesos matorrales.

«Nada de pájaros, —dice Urville—, nada de insectos, y la misma carencia de reptiles; esta ausencia completa de todo ser animado, y este silencio absoluto, tenían algo de solemne y de lúgubre».

Tal fue la impresión penosa que produjeron aquellos tristes desiertos.

Desde lo alto de sus ribazos se descubrió una nueva bahía, la del Almirantazgo, que comunicaba por medio de un canal, con aquélla donde estaba fondeado el *Astrolabio*. D'Urville quiso explorarla, porque desde lo alto le había parecido más segura que la bahía de Tasman. Pero varias veces las corrientes pusieron el buque a dos dedos de su pérdida.

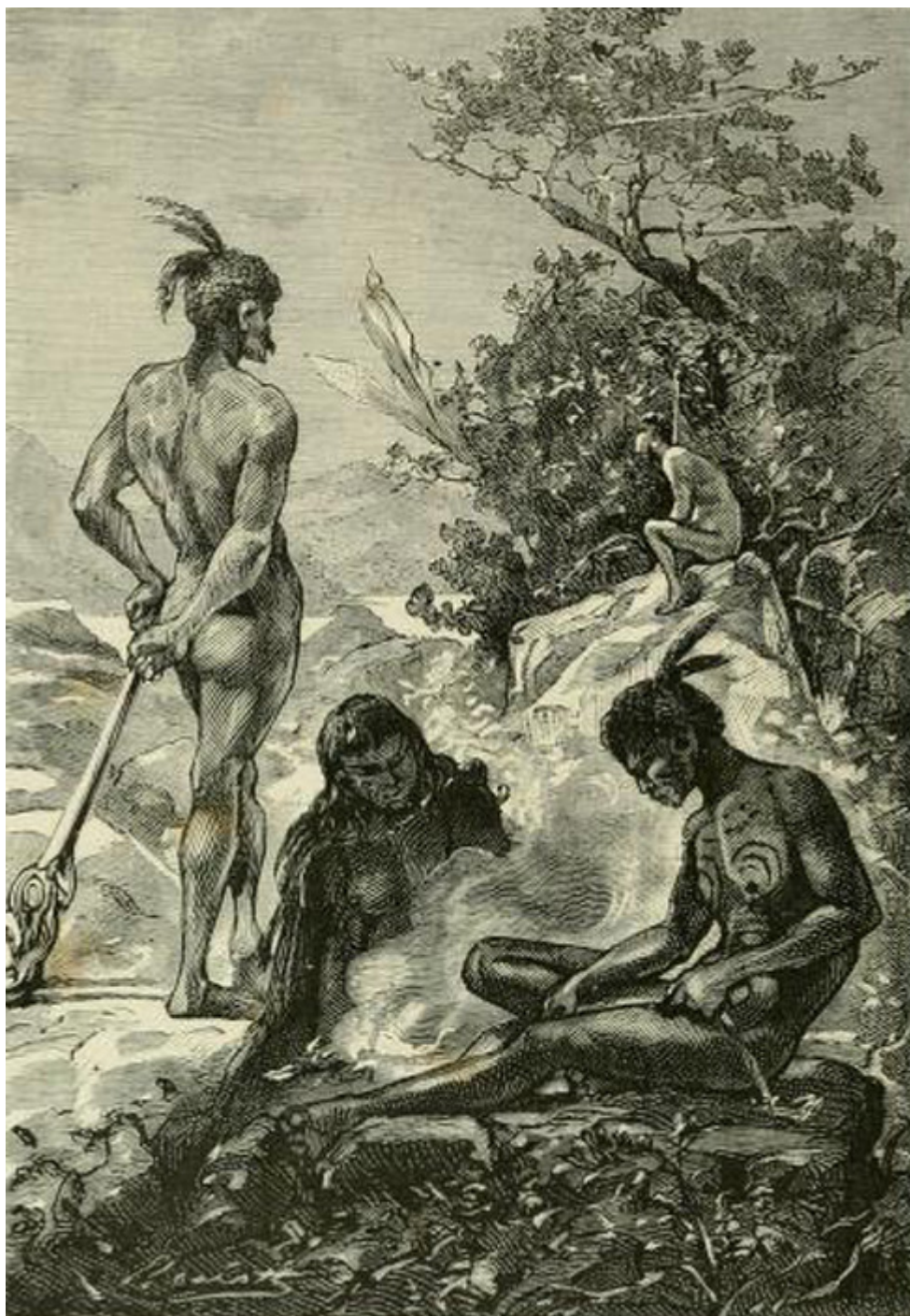
Si la *Urania* hubiera sido arrojada contra esta costa peñascosa y acantilada, la tripulación entera hubiera perecido, sin dejar rastro del naufragio. En fin, después de varias tentativas infructuosas, d'Urville consiguió pasar sin perder más que algunos fragmentos de la contraquilla del buque.

Para consagrar, —dice la relación—, el recuerdo del paso del *Astrolabio*, se puso a éste peligroso estrecho el nombre de Paso de los franceses, el cual no aconsejo a nadie que intente salvar, sino en un caso de extrema necesidad. Entonces contemplamos a nuestra satisfacción la hermosa concha donde nos encontrábamos. Merece ciertamente todos los elogios que de ella hizo Cook. Nuestra navegación demostraba que la parte de tierra que termina en el Cabo Stephens de Cook, es una isla, dividida de TaVan Punamu por la concha de las Corrientes.

Continuando por las costas de la bahía de Tolaga varios naturales llevaron a la corbeta cerdos y patatas; y cuando se presentaron otros indígenas, los primeros excitaron al comandante a que les ahuyentase a tiros.

«Quieren todos aprovechar solos la visita de los extranjeros y se desesperan al ver a sus vecinos participar de ella».

Esta explicación que da la relación del comandante es tan exacta, que muy pronto tuvo su confirmación.



Encontrábase en el *Astrolabio* cierto número de zelandeses, y entre ellos había un llamado Shaki, que por su alta estatura, tatuado completo, altivo continente y el tono de sumisión con que le hablaban sus compatriotas, indicaba ser un jefe. Viendo aproximarse a la corbeta una piragua tripulada por siete u ocho

hombres solamente, Shaki y los otros fueron a rogar con insistencia a d'Urville que los matase, llegando hasta pedir que les entregasen los fusiles para tirar ellos mismos. Sin embargo, apenas los recién llegados, subieron a bordo, cuando los que ya se encontraban allí les abrumaron con sus muestras de respeto, y Shaki que era uno de los que más encarnizados se mostraran, cambió de tono, llegando hasta ofrecerles algunas hachas que acababa de adquirir.

Aquellos jefes de actitud guerrera y feroz, y de cara completamente tatuada, sólo estuvieron algunos instantes a bordo; pues cuando d'Urville se disponía a interrogarlos a favor del vocabulario publicado por los misioneros, le dejaron bruscamente, saltaron a sus piraguas y se volvieron a tierra.

Para desembarazarse de ellos, sus compatriotas les habían indicado simplemente que su vida no estaba segura en el *Astrolabio*, y que los franceses habían concebido el proyecto de matarlos.

En la bahía de Tolaga, cuyo verdadero nombre es Hu Hua, es donde d'Urville adquirió las primeras noticias sobre el kiwi, con motivo de una estera guarnecida con las plumas de esta ave, unos de los objetos de lujo de aquellos indígenas. Esta ave, que es del tamaño de un pavo pequeño, está como el avestruz privada de la facultad de volar. Su caza se verifica de noche con luces y perros.

Esta ave es la misma que ha recibido el nombre de «apteryx». Las noticias que d'Urville había recogido de los naturales eran exactas en gran parte. El apteryx, del tamaño de una gallina, y con su pluma de color pardo de hierro, se parece mucho al avestruz. Habita los bosques sombríos y húmedos y no sale más que por la noche para buscar su alimento.

Las activas cacerías que hacen los naturales han disminuido considerablemente esta curiosa especie, que hoy ha llegado a hacerse rara.

D'Urville prosiguió su reconocimiento hidrográfico de la costa oriental de la isla septentrional de la Nueva Zelanda, teniendo comunicaciones diarias con los naturales, que le proveían de patatas y de cerdos.

Según el dicho de los indígenas, las tribus se hallan en continua guerra unas con otras, siendo ésta la causa efectiva de la disminución de sus habitantes. Estos piden siempre fusiles y acaban por contentarse con la pólvora que se les da en cambio de sus mercancías.

El 10 de febrero, en los sitios del cabo Runaway, la corbeta tuvo que aguantar una tempestad que duró treinta y seis horas y que más de una vez la puso en peligro de zozobrar.

Luego se internó en la bahía de la Abundancia, al extremo de la cual se levanta el monte Edgecumbe, y siguiendo la costa, vio las islas Alta y Mayor; pero el tiempo fue tan sumamente malo durante la exploración de la bahía, que la carta no merece una gran confianza.

En seguida la corbeta llegó a la bahía, el Mercurio, reconoció la isla de la Barrera, penetró en la bahía de Suraki, (alias Hauraki,) reconoció la de la Gallina y los Pollos, la de los Pobres Caballeros, y arribó a la bahía de las Islas.

Las tribus que d'Urville encontró en este sitio, se hallaban empeñadas en una expedición contra las de las bahías de Suraki y de Waikato. D'Urville bajó a explorar la de Suraki que había sido incompletamente reconocida por Cook, y descubrió que en este paraje la Nueva Zelanda está como recortada por una multitud de abras y ensenadas, más profundas y más seguras las unas que las otras.

Habiendo sabido d'Urville que siguiendo el curso de War Magoy se llegaba a un sitio, separado por un camino muy corto, del gran puerto de Manukao, en la orilla occidental de la isla, mandó recorrer esta ruta a algunos de sus oficiales, que justificaron la verdad de estos informes.

«Este descubrimiento, —dice Dumont d'Urville—, puede llegar a ser de un gran interés para los establecimientos que puedan erigirse en la bahía de Suraki; cuyo interés se aumentará todavía, si nuevos descubrimientos llegan a demostrar que el puerto de Manukao puede recibir buques de cierta dimensión, porque un

establecimiento semejante, se encontraría entonces al alcance de dos mares, el oriental y el occidental».

Raguí, uno de los rancatiras jefes de aquellas comarcas había pedido muchas veces con insistencia al comandante, plomo para hacer balas, y éste se lo había rehusado siempre. En el momento de la partida se advirtió a d'Urville que había sido robado el plomo de la sonda. El comandante hizo al punto reconvenciones a Ranguí, diciéndole con tono severo que era impropio de personas honradas cometer semejantes hurtos. La reconvención pareció afectar profundamente al jefe, quien se excusó pretendiendo que el delito se había cometido sin saberlo él y por personas extrañas.

«Un instante después, —dice la relación—, el ruido de golpes dados con fuerza y gritos lastimeros que partían de la piragua de Ranguí, llamaron de nuevo mi atención por aquel lado. Entonces vi a Ranguí y a Tawití descargando golpes redoblados con sus pagayas, sobre una capa que simulaba cubrirá un hombre. Más, pronto advertí que los dos astutos jefes, únicamente sacudían los bancos de su piragua. Después de ejecutar algún tiempo aquella ridícula farsa, la pagaya de Ranguí se quebró en sus manos. El hombre hizo ademán de caer en tierra, y Ranguí, interpeándome, me dijo que acababa de matar al ladrón, y quiso saber si me encontraba satisfecho.

»Yo le respondí afirmativamente, riéndome entre mí de la astucia de estos salvajes, astucia en suma de la cual suelen hallarse ejemplos frecuentes en pueblos más avanzados en civilización».

D'Urville reconoció la hermosa isla Wai Hiki y terminó así el reconocimiento del canal del *Astrolabio* y de la bahía Hauraqui. Entonces se dirigió hacia el N. hasta la bahía de las Islas, y de allí hasta el cabo María Van Diemen, extremidad septentrional de la

Nueva Zelanda, donde las almas de los muertos, los Waiduas, vienen a reunirse desde todos los puntos de Ika Ni Mawi, para tomar su último vuelo hacia la gloria o las tinieblas eternas.

La bahía de las Islas, al fondear la Coquille, estaba animada por una numerosa población, con la que se habían entablado amistosas relaciones. Mas, a la sazón el silencio del desierto había reemplazado a la animación de los antiguos días. El hípuh, o más bien el pá de Kahou Wera, que abrigaba una tribu activa, se encontraba abandonado; la guerra había hecho en aquel lugar sus estragos acostumbrados.

La tribu de Songhui había saqueado las propiedades y dispersado a los individuos de la de Paroa.

Los misioneros ingleses se habían establecido en la bahía de las Islas. Mas, a pesar de todos sus sacrificios no habían hecho aún ningún progreso entre los naturales y la inutilidad de sus esfuerzos era evidente.

En esta comarca es en donde termina el más importante reconocimiento hidrográfico de la costa oriental de la Nueva Zelanda. Desde Cook no se había practicado en esta tierra ninguna exploración con tanto cuidado, en medio de tantos peligros, y en una serie tan extensa de costas. D'Urville, con su sabia y minuciosa operación, prestaba un importante servicio a la ciencia geográfica y a la navegación. Había debido desplegar cualidades excepcionales en medio de borrascas súbitas y terribles; más sin tenerse en cuenta tantas fatigas y sacrificios, se encontró a su regreso en Francia que se le dejaba en el olvido, o que se le encomendaban funciones donde le era imponible distinguirse, y que hubiera desempeñado muy bien cualquier capitán de buque.

Dejando la Nueva Zelanda el 18 de marzo de 1827, d'Urville se dirigió hacia Tonga Tabu. Reconoció al paso las islas Curtís, Macauley y Sunday. Buscó inútilmente la isla Vázquez de Maurelle, y llegó el 16 de abril enfrente de Namuka. Dos días después distinguió a Eoa; mas, antes de llegar a Tonga Tabu, aún tuvo que

sufrir una violenta tempestad, que puso al *Astrolabio* en peligro de perderse.

Los europeos establecidos en Tonga Tabu, desde muy largo tiempo, fueron muy útiles al comandante, para ponerle al corriente de las disposiciones de sus naturales. Tres jefes, tres eguis poseían en participación el mando, desde que había sido desterrado el jefe religioso, «tua tonga» que gozaba de mucha influencia.

Una misión wesleyana se hallaba establecida en Tonga. Pero, desde luego pareció evidente que estos sacerdotes metodistas no habían sabido adquirir ninguna influencia sobre los naturales. Los mismos que se habían convertido estaban despreciados por su apostasía.

Cuando el *Astrolabio* llegó al fondeadero después de haber escapado felizmente de los peligros que los vientos contrarios, las corrientes y los arrecifes le habían hecho correr, fue invadido por una cantidad inexplicable de frutos, de raíces, cerdos y volátiles, que los indígenas cedían por casi nada. D'Urville adquirió igualmente para el museo, armas y objetos diversos de la industria de los salvajes. Eran aquellas rompe cabezas, de madera de casuarina, perfectamente cinceladas y enriquecidas con artísticas incrustaciones de nácar o de huesos de ballena.

La costumbre de cortarse una o dos falanges de los dedos de la mano, para ofrecerlas a la divinidad en caso de enfermedad grave de un pariente inmediato, subsistía todavía.

Desde el 28 de abril los naturales habían manifestado disposiciones conciliadoras, sin haberse producido una mínima querrela, cuando el 9 de mayo d'Urville fue con casi todos sus oficiales a hacer una visita a uno de los jefes principales y más importantes llamado Palu. Éste les recibió con una especie de violencia y contrariedad, de todo punto extraordinarias y muy poco de acuerdo con las demostraciones ruidosas y entusiastas de los días precedentes. La desconfianza de los insulares, despertó la del comandante, que pensando en la poca gente que había quedado en el *Astrolabio*, experimentó las más vivas inquietudes. Nada, sin

embargo, había sucedido durante su ausencia. Solamente la timidez de Palu había hecho fracasar un complot, que tenía por objeto nada menos que apoderarse de un solo golpe de todo el Estado mayor, y enseguida pensaban los salvajes que no lardarían en someter la tripulación, ya deseosa en parto de disfrutar la vida cómoda de los naturales. Tal fue, por lo menos, la convicción que se formó el comandante. Los sucesos vinieron a confirmar sus presunciones.

Estos temores decidieron a d'Urville a marcharse lo más pronto que se pudiera de Tonga Tabu, y el 13, todo se hallaba pronto para darse a la vela al siguiente día. El guardia marina Dudemaine se paseaba por la isla y el de igual clase Faraguet, con nueve hombres se ocupaba en el islote Panga el Modu en hacer provisión de agua y observar la marca.

Uno de los éguis, llamado Tajofa, se hallaba en el *Astrolabio* con varios de los suyos, cuando a una señal del jefe, las piraguas se separan del buque y todas a la vez y se acercaron a tierra. Preguntóse la causa de esta súbita retirada, y de pronto se vio en Panga el Modu a los marineros arrastrados por los naturales y conducidos a la fuerza. D'Urville estuvo a punto de mandar dispararles un cañonazo, pero luego le pareció más seguro enviar un bote a fuerza de remos, el cual recogió a dos hombres y el guardia Dudemaine. El mismo bote vuelto a enviar poco después para quemar las casas y procurar coger algunos rehenes, fue recibido a tiros de fusil. Un indígena fue muerto y otros varios heridos; pero un cabo de marina, recibió tantos bayonetazos, que murió a las dos horas.



D'Urville se encontraba sumamente inquieto por la suerte de sus marineros y de Faraguet que les mandaba. No le quedaba otro recurso que atacar la aldea sagrada de Mafanga, que contenía los sepulcros de varias familias de jefes. Pero al otro día una multitud de naturales cercó la población con reductos de tierra y

empalizadas; de tal suerte, que no fuera posible pensar en un desembarco.

Se aproximó, pues, la corbeta a tierra, y cañoneó la población, sin otro resultado que matar a uno de los insulares. Sin embargo, la dificultad de procurarse víveres, la lluvia, las alarmas continuas, en que los franceses les tenían con su fuego de cañón, les determinaron a hacer la paz. Los indígenas devolvieron los hombres que habían hecho prisioneros y a quienes habían dado buen trato; hicieron un regalo de cerdos y de bananas, y el 24 de mayo, el *Astrolabio* abandonó, definitivamente las islas de los Amigos.

Por otra parte, ya era tiempo de que aquello terminase, porque la situación de d'Urville, no estaba muy segura. De una conversación que tuvo con el contramaestre resultaba que no podía contar más que con cinco o seis marineros; los restantes se hubieran quedado con los salvajes.

Tonga Tabu, es de formación madreporíca. Cubre su superficie una espesísima capa de tierra vegetal, y así las plantas y los árboles se desarrollan perfectamente. Los cocoteros, cuyo tronco es más endeble que en otras partes, y los bananeros brotan con una rapidez y una fuerza admirables. El país es llano, monótono, y el que ande un cuarto de legua, no tiene necesidad de recorrer toda la isla para formarse una idea de ella. La población puede calcularse en siete mil habitantes, de fisonomía francamente polinésica.

«Aquellos indígenas, —dice d'Urville—, reúnen las cualidades más opuestas. Son generosos, complacientes y hospitalarios, al mismo tiempo que codiciosos, audaces, y sobre todo, profundamente disimulados.

»A la vez que os abruma de caricias y de agasajos, son capaces de asaltaros y despojaros, por poco que se estimule su codicia o su amor propio».

Los habitantes de Tonga superan evidentemente en inteligencia a los de Tahití. Los franceses no cesaban de admirar el orden maravilloso con que tenían cuidadas sus plantaciones de kawa, de bananas, o de ñames; la extremada limpieza de sus habitaciones, y

la elegancia de sus cercados. El arte de la fortificación no les era de todo punto desconocido, como d'Urville lo experimentó y como pudo comprenderlo visitando a la aldea fortificada de Hifo, la cual se halla guarnecida de sólidas empalizadas, y cercada de un foso de quince o veinte pies de anchura y lleno de agua hasta la mitad.

El 25 de mayo, d'Urville, comenzó la exploración del archipiélago Vóti o Fidji. Tuvo al principio la fortuna de encontrar un natural de Tonga, que, habitando las islas Fidji con motivo de su comercio, había visitado en otro tiempo a Tahití, la Nueva Zelanda y la Australia. Este hombre, así como un isleño de Guajam, fueron muy útiles al comandante para darle los nombres de más de doscientas islas que componen aquel grupo, y para indicarle de antemano su posición y la de los arrecifes que las cercan.

Al mismo tiempo, el hidrógrafo Gressien recogía los materiales necesarios para levantar la carta de las Fidji.

Diose orden a una chalupa de llegarse a la isla de Laguemba, donde se encontraba un ancla, que d'Urville, que había perdido una de las suyas delante de Tonga, hubiera deseado mucho adquirir. Al principio, Lottin, que mandaba la embarcación, no vio en la orilla más que mujeres y niños; pero los guerreros no tardaron en aparecer. Hicieron retirar a las mujeres y empezaron a tomar sus disposiciones para detener a los marineros y apoderarse de la chalupa.

Sus intenciones eran tan claras, que no dejaban lugar a la duda. Así, Lottin, hizo al punto levantar el anclote y volvió mar adentro, antes que se produjese alguna colisión.

Durante diez y ocho días consecutivos, a pesar del mal tiempo y de una mar gruesa, el *Astrolabio* recorrió el archipiélago de las Fidji; reconociendo las islas de Laguemba, Kandabu, Vitu Lebu, Umbenga, Vatulele, Unong, Lebu, Malolo etcétera, etc., y especialmente la parte meridional del grupo, que era entonces casi enteramente desconocido.

La población, si se ha de creer a d'Urville, forma el límite de la raza cobriza o polinesia, y de la negra o melanesia. Aquellos

naturales tienen un aspecto de fuerza y de vigor justificado por su alta estatura.

Son antropófagos y no lo ocultan.

El 1 de junio, la corbeta se dirigió hacia el abra de Carteret, y reconoció sucesivamente las islas Erroñan y Annatom, las de la Lealtad, grupo donde d'Urville descubrió las islas Chabrol y Halgan, el pequeño grupo de los islotes Beaupré, los arrecifes del *Astrolabio*, tanto más peligrosos, cuanto que es tan apartados cerca de 30 millas de las islas Beaupré y 60 de la Nueva Caledonia, la isla Huon y la cadena septentrional de arrecifes de la Nueva Caledonia.

Desde aquellos sitios, d'Urville pasó a la Luisiada en seis días; pero el mal tiempo que le asaltó en aquellas costas, le hizo desistir de continuar el plan de campaña que le estaba marcado y evitar el estrecho de Torres. El comandante juzgó que la exploración inmediata de la costa meridional de la Nueva Bretaña, y de la septentrional de la Nueva Guinea, sería más provechosa para la ciencia.

La isla Rosel y el cabo de la Libertad fueron vistos, y se dirigió el rumbo a la Nueva Irlanda, a fin de reponer el agua y la leña consumidas.

Arribóse allí el 5 de julio, con un tiempo sombrío y lluvioso, y costó todas las penas del mundo poder distinguir la entrada del abra Carteret, donde d'Entrecasteaux había permanecido durante ocho días.

Los franceses recibieron la visita de unos veinte naturales, que parecían formar toda la población de aquella comarca. Manifestaban no tener inteligencia ni curiosidad ante tantos objetos, que les eran desconocidos.

Su exterior no hablaba mucho en favor suyo. Completamente desnudos, de color negro, de cabellos crespos y con el tabique de la nariz atravesado con un hueso, no manifestaron codicia más que por el hierro, sin comprender en apariencia, que no se les podía dar sino a cambio de frutas y de cerdos. Sombríos y desconfiados, rehusaron conducir a nadie a sus habitaciones. Durante aquella

recalada tan poco fructuosa, d'Urville fue violentamente atacado de una enteritis, que durante algunos días le hizo sufrir horriblemente.

El 19, el *Astrolabio* volvió a hacerse al mar y siguió la costa meridional de la Nueva Bretaña. Esta exploración fue contrariada por un tiempo lluvioso y brumoso, por chubascos y granizadas que obligaron al buque a separarse de la tierra, tanto como antes se había aproximado.

Es preciso, —dice d'Urville—, haberse hallado como nosotros y en igualdad de circunstancias en estos parajes, para formarse una idea justa de estos increíbles aguaceros, y es preciso también haber ejecutado los trabajos que nos estaban impuestos, para juzgar sanamente las zozobras e inquietudes que lleva consigo una navegación semejante. Raras veces nuestro horizonte se extendía a cien toesas de distancia, y las maniobras no podían ser sino muy inciertas, porque nuestra verdadera posición era un problema. En general, todo el trabajo que hicimos acerca de la Nueva Bretaña, a pesar de las fatigas y peligros que nos costó, está muy lejos de ser tan exacto como los demás reconocimientos de la compañía.

En la imposibilidad de volver a tomar el rumbo del canal de San Jorje, d'Urville debía pasar por el estrecho de Dampier, cuya embocadura, por la parte del Sur, está casi enteramente obstruida por una cadena de arrecifes, en los cuales el *Astrolabio* pasó rozando dos veces.

Como Dampier y de Entrecasteaux, d'Urville se entusiasmó ante el aspecto delicioso que presentaba la costa occidental de la Nueva Bretaña. Una costa sana, un suelo dispuesto en forma de anfiteatro; bosques de sombrío follaje o prados amarillentos y los dos pitones majestuosos del Monte Gloucester, daban a esta parte de la tierra una variedad, que todavía aumentaban las líneas onduladas de la isla Rook.

A la salida del canal se dibujaban con todo su esplendor las montañas de la Nueva Guinea, formando una especie de hemiciclo y una extensa bahía que recibió el nombre de golfo del *Astrolabio*. Las islas Solnten, la ensenada del Ataque, donde d'Urville tuvo que

rechazar una agresión de los naturales; la bahía Humboldt, la de Geelwinck, las islas de los Traidores, Tobías y Mysory, los montes Arsak, fueron sucesivamente reconocidos y rebasados, y el *Astrolabio* fue por fin a fondear al puerto Dorei, con objeto de unir sus operaciones a las de la Coquille.

En este lugar se entablaron pronto las relaciones amistosas con los papúes, que llevaban a bordo muchos pájaros del Paraíso, y gran cantidad de víveres frescos. Tímidos y sencillos estos naturales, no se aventuraban sino con repugnancia a penetrar en los bosques por temor a los arfakis, habitantes de las montañas y sus enemigos declarados. Uno de los marineros ocupados en hacer la aguada, fue herido con una flecha por uno de aquellos salvajes, al que no se pudo castigar por esta cobarde agresión, que nada, había podido motivar.

Aquí la tierra es por todas partes tan rica, que es suficiente removerla y quitar las malas yerbas para hacerla producir abundantes cosechas; más los papúes son tan perezosos y tan poco inteligentes en el cultivo, que las plantas alimenticias son frecuente mente ahogadas por las parásitas.

En cuanto a los habitantes, son de origen muy mezclado. D'Urville los divide en tres grandes variedades; los papúes, los mestizos, que se parecen poco más o menos a la raza malaya o polinesia, y los larfus o alfurús, que recuerdan el tipo ordinario de los australianos, neocaledonios, y en general de los oceánicos de la raza negra. Éstos debieron ser los verdaderos indígenas del país.

El 6 de setiembre, después de una recalada poco interesante, y durante la cual d'Urville no había podido proporcionarse sino muy pocos objetos de historia natural, que eran algunos moluscos, y menos aún informes preciosos sobre las costumbres, la religión y el idioma de las diversas razas de la Nueva Guinea, el *Astrolabio* se hizo de nuevo a la vela, dirigiéndose hacia Amboine, donde arribó sin accidente el 24 de setiembre.

Aunque el gobernador *Mr.* Merkus estaba ausente visitando el país, el comandante halló en aquel puerto todos los artículos que

necesitaba. Fue recibido de la manera más amistosa por las autoridades y los habitantes, que hicieron todo lo posible para que los franceses olvidasen las fatigas de una campaña tan larga como penosa.

Desde Amboine, d'Urville se dirigió a la Tasmania y Hobart Town, lugar que ningún buque francés había visto después de Baudin, y donde llegó el 17 de diciembre de 1827.

Treinta y cinco años antes d'Entrecasteaux no había encontrado en aquellas playas más que algunos salvajes miserables y diez años más tarde, Baudin no vio persona alguna.

La primer cosa que Dumont d'Urville supo al entrar en el río Dervenf, y antes de haber fondeado delante de Hubard Tow, que fue el capitán inglés Dillon había recogido en Tucopia noticias positivas acerca del naufragio de la Perouse en Vanikoro, y él mismo había llevado una guarnición de espada, que suponía haber pertenecido a aquel navegante. Al llegar a Calcuta, Dillon dio parte de su descubrimiento al gobernador, el cual, inmediatamente le había vuelto a enviar a aquellos sitios con el encargo de recoger los naufragos que existieran todavía, así como todo lo que aún quedara de los buques.

Puede calcularse con cuanto interés sabría d'Urville estas nuevas; él que había recibido las órdenes de reunir todos los documentos que pudieran dar alguna luz sobre la suerte del infortunado navegante, y que había adquirido en Namuka la prueba de la permanencia de *La Perouse* en el Archipiélago de los Amigos.

Las opiniones se hallaban divididas en la colonia inglesa acerca del crédito que debía darse al relato del capitán Dillon. Pero el informe que este oficial había dirigido al gobernador de la India, vino a disipar todas las dudas de d'Urville. Renunciando a sus proyectos ulteriores sobre la Nueva Zelanda, resolvió conducir el *Astrolabio* a Vanikoro, llamado Mullicólo por el capitán Dillon, y conocido de d'Urville por este último nombre.

Por lo demás, véase la narración de los hechos que hace Dillon.

Durante una recalada en las islas Fidji, el buque el Hunsler había recogido a un prusiano, Martin Bushart, su mujer y un lascar llamado Achovvliá, a quienes los naturales iban a devorar como habían devorado a todos los desertores europeos, establecidos en el archipiélago.

Estos desgraciados no pedían sino que los desembarcase en la primer isla habitada que encontrase le Hunster. Dejaronles en efecto en una de las islas Carlotas, en Tucopia a los 12° 15' de latitud S., y 169° de longitud.

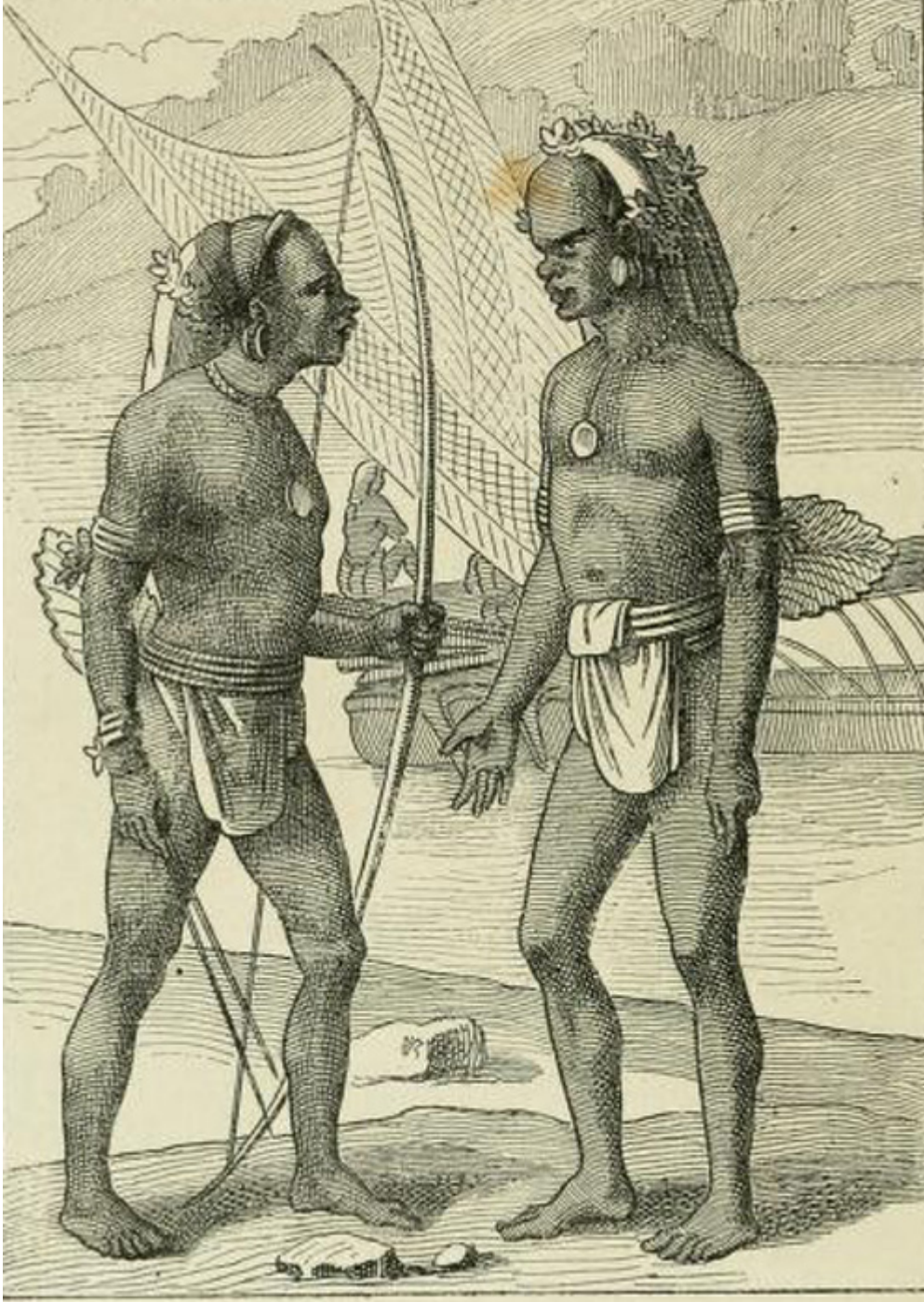
En el mes de mayo de 1826, Dillon que había formado parte de la tripulación del Hunster, deseoso de saber qué había sido de los marineros desembarcados en 1813 en Tucopia se aproximó a aquella isla.

En efecto, aun encontró allí al lascar y al prusiano. El primero le vendió un puño de plata de una espada. Dillon, naturalmente le preguntó como se la habían procurado los indígenas. El prusiano le dijo que a su llegada a Tucopia había encontrado cerrojos, hachas, cuchillos otros objetos de hierro, cucharas y una multitud de artículos, que le dijeron provenían de Mallicolo, grupo de islas situadas al oeste, separadas de Tucopia, solamente por dos jornadas de piragua.

Dillon, continuando en interrogar a los naturales supo que muchos años antes, dos buques habían sido arrojados sobre la costa de aquellas islas. El uno había perecido completamente con toda su tripulación pero los marineros del segundo construyeron con los restos del buque destruido, una embarcación pequeña, en la cual partieron, dejando en la isla algunos de ellos. El lascar aseguraba haber visto a dos de aquellos hombres, que por los servicios prestados a los jefes habían adquirido una notable influencia.

Dillon le propuso llevarlo a Mallicolo, no pudiendo conseguirlo; más el prusiano le acompañó hasta dejarlo a vista de ella, la cual es la isla de la Investigación de Entrecasteaux. Pero la calma y la falta de víveres habían impedido a Dillon detenerse en aquel punto.

Al llegar a Pondichery, el gobernador enterado de su relación puso a sus órdenes un buque destinado especialmente a practicar nuevas investigaciones.



Era esto en 1827. Dillon llegó a Tucopia donde se proveyó de intérpretes y de un piloto, pasando luego a Mallicolo. Allí supo de los indígenas que los extranjeros habían permanecido cinco meses en la isla, ocupados en construir un buque; siendo por otra parte considerados como seres sobrenaturales; opinión que su conducta singular había contribuido bastante a acreditar. Véaseles, en efecto, hablar con la luna y las estrellas por medio de un largo bastón; sus narices eran muy grandes; varios de ellos permanecían continuamente sobre un pie con una barra de hierro en la mano. Tal era el retrato que la imaginación hacía de las observaciones astronómicas, de los sombreros de tres picos y de los centinelas franceses.

Dillon recogió de los indígenas bastantes reliquias de la expedición. Divisó en el fondo del mar sobre el banco de coral donde había chocado el buque, cañones de bronce, una campana y restos de todo género, que reunió con gran veneración y condujo a París en 1828, donde el rey le concedió una pensión de cuatro mil francos, en recompensa de sus trabajos. Ya no había lugar a la duda y mucho menos cuando el conde de Lesseps, aquel compañero de La Pérouse que había desembarcado en Kamstíhatka, reconoció los cañones y la popa tallada de la Brújula y se descubrió además el escudo de armas de Colignon el botánico, en un candelero de plata.

D'Urville no debía enterarse hasta más adelante de estos últimos detalles tan curiosos como interesantes. Por el pronto no supo más que la primer noticia de Dillon.

Por casualidad, o más bien por temor de que alguno se le adelantara, había descuidado indicar la posición que ocupaba Vanikoro, y el camino que debía seguirse para llegar allí desde Tucopia. D'Urville juzgó que la isla debía pertenecer a los grupos de Banks o de Santa Cruz, tan desconocido el uno como el otro.

Pero antes de seguir al comandante, nos detendremos con él algún tiempo en Hubard Town que le pareció ya de una importancia notable.

Las casas son espaciosas, dice, y no constan generalmente más que de un solo piso, además del cuarto bajo; pero su limpieza y regularidad les dan un aspecto agradable. Las calles no están empedradas, siendo por esto muy fatigoso recorrerlas; algunas tienen, sin embargo, aceras; además, el polvo que continuamente se levanta es muy incómodo para la vista. El Palacio del Gobierno ocupa una buena posición a la orilla de la bahía. Aquella residencia ofrecerá dentro de algunos años mayores atractivos, si los árboles de que se la ha rodeado llegan a adquirir su completo desarrollo, pues los del país son muy poco a propósito para servir de adorno.

Aprovechóse el tiempo de esta recalada en hacer compra de víveres, y proveerse de áncoras y otros objetos de primera necesidad y que hacían suma falta así como en recorrer el buque y hacer una multitud de reparaciones indispensables en los aparejos.

El 6 de enero de 1828, el *Astrolabio* volvió a hacerse a la mar. El 20 levantó el plano de la isla Norfolk; seis días después el del pequeño volcán Mastew, el de Erronan el 28 y el 8 de febrero el de la pequeña isla Mitre, y a la mañana siguiente se colocó a la vista de Tucopia. Ésta es una isla de 3 o 4 millas de circuito, con un pico muy agudo cubierto de vegetación.

La banda oriental de este islote parece ser inaccesible, y está siempre batida por las olas.

La impaciencia de la gente se aumentaba y no conocía límites, cuando se vieron llegar tres piraguas, en una de las cuales iba un europeo.

Éste era el prusiano Busliart, como él mismo dijo que acababa de acompañar a Dillon a Mallicolo. Este último había permanecido cerca de un mes en aquel sitio, donde realmente había recogido los restos de la expedición, conforme habían informado a d'Urville en Hobard Town. Ya no quedaba más que un francés en la isla. El último había muerto en el año precedente. Bushart había aceptado primero el encargo de acompañar a d'Urville; pero en el momento crítico se negó a cumplir su promesa, y se negó a quedarse a bordo del *Astrolabio*.



Vanikoro se halla cercada de arrecifes, al través de los cuales hubo la fortuna de encontrarse, no sin peligro, un paso que permitió al *Astrolabio* fondear en la bahía de Ocili, la misma donde Dillon había también anclado. El sitio donde ocurrió el naufragio estaba situado en el extremo opuesto de la isla.

No fue fácil obtener noticias de los naturales, gente codiciosa, de mala fe, insolente y pérfida. Un viejo, sin embargo, acabó por declarar que al desembarcar los blancos en la playa de Vanu habían sido recibidos a flechazos; que a consecuencia de esto se había entablado una lucha, en que murieron muchos indígenas. Respecto a los «niraras» todos habían sido muertos y sus cráneos enterrados en Vanu.

Los demás huesos habían servido a los naturales para guarnecer sus flechas.

Envióse una canoa a la aldea de Ñama. La oferta de un pedazo de paño encarnado decidió a los indígenas después de muchas vacilaciones, a llevar a los franceses al lugar del naufragio. A una milla de tierra cerca de Payu y enfrente de Ambi, en el fondo de una especie de cortadura; en medio de las rompientes se advertían aquí y allá áncoras, balas, cañones y otra multitud de objetos, que no dejaron ya duda alguna en el ánimo de los oficiales del *Astrolabio*.

Era evidente para todos, que el buque había intentado introducirse salvando los arrecifes, por una especie de paso, y había encallado, sin poder desprenderse. Pero la tripulación había podido salvarse en Payu, y según la relación de algunos salvajes, había construido una pequeña embarcación, mientras el otro buque, encallado más lejos en los arrecifes, se había perdido con todos sus tripulantes.

El jefe Moembe había oído decir que los habitantes de Vanu, habían asaltado el buque con objeto de robarle, pero rechazados por los blancos, perdieron veinte hombres y tres jefes. Los salvajes a su vez habían asesinado todos los franceses que bajaron a tierra. Dos solamente, a quienes se perdonó la vida, habían permanecido en la isla por espacio de tres lunas.

Otro jefe llamado Valíko contaba que uno de los dos buques había encallado por la parte de afuera de los arrecifes, a la vista de Tanema y que después de una noche en que había soplado un viento fuerte, casi todos sus hombres habían perecido sin venir a tierra. Los maras del segundo buque desembarcaron en Payu,

donde construyeron otro buque pequeño con los restos del destruido. Durante su permanencia se suscitaron muchas disputas, y cinco habitantes de Vanu, uno de Tanema y dos maras habían sido muertos. Los franceses dejaron la isla al cabo de cinco lunas.

En fin, otro anciano aseguraba que unos treinta marineros del primer buque se habían unido a la tripulación del segundo, y que todos habían partido al cabo de seis o siete lunas.

Todas estas declaraciones, que hubo que arrancar, digámoslo así, a la fuerza, variaban en algunos detalles; las últimas versiones, sin embargo, parecían aproximarse más a la verdad.

En el número de objetos recogidos por el *Astrolabio*, figuraban un áncora de cerca de 1800 libras; un cañón corto de hierro fundido, un pedrero de bronce, un trabuco de bronce, dos galápagos de plomo y otros muchos objetos en bastante mal estado, y que ofrecían un interés muy escaso.

Estos objetos, así como los recogidos por Dillon, figuran hoy en el museo de Marina, instalado en las galerías del Louvre.

No quiso d'Urville dejar a Vanikoro sin levantar un epitafio a la memoria de sus desgraciados compatriotas. El modesto monumento fue colocado sobre el mismo arrecife en medio de un bosquecillo de manglares. Se componía de un prisma cuadrangular de seis pies de alto y caras de coral, coronado por una pirámide cuadrangular también, de la misma altura, de madera de kudi que sostiene una pequeña lámina de plomo, con la siguiente inscripción:

*A LA MEMORIA
DE LA PEROUSE
Y DE SUS COMPAÑEROS
EL ASTROLABIO
14 DE MARZO 1828.*

En cuanto se hubo terminado este trabajo, tomó d'Urville sus disposiciones para aparejar. Ya era tiempo porque la humedad, causada por las lluvias torrenciales, ocasionaba violentas

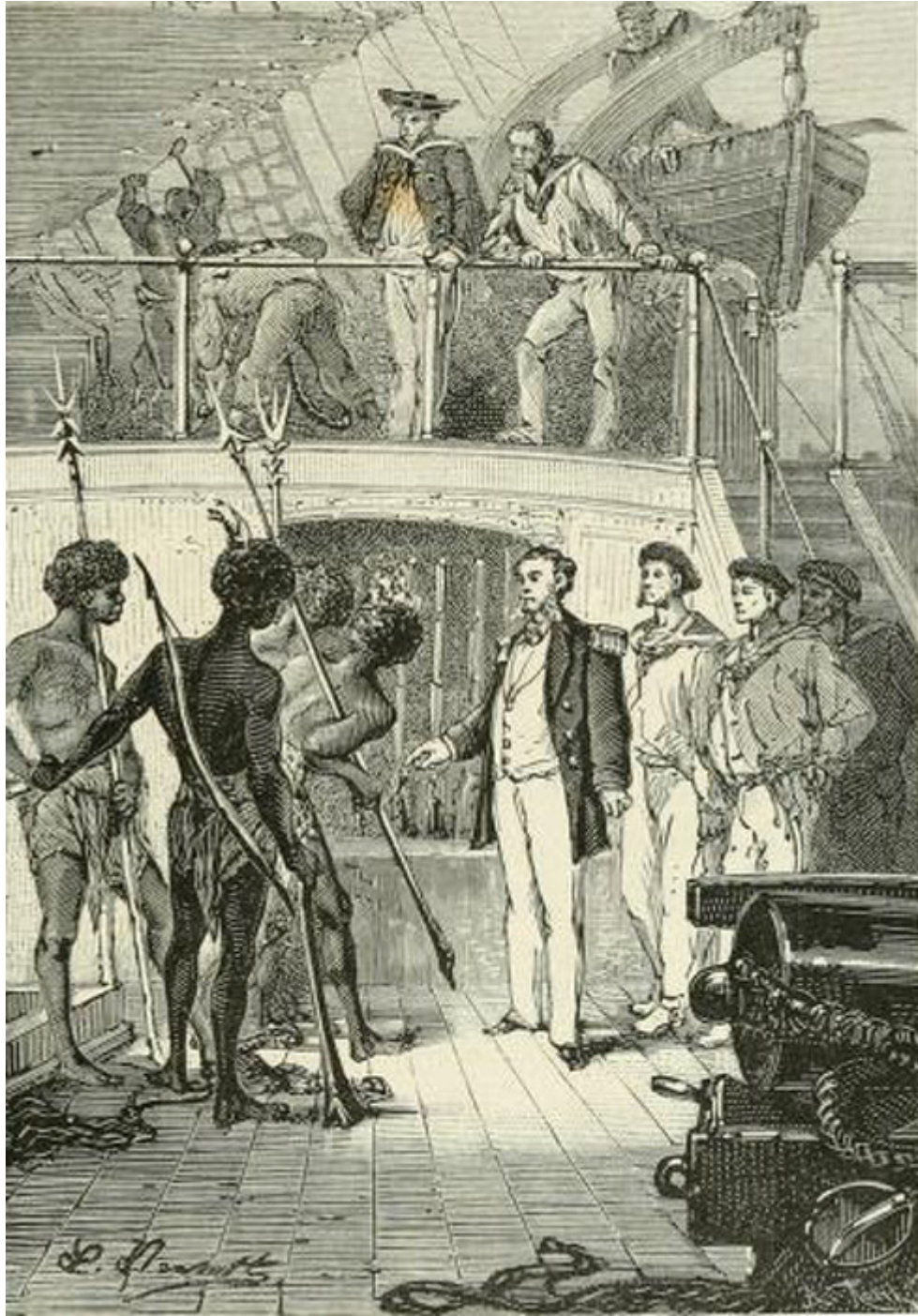
calenturas, que tenían en la enfriadera nada menos que veinticinco personas. Si el comandante quería conservar una tripulación capaz de ejecutar las penosas maniobras que exigía la salida por un paso estrecho y sembrado de escollos, debía apresurar la marcha.

El último día que el *Astrolabio* permaneció en Vanikoro, le hubiera demostrado si de ello hubiese habido necesidad, las verdaderas intenciones de los naturales. Véase como refiere d'Urville los últimos incidentes de aquella peligrosa estancia:

«Serian las ocho, cuando me quedé bastante sorprendido de ver venir hacia nosotros una media docena de piraguas de Tevai, tanto más cuanto que tres o cuatro habitantes de MaNevai que se encontraban a bordo, no parecieron asustarse ante su aparición, sin embargo de haberme dicho algunos días antes que los de Tevai eran sus mortales enemigos.

Manifesté mi sorpresa a los hombres de MaNevai, que no hicieron más que reírse de una manera equívoca, diciéndome que ya habían hecho la paz con los de Tevai, y que los que llegaban nos traían cocos.

Pero muy pronto advertí que no traían nada más que arcos y flechas en muy buen estado. Dos o tres de ellos subieron a bordo con un aire determinado y se aproximaron a la escotilla mayor para mirar al interior del sollado y cerciorarse del número de personas que había enfermas. Notábase una maligna alegría en sus diabólicas miradas. En este momento algunas personas de la tripulación me advirtieron que dos o tres hombres de MaNevai que se encontraban a bordo, ejecutaban la misma operación hacia tres o cuatro días. *Mr.* Gressien que desde por la mañana observaba sus movimientos, había creído ver los guerreros de las dos tribus, reunirse en la playa y tener entre ellos una animada conferencia. Semejantes maniobras anunciaban las más pérfidas intenciones y yo creí que el peligro era inminente. Al instante intimé a los naturales la orden de salir de la corbeta y volver a sus piraguas; tuvieron la osadía de mirarme con un aire fiero y amenazante, como desafiándome a que pusiera en ejecución mis órdenes.



Yo me contenté con mandar abrir la sala de armas, ordinariamente cerrada con cuidado, y con un aspecto severo se la mostré a los salvajes con una mano, ínterin que con la otra les indicaba sus piraguas. La vista repentina de veinte fusiles brillantes,

cuyos efectos conocían, les hizo temblar y nos libertó de su siniestra presencia».

Antes de abandonar este grupo de lamentable memoria, véanse algunos detalles tomados de la relación de d'Urville.

El grupo de Vanikoro, de Mallicolo o de *La Perouse*, como le llaman Dillon, consta de dos islas, la de la Investigación y Tevai. La primera no tiene menos de treinta millas de circunferencia, y la segunda no cuenta más que nueve. Las dos son altas, y estas cubiertas hasta las orillas del mar de bosques impenetrables y cercadas por una barrera de arrecifes de treinta y seis millas de circunferencia, cortada por raros y estrechos pasos. El número de habitantes no debe elevarse más allá de mil doscientos a mil quinientos individuos, perezosos, repugnantes, estúpidos y feroces, cobardes y codiciosos. Fue, en efecto, para la Perouse la mayor de las desgracias haber ido a zozobrar en medio de tal población, cuando hubiera tenido una acogida muy diferente en cualquier isla de la Polinesia.

Las mujeres son naturalmente horrorosas; pero las fatigas que soportan y los atavíos que usan, no son para darles, en verdad, un aspecto menos desagradable.

Los hombres son un poco menos feos, aunque pequeños, flacos y cubiertos de úlceras y manchas de lepra. Sus armas son el arco y las flechas. Al decir de los naturales, estas últimas que son de bambú, armadas de una punta de hueso muy fina y aguda, soldada por medio de una resina muy tenaz, causan heridas mortales. Por esto las tienen en mucha estima y costó mucho trabajo a los viajeros proporcionarse alguna de estas armas.

El 17 de marzo el *Astrolabio* se encontró por fin fuera de los terribles arrecifes que forman el cinturón de Vanikoro. La intención de su comandante era reconocer las islas Taumako, Kennedy, Nitendi y las de Salomón, donde esperaba encontrar vestigios del naufragio de los supervivientes de la Brújula y del *Astrolabio*. Pero, la triste situación de la tripulación debilitada por la fiebre; la enfermedad de la mayor parte de los oficiales, y la carencia de un

fondeadero seguro en aquella parte de la Oceanía, le determinaron a dirigirse hacia Guajam, donde según él le sería posible encontrar algún descanso.

Esto era una infracción bastante grave de sus instrucciones, que le prescribían el reconocimiento del estrecho de Torres. Pero la falta de cuarenta marineros, postrados en cama, bastaba para probar la locura de tan peligrosa tentativa.

El 26 de abril se divisó el archipiélago Hogoleu, donde d'Urville llenó la laguna que había dejado Duperrey en su exploración y el 2 de mayo fueron reconocidas las costas de Guajam. La recalada se hizo en Unata, donde había medios para hacer fácilmente una buena aguada y donde el clima era más templado que en Agaña. Sin embargo, cuando en 29 de mayo la expedición se hizo a la vela, los enfermos estaban muy lejos de hallarse curados, lo que Dumont d'Urville atribuye a los excesos que habían hecho en el uso de alimentos y a la imposibilidad de sujetarlos a un régimen conveniente.

aún era gobernador de Guam el buen Medinilla de quien Freycinet había hecho tantos elogios. Si esta vez no se mostró tan agasajador con los expedicionarios, fue porque una terrible sequía acababa de asolar la colonia; además había corrido el rumor de que la enfermedad de que estaba atacada la marina del *Astrolabio* era contagiosa; y por último Umata se hallaba bastante lejos de Agaña y d'Urville no pudo visitar al gobernador en su residencia.

No obstante, Medinilla envió a bordo víveres frescos y cantidad de frutas, no desmintiendo entonces su generosidad acostumbrada.

Saliendo de Guajam, d'Urville reconoció desde el buque en las Carolinas occidentales, los grupos de Elivi, Uluthu de Lutaé, Guap, Gulu, Pollew, viéndose obligado por los vientos a pasar a la vista de Waigiú, de Aiua de Asia y de Guebel, viniendo a dar en el estrecho de Buru y anclando, en fin, en Amboine, donde obtuvo una cordial acogida por parte de las autoridades holandesas. El comandante encontró allí noticias de Francia. El ministerio parecía no hacer ningún caso de los trabajos, fatigas y peligros de la expedición,

porque a pesar de las propuestas de d'Urville, ningún oficial había recibido ascenso.

Cuando fueron conocidas estas noticias, causaron cierto disgusto y desaliento, que el comandante se dio prisa a combatir.

Desde Amboine pasó el *Astrolabio* a Manado por el estrecho de Banka. Éste es un sitio muy agradable, donde se vé un fuerte bien construido y defendido por cañones. El gobernador Markus proporcionó a d'Urville hermosos barbirojo, un sapiutang, animal del tamaño de una vaca pequeña, a quien se parece en el hocico y las patas, y que tiene dos cuernos vueltos hacia atrás; serpientes pájaros, peces y plantas que enriquecieron las colecciones de historia natural.

Según d'Urville, el exterior de los habitantes de Célebes, se aproxima más al de los polinesios que al de los malayos, y le pareció encontrar en ellos los tipos de Tahití, de Tong Tabu y la Nueva Zelanda, más bien que los de los Papuns del abra Dorei, de los Harfus de Buru o las fisonomías cuadradas y huesosas de los malayos.

En las inmediaciones de Manado había minas de cuarzo aurífero, de que el comandante adquirió una muestra, y un lago situado en el interior y cuya profundidad se decía que era inmensa. Éste es el lago Tondano, de donde sale un torrente considerable, el Manado, que antes de desembocar en el mar, forma una magnífica cascada. El río, obstruido por una roca de basalto, se ha abierto una salida, y lanzándose con violencia en forma de un inmenso canastillo, se sumerge en un precipicio de más de 80 pies de altura.

D'Urville, acompañado del gobernador y de los naturalistas de la expedición, fue a visitar aquel hermoso lago, que está cercado de montañas volcánicas, en las cuales se advierten todavía algunas humaredas. Respecto a su profundidad, redúcese a 12 o 13 brazas, uniformemente, tanto, que si se desecase, formaría un plano perfectamente unido.

El 4 de agosto se dejó el fondeadero de Manado, que había sido poco favorable para la curación de las fiebres y disenterías de la

expedición, la cual llegó el 29 del mismo mes a Batavia, donde sólo permaneció tres días.

Desde aquel momento hacia su regreso a Francia, el *Astrolabio* sólo navegó por mares conocidos. Tocó en la isla de Francia, donde d'Urville encontró al comandante Le Goarant, que con la corbeta *La Bayonesa*, había hecho una expedición a Vanikoro.

Supo que este oficial no había intentado siquiera penetrar en el interior del arrecife, contentándose con enviar sus embarcaciones al reconocimiento.

Los naturales habían respetado el monumento erigido a la memoria de *La Perouse*: y no consintieron, sino con mucho trabajo, que los marineros de *La Bayonesa* clavasen en él una medalla de cobre.

El 18 de noviembre la corbeta salió de la isla de Francia; se detuvo en el Cabo, en Santa Elena y en la Ascensión, y el 25 de marzo de 1829 llegó a Marsella, treinta y cinco meses justos, después de su partida.

Sólo con respecto a la hidrografía, los resultados de la expedición eran muy notables, contándose nada menos que cuarenta y cinco mapas nuevos, debidos al infatigable trabajo de MM. Gressien y Paris.

En cuanto a la historia natural, nada podrá dar mejor idea de la riqueza de la cosecha presentada, que las siguientes líneas de la relación de Cuvier.

«Los catálogos las cuentan por millares (las especies debidas a MM, Quoy y Gaimard), y nada prueba mejor la actividad de nuestros naturalistas, que el apuro en que se encuentra la administración del Jardín del Rey, para colocar todo lo que han producido las últimas expediciones, y en particular, la de que damos cuenta. Ha sido forzoso descender al piso bajo, casi hasta los subterráneos; y los almacenes se encuentran hoy tan atestados, ésta es la verdadera palabra, que ha habido que dividirlos por medio de tabiques para multiplicar los sitios».

Las colecciones de geología, no eran menos numerosas; ciento ochenta y siete especies o variedades de rocas atestiguaban el celo de MM. Quoy y Gaimard; Mr. Lesson, menor, había reunido mil quinientas o mil seiscientas. El capitán Jacquinet, por su parte, había hecho gran número de observaciones astronómicas, Mr. Lottin había estudiado el magnetismo, y por último, el comandante, sin descuidar sus deberes de marino y de jefe de expedición, se había ocupado en hacer experimentos sobre la temperatura submarina y la meteorología, y había acopiado un caudal inmenso de noticias de filología y de etnografía.

Para terminar el relato de esta expedición, no podemos menos de consignar el pasaje siguiente de las memorias de Dumont d'Urville, que reproduce la biografía Didot.

«Esta arriesgada campaña ha sobrepujado a todas las que habían tenido efecto hasta entonces, por la frecuencia y la inmensidad de los peligros que en ella se han corrido, como por el número y la extensión de los resultados de todo género obtenidos. Mi voluntad de hierro no me ha permitido retroceder jamás delante de ningún obstáculo. Tomado una vez mi partido de perecer o de salir bien de la empresa, no he vacilado nunca ni he tenido la menor incertidumbre. Veinte veces he visto al Astrolabio a punto de perderse, sin conservar en el fondo del alma la más leve esperanza de salvación. Mil veces he comprometido la existencia de mis compañeros de viaje, por llenar el objeto de mis instrucciones, y durante dos años consecutivos puedo afirmar que hemos corrido cada día más peligros reales, qué los que ofrece la más larga campaña en la navegación ordinaria.

»Los oficiales, valientes y llenos de honor, no se ocultaban los peligros a que diariamente les exponía; pero guardaban silencio, y cumplían noblemente su deber».

De este concierto admirable de esfuerzos y sacrificios, resultó un prodigioso caudal de descubrimientos, de materiales y de observaciones útiles para todos los conocimientos humanos, de los que MM. de Rossel, Cuvier, Geoffroy Saint Hilaire, Desfontaines, etc., jueces sabios e imparciales, dieron entonces cuenta exacta.

CAPÍTULO PRIMERO

POLO SUR

Otro circunnavegante ruso; Bellingshausen. — Descubrimiento de las islas Traversey, Pedro I y Alejandro I. — El ballenero Weddell. — Las Orcadas australes. — La Georgia del Sur. — El nuevo Shetland. — Los habitantes de la Tierra del Fuego. — John Biscoe y las Tierras de Endervy y de Grahari. — Carlos Wilkes y el continente antártico. — El capitán Balleny. — Expedición de Dumont d'Urville en el *Astrolabio* y la *Celee*. — Coupvent Desbois en el Pico de Tenerife.—El estrecho de Magallanes. — Una nueva oficina de Correos. — Encerrado entre los hielos. — La tierra de Luis Felipe. — A través de la Oceanía. — Las Tierras Adelina y Clara. — La Nueva Guinea y el estrecho de Torres. — Vuelta a Francia. — James Clarke Ross. — La Tierra Victoria.

Ya hemos tenido ocasión de hablar de las regiones antárticas y de las exploraciones hechas en el siglo XVI, y a fines del XVII, por varios navegantes, casi todos franceses, entre los cuales debemos citar a La Roche, descubridor de la Nueva Georgia, en 1675, Bouvet, Kerguelen, Marion y Crozet. Desígnanse, con el nombre de Tierras Antárticas, todas las islas diseminadas en el Océano, que llevan el nombre de los Navegantes, y además las del Príncipe Eduardo, de Sándwich, de la Nueva Georgia, etc., etc.

En aquellos sitios fue donde Guillermo Smith, comandante del bergantín Guillermo, que iba de Montevideo a Valparaíso, descubrió en 1818 las Shetland del Sur, tierras áridas y desnudas, cubiertas de nieve; o sobre las cuales jugueteaban inmensas manadas de becerros marinos, cuya piel sirve para abrigos, y que hasta entonces no se habían encontrado más que en los mares del Sur.



Ante tal noticia, los buques balleneros se apresuraron a visitar las costas nuevamente reconocidas, y se calcula que en 1821 y 1822, fueron cogidos en aquel archipiélago trescientos veinte mil terneros marinos, y la cantidad de aceite de elefante de mar puede calcularse en el mismo tiempo en novecientas cuarenta toneladas.

Pero, como indistintamente se habían matado machos y hembras, muy pronto aquellos nuevos terrenos de caza, quedaron completamente agotados. En poco tiempo se levantó entonces el plano de las doce islas principales y de las innumerables rocas casi enteramente despojadas de vegetación, que componen este archipiélago.

Dos años después, Botwell descubrió las Orcadas meridionales; luego, bajo las mismas latitudes, Palmer y otros balleneros, entrevieron o creyeron reconocer tierras que recibieron los nombres de Palmer y de la Trinidad.

Descubrimientos más importantes iban a hacerse en esas regiones hiperbóreas, y las hipótesis de Dalrimpe, Buffon y otros sabios del siglo XVII sobre la existencia de un continente austral en contraposición de las tierras del polo Norte, iban a recibir una confirmación inesperada, merced a los trabajos de aquellos intrépidos exploradores.

La Rusia se encontraba hacia algunos años, en un periodo muy claramente marcado de fomento de la marina nacional y de indagaciones científicas. Ya hemos hablado de los interesantes viajes de sus circunnavegantes, pero aún nos queda que hablar de Bellingshausen y de su viaje alrededor del mundo, a causa del importante papel que ha hecho en la exploración de los mares antárticos.

Los dos buques, el Vostok, capitán Bellingshausen y el Mirni, mandado por el teniente Lazarew, salieron de Cronstadt el 3 de julio de 1819, para los mares polares del S.

El 15 de diciembre, reconocieron la Georgia meridional y siete días después, descubrieron al S. E., una isla volcánica, a la que dieron el nombre de Traversey, y cuya posición fijaron a 52° 15' de latitud y 27° 21" de longitud, al O. del meridiano de París.

Siguiendo al E. durante 400 millas, bajo los 60° hasta el meridiano 187, corrieron derechos al S. hasta el grado 70 de latitud, allí donde una barrera de hielo les cortó el camino, impidiéndoles pasar más adelante.

Bellingshausen, no dándose por vencido, picó al Este con frecuencia en el interior del Círculo Polar: más a los 44°, Este, se vio precisado a volver hacia el Norte. A 40 millas de distancia, se extendía un gran territorio, que un ballenero, encontrando el camino franco, debía descubrir doce años después.

Descendiendo hasta los 62° de latitud, Bellingshausen hizo otra vez rumbo al E., sin encontrar obstáculos: llegó a los 30° de longitud E. y el 5 de marzo de 1820, se dirigió hacia Puerto Jackson, para reparar sus averías.

Todo el verano le destinó el navegante ruso, a cruzar los mares oceánicos, en los que descubrió hasta diez y siete islas nuevas. De vuelta a Puerto Jackson, volvió a salir para una nueva expedición, el 31 de octubre.

Los dos buques reconocieron primero las islas Macquarie; después, corlando el grado 60 de latitud por los 160 de longitud E., corrieron al E. entre los 64 y 68°, hasta los 93 de longitud O. El 9 de enero de 1821, Bellingshausen llegó al grado 70 de latitud y al día siguiente descubrió a los 69° 30' y 32° 20' de longitud O., una isla que recibió el nombre de Pedro I, tierra la más meridional que se conoció hasta entonces. Luego a 15° al E. y casi bajo el mismo paralelo, tomó conocimiento de una nueva tierra que fue llamada Tierra de Alejandro I, la cual distando apenas 200 millas de la Tierra de Graham, debe unirse a ésta, si hemos de creer a Krusenstern, porque entre estas dos islas la mar se muestra constantemente incolora, además de otros indicios que parecen confirmar aquella opinión.

De allí los dos buques hicieron rumbo al N. y pasando a la vista de la tierra de Graham, volvieron a tocar en la Nueva Georgia en el mes de febrero y llegaron a Cronstadt en el mes de julio de 1821, a los dos años justos de su salida, sin haber tenido más pérdida que la de tres hombres, en una tripulación de doscientos marineros.

Hubiéramos querido dar detalles más completos sobre aquella interesante expedición: pero no hemos podido encontrar la relación original, publicada en ruso en San Petersburgo, y hemos tenido que

contentarnos con el resumen publicado el Boletín de la Sociedad geográfica de 1837.

En la misma época, un contramaestre de la marina real, James Weddell, recibía por cuenta de una casa de comercio de Edimburgo, el mando de una expedición encargada de recoger pieles de becerros marinos, en los mares del S., donde debía permanecer dos años. Componíase del bergantín *Jane*, de 160 toneladas, capitán Weddell, y de la balandra *Beaufort*, de 63 toneladas, mandado por Mateo Brisbane.

Los dos bajeles salieron de Inglaterra el 17 de setiembre de 1822; llegaron a Buenavista, una de las islas de Cabo Verde y fondearon el 11 de diciembre siguiente en el puerto de Santa Elena, en la costa oriental de la Patagonia, donde se hicieron útiles observaciones respecto a la posición de aquel puerto.

Weddell volvió a hacerse a la mar el 27 de diciembre y haciendo rumbo al S. E. llegó el 12 de enero a la vista de un archipiélago, al que dio el nombre de Orcadas australes. Aquellas islas están situadas a los 60° 43' de latitud S. y 45° de longitud al O. del meridiano de Greenwich.

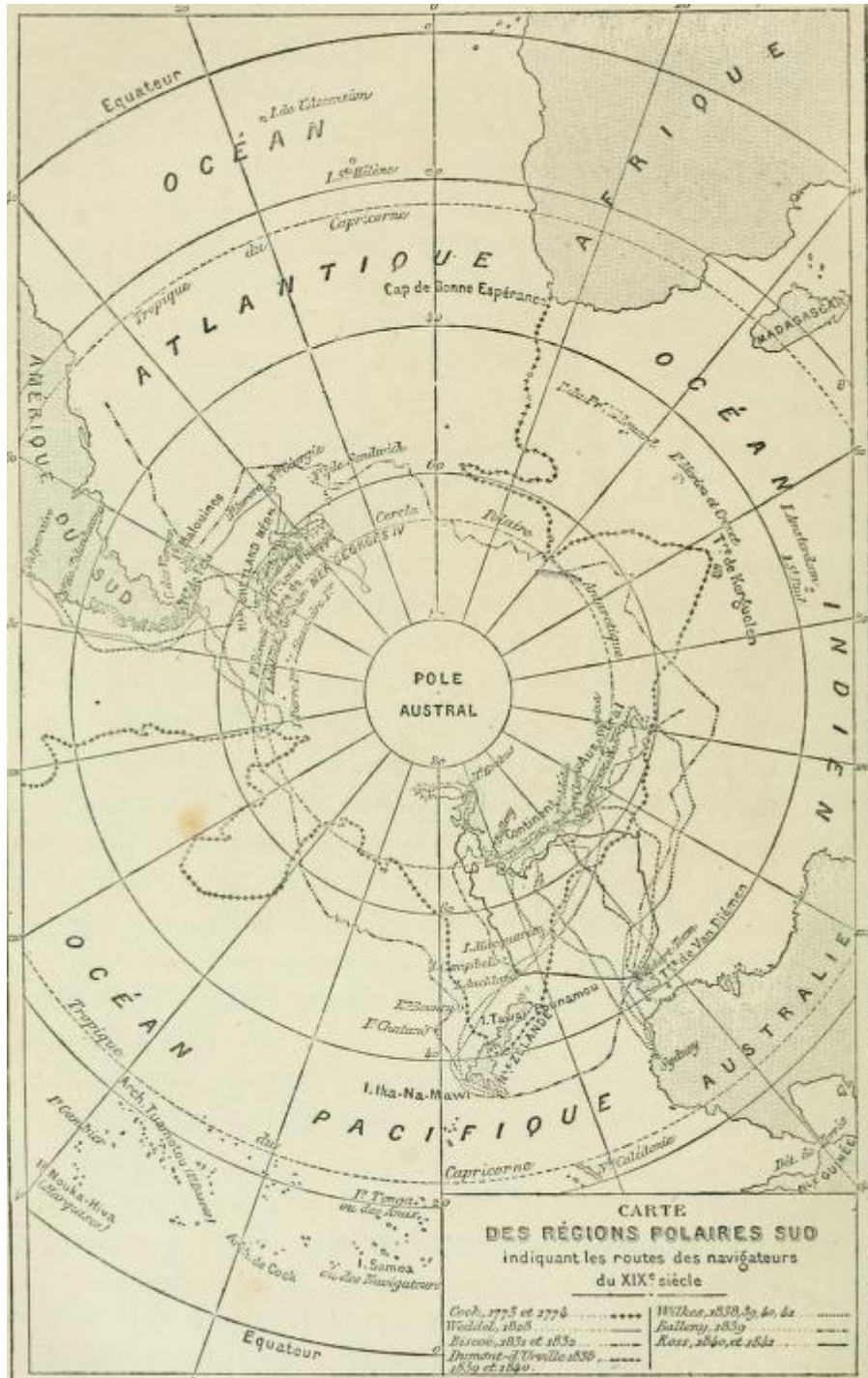
Este pequeño grupo presentaba, —según dice el navegante—, una apariencia más espantosa que la Nueva Shetland. A cualquier lado que se dirigiera la vista, no se descubrían más que puntas agudas de rocas áridas, que surgían de un mar agitado, sobre el cual entrechocaban con un ruido semejante al del trueno enormes masas de hielos flotantes. Los peligros que corren los buques en estos sitios, son continuos y en los once días que Weddell pasó en él a la capa levantando detalladamente el plano de las islas, islotes y rocas de este archipiélago, no tuvo la tripulación un momento de descanso, viéndose constantemente a punto de perecer.

Recogiéronse muestras de los principales estratos de aquellas islas, que puestas a la vuelta en manos del profesor Jameson de Edimburgo, se reconocieron como rocas primitivas y volcánicas.

Weddell se internó después hacia el S. Atravesó el Círculo Polar por los 30° E. de Greenwich y no tardó en encontrar muchas islas de

hielo. Cuando hubo pasado de los 70° grados de latitud, estas últimas aparecieron en menor número y acabaron por desaparecer completamente; el tiempo se suavizó, los pájaros reaparecieron volando en torno de la nave, mientras que grupos de ballenas retozaban en la estela que dejaba la embarcación. Esta suavidad singular e inesperada de la temperatura sorprendió a toda la gente, tanto más cuanto que se aumentaba a medida que se internaban hacia el Sur. Las circunstancias eran tan favorables, que Weddell, a cada momento esperaba descubrir cualquier tierra nueva. Sin embargo, nada de esto ocurrió.

El 20 de enero la embarcación se encontraba a los 36° de longitud y 74° 13' de latitud.



«De muy buena gana, —dice Weddell—, hubiera explorado la banda S. O. pero considerando lo avanzado de la estación, y que teníamos para volver que atravesar 1000 millas de un mar sembrado de islas de hielo, no pude tomar mejor partido que aprovechar el viento favorable para la vuelta».

No descubriendo ningún indicio de la tierra en aquella dirección y soplando con gran fuerza el viento del S., Weddell volvió atrás hasta el grado 58 de latitud y avanzó al E, hasta 100 millas de la tierra de Sándwich. El 7 de febrero puso otra vez la proa al S.: atravesó un banco de hielo de cincuenta millas de ancho y el 20 de febrero llegó a los 74° 15' de latitud.

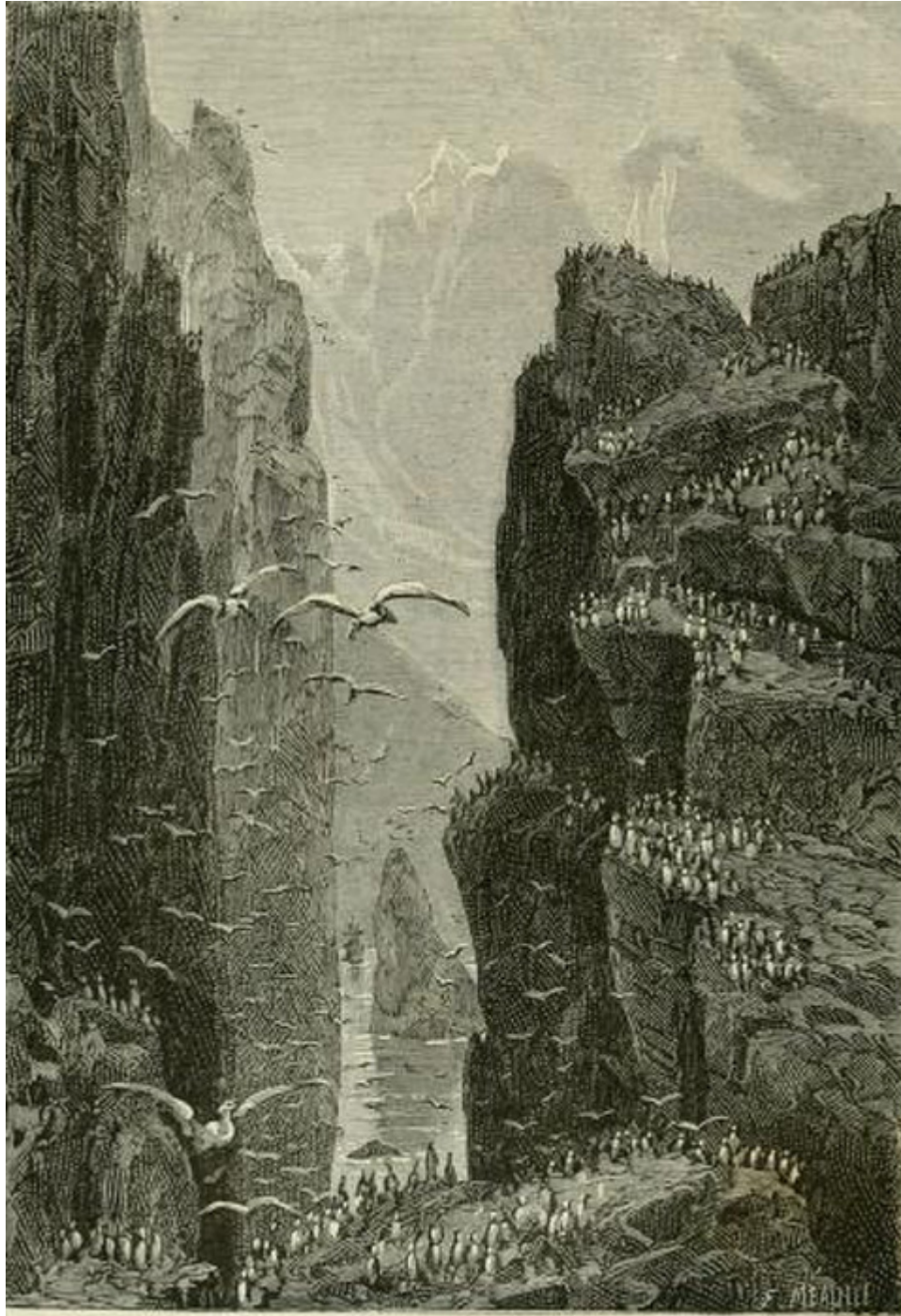
De lo alto de los mástiles no se divisaba más que un mar libre con cuatro islas de hielo a la vista.

Aquellas excursiones hacia el S., habían dado resultados inesperados. Weddell se había internado hacia el polo 214 millas más lejos que todos sus predecesores, incluso Cook. Puso el nombre de Jorge IV a aquella parte del mar antártico que había explorado. Cosa singular y sobre la cual conviene insistir; los hielos habían disminuido a medida que se penetraba más adelante hacia el S.; las nieblas y las tempestades eran continuas: la atmósfera estaba diariamente cargada de una humedad compacta; la mar era profunda, abierta y la temperatura singularmente suave.

Otra observación preciosa: los movimientos de la brújula eran tan lentos bajo aquellas latitudes australes, como lo eran en las regiones árticas, según había observado Parry.

Los dos buques de Weddell, separados por la tempestad, se reunieron en la Nueva Georgia, después de una peligrosa navegación de 1200 millas al través de los hielos. Aquella isla, descubierta por La Roche en 1675, visitada en 1756 por el bajel El León, no estuvo realmente conocida hasta la exploración verificada por Cook. Los pormenores que suministraba en su relación acerca de la abundancia de becerros marinos y de focas, habían determinado a muchos armadores a frecuentarla. Éstos eran particularmente ingleses y norteamericanos, que llevaban las pieles de los animales muertos a la China, donde no las vendían a menos de 25 a 30 francos la pieza. En algunos años, el número de las pieles de becerros marinos, se elevó a un millón doscientas mil. Así, aquella raza de animales había quedado punto menos que extinguida.

«La longitud de la Georgia meridional, —dice Weddell—, es de cerca de 30 leguas y su mediana anchura de tres. Se encuentra, por decirlo así, tan festoneada de bahías, que en algunos parajes parecen tocarse por los dos bordes de sus pequeños fondeaderos. Las cumbres de las montañas son muy escarpadas y siempre están cubiertas de nieve. En los valles, la vegetación no carece de fuerza durante el estío, notándose una especie de forraje, cuyos tallos muy vigorosos, se elevan a dos pies de altura por lo regular.



»No se ven cuadrúpedos; pero en cambio la isla está poblada de aves y de animales anfibios.

»Encuéntranse bandas inmensas de pingüinos o pájaros bobos, que se pasean por la playa con aire fiero y la cabeza levantada. Se diría, recordando la expresión de un antiguo navegante, *sir John*

Narborough, que eran una tropa de muchachos, con sus delantales blancos. Se ve también gran cantidad de albatros, aves que miden 16 o 17 pies de ala a ala cuando las tienen extendidas, y cuyo volumen se reduce a la mitad, al despojarles de sus plumas».

Weddell, visitó igualmente la Nueva Shelland, e hizo constar que la isla Bridgeman, que forma parte de este archipiélago, es un volcán en actividad todavía. No le fue posible desembarcar, porque todos los puertos estaban bloqueados por los hielos, y tuvo que dirigirse a la Tierra del Fuego.

Durante los dos meses que permaneció allí, reunió preciosas observaciones sobre las ventajas que aquella costa ofrece a los navegantes, y pudo adquirir nociones exactas acerca del carácter de sus habitantes.

Levántanse en el interior algunas montañas siempre cubiertas de nieve, de las cuales, la más elevada, no parece exceder de 3000 pies. Weddell no pudo descubrir el volcán que habían observado otros viajeros, y particularmente Basil Hall en 1822, pero recogió alguna cantidad de lava, procedente de él.

Por lo demás, no podía caber duda acerca de su existencia, porque Weddell, en otro viaje hecho en 1820, consignó que el cielo se encontraba tan rojo por encima de la Tierra del Fuego, que no podía atribuirse esta coloración extraordinaria más que a una erupción volcánica.

Hasta entonces, los viajeros que habían visitado la Tierra del Fuego, no estaban acordes sobre la temperatura de esta región polar. Weddell atribuye las divergencias a las diferentes épocas en que cada extranjero había estado allí a la diversidad de vientos que reinaron. Según dice, si el viento sopla del S., el termómetro no pasará nunca de dos o tres bajo cero, y si por el contrario, viene del N., hace tanto calor como por el mes de julio en Inglaterra.

Los animales cuya presencia hace constar el navegante eran perros y nutrias, únicos cuadrúpedos del país, en su concepto.

Las relaciones con los naturales fueron siempre cordiales. Éstos, al principio rodearon el buque sin atreverse a subir, aunque no

tardaron en familiarizarse. Las mismas escenas que se han descrito cuando el paso del primer buque por el estrecho, se fielmente, a pesar del tiempo transcurrido. Del pan, del vino de Madera y de la carne de vaca que se les presentó, los indígenas sólo tocaron a lo último. Para ellos, los objetos de más valor eran el hierro y los espejos, delante de los cuales se pusieron a hacer gestos y contorsiones que divertieron mucho a la tripulación.

Por lo demás, su equipo sólo bastaba para excitar la alegría. Con su pintura negra como el azabache, sus plumas azules y su rostro, surcado de líneas paralelas blancas y encarnadas, como una tela de colchón, tenían una fisonomía sumamente grotesca y que excitaba las bromas y risas de la tripulación.

Muy pronto, poco satisfechos con los pedazos de aro de tonel que se les habían dado, y figurándoseles mezquinos aquellos regalos ofrecidos por personas que poseían tantas riquezas, se pusieron a coger todo lo que les parecía conveniente. Fácilmente se reprimieron los robos, que dieron por resultado más de una escena chistosa, y que permitieron admirar la pasmosa facultad de imitación de aquellos salvajes.

«Un marinero había dado a uno de ellos, —cuenta Weddell—, una taza de estaño llena de café, que aquél bebió inmediatamente guardándose la taza».

Cuando el marinero notó la desaparición del objeto le reclamó vivamente; más a pesar de la severidad de su aspecto, nadie se presentó a devolver la taza robada. Después de haber empleado todos los medios imaginables, furioso el hombre y tomando una actitud trágica, grita con fuerte voz. — «Canalla cobriza, ¿qué has hecho de mi taza?».

El salvaje, imitando su actitud, repitió en inglés y con el mismo tono:

—«Canalla cobriza, ¿qué has hecho de mi taza?».

La imitación fue tan exacta y tan pronta, que toda la tripulación soltó la carcajada excepto el marinero, que arrojándose sobre el ladrón, le registró, y encontró su taza de estaño.

Viviendo en un clima riguroso, sin ropas, sin alimentos, en medio de estériles montañas y careciendo de animales que les puedan facilitar una alimentación sustanciosa que les conforte, los habitantes de la Tierra de Fuego, yacen en un completo estado de embrutecimiento. La caza no les facilita los recursos necesarios, y la pesca no les da ni siquiera los indispensables; tienen que aguardar, por lo tanto, a que la tempestad arroje sobre la costa algún gran cetáceo, que devoran crudo sin tomarse siquiera el trabajo de hacer cocer la carne.

En 1828, el buque *El Chanticleer*, mandado por Enrique Foster, fue encargado de hacer observaciones sobre el péndulo para la determinación de la figura de la tierra. La expedición duró tres años, y terminó por la muerte de su comandante, que se ahogó en el río de Chagres en 1831. Hemos hablado de esto, únicamente porque el 5 de enero de 1823, este buque reconoció y exploró el grupo de las Shetland meridionales. El comandante en persona bajó con gran trabajo a una de las islas donde recogió algunas muestras de las sienitas que componen el suelo, y una pequeña cantidad de nieve rojiza, semejante a la que varios exploradores habían encontrado en los sitios del polo norte.

Pero el reconocimiento que encierra un vivísimo interés es el que efectuó en 1830 el ballenero John Biscoe.

El bergantín *Tula*, de 148 toneladas, y la balandra *Lively*, salieron bajo sus órdenes del puerto de Londres el 14 de julio de 1830. Los dos buques pertenecían a los señores Enderby, estaban armados para la pesca de focas y provistos de todos los objetos convenientes para aquella larga y penosa navegación.

Pero las instrucciones que Biscoe había recibido, le prescribían además que procurase hacer algún descubrimiento en los mares antárticos.

Los buques tocaron en las Malvinas, de donde partieron el 27 de noviembre, buscaron en vano las islas de la Aurora y se dirigieron hacia la tierra de Sándwich, cuya punta septentrional doblaron el 11 de enero de 1831.

Al llegar al paralelo cincuenta y nueve encontraron hielos compactos que les obligaron a abandonar el rumbo del Sudoeste, dirección en la que se notaban señales de la proximidad de la tierra. Entonces fue preciso volver al E., siguiendo la extremidad del banco de hielo, hasta los 9° 34' de longitud occidental. Hasta el 16 de enero no pudo Biscoe cortar el paralelo sesenta Sur. Cook en 1775 había encontrado un mar libre en un espacio de 250 millas, allí donde Biscoe se encontró detenido por una barrera impenetrable de hielo.

Continuando su rumbo al S. E., hasta los 68°, 51' de latitud, y 10° de longitud oriental, el navegante no había podido menos de quedarse sorprendido de la decoloración del agua, de la presencia de varios aguilucho y de palomas del Cabo, y en fin, de la dirección del viento que soplaba S. S. E.: indicios seguros de la proximidad de una grande tierra.

Pero los hielos le impidieron el acceso al S., y así tuvo que proseguir el rumbo al E., acercándose más al círculo polar.

«En fin, el 27 de Febrero, —dice Desborough Cooley— a los 65° 57' S. y 45° de longitud oriental, vio muy distintamente una tierra de una extensión considerable, montañosa y cubierta de nieve, a la que impuso el nombre de Enderby. Todos sus esfuerzos se dirigieron desde entonces a abordarla; pero se hallaba completamente cercada por los hielos, que impedían el acceso. En el ínterin, un inesperado golpe de viento que vino a separar los dos bajeles, los arrastró al S. E., teniendo aún largo tiempo a la vista la misma tierra que ofrecía de E. a O. una extensión de más de 200 millas. Pero el mal tiempo y el deplorable estado de la salud de la tripulación obligaron al capitán Biscoe a dejarse llevar hasta la tierra de Van Diemen, donde no pudo reunirse con el *Lively* hasta algunos meses después».

Los exploradores fueron testigos varias veces del brillante espectáculo de la aurora austral, con sus deslumbrantes resplandores; espectáculo maravilloso que es difícil olvidar.

Por la primera vez, —dice Biscoe—, los brillantes reflejos de la aurora austral, aparecieron sobre nuestras cabezas en forma de magníficas columnas; después tomaron de repente la apariencia de una franja de tapicería, y un instante después se agitaban como serpientes en el aire.

Frecuentemente estos rayos de luz no parecían estar más que a algunas varas sobre nuestras cabezas, y ciertamente se encontraban en nuestra atmósfera.

La tierra, montañosa y cubierta de nieve, seguía extendiéndose en dirección E. O. bajo el paralelo $66^{\circ} 30'$; por desgracia fue imposible aproximarse más de diez leguas, por hallarse rodeada de hielo.

Dejando la tierra de Van Diemen el 14 de enero de 1832, Biscoe se dirigió con sus dos embarcaciones al Sudeste. En diversas ocasiones las algas que flotaban en la superficie del mar, algunas aves de las que se separan poco de tierra, y nubes bajas y espesas hicieron creer a Biscoe que iba a hacer algún descubrimiento; pero siempre la tempestad le impidió llevar a cabo el reconocimiento. En fin, el 12 de febrero a los $66^{\circ}, 27'$ de latitud, y $84^{\circ} 10'$ de longitud, se vieron de nuevo en gran número albatroses, pájaros niños y ballenas; y el 15 se divisó una tierra a una gran distancia al S. E.; reconociéndose al otro día que era una isla a la cual se dio el nombre de Adelaida en honor de la reina de Inglaterra.

Era esta isla a una legua poco más o menos de la orilla del mar, se levantaban algunos picos de forma cónica y de ancha base.

En los días siguientes pudo asegurarse Biscoe de que no estaba aquella tierra completamente aislada, sino que formaba parte de una cadena de islotes situados delante de otra tierra alta. Esta tierra que se extendía por un espacio de 250 millas en una dirección E. N. O. y O. S. O. recibió el nombre de Graham, mientras que se imponía el de Biscoe a la cadena de islas que este navegante había descubierto. El país no ofrecía la menor señal de plantas ni de animales.

Biscoe para dar una sanción segura a su descubrimiento bajó el 21 de Febrero a la gran tierra, a fin de tomar posesión de ella, y determinó la posición de una alta montaña a la cual dio el nombre de Monte William, fijándola en los 64° 41' de latitud S. y 66° 11' de longitud O. del meridiano de París.

Encuéntrese, —dice el *Boletín de la Sociedad de Geografía* de 1833—, en una profunda bahía donde el agua estaba muy serena, y si hubiesen existido focas hubiera sido muy fácil cargar los dos bajeles, atendiendo a que se podía sin gran trabajo aproximarse hasta el borde de las rocas para darles caza. El agua estaba bastante profunda, pues sondeando cerca de la orilla, no se encontró fondo con veinte brazas de sonda. El sol era tan fuerte que la nieve se fundía en todas las rocas situadas al borde del agua, circunstancia que hacia parecer más extraordinaria la completa ausencia de focas.

De allí, Biscoe tocó en las Shetland del S., a las que parecía unirse la Tierra de Graham; después hizo recalada en las Malvinas, donde el *Lively* se perdió, y regresó por fin a Inglaterra.

El capitán Biscoe recibió en recompensa de sus fatigas y para estimularle en sus esfuerzos, los grandes premios de las Sociedades de Geografía de Londres y de París.

A consecuencia de estos viajes se produjeron controversias muy animadas sobre la existencia de un continente austral, y la posibilidad de navegar de la otra parte de la primera barrera de hielos, apoyándose en las islas recientemente descubiertas.

Tres potencias decidieron en la misma época enviar una expedición a aquellos sitios.

La Francia confió el mando de la suya a Dumont d'Urville; la Inglaterra a James Ross, y los Estados Unidos al teniente Carlos Wilkes.

Hablemos primero de Wilkes.

Éste recibió el mando de una pequeña escuadra compuesta del *Purpoise*, de dos goletas el *Vincennes* y el *Peacock*; dos corbetas *Sea Gull* y *Flying Fish* y una gabarra el *Relief*. Esta última que

llevaba un repuesto de provisiones, fue expedida para río, mientras los otros buques antes de parar en esta rada debían tocar en Madera y en las islas de Cabo Verde.

Del 24 de noviembre de 1838 al 6 de enero de 1839, la escuadra se detuvo en la bahía de Río Janeiro, pasó enseguida a Río Negro, donde descansó seis días y llegó el 19 de febrero de 1839 a Puerto de Orange en la Tierra del Fuego.

En este lugar la desperdicio se dividió. El *Peacock*, y el *Flying Fish* fueron enviados hacia un punto en que Cook había doblado el 60° de latitud. El *Relief* penetró con los naturalistas en el estrecho de Magallanes por uno de los pasos situados al S. E. de la Tierra del Fuego; y el *Vincennes* se quedó en el puerto de Orange, mientras que el *Sea Gull* y el *Purpoise* partieron el 24 de febrero para los mares australes.

Wilkes reconoció la Tierra de Palmer en una longitud de 30 millas, hasta el punto en que vuelve hacia el S. S. E. y punto al cual dio el nombre de Cabo de la Esperanza (Hope). Después visitó las Shetland e hizo algunas oportunas rectificaciones en su carta geográfica.

Al cabo de treinta y seis días pasados en aquellas regiones inhospitalarias, los dos buques hicieron rumbo hacia el Norte. Después de varios incidentes de navegación, sin interés, habiéndose perdido la *Sea Gull*, Wilkes recaló en el Callao, visitó las Pomotú, Tahití, las islas de la Sociedad y la de los Navegantes, y fondeó en Puerto Sydney el 28 de noviembre.

El 29 de diciembre de 1839, la expedición volvió a hacerse a la mar, dirigiéndose hacia el Sur. Su objeto era penetrar hasta la más alta latitud posible entre los 160° y 145° al E. del meridiano de Greenwich yendo del E. al O. Los buques tenían libertad de maniobrar como conveniente y se había fijado un punto de reunión en caso de separarse. Hasta el 21 de enero se notaron muchos indicios de tierra, y aun algunos oficiales la creyeron divisar; pero resulta de las declaraciones de éstos en la causa que se formó a Wilkes a su vuelta, que si cualquier incidente hubiera desviado el

Vincennes hacia el Norte antes del 22 de enero, la expedición no habría tenido certeza alguna de la existencia de un continente austral. Solamente en Sidney, fue donde Wilkes, oyendo decir que d'Urville había descubierto la tierra el 19 de enero, pretendió haberla descubierto también en el mismo día.

Estos hechos se hallan consignados en un concluyente artículo publicado por el hidrógrafo Daussy, en el Boletín de la Sociedad de Geografía.

Más adelante se verá que d'Urville había ya desembarcado el 21 de enero en esta nueva tierra, debiéndole corresponder, por lo tanto, la prioridad del descubrimiento.

El *Peacock* y el *Flying Fish* habían sufrido algunas averías, y no pudiendo resistir el estado del mar y de los hielos flotantes, habían hecho rumbo al Norte del 24 de enero al 5 de febrero.

Sólo el *Vincennes* y el *Purpoise* habían continuado aquel rudo crucero hasta los 37° de longitud E., viendo la tierra y acercándose a ella diversas veces, desde 10 millas hasta 3/4 de milla, según que el banco de hielo lo permitía.

«El 29 de enero, —dice Wilkes en su información al Instituto nacional de Washington—, entramos en lo que llamé bahía Piners; el único sitio en que pudimos desembarcar, en las rocas desnudas. Pero fuimos repelidos por uno de esos golpes de viento repentinos que tan frecuentes son en estos mares, y salimos de aquella bahía, que sondeamos en 30 brazas. El golpe de viento duró treinta y seis horas, y después de habernos librado muchas veces de estrellarnos contra los hielos, nos encontramos a 60 millas a sotavento de la bahía. Como por lo visto era probable que la tierra que habíamos descubierto tuviese una grande extensión, juzgué que era más importante seguirla hacia el O, que retroceder para desembarcar en la bahía Piners, no dudando, por otra parte, que encontraríamos ocasión de verificarlo en un punto más accesible. No obstante, me engañé en esta idea, pues el banco de hielo nos impidió constantemente aproximarnos a tierra. Encontramos en el límite de este banco grandes masas de hielo cubiertas de fango, y de piedras

de las que tomamos algunas muestras tan numerosas, como si las hubiéramos arrancado de las mismas rocas. La tierra cubierta de nieve se veía claramente en muchos sitios, y entre estos puntos eran tales las apariencias, que no me dejaron duda alguna de que había allí una extensa línea de costas, digna del nombre que le habíamos dado de continente antártico. Cuando llegamos al 37° de longitud E, vimos que el hielo flotante se dirigía hacia el N. Seguimosle en aquella dirección y llegamos sobre ocho millas más o menos al punto en que Cook se había detenido por la barrera de hielo en 1773».

La bahía Piners, donde Wilkes desembarcó, está situada a los 140° E. (137° 40' de París), es decir, en el mismo punto en que d'Urville había desembarcado el 21 de enero.

El día 30 el *Purpoise* había visto los dos buques de d'Urville, y se había acercado hasta ponerse a la voz; pero éstos, largando las velas, habían manifestado rehusar toda comunicación.

Wilkes volvió a entrar en el puerto de Sydney, donde encontró al *Peacock* en reparación: fue en compañía de este buque a la Nueva Zelanda; de allí a Tonga Tabu, después a las Fidji, donde fueron asesinados por los naturales dos jóvenes oficiales de la expedición. Las islas de los Amigos, de los Navegantes, las Sándwich, la embocadura del Colombia, en la costa occidental de América; los estrechos del Almirantazgo y de Puget; la isla Vancouver, las de los Ladrones, Manila, las de Joló, Singapur, las islas de la Sonda, Santa Elena y Río Janeiro, fueron las etapas de este largo viaje, que terminó el 9 de junio de 1842 en Nueva York, después de una ausencia de tres años y diez meses.

Los resultados en todos los ramos de la ciencia eran considerables, y la joven república de los Estados Unidos había inaugurado brillantemente su entrada en la carrera de los viajes de circunnavegación.

A pesar de todo el interés que presenta la preciosa relación de la expedición que nos ocupa, así como los tratados especiales que la acompañan, debidos a la pluma de los sabios Dana, Gould,

Pirkering, Gray, Cassin y Brackenridge, nos vemos obligarlos a prescindir de todo lo que se refiere a comarcas ya conocidas. El éxito de aquella grande publicación fue extraordinario al otro lado del Atlántico, lo cual es fácil de comprender en un país que sólo cuenta con un escaso numero de exploradores oficiales.

Al mismo tiempo que Wilkes, a principios de 1830, Balleny, capitán de la *Elisabeth Scott* aportaba su concurso al reconocimiento de las tierras antárticas.

Habiendo salido de la isla Campbell al S. de la Nueva Zelanda, se encontró el 7 de febrero a los 67° 7' de latitud y 164° 25' de longitud al O. del meridiano de París. Haciendo entonces rumbo al O, dos días después, y reconociendo varios indicios de la proximidad de la tierra, descubrió al S. E. una banda negra, que a las seis de la tarde no dudó en tomar por tierra. Eran tres islas bastante considerables, de las que la más occidental era la más larga, las cuales recibieron el nombre de Balleny. Como se puede suponer, el capitán maniobró para atracar a ellas; pero se hallaban defendidas por una barrera de hielo, sin paso alguno. Se debió contentar, pues, con fijar la posición de la isla central en 66° 44' y 162° 25' de longitud.

El 11 de febrero se descubrió otra tierra alta y cubierta de nieve, hacia el O., S. E.



Al otro día no se distaba de ella más que unas 10 millas, y se destacó un bote para abordarla. Una playa de tres o cuatro pies de ancha, al pie de peñascos verticales, impedía el acceso, y no se halló más espacio que el necesario para recoger algunas muestras

de lava, porque esta tierra es volcánica y la cima de sus montañas está coronada de un penacho de humo.

Otra vez, el 2 de marzo, a los 65° de latitud y 120° 24' de longitud calculada, se vio desde la cubierta de la Elisabeth Scott, una nueva apariencia de tierra. Púsose el buque al paio para pasar la noche; y al amanecer intentó dirigirse hacia S. E.; pero fue imposible pasar el banco de hielo adherido a la ribera.

Aquella nueva tierra recibió el nombre de Sabrina.

Balleny debió entonces volverá tomar el rumbo hacia el N., y a estas indicaciones incompletas, pero seguras, se limitan sus descubrimientos.



En 1837, en el momento en que Wilkes partía la expedición que acaba de referirse, el capitán Dumont d'Urville proponía al ministro francés de Marina, un nuevo pan de viaje alrededor del mundo.

Los servicios que había prestado desde 1819 a 1821, durante una campaña hidrográfica; de 1822 a 1825 en la Coquille, con el

capitán Duperrey; y en fin, de 1820 a 1819 en el *Astrolabio*; sus estudios y su experiencia, le daban suficiente derecho para someter sus intentos al gobierno y procurar medios de completar la masa de noticias que él mismo y otros navegantes habían recogido en parajes imperfectamente descritos, aunque muy importantes de conocer, bajo el punto de vista de la hidrografía, del comercio y de las ciencias.

El ministro se apresuró a aceptar las proposiciones de Dumont d'Urville, e hizo todo lo necesario para darle colaboradores ilustrados, en quienes pudiese tener confianza. Las dos corbetas, el *Astrolabio* y la *Zelée*, provistas de todos los recursos reconocidos como útiles y necesarios en los viajes sucesivos que la Francia acababa de emprender, fueron puestas a su disposición. Entre los oficiales que iban a acompañarle, algunos debían llegar al grado de oficial general; tales como Jacquinet, el comandante de la *Zelée*, Coupevent Desbois, Du Bouzet, Tardy de Montravel, Périgot, cuyos nombres son bien conocidos por todos los que han leído la historia de la marina francesa.

Las instrucciones que el comandante de la expedición recibió del vicealmirante Rosamel, diferían de aquellas que se habían dado a sus predecesores, pues que le prescribían se internase hacia el polo Sur, todo lo más lejos que los hielos le permitieran. Debía igualmente perfeccionar la gran obra ejecutada en 1827 sobre las islas Viti, y después de un reconocimiento del archipiélago Salomón, seguido de una recalada en el río de los Cisnes, en Australia y en la Nueva Zelanda, debía visitar las islas Chatamy la parte de las Carolinas reconocida por Lulke, y pasar en seguida a Mindanao, Borneo y Batavia, de donde regresaría a Francia por el Cabo de Buena Esperanza.

Estas instrucciones terminaban por consideraciones de muy alto interés y que atestiguaban las elevadas miras de la Administración.

«Su majestad, —dice el vicealmirante Rósame—, no solamente ha tenido a la vista el progreso de la hidrografía y de las ciencias naturales; su real solicitud por los intereses del comercio francés y el

desarrollo de las expediciones de nuestros armadores, le ha hecho considerar bajo un punto de vista más amplio la extensión de vuestra misión y las ventajas que debe producir. Visitareis un gran número de puntos que conviene estudiar para penetrarse de los recursos que pueden ofrecer a nuestros buques balleneros; recogeréis todas las noticias que puedan servirles de guía en sus expediciones para hacerlas más productivas; recalareis en los puertos donde ya nuestro comercio mantiene relaciones y donde el paso de un buque del Estado puede ejercer una saludable influencia; así como en otros, donde los productos de nuestra industria puedan encontrar medios de salida ignorados hasta hoy, y sobre los cuales podréis a vuestro regreso suministrar preciosas indicaciones».

Dumont d'Urville, recibió con los buenos deseos y estímulos personales del rey Luis Felipe, las más vivas señales de intereses de la Academia de Ciencias morales y de la Sociedad de Geografía. Por desgracia no sucedió lo mismo por parte de la Academia de Ciencias aunque hacia más de veinte años que el capitán no cesaba de trabajar para el aumento de las riquezas del Museo de historia natural.

«Sea espíritu de cuerpo; sean prevenciones desfavorables contra mí, —escribe d'Urville—, mostráronse los académicos muy poco diligentes con la expedición que se preparaba, y los términos en que estaban concedidas sus instrucciones, fueron, por lo menos, tan fríos como pudieran emplearse con una persona que les fuese completamente extraña».

Debe consignarse aquí como curioso dato que entre los más encarnizados adversarios de esta expedición, se hallaba el ilustre Arago, enemigo declarado de las investigaciones polares.

No sucedió lo mismo con algunos sabios extranjeros, mereciendo citarse en primer lugar a Humboldt y Krusenstern, que dirigieron a d'Urville sus felicitaciones por la nueva campaña que iba a emprenderse y por los servicios que podían esperar de ella las ciencias.

Después de muchos retrasos causados por el armamento de dos buques, que debían transportar al Brasil al príncipe de Joinville, las dos corbetas, el *Astrolabio* y la *Zélee*, pudieron por fin salir de Tolón el 7 de setiembre de 1837.

El día último del propio mes recalaron en la rada de Santa Cruz de Tenerife, recalada que d'Urville antepuso a la de Cabo Verde, porque esperaba poder proveerse de vino y proceder también a ciertas observaciones de intensidad magnética y de altura, que le habían reconvenido por no ejecutar en 1820, bien que en aquella época, sabía perfectamente que no se encontraba en estado de poderlas ejecutar.

A pesar de la impaciencia que manifestaban los jóvenes oficiales de disfrutar algún esparcimiento en tierra, tuvieron que someterse a una cuarentena de cuatro días, recientemente establecida por el rumor de algunos rasgos de peste, ocurridos en el lazareto de Marsella. Sin detenerse en los pormenores de la ascensión de los señores Du Bouzet, Coupevent y Dumont, a la cima del Pico, bastará con citar algunas entusiastas frases de Coupevent des Bois.

«Llegados al pie del pilón, —dice aquel oficial—, trepamos durante una hora entre las cenizas y restos de piedras, tocando, en fin, el objeto deseado, el punto más elevado de aquel monstruoso volcán. El cráter humeante se presentó a nuestra vista como una semiesfera hueca y sulfurosa, cubierta de restos de piedra pómez y cantos, de cerca de 400 metros de ancho y de 100 metros de profundidad. El termómetro que marcaba a la sombra 5° a las diez de la mañana se rompió cuando se le puso en el suelo, en un sitio por donde salían los vapores sulfurosos. En los bordes del cráter y en el cráter mismo hay una multitud de grietas humeantes, de las que se destila el azufre nativo que forma la base de la cima. La celeridad de los vapores es bastante grande para producir detonaciones. El calor del suelo es tal que en

muchos sitios no se pueden tener los pies durante algunos momentos. Ahora, dirigid vuestras miradas alrededor, y advertiréis tres montañas, agrupadas unas sobre otras. ¿Es esto una obra hecha por gigantes para escalar el cielo? Considerad esas inmensas corrientes de lava, que partiendo de un solo punto, forman la corteza que hace pocos siglos no se hubiera hollado impunemente. Ved a los lejos el archipiélago de las Canarias esparcido acá y allá sobre eso mar que bate los costados de la isla, cuya cima ocupáis vosotros míseros pigmeos...

»Advertid como Dios debe veros y quedareis pagados de vuestras fatigas, viajeros a quienes la contemplación de los grandes espectáculos de la naturaleza ha conducido a 3704 metros sobre el nivel del mar».

Débese añadir a estas observaciones que los exploradores observaron que en la cima del Pico, las estrellas tenían un resplandor más vivo y el sonido se propagaba más fácilmente. Por último, notaron el entumecimiento de las extremidades del cuerpo y los fuertes dolores de cabeza que son los síntomas conocidos de lo que se llama «el mal de las montañas».

Ínterin una parte del Estado mayor se empleaba en este paseo científico, varios oficiales recorrían la ciudad, donde nada hay de notable, fuera de un paseo público bastante exiguo, llamado la Alameda, y la iglesia de los Franciscanos. Las cercanías son bastante interesantes, ya por los curiosos acueductos que llevan el agua a la población, ya por el bosque de Mercedes, que debía llamarse mejor según d'Urville, tallar o soto, pues que sólo se ven arbustos y helechos.

La población aparecía jovial, pero entregada a una excesiva pereza; frugal, pero sumida en el más abominable desaseo; en fin, de una licencia de costumbres sin nombres .

El 12 de octubre los dos buques, se hicieron de nuevo a la vela, disponiéndose a llegar lo más pronto posible a las regiones polares. Un sentimiento de humanidad determinó a d'Urville a recalar en río. El estado de un guardia marina embarcado enfermo del pecho, iba cada día empeorando y su permanencia entre los hielos habría seguramente adelantado su fin.

Esto fue lo que determinó al comandante a cambiar su itinerario.

Los dos buques fondearon en la rada de Kio y no en la bahía, el 13 de noviembre, permaneciendo sólo el tiempo necesario para poner en tierra al joven Duparc y proveerse de algunos víveres frescos, continuando en seguida su rumbo hacia el S.

Hacia algún tiempo que d'Urville deseaba explorar el estrecho de Magallanes. No tenía esta exploración un objeto hidrográfico, porque los trabajos concienzudamente hechos por el capitán inglés King, empezados en 1826 no fueron terminados hasta 1834 por Fitz Roy dejaban muy poca cosa que hacer, pero bajo el punto de vista de la historia natural ¿cuán rica cosecha de nuevas observaciones, no había que recoger?

¿No era interesante en alto grado comprobar la exactitud de aquellos peligros, que a cada instante renacían, aquellos saltos de viento, y todas aquellas dificultades indicadas por los antiguos viajeros?

Y al mismo tiempo ¿no sería satisfactorio reunir noticias exactas y circunstanciadas sobre aquellos famosos patagones, objeto de tantas fábulas y tantas controversias?

Por otra parte una razón muy poderosa militaba en favor de la recalada en el puerto del Hambre, título que d'Urville quería sustituir al de Tierra de los Estados.

Leyendo las relaciones de los exploradores, que habían penetrado en el Océano austral, se había persuadido de que la época mejor para entrar con buen éxito en aquellas regiones era a fines de Enero y todo el mes de Febrero. Entonces únicamente son completos los efectos del deshielo, y no se corre el riesgo de

exponer las tripulaciones a fatigas y peligros inútiles en un crucero intempestivo.

Tomada la resolución, d'Urville comunicó sus nuevas intenciones al capitán Jacquinot, y al punto hizo rumbo para el canal. El 12 de Diciembre las dos corbetas se hallaban a la vista del cabo de las Virgenes y Dumoulin, ayudado por sus jóvenes oficiales, principiaba desde el buque la interesante serie de sus trabajos hidrográficos.

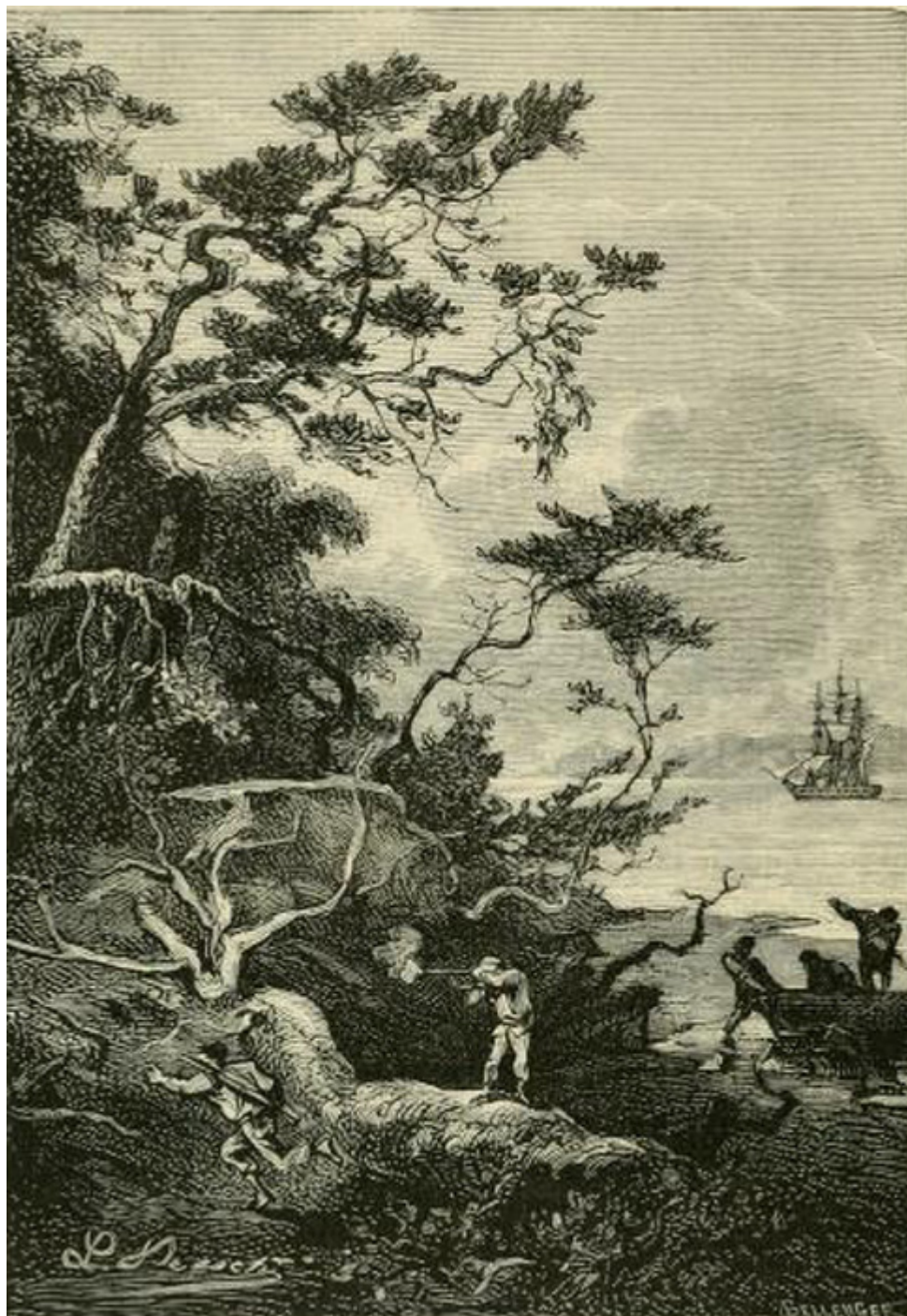
En la navegación espinosa del estrecho, desplegó d'Urville tan la audacia como serenidad, tanta habilidad como presencia de ánimo, éstos son los términos propios, empleados en su elogio, e hizo variar completamente de parecer a muchos de sus marineros, que al verle salir pesadamente de Tolón y sufriendo de la gota, decían ingenuamente:

«¡Oh este buen hombre ya no nos llevará muy lejos!...».

Pero cuando se salió del estrecho, gracias a su continua vigilancia, los ánimos estaban muy cambiados y decían:

¡Este diablo de hombre está loco; nos ha hecho pasar rasando las rocas, los escollos y la tierra, como si en su vida hubiese hecho otra navegación... y nos otros que le creíamos muerto!

Aquí conviene decir algunas palabras acerca de la recalada en el puerto del Hambre.



El desembarco es fácil y se encuentra una hermosa fuente y madera en abundancia. Las rocas suministran una abundante provisión de almejas, y otros mariscos, y la tierra produce el apio y una especie de ensalada, parecida al diente de león. Otro recurso muy abundante de aquella bahía era la pesca; durante todo el

tiempo de la recalada, el buitrón, y el sedal, proporcionaron nenas, sargos, lojas, gobios y otros pescados en gran cantidad para alimentar la tripulación.

«Cuando ya pensaba reembarcarme, —dice d'Urville—, mi patrón me envió un pequeño barril que había encontrado colgado en un árbol de la playa, mientras había leído sobre un poste inmediato, la inscripción oficina de Correos. Habiendo reconocido que tenía papeles, me la llevó a bordo y tomé conocimiento de los diversos documentos que encerraba. Eran notas de los capitanes que habían pasado por el estrecho, sobre la época de su paso, las circunstancias de la travesía, algunos avisos a sus sucesores y cartas para y los Estados Unidos.

»Parece que la idea de esta Caja de Correos al aire libre, fue debida al capitán americano Cunningham, que se sirvió simplemente de una botella suspendida a un árbol, en Abril de 1833; su compatriota Watel-House añadió en 1835 el útil complemento del poste con la inscripción. En fin, el capitán inglés Carrick, comandante de la corbeta María Ana, de Liverpool pasó por el estrecho en Marzo de 1837, yendo a San Blas de California y volvió a pasar a su regreso, el 29 de Noviembre de 1837, es decir, diez y seis días antes que nosotros, y éste fue quien había sustituido el barril a la botella, con una invitación a sus sucesores, para que se hiciera uso de este medio para las cartas, que quisieran enviar a sus destinos. Me propuse añadir algo todavía a esta medida verdaderamente útil e ingeniosa por su sencillez, creando una verdadera Caja de Correos en la cumbre de la Península, que por su inscripción, y por la magnitud de sus caracteres, llamara necesariamente la atención de los e que no quisieran recalar en el puerto de Hambre, y la curiosidad les llevará a mandar un bote para visitar la caja que estaría adherida al poste. Según todas las apariencias, nosotros seremos los primeros en recoger los frutos, y nuestras familias quedarán agradablemente sorprendidas, al recibir noticias nuestras, desde esta tierra salvaje y solitaria, en el momento mismo que vamos a lanzarnos hacia los hielos polares».

En la baja marea, la embocadura del río Segor, que se vierte en la bahía del Hambre, está obstruida por bancos de arena; trescientos metros más lejos, la llanura se convierte en un inmenso pantano, de donde sobresalen enormes troncos de árboles y huesos gigantescos, blanqueados por la acción del tiempo, y trasportados a este paraje, por las lluvias extraordinarias que engruesan el curso del río.

Un hermoso bosque sirve de lindero a este pantano y arbustos armados de agujones impiden la entrada. Las especies más comunes son el haya, de tronco alto de veinte a treinta metros por cerca de uno de diámetro, la corteza de Winter, que hace mucho tiempo reemplaza a la canela, y una especie de ojicanto.

Las hayas más grandes que reconoció de Urville, median cinco metros de circunferencia y podían tener cincuenta de altura.

Por desgracia no se hallan en este litoral ni mamíferos, ni reptiles, ni conchas terrestres o fluviales.

Viéronse tan sólo una o dos clases de pájaros, que con los líquenes y los musgos, fueron lo único que el naturalista pudo recoger.

Algunos oficiales subieron por el Sedger en una yola hasta que la poca profundidad del agua les detuvo. Se hallaban entonces a unas siete millas y media de la embocadura, y observaron que aquel río podría tener en el paraje por donde entra en el mar, treinta o cuarenta metros de ancho.

«Difícil sería, —dice M. de Montravel—, imaginarse un cuadro más que el que cada recodo del río presentaba a nuestra vista. Por todas partes había en un desorden admirable, que no se sabría imitar, un montón confuso de árboles, de ramas tronchadas y de troncos cubiertos de musgo, que se cruzaban en todas direcciones».

En resumen, la permanencia en el puerto del Hambre, fue una de las más felices. El agua y la leña se obtuvieron con facilidad; procedióse a hacer una multitud de reparaciones o de nuevas instalaciones, practicáronse observaciones de ángulos horarios, de física, meteorología, mareas y de hidrografía; y recogieronse, en fin,

muchos objetos de historia natural, que ofrecían tanto más interés, cuanto que los diversos Museos de Francia no poseían absolutamente nada de aquellas inexploradas regiones.

Un pequeño número de plantas recogidas por Commerson y conservadas en el herbario de *Mr. Jossien*, —dice la relación—, representaba todo lo que se sabía.

El 28 de diciembre de 1837 se levantó el ancla, sin haberse llegado a ver ni un solo patagón, cuyo encuentro excitaba en tan alto grado la curiosidad de los oficiales y de la tripulación.

Los azares de la navegación obligaron a las dos corbetas a fondear un poco más lejos, en puerto Galante, cuyas orillas bordeadas de hermosos árboles, están cortadas por torrentes, que forman a cortas distancias, magnificas cascadas de 15 a 20 metros de elevación. Aquella recalada no fue perdida, porque se recogió un gran número de plantas nuevas y se levantó la carta del puerto y de las bahías inmediatas.

Pero el comandante, viendo la estación muy avanzada, renunció a salir del estrecho por el O. y determinó volver atrás a fin de tener una entrevista con los patagones, antes de llegar a las regiones árticas.

La bahía de San Nicolás que Bougainville había llamado bahía de los Franceses, ofrece un espectáculo mucho más alegre que el puerto Galante, donde las tripulaciones pasaron el 1º de enero de 1838. Los trabajos hidrográficos fueron terminados satisfactoriamente por los oficiales, bajo la dirección de Dumont.

Envióse una canoa al cabo Notable, donde Bougainville decía haber visto conchas fósiles, y que no eran otra cosa que pequeños guijarros embutidos en una ganga calcárea, formando una corteza muy espesa desde el nivel del mar hasta una altura de 50 metros.

También se hicieron importantes observaciones con el termometócografo, 90 brazas, sin encontrar el fondo a menos de 2 millas de tierra. Si en la superficie la temperatura era de 9º, sólo marcaba 2 en aquella profundidad, y como verosímilmente las corrientes no introducen a tanta profundidad las aguas de los dos

Océanos, es de presumir que sea ésta la temperatura propia de aquel fondo.

Después los dos buques llegaron a la Tierra del Fuego, donde Dumoulin reanudó el curso de sus levantamientos de planos. Baja, descubierta, sembrada de peñascales, que podrían servir de jalones, no ofrece en este paraje más que bastantes peligros. La isla Magdalena, la bahía Gente Grande, la isla Isabel, el abra Oazy, donde se distinguió con el antejo un numeroso campamento de patagones; y el abra Peckett, donde el *Astrolabio* tocó en un escollo en 3 brazas de agua pasaron sucesivamente ante la vista de los navegantes.

«En el momento que se advirtió que tocábamos, —dice Dumont de Urville—, hubo un instante de sorpresa a la par que de agitación en la tripulación, y se dejaron oír algunos clamores. Con una voz firme impuse silencio, y manifestando no alarmarme por lo que acaba de suceder, exclamé:

»—Eso no es nada; mayores encontrones habéis de experimentar».

Estas palabras fueron recordadas por los marineros después en muchas ocasiones.

Es más importante de lo que se piensa para un capitán conservar la calma más perfecta y la mayor impasibilidad en medio de los peligros más inminentes, aun de aquellos que crea inevitables.

La permanencia en el abra Peckett fue amenizada con la vista de los patagones. Todos, oficiales y marineros estaban impacientes por bajar a tierra. Una multitud de naturales a caballo, esperaban en el lugar del desembarco.

Amables y pacíficos, respondieron con complacencia a cuantas preguntas se les hicieron. Contemplaban con tranquilidad todo lo que veían y no manifestaron codicia por los objetos que se les mostraban.

No parecían tener inclinación al robo, y tanto era así, que cuando fueron a bordo no pretendieron sustraer la más mínima cosa.

Su estatura, por término medio parece ser de 1 metro 73 centímetros, aunque había algunos más pequeños. Sus miembros sin ser musculosos eran gruesos y redondeados, y sus extremidades de una notable pequeñez. Su rasgo más característico es lo ancho de la parte inferior del rostro, mientras que la frente es baja y deprimida; sus ojos, largos y estrechos, sus pómulos muy salientes y su nariz aplastada, les dan bastante parecido con el tipo mogol.

Todo anuncia en ellos la malicie y la indolencia; nada el vigor y la agilidad. Al verlos en cuclillas, en marcha o de pie, con sus cabellos cayendo sobre los hombros, más bien se dirá que son las mujeres de un harem, que salvajes habituados a sufrir la intemperie de las estaciones y a luchar contra las dificultades de la existencia. Tendidos sobre pieles, en medio de sus perros de sus caballos, no tienen pasatiempo más agradable que buscar para comérselos los insectos que cubren todo su cuerpo. Son tan enemigos de andar, que montan a caballo para ir a recoger mariscos en la orilla del mar, que, sin embargo, no está distante más que 50 o 60 pasos.

Vivia con ellos un blanco de aspecto miserable y descarnado, que se decía originario de los Estados Unidos; pero hablaba el inglés muy imperfectamente, y sin mucha dificultad se comprendía que era un suizo alemán.

Niederhauser, éste era su nombre, había pasado a los Estados Unidos con objeto de hacer fortuna. Pero, como ésta se manifestaba rebelde, había oído las proposiciones maravillosas de un pescador de focas, que andaba reclutando gente para su tripulación.

Según la costumbre, fue dejado con otros siete camaradas, y las necesarias provisiones en una isla salvaje de la Tierra del Fuego, para cazar las focas y preparar sus pieles.

Cuatro meses después la goleta reapareció; cargó las pieles, dejó a los pescadores nuevas provisiones, ...no volvió más, siendo imposible saber si el barco ha naufragado o si había el capitán abandonado a sus marineros.

Cuando aquellos desgraciados vieron que pasaba el plazo acostumbrado y que se encontraban sin provisiones, se embarcaron en la canoa y se metieron en el estrecho, no tardando en encontrarse con los patagones. Nederhauser se quedó entre éstos, ínterin los otros continuaban su viaje. Bien acogido por los naturales, había participado de su modo de vivir, llenándose el estómago cuando la caza era abundante y sujetándose la cintura y manteniéndose de raíces en las temporadas de escasez.

Pero cansado de aquella existencia miserable, suplico a d'Urville que le tomara a bordo; porque no hubiera podido resistir un mes más aquellas privaciones. El capitán consintió en ello y le admitió como pasajero.

Durante sus tres meses de permanencia entre los patagones, Niederhauser había tomado alguna tintura de su idioma, de la que se aprovechó d'Urville para consignar en patagón la mayor de las palabras de un vocabulario comparativo de todas las lenguas.

El traje de guerra de los habitantes de la Tierra del Fuego, consiste en un casco de cuero cocido, armado de láminas de obre y cubierto de un hermoso de plumas de gallo; una túnica de piel de buey, teñida de encarnado y cruzada confusamente de listas amarillas, una especie de cimitarra de doble corte. El jefe de la población del abra Peckett consintió en dejarse retratar con aquel traje, lo cual manifestaba una notable superioridad sobre sus subordinados, que se negaron obstinadamente a que se les retratara, teniendo algún sortilegio.

El 8 de enero se levantó definitivamente el ancla, y la segunda gola fue enfilada bastante bien a pesar del oleaje. Después de haber recorrido los dos tercios de la extensión total del estrecho de Magallanes, los dos buques hicieron rumbo a las regiones polares, habiendo levantado el mapa de toda la costa oriental de la Tierra del Fuego, laguna importante cubierta ya para beneficio de la hidrografía, porque hasta entonces, no existía ninguna carta detallada de dicha costa.

Doblóse sin incidente notable la Tierra de los Estados, y el 15 de enero se descubrieron, no sin cierta emoción, los primeros hielos en medio de los cuales muy pronto los dos buques iban a navegar sin tregua.

Los escollos flotantes no son por sí mismos los enemigos más terribles en aquellos sitios; la bruma, una niebla opaca que la vista más perspicaz no puede llegar a penetrar, envolvió muy pronto a los dos bajeles, paralizando sus movimientos y exponiéndolos a cada momento, aun cuando se hallaban a la capa, a chocar contra alguno de aquellos espantosos bloques.

La temperatura era muy baja; en la superficie del agua, el termómetro no señalaba más que 2° y la de las aguas inferiores se encontraba bajo cero.

Una nieve medio derretida empezó a caer en abundancia. Todo anunciaba que definitivamente se entraba en los mares antárticos.

Fue imposible reconocer las islas de Clarence y NEI-South Orkney, y se pasó el tiempo en maniobrar para evitar los bloques de hielo.

El 20 de enero a mediodía la expedición estaba a los 62° 3" de latitud S y 49° 56' de longitud O. No muy lejos de allí al E., fue donde Powell encontró «icefields» de hielo compactos. Luego se divisó una isla de hielo inmensa de 2000 metros de extensión y 66 de altura; inmenso plano que parecía cortado a pico que imitaba la tierra, a causa de ciertos reflejos de luz.

Las ballenas y los pájaros bobos nadaban alrededor de los buques, por delante de los cuales cruzaban sin cesar témpanos blancos.

El día 21 las observaciones señalaron 62° 53' S. y d'Urville contaba con llegar luego al paralelo 65, cuando por la noche, a las tres de la madrugada se le avisó que la ruta se hallaba obstruida por un banco de hielo al través de la cual no parecía posible abrirse paso. Cambiáronse al punto las amuras e hizo rumbo al E. a pequeña velocidad porque se había echado la brisa.

«De este modo, —dice la relación—, tuvimos tiempo de contemplar muy despacio el maravilloso espectáculo que teníamos ante la vista».

Severo y majestuoso sobre todo lo que pueda imaginarse, exaltaba la imaginación, pero llenando el alma de un sentimiento involuntario de espanto. En ninguna parte experimenta el hombre más profunda convicción de su impotencia... sus muradas descubren un mundo nuevo; pero un mundo inerte, lúgubre y silencioso, donde todo le amenaza con el anonadamiento de sus facultades. Allí el que tiene la desgracia de quedar abandonado a sí propio, ningún recurso, ningún consuelo, y ni aun un leve rayo de esperanza, podrá endulzar sus últimos momentos.

Esta idea recuerda involuntariamente la famosa inscripción de la puerta del infierno del Dante:

«Lasciate ogni speranza, voi ch, entrate».

D'Urville procedió entonces a un trabajo muy curioso, que comparado con otros de su mismo género, podrá ser de suma utilidad. Hizo levantar el plano y trazado exacto del banco de hielo. Si otros navegantes hubieran hecho otro tanto, se habrían conseguido noticias precisas sobre la marcha y movimientos de los hielos australes, materia muy oscura aun en el día de hoy.

El 22, después de haber doblado una punta, reconocióse que la dirección del banco era S. S. O. y después O. En estos parajes se descubrió una tierra alta y accidentada. Dumoulin principió a levantar su plano, y d'Urville creyó reconocer la Neil-South Groenland de Morrell, cuando de pronto se vieron alterarse sus formas y perderse en el horizonte.

El 24 las dos corbetas atravesaron un lecho de hielo flotante y penetraron en una extensión donde los hielos se disolvían. Pero el paso se estrechó pronto.

Los bloques aparecían cada vez más numerosos y fue preciso volver atrás para no verse arrollados por ellos.

No obstante, todo indicaba que las orillas del banco de hielo estaban en descomposición: las islas de hielo se hundían entre

detonaciones formidables; los hielos se rezumaban, dejando fluir pequeños hilos de agua. Esto era el deshielo; la estación no estaba entonces muy avanzada, y Fannig tiene razón cuando dice que no se debe arribar a aquellas regiones antes del mes de febrero.

D'Urville determinó entonces dirigirse hacia el N., para procurar llegar a las islas Neil South Orkney, cuya carta era incompleta y mal determinada. Deseaba proceder al levantamiento del plano de aquel archipiélago, quedándose en él algunos días, antes de nuevo hacia el S. para encontrarse allí en la misma época del año que Weddell.

Durante tres días, d'Urville siguió la banda septentrional de aquel archipiélago, sin poder acercarse a ella. Luego tomó el rumbo al S. hasta el 4 de febrero, y se encontró de nuevo a la vista del banco de hielo a los 62° 20' de latitud S., y 39° 28' de longitud E.

Algunos minutos antes de medio día, descubrió una especie de abertura y se lanzó por ella a todo trance.

Esta atrevida maniobra dio un satisfactorio resultado y los dos buques pudieron penetrar, a pesar de una nieve intensa, en una pequeña concha, ancha, de dos millas apenas; pero cercada por todas partes de altas murallas de hielo.

Juzgóse conveniente amarrar los buques a los témpanos. Cuando se dio la orden de fondear, un joven de la *Zelée*, nuevo en la navegación, dijo inocentemente:

—¿Hay un puerto aquí cerca? ¡Yo no crea que hubiese habitantes al través de los hielos!...

Por otra parte, toda la gente de ambos buques se encontraba entusiasmada y alegre. Los oficiales jóvenes de la *Zelée* habían acudido al *Astrolabio* para desocupar un bol de ponche con sus camaradas.

Desde su lecho oía el comandante las ruidosas manifestaciones de su contento. Pero él no veía la situación bajo un aspecto tan favorable. Consideraba su maniobra como muy imprudente. Encerrado en un estrecho recinto, no veía otro medio para salir, que el que había empleado para entrar, y del que le era imposible aprovecharse, a menos de no tener viento favorable.

En efecto, a las once, d'Urville fue despertado por choques violentos, y por un ruido de rompimiento, como si la corbeta hubiese tocado contra las rocas.

Se levantó y vio que el *Astrolabio*, habiendo derivado, había dado sobre los hielos, expuesto a las acometidas de los que arrastraba la corriente con más velocidad que ella misma.

Al nacer el día se vio cercado de témpanos. Sólo hacia el Norte, un hilo de un azul negruzco, parecía indicar un agua libre. Tomóse al punto aquella dirección; pero una espesa niebla envolvió casi inmediatamente las dos corbetas. Cuando ésta se disipó, encontráronse delante de una barrera de hielos, compactos, a la otra parte de los cuales, se extendía, hasta perderse de vista, un agua enteramente desembarazada.

D'Urville resolvió al punto abrirse paso, y tomando carrera, lanzó con la mayor rapidez que le fue posible, el *Astrolabio* contra el obstáculo. El buque penetró en el hielo y después se quedó inmóvil. Entonces los hombres de la tripulación bajaron sobre los témpanos armados con picos, palas, azadones y sierras, y trabajaron de muy buena gana para franquear el paso.

Ya habían casi atravesado el gran trozo del banco, cuando el viento cambió, la marejada de alta mar se dejó sentir y se dispuso de común acuerdo con todos los oficiales volver a entrar en el interior de los hielos; porque había lugar a temer que si el viento refrescaba podían chocar contra el banco y quedar el buque destrozado por las olas y los escollos flotantes.

Las corbetas habían recorrido inútilmente 12 o 15 millas, cuando un oficial que había subido a los obenques, descubrió un paso hacia el E. N. E. Dirigióse el rumbo inmediatamente hacia aquel punto: pero otra vez fue imposible pasar adelante. Llegó la noche y hubo que amarrar a un grueso témpano. Los espantosos chasquidos que habían tenido desvelado al comandante en la noche anterior, principiaron de nuevo con tal violencia, que le pareció que la corbeta no podría resistir hasta el día.

Sin embargo, después de una conferencia con el capitán de la Zelée, d'Urville hizo rumbo al N.; pero el día pasó sin que experimentase cambio alguno la posición de los buques. Al otro día, y en medio de una lluvia de agua de nieve, la marejada apareció bastante fuerte para levantar toda la llanura helada donde se hallaban aprisionados los bajeles.



Era conveniente vigilar con más cuidado que nunca sobre los témpanos, que a impulsos de las ondulaciones del mar saltaban a lo lejos, y hubo que encerrar el timón en una especie de cabaña de madera, para protegerle contra el choque de los hielos.

Fuera de algunas oftalmías producidas por la continua reverberación de la nieve, la salud de la tripulación era buena, con no pequeña satisfacción para los comandantes, obligados a estar siempre alerta.

El 9 de febrero las dos corbetas pudieron por fin desembarazarse y hallarse en un mar enteramente libre. Habían seguido la orilla del banco de hielo en una extensión de 225 leguas.

Por una fortuna inesperada, los buques no habían experimentado ninguna avería, salvo la pérdida de algunas berlingas, y una buena parte de su forro de cobre; pero no hacían más agua que anteriormente.

El sol apareció al otro día, y permitió hacer observaciones que dieron por resultado fijar las posición a los 60° 9' latitud S. y 39° 22' longitud O.

La nieve no dejó de caer: el frío fue muy vivo y el viento sumamente violento durante los tres días que siguieron.

Esta continuación del mal tiempo y la larga duración de las noches, advirtieron a d'Urville la necesidad de renunciar a aquella navegación. Así, cuando se encontró a los 62° S. y 33° 11" en la ruta donde Weddell había podido caminar libremente en 1823, y donde él sólo había encontrado hielos impenetrables, hizo rumbo para las Neil South Orkney.

Por otra parte, un mes entero pasado en medio de las nieves y las brumas del océano Antártico, habían alterado la salud de las tripulaciones y era de todo punto inútil para la ciencia continuar más tiempo aquel crucero.

El día 20 se dio vista al archipiélago; d'Urville tuvo de nuevo seguir la orilla de los hielos hacia el N.: más pudo destacar dos canoas, que en la isla Weddell recogieron una amplia colección geológica, algunas muestras de líquenes, y una veintena de pájaros bobos y de chionis.

El 25 de febrero se descubrió la isla Clarence, que forma la extremidad oriental del archipiélago New South Shetland, tierra extremadamente alta, acantilada, cubierta de nieve, menos en las

orillas del mar. Después se navegó hacia la isla del Elefante, parecida en todo a la primera, pero sembrada de pitones que se destacaban en negro sobre las llanuras de nieve y de hielo. Los islotes Narrow, Biggs, O'Brien y Aspland fueron reconocidos sucesivamente, aunque cubiertos de nieve, y sin un sitio en que poder colocar su planta el hombre. Luego se vio el pequeño volcán Bridgeman, en el cual tentaron inútilmente dos canoas desembarcar a los naturalistas.

«El color general del suelo, —dice la relación—, es rojizo, parecido al del ladrillo cocido, con algunas manchas grises, que parecen anunciar piedras pómez o cenizas endurecidas. A la orilla del mar, aquí y allí se ven grandes bloques, de un color negruzco y que deben ser de lava. Por lo demás, aquel islote no tiene verdadero cráter, aunque exhala espesas humaredas, que salen casi todas de su base en la banda occidental. En la del Norte se notaban aún dos humaredas a 10 o 12 metros sobre el agua. No se advierte nada de particular en las bandas del S. y de E., ni sobre la cumbre, que es uniformemente redondeada. Su masa parece haber sufrido recientemente alguna grande modificación, porque tiene en el día muy poca semejanza con la descripción que hace Powell de la que observó en 1822».

D'Urville tomó en seguida el rumbo al S., y el 27 de febrero reconoció una banda considerable de tierra al S. E. a la que le impidieron abordar las brumas y la lluvia de nieve extremadamente fina. Encontrábase entonces en el paralelo de la isla de a Esperanza, a los 62° 47' de latitud. Aproximándose todo lo más cerca posible a ella, reconoció, primero, una tierra baja, a la que dio el nombre de tierra de Joinville, y más lejos, al S. E., otra tierra montañosa que llamó de Luis Felipe, y entre ellas, en medio de una especie de canal, obstruido por los hielos, una isla a la que dio el nombre de Rosamel.

«Por entonces, —dice d'Urville—, el horizonte bien despejado, nos permitió seguir con la vista todos los accidentes de la Tierra de Luis Felipe. En aquel momento se extendía desde el monte

Bransfield, al N. 72° C. hasta el S. S. O., perdiéndose de vista en los límites del horizonte. Desde el monte Bransfield, hasta el S., es una tierra alta bastante uniforme y formando un inmenso campo de hielo sin accidentes notables: pero al S. la tierra se eleva en figura de un hermoso pitón, (el monte Jacquinet) que parece igualar y aun sobrepujar al Bransfield: luego, a partir de allí se extiende bajo la forma de una cordillera de montañas, que termina coronada al S. O. por una cumbre más elevada aun que todas las otras.

»Por lo demás, los efectos de la nieve y de los hielos, así como la ausencia de todo objeto que pueda servir de punto de comparación, contribuyen a exagerar singularmente la altura de todas aquellas protuberancias. Advertimos, en efecto, por las medidas tomadas por M. Dumoulin, que todas aquellas montañas que nos parecieron entonces gigantescas y por lo menos comparables a los Alpes y los Pirineos, tenían alturas muy medianas. Así el monte Bransfield sólo contaba 632 metros: el Jacquinet, 648, y en fin, el último, el más elevado de todos, el monte d'Urville, 931. A excepción de los islotes de enfrente de la tierra grande y de algunos puntos libres de nieve, todo lo demás no es más que una continuación de hielos compactos; en tal estado no es posible trazar la verdadera dirección de la tierra y sí únicamente la de sus costras de hielo».

El 1 de marzo, el sondeo anunció 180 brazas de profundidad, sobre un fondo de rocas y de guijo. La temperatura era 1° 9 en la superficie y 0° 2 en el fondo del mar. El día 2 se reconoció más a la de la Tierra de Luis Felipe, una isla que recibió el título de isla del *Astrolabio*, y al otro día, una gran bahía o más bien un canal, al cual se dio el nombre de Orlenos, entre la Tierra de Luis Felipe y una banda alta y peñascosa, que, según d'Urville, debía ser el principio de las Tierras de la Trinidad, hasta entonces muy incorrectamente trazadas.

Así, pues, desde el 26 de febrero hasta el 5 de marzo, d'Urville permaneció a la vista de la costa, siguiéndola a corta distancia, no pudiendo, sin embargo, asegurarse en sus maniobras, a causa de

las brumas y las lluvias que se sucedían sin interrupción. Todo, por lo demás, anunciaba un deshielo bien acentuado; a mediodía la temperatura se elevó hasta 5° sobre 0; en todas partes los hielos dejaban rezumar hilos de agua; bloques enteros se destacaban y caían en el mar con un formidable ruido, y en fin, un viento de O. no cesaba de soplar con violencia.

Por esta razón no pudo d'Urville llevar más adelante su exploración. La mar estaba muy dura, la lluvia era frecuente y la bruma continua. Creyó justo desde luego apartarse de aquella peligrosa costa, y subir hacia el N. donde al día siguiente, descubrió las islas más occidentales de la Nueva Shetland.

Hizo después rumbo hacia la Concepción. Pero esta travesía fue muy penosa; el escorbuto había atacado, a pesar de todas las precauciones tomadas, a la tripulación de las dos cornetas, y señaladamente a la de la Zelée, con la mayor violencia. Entonces midió las alturas de las olas, para poder dar respuesta al cargo de exageración fabulosa que se le había hecho por haber atribuido 100 pies de elevación a las que había examinado en el banco de las Agujas.

Con ayuda de sus oficiales, y a fin de que nunca pudieran ponerse en duda los resultados de sus observaciones, midió olas, cuya altura vertical era de 11 metros y medio, no teniendo menos de 60 desde la cima hasta la parte inferior, lo que hacía que la longitud total de una sola ola fuese de 120 metros. Estas medidas respondían a las afirmaciones irónicas de Arago, que desde su gabinete no permitía a una ola levantarse más que 5 o 6 metros. No se debe titubear en admitir, contra las opiniones del ilustre aunque apasionado físico, las medidas de los navegantes que las habían observado en el mismo sitio en que las olas se levantaban.

El 7 de abril de 1838 la expedición ancló en la bahía de Talcahuano, donde debía encontrar un descanso que tanto necesitaban los cuarenta escorbúticos de la Zelée. De allí partió d'Urville para Valparaíso; después, atravesando toda la Oceanía, recaló el 1° de enero de 1839 en Guajam; se internó luego en la

Malesia, arribó en octubre a Batavia; de allí pasó a Hobard Town, y desde este punto, el 1º de enero de 1840 aparejó para una nueva excursión al través de las regiones antárticas.

En esta época aún no conocía d'Urville ni el viaje de Balleny, ni el descubrimiento de la Tierra Sabrina.

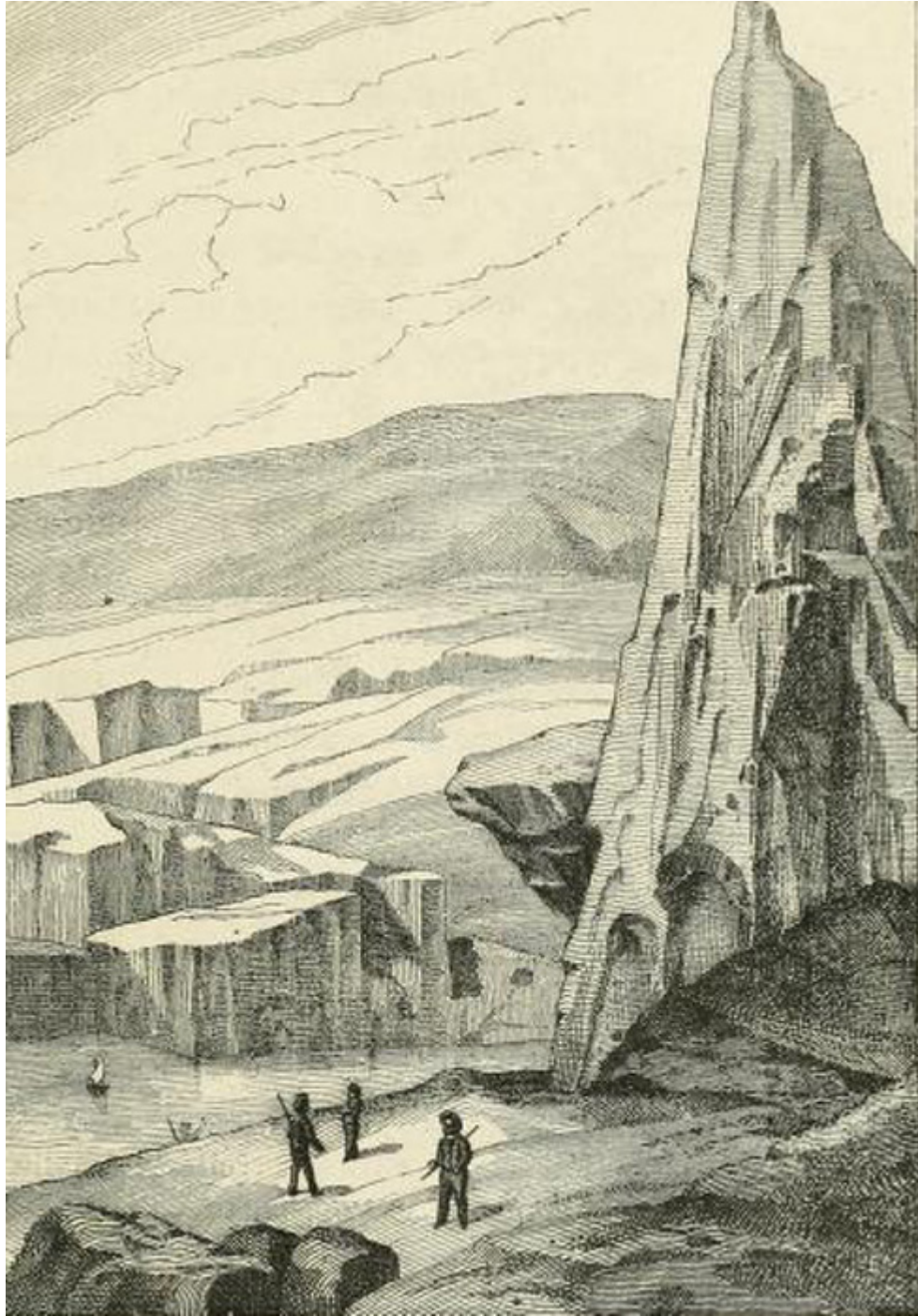
Su intención era hacer un punto de parada al S. de la Tasmania, a fin de observar bajo qué paralelo se encontraban los hielos. Creía que aún no había sido explorado el espacio comprendido entre los 120 y los 160º de longitud oriental y quería, por lo tanto, intentar allí algún descubrimiento.

La navegación se presentó al principio bajo los más desagradables auspicios. La marejada era muy fuerte; las corrientes se dirigían hacia el E.; el estado sanitario estaba lejos de ser satisfactorio y sin embargo de no hallarse todavía más que bajo el grado 58 de latitud, todo anunciaba la proximidad de un campo de hielo.

Empezó luego a sentirse un frío muy vivo: los vientos principiaron a soplar del O. N. O., y el mar se calmó; indicios ciertos de la proximidad de una tierra o de una llanura helada. La primera de estas hipótesis era la más admisible, porque las islas de hielo que se encontraban eran demasiado gruesas para haberse formado en plena mar.

El 18 de enero se llegó al grado 64 de latitud, y no se tardó mucho en encontrar enormes bloques de hielo, que parecían cortados a pico, cuya altura variaba entre 30 y 40 metros, pasando su anchura de 1000 metros.

Al otro día, 19 de enero de 1840, se descubrió una nueva tierra, que recibió el nombre de Tierra Adelia.



El sol picaba demasiado, y todos los témpanos estaban en descomposición, formándose arroyuelos en su cumbre que descendían hasta el mar, formando cascadas. El aspecto de la tierra era uniforme; cubierta de nieve se extendía del E. al O., pareciendo inclinarse hacia el mar en suave pendiente. El 21 el viento permitió a

los buques aproximarse. No se tardó en descubrir profundas barrancas, formadas por las aguas procedentes de la descomposición de las nieves.

A medida que se avanzaba, la navegación se hacia más peligrosa. Las islas de hielo eran tan numerosas, que apenas quedaba entre ellas un canal bastante ancho para que maniobrasen las corbetas.

«Sus paredes rectas superaban con mucho a la arboladura de nuestros buques, —dice d'Urville—, y parecían desplomarse sobre ellos, cuyas dimensiones aparecían infinitamente reducidas, comparadas con aquellas masas enormes. El espectáculo que se ofrecía a nuestra vista era a la vez grandioso y temible. Podría creerse que nos hallábamos en las estrechas calles de una ciudad de gigantes».



Luego entraron las corbetas en una inmensa concha formada por la costa y las islas de hielo que se acababan de doblar. La tierra se extendía hasta perderse de vista, al S. E. y al N. O. Podría tener de 1000 a 1200 metros de altura; pero no presentaba ninguna cumbre saliente. En fin, en medio de aquella inmensa llanura de nieve, se

divisaron algunas rocas. Los dos capitanes enviaron inmediatamente botes con encargo de recoger pruebas palpables del descubrimiento. Véase lo que dice uno de los oficiales, Du Bouzet, encargado de aquel importante reconocimiento.

«Eran cerca de las nueve, cuando con gran alegría tomamos tierra en la parte O. del islote más occidental y más elevado. El bote del Astrolabio había llegado antes que nosotros, y los hombres que le tripulaban, trepaban ya por los flancos escarpados de la roca, echando abajo a los pájaros bobos, que estaban asombrados de verse desposeídos tan bruscamente de la isla, de que eran los únicos habitantes.

»Envié en seguida uno de nuestros marineros, a tremolar una bandera tricolor sobre aquel terreno que ninguna criatura humana había visto ni pisado antes que nosotros. Siguiendo una antigua costumbre que los ingleses han conservado cuidadosamente, tomamos posesión en nombre de la Francia de aquel territorio, así como de la costa vecina, a la cual el hielo nos impedía abordar... El reino animal no estaba representado más que por los pájaros bobos. A pesar de nuestras indagaciones, no encontramos ni una sola concha. La roca estaba completamente desnuda y no presentaba la menor señal de liquen. Creímos, pues, conveniente dirigir nuestras investigaciones al reino mineral. Cada uno tomó el martillo y se puso a picar la roca, que era de naturaleza granítica y se hallaba tan sumamente dura, que sólo pudimos arrancar algunos pequeños pedazos. Por fortuna, recorriendo las cumbres de la isla, los marineros descubrieron grandes fragmentos de roca, arrancados por las heladas y los embarcaron en los botes. Al examinarlos de cerca, reconocí una perfecta semejanza entre aquellas rocas y los pequeños

fragmentos de gneis que habíamos encontrado en el estómago de un pájaro bobo, muerto la víspera. El islote en que habíamos tomado tierra, forma parte de un grupo de ocho o diez pequeñas islas, redondeadas en la cumbre, y presentando todas la misma forma, con muy corta diferencia. Estas islas están separadas de la costa más próxima por un espacio de 500 a 600 metros. Divisamos también en la playa muchas cimas enteramente descubiertas, y un cabo, cuya base estaba también libre de nieve... Todos aquellos islotes, muy próximos los unos a los otros, parecen formar una cadena paralela a la costa y que se extendía del E. al O.».

El 22 y 23 se continuó el reconocimiento de aquel litoral; mas, en este día, un banco de hielo adherido a la costa, obligó a los buques a volver hacia el N.: al mismo tiempo una racha de nieve, tan repentina como terrible, les acometió, poniéndoles a punto de perderse.

La *Zelée* experimentó graves averías en su velamen: mas, al otro día ya se encontraba al lado de su conserva.

Durante este tiempo, la tierra no se había perdido de vista. Sin embargo, el 29, ante la singular persistencia de los vientos del E., d'Urville tuvo que abandonar el reconocimiento de la Tierra Adelia.

Aquel día fue cuando se vio uno de los buques que llevaba el teniente Wilkes. D'Urville se lamenta de que éste en su informe le haya supuesto malas intenciones, y asegura que su maniobra que tenía por objeto ponerse en comunicación, fue mal interpretada por los norteamericanos.

«Ya no estamos, dice, en los tiempos en que los navegantes, excitados por el interés del comercio, creían un deber ocultar cuidadosamente su camino y sus descubrimientos, para evitar la competencia de las naciones rivales. Por el contrario, hubiera tenido una satisfacción en poder indicar a nuestros émulos el resultado de

nuestras investigaciones, con la esperanza de que esta comunicación les hubiera podido ser útil, ensanchando el círculo de nuestros conocimientos geográficos».

El 30 de enero se descubrió otra inmensa pared de hielos enormes, y respecto de la cual las opiniones se encontraron discordes. Unos la consideraban como una masa de hielo compacta, independiente de la tierra y los otros, y ésta era la opinión de d'Urville, pensaban que aquellas altas montañas tenían una base sólida, ya de tierra, ya de rocas, o bien de altos fondos esparcidos alrededor de un inmenso territorio. Se le dio el nombre de costa Clarie, situándola a los 118° de longitud.

Los oficiales habían recogido en aquellos parajes documentos suficientes para determinar la posición del polo magnético austral; pero los resultados no debían concordar con los trabajos de Duperrey, de Wilkes y de James Ross.

El 17 de febrero las dos corbetas anclaron otra vez delante de Hobard Town.

El 25 volvieron a hacerse a la mar, marchando hacia la Nueva Zelanda, donde completaron los trabajos hidrográficos de la *Urania*; después pasaron a la Nueva Guinea, donde se cercioraron que la *Luisiada* no estaba separada de aquélla por ningún estrecho: reconocieron, con sumo cuidado en medio de las corrientes y de arrecifes de coral y a costa de grandes averías, el estrecho de Torres; arribaron el 20 a Timor y entraron en Tolón el 6 de noviembre, después de haber recalado en Borbón y en Santa Elena.

Al anunciarse una expedición de descubrimientos organizada en grande escala por el gobierno de los Estados Unidos, la Inglaterra se había sentido estimulada por la emulación, y bajo la influencia de las sociedades científicas, había resuelto el envío de una expedición a las regiones en que, después de Cook, sólo se habían aventurado los capitanes Weddell y Biscoe.



El capitán James Clarke Ross, que recibió el mando de ella, era sobrino del famoso John Ross, el explorador de la bahía de Baffin. Nacido en 1800, James Ross había navegado desde la edad de doce años acompañando a su tío en 1818, en su primera exploración a las tierras árticas; de 1819 a 1827 había tomado parte,

a las órdenes de Parry, en cuatro expediciones a los mismos sitios, y desde 1829 a 1833 fue el fiel compañero de su tío. Encargado de observaciones científicas, había descubierto el polo magnético norte, y en fin, había hecho largas correrías a pie y en trineo sobre los hielos.

Era, pues, uno de los oficiales de la marina británica más habituados a las navegaciones polares.

Fuéronle confiados dos buques; el Erebo y el Terror, llevando por segundo un excelente marino, el capitán Francisco Rowdon Crozier, compañero de Parry en 1824 y de James Ross en 1835 en la bahía de Baffin, y el mismo que debía a bordo del Terror acompañar a Franklin, en su expedición en busca del paso del N. O. No podía, pues, haberse elegido un corazón más valiente ni un marino más experimentado.

Las instrucciones dadas a James Ross por el Almirantazgo diferían esencialmente de las que habían sido dadas a Wilkes y a Dumont d'Urville. Para éstos, la exploración de las regiones antárticas no era más que un incidente de su viaje alrededor del mundo, el contrario, era el objeto principal del viaje e James Ross. Durante los tres años que debía estar fuera de Europa, tenía que permanecer la mayor parte del en las regiones antárticas, sin salir de entre los hielos más que para reparar sus averías o atender al restablecimiento y descanso de sus tripulaciones, enfermas o fatigadas.

Por eso los buques habían sido elegidos con este objeto. Más fuertes que los de d'Urville, estaban en mejores condiciones para resistir los ataques repetidos de los hielos, y su aguerrida tripulación había sido reclutada entre los marinos familiarizados con las navegaciones polares.

El Erebo y el Terror al mando de Ross y de Crozier, salieron de Inglaterra el 29 de setiembre de 1839 tocando sucesivamente en la isla de la Madera, en las de Cabo Verde, Santa Elena y Cabo de Buena Esperanza, donde se hicieron muchas observaciones magnéticas.

El 12 de abril Ross llegó a la isla de Kerguelen, y desembarcó al punto sus instrumentos. La cosecha científica fue abundante: extrajéronse árboles fósiles de la lava de que está formada la isla, y se encontraron ricos criaderos de carbón, que todavía esperan la explotación. El 29 de dicho mes era un día fijado para hacer observaciones simultáneas, en diferentes puntos del globo. Por una fortuna singular se produjo aquel día una de aquellas tempestades magnéticas, que se habían notado ya en Europa. Los instrumentos manifestaron en Kerguelen los mismos fenómenos que en Toronto, en el Canadá, prueba de la inmensa extensión de estos meteoros y de la increíble rapidez con que se propagan.

A su llegada a Hobard Town, donde encontró de gobernador a su antiguo amigo John Franklin, supo Ross el descubrimiento de la Tierra Adelia y de la costa Clarie por los franceses y el reconocimiento simultáneo de las mismas tierras por la expedición norteamericana de Wilkes. Este último le había dejado un croquis de los planos de las costas.

Pero Ross se decidió a entrar en las regiones antárticas por el 170° de longitud E, porque en aquella dirección había encontrado Balleny en 1839 la mar libre de hielos hasta el 69° de latitud. Pasó luego a las islas Auckland, después a las de Campbelt y después de haber como sus predecesores, dado infinitas bordadas en medio de un mar sembrado de islas de hielo, llegó más allá del 69", a la extremidad del banco de hielo y atravesó el círculo polar el 1.º de enero de 1841.

En cuanto a los hielos flotantes, no se parecían en nada a los del polo Norte, de lo que pudo fácilmente convencerse James Ross. Eran bloques inmensos de paredes verticales y regulares. En cuanto a los «icefields» o campos de hielo, menos compactos que en el Norte, presentan un aspecto caótico, y sus restos desprendidos, mil veces rotos y vueltos a unir, tienen, según la expresiva comparación de Wilkes, la apariencia de una tierra labrada.

El banco de hielo no le pareció a Ross «tan formidable como lo han representado los franceses y los americanos». Con todo eso, no

pudo acercarse desde luego y se vio precisado por el huracán a mantenerse mar adentro. Hasta el día 5 no pudo acometer de nuevo la empresa.

Hallándose a los 66° 15' de latitud Sur y 174° 16' de longitud O. Esta vez las circunstancias eran favorabilísimas, pues que el viento y el mar, chocando contra el banco contribuían a descomponerlo. Gracias a la fuerza de sus buques, pudo abrirse paso. Por lo demás, a medida que se internaba en el S. la bruma aparecía más espesa y la caída continua de la nieve contribuía a hacer aquel rumbo sumamente peligroso. Lo que alentaba todavía al navegante para continuar sus esfuerzos, era divisar en el cielo el reflejo de un mar libre; apariencia poco engañosa en verdad, porque el 9, después de haber navegado más de doscientas millas a través del banco de hielo, entró definitivamente en un mar desembarazado.

El 11 de enero se indicó la tierra a 100 millas a proa, a los 70° 47' de latitud S, y 172° 36' de longitud O. Hasta entonces no se había descubierto tierra tan meridional. La formaban picos altísimos de 9000 a 12 000 pies si aquellas alturas no están exageradas; como pudieran hacer creer las observaciones de d'Urville en la Tierra de Graham: picos enteramente cubiertos de nieve, y cuyos campos de hielo tienen su base bastante lejos, dentro del mar. Por aquí y por allá, rocas negras interrumpían la uniforme blancura de la nieve; pero la costa se hallaba tan erizada de hielos, que fue imposible desembarcar. Aquella singular hilera de picos monstruosos, recibió el nombre de cordillera del Almirantazgo, y la tierra en general el de Victoria.

Descubriéronse algunas pequeñas islas al S. E. Los buques se dirigieron hacia aquel lado y el 12 de enero los dos capitanes con algunos de sus oficiales desembarcaron en uno de aquellos islotes volcánicos, y tomaron posesión de él en nombre de Inglaterra.

No se encontró allí la más pequeña señal de vegetación.

No tardó en conocer Ross, que la costa oriental de la gran tierra se inclinaba hacia el S, mientras que la del N. lo verificaba hacia el N. O. Costeó, pues, el litoral del E, y se esforzó en penetrar por el

Sur hasta más allá del polo magnético, que fijó cerca del 76°, para volver en seguida por el O, y acabar la circunnavegación de aquella tierra que consideraba como una grande isla. La cordillera de montañas se continuaba a lo largo de la costa.

Ross puso a las cumbres más notables, los nombres de Herscheli, Wehvrell, Wheatstone, Murchison, y Melbourne; pero los hielos adheridos a la orilla se extendían más y más, y perdió de vista los detalles de la costa. El 23 de enero se había pasado del 74°, latitud la más austral a que hasta entonces se había llegado.

Los buques fueron detenidos algún tiempo por las nieblas, los golpes de viento del S. y violentas ráfagas de nieve. Continuaron, sin embargo, siguiendo la costa y el 27 de enero los marinos ingleses desembarcaron en una pequeña isla, volcánica, a la que dieran el nombre de Franklin y que se situaba a los 76° 8' de latitud S. y 168° 12' de longitud E.

Al otro día se divisó una gigantesca montaña, que se elevaba en pendiente regular hasta 12 000 pies de altura sobre una tierra muy extensa. Su cima regular enteramente cubierta de nieve, se hallaba de tiempo en tiempo envuelta en una espesa humareda, cuya anchura no tendría menos de 300 pies de diámetro, y que bajo la forma de un cono invertido media el doble en su mayor altura. Cuando se disipaba, se advertía un cráter desnudo, iluminado por un fuego rojo, vivo, cuyo resplandor se notaba en pleno medio día. La nieve llegaba basta la boca del cráter y fue imposible descubrir la menor filtración de lava.

Si la vista de un volcán es siempre un espectáculo grandioso, el aspecto de aquel gigante que sobrepuja al Etna y al Pico de Tenerife; su actividad prodigiosa y su situación en medio de los hielos del Polo, eran cosas las más a propósito, para herir vivamente la imaginación de los exploradores.

El volcán recibió el nombre de Erebo, imponiéndose a otro cráter apagado que se hallaba al E. del primero, el del otro buque Terror: nombres perfectamente elegidos, y que eran verdaderas imágenes de lo que representaban.

Los dos buques continuaron costeadando la tierra hacia el S., hasta que un banco de hielo cuyas cumbres sobrepujaban en 450 pies a los mástiles de las embarcaciones, vino a cerrarles el camino.

Detrás continuaba viéndose una cordillera de montañas, los montes Parry, que se engolfaban hasta perderse de vista en el S. S. E. Ross, siguió costeadando aquella barrera hacia el E., hasta el 2 de febrero que llegó a los 78° 4' latitud, la más austral de esta campaña. Había seguido durante más de trescientas millas, la tierra que descubriera, hasta que la dejó a los 131° 23' longitud E.

Según todas las probabilidades, los buques no podrían salir del formidable banco de hielo al través del cual, a fuerza de fatigas inauditas y de peligros continuos, habían logrado abrirse paso, a no haber sido por las fuertes brisas que vinieron en su ayuda.

El 19 de febrero se hizo una nueva tentativa a los 76° de latitud S., para llegar al polo magnético.

Pero la tierra detuvo a los buques a los 76° 12' y 164° longitud E., a 65 leguas comunes, del lugar donde Ross colocaba aquel polo al cual el estado amenazador del mar y el aspecto desolado de la comarca le impedían llegar por tierra.

Después de haber reconocido las islas descubiertas en 1839 por Balleny, Ross se encontró el 6 de marzo en el centro de las montañas indicadas por el teniente Wilkes.

«Pero, —dice la relación—, lejos de encontrarse montañas, no encontramos fondo en 600 brazas. Después de haber corrido en todas direcciones en un círculo de cerca de 80 millas de diámetro alrededor de aquel centro imaginario, con un tiempo muy claro, que permitía divisar a largas distancias todo el contorno, los ingleses debieron reconocer que a lo menos aquella posición de un pretendido continente antártico, con algunas 200 millas de costa, indicadas a continuación, no tenía una existencia real. El teniente Wilkes cayó, sin duda, en un grave error, inducido por las nubes y las enormes masas de niebla, que en aquellos lugares engañan con facilidad a los ojos inexpertos».

La expedición volvió a la Tasmania sin tener un solo enfermo a bordo, y sin haber sufrido la menor avería. Allí se repuso, arregló sus instrumentos y volvió a marchar para una segunda campaña. Sydney y la bahía de las islas en la Nueva Zelanda, y la isla Chatam, fueron la primeras estaciones donde Ross se detuvo para hacer observaciones magnéticas.

El 18 de diciembre fue vuelto a encontrar el banco de hielo a los 62° 40' de latitud S. y 146° de longitud E. Se estaba a 300 millas más al N. que el año precedente. Los buques habían llegado demasiado pronto. Ross no por eso dejó de intentar romper aquel formidable cinturón de hielo. Penetró en el 300 millas, pero fue detenido por masas tan compactas, que le fue imposible pasar más lejos, y hasta el 1° de enero de 1842, no atravesó el círculo polar.

El 19 del mismo mes, los dos bajeles fueron asaltados por una borrasca de una violencia nunca vista, en el momento que llegaban al mar libre. El Erebo y el Terror perdieron su timón, chocaron con los escollos flotantes, y durante veintiséis horas estuvieron a punto de sumergirse.

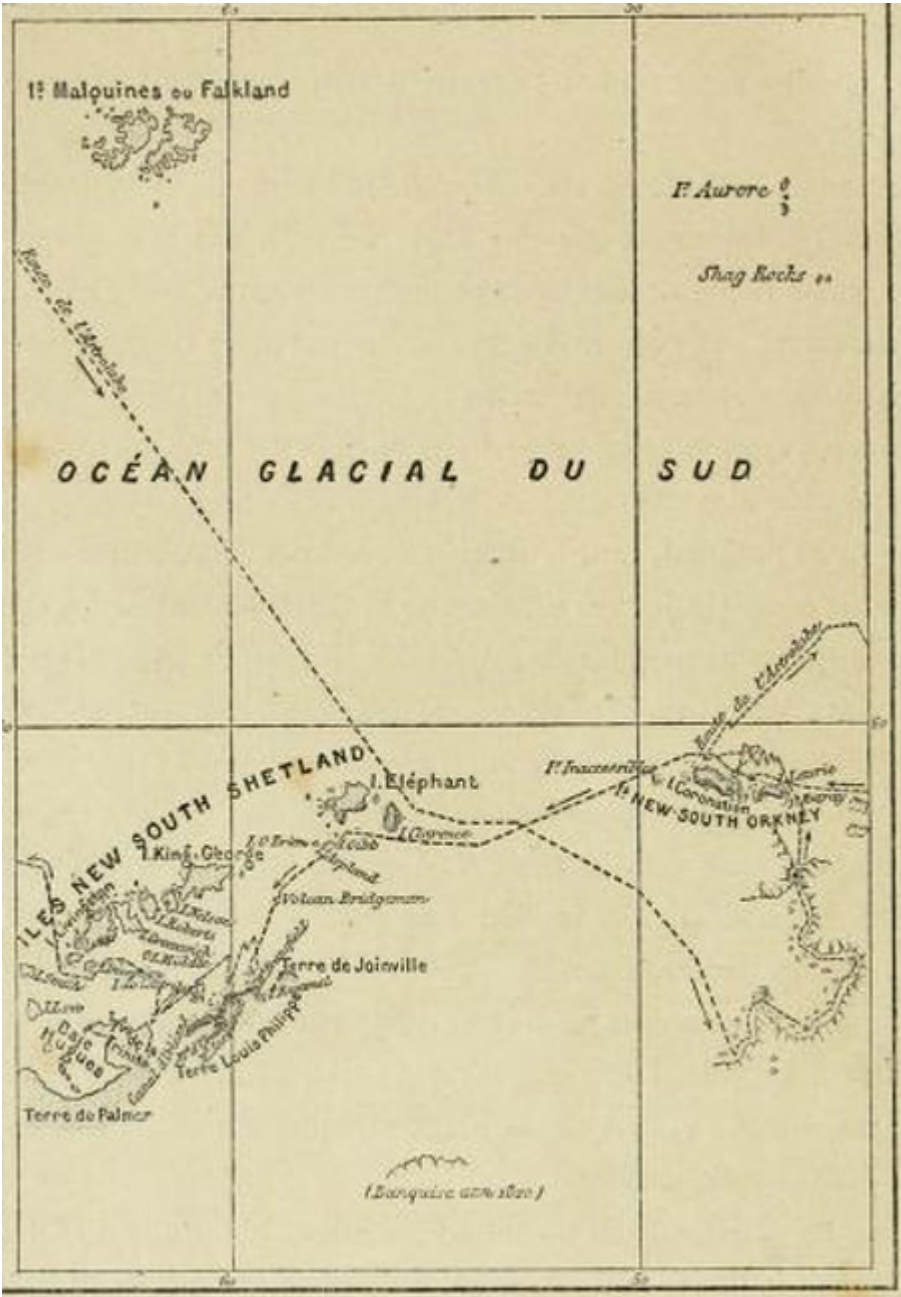
El aprisionamiento de la expedición en el banco de hielo, no duró menos de cuarenta y seis días. En fin, el 22, Ross llegó a la gran barrera de hielos fijos que había disminuido sensiblemente desde el monte Erebo, donde no tenía menos de 200 pies. En el lugar donde Ross la encontró aquel año, no tenía más que 107.

Se reconoció esta barrera 150 millas más al E. que el año precedente. Éste fue el único resultado de aquella penosa campaña de ciento treinta y seis días, y que fue mucho más dramática que la primera.

Los buques pasaron después al Cabo de Hornos, y subieron hasta Río de Janeiro, donde encontraron todo lo que podían necesitar.

En cuanto hubieron completado su repuesto de víveres, volvieron a hacerse al mar y llegaron a las Malvinas, de donde partieron el 17 de Diciembre de 1842 para su tercera campaña.

Los primeros hielos se descubrieron en los sitios de la isla Clarence, y el 25 de Diciembre Ross se encontró detenido por el banco de hielo. Pasó entonces a la Nueva Shetland, completó el estudio de las Tierras de Luis Felipe y Joinville, descubiertas por Dumout d'Urville, dio nombre a los montes Haddington y Penny, reconoció que la Tierra de Luis Felipe no es más que una grande isla, y visitó el estrecho de Bransfield que la separa de las Shetland.



Tales fueron los maravillosos resultados obtenidos por James Ross en sus tres campañas.

Ahora para juzgar la parte que corresponde a cada uno de estos tres exploradores de las regiones antárticas, se puede decir que d'Urville es el primero que reconoció el continente antártico, que Wilkes siguió sus costas por mayor espacio posible, porque no se puede desconocer la semejanza que ofrece su trazado con el del navegante francés; y en fin, que James Ross visitó la parte más meridional y la más interesante de aquel continente.

Pero aquel continente ¿existe en realidad?; d'Urville no está convencido, y Ross no lo cree. Hay que dejar la contestación a los exploradores que, siguiendo las huellas de los valientes marinos, cuyos viajes y descubrimientos acabamos de referir, van a dirigirse en breve a aquellas regiones.

CAPÍTULO SEGUNDO

POLO NORTE

Anjou y Wrangell. — La Polynia. —Primera expedición de John Ross, que supone cerrada la bahía de Baffin. — Descubrimiento de Eduardo Patry en su primer viaje. — Reconocimiento de la bahía de Hudson y descubrimiento de la *Fury* y de la *Hecla*. — Tercer viaje de Parry. — Cuarto viaje en trineo por el hielo en plena mar. — Primera expedición de Franklin. — Increíbles padecimientos de los exploradores. — Segunda expedición. — John Ross. — Cuatro inviernos entre los hielos. — Expedición de Dease y de Simpson.

Ya se ha hablado en diferentes ocasiones del gran movimiento geográfico, inaugurado por Pedro I. Uno de los resultados más rápidamente obtenidos fue el descubrimiento hecho por Bering del estrecho que separa el Asia de la América. El más importante que le siguió, unos treinta años después, fue el reconocimiento en el mar polar, del archipiélago Liakow, o de la Nueva Siberia.

En 1770, un mercader llamado Liakow, había visto llegar del N. y por el hielo, una gran manada de renos. Comprendió que aquellos animales no podían venir más que de un país donde se encontrasen pastos bastante abundantes para mantenerse.

Un mes después partió en trineo, y después de un viaje de 50 millas, descubrió entre las embocaduras del Léna y del Indighirka

tres grandes islas, cuyos inmensos lechos de marfil fósil se han hecho célebres en el mundo entero.

En 1809, Hedenstrem fue encargado de levantar la Carta Geográfica de aquellas islas. En varias ocasiones había intentado viajar en trineo sobre la mar helada, y siempre se había visto detenido por los hielos en fusión, que no podían sostenerle. Había sacado la consecuencia de que, más allá de estos hielos existía un mar libre, y apoyaba esta opinión en la inmensa cantidad de agua caldeada hasta los 10°, que vierten en el mar polar los grandes ríos del Asia.

En marzo de 1821, el teniente (después almirante). Anjou se adelanto sobre el hielo hasta 42 millas al N. de la isla Koltanoi, y vio a los 76° 38,' un vapor que le indujo a creer en la existencia de un mar libre. En otra expedición divisó aquel mar con sus hielos derivando hacia el S., y volvió con la convicción de que era imposible avanzar más, a causa del poco espesor del hielo y de la existencia de aquel mar libre.

Mientras Anjou se entregaba a aquellas espiraciones, otro oficial de marina, el teniente Wrangell, recogía noticias y relaciones preciosas acerca de la existencia de una tierra situada al través del cabo Ya kan.

Abia sabido por el jefe de una población de chuktchis, que, cerca de la costa y de ciertos arrecifes, situados en la embocadura de un río, podían, en un claro día del estío, descubrirse a una larga distancia al N., montañas cubiertas de nieve; pero en invierno era imposible ver nada. En otro tiempo, manadas de renos venían de aquella tierra cuando el mar estaba congelado. Aquel mismo jefe había visto una vez una manada de aquellos animales, que regresaban al N. por aquel camino, y la había seguido en un trineo, durante una jornada entera, hasta que el estado del hielo le obligó a abandonar su empresa.

Su padre le había contado también que un chuktchi había ido una vez a aquella tierra con algunos compañeros en una canoa de pieles, pero no se sabía ni lo que habían encontrado ni lo que había

sido de ellos. Sostenía que aquel país debía de estar habitado, refiriendo a este propósito que una ballena muerta había venido a encallar en la isla de Aratane, atravesada con lanzas de puntas de pizarra, arma de que los chuktchis no se sirven jamás.

Estos informes eran bastante curiosos y aumentaban el deseo de Wrangell, de penetrar hasta aquellos países desconocidos; pero esto no debía verificarse hasta nuestros días.

De 1820 a 1824 Wroagell, establecido en la embocadura del Kolima, hizo cuatro viajes en trineo sobre los hielos. Primeramente exploró la costa, desde la embocadura del Kolima hasta el cabo Chelagskoi, teniendo que sufrir durante aquel viaje, hasta 35° de frío.

El segundo año quiso ver hasta qué punto podía llegar sobre los hielos y llegó a 140 millas de tierra.

El tercer año, 1822, partió en el mes de marzo, a fin de comprobar la noticia de un indígena, que le afirmó la existencia de una tierra más adentro. Encontró un campo de hielo, sobre el cual pudo marchar sin obstáculos. Más lejos el «icefield» aparecía menos resistente.



El hielo estaba aún muy poco sólido para poder sostener una caravana y hubo que cargar en dos pequeños trineos una lanchilla, tablas y algunos útiles necesarios para aventurarse sobre un hielo fundible, que a cada paso crujía bajo los pies.

«Fue necesario, —dice Wrangell—, hacer desde luego 7 verstas de camino al través de una capa salina.

»Más lejos apareció una superficie surcada de anchas grietas que sólo pudimos atravesar con el auxilio de nuestros tablones. Noté en aquel sitio pequeños cerrillos de un hielo tan deleznable, que el más pequeño contacto bastaba para romperle y convertir el cerro en una abertura circular. El hielo sobre que caminábamos no tenía consistencia, ni más que un pie de espesor, y estaba lleno de agujeros, a manera de una criba. No pude comparar el aspecto del mar en aquel instante más que al de un inmenso pantano; y en efecto, el agua cenagosa que se elevaba de aquellos millares de aberturas, cruzaba en todas direcciones; la nieve diluida, mezclada de tierra y arena y aquellos cerrillos de donde se escapaban numerosos arroyuelos, todo contribuía a hacer la ilusión completa».

Wrangell estaba apartado de la costa 228 kilómetros, y donde había tocado eran las orillas del mar libre de la Siberia, inmensa «polinia» —nombre que él da a las vastas extensiones de agua libre —, ya indicada por Leonsjew, en 1764, y Hedeoslam en 1810.

En el cuarto viaje, Wrangell partió del cabo Yakan, punto el más próximo de las tierras septentrionales. Su pequeña tropa, después de pasar el cabo Chelagskoi, hizo rumbo al N.; pero una violenta tempestad rompió el hielo, que sólo tenía 3 pies de espesor, e hizo correr a los exploradores el mayor de los peligros. Tan pronto sostenidos sobre un gran bloque que no se había roto aún, tan pronto medio sumergidos en un suelo movible, que oscilaba o desaparecía completamente, o bien amarrados a un témpano que les servía de barca, mientras que los perros nadaban, pudieron, por fin, volver a tocar en tierra al través de los hielos que se entrechocaban con estrepitoso ruido en el mar, no debiendo la salvación más que a la rapidez y a la fuerza de los tiros de sus trineos.

Así terminaron las tentativas hechas para llegar a las tierras al N. de la Siberia.

El círculo polar era explorado al mismo tiempo por otro lado con tanta energía, aunque con más insistencia.

Ya se recordará con qué entusiasmo y qué perseverancia se había buscado el célebre paso del N. O.

Apenas los tratados de 1810, hicieron necesario el desarme de muchos buques ingleses y el licenciamiento de sus oficiales con medio sueldo, cuando el Almirantazgo, no queriendo cortar la carrera de tanto marino apreciable, discurrió el medio de proporcionarles empleo. En estas circunstancias fue cuando se pensó en buscar el paso del N. O.

El Alejandro, de 252 toneladas, y la Isabel, de 385, bajo el mando de John Ross, oficial experimentado y del teniente William Parry fueron enviados por el gobierno para explorar la bahía de Baffin. Varios oficiales, James Ross, Back, Belcher, que debían adquirir fama en las expediciones polares, formaban parte de la tripulación. Los buques se dieron a la vela el 18 de abril, recalaron en las islas Shetland, buscaron en vano la tierra sumergida de Bass, que se colocaba a los 57° 28' N., y desde el 26 de mayo empezaron a ver los primeros hielos; el 2 de junio se levantó el plano de la costa de Groenlandia. En la parte occidental, muy mal indicada en los mapas, se encontraron grandes cantidades de hielo, y el gobernador del establecimiento dinamarqués de Whalth Island, aseguró a los ingleses que el rigor de los inviernos había aumentado sensiblemente en los once años que hacia desde que habitaba el país.

Se había creído hasta entonces que más allá del grado 75 el país estaba inhabitado. Así fue que los viajeros se quedaron altamente sorprendidos al ver llegar por el hielo toda una tribu de esquimales.

Aquellos salvajes ignoraban que existiese otro pueblo que el suyo. Miraban a los ingleses sin atreverse a tocarlos, y uno de ellos, dirigiéndose a los buques, con voz gravé y solemne les dijo:

«¿Quiénes sois?, ¿de dónde venís, del sol o de la luna?».

Aunque esta tribu parecía ser muy inferior a los demás esquimales, a quienes el frecuente trato con los europeos ha empezado a civilizar, conocía el uso del hierro, de cuyo metal algunos habían logrado hacer cuchillos. Este hierro, según se creyó comprender, provenía de una masa o montaña, de donde aquéllos le sacaban. Probablemente sería hierro meteórico.

Durante todo aquel viaje, —y desde que se conocieron sus resultados en Inglaterra, la opinión pública no se equivocó—. Ross, al lado de cualidades náuticas de primer orden, dio pruebas de una indiferencia y ligereza singulares. Parecía cuidarse muy poco de encontrar la solución de los problemas geográficos, que habían motivado el armamento de la expedición.

Pasó sin examinarlas, delante de las bahías de Wolstenholme y de las Ballenas, así como por delante del estrecho de Smith, que se abre en el fondo de la bahía de Baffin, y a una distancia tan grande que no le vio.

Además, cuando empezaba a bajar por la costa accidental de la bahía de Baffin, un magnífico brazo de mar, profundamente encauzado, y cuya anchura no sería menos de 50 millas, se presentó a las ansiosas miradas de los exploradores. Los dos buques penetraron en él el 23 de agosto; más apenas se habían internado unas 30 millas, cuando Ross dio la orden de virar de bordo, bajo pretexto de que había observado claramente una cordillera de altas montañas, a las cuales dio el nombre de montes Croker, que cerraban el paso. Sus oficiales no participaron de aquella opinión, pues no habían visto la más pequeña colina, por la sencilla razón de que el brazo de mar donde habían entrado era el estrecho de Lancaster, llamado así por Baffin, y que comunica con el mar en la dirección del Oeste.

Poco más o menos ejecutó lo mismo con todas las indentaciones de aquella costa tan profundamente recortada, y por lo común se mantenía a tal distancia, que era imposible divisar el menor detalle. Así fue que habiendo llegado el 1 de octubre a la entrada de Cumberland, no trató de reconocer aquel importante

punto, y regresó la expedición a Inglaterra, volviendo la espalda a la gloria que le aguardaba.

Acusado de ligereza y abandono, Ross contestaba con un aplomo supremo:

—«*Puedo lisonjearme de haber cumplido en todo lo que es importante el objeto de mi viaje, puesto que he probado la existencia de una bahía que se extiende desde Disco hasta el estrecho de Cumberland, y resuelto para siempre la cuestión relativa a un paso hacia el N. O. en esta dirección*».

Era difícil cometer un error más completo.

Sin embargo, el mal éxito de aquella tentativa estuvo muy lejos de desanimar a los investigadores.

Los unos encontraban la confirmación palpable de los descubrimientos del anciano Baffin. Los otros quisieron ver en las innumerables entradas donde el mar era muy profundo y la corriente muy fuerte, otra cosa que bahías: para ellos eran estrechos, y la esperanza de encontrar el paso no se había perdido.

Impresionado el almirantazgo por tales razones, armó al punto dos pequeños buques, la bombardera *Hecla* y el bergantín *Griper*. El 5 de mayo de 1819 salieron del Támesis a las órdenes del teniente William Parry, que no había sido del mismo parecer que su jefe respecto de la existencia del paso del Noroeste.

Los buques penetraron sin ningún incidente notable hasta el estrecho de *sir* James Lancaster; y después de haber estado encerrados por espacio de siete días en medio de los hielos acumulados en una extensión de 80 millas, entraron en aquella bahía que, según John Ross, debía encontrarse cerrada por una cordillera de montañas.

No solamente las montañas no existían más que en la imaginación del navegante, sino que todos los indicios que se

notaban, anunciaban sin temor de equivocarse, que aquello era un estrecho. A 310 brazas no se había encontrado el fondo: empezábase a sentir el movimiento de la marejada; la temperatura del agua se elevaba a 6º, y en el espacio de un solo día se vieron como unas ochenta ballenas, todas de gran tamaño.

Bajando a tierra el 31 de julio en la bahía Posesión, que habían visitado el año precedente, los exploradores encontraron visibles aún todas las señales de sus pasos, lo cual indicaba la pequeña cantidad de nieve y escarcha, que había caído durante el invierno.

En el momento en que impulsadas las velas por un viento favorable, penetraron los dos buques en el estrecho, todos los corazones latieron muy vivamente.

«Más fácil es, —dice Parry—, figurarse que describir la ansiedad que se hallaba pintada en aquel momento en todas las fisonomías, mientras avanzábamos por el estrecho, con una rapidez siempre creciente, merced a la brisa, que era más fuerte a cada momento. Las gavias se llenaron de oficiales y marineros durante toda la tarde, y un observador imparcial que presenciase una escena semejante, se hubiera divertido mucho al ver con cuánto afán se oían las noticias transmitidas por los vigías, las cuales hasta entonces eran todas favorables a nuestras más atrevidas esperanzas».

En efecto, las dos orillas continuaban paralelamente tan lejos como la vista podía seguir las por un espacio de más de 50 millas. La altura de las olas, la falta total de hielo, todo hacia creer a los ingleses que habían encontrado el mar libre y el paso tan buscado, cuando una isla, contra la cual se había amontonado una enorme masa de hielo, vino a cerrarles el camino.

Sin embargo, un brazo de mar, como de 10 leguas de ancho, se abrió hacia el S., y por él se esperaba encontrar una vía de comunicación menos obstruida por los hielos. Observóse un incidente singular, y que cuanto más se había avanzado hacia el O. por el estrecho de Lancaster, los movimientos de la brújula iban en aumento, pero luego que la expedición bajó hacia el S. el instrumento parecía haber perdido toda su acción, se vio «por un

curioso fenómeno que la fuerza indicativa de la aguja imantada, se debilitaba hasta el punto de no poder resistir a la atracción de cada buque; de manera que en realidad marcaba el polo Norte del *Hecla* o de *Griper*».

El brazo de mar ensanchaba a medida que los buques avanzaban hacia el O., y la costa se inclinaba sensiblemente hacia el S. E.; más después de haber navegado 120 millas, se encontraron detenidos por una barrera que les impidió seguir más lejos en aquella dirección. Volvieron, pues, a entrar en el estrecho de Barrow a que da entrada el de Lancaster, y encontraron de nuevo libre de hielos aquel mar que habían visto tan obstruido pocos días antes.

A los 72° 15' de latitud, se reconoció una entrada, el canal Wellington, de cerca de 8 leguas de ancho, enteramente desembarazado de hielos, y que no parecía estar cerrado por ninguna tierra. Todos estos estrechos persuadieron a los exploradores de que navegaban en medio de un inmenso archipiélago, y su confianza recibió nuevo incremento.

Sin embargo, la navegación empezaba a hacerse muy difícil a causa de las nieblas: el número de pequeñas islas y de bajos fondos aumentaba, y acumulábanse los hielos; pero con todo eso, nada podía desanimar a Parry en su marcha hacia el O. En una grande isla, a la que fue dado el nombre de Bathurst, los marineros encontraron las ruinas de algunas habitaciones de esquimales, y se notaron huellas de renos. En este lugar se hicieron observaciones magnéticas, que demostraron que la expedición había pasado al N. del polo magnético.

Otra grande isla, Melville, se divisó muy pronto; y a pesar de los obstáculos que los hielos y las nieblas presentaban al adelanto de la expedición, los buques consiguieron pasar más allá de los 110° O., ganando el premio de 100 000 libras esterlinas ofrecido por el Parlamento.

Un promontorio situado a poca distancia de este sitio, recibió el nombre de Cabo de la Munificencia; una buena rada inmediata fue

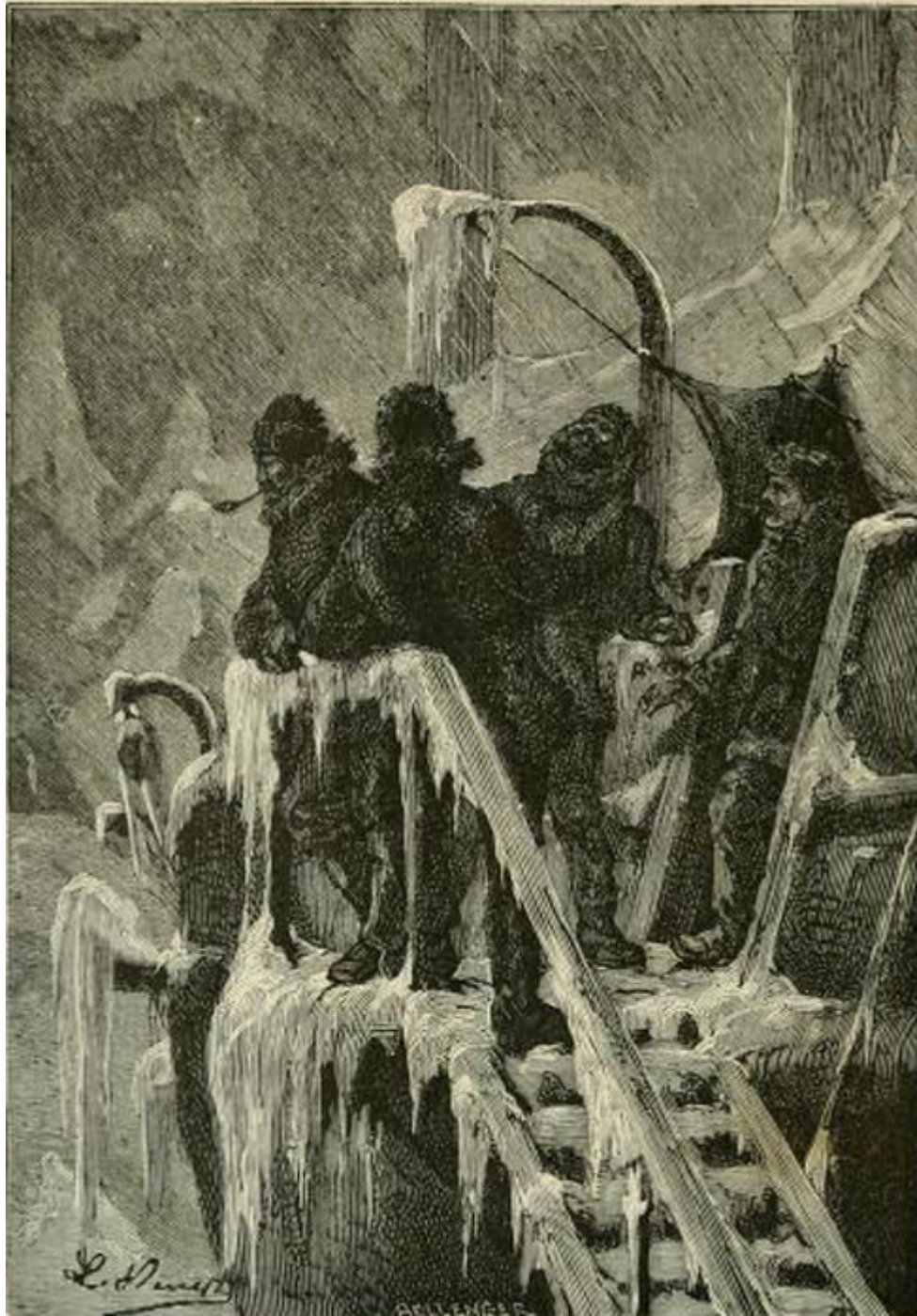
llamada bahía del Hecla y del Griper. En el fondo de esta bahía, en el puerto de invierno, los dos buques pasaron el invierno. Desaparejados, rodeados de espesos toldos acolchados, estaban encerrados en una cubierta de nieve, mientras que los caloríferos se hallaban dispuestos en el interior. La caza no dio otro resultado que helar algunos de los extremos de los cazadores, porque todos los animales, excepto los lobos y los zorros, abandonaron la isla Melville a fines de octubre.

¿Cómo pasar aquella larga noche de invierno sin gran aburrimiento?

Los oficiales concibieron entonces el pensamiento de erigir un teatro, en el cual se dio la primera representación el 6 de noviembre, el mismo día en que el sol desaparecía por tres meses. Después de haber compuesto con motivo de la Natividad una pieza en que se hacía alusión a la situación de los buques, fundaron una gaceta semanal que titularon, *Gaceta de la Georgia del Norte, y Crónica de invierno, The North Georgia gazette and winter chronicle*. Este periódico, cuyo director era Sabine, publicó veinte y un números y mereció a la vuelta a Inglaterra los honores de la impresión.

En el mes de enero apareció el escorbuto, y la violencia del mal ocasionó al pronto viva inquietud: pero el uso bien entendido de los antiescorbúticos, la distribución diaria de la mostaza fresca y de los berros, que Parry había logrado criar, sembrados en tiestos y poniéndolos alrededor de la estufa, cortaron el mal de raíz.

El 7 de febrero reapareció el sol, y aunque todavía debían trascurrir algunos meses antes de poder salir de la isla Melville, empezaron a hacerse los preparativos de marcha. El 30 de abril, el termómetro subió a 0, y los marineros, tomando aquella temperatura tan baja por el estío, querían quitarse los trajes de invierno. El primer ptarmigan apareció el 12 de mayo, y al día siguiente se advirtió la pista de los renos y cabras de almizcle, que empezaban a caminar hacia el N. Pero, lo que ocasionó a los marinos una alegría y una sorpresa extraordinarias, fue la lluvia que cayó el 24 de mayo.



«Estábamos tan poco acostumbrados, —dice Parry—, a ver el agua en su estado natural, y sobre todo, al verla caer del cielo, que aquella circunstancia tan sencilla, vino a ser un verdadero motivo de curiosidad. Creo que no hubo persona a bordo que no se

apresurase a subir sobre cubierta, para observar un fenómeno tan interesante como nuevo».

Durante la primera quincena de junio, Parry, acompañado de algunos oficiales hizo una excursión por la isla Melville a cuya extremidad N. llegó. A su regreso, la vegetación empezaba a manifestarse por todas partes; los hielos tendían a deshacerse y todo anunciaba que la partida podría efectuarse muy pronto. Ésta se verificó el 1º de agosto; pero en el mar los hielos no se habían fundido todavía, y los buques no pudieron penetrar hacia el E. más que hasta la extremidad de la isla. El punto más distante a que llegó Parry en aquella dirección, está situado a los 74º 26' 25" de latitud, por 113º 46' 45" de longitud. La vuelta se verificó sin ningún incidente y hacia mediados de noviembre los buques habían regresado a Inglaterra.

Los resultados de aquel viaje fueron considerables: no solamente se había reconocido una inmensa extensión de las regiones árticas, sino que se habían hecho observaciones de física y magnetismo, y recogido documentos completamente nuevos sobre los fenómenos del frío, sobre el clima ártico y sobre la vida animal y vegetal de aquellas regiones.

En una sola campaña había obtenido Parry más resultados que debían obtener durante treinta años, todos los que iban a seguir sus pasos.

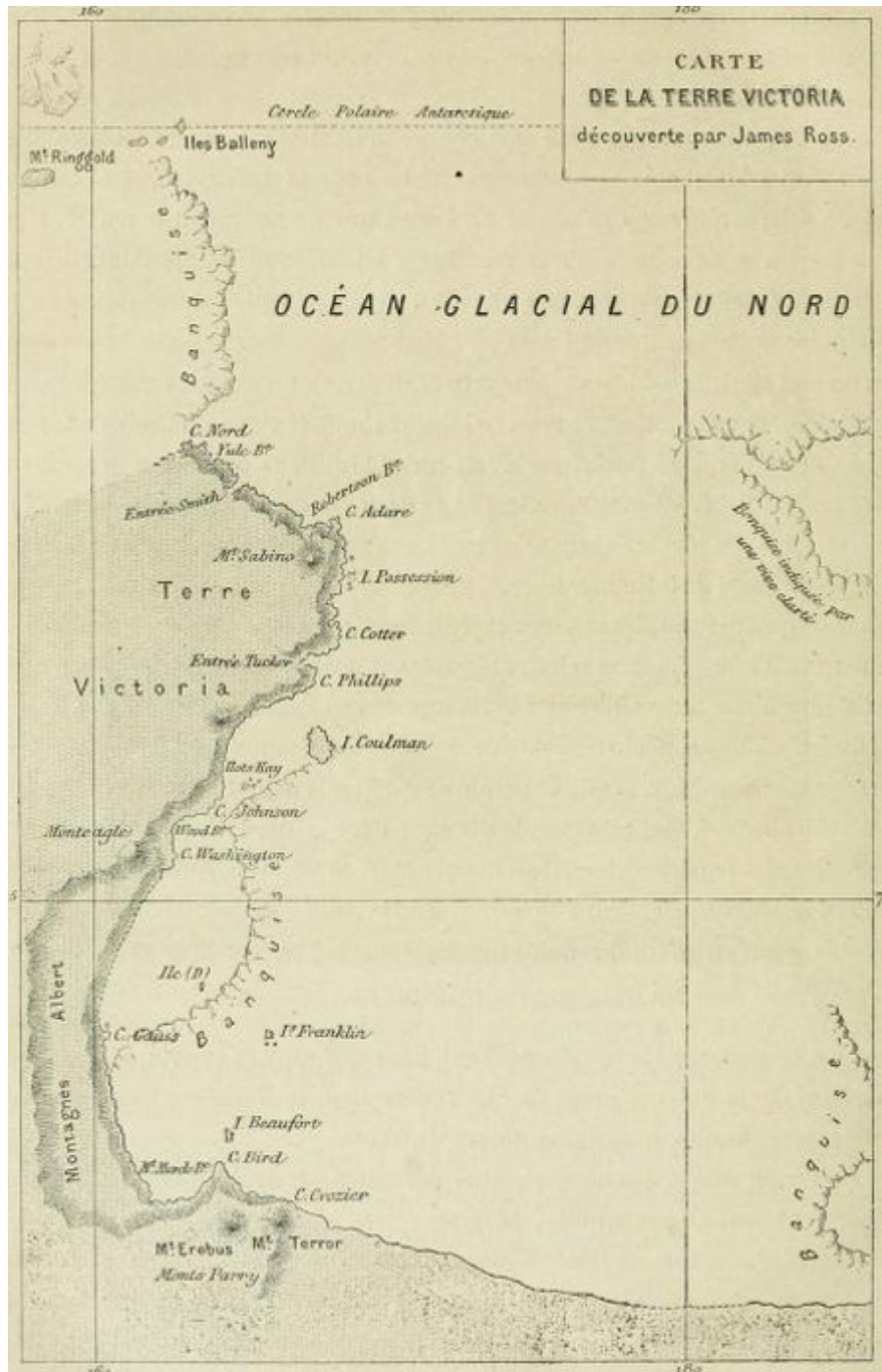
Satisfecho el almirantazgo de los importante resultados obtenidos por Parry, le confió en 1821 el mando de dos buques, la *Hecla* y la *Fury*; esta última construida por el modelo de la *Hecla*. Aquella vez el navegante exploró las riberas de la bahía de Hudson y visitó con el mayor cuidado las costas de la península de Melville, que no debe confundirse con la isla del mismo nombre. Invernóse en la isla Winter, sita en la costa oriental de aquella península, y se aprovecharon los mismos recursos y se tuvieron los mismos pasatiempos que habían hecho pasar tan bien la campaña precedente.



Pero lo que causó la mayor diversión en aquel monótono invierno, fue la visita de un destacamento de esquimales, que llegó el 1º de febrero al través de los hielos. Sus chozas, que no se habían advertido, estaban construidas en la ribera, y fueron a visitarlas. Diez y ocho meses de relaciones casi continuas con las

tripulaciones, contribuyeron a dar una idea diferente de la que hasta entonces se tenía del carácter y modo de vivir de aquellos pueblos.

Pero el reconocimiento de los estrechos de la *Fury* y de la *Hecla* que separan la península Melville de la tierra de Cockburn obligó a los viajeros a pasar un segundo invierno en las regiones árticas. Si la instalación fue más cómoda, el tiempo se pasó, sin embargo, con menos alegría, a causa de la profunda decepción que oficiales y marineros habían experimentado al verse detenidos en el momento en que contaban hacer rumbo para el estrecho de Bering.



El 12 de agosto los hielos empezaron a cuartearse. Parry quería hacer volver sus buques a Europa y continuar por tierra la exploración de los sitios que había descubierto. Pero hubo de ceder a las reflexiones del capitán Lyon, que le hizo ver toda la temeridad de aquel plan descabellado. Los buques regresaron, pues, a

Inglaterra, después de veinte y siete meses de ausencia, sin haber perdido más que cinco hombres de los ciento diez y ocho que formaban las tripulaciones, no obstante haber pasado dos inviernos consecutivos en las regiones hiperbóreas.

Ciertamente los resultados de este segundo viaje no equivalían a los del primero, y sin embargo, no carecían de algún valor. En adelante se sabía que la costa de América no se extiende casi más allá de 70°, que el Atlántico se comunica con el mar polar por medio de una multitud de estrechos y de canales, la mayor parte cerrados, como los de la *Fury*, de la *Hecla* y el de *Fox*, por las barreras de hielo que acumulan allí las corrientes.

Si los hielos que se encontraban en la extremidad S. E. de, la península Melville, tenían la apariencia de permanentes, no parecía suceder lo mismo con los de la entrada del Regente, y había en su consecuencia probabilidades de poder penetrar por allí en la gran cuenca polar. La *Fury* y la *Hecla* fueron, pues, armadas otra vez y confiadas a Parry.

Este viaje fue el menos feliz de los que emprendió aquel hábil marino, y no porque en él no estuviese a la altura de sí mismo, sino porque fue víctima de azares desgraciados y de poco favorables circunstancias. Así fue, que acometido en la bahía de Baffin por masas considerables de hielos, pudo a muy duras penas llegar a la entrada del Príncipe Regente.

Quizá si la estación le hubiera permitido llegar tres semanas antes, hubiera conseguido alcanzar la costa de América; pero entonces no pudo hacer otra cosa que tomar las disposiciones necesarias para la invernada.

No era una eventualidad temible para este oficial experimentado, pasar un invierno bajo el círculo polar. Conocía las precauciones que había que tomar para conservar la salud de la tripulación, y hasta para crearle cierto bienestar, y para proporcionarle las ocupaciones y recreos que tanto contribuyen a disminuir el fastidio de una larga noche de tres meses.

Lecciones dadas por los oficiales, mascaradas y representaciones teatrales, y un calor constante de 50° Fahrenheit, conservaron las tripulaciones en tan buena salud, que cuando el 20 de julio de 1825 el deshielo le permitió a Parry reanudar sus operaciones, no tenía a bordo ningún enfermo.

Empezó a seguir la costa oriental de la entrada del Príncipe Regente; pero los hielos flotantes se aproximaron, haciendo retroceder los buques hasta la orilla. La *Fury* quedó tan averiada, que a pesar de cuatro bombas funcionando de continuo, apenas podían mantenerse a flote. Parry trató de repararla, después de haberla izado sobre un enorme banco de hielo, cuando sobrevino una tempestad que rompiendo el abrigo temporal del buque, arrojó a éste sobre la orilla, donde hubo que dejarle definitivamente abandonado. Su tripulación fue recogida por la *Hecla*, que a consecuencia de aquella catástrofe tuvo que volver a Inglaterra.

El alma bien templada de Parry no quedó abatida por aquel último desastre. Si era casi imposible llegar al mar polar por aquella vía, ¿no existían otras?

El vasto espacio de mar que se extiende entre la Groenlandia y el Spitzberg, ¿no ofrecería un camino menos peligroso, menos erizado de aquellos enormes icebergs (montes de hielo) que sólo se forman junto a las costas?

Las más antiguas expediciones a estos lugares, de que se tiene noticia, fueron las de Scoresby, que frecuentó largo tiempo aquellos mares a buscar la ballena. En 1806 avanzó hacia el N. tanto, que ningún buque había llegado a tan alta latitud por aquella parte. En efecto, el 24 de mayo se encontró a los 81° 30' de latitud y 16° de longitud E. de París, es decir, casi al N. de Spitzberg. El hielo se extendía hacia el E. N. E. Entre aquella dirección y el S. E, el mar se encontraba completamente libre en una extensión de 30 millas, y no había tierra a la distancia de 100.

Es de lamentar que el ballenero no creyese deber aprovecharse de aquel estado favorable del mar para avanzar hacia el N, no

siendo dudoso que hubiera podido hacer algún descubrimiento importante, y tal vez llegar al mismo polo.

Lo que su profesión de ballenero había impedido a Scoresby llevar a cabo, quiso intentarlo Parry.

Salió de Londres en la *Hecla* el 27 de marzo de 1827; llegó a la Laponia noruega; embarcó en Hammerfest perros, renos y canoas y continuó su rumbo hacia Spitzberg.

El puerto Smeerenburg, donde quiso entrar, se hallaba todavía obstruido por los hielos, con los que tuvo que luchar hasta el 27 de mayo. Parry, abandonando entonces su buque en el estrecho de Hinlopen avanzó hacia el N. con dos canoas que llevaban a Ross y a Crozier con doce hombres cada una y víveres para sesenta y un días. Después de haber instalado un depósito de víveres en las Siete Islas, cargó sus provisiones y sus canoas en trineos que habían sido contruidos de una manera especial.

De este modo esperaba poder atravesar la barrera de hielos sólidos y encontrar al otro lado un mar si no enteramente libre, navegable por lo menos.

Pero el campo de hielo ni formaba como Parry se había figurado, un todo homogéneo. Tan pronto tenían que atravesar anchas lagunas, tan pronto colinas empinadas que era preciso subir en trineos; y de esta suerte, en cuatro días, no pudo adelantarse más que 14 kilómetros hacia el N.

El 2 de julio y en medio de una espesa niebla el termómetro señalaba 1° 7 sobre 0 a la sombra y 8° 3 al sol.

La marcha sobre aquella superficie es escabrosa, cortada a cada momento por brazos de mar era excesivamente penosa, y la vista de los viajeros se fatigaba con la brillante reverberación de la luz.

A pesar de tantos obstáculos, Parry y sus compañeros avanzaban siempre con valor, cuando observaron el 20 de julio que no habían llegado más que a los 82° 37', es decir, a 9 kilómetros solamente más al N. que tres días antes.



De aquí se deducía necesariamente que el campo de hielo era arrastrado por una fuerte corriente hacia el S., porque estaban seguros de haber andado por lo menos 22 kilómetros sobre el hielo.

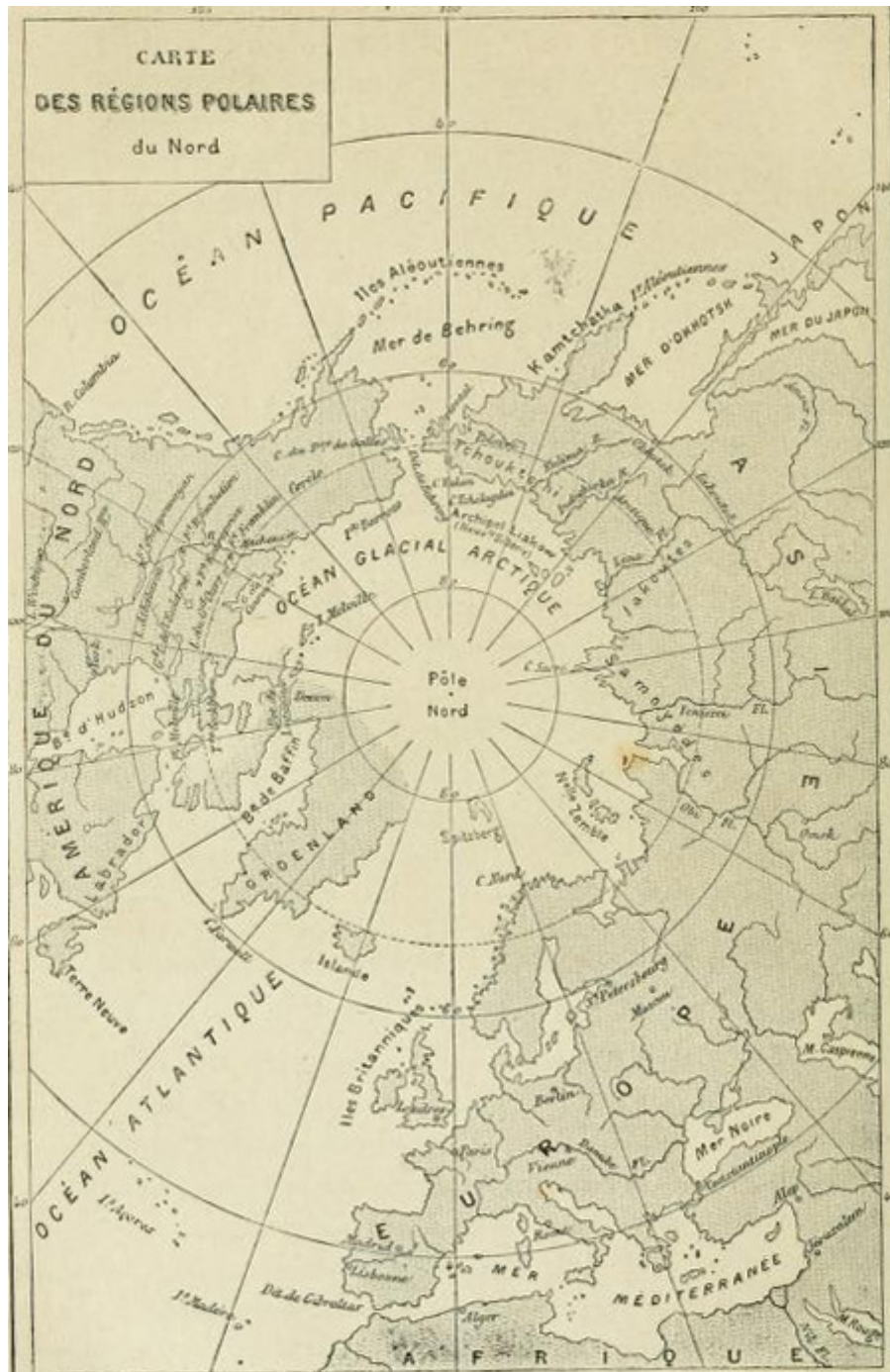
Parry ocultó al principio a la tripulación aquel resultado que hubiera abatido los ánimos; pero muy pronto fue evidente para todos

que no adelantaban hacia el N. sino en una medida igual a la diferencia de las dos celeridades opuestas; la que los viajeros empleaban para salvar todos los obstáculos acumulados ante sus pasos y la que arrastraba al «icefield» en sentido opuesto.

La expedición, entre tanto; llegó a un sitio donde el campo de hielo, a medio romper, no podía sostener ya ni las personas ni los trineos. Aquello era un cúmulo prodigioso de hielos, que levantados por las olas, se entrechocaban con un espantoso ruino. Los víveres estaban ya agotados, y los marineros desalentados. Ross se encontraba herido y Parry sufría cruelmente de una inflamación en los ojos: en fin, el viento, tornándose contrario, empujaba a los ingleses hacia el S. y fue preciso volverse atrás.

Aquella expedición atrevida, durante la cual el termómetro no bajó de 2° 2 hubiera podido obtener satisfactorio resultado, si se hubiera emprendido en una estación menos avanzada. Si los viajeros hubieran salido antes, hubieran podido subir más allá de los 82° 40' y seguramente no habrían sido detenidos por la lluvia, la nieve y la humedad, síntomas evidentes del deshielo estival.

Cuando Parry volvió a la *Hecla*, supo que este buque había corrido los mayores peligros. Los hielos empujados por un viento fortísimo, habían roto las cadenas, echando el buque hacia la costa, donde quedó varado. Vuelto a levantar, fue conducido a la entrada del estrecho de Waygat.



Parry terminó felizmente su navegación hasta las Orcadas. Desembarcó en estas islas y volvió a entrar en Londres el 30 de setiembre.

Ínterin Parry buscaba un paso por las bahías de Baffin o de Hudson, con objeto de entrar en el Pacífico, se habían organizado

varias expediciones para completar los descubrimientos de Mackenzie, y determinar la dirección de la costa septentrional de América.

Parecía que estos viajes no debían presentar muy grandes dificultades, mientras que los resultados podían ser considerables para el geógrafo y de ventajas para el marino. El mando de la nueva expedición fue confiado a un oficial de mérito, Franklin, cuyo nombre ha llegado a hacerse justamente célebre. El doctor Richardson y Jorge Back, entonces guardia marina, le acompañaban con dos marineros.

Llegado que hubieron el 30 de agosto de 1819 a la factoría de York, en las orillas de la bahía de Hudson, después de haber recogido de los cazadores de pieles todas las noticias que podían serles útiles, los exploradores partieron el 9 de setiembre y entraron en 22 de octubre en Cumberland House, situado a 690 millas. La estación tocaba a su fin. Franklin, sin embargo, fue con Jorge Back al fuerte Chippewayan, en la extremidad occidental del lago Atnabasca, a fin de vigilar los preparativos de la expedición que debía tener efecto en el estío siguiente.

Este viaje de 857 millas, fue realizado en el corazón del invierno, y con temperatura de 40 y 50° bajo 0.

Al empezarse la primavera, el doctor Richardson, reunió en el fuerte Chippewayan el resto de la expedición, que partió el 18 de julio de 1820 con la esperanza de encontrar antes del mal tiempo un lugar cómodo para invernar en la embocadura del Coppermine. Mas era preciso contar, más de lo que habían contado Franklin y sus compañeros, con las dificultades del camino y también con los obstáculos que presentó el rigor de la estación.

Las caídas de agua, los fondos bajos de los lagos y los ríos, la conducción de materiales, y la escasez de caza retrasaron tanto a los viajeros, que el 20 de agosto, cuando los estanques empezaron a cubrirse de hielo, los guías canadienses levantaron un clamor general al ver huir hacia el S las bandadas de ánades silvestres, y se negaron a ir más lejos.

Franklin, a pesar del disgusto que le causó tan mal proceder, tuvo que renunciar a sus proyectos y construir en el sitio donde se encontraban, es decir, a quinientas millas del fuerte Chippewayan, a las orillas del río Winter, una casa de madera, que recibió el nombre de fuerte de la Empresa, y que estaba situada a los 64° 28' de latitud y 118" 6' de longitud.

En cuanto estuvieron instalados, los viajeros se ocuparon en reunir la mayor cantidad de provisiones que les fue posible, y confeccionaron con la carne de reno aquel manjar conocido en toda la América del Norte con el nombre de pemmican. Al principio, el número de renos que se presentaba era considerable, no bajando de 2000 en un solo día; pero esto probaba que aquellos animales emigraban hacia regiones más templadas. Así, pues, aunque se había preparado la carne de ciento ochenta renos, y aunque se encontraba un aumento de alimentación en las producciones del río inmediato, aquellas provisiones, aunque considerables, fueron insuficientes.

Tribus enteras de indios, al saber la llegada de los blancos a su país, vinieron a establecerse a las puertas del fuerte y pasaban su vida mendigando y explotando a los recién venidos. Así, los fardos de mantas, el tabaco y otros artículos de cambio no tardaron en agotarse.

Franklin, alarmado de no ver llegar la expedición que debía surtirle de víveres, se determinó a mandar el 18 de octubre a Jorge Back con una escolta de canadienses al fuerte de Chippewayan.

Un viaje semejante hecho a pie y en medio del invierno exigía una abnegación extraordinaria de la que pueden dar una idea las siguientes líneas.

«Tuve, —dice Back a su vuelta—, el placer de encontrar a mis amigos en perfecto estado después de una ausencia de cerca de cinco meses, durante los cuales había caminado 1104 millas, con calzado a propósito para andar sobre la nieve pero sin otro abrigo

por la noche en los bosques, que una manta y una piel de gamo. El termómetro descendía frecuentemente a 40° y una vez a 57 bajo 0, y me ocurrió en alguna ocasión pasar dos o tres días sin tomar ningún alimento.

»Los que habían quedado en el fuerte, experimentaron igualmente un frío que bajo 3° más del que había sentido Parry en la isla Melville, situada, no obstante, 9° más cerca del polo. Los efectos de aquella temperatura rigurosa, no se hacían sentir entre los hombres solamente; los árboles se helaron hasta el corazón y de tal modo, que el hacha se rompía sin poder sacar una astilla».

Dos intérpretes de la bahía de Hudson habían acompañado a Back al fuerte de la Empresa. Uno de ellos tenía una hija que pasaba por ser la más hermosa criatura que se había visto, y así era que aun cuando no contaba más que diez y seis años, ya había tenido dos maridos. Uno de los oficiales ingleses hizo su retrato, con gran sentimiento de la madre, que temía que el gran jefe de Inglaterra, al contemplar aquella fría imagen, pudiera enamorarse del original.

El 14 de junio de 1821, el Coppermine quedó deshelado lo bastante para ser navegable. Al punto se trató del embarque, aunque los víveres estaban casi completamente agotados. Por fortuna la caza era muy abundante en las verdes orillas del río, y se mataron suficientes bueyes de almizcle, para mantener toda la gente.

El 18 de julio se llegó a la embocadura del Coppermine. Los indios, temerosos de encontrar a sus enemigos los esquimales, volvieron a tomar en seguida el camino del fuerte de la Empresa, mientras que los canadienses apenas se atrevían a lanzar sus frágiles embarcaciones en aquel mar embravecido.

Franklin les determinó, sin embargo, a arriesgarse; pero no pudo pasar más allá de la punta del Regreso, los 68° 30' de latitud,

promontorio que formaba la abertura de un golfo profundo, salpicado de islas, y al cual Franklin dio el nombre de Golfo de la Coronación de Jorge IV.

Franklin había empezado a subir el río Hood, cuando se vio detenido por una cascada de 50 pies; tuvo, pues, que hacer el resto del camino por tierra, en medio de nieves de más de dos pies de espesor y por un país estéril y completamente desconocido. Más fáciles de imaginar que de describir son los sufrimientos y las fatigas de aquel viaje de regreso. Franklin volvió a entrar en el fuerte de la Empresa el 11 de octubre, en un estado de aniquilamiento completo, no habiendo comido nada en cinco días. El fuerte se encontraba abandonado. Sin provisiones y enfermo, parecía que Franklin no tenía otro recurso que dejarse morir. A la mañana siguiente se puso a buscar a los indios y a algunos de los compañeros que se le habían adelantado; pero la nieve era tan espesa, que tuvo que volver atrás y refugiarse en el fuerte. Por espacio de diez y ocho días, no se mantuvo más que de una especie de papilla hecha con los huesos y pellejos de la caza muerta el año anterior. El 29 de octubre llegó por fin el doctor Richardson con John Hepburn, pero sin los demás individuos de la expedición. Al verle, todos quedaron dolorosamente impresionados de su enflaquecimiento, de la alteración de la voz y de la debilidad general, que era la señal menos dudosa de un próximo fin.

«El doctor Richardson, —dice el Cooley—, era portador de muy tristes noticias. Durante los dos primeros días que siguieron a la separación en tres grupos de la columna expedicionaria, su destacamento no había encontrado nada que comer; al tercero vino Michel con una liebre y una perdiz que se repartieron entre todos. El día siguiente se pasó en una completa abstinencia. El 11, Michel ofreció a sus compañeros un trozo de carne que dijo haber quitado a un lobo; pero muy pronto advirtieron que aquella carne era de uno de los desgraciados que habían dejado al capitán Franklin para irse con el doctor Richardson.

Michel se volvía cada día más insolente y más insensible. Se sospechaba con fundamento que había ocultado una cantidad de víveres que se reservaba para sí. Estando Hepburn ocupado en cortar leña, oyó la detonación de un tiro de fusil, y mirando hacia la parte donde había sonado, vio a Michel dirigirse apresuradamente hacia la tienda.

Luego se encontró muerto a *Mr. Hood*, con una bala en la parte posterior de la cabeza, y no pudo dudarse de que el asesino fuese Michel. Desde entonces, éste se mostró más desconfiado y más insolente que nunca, y como su fuerza era superior a la de los ingleses que habían sobrevivido, y como por otra parte se encontraba bien armado, comprendieron que sólo en su muerte estribaba la salud de todos. Yo, dijo Richardson, desde que me convencí que aquel acto horrible era necesario, me determiné a cargar con toda la responsabilidad, y en el momento en que Michel se acercaba hacia nosotros, puse fin a sus días, haciéndole saltar la tapa de los sesos».

Varios indios que habían acompañado a Franklin y a Richardson habían muerto de hambre y los dos jefes se hallaban también muy próximos a seguirles a la tumba, cuando por fin, el 7 de noviembre, tres indios enviados por Back, llevaron los primeros socorros. En cuanto se sintieron algo restablecidos, los dos ingleses llegaron al fuerte de la Compañía, donde encontraron a Jorge Back, a quien por dos veces debían la vida en aquella misma expedición.

Los resultados de este viaje que comprende cinco mil quinientas millas, eran de la mayor importancia para la geografía, los experimentos de magnetismo, y los estudios de meteorología. Además la costa de América había sido seguida en una inmensa extensión hasta el cabo del Regreso.

A pesar de tantas fatigas y trabajos soportados con tal valor, los exploradores se hallaban dispuestos a empezar su viaje y a intentar otra vez llegar a las orillas del mar polar.

A fines de 1823, Franklin recibió la orden de reconocer la costa del O. del río Mackenzie. Todos los agentes de la Compañía debían

preparar provisiones, canoas y guías, y ponerse ellos y sus recursos a disposición de los exploradores.

Franklin fue recibido con benevolencia en Nueva York, llegó a Albany por el río Hudson, subió por el Niágara desde Lewinston hasta la famosa catarata; pasó al fuerte San Jorge sobre el Ontario, atravesó el lago, y desembarcó en York, capital del alto Canadá; después pasando por los lagos Simcoe, Hurón Superior, donde se le unieron veinticuatro canadienses, el 29 de junio de 1825 encontró las embarcaciones en el río Methyé.

Mientras el doctor Richardson levantaba el plano de la costa oriental del lago del Gran Oso, y Back vigilaba sobre los preparativos de la internada, Franklin llegó a la embocadura del Mackenzie. La navegación fue muy fácil y el viajero no encontró obstáculos más que en el delta del río. El Océano estaba desembarazado de hielos y las ballenas negras blancas y las focas, retozaban en la superficie de las olas. Franklin desembarcó en la pequeña isla Garry, cuya posición determinó a los 69° 9 de latitud y 135° 41" de longitud, observación preciosa que prueba el grado de confianza que deben merecer los planos de Mackenzie.

La vuelta se verificó sin dificultad y el 5 de septiembre los viajeros volvieron a entrar en el fuerte, al cual el doctor Richardson había dado el nombre de fuerte Franklin. El invierno se pasó en diversiones, en regocijos y en bailes, en los que tomaron parte canadienses, ingleses, escoceses, esquimales e indios de cuatro tribus diferentes.

El 22 de junio tuvo lugar la marcha y el 4 de julio se divisó la bifurcación que forma el río Mackenzie al separarse en dos brazos.

Allí la expedición se dividió en dos destacamentos que se dirigieron al E. y al O., para explorar las orillas polares. Apenas Franklin hubo salido del río, se encontró en una gran bahía con un crecido número de esquimales, que al pronto manifestaron una alegría extraordinaria, pero no tardaron en mostrarse alborotados y procuraron apoderarse de las embarcaciones. Los ingleses dieron

en aquella ocasión, pruebas de una paciencia extraordinaria y lograron evitar toda efusión de sangre.

Franklin reconoció y tituló Clarence, al río que separa las posesiones de Rusia de las de Inglaterra.

Un poco más lejos, un nuevo río recibió el nombre de Canning. El 16 de agosto, no encontrándose aún más que a la mitad del camino del cabo Helado y el invierno avanzando rápidamente, Franklin volvió atrás y penetró en el hermoso río Real que creyó ser el Mackenzie no reconociendo su error, hasta que vio hacia el E. una cordillera de montañas. El 21 de setiembre entró de regreso en el fuerte después de haber recorrido en tres meses 2048 millas y levantado planos de 374 millas de la costa americana.

En cuanto a Richardson, se había adelantado por un mar más profundo, menos obstruido por los hielos, y entre esquimales apacibles y hospitalarios. Reconoció las bahías Liverpool y Franklin, y descubrió enfrente de la embocadura del Coppermine una tierra que sólo está separada del continente por un canal de unas 20 millas de ancho, a la cual dio el nombre de Wo laston.

El 7 de agosto, las embarcaciones se encontraron en el golfo de la Coronación, ya explorado anteriormente, y volviendo atrás, entraron el 1.º de septiembre en el fuerte Franklin, sin haber experimentado el menor accidente.

Ocupados en la exposición de los viajes de Parry, hemos prescindido por un momento de los que hacia en la misma época John Ross, a quien su extraña exploración de la bahía de Baffin había desconceptuado bastante a los ojos del Almirantazgo.

John Ross deseaba vivamente rehabilitar su reputación de intrepidez y capacidad. Si el gobierno no tenía confianza en él, la encontró, a lo menos en Félix Booth, rico armador que no temió encargarle el mando del buque de vapor la Victoria, en el cual el 25 de mayo de 1829, para la bahía de Baffin.

Pasáronse cuatro años sin tener noticia de este animoso viajero; pero, cuando estuvo de vuelta se supo que su cosecha de

descubrimientos era tan rica como la que había hecho Parry en su primera expedición.

Entrando por los estrechos de Barrow y de Láncaster, en el del Príncipe Regente había encontrado el sitio en que cuatro años antes había sido abandonada la Fury.

Continuando su rumbo al S., inverró en el abra Félix, (llamada así en honor del iniciador de la expedición) y allí supo que las tierras que acababa de reconocer, formaban una inmensa península, adherida por su parte Sur a la América.

En el mes de abril de 1830, James Ross, sobrino del jefe de la expedición, partió en una canoa para reconocer aquellas costas, así como las de la Tierra del Rey Guillermo.

En noviembre tuvo que invernar de nuevo, porque no había podido hacer subir a su buque más que algunas millas hacia el N., y se estableció en el abra Sheriff. El frío fue excesivo, y de todos los inviernos que los marinos de la Victoria pasaron entre los hielos, aquél fue el más riguroso.

El verano de 1831, fue consagrado a reconocimientos que demostraron la falta de comunicación entre los dos mares. Tampoco se consiguió esta vez adelantar más que algunas millas hacia el N.; hasta la ensenada del Descubrimiento; pero allí pasó el buque un nuevo invierno más frío, y hubo de renunciar a la esperanza de sacarle de su prisión de hielo.

Los ingleses después de haber tenido la fortuna de encontrar las provisiones de la Fury, sin las cuales hubieran muerto de hambre, esperaron en medio de un abatimiento cada día más grande, de privaciones y de sufrimientos increíbles, la vuelta del nuevo estío. En el mes de julio de 1833, abandonaron definitivamente los cuarteles de invierno y llegaron por tierra al estrecho del Príncipe Regente, y al de Barrow, y al desembocar por la orilla de la bahía de Baffin, vieron aparecer un buque. Era la Isabel, que Ross había mandado anteriormente y que recogió a los náufragos de la Victoria.

En el ínterin Inglaterra no había abandonado a sus hijos, y cada año mandaba una expedición en busca suya. En 1833, tuvo lugar la

de Jorge Back, el compañero de Franklin. Saliendo del fuerte de la Revolución en las orillas del lago del Esclavo, avanzó hacia el N., y después de haber descubierto el río Theone Tche Dóseth, tomó cuarteles de invierno, y se dispuso a llegar al siguiente año al mar polar, donde suponía encerrado a Ross, cuando supo la increíble vuelta de éste.

Al año siguiente el mismo explorador reconoció a fondo el hermoso río de los Peces que había descubierto en el anterior y vio las montañas de la tierra Adelaida, así como las puntas Booth y Jame Ross.

En 1836, se puso al frente de una nueva expedición, que esta vez se hizo por mar y procuró en vano anudar los descubrimientos de Ross y de Franklin.

Este trabajo estaba reservado a tres oficiales de la Compañía de la bahía de Hudson, MM. Peter William, Dóase y Tomás Simpson.

El 1º de junio de 1837 salieron del fuerte Chippewayan, y bajando por el Mackenzie, llegaron el 9 de julio a las orillas del mar, en el cual pudieron adelantarse hasta los 71º 3' de latitud y los 156º 46' de longitud O., llegando a un cabo que recibió el nombre de Jorge Simpson, el director de la Compañía.

Tomás Simpson continuó avanzando al O. por tierra con cinco hombres, hasta la punta Barrow, que uno de los oficiales de Beechey había ya visto viniendo del estrecho de Bering.

El reconocimiento de la costa americana desde el cabo del Regreso hasta el estrecho de Bering, estaba completamente hecho; ya no quedaba más desconocido que el espacio comprendido entre la punta Ogie y el cabo del Regreso. Ésta fue la tarea que para el año siguiente se propusieron los exploradores.

En 1838 salieron del Coppermine, siguieron la costa al E. y llegaron el 9 de agosto al cabo del Regreso; pero los hielos no permitieron a las canoas doblarle. Simpson invernaó, descubrió la Tierra Victoria, y el 12 de agosto de 1839 llegó al río de Back, y continuó hasta el fin del mes explorando la Boothia.

La línea de costas se hallaba, pues, definitivamente señalada. ¡A precio de cuántos esfuerzos, cuántas fatigas y sacrificios, y cuánta abnegación!... ¡Pero la vida humana no se tiene en cuenta para nada cuando entra en balanza con los progresos de la ciencia, y qué desinterés y qué afición en aquellos sabios, en aquellos exploradores que abandonaban todo lo que constituye la dicha de la existencia para contribuir, según sus fuerzas, al progreso de los conocimientos humanos y al desarrollo científico y moral de la humanidad!

Con la narración de estos últimos viajes con los cuales concluyó el descubrimiento de la Tierra, queda terminada la presente obra, que principió con la historia de las tentativas de los primeros exploradores.

La figura del globo está al presente conocida, y la misión de los exploradores ha terminado. La tierra que habita el hombre le será familiar en adelante.

Ya no le resta más que utilizarse de los inmensos recursos que encierran las comarcas donde el acceso es fácil y de las que pueda hacerse dueño.

¡Cuán fértil es en lecciones y enseñanzas de todo género esta historia de veinte siglos de descubrimientos!

Dirijamos una mirada retrospectiva, y resumamos a grandes rasgos los adelantos llevados a cabo durante esta larga serie de años.

Si tomamos el mapamundi de Hecateo, que vivió quinientos años antes de la Era cristiana, ¿qué veremos?

El mundo conocido no comprende más que la cuenca del Mediterráneo. La Tierra, profundamente desfigurada en sus contornos, sólo está representada por una mínima parte de la Europa meridional, del Asia anterior y del África septentrional. Alrededor de estas tierras corre un río sin principio ni fin, que lleva el nombre de Océano.

Pongamos ahora al lado de este mapa, venerable monumento de la ciencia antigua, un planisferio que nos represente el mundo en

1840. En la inmensidad de este globo, el que conocía Hecateo, aunque muy imperfectamente, no constituye más que una mancha casi imperceptible.

Con estos puntos de partida y de llegada se puede juzgar de la inmensidad de los descubrimientos.

Imagínese ahora cuántos trabajos de todo género supone el conocimiento del globo entero, y quedaremos admirados ante el resultado de los esfuerzos de distintos exploradores y mártires, y podremos enlazar la utilidad de aquellos descubrimientos a las relaciones íntimas que unen la geografía con las demás ciencias.

Tal es el punto de vista en que hay que colocarse para comprender toda la extensión filosófica de una obra a que se han consagrado tantas generaciones.

Seguramente causas de orden muy diverso han impulsado a todos los exploradores.

En primer lugar viene la curiosidad natural del propietario que trata de conocer en toda su extensión el dominio que posee, para calcular sus puntos habitables y deslindar sus mares: después son las necesidades de un comercio naciente, y que sin embargo podía llevar hasta la Noruega los productos de la industria asiática.

Con Heródoto el objeto se hace más elevado, y es ya el deseo de conocer la historia, las costumbres y la religión de los pueblos extranjeros.

Más tarde con las Cruzadas, cuyo resultado más positivo fue vulgarizar el estudio del Oriente, el objeto fue para unos cuantos el deseo de arrancar de manos de los infieles los lugares teatro de la pasión de un Dios, y para la mayor parte la sed del pillaje y el atractivo de lo desconocido.

Sí Colon, buscando una mera ruta para llegar al país de las Especies, encontró la América en su camino, sus sucesores sólo estaban animados del deseo de hacer fortuna rápidamente. Aunque en esto hay que distinguir a aquellos nobles portugueses que sacrificando su interés particular a la gloria y la prosperidad de su

patria, quedaban más pobres que estaban en el momento en que eran investidos de las funciones que tanto debían honrar.

En el siglo xv, el deseo de librarse de las persecuciones religiosas y de la guerra civil, lanzó al Nueva Mundo a aquellos hugonotes y sobre todo a aquellos cuáqueros, que, echando las bases de la prosperidad colonial de la Inglaterra, debían transformar toda la América.

El siglo siguiente es esencialmente colonizador: en América los franceses, en la India los ingleses y los holandeses en la Oceanía, establecen factorías y almacenes, ínterin los misioneros se esforzaban para conquistar a la fe de Cristo y a las ideas modernas el inmutable imperio chino.

El siglo xviii, preparando el camino a nuestra época, rectifica los errores acreditados y levanta detallada y minuciosamente los mapas de los archipiélagos y los continentes, perfeccionando, en una palabra, los descubrimientos de sus antepasados. Ésta es la propia tarea a que se consagran los exploradores modernos, que no dejan escapar a sus investigaciones el menor rincón de tierra, el más pequeño islote. Ésta es también la dominante idea a que obedecen aquellos intrépidos navegantes que tratan de explorar las soledades glaciales de los dos polos, para arrancar el último jirón del velo que por tanto tiempo ha ocultado el globo a nuestra vista.

Así, pues, ¡todo está conocido, clasificado, incluido en los catálogos, rotulado! Pero el fruto de tantos nobles como ímprobos trabajos, ¿será enterrado en cualquier atlas cuidadosamente levantado, y que sólo irán a buscar los sabios de profesión?

—¡No!... a nosotros toca utilizar y hacer valer este globo, conquistado por nuestros padres a costa de tantas glorias, fatigas y peligros. La herencia es harto preciosa para que no saquemos partido de ella.

A nosotros toca por todos los medios que el progreso de las ciencias pone a nuestra disposición, estudiar, roturar y explotar.

No hay tierra imposible de cultivo, no hay ya muchos desiertos intransitables, ni ríos inútiles, ni montañas inaccesibles.

Los obstáculos que la naturaleza nos opone, nosotros los salvamos; si los istmos de Suez y de Panamá nos molestan, los cortamos; si el Sahara nos impide unir la Argelia con el Senegal, nosotros ponemos allí un camino de hierro; si el Océano nos separa de la América, un cable eléctrico nos une con ella; si el paso de Calais impide unirse a dos pueblos, formados para entenderse y estrechase cordialmente la mano, nosotros salvaremos este inconveniente con un ferrocarril submarino.

Ésta es nuestra tarea y la de nuestros contemporáneos. ¿Es menos halagüeña que la de nuestros antepasados? ¿No merece llamar la atención de algún escritor notable?

Para nosotros este asunto, por halagüeño que sea, saldría del cuadro que nos hemos trazado.

Hemos querido escribir la Historia del descubrimiento de la Tierra, la hemos escrito, y nuestra obra está terminada.







JULES VERNE. Jules Gabriel Verne (Nantes, 8 de febrero de 1828 – Amiens, 24 de marzo de 1905), conocido en los países de lengua española como Julio Verne, fue un escritor francés de novelas de aventuras. Es considerado junto a H. G. Wells uno de los padres de la ciencia ficción. Es el segundo autor más traducido de todos los tiempos, después de Agatha Christie, con 4185 traducciones, de acuerdo al *Index Translationum*. Algunas de sus obras han sido adaptadas al cine. Predijo con gran exactitud en sus relatos fantásticos la aparición de algunos de los productos generados por el avance tecnológico del siglo xx, como la televisión, los helicópteros, los submarinos o las naves espaciales. Fue condecorado con la Legión de Honor por sus aportes a la educación y a la ciencia.